

CLAUDIA CASANOVA

LA
DAMA
Y EL
LEÓN

∞



Lectulandia

En el siglo XII, Aalis de Sainte-Noire es una heroína que desafía el orden establecido y pone en peligro la paz entre Francia e Inglaterra. Aalis rechaza el matrimonio impuesto con el viejo señor de la casa Soulleirs en sustitución de su hijo Richer y decide huir. Su trepidante viaje le permitirá descubrir el verdadero sentido de la palabra libertad.

Lectulandia

Claudia Casanova

La dama y el león

ePub r1.0

Titivillus 23.04.17

Título original: *La dama y el león*
Claudia Casanova, Febrero de 2006
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

4º Aniversario

Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa



A JER

A mis padres

Capítulo uno

Ventblanc relinchó, y Aalis le acarició suavemente el cuello para apaciguarlo. No quería alertar al jabalí, ni tampoco a la partida de caza que, apostada en su escondrijo en el bosque, divisaba acercándose hacia el claro, desde el otro lado del riachuelo. Se removió inquieta en la incómoda silla. Odiaba tener que sentarse de lado, con la pierna derecha entorpeciendo sus movimientos, flexionada ligeramente por encima del cuello del animal. Éste, como para refrendar su malestar, se agitó, esta vez en silencio, con apenas un ruido de cascos. A la cabeza de la partida marchaba el señor de las tierras de Sainte-Noire, su padre, y a su lado, guardando respetuosa distancia, su joven esposa. Apretando las riendas hasta que sus nudillos se tornaron blancos, Aalis se esforzó por mantenerse agazapada. Dos caballeros espolearon sus corceles, manchándose de barro al cruzar el riachuelo, dejándose guiar por el vuelo de los halcones, una reciente adquisición que había sido especialmente traída de las tierras del norte. El primer jinete iba envuelto en una capa de terciopelo negro, a pesar de que ya habían llegado los calores de la cosecha de verano, y lucía en los bordes, labrados con hilo de plata, extraños signos en lengua sarracena que ni el clérigo del castillo, el maestro de Aalis, había sabido descifrar en todo el tiempo que llevaba al servicio de su señor. Todos los caballeros de la mesnada, y hasta el último criado de Sainte-Noire, hablaban en voz baja de los servicios prestados por el caballero Auxerre durante las guerras contra los infieles, pero nadie sabía con exactitud bajo qué príncipe había servido, ni si había combatido en Tierra Santa o en las luchas contra los moros del sur, y nadie había osado preguntárselo.

Auxerre, capitán de los mercenarios del señor de Sainte-Noire, detuvo su caballo al borde del claro, en el punto opuesto al que se encontraba Aalis, oculta por los árboles. Instintivamente, la muchacha bajó la cabeza y contuvo la respiración. La distancia entre ambos era de unos cinco o seis pies. «Vive Dios que voy a cobrarme esa pieza —oyó que murmuraba para sí el jinete—, aunque no sé cómo».

Lentamente, una mueca de satisfacción se pintó en el rostro de Auxerre, oculto a medias por el casco que le protegía la nariz y la parte superior de la cabeza, y por un instante Aalis temió que la hubiera visto. Pero el caballero viró su montura con un brusco ademán y se adentró en el bosque, en otra dirección. Tras él, siguiéndole los pasos a una distancia de unas tres cabezas, su lugarteniente y amigo, Louis l'Archevêque, ya había sacado la daga de su funda, y la frotaba con suavidad contra

las largas mangas de su traje. La daga era un trofeo, ganado en un juego de dados, del que se sentía muy orgulloso. Era de acero de Toledo, y había sido afilada por las manos expertas de los artesanos de Castilla y, también, por la sangre que había derramado.

Aalis cerró los ojos, inspiró profundamente y, con sumo cuidado, fue guiando su caballo para que vadeara el claro. Se acercó al jabalí todo cuanto pudo. Era un animal imponente, un poco más pequeño que una vaca, pero aun así parecía fuerte y muy robusto, a pesar de sus cortas patas. Tenía el hocico hundido en el cadáver destrozado de un ciervo, cuyas heridas aún humeaban; las vísceras derramadas en la hierba pisoteada. Probablemente, pensó Aalis, los campesinos hambrientos que lo abatieron habían huido al oír el cuerno de caza anunciando la partida. Los ruidos obscenos del festín de carne del animal le repugnaban y fascinaban a la vez; se obligó a no apartar la vista del espectáculo. Aquello era, después de todo, la vida que palpitaba más allá de los muros de su hogar; eran breves intervalos de realidad en medio del sueño torpe, ya escrito, absurdo en que se había convertido su existencia. Estaba absorta, hipnotizada, cuando oyó un crujido a sus espaldas. El jabalí también levantó la cabeza, y sus ojillos profundamente negros repararon en la silueta de Aalis y su caballo. Emitió un gruñido, y se disponía a cargar hacia el lugar de donde procedían los ruidos, cuando una flecha silbó en el aire y fue a clavársele entre los ojos. Con unos espantosos chillidos, cegado por su propia sangre, el jabalí terminó por quedarse grotescamente inmóvil, caído de lado con los sucios colmillos medio entreabiertos.

La amonestación llegó cortés, envuelta en una ligera complacencia:

—Señora, la próxima vez, al menos, tened la bondad de apartaros. Una pulgada más a la izquierda y hubiera fallado mi presa. —Auxerre guardó su arco, se ajustó los guantes de cuero y, cuando levantó la mirada, sus pupilas denotaban el mismo respeto de siempre y un brillo que Aalis aún no había decidido si era de admirar o de temer.

—Ciertamente, y quién sabe qué desgracia hubiera podido suceder. Os garantizo que procuraré evitar que haya una próxima vez —respondió ella con calma. Su caballo, nervioso ante la presencia de los animales muertos, agitó la cabeza y relincho—. Vayamos, señor, o mi pobre *Ventblanc* va a tener pesadillas esta noche.

—No deberíais haberle escogido para la cacería, señora —repuso Auxerre, desmontando y examinando el caballo—. Es un animal de categoría, y no fue entrenado para cruzar ríos, saltar zanjas de barro o perseguir jabalíes. —Sujetando las riendas, levantó la mirada y prosiguió con voz átona—. Debería quedarse en su establo y salir únicamente para exhibirse.

—De ser así, capitán Auxerre, *Ventblanc* tendría una vida penosamente aburrida —replicó Aalis, mientras se subía a la silla y partía al galope, deseosa de reunirse con el resto de la partida y con su padre y de alejarse de los animales muertos, y del rumor de burla que desprendían las palabras del capitán.

Auxerre siguió mirándola hasta que su silueta se perdió al otro lado del río. Al cabo de un instante, se volvió y contempló la carnicería abandonada en el bosque, el

jabalí y el ciervo abatidos en un charco de sangre común. Después, montó en su caballo y a un silbido suyo apareció Louis l'Archevêque en el otro extremo del claro, daga en ristre, donde había permanecido, semioculto y observando la escena. Soltó una carcajada y exclamó:

—¡Qué sangre fría, *mon maréchal*, por san Jeremías y sus reliquias! Te digo que esa muchacha está hecha del mismo hierro que nuestras espadas. No ha parpadeado, no ha gritado, no ha llorado. Es hija de su padre, *compaign*.

Por toda respuesta, Auxerre espoleó su caballo, y gritó:

—¡Hasta la cruz de piedra de San Román! Y si llegas demasiado tarde, ¡cuidaré de que esta noche no pruebes la carne, Archevêque, y de que ayunes como le corresponde a un verdadero soldado de Dios!

Louis suspiró resignado, se sacudió el polvo que había cubierto su precioso echarpe de terciopelo verde y sus largas mangas de hilo, y chasqueó la lengua, acostumbrado a los esporádicos arrebatos de genio de su antiguo compañero de armas. Palmeó el cuello de su montura y, lanzando un bramido para acicatear a su caballo, se dispuso a alcanzar a su amigo.

Los criados del castillo, que seguían a la partida para recuperar las piezas y llevarlas de vuelta, aparecieron en el claro, resoplando y cargados de enseres para desollar y cortar la carne en tiras transportables. Como un enjambre de laboriosas abejas, se arremolinaron en torno al ciervo y al jabalí para recoger la sangre fresca antes de que se echara a perder. El cocinero de Sainte-Noire haría deliciosos pasteles de carne con los resultados de esa cacería.

El maestro halconero acarició al animal, y le dio un pequeño trozo de carne cruda. El pico del pájaro, ansioso, le arañó levemente el guante de cuero que le protegía la mano y el antebrazo. Se alejó, murmurando letanías de afecto para el animal, que permanecía impassible, agarrado a su brazo. El padre de Aalis frunció el ceño y rezongó:

—No sé por qué, por las barbas de san Pedro, hacemos traer estas aves de tan lejos. Lo único que saben hacer es comer y dar vueltas en círculo, y aún ha de venir la cacería en que avisten la presa. Cualquier día voy a mandar que nos hagan una sopa de halcón, y al menos así recuperaré algo de mi plata. ¡Y lo mismo vale para ese maestro halconero!

Aalis sonrió y miró a su padre con afecto. Era un hombre ya maduro, pero derrochaba vitalidad, y llevaba con gallardía la espada atada al cinto. Su manto ribeteado de piel de oso pardo imponía terror cuando Philippe de Sainte-Noire andaba a grandes zancadas por el castillo, disgustado por algún error del senescal en las recaudaciones o cualquier otro asunto del devenir cotidiano de su casa. Iba a contestarle, cuando su esposa y madrastra de Aalis intervinieron.

—Querido Philippe, mi señor..., sois demasiado injusto. Ese buen hombre sólo

hace lo mejor que puede su trabajo, teniendo en cuenta el terreno abrupto y repleto de matorrales y árboles en el que se mueve. Habéis de recordar que estos juegos de caza fueron creados para llevarse a cabo en campo abierto, pero no en estas colinas empinadas, repletas de piedras y de lagartos, sin apenas un mal claro en el cual el halcón pueda planear. Realmente, es un milagro que el pobrecito pueda volar. —Y sonrió, deslumbrante.

Era una mujer joven, mayor que Aalis, pero que aún estaba lejos de ser una matrona. Cuando llegó al castillo, convocada por la madre de Aalis para asistirle en la crianza de la niña, apenas tendría quince años, unos ojos huidizos y asustados y una cabellera larga y rubia, excepcional en una sirvienta. Ya entonces poseía un talle envidiable, aunque era ancha de caderas y de hombros, pero eso parecía gustarles mucho a los hombres de la mesnada —y a su padre, tuvo que admitir Aalis amargamente—. Durante un tiempo la nueva criada compartió el lecho de Philippe, pero en lugar de ser una conquista pasajera, poco a poco la situación fue haciéndose más permanente, y la madre de Aalis languideció de tristeza. Aalis apartó de su cabeza los recuerdos de impotencia y de ira que despertaba en ella esa época, ya pasada pero que tan cercana sentía. Ahora, Jeanne estaba casada con su padre y había sustituido a su madre al mando del castillo.

—Tenéis razón, como siempre, señora —respondió Philippe acercándose a su esposa y rozando sus labios—. Nadie como vos puede comprender la delicadeza del vuelo de un pájaro...

—¿Incluso el de un halcón?

Jeanne miró a su alrededor con un brillo de ira en los ojos, y en su frente se marcó una desagradable vena de tensión. La pregunta no procedía de los labios de Aalis, aunque le hubiera gustado pronunciarla, sino que era Louis l'Archevêque, sin apenas aliento, el que la había lanzado tras detener su caballo frente a la partida que, plácidamente y al abrigo del sol del atardecer, había emprendido el camino de vuelta al castillo. Auxerre apareció a su lado, sonrió con calma e inclinó la cabeza, al tiempo que añadía:

—Perdonadle, señora, si os ha ofendido. Apenas ha alcanzado a oír unas palabras y se ha lanzado a abrir esa gran boca sin pensarlo dos veces. —Se dio la vuelta hacia su amigo y le espetó—: ¡Deberían llamarte Louis el Patán, pues tienes poco de la prudencia de los hombres de iglesia y mucho de palafrenero!

Philippe de Sainte-Noire se echó a reír, pero en su interior estaba preocupado. Sabía que no debía dejar que sus caballeros se alborotaran demasiado, y menos a causa de su joven esposa, cosa siempre difícil habida cuenta de que su castillo albergaba ya unos diez hombres, pero tampoco quería ejercer su justicia con severidad. Reservaba su cólera para delitos más serios que las palabras de un cabeza hueca. Y, además, Auxerre le tenía en la más alta estima, Dios sabía por qué, y Philippe era consciente de que no podía permitirse perder a su hombre de confianza, no en los tiempos que corrían. Decidió dar por terminada la breve escaramuza antes

de que se convirtiera en algo más serio.

—Mi señora, ¿os daréis por satisfecha si obligo a este mastuerzo a... —dejó pasar un instante durante el cual todos contuvieron la respiración— a dedicaros una canción de arrepentimiento? He de advertiros que canta como los sapos de las marismas del norte, de modo que es un castigo infligido doblemente, en su persona por el tremendo ridículo que pasará y en nuestra partida, que no tiene de qué arrepentirse pero ha sido testigo de sus torpes palabras. ¡Diría que es un castigo ejemplar!

Auxerre parpadeó y fijó sus ojos en el semblante blanco y pétreo de Jeanne, mientras Louis disimulaba la sonrisa de complacencia que la sentencia de Philippe le producía. Aalis, por su parte, acariciaba la crin de *Ventblanc* con un brillo de regocijo en su rostro. Cuando Jeanne habló, el tono de su voz era tan cristalino como siempre.

—¡Mi querido señor, sois tan ocurrente! Ardo en deseos de asistir a tan espléndido espectáculo, que tan hábilmente habéis organizado... Pero apresurémonos entonces, o bien llegaremos cuando las carnes ya estén frías y llenas de gusanos, y el vino aguado en exceso. Y no quiero que nuestro placer sea menor por cualquiera de estas causas, teniendo en l'Archevêque tan segura velada de diversión. —E inclinó la cabeza burlonamente hacia el mencionado caballero, que le devolvió a su vez la cortesía.

Sin más dilación, el grupo de jinetes emprendió el galope hacia las puertas del castillo, que ya se divisaba en lo alto de la colina, erguido y oscuro.

Desde que fuera construido, antes del año 1000, por los antepasados de Philippe de Sainte-Noire, el castillo había sufrido numerosas modificaciones, la mayoría ocasionadas por la necesidad, primero, de proteger a los habitantes de los ataques e incursiones de los bárbaros del norte y, posteriormente, cuando pareció afianzarse por fin una frágil paz, de proporcionar techo a la creciente mesnada del señor del castillo. Así, la edificación original se componía de una torre cuadrada que constaba de unos tres pisos. Abajo se repartían el espacio la cocina y la despensa, mientras que el gran comedor ocupaba toda la segunda planta, y las estancias donde se alojaban el dueño del castillo y su familia se hallaban en la tercera y última. Sin embargo, pronto fue haciéndose patente la necesidad de añadir más habitaciones. El número de caballeros que servían a los Sainte-Noire crecía, así como la cohorte de sirvientes que cuidaban de la casona y de las tierras inmediatamente circundantes. Aunque los Sainte-Noire no podían compararse ni en nobleza ni en riquezas con otros señores de la región, se preciaban de haber luchado en las filas del glorioso Carlomagno, un honor que no todos podían reclamar para sí. A medida que pasaron los años y la supervivencia del clan quedó asegurada, hasta fue posible amasar un modesto tesoro, y a los escasos sirvientes originales se añadieron maestros artesanos en diversos oficios, como el curtidor de pieles, el herrero y el encargado de los establos; y hubo que albergar también a las criadas que atendían a las damas, a una aya encargada de criar a los herederos, e incluso en los últimos tiempos un clérigo y experto boticario, que se

ocupaba de las almas del castillo y de la educación de los descendientes del linaje Sainte-Noire. Por todo ello, se había podido llevar a cabo la ansiada ampliación de la antigua torre, gracias en parte a que la guerra constante ya no sangraba las arcas del tesoro y permitía al señor del castillo o, mejor dicho, a sus caballeros, dedicarse a vigilar que los campos se cultivaran con provecho, y que se pagaran debidamente todos los derechos de uso que pertenecían a Philippe de Sainte-Noire, como el molino de agua, la forja y el paso del puente.

Los maestros arquitectos, venidos de las lejanas tierras del sur, optaron por añadir cuatro torres redondas en cada vértice de la gran construcción madre, y también mandaron cavar un foso alrededor de los muros, hacia el cual desviaron el cauce del pequeño riachuelo que cruzaba y rodeaba las tierras de Sainte-Noire. Cada torre fue destinada a unas labores concretas: en la que estaba orientada al este, y recibía más luz diurna, se construyeron unas largas y estrechas ventanas con portezuelas de madera (todo un lujo y una extravagancia, según rezongó en su momento el viejo patriarca), y allí se instalaron los talleres de las tejedoras y cosedoras, así como las estancias de estudio y de lectura, y las habitaciones del clérigo y del aya.

Aalis solía recordar con añoranza las mañanas en las que se dejaba mecer por el olor a algodón y lino recién lavado, listo para ser hilado en la gran rueca, o las horas pasadas frente a los portones entreabiertos, acariciando la preciada Biblia del padre Martin, y tratando de descifrar sus abigarrados inicios de capítulo, en cuyas letras mayúsculas se ocultaban pájaros, figuras humanas y animales maravillosos de todos los colores del cielo y de la tierra. Los dos hijos de Jeanne también dormían en esa torre, en el piso más alto y de más difícil acceso. Aunque la paz de Dios era respetada por casi todos los caballeros cristianos, y las luchas de Tierra Santa ocupaban los instintos de guerra de muchos, aún persistía en el ánimo de los habitantes de la región el temor a los ataques y los pillajes indiscriminados de las bandas de merodeadores que buscaban su provecho en los crímenes y los saqueos. No era extraño que, en época de recaudaciones, los señores recurrieran a los mismos mercenarios de los que se defendían, para robar de entre sus vecinos la cuantía de los impuestos que debían; y no pocos obispos y santos hombres de la Iglesia tenían cuadrillas de caballeros a sus órdenes para sembrar el miedo entre los siervos de sus tierras. Hubo un tiempo en que Aalis pasó muchas horas encerrada en su torre, mientras en el castillo los rumores de pasos y las voces de los hombres embravecidos anunciaban expediciones de castigo y de protección día tras día.

En la torre oeste, que también estaba bendecida por la luz solar en las últimas horas del día, se instaló abajo la forja del herrero, y en los pisos superiores segundo y tercero el maestro armero y el curtidor de piel hubieron de repartirse el escaso espacio que les quedó, después de almacenar los materiales de elaboración de las flechas, las pieles y demás enseres para la batalla. En ese mismo lugar habitaban el encargado de los establos, los dos aprendices palafreneros y el maestro halconero. Toda la torre estaba envuelta permanentemente en una neblina de humo y de sudor,

de sabor de piel por curtir y de madera tierna recién cortada, en fin, de todo cuanto se utilizaba para confeccionar flechas y lanzas, escudos y cascos, con los que equipar a los caballeros de Sainte-Noire. Muchas veces, de pequeña, Aalis había intentado entrar allí sin ser vista, pero indefectiblemente algún hombretón con la faz ennegrecida la había empujado firmemente al exterior, mientras ella se desgañitaba amenazándolo con torturas peores que la muerte. Eso había sido justo después de que su madre, *dame* Françoise, tuviera que partir hacia el convento, repudiada por su padre porque había sido incapaz de darle más hijos, especialmente los preciados vástagos varones sin los cuales Sainte-Noire corría el peligro de caer en manos de las ramas secundarias de la familia. Por suerte, o por desgracia, la larguirucha criada que había ayudado a *dame* Françoise a cuidar de su única hija, esa misma Jeanne de la que al principio hasta la cocinera se burlaba, quedó embarazada del señor, y éste dejó que el embarazo siguiera adelante hasta que dio a luz a dos hermosas niñas, fuertes como su madre campesina y ceñudas como su padre. Entonces, y a pesar de que no eran los varones que Philippe ansiaba, *dame* Françoise tuvo que dejar el castillo. Aquella noche, Aalis deseó irse con su madre, pero su aya, Nicole, la retuvo durante horas, abrazándola y sofocando sus sollozos. Al día siguiente, Philippe de Sainte-Noire ordenó que Aalis fuera alojada en la torre norte, con las demás mujeres adultas, incluida Jeanne, y sus damas de compañía, para que el aya pudiera dedicarse a cuidar de las dos recién llegadas. Que no llegaran a cumplir los cinco años no había sido culpa de nadie. Unas fiebres se llevaron a la primera, y no tardaron en consumir a la segunda al cabo de unas semanas. Philippe de Sainte-Noire no mandó llamar a Françoise, ni repudió a Jeanne. No le había gustado separarse de su primera esposa, y al fin y al cabo Jeanne había dado a luz; nada impedía que volviera a quedar embarazada.

En la torre sur, como Aalis no tardó en descubrir, su padre decretó que se alojaran los caballeros que se habían puesto a sus órdenes. Era un dispar grupo de jóvenes, cuyas edades iban desde los inexpertos diecisiete de Manuel a los ajados cuarenta y dos del bregado Joachim. Algunos, nacidos en la comarca, a duras penas se habían costeadado un caballo y una silla, y presentado sus servicios a las puertas del castillo. Esperaban que el señor de Sainte-Noire se hiciera cargo de ellos y los armara caballeros, proceso harto costoso, ya que para conseguir ganar su fortuna en el campo de batalla eran menester unos dos caballos, sendos escuderos y sillas de montar, una armadura, varias lanzas y espadas y, en fin, suficiente oro para viajar de torneo en torneo a falta de buenas guerras. Otros, con menos sueños y más alforjas, dedicaban sus vidas y sus espadas a luchar bajo la enseña del señor que les pagara un buen sueldo por sus servicios, aunque muchos se contentaban con un techo y alimento. Los mercenarios, como se les conocía con desprecio, eran el motivo por el cual Philippe de Sainte-Noire había confinado todas sus fuerzas en una sola torre, a excepción de los turnos de guardia y los vigilantes de las almenas. De los jovenzuelos que habían conocido desde niños la enseña de los Sainte-Noire sabía que no debía temer más

que, de vez en cuando, los pleitos de alguna buena doncella ofendida, necesitada de una dote y de un marido, o bien una criada agraviada que terminaba desposada con alguno de sus vasallos campesinos. Sin embargo, en cuanto vio al primer grupo de combatientes profesionales cruzar el patio, montados en sus soberbios caballos hispanos, cargados sus escuderos de lanzas y de mazas, y sus manos firmemente posadas en el puño de sus espadas, Sainte-Noire supo que no podría permitirles campar a sus anchas por el castillo, y que pronto habría de buscarles entretenimiento. Era una ironía bastante cruel, pero la paz que los mercenarios garantizaban con su presencia se convertiría sin duda en un acicate para sus fechorías, y quién sabía si para alguna conspiración.

Así, no dudó en hacer de la torre sur el lugar más alegre del castillo, y desde allí se oían las risotadas de los hombres, la música de los juglares y los cantos de los trovadores que se pasaban semanas entreteniendo a la cohorte de guerreros de Sainte-Noire. Las mujeres, desde luego, eran las que más revuelo causaban, sobre todo entre algunas damas a Sainte-Noire, unas primas segundas que pasaban largas temporadas tejiendo bellísimos mantos y que se creyeron obligadas a apelar al clérigo Martin para que éste le recordara a Sainte-Noire la reciente prohibición papal contra el concubinato, y en general cualquier situación yaciente entre hombre y mujer que no hubieran sellado votos de sagrado matrimonio. No obstante, pronto hubieron de transigir, pues Jeanne, la propia mujer del señor de Sainte-Noire, se obstinó en dar por zanjado el asunto, apoyando la decisión de su marido. Sin duda, como muchos pensaron, pero se guardaron de decir, porque no hacía mucho ella misma hubiera sido considerada un miembro de ese denostado grupo de mujeronas que acompañaban las cenas de los mercenarios.

Ahora, tras años de penurias, del duro trabajo de varios maestros constructores y todo el esfuerzo y sudor de los campesinos de Sainte-Noire, el castillo se había convertido en el centro de una tímida agrupación de caserones de madera, de pequeñas chozas hechas de barro y de paja seca, de frágiles tiendecillas y talleres artesanos, con techos abiertos para dejar pasar el humo de las hogueras, y de algún que otro edificio erigido en madera, como la taberna, o en piedra.

Al recorrer la escasa distancia que lo separaba de las puertas de su castillo, Philippe de Sainte-Noire se irguió en su caballo para que sus gentes supieran ver en él la nobleza y la dignidad del dueño de las tierras que pisaban, y cogió la mano de Jeanne, honrándola sin vacilar una vez más, para atajar las mil habladurías sin fin que siempre acompañaban la presencia de su esposa. Nunca miraba las caras de aquellos hombres y mujeres que le pertenecían, atados a las tierras de Sainte-Noire, pero era consciente de que las siluetas que se inmovilizaban a su paso no apartaban sus ojos de él. Frunció el ceño, y aceleró el trote de su caballo.

La partida acometió la cuesta que llevaba al castillo, y pronto llegó a las puertas, que con un tremendo ruido de goznes y de madera crujiendo se abrieron al grito de los centinelas. Allí, en el patio, además de los habituales tinglados de los

comerciantes que traían sus productos para venderlos al despensero, se encontraban dos jinetes, tocados con los colores del señor de Souillers, rojo oscuro con dos lanzas plateadas entrecruzadas. No debían de llevar mucho tiempo esperando, pues uno aún montaba su caballo, mientras el otro ya había descabalgado y se dirigía a los establos. Los dos se detuvieron al verle y el que aún seguía a caballo se dirigió a Sainte-Noire:

—Mi señor de Sainte-Noire, soy el caballero Raymond y éste es mi compañero de viaje Guy. Venimos de las tierras del señor de Souillers, y os traemos un mensaje urgente de nuestro señor. Esperamos vuestra gracia.

—Más tarde —respondió Sainte-Noire—. Debéis de haber viajado durante todo un día, por lo menos, y me imagino que estaréis cansados. Os propongo lo siguiente: reposad, haceros traer algo de agua para refrescaros, y veámonos de nuevo cuando suenen las vísperas llamando para la última comida del día. En ese momento, no lo dudéis, podremos escuchar vuestro mensaje. —Como los caballeros se miraran, dudosos, Sainte-Noire añadió—: ¡Vamos, señores! Habrá tiempo esta noche.

Los dos jinetes se inclinaron, llevando sus caballos hacia el establo. Mientras, discretamente, Sainte-Noire le hizo señas a Auxerre para que se acercara.

—Pon vigilancia para que nuestros huéspedes no nos sorprendan más de lo necesario. No me gusta que el viejo señor de Souillers tenga nuevas para mí; espero que el desgraciado de su hijo no haya hecho ninguna tontería.

—Descuidad, señor.

Auxerre hizo girar su caballo y lo encaminó al trote hacia los establos.

Aalis terminó de ajustarse su tocado, mientras Nicole, su antigua aya y en ocasiones, como en esa noche, dama de compañía, aseguraba uno por uno los corchetes que ceñían su vestido nuevo de suave muselina verde. Sainte-Noire no se encontraba lejos de ciertas rutas frecuentadas por comerciantes que venían de Oriente y, de vez en cuando, si la cosecha y las recaudaciones lo permitían, Philippe gustaba de rodearse de unos pocos lujos adquiriendo productos refinados, como la tela que ahora acariciaba la piel de Aalis. Las mangas del *bliaut* caían hasta el suelo, abiertas en los codos, y le restaban un poco de movilidad, aunque el efecto que producían era patente en la atenta y satisfecha mirada de Nicole.

—Estáis bellísima, mi señora. —Revoloteó un poco más, retocando el pelo de Aalis, recogido bajo un sencillo paño blanco en forma de triángulo, y centrando la fina cadena de plata que rodeaba su cintura, y cuyo extremo pendía casi hasta sus pies—. Hoy vuestro padre estará orgulloso de su pequeña princesa, y sus caballeros morirán de amor por vos.

—Nicole, eres incorregible. —Aalis disimuló una sonrisa—. Ya estoy comprometida, ¿o debo recordártelo? Afortunadamente, el primogénito del señor de Souillers ya selló sus esponsales conmigo hace unos cuatro años —musitó, recordando—. Vino aquí con su padre, el viejo Souillers, y un séquito de unos veinte

caballeros. ¡Veinte caballeros, Nicole! Por un momento pensé que no tenía valor para pedírmelo él solo. Gilles es tan dulce, incluso un poco tímido...

Calló al observar los labios apretados de Nicole. Con un gesto, liberó el torrente de las conocidas quejas que su aya albergaba en contra de su prometido.

—Señora, sabéis lo que pienso de ese jovenzuelo. Con vuestro permiso, no debió haber partido a esas endemoniadas Cruzadas, dejándoos aquí languideciendo y esperando su vuelta. —Nicole se acaloró, indignada, mientras seguía arreglando a su señora—. ¡Cuatro años! Ya debería estar construida la casa en la que vais a vivir tras la boda, pero en lugar de eso el señor de Souillers ni siquiera se ha molestado en desbrozar ese terreno pantanoso que tuvo a bien regalaros. Yo no tengo nada en contra de esos buenos caballeros que parten a luchar contra los sarracenos, Dios me libre, ¡al contrario! Pero un joven apenas recién armado, que no sabe distinguir el derecho del revés, no tiene nada que hacer entre hombres de verdad. ¡Embarcándose en esos puertos venecianos llenos de mujerzuelas, cuando tiene aquí a una bella prometida esperándole...!

—Ya basta, Nicole. —La voz de Aalis era reposada, pero su aya sabía por el tono que la muchacha no iba a cambiar de opinión—. Tengo prisa. Termina ya de una vez. No quiero llegar tarde y darle la satisfacción a Jeanne de reconvenirme delante de todo el mundo.

Se ajustó el colgante, hecho de anillos de plata trenzados, que adornaba su cuello, y miró pensativa el medallón de madera que ahora lucía, desafiante, en su pecho.

La sala derrochaba luz, con todas las antorchas a ambos lados de las paredes laterales encendidas y crepitando. No hacía frío, al contrario; el calor de las mechas prendidas bañaba los rostros y los ventanucos de madera permanecían cerrados, aprisionando el aire caliente en la gran estancia. Al fondo se podía ver la gran mesa en forma de U, cubierta con varios manteles de hilo blanco, presidida por el señor de Sainte-Noire y su esposa Jeanne. A sus espaldas pendía un enorme tapiz tejido durante varias generaciones en el que se narraba la historia de los antepasados del castillo, hasta el día de hoy, en que una pareja, representación de los señores actuales, avanzaba solemne hacia un prado verde y brillante donde sus vasallos les festejaban y celebraban. En el lado opuesto ardía un gran fuego de chimenea, y en el suelo se había extendido paja seca y mullidas pieles, en las que pronto se reunirían los contadores de hazañas, los narradores y juglares, para deleitar a sus señores con historias de lugares imposibles y criaturas fantásticas, batallas heroicas y héroes puros de corazón.

Por el momento, cuando Aalis entró, los caballeros que merecían el honor de compartir mesa con la familia del castillo esperaban a que el señor diera la señal de escanciar el vino, enfrascados en ruidosas conversaciones y resonantes carcajadas. Auxerre y l'Archevêque estaban sentados a la derecha de su padre, y un poco más

lejos, de pie, el capellán Martin se afanaba repartiendo las lonchas de pan que servirían para depositar sobre ellas los alimentos. Al otro lado, los dos mensajeros del señor de Souillers, fácilmente reconocibles por ser las dos caras extrañas de la fiesta e ir vestidos con ropas borgoñonas, ajenas al color verde que imperaba en la sala.

—Ah, ¡por fin! Mi hija se digna comparecer —gritó Philippe satisfecho, a pesar de la ironía de sus palabras—. Al menos, ha valido la pena esperarte, Aalis. ¿Querrás obsequiarnos con alguna canción?

—Como siempre, padre, vuestro cariño inunda mi corazón. Pero mi humor esta noche no está para entonar melodías —repuso Aalis con una sonrisa cortés, dirigiéndose a ocupar su lugar, entre su padre y Auxerre. Éste se levantó y se apartó para permitirle sentarse, y ella inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Y como siempre, hija, tus mil virtudes eclipsan tu mal genio. Además —prosiguió Sainte-Noire—, hoy no solamente te esperamos nosotros, tu familia, sino también unos enviados de tu futura familia: al parecer, hay novedades acerca de Gilles. Bien, caballeros —al decir esto, hizo una seña al escanciador para que vertiera el vino en las copas de madera tallada, y los sirvientes avanzaron lentamente con grandes bandejas, repletas de carnes y viandas frías, ofreciéndolas a la concurrencia —, tenéis toda mi atención. ¿Nada grave, espero, le ha sucedido a nuestro bien amado muchacho?

Aalis miró furtivamente a los de Souillers y mordisqueó un trozo de queso. A su lado, Auxerre parecía completamente absorto en un muslo de pollo aderezado con salsa de leche agria y almendras picadas. Su daga, sin embargo, reposaba a la vista en la mesa, en una suerte de muda advertencia.

El caballero que se había presentado como Raymond se aclaró la garganta, tomó un trago de vino y respondió:

—Depende, señor, de lo que consideréis grave. Nuestro señor nos ordena informaros de lo siguiente: como sabéis, hace ya cuatro inviernos que Gilles de Souillers contrajo esponsales con vuestra hija Aalis, después de los cuales debían establecer lazos de sagrado matrimonio según dispone nuestra Santa Madre Iglesia. Antes de eso, el joven de Souillers sintió la llamada de los cruzados y, consciente de los pecados que arrastramos a este mundo desde que nacemos de la vil Eva, se dispuso a viajar a los reinos de Jerusalén para conquistar las tierras santas que aún están en manos de los infieles. Fue una decisión meditada, aunque difícil de comprender, y...

—Señor. —Philippe se limpió la boca en el mantel de hilo, y mojó brevemente sus dedos, sucios de grasa, en el recipiente de agua que tenía frente a él—, aun cuando os agradecemos este preámbulo, apropiado para aquellos que no tengan memoria de los hechos acaecidos, he de deciros que yo sí la tengo, y muy fresca, por lo que no es menester tanto circunloquio. Decid, ¿cuáles son las nuevas?

—Sí. Bien. —El caballero carraspeó y, con la mirada fija en su copa, dijo—: Al parecer, han llegado tristes voces, las peores, que nos cuentan de nuestro señor, el

joven Gilles. Durante una escaramuza con una banda de infieles en el camino de Damasco, fue cobardemente abatido por los golpes enemigos. Murió, y nos ha llegado prueba irrefutable en forma de su dedo anular, aún con la sortija y el sello de nuestra casa de Souillers, que uno de esos perros quiso robarle, pero que fue recuperada con valentía por algunos miembros de su escolta. Ha muerto, pues, y son éstas las nuevas que nos vemos tristemente obligados a comunicaros.

Un quieto silencio se extendió por la sala, y Aalis se sintió el blanco de todas las miradas, algunas especulativas, otras compasivas y alguna, la de Jeanne sin duda, maliciosa. La muerte de su prometido, por muchos esponsales que se hubieran celebrado, dejaba la alianza entre Sainte-Noire y Souillers sin efectos legales, y habría que renegociar las condiciones de la misma, si es que los patriarcas de ambas familias aún querían mantenerla. En definitiva, las noticias de la muerte de Gilles eran malas, sí, y no sólo para el joven muchacho que había vertido su sangre en las arenas de Jerusalén, sino también, y sobre todo, para los que, como Aalis, quedaban atrás y cuyas vidas volvían a ser moneda de cambio en el complicado entramado de herencias señoriales. Notó la sangre subirle a las mejillas, y tomó un sorbo de la copa que compartía con Auxerre. Éste permanecía inmóvil y aparentemente pendiente de la reacción del padre de Aalis. Sainte-Noire siguió callado, meditando, durante lo que pareció una eternidad, y finalmente habló, sus palabras un lento desfile.

—Caballero Raymond, son éstas efectivamente las peores noticias que han llegado a mis oídos desde hace mucho tiempo. La muerte de nuestro querido Gilles, que albergaba un lugar parejo al de un hijo en mi corazón, es un fuerte golpe. Estoy seguro de que Aalis está destrozada. —Miró gravemente a su hija, que estaba cabizbaja. Philippe hizo una pausa y prosiguió, con voz firme—: Sin embargo, yo, como señor de la familia Sainte-Noire, debo pensar más allá de estos momentos, sobreponerme al dolor, comprensible, de mi hija y de vuestro dueño, y preguntarme, aunque con lágrimas mojando mis ojos, qué será de nuestras casas, de nuestros futuros antaño entrelazados y ahora tan cruelmente distanciados por una cimitarra traidora. ¡Maldigo a ese infiel que es el instrumento de nuestra desgracia! Y os pregunto, amables mensajeros —sus palabras, ahora, se vistieron de terciopelo—, ¿acaso el señor de Souillers no trae ningún otro mensaje que dulcifique este golpe? ¿No añade nada en absoluto? ¿Dejará que este hecho cruel hable por sí solo y sea el fin de vuestra tarea? Si mucho no me equivoco, el señor de Souillers es mucho más prudente y sabio, y conoce bien el valor de las respuestas prontas y de la confianza en tiempos de dolor. Así pues, señores, os digo con toda sinceridad que espero, con mi corazón roto pero abierto para vuestras mercedes, el resto de vuestro mensaje.

—Mi señor de Sainte-Noire, tenéis todo mi respeto. —El caballero Raymond no pudo evitar que su voz delatase admiración—. Efectivamente, el señor de Souillers es un hombre ya curtido en muchas y duras batallas, que sabe bien del valor del tiempo y de la importancia de las promesas. No es pues extraño que, precisamente en este momento de dolor, solicite vuestra presencia, y la de vuestra hija, en su castillo, para

compartir sus lamentos diarios frente a la tumba vacía de su hijo, y también para reflexionar acerca del futuro. Por supuesto, os invita a llevar con vos el número de caballeros que estiméis necesario, sin más límite que el que su humilde techo pueda acoger. Éstas son sus palabras, y nosotros hemos intentado transmitir las con toda honradez y sinceridad.

—Mis amables señores, así lo habéis hecho. Os agradezco vuestra tarea, y acepto la invitación de vuestro amo. Mañana por la mañana, al alba, partiremos hacia su castillo, pues no quiero dejar transcurrir sino el tiempo imprescindible para pertrecharnos y preparar el viaje. Mi hija, como sugerís, me acompañará, así como mis hombres de confianza, el capitán Auxerre y Louis l'Archevêque. Ved que no me ando con tardanzas, y así, me retiro a mis habitaciones a meditar sobre la muerte del joven Gilles. Disfrutad de la velada y de toda mi hospitalidad, caballeros.

Y tras estas palabras, Sainte-Noire se levantó, y algunos de los presentes le imitaron, pese a que otros optaron por quedarse a dar cuenta de los alimentos que aún se ofrecían en la sala. Auxerre y Louis, sin embargo, le siguieron sin vacilar, así como Aalis, que procuró mantener la mirada baja durante su salida y en cuyos ojos las miradas inquisitivas creían adivinar el brillo de las lágrimas.

Sentado en el gran sillón de madera, cubierto de pieles y mantas de lana, frente al hogar de su dormitorio, el señor de Sainte-Noire miraba las llamas devorar la madera.

—Esto ha sido verdaderamente un serio golpe —dijo por fin. Ninguno de los presentes hizo ademán de contestarle, y él tampoco lo esperaba. Siguió diciendo—: Ese muchacho y ese matrimonio eran mi esperanza de una vejez tranquila, ¡demonios! Después de tantos años de soportar los ataques de las bandas de ladrones que merodean por la región, de tener que pedir ayuda al viejo Souillers más veces de las que mi orgullo hubiera querido, cuando por fin parecía que teníamos esa alianza cerrada y bien cerrada... ¡Maldita sea! Siempre creí que Gilles tenía una buena cabeza sobre los hombros, y que sabría cuidar de sí mismo. Me equivoqué.

Aalis salió de su estado de apatía, levantando por fin la cabeza. Entrelazó las manos sobre su regazo y, con los ojos aún vidriosos, dijo:

—Padre, os pido permiso para retirarme. El viaje que mañana nos espera será largo, y debo prepararme. Mi presencia en esta sala no es necesaria —añadió.

—Pues te equivocas. Tu persona, ahora mismo, es lo que más importa en esta sala. Y tú sabes perfectamente por qué. Tal vez no eres el hijo que yo hubiera deseado tener de tu madre, pero a fe mía que eres de mi sangre, y no precisamente tonta. Así que te quedarás hasta que yo te diga que puedes irte. —Advirtió un ligero temblor en los labios apretados de su hija, y suavizó la voz—. Después de todo, se trata de tu futuro, hija.

Aalis no respondió en seguida; bajó los ojos, en lo que parecía un gesto de cansancio, y repuso:

—Mi futuro, padre, está en vuestras manos. Os ruego, pues, que tengáis a bien informarme de vuestras decisiones y deseos, pero os suplico que me dejéis marchar. Mañana emprenderé mi primer viaje a Souillers, y tengo ya demasiada tristeza anclada en el pecho. Por favor, dejadme ir.

Sainte-Noire la miró pensativamente, y al fin hizo una seña con la mano, concediéndole el permiso solicitado. Contempló a su hija levantarse y, tras hacer una reverencia general, desaparecer por el corredor. La muchacha daba muestras de estar más afectada de lo que sería común en una novia que había pasado cuatro años sin recibir noticias de su amado. Sainte-Noire suspiró pesadamente. Lo último que necesitaba era una hija postrada de dolor por un muerto en ultramar.

Auxerre y l'Archevêque no habían movido un músculo y seguían de pie, esperando. Jeanne estaba asimismo al lado de la ventana, esforzadamente concentrada en su labor de hilo, y el padre Martin musitaba sin descanso una oración por el alma del joven muerto. El patriarca de la casa carraspeó.

—Bien. Mañana tenemos mucho que hacer, y no quiero veros soñolientos. Pero esta noche quiero oír vuestra opinión. El viejo Souillers es un gato viejo, y está claro que con la futura alianza rota tiene dos alternativas: renovar la alianza con otro joven de su familia o bien abandonarla. ¿Qué creéis que hará?

Sainte-Noire miró directamente a Auxerre, en realidad, el único allí cuyas palabras le importaba escuchar. Éste contestó sin vacilar.

—Renovarla. Souillers, como decís, es viejo. Tampoco querrá volver de nuevo a la incertidumbre y a los pillajes, por muchos beneficios que pueda obtener atacando el monasterio o robando el grano almacenado en el molino. Él ya no quiere luchar. Pero no estoy seguro de cuál será su propuesta. Gilles era su único hijo. Tenía otros dos hermanos, pero uno murió cuando era niño y el otro ha sido acogido en el seno de la Iglesia. No tiene más herederos directos que ofrecer, y dudo que recurra a sus primos. Ese hombre conoce el valor de la sangre. —Auxerre calló tan bruscamente como había empezado.

—Gracias, mi buen Auxerre. De corazón os digo que me alegro de teneros a mi lado. Habéis hablado con mis pensamientos, pues comparto vuestras palabras. — Sainte-Noire se levantó, intercambió un breve abrazo con Auxerre y siguió diciendo —: ¡Buenas noches, caballeros! Padre Martin, seguid orando por el alma de ese pobre muchacho, y añadid a la casa de Sainte-Noire en vuestros ruegos. Ahora, mi dama y yo os damos licencia para retiraros. Vamos, Jeanne.

Tomando a su esposa de la mano, Philippe la atrajo hacia sí, y la besó en los labios, saboreando el frescor de su lengua y su joven sonrisa. Los sirvientes trabajaron rápidamente y con diligencia para apagar el fuego de la chimenea, y dejaron tras de sí unas pocas velas que iluminaban al matrimonio, aún abrazado, mientras se dirigía hacia la cama, cuyo colchón de paja estaba forrado de gruesas lanas y pieles.

—Y tú, querida, ¿qué piensas de todo esto? —Philippe estaba realmente

enamorado de su mujer.

—Philippe, sabes bien que yo no tengo nada que decir en esto. Es cosa de los Sainte-Noire. —Jeanne suspiró, como si lamentara seguir hablando—. Aunque tienes razón: es preciso conseguir la paz para la comarca, y una alianza entre Souillers y Sainte-Noire sería el primer paso. Gilles era un buen chico, pero sin duda habrá otros candidatos que nos permitan conservar lo pactado. Algún primo segundo, quizá. Y Aalis terminará siendo, después de todo, la castellana de Souillers. No te preocupes, mi amor. Ven y reposa en mis brazos.

—Eres mi paz, Jeanne. —Los brazos suaves y blancos de su esposa le acogieron, y él posó su cabeza en aquel regazo cálido y dulce.

—Amor mío, tengo algo que decirte que borraré las arrugas de preocupación de tu frente.

Su marido levantó la vista, intrigado.

—El aya dice que aún es muy pronto, pero no quiero que pase un día más sin que lo sepas. Voy a tener otro bebé, Philippe. Un Sainte-Noire, para ti. Rezo a Dios para que pueda darte un varón, tal como deseas.

Sainte-Noire se incorporó, embargado por la alegría; había olvidado las angustias que lo acuciaban, atrás quedaban Souillers y sus intrigas. ¡Un bebé! Un varón, para asegurar su estirpe; a pesar de que su hija Aalis estaba sana, aún no era seguro que el clan Sainte-Noire fuera a sobrevivir.

Jeanne acarició la frente de su marido. Un hijo. Y otro, y los que hicieran falta. Todo lo que fuera menester para convertirse por fin y de una vez por todas en la primera y única dama de Sainte-Noire; y rezar para que llegara el día que esa engreída niña se marchara a la cama de quien tuviera a bien llevársela, incluido el mismísimo Diablo.

Capítulo dos

No había sentido nada ante la muerte de Gilles. De hecho, ni siquiera podía recordar con exactitud las facciones del muchacho. Vagamente sabía, sí, que sus ojos eran almendrados, y que cuando se separaron llevaba una ligera barba, una débil señal de madurez en un rostro demasiado fino. El color de su pelo era claro, porque tenía un mechón guardado en su medallón tallado de madera y ribeteado con pintura de oro, la primera y única joya que Gilles le había regalado. Ahora, la última también. Y tampoco sentía nada al pensarlo. Aalis hizo lo único que podía hacer: llorar sin estar segura de haberlo amado. Toda la noche, desde que se apagó la última antorcha del castillo, hasta la primera luz del alba y el primer canto de los gallos del corral, lo había llorado, mojando su almohada, mordiéndose los puños, clavándose las uñas en la tierna carne del antebrazo, para no hacer ruido, para no despertar a nadie, lo había llorado como si fuera su esposo y ella su viuda. Era lo menos que le debía, a él y a su memoria de los breves días pasados jugando con el futuro poco antes de que todo cambiara. Gilles había partido a luchar con una roja cruz cosida en el hombro, y jurando expiar sus pecados antes de yacer con ella como marido y mujer.

Cuando el aya vino en su busca a la hora prima para su primer viaje hacia el castillo de Souillers —su primer trayecto largo y alejado de los muros protectores de su hogar—, Aalis estaba ya lavada y dispuesta: con el pelo recogido en una larga trenza ladeada, la túnica de lana gruesa ya ajustada, su mejor capa cubriéndole los hombros, los borceguíes bien atados y una bolsa de piel de cordero con sus enseres de viaje. Nicole la abrazó, y en los pequeños ojos de la robusta mujer bailaron las palabras. No dijo nada, sin embargo, y en silencio bajaron hacia los establos, donde los demás componentes de la comitiva esperaban, unos a medio despertar, como l'Archevêque, que se las arreglaba para bostezar y darle mordiscos a un trozo de pan a la vez, y otros ceñudos y murmurando entre sí, como su padre y Auxerre. Ambos se inclinaron al verla llegar, y Louis hizo una señal con el pan y ambos carrillos llenos. Nicole chasqueó la lengua, en señal de disgusto por los pésimos modales del caballero, y dejó a Aalis a cargo de los escuderos y de los palafreneros, que traían un rocín percherón de viaje para ella y *destriers*, caballos pertrechados para el combate, para los hombres. *Ventblanc*, su montura habitual, aunque era un magnífico ejemplar del sur, se quedaría en los establos por esta vez. El viaje hacia las tierras de Souillers no era largo, pero sí abrupto y duro; habrían de cruzar campo a través, allá donde los

antiguos caminos romanos ya no estaban en condiciones, y por estrechos senderos que bordeaban el bosque oscuro, del que manaban riachuelos silenciosos y sibilinos como venas invisibles de algún monstruo dormido, y por entre los que las monturas resbalaban, inadvertidas. En realidad, Aalis estaba segura de que *Ventblanc* podía enfrentarse a eso y a mucho más, pero no quería someter al animal a una prueba innecesaria; sin embargo, echaría de menos a su compañero de paseos, en esta ocasión. La noche anterior había quedado atrás, y hoy su futuro era tan sencillo y tan emocionante como un día de viaje.

Al salir por las grandes puertas del castillo, los campesinos que se dirigían hacia allí, acarreando pesados fardos llenos de grano, quesos y pan para llevarlos al modesto mercado que cada miércoles se organizaba en el patio del castillo, se detuvieron para contemplar unos instantes la grandeza de los señores para los que pasaban todos sus días trabajando los campos. Aalis enrojeció, sin saber por qué, al ver los rostros oscurecidos por la suciedad, los ojos brillantes y temerosos que la espiaban, y los pies sucios, envueltos en trapos y pieles burdamente atadas con cordeles, que se arrastraban por un camino que no era digno de *Ventblanc*. Siguieron hasta cruzar el río por el puente, de bases de piedra y sólidos tablones de madera, donde un hambretón mordía una manzana, pensativo. Al ver al grupo, el vigilante salió de su letargo y se levantó, agitando a un tiempo la bolsa de cuero que colgaba de su cinto y el garrote que descansaba a su lado, para exigir el pago de los derechos de paso de los cuatro jinetes, pero en cuanto reconoció las enseñas de Sainte-Noire se inclinó en una profunda reverencia. Philippe extrajo unos pocos *deniers* de Provins de su bolsa y se los lanzó al guardián. Más allá de las colinas coronadas por el verde profundo de los bosques, a un día de camino por la antigua ruta romana, conocida ahora como la vía de Saint-Jacques, se encontraba su destino. Desde hacía un largo rato sólo se oía el lento y rítmico avanzar de la comitiva por las gastadas losas de piedra cubiertas de barro y hierbajos. Auxerre cabalgaba a la cabeza, con la espada descubierta y a la vista. El padre de Aalis iba en segundo lugar; ésta le seguía y Louis estaba en la retaguardia.

—¿Cuál es el veredicto, señora?

—No os comprendo, Archevêque. —Aalis salió de su ensimismamiento, casi agradecida.

—Ya hemos dejado atrás gran parte de las tierras de vuestro señor padre y protector nuestro, y nos acercamos a lugares que vuestros ojos jamás habían visto, si no me equivoco.

—¿Y bien?

—Y bien, eso digo yo. ¿Es que acaso no veis en el cielo nubes de formas distintas, o árboles inmensos que no pueblan los campos lisos de Sainte-Noire, o es que el agua que nos rodea no susurra con más fuerza a medida que se acerca a su destino, el mar?; ¡señora!, si hasta los monjes de por estas tierras visten de un color distinto al del buen padre Martin... Aunque bien es cierto que la pobre pelliza del

padre ostenta un color parduzco tan indefinido que ni en Cluny ni en Clairvaux sabrían decir a cuál de los dos pertenece.

—Señor, me confundís con vuestras palabras: caminan juntas, tan estrechamente encadenadas que ni el mejor herrero de Normandía puede separarlas y desentrañar su sentido. —Aalis lo miró con grandes ojos de inocencia—. ¿Es que no son todos los monjes hombres de una misma Santa Iglesia?

—Ah, señora, he aquí una interesante pregunta. No sé si serán de la misma Iglesia, pero a ciencia cierta os digo que los monjes no son hombres, pues sus deberes y sus oraciones les ocupan toda la mente y todo el... —Louis l'Archevêque se interrumpió y estudió el rostro aparentemente plácido de la joven. Las cejas arqueadas en exceso, en una cómica invitación, le confirmaron su sospecha. Desde luego tenía aplomo esa muchachuela Sainte-Noire. Carraspeó, sin ocultar su regocijo—. Vuestro clérigo quizá no sepa de qué color es su túnica, pero a fe que sabe educar a sus pupilos, señora.

—¿Sabéis, señor? Empiezo a comprender esa diferencia que citabais hace apenas un momento. Ciertamente, hay algo de excepcional en esta comarca: la lengua de los arzobispos se contiene aquí de una forma en verdad maravillosa.

El caballero se echó a reír de buena gana e hizo un amago de reverencia. Auxerre giró la cabeza, alertado por el ruido, y en seguida volvió a concentrarse en la ruta que les quedaba por delante. Pocas veces lo había visto Aalis tan intensamente ceñudo, a él y a su padre. Ninguno de los dos había abierto la boca desde que salieran de las tierras de Sainte-Noire, abandonando la protección del hogar. Proliferaban aún bandas de asaltantes y pequeños grupos desgajados de los ejércitos mercenarios que habían asolado la región durante las duras pugnas que el rey Enrique había mantenido con los poderosos condes y barones de sus tierras de Anjou y de Blois en años anteriores. Ahora que el viejo rey acababa de repartir anticipadamente su herencia entre sus tres ávidos hijos, apaciguándolos con tierras y títulos, y que los matrimonios sellaban alianzas entre enemigos, la vida parecía tomar de nuevo el ritmo de la paz. Sin embargo, los que habían quedado abandonados por sus jefes, los que nada tenían que ganar con los campos rebosantes y todo lo jugaban a la carta de su espada, seguían merodeando los castillos de sus antiguos adversarios esperando la próxima oportunidad de hacerse con un botín de monedas, trigo o prisioneros.

Aalis dejó que la belleza agreste que se desplegaba a su paso suavizara las inquietudes que pesaban en su ánimo. L'Archevêque tenía razón: la hierba que flanqueaba el camino era alta, de tallos fuertes y erguidos, y el aroma de las campánulas y de las flores silvestres se elevaba dulce, pero firme, envolviéndola en un abrazo de paz. Más allá, los campos de trigo guardaban celosamente su promesa dorada, y la estructura de madera del molino de agua anunciaba la proximidad del monasterio al cual se dirigían, para pasar la noche antes de la última y breve etapa que los llevaría a Souillers. El camino de losas romanas había desaparecido, y ahora seguían por un sendero más estrecho, que bordeaba el bosque de Mont-Froid, de

donde tomaba el nombre el monasterio. Aalis apenas podía distinguir nada, excepto la muralla impenetrable de troncos grises y las cascadas de hojas de tonos amarillo, borgoña y verde oscuros que protegían la vida secreta del bosque. Sintió el impulso de conducir su caballo hasta la frontera de aquel lugar sombrío y sin vida, como si alguna de sus voces le suplicara al oído que así lo hiciera. Agitó la cabeza, y su medallón golpeó suavemente su pecho, susurrándole el motivo del viaje. Recordó la preocupación de su padre acerca de lo que iba a suceder; siempre tan ansioso por el futuro de la familia. Algo indefinible se agitó en el fondo de su mente, un pensamiento veloz que tenía que ver con Gilles, con su medallón y la promesa rota de su vida; no la de la hija primogénita del patriarca Sainte-Noire, sino la de ella, Aalis. El último soplo de aire del bosque los despidió mientras lo dejaban atrás, y las ánimas ocultas que lo habitaban parecieron pronunciar su nombre.

El valle de Mont-Froid hacía justicia a su nombre. Apenas empezaron a recorrer el ancho camino que conducía hasta las puertas del monasterio del Císter que fuera fundado por el primer abad Robert, discípulo del más famoso miembro de la orden, Bernard de Clairvaux, una brisa helada cayó sobre la comitiva. Los muros de piedra gris clara del monasterio aparecieron entre majestuosos cedros y robles; las torres de la iglesia abacial se erguían con silenciosa dignidad. Los grandes portones de madera que protegían la entrada del recinto estaban cerrados, y el aldabón resonó con un eco sobrio cuando Auxerre lo golpeó tres veces. Un monje novicio, con escapulario blanco, salió presuroso de la puerta auxiliar. Auxerre anunció:

—Philippe de Sainte-Noire y su partida solicitan la hospitalidad y la protección del abad de vuestro monasterio.

El joven asintió vigorosamente y corrió a abrir las puertas del recinto. Algunos hermanos legos que se encontraban trabajando en los huertos que rodeaban el edificio principal levantaron brevemente la cabeza al notar la presencia de los caballos y sus jinetes. Cuando éstos hubieron desmontado, dos novicios se acercaron para conducir las monturas a los pequeños establos situados cerca del refectorio y de las cocinas. Uno de ellos, el más joven, enrojeció al ver a Aalis, pero en seguida volvió a concentrarse en su tarea.

La iglesia y el claustro habían sido la primera preocupación de los constructores del monasterio, así como la sala capitular y los lugares de recogimiento y meditación para la congregación, como no podía ser de otro modo: los honrados monjes blancos que llegaron a Mont-Froid con ansias de orar y laborar dedicaron poco tiempo al espinoso asunto del mantenimiento económico del monasterio. Así, aunque el primer abad disfrutaba de los excelentes consejos y ánimos del respetado impulsor de la orden, lo cierto era que la prosperidad sólo llegó con la elección del segundo y actual abad, Hugues de Marcy, que había tomado las riendas de su rebaño con la misma energía con la que, en 1146 y con apenas 18 años, había predicado la Cruzada contra los infieles y, no satisfecho con eso, había terminado embarcándose él mismo en una nave rumbo a Jerusalén. Afortunadamente, aquellos días, y con ellos la fallida

cruzada que tantas muertes y humillaciones había causado entre las filas de los caballeros cristianos, habían quedado atrás, y ahora, bajo la dirección de Hugues, el monasterio pasaba por una rara época de estabilidad. Después de muchos años de luchas intestinas por fin la región estaba en paz y ningún señor necesitaba rapiñar los bienes de la orden ni para sobrevivir, ni tampoco por placer. El abad había empleado todo su tacto, habilidad y relaciones para garantizar su propia paz de Dios. De vez en cuando, algún envío de mercancías se perdía misteriosamente, o una cuadrilla de caballeros se presentaba exigiendo diez sacos de grano, o la recaudación mensual del molino de agua. Estas visitas eran cada vez menos frecuentes, y en cambio el número de hermanos legos que trabajaban para la abadía se había multiplicado en los últimos años. Se habían visto obligados a añadir un refectorio, un dormitorio y una cocina para los hermanos trabajadores. Incluso desde hacía un año disfrutaban de un *scriptorium* donde los escasos hermanos que dominaban el arte de iluminar manuscritos se dedicaban con afán a copiar obras que les llegaban prestadas de las bibliotecas de otros monasterios de la orden. Hasta se hablaba de la posible visita del obispo de Chartres a su humilde congregación. Dada la caprichosa naturaleza del joven Guillermo de las Blancas Manos, hermano del conde de Champagne, el abad no sabía si alegrarse o preocuparse. Sin embargo, no todo eran motivos de gozo: en los últimos tiempos los jóvenes sin oficio de la comarca se marchaban a Compostela o a Jerusalén, en lugar de llamar a su puerta y tomar los hábitos. Otros se iban de Mont-Froid con la intención de vivir a la sombra de las urbes más cercanas, como Chartres, Rouen, Tours o Reims. Los tiempos cambiaban, no había duda. El molino de agua que habían construido (algo incrédulos, siguiendo los planos enviados por la abadía madre de Clairvaux) bastaba, y aun sobraba, para moler el grano de los campos de los alrededores. El padre Hugues ya estaba en tratos con varios campesinos y comerciantes de las ferias de Champagne para que utilizaran su molino. A cambio de un precio, claro. Se frotó la pierna, complacido. De los desiertos enloquecedores que rodeaban el Santo Sepulcro no le había quedado más que una leve cojera. En realidad, su deformidad adquirida había demostrado ser muy útil, pues sus interlocutores a menudo solían engañarse y subestimarle por ello, o aun tenerle lástima; indefectiblemente negociaban con menos agudeza o se mostraban generosos en exceso, de lo cual el buen abad nunca dejaba de felicitarle. No todos cometían el mismo error. Sainte-Noire lo miró con una mezcla de afecto y astucia, y exclamó:

—¡Mi buen abad! Cada vez que vuelvo a este lugar santo, vuestro recinto es más grande y vuestro pequeño ejército de laboriosos hermanos más numeroso. No preguntaré cómo os va. Salta a la vista que Mont-Froid es una congregación rica...

—En absoluto, en absoluto. —El abad rechazó la idea con un gesto—. Somos siervos de Dios, y nos gusta vivir apartados de los senderos de los hombres, como bien sabéis. No hay riqueza en el silencio de la oración. Solamente tratamos de sobrevivir. —Aunque Sainte-Noire lo escuchaba sin dar muestras de otra cosa que del máximo respeto, el abad no se engañaba. El viejo zorro del castillo de Sainte-Noire

había sido una de sus mayores preocupaciones. Ahora, podían sentarse a la misma mesa y compartir el vino de sus bodegas. Repitió—: Sobrevivir.

—Como todos, Hugues, como todos —replicó Philippe, veloz.

—Ah, sí. Sin duda somos todos hijos de Dios.

Hubo una larga pausa mientras dos hermanos legos se afanaban alrededor de la mesa, trayendo algo de pan y queso, además del vino y el agua fresca que el abad ya les había ofrecido a sus huéspedes. Las copas eran de madera tallada y los alimentos sencillos; ambos sabían que las riquezas acumuladas del monasterio podían pagar viandas más abundantes. Aquella comida constituía en cierto modo una ceremonia cristiana más: una exhibición de frugalidad. El abad no estaba dispuesto a hacer gala de ningún lujo cluniacense. Eso quedaba para los decadentes monjes de negro, que habían olvidado los preceptos de la honesta regla benedictina. Por fin, los dos hombres se quedaron a solas.

—Os habrán llegado las tristes nuevas de Souillers, sin duda —dijo Philippe después de dar buena cuenta del vino, agitado en exceso para su gusto.

—La pena inundó mi pecho cuando me lo dijeron —respondió rápidamente el abad, y añadió, pensativo—: La pureza de su alma, sin duda, le ha abierto las puertas de la paz eterna. Tuve el privilegio de ser el tutor y confesor de ese desgraciado joven.

—Desgraciado, efectivamente. No hay mayor desgracia que morir dejando atrás un sendero de llanto y reproches —dijo Philippe, ceñudo.

—Vuestras palabras son duras, señor —repuso el abad, plácidamente.

—¿Y qué debo decir? ¿Qué debo pensar? Vos más que nadie sabéis de los continuos enfrentamientos que han desgarrado nuestras tierras y nuestras familias. No hemos tenido suerte. —Agitó la cabeza, impotente—. No ha habido señor, conde o arzobispo que haya sabido darnos una paz duradera. A ninguno le ha importado esta pobre tierra, y aunque no posee viñas ni trigo ni hierro ni sal, todos han querido conquistarla porque somos un bastión de defensa entre unos y otros. Estamos en el maldito medio de todas las guerras. Eso sí: demasiado lejos de los puertos, de las ferias y mercados... Sólo somos el peón de sus batallas, y de vez en cuando nos visitan los recaudadores de tributos y se nos dice que el viejo rey Enrique necesita pagar un ejército para pelearse otra vez contra sus hijos, o que el conde de Blois tiene que construirse otro castillo en las fronteras de Normandía, o que ha llegado el momento de defender el Santo Sepulcro de nuevo, y aflojamos las cintas de nuestra bolsa sin saber cuándo volverá a estar llena. Nada más. Gracias a Dios, desde que terminaron las guerras abiertas y todas las facciones supieron dejar a un lado sus desavenencias, ya que no superarlas, hemos disfrutado por fin de calma y de tranquilidad. Hace diez años jamás hubiera soñado en sacar a mi hija de mis tierras, ni vos me hubierais recibido con tranquilidad bajo vuestro techo. Y ahora, esta muerte... A las puertas de una alianza fuerte y trabajosamente negociada, necesaria para que mi familia pueda sobrevivir. Tantos esfuerzos para nada, ¡porque un

muchachuelo malcriado ha muerto en mala hora y en mal momento!

—Blasfemáis, Philippe —dijo el abad afectuosamente—. La muerte de Gilles de Souillers ha sido voluntad divina, y tenemos que respetarlo. Comprendo vuestra frustración, y os confieso que me resulta reconfortante. En realidad, amigo mío, clamáis por la paz.

—Mi sed de tierras se apagó hace tiempo. —Sainte-Noire contempló al hombre que tenía frente a sí. El abad tenía la tez morena, y sus ojos intensamente azules le conferían una apariencia seráfica, y perturbadora a un tiempo. El viejo caballero suspiró, como si dejara ir una pesada carga—. Ahora, sólo quiero morir en paz y con la conciencia tranquila. La única ambición que abrigo es garantizar la seguridad de los míos.

—Esa voluntad os honra —dijo Hugues—. Sabéis que la casa del Señor siempre está dispuesta a escuchar y acoger a los penitentes.

—Ciertamente, abad, y el día en que me convierta en uno no dudaré en acudir a vos. Por el momento —prosiguió Philippe, imperturbable—, debo concentrarme en los asuntos que ahora me ocupan, que como sabéis quedan muy lejos de la confesión.

El abad guardó silencio. Sus agudos ojos se entrecerraron. Esperó a que Sainte-Noire prosiguiera.

—Hugues —el nombre fue pronunciado con el respeto que se guardaban en tanto que viejos adversarios—, ¿qué va a suceder? ¿Os ha dicho Souillers qué es lo que planea hacer? En nombre de todas las veces que pude haber derramado la sangre de vuestros monjes os pido una respuesta honrada.

El monje se levantó y dio unos pasos, acercándose al fuego de la chimenea. Habló en voz baja, pero firme.

—La sangre. Siempre partimos y volvemos hacia la sangre. Gilles era sangre de Souillers, y por eso lamentáis su muerte. No sabéis si hubiera sido un buen heredero, o si tendría descendencia, o si terminaría por repudiar a vuestra hija a cambio de una campesina más joven. —Sainte-Noire se levantó a medias de la silla, lívido de ira. El abad lo apaciguó con una mirada—. No importa. Gilles ya no importa. Hemos de volver a la sangre. ¿Qué sangre de Souillers queda viva? ¿En qué venas corre la savia de esa estirpe? El viejo Souillers tuvo tres hijos: uno murió al poco tiempo de nacer, el otro, Gauthier, tomó los hábitos y ahora es el secretario del arzobispo Enrique de Beauvais. Un clérigo ambicioso y prometedor, pero siervo de Dios y atado por el celibato. En cuanto a Gilles —el abad se santiguó—, sólo espero que sus compañeros de batalla le dieran sagrada sepultura. No hay más Souillers en la región, Philippe. No quedan opciones. Eso, siempre que ambas familias quieran seguir adelante con la alianza. —Volvió a sentarse frente a su huésped y se inclinó, sus ojos clavados en el rostro pétreo de su interlocutor—. Es mi recomendación que así sea. Debe haber un entendimiento entre Souillers y Sainte-Noire. Si no, estamos condenados a volver a caer de nuevo en esa oscuridad que hace unos momentos recordabais con amargura. Vuestra casa se hundiría en la miseria. Y sin esa paz, mi congregación perderá todo lo

que tantos años nos ha costado reunir. La orden no me lo perdonaría. Yo tampoco.

—Entiendo. —Sainte-Noire esbozó una media sonrisa de amargura—. Siempre pensando en el bien de todos, Hugues.

—La verdad es que todos necesitamos esa alianza, Philippe. Vos más que nadie. Si Souillers se aviene a cambiar los términos pero conserva el espíritu, mi mayor felicidad será officiar esa boda y bendecir la unión de vuestras casas.

—Agradezco vuestra sinceridad, abad.

—Presiento que nos esperan tiempos difíciles, Sainte-Noire. Rezaré para que no nos falten las fuerzas ante las pruebas que Dios disponga en nuestro camino.

—¿En nuestro camino hacia la paz? —Sainte-Noire levantó el vaso y bebió un trago—. No, abad. Dios, sin duda, estará de parte de los mansos y de los bienaventurados.

—Amén.

—Amén, hermanos. Nuestro Señor misericordioso os recompensará con ríos de leche y miel, y viñas desbordantes en el Paraíso de los Elegidos —dijo Louis contemplando con ironía y apetito el pan enmohecido y los restos de unas viandas resacas que los legos les habían ofrecido por todo alimento. El jarrón de arcilla, al menos, contenía vino.

—Estás perdiendo tus facultades, Louis. La leche y la miel son para el paraíso de los sarracenos; no empieces a confundir a los pobres hermanos —murmuró Auxerre, mientras masticaba un correoso pedazo de carne—. Ya sabemos cómo terminaste la última vez.

Estaban recostados frente al establo, en unos montones de paja seca apilados en la parte trasera de la cocina. El abad les había ofrecido espacio en el dormitorio comunitario de los hermanos trabajadores, pero los dos caballeros prefirieron dormir cerca de sus monturas y, sobre todo, de sus armas. Ahora, el monasterio había caído en un silencio aún más profundo que el habitual, y sólo se oían los ruidos de los animales nocturnos husmeando en busca de sus presas. Cerca, un gato salvaje había cazado una rata; les llegaba su ronroneo ansioso mientras arrancaba las tiras de carne aún frescas, dulcemente satisfecho. Del aire que los rodeaba se desprendía un permanente sentimiento de hambre.

—Lo dices como si hubiera hecho algo espantoso, *compaign*. ¿Qué hay de malo, me pregunto, en las bellas historias de viajes y aventuras? —respondió Louis, con la mirada fija en el horizonte—. Te concedo que Cockaigne es un lugar inexistente, una maravilla inventada, donde las salchichas penden de los árboles y la fruta crece en el fondo de los ríos. Me parece, por cierto, un arreglo agrícola mucho más adecuado que las lentas cosechas que los pobres campesinos arrancan de la tierra en una batalla por cada una de sus semillas. Admito que Cockaigne no forma parte del *trivium* ni del *quadrivium*. Sin embargo, es lo mismo que decir —llegados a este punto, Auxerre se

dio la vuelta con un suspiro y cerró los ojos— que la cualidad de la imaginación no encuentra abrigo ni en las artes retóricas, ni en las lógicas, y eso, *maréchal*, sólo viene a confirmarnos que éstos son malos y oscuros tiempos.

—No me llames así, Louis. Por estos pagos los rangos militares no son precisamente bienvenidos, y ya sabes que los honrados monjes, que tanto tiempo pasan en silencio, oyen mucho mejor. —Auxerre se levantó, estiró las piernas y se volvió hacia su compañero, que lo contemplaba con la mirada risueña. No pudo evitar devolverle la sonrisa. Louis era una compleja mezcla de ratero, fraile y caballero, y nunca se sabía qué parte de su personalidad dominaba—. Te recuerdo, maestre arzobispo, que esa preciosa disertación que diste sobre el paraíso terrenal, ese Cockaigne de tus mil demonios, no versaba precisamente sobre la exuberancia de las tierras cultivadas, ni los ríos de leche y miel, sino que además les pintaste mares de cerveza espumosa y plácidos lagos de vino, y generosas taberneras que escanciaban sin cesar, desnudas como Eva, y como Eva dispuestas a probar manzanas, y lo que fuese menester, para solaz y recompensa de los venturosos peregrinos que allí habitaban. Bonita estampa, a fe mía.

L'Archevêque guardó silencio, pretendidamente vejado. Auxerre añadió:

—Nada más loable que inculcar en los niños el amor al prójimo, excepto que la escuela parroquial para novicios quizá no fuera el lugar más pertinente. Tampoco fue inteligente abrir tu gran boca precisamente en domingo de Pascua, elección que sólo atribuyo a una imprudente resaca de vino lombardo, que por aquel entonces solía ser tu preferido. ¡Y el mismo día en que nos visitaba el obispo de Pavía! Lo único que lamento es que desde entonces ya no hemos probado ese delicioso vino, y tampoco hemos vuelto a poner el pie en Lombardía.

—No fue la primera vez que nos despedimos a caballo, *compaign*. —De pronto, Louis habló gravemente—. Pero empezaba a creer que sería la última. ¿No estás cansado, *frater*?

Auxerre mudó el semblante, y la breve paz que había asomado a su rostro hacía un momento se apagó de nuevo. Asintió:

—Sí, estoy cansado. No hay nada peor que esperar, y aún esperar.

—Esa muchacha tendrá que buscarse un marido y pronto. Tú lo sabes. La *belle dame* Jeanne no consentirá que se quede en Sainte-Noire por mucho tiempo.

—Philippe de Sainte-Noire es un hombre cabal. Nunca renegará de sus descendientes —murmuró Auxerre entre dientes—. No la abandonará.

—Claro. —Louis se levantó de un salto—. Sainte-Noire la protegerá. Ya debe de tener un candidato en mente. Un magnífico señor, bien provisto y sin hijos, con muchas tierras y pocos dientes. Espléndido partido.

—¡Que el demonio te lleve! ¿Qué quieres que haga? Si la niña termina en la cama del viejo Souillers, al menos dormirá caliente. —Se encaró con su amigo—. ¿Y desde cuándo eres tú la conciencia de nadie? Si tanto te preocupa, ¡cásate tú con ella! Dile a su padre que te entregue su dote, y cuando te hayas bebido hasta la última moneda,

arrastra a la chica de provincia en provincia para que te ayude a robar cuando no te quede más remedio, hasta que algún día quizá la vendas a los genoveses para darle de comer a tu caballo. Seguro que no le importa un ardite, con tal de sacársela de encima. —El labio inferior le temblaba.

De repente, se oyó un ruido en la cocina. Los dos hombres se miraron y a una señal silenciosa se acercaron con las espadas desenvainadas. Empujaron la puerta. En el suelo, una rata se debatía entre las garras del macilento perro del cocinero. Aliviados, bajaron sus armas y volvieron a tenderse en sus camastros. Al cabo de un rato, Louis dijo:

—Lo siento, amigo.

—Olvídalo. Pierdo los estribos como un viejo malhumorado. Reza por nosotros, Archevêque, para que no terminemos todos ardiendo en el infierno.

Aalis tenía frío. Sus pies desnudos apenas rozaban el suelo de piedra del corredor. Llevaba su camisa de dormir de algodón blanco, y el aire que soplaba por entre los arcos llegaba impregnado del olor limpio del jardín interior del claustro. Se adentró por uno de los senderos de guijarros blancos que conducían al pozo, situado en el centro. No sabía adonde iba, sólo que tenía que seguir caminando hasta recuperar el aliento, para volver a su camastro en silencio, y que nadie debía oírla. La celda donde la habían instalado los monjes por indicación del abad estaba en el segundo piso, justo encima de la cocina. Aunque había intentado conciliar el sueño, la inquietud que la había acompañado durante el viaje seguía atormentándola. Obedeciendo los consejos del abad, había rezado una oración por la salvación de su alma. En Sainte-Noire, las plegarias recitadas con el padre Martin en la modesta capilla no solían significar más que unas frases aprendidas de memoria, pero allí, entre las severas paredes del monasterio, y con el manto de silencio arropándola, el sonido de las solemnes palabras les devolvió su sentido profundo. Aalis sintió por primera vez en mucho tiempo una dulce paz que la reconfortaba. Después de persignarse, se dio cuenta de que estaba hambrienta, y con el corazón latiéndole veloz, bajó a la cocina en busca de un poco de pan. Sabía que no debía salir de su celda, pero en su hogar solía moverse a su antojo, a cualquier hora del día o de la noche. Debía tener cuidado, y procurar no ser vista por ningún monje. Llegó a salvo hasta la cocina. En la gran mesa de madera encontró unas frutas maduras, sin duda apartadas por el cocinero para hacer mermelada, a juzgar por el sabor dulzón de la pulpa. Se asustó al oír voces de hombres en el patio, pero cuando reconoció a Auxerre y L'Archevêque cedió a la tentación y se acercó, casi sin atreverse a respirar, para espiarlos. Lo que oyó le arrancó una exclamación de horror, y el ruido atrajo la atención de los caballeros. Apenas había tenido tiempo de salir huyendo. Dos palabras habían quedado grabadas a fuego en su memoria; Souillers y matrimonio, para siempre sinónimos de condena. Todos los sentimientos de paz que acababa de experimentar se borraron de un

plumazo de su ánimo.

Cayó de rodillas frente al pozo y sollozó en silencio. El olor de la tierra oscura y la hierba mojada le llegó más real que nunca, como si la vida cobrara fuerza a su alrededor, y se convirtiera en la otra cara de la moneda de su destino gris y sellado. Tenía que buscar una salida, aunque ésta fuera una tumba de paredes calladas, callada ella también. Juntó las manos y murmuró las líneas que había recitado apenas unas horas antes. *Inviolata, integra et casta est Maria*. Nuestra Señora la Virgen María, la única mujer inmaculada. *O Mater alma Christi carissima*. El pozo frente a ella parecía muy alto, tan alto como una sagrada cruz, el emblema de un Dios en las entrañas de la Tierra al que podría entregarle su vida, y olvidar las últimas horas. *Quae sola inviolata permansisti*. En su espíritu buscó valor para tomar una decisión, para vivir o para morir. *Te nunc flagitant devota corda et ora, nostra ut pura pectora sint et corpora*. La respuesta a sus plegarias llegó. *O benigna! O Regina! O Maria!* Se levantó y se secó las lágrimas. Miró el fondo del pozo, donde el agua se volvía tan negra que ni la luna aparecía reflejada. Caminó de vuelta a su celda. Cada losa de piedra era un paso más en dirección a la vida.

—¿Estáis seguro? —preguntó Philippe, ciñéndose la espada.

—Sí. Y mi respuesta seguirá siendo la misma si me lo volvéis a preguntar por cuarta vez —añadió el abad.

—Compadezco a todo el que se enfrente a vos, padre —dijo Sainte-Noire, riendo entre dientes—. Pero os agradezco vuestra ayuda.

—No lo hagáis. Quizá lamentéis mi presencia más adelante.

Dejaron atrás el monasterio, y también al prior y al tembloroso grupo de monjes blancos que salieron a despedir a su abad, cuando aún el sol no había extendido sus rayos por el camino. A la partida se sumó un joven novicio encargado de ocuparse del bienestar y de la seguridad del anciano abad, aunque por su escuálido aspecto daba la impresión de que se trataba de su primera salida del monasterio, y que habrían de protegerlo hasta de las arañas del camino. Llevaba en una bolsa de piel curtida un manojo de hierbas para atender heridas, pies doloridos, costras mal cerradas y otros imponderables de todo viaje, y se agarraba a las riendas del caballo de su maestro como si las cinchas de cuero le dieran fuerza. Aalis tuvo ganas de echarse a reír cuando un relincho del animal lo hizo sobresaltarse de tal modo que tropezó y cayó de bruces. Todos sus manojos cuidadosamente atados saltaron por el suelo y el caballo terminó de pisotearlos, hundiéndolos en el barro del camino. Desolado, el novicio se levantó y miró a su abad, mientras L'Archevêque le espetaba con buen humor:

—Mi buen *frater* Raoul, os dije que no eran necesarias tantas plantas para ir hasta

la comarca de Le Perche. Al fin y al cabo —prosiguió, mirando a Sainte-Noire de reojo—, de allí se vuelve con vida o no se vuelve; no hay remedio que valga.

—¡Archevêque! —exclamó el abad, a duras penas conteniendo su enfado—, dejad en paz a mi novicio. ¿No os da vergüenza?

—*Excusatio*, buen abad. La proximidad de nuestros buenos vecinos de Souillers llena mi corazón de alegría y mitiga mi natural prudencia —replicó Louis con un brillo irónico en la mirada.

—Vuestra prudencia, Archevêque, no tiene nada de natural —rezongó el abad.

—Mi estimado abad...

—¡Silencio! —exclamó Sainte-Noire—. Ya falta poco. Guardad vuestro aliento para más tarde. No nos faltarán motivos de conversación, descuidad.

El rostro oscurecido y ceñudo del patriarca que encabezaba la fila de jinetes se volvió hacia atrás, escudriñando a los miembros del grupo, y su talante hizo mella en el ánimo de la comitiva. Auxerre no había despegado los labios desde la salida de Mont-Froid, y ahora todos lo imitaron. No se oía más que el ruido de los cascos hundiéndose en el camino de tierra parda y hierba aplastada. Aalis no pudo evitar estremecerse cuando vio por primera vez la silueta del castillo de Souillers aparecer de improviso al girar un recodo.

El valle que habían recorrido era propio de una comarca que había crecido a la sombra de las minas de hierro, cobre y sal. El terreno, llano y lóbrego, estaba salpicado por montañas rojizas y oscuras gargantas desde las que ascendían el humo y los vapores causados por la forja y los hornos de las fundiciones. No había cultivos, y el bosque que bordeaba un lado del camino no era de árboles frutales, ni de pinos, sino de altos troncos desnudos, sin nada que ofrecer al caminante excepto una prisión de madera. Y allí, en aquella tierra negra, en la cima de la montaña más alta que habían encontrado, se había instalado la familia Souillers. Aalis se persignó, convencida de que el infierno debía de ser un lugar muy parecido. Sin embargo, tuvo que admitir para sus adentros que el castillo de Souillers era mucho más majestuoso que el de Sainte-Noire, aunque sólo fuera porque para llegar a sus puertas los visitantes tenían que forzar sus monturas y ascender por un sendero angosto y empinado, que obligaba a mirar desde muy abajo las altas murallas de piedra y las almenas fuertemente vigiladas. El sol brillaba ya en lo alto, y se adivinaba la pericia en las artes del combate de los constructores del castillo, pues durante buena parte del día, debido a la orientación de la edificación, los rayos solares deslumbraban a cualquier ejército que se acercara a Souillers con intención de conquistarlo, como si el mismo Dios fuera aliado de la familia que habitaba el lugar.

Frente a sus puertas, Sainte-Noire dio el alto y con grandes voces anunció su presencia:

—¡Sainte-Noire para Souillers! Vengo a presentar mis condolencias a mi viejo amigo por la muerte de su primogénito. ¡Abrid las puertas! Yo y mis hombres solicitamos la hospitalidad del castillo.

Auxerre y L'Archevêque permanecían erguidos en sus monturas, con las manos ostensiblemente a la vista, tensos y alerta ante cualquier reacción de los guardas que custodiaban las inmensas puertas de madera. Soplaban un fuerte viento, que azotaba la colina y levantaba la capa de Aalis. El abad miraba al frente, sin despegar los labios, mientras su novicio murmuraba una oración, como si fuera su último día en la Tierra. Sainte-Noire esperó un poco y, al ver que no había movimiento en el castillo, hizo caracolear su caballo y desenfundó su espada. Aalis contuvo el aliento e hizo ademán de hablar, pero el abad le indicó por señas que guardara silencio. Philippe levantó el arma en alto, y el filo brilló deslumbrante, antes de que la lanzara brutalmente al suelo, donde se clavó hasta casi un tercio de hoja en el barro que orillaba el camino. Transcurrieron unos instantes interminables, y por fin los goznes de las puertas chirriaron y éstas se abrieron de par en par. Una voz ajada los saludó desde la penumbra del patio interior de la fortaleza.

—Siempre es un alivio veros desarmado, Philippe. Gracias por venir a consolarme en esta terrible prueba del Señor.

—Vuestros hombres repitieron fielmente vuestras palabras, y fiel he sido a vuestra voluntad —dijo Sainte-Noire con la mirada pétrea.

Aalis nunca había visto a su padre tan frío; o más bien tan impenetrable, como si quisiera erigirse en una fortaleza humana, inexpugnable a las miradas y voluntades ajenas. Se sintió orgullosa de él; su interlocutor, en cambio, era el viejo más repugnante que había visto jamás, aparte de los leprosos que el día del Señor se arremolinaban en la capilla de Sainte-Noire pidiendo limosna. Éste no tenía llagas purulentas en las manos, ni se cubría con una capucha, pero su cara era un pergamino arrugado y blanco como la leche de almendras. En el rostro marchito del anciano apenas se podían adivinar los rasgos bondadosos del que fuera su hijo Gilles. Sólo era una máscara distorsionada, y allí donde la piel de Gilles era suave y rosada, ésta se adivinaba áspera y fría. Sus labios y sus ojos, a pesar de que eran las únicas manchas de color que adornaban su faz, eran de un tono rojizo muy desagradable. La sangre parecía manar con más fuerza hacia éstos, y sin duda eso era característico de los temperamentos sensuales, o así lo indicaban los textos que el padre Martin nunca le había dejado leer, pero que Aalis había disfrutado hojeando en sus muchos momentos de soledad, mientras dejaba reposar la rueca, el huso y sus cansados dedos y los hacía volar por las fascinantes páginas. Bajó la vista, tratando de no pensar en cuáles serían los apetitos de aquel rostro fantasmal. De repente, la figura pareció cobrar energía, como si se alimentara de las almas de sus nuevos visitantes, y se acercó a ellos, apoyándose en un bastón nudoso de madera oscura.

—¡Cuidad de los caballos de mis huéspedes! ¡Vamos, haraganes! ¡No os quedéis parados! ¡Avergonzáis mi casa con vuestra lentitud! —bramó.

Los mozos de cuadra se apresuraron a coger las riendas de las monturas y otros sirvientes aparecieron para llevar los baúles de viaje a los aposentos. Aalis no había visto nunca tantos criados. Sabía que Souillers era más poderoso que su padre, pero

presenciar ese poder de forma tan tangible era cosa muy distinta.

—Por favor —silabeó el viejo—, entrad en mi morada. Haced de ella la vuestra por todo el tiempo que os plazca. —Soltó una risotada brutal—. Excepto vos, abad. Seríais capaz de tomarme la palabra.

—Richer, jamás cometería ese error. Os conozco demasiado bien —exclamó el abad, con voz aterciopelada.

—Vamos, vamos. Hace tiempo que no podéis quejaros de ninguna desgracia a vuestro buen padrino el obispo de Chartres —atajó Souillers, impaciente—. ¿Es que ni los clérigos reconocen los milagros en estos tiempos? Nos hemos pacificado gracias a la infinita misericordia del buen Dios y a la aún más infinita labor de su fiel abad. La región está plagada de más y más monasterios de vuestra orden, y todos tejéis una red con el mismo hilo blanco. Y, sin cesar, mis clérigos consejeros me presentan pergaminos en los que confirmo donaciones de tierras y dinero al Císter. No, abad, no os podéis quejar —repitió el viejo.

—El arzobispo estará complacido cuando se entere de vuestra generosa piedad. Mandaré cantar más misas por vuestra alma y la de vuestra familia —repuso el abad, suavemente. El comentario dio en el blanco, pues Souillers parpadeó, recordando el motivo por el que todos estaban reunidos.

—Dejad mi alma en paz. Por el muchacho os pediré que bendigáis mi capilla, ya que estáis aquí. Si ello fuera posible, os suplicaría que detuvierais el tiempo y me trajerais de vuelta a mi único heredero. De momento, decid misa y rezad oraciones —murmuró Souillers. Su piel blanca y rugosa se tiñó de algo parecido al dolor. Miró a los caballeros, a Sainte-Noire y, por fin, a Aalis. Esbozó una mueca que quería ser una sonrisa—. ¡Vaya! Perdonad mis maneras, muchacha. Son las de un anciano poco acostumbrado a tener compañía, y menos tan grata como la vuestra. Hablo y mientras hablo esperáis de pie, en el barro y aterida de frío. Mis sirvientas cuidarán de vos. —Apoyándose en su bastón, trató de inclinar la cabeza.

Aalis no supo qué contestar, y se limitó a corresponder a su vez con una reverencia al grotesco intento de cortesía. L'Archevêque salió en su ayuda, exclamando con buen humor:

—No solamente la niña se está helando con este viento endemoniado. ¿Es que no hay ningún buen fuego al lado del cual secar nuestros huesos?

Auxerre lo miró, sin decir palabra, entre divertido y resignado. No había manera de que Louis aprendiera cuándo era bueno hablar y cuándo era mejor callar. Su suerte siempre dependía del humor de su interlocutor, y en este caso Souillers pareció tomárselo bien.

—¡Este hombre es un valiente! Cierto que no me sorprende, siendo de vuestra partida, Sainte-Noire. Aunque hubiera jurado que era un bufón, por lo cuidado de su ropa. Pero tiene razón. Vayamos a la sala, donde la chimenea nos acompañará mientras recuperáis fuerzas.

Y sin mediar más palabras, se pusieron todos en marcha hacia el interior del

castillo.

Capítulo tres

Desde la amplia ventana del primer piso del castillo, Aalis observó el patio y a los atareados sirvientes que iban de aquí para allá. Mozos de cocina acarreaban cuartos traseros de vaca y tiernas piernas de cordero y grandes cestos de mimbre llenos de manzanas y peras. Mientras, el despensero entregaba cuidadosamente una bolsa de monedas a los comerciantes que acababan de proveerle. Desde la gran entrada de la cocina se vislumbraban las hogueras en las que cocían salsas, sopas y aderezos en enormes pucheros que sin cesar removían los ayudantes del cocinero mayor. El fuerte olor de los guisados ascendía a la estancia donde estaban los comensales aun antes de que les fueran servidos. Después del agotador viaje, Souillers había sabido recibir a sus huéspedes con los alimentos y el vino necesarios para recuperar las fuerzas. Ahora, las criadas se apresuraban llevándose las fuentes con restos de carnes asadas y los cuencos con caldo, mientras los perros de Souillers daban buena cuenta de algunos huesos. En la gran sala, el fuego ardía en la chimenea y las figuras de los guerreros de los tapices que colgaban de las paredes cobraban vida bajo su resplandor. En lugar de paja y serrín de madera, pieles de oso, lobo y animales de los que Aalis desconocía el nombre cubrían el suelo de piedra. El propio Souillers se había sentado cubriéndose las rodillas con un pellejo negro y brillante; el gran morro y los ojos verdes y fríos de la bestia se asemejaban a un gran gato de mal agüero.

—Es de una pantera, señora —dijo el anciano al ver la extrañeza de Aalis—. Un gran felino, que vive más allá de las tierras donde luchan los soldados de Dios. Se la compré a un mercader genovés en Troyes. Me juró que había pertenecido al mismísimo Alejandro. No le creí, pero a fe que la piel sigue siendo tan suave como si corriera vida por sus venas. ¿Queréis comprobarlo? —añadió, inclinándose hacia adelante.

Souillers cogió su copa de vino y bebió un trago. Aalis miró a su padre, atemorizada. Sainte-Noire estaba sentado en un gran sillón de madera, y contemplaba a su anfitrión en silencio. Réplicas de su señor, Auxerre y Louis estaban de pie, el primero erguido y con la mano reposando en su espada y el segundo indolentemente recostado en una columna de piedra de la sala. Los caballeros Guy y Raymond, de la guardia de Souillers y portadores de la nueva sobre Gilles, habían optado por quedarse fuera, apenas visibles en el umbral de la entrada de la sala. El abad dio unos pasos y juntó las yemas de los dedos antes de hablar:

—Os agradecemos vuestra hospitalidad, Richer. Ahora, quizá ha llegado el momento de recordar a vuestro hijo Gilles —empezó cuidadosamente.

Souillers giró la cabeza, y sus ojillos rojos brillaron malévolos. No le gustaba el viejo abad. Estaba obligado a tolerarlo porque su protector, el obispo de Chartres, era hermano del conde de Champagne. Pero en su castillo, Souillers no permitía que ningún otro llevara la voz cantante.

—Abad, tenéis mucho que recordar, sobre todo que nadie os ha dado vela en el entierro de mi hijo. Este asunto lo trataremos Sainte-Noire y yo. Ya he sido bastante indulgente haciendo de una conversación privada un espectáculo de feria. Tened la decencia de callar, como público mudo que sois todos.

—Antes de que el buen abad se ofenda, diré que vuestras palabras son sabias, Souillers —apuntó Philippe de Sainte-Noire—. Deseo oíros a vos y a nadie más.

—Ver a dos hombres, antaño enfrentados, tan ansiosos por hablar llena mi corazón de gozo —murmuró el abad—. Loado sea el Señor.

—Loado sea —contestaron sin dudarlos todos los presentes. La voz femenina de Aalis sonó discordante y temblorosa. Souillers parpadeó y dejó su copa en el brazo de su sillón.

—Habrá que renegociar los términos —dijo plácidamente Souillers—. Deberéis incrementar la dote, Sainte-Noire. No es lo mismo un heredero que ser desposada por el señor de las tierras.

—Estoy dispuesto —contestó Philippe, rápido—, pero mi familia conservará la tierra que entregasteis como obsequio por los esponsales. No echaréis de menos esos pantanos —añadió con sorna. Y mirando de reojo a Aalis, terminó—: Y no creo que exagere si os pido las tierras que colindan con el monasterio y con mis campos de trigo para la dote de viudedad de Aalis.

—¡Sí, exageráis, y lo sabéis! No lo diríais si no fuera así —exclamó Souillers, pegando un puñetazo en la mesa. Nadie hubiera adivinado que guardara tanta energía en su interior. Auxerre se movió imperceptiblemente y Louis se incorporó—. Os digo que la niña será la señora. Como mi viuda lo heredará todo. No tenéis que reclamar por su viudedad, y menos con las tierras más fértiles de mis posesiones.

—No os olvidáis de vuestro hijo Gauthier, ¿verdad? —apuntó suavemente Sainte-Noire.

—Pero ¡si es un clérigo! Para estos negocios, me vale tanto como un eunuco. Precisamente por su santa vocación me veo obligado a dejar atrás mi cómodo estado —replicó Souillers—. ¿Creéis que me apetece educar a una mocosa? ¿Sabéis el tiempo que tardaré en volver a comer tan bien como esta noche? A Dios gracias tengo buenos criados que suplirán las deficiencias de vuestra hija como ama de este castillo.

Sainte-Noire hizo caso omiso de la provocación. Todo formaba parte de las delicadas y a veces no tan sutiles negociaciones de alianzas entre familias. No debía perder la calma; estaba en juego el futuro de su hija y la paz de la comarca. Esbozó una sonrisa apaciguadora, y siguió, imperturbable:

—Vuestro hijo Gauthier es clérigo ahora y aquí, pero quién sabe las dudas que pueden asaltar al mejor de los servidores de Cristo, o el tormento que las tentaciones de una jugosa herencia pueden representar para un pobre secretario de obispo, siempre a un paso y a un mundo de distancia del lujo que rodea a nuestros hombres sabios. No, Souillers. —Sainte-Noire se recostó en la silla, sabiéndose vencedor—. Quiero las tierras de viudedad que os acabo de mencionar. Pensad que se trata de una precaución que, si se revela innecesaria, al menos me habrá dado paz de espíritu como padre que vela por los intereses de su hija. No me escatimaréis esa tranquilidad.

—Está bien, está bien —aceptó a regañadientes Souillers, y añadió, mirando a Aalis con avaricia—: Las mejores tierras del mundo para la novia más bella. Por cierto que Aalis es un nombre bien extraño, Sainte-Noire. Forastero, casi diría.

—Mi primera esposa era de Occitania. Allí es un nombre más habitual —respondió escueto Philippe, tensando la mandíbula al recordar a Françoise.

—Bueno, bueno. No importa. Las mujeres de la casa Souillers siempre se han llamado Isabel o Blanca. Es costumbre por estos lares, ¿comprendéis? —El anciano chasqueó la lengua—. Vuestra hija puede escoger el nombre que más le plazca, aunque por su tez yo diría que el que mejor le va es Blanca. Sí, Blanca de Souillers. Maravillosa.

Sainte-Noire esbozó una sonrisa resignada. Cambiarle el nombre a su hija para salvar la boda era lo de menos, teniendo en cuenta lo mucho que se jugaban en esa alianza. Levantó la copa de madera y bebió un trago de vino. El abad miraba por la ventana, aparentemente fascinado por la rojiza puesta de sol. Souillers acariciaba, hipnótico, la piel que cubría sus rodillas.

Aalis contemplaba toda la escena. La vieja piel negra contrastaba con el rostro blanco y los ojos rojizos de Souillers, y los tres colores formaban un solo animal monstruoso, como los grifos, hienas y basiliscos que el padre Martin le había descrito tantas veces. Tragó saliva, e hizo acopio de todo su valor para lo que había decidido hacer. En el pecho, una opresión rítmica retumbaba por todo su cuerpo, y las rodillas le temblaban.

—Padre —dijo con voz alta y clara.

Todos se volvieron a mirarla, sorprendidos. Louis levantó la cabeza, como si observara con curiosidad un ejemplar de cachorro haciendo algo muy divertido. Souillers acariciaba la cabeza y las menudas orejas de la pantera. Auxerre miró rápidamente a Sainte-Noire, el cual respondió firmemente:

—Dime, hija.

—No. Vos no. Quiero hablar con el abad. Tengo algo que comunicarle.

Éste giró la cabeza, sorprendido. Sainte-Noire se levantó lentamente. No sabía qué estaba sucediendo, pero era esencial recuperar el control de la situación. Souillers seguía sin despegar los labios, pero sus ojos pasaban ávidamente de un rostro a otro, tratando de leer las palabras no dichas en los labios de los presentes. Aalis mantenía los suyos cerrados, pero sus ojos verdes llameaban. La muchacha también estaba de

pie, y de repente parecía muy alta, con el cuello tenso y la espalda recta, las manos cayendo a ambos lados. Auxerre entrecerró los ojos. Las antiguas guerreras amazonas debieron de mirar así a los hombres que abatían con sus arcos.

—Sin duda hemos interrumpido con nuestros asuntos vuestros habituales rezos y hacéis bien en recordármelo, hija. Id a la capilla con el abad. Tenéis mi permiso —dijo Sainte-Noire. Su mirada, oscura y ceñuda, no dejaba lugar a dudas.

Se trataba de una oportunidad para Aalis, pero en ella también corría la misma sangre que movía a Philippe a imponer su voluntad. Ladeó la cabeza como si quisiera insinuar que se negaba a irse, y levantó la barbilla desafiante.

—No es necesaria una capilla. Pero sí tiene que ver con mi fe. —Se volvió hacia el abad Hugues, que la observó con ojos sagaces. Aalis le sostuvo la mirada, y dijo, cayendo de rodillas frente a él—. He hecho voto de virginidad, padre. Debo respetarlo, o la salvación de mi alma inmortal corre peligro.

Lo que había sucedido a continuación, Aalis lo recordaría por siempre, aunque las imágenes se revolvían en su memoria, entrecortadas y sin aliento: el abad la había mirado con lo que se le antojó infinita pena, y le dio a besar su mano; Souillers se había echado a reír con estrepitosas y desagradables carcajadas. Pero lo que nunca podría olvidar era el brutal gesto de su padre tomándola del brazo y arrastrándola hacia el dormitorio que Souillers les había asignado. Implacable, sin lanzarle ni una mirada, sin oír sus ruegos, no dijo palabra hasta que hubo cerrado la puerta tras de sí y la arrojó al suelo. Aalis cayó frente al camastro de paja y madera y permaneció allí, encogida, como si rezara.

—¿Quieres explicarme qué es todo esto? —preguntó Philippe de Sainte-Noire. Estaba furioso. Su hija se había burlado de él delante de un futuro aliado y antiguo enemigo. No podía permitirse el lujo de que le tomaran por débil, y menos por una mujer de su propia familia. Ordenó—: ¡Habla!

—No hay nada que explicar. He decidido entregarme a mi Señor. He hecho votos que me impiden yacer con ningún hombre, pues soy la esposa de Dios. Ésa es mi decisión. Es así de sencillo —dijo Aalis, aún de espaldas. Su voz llegaba débil pero clara.

—No, es aún más sencillo: tú no decides nada —replicó ferozmente Sainte-Noire—. Te desposarás con Richer de Souillers y serás la señora de estas tierras. Ésa es mi voluntad.

—Padre, no insistáis. Mi fe es sincera y fuerte. ¡Dejadme!

Del exterior llegaron los gritos y las chanzas de los soldados que pasaban el rato, ociosos, en el patio. Aalis se levantó y se volvió hacia su padre. El semblante del patriarca mudó al ver los ojos arrasados en lágrimas de su hija, y una expresión comprensiva se pintó en su rostro.

—Sé que es difícil. Gilles era un muchacho excelente y entiendo que te cueste

aceptar que ha muerto. Pero también sé que eres digna hija mía, y que sabrás hacer frente a la vida en Souillers. Claro que impone respeto ver este hermoso castillo y pensar que pronto tendrás que organizarlo todo, pero las gentes de aquí te ayudarán. Serás la castellana más admirada de la comarca. —Esperó un rato y, viendo que no había respuesta, añadió, algo aliviado, esperando que hubiera terminado la tempestad —: Hemos viajado sin descanso y no me he preocupado de que reposaras. Han sido muchas emociones en un par de días, hija mía.

—Dejadme —repitió Aalis obstinada—. No soy nada vuestro. Soy la esposa de Cristo.

—¡Que se me lleve el Diablo! —tronó Sainte-Noire, perdida toda paciencia—. ¡Eres una ingrata! ¿Esposa de Cristo? ¿Y dónde estaba Cristo cuando Gilles intentaba llevarte a los trigales? ¿O es que sólo miras la Veracruz cuando el marido terrenal es viejo y desdentado? ¡Estúpida niña!

Aalis lo miró atónita. Su padre jamás le había hablado así, como si fuera una de las mujeronas con las que se entretenía la soldadesca por las noches. En los ojos oscuros de Sainte-Noire sólo se leía genuina exasperación. Continuó, más calmado:

—¿No lo ves? ¡Hemos salido ganando! El viejo Souillers apenas vivirá unos años más, y antes de que te des cuenta serás viuda y dueña de sus tierras. Exceptuando la herencia para su hijo Gauthier, que ya me encargaré de que sea lo más reducida posible. Y entonces serás libre de hacer lo que quieras: casarte con Cristo o con el mismísimo papa. ¡Porque los Sainte-Noire seremos los señores más fuertes y ricos de la comarca de Le Perche! ¡Y los grandes nobles que se juegan coronas en cada guerra nos pedirán ayuda, y a fe mía que nos la cobraremos!

Alzó su mano, mostrando el anillo familiar, con la torre de Sainte-Noire tallada en plata. Un fervor casi religioso había prendido en la expresión de Sainte-Noire; lo animaba la verdadera preocupación que había movido sus actos desde que se convenció de que *dame* Françoise, la madre de Aalis, no le daría más hijos. Perpetuar su estirpe, conservar su poder, reunir más soldados y proteger la supervivencia de su familia. Aalis, emocionada, tuvo que luchar para no arrojarse a sus pies y pedirle perdón por lo que estaba haciendo. Sabía que le causaba dolor, y que aún habría de ser fuente de más penas para su padre, pero prefería ser fiel al momento en que, arrodillada frente al pozo negro del monasterio, se había jurado no dejarse caer, no permitir que otra voluntad distinta de la suya guiara sus pasos. Exclamó, vehemente:

—¡No quiero ser viuda de Souillers! No puedo casarme pensando desde el primer día en la muerte de mi marido, porque cada noche en su cama sería cavar mi propia tumba. No me convirtáis en una mujer así. Os lo suplico, padre.

—¿En una mujer así? ¿Qué quieres decir? ¿Es que hay algo malo en querer que seas independiente y rica lo más pronto posible? Sólo quiero lo mejor para ti. — Sainte-Noire estaba empezando a desesperar. Su hija era tan tozuda como su madre, y como él mismo.

—Mi único deseo es entrar en un convento. Le pediré al abad Hughes que me

escriba una carta de recomendación para alguna abadía de monjas de su orden — anunció Aalis, cobrando ánimos. Se secó las lágrimas, y se sorprendió al ver que su padre estaba riendo.

—¡El abad Hughes! ¡Una carta de recomendación! —Sainte-Noire reía de buena gana. La inocencia de su hija lo tranquilizó. Nada estaba perdido, Aalis, en el fondo, lo ignoraba todo de los hilos que movían las voluntades y, después de todo, él era su padre. El orden volvía a reinar en el mundo—. Querida niña, el abad no hará nada de eso a menos que llames a su puerta con una bolsa de oro bajo el brazo. Porque los monjes sólo acogen a gentes que puedan pagar su manutención en el monasterio, ya sea en dinero o con trabajo. Y como aún es hora de que aprendas a ordeñar vacas y cultivar huertos, y dudo de que el buen Hughes encuentre muy útiles tus bordados, me imagino que tendrías que llevarle dinero. Monedas de las cuñas de la casa de Champagne o del Antipapa, copas talladas en Limoges o dagas árabes incrustadas con piedras preciosas, mantos de piel o reliquias de san Bernardo, pero dinero al fin y al cabo. Dinero que no tienes, pero que tu paciente padre está luchando para que sea tuyo, aunque te opongas. Cuando seas la rica viuda de Souillers, se te abrirán las puertas de todos los monasterios desde Bruges hasta San Juan de Acre. Entonces me agradecerás mis desvelos.

Sainte-Noire, de mejor humor, contempló a su pálida hija y decidió que todo estaba dicho por el momento. A la mañana siguiente habría tiempo de arreglar los malentendidos con Souillers y dejarlo todo atado. De nada servía seguir pugnando por hacer entrar un poco de buen sentido en la dura cabeza de Aalis. Se dio la vuelta y salió de la habitación sin una mirada atrás. Fuera le esperaban Auxerre y L'Archevêque.

—Auxerre, guarda esta puerta con tu vida. El viejo zorro de Souillers se estaba relamiendo los bigotes más que ese pellejo de pantera que le cubría las pantorrillas. —Y añadió—: Y tú, Louis, ve al patio, y si alguien trata de salir o entrar por la ventana que da a esta sala, mátalos. Luego diremos que no distingues un asno de una rata, no te preocupes.

—Aye, señor —respondieron los dos al unísono.

Sainte-Noire se alejó por el pasillo. Ambos hombres lo contemplaron mientras entraba en la sala, de la que pronto se elevaron de nuevo voces y risas.

—Así que yo soy ciego y tú una estatua. Y detrás de esa puerta está la novia de Cristo —canturreó L'Archevêque—. Menuda noche nos espera.

—Y reza porque a esa loca muchacha no se le ocurra ningún disparate más — replicó Auxerre, echando su capa en el suelo para evitar el frío contacto con las losas. Se tumbó frente a la puerta cuan largo era, y dejó su espada a su lado, enfundada.

—Bueno, de momento los esponsales con el viejo ya no son cosa segura —dijo Louis—. Juraré no haberlo dicho, pero ha sido astuta, aunque mezclar a Dios con los asuntos de los hombres nunca ha traído nada bueno. Creo que hasta el abad se ha quedado mudo, y eso que él ha luchado contra los sarracenos de Damasco y los

cristianos de Bizancio.

—¿De dónde habrá sacado lo del voto de virginidad? —murmuró Auxerre, pensando en voz alta—. Es casi una dispensa papal. Nadie puede tocarla si se atiene a ese juramento.

—Te equivocas. Precisamente ahora será objeto de todos los juicios. Pero, con suerte, los santos Padres de la Iglesia prescindirán de las ordalías de fuego y los juicios de agua, y la muchacha podrá conservar su blanca piel intacta.

—¡Cállate! Eres pájaro de mal agüero. —Auxerre se revolvió en el duro suelo. No conseguiría dormir jamás con ese loco al lado—. Vete a tu puesto. Mañana tendremos que volver a casa de prisa, antes de que Souillers cambie de idea y se canse del papel de generoso anfitrión con el que nos ha obsequiado hasta ahora.

—A sus órdenes, *maréchal*. ¡Que sueñes con huríes de largas trenzas negras y bellos ojos verdes! —L'Archevêque se fue dando grandes zancadas y, al pasar frente a la sala por donde había desaparecido Sainte-Noire, hizo una profunda reverencia. Los perros de Souillers lo saludaron con una lluvia de ladridos.

—Pensaba que no llegarías nunca, hijo.

—He tenido que esperar la vuelta del arzobispo para comunicárselo.

—Claro. Yo podría estar moribundo a las puertas del Cielo y tú no vendrías hasta que tu precioso señor te hubiera dado permiso. Me sorprende que aún te atrevas a respirar sin su aprobación —silabeó el viejo, sorbiendo un trago de leche de almendras caliente. El líquido dejó un rastro blancuzco en sus labios.

—Vos nunca llegaríais a las puertas del Cielo, padre —masculló el clérigo. Por toda respuesta, el anciano Souillers se limpió la boca con el dorso de la mano.

Gauthier de Souillers contempló a su anciano padre con desprecio. En la habitación donde se había retirado tras la cena ardían dos escuálidas lámparas de aceite, y a su luz fantasmal los ojos inyectados en sangre del viejo aún eran más escalofrantes. No resultaba extraño que la joven Sainte-Noire prohiriera a gritos que prefería estar encerrada en un convento el resto de su vida antes que casarse con él. Por lo poco que había podido ver y las habladurías de los sirvientes, se trataba de una muchacha sana y bien parecida. Sin duda habría soñado con largas noches apasionadas al lado de Gilles, y su padre no era exactamente ese mismo sueño. Frunció el ceño. La mala suerte de su malogrado hermano era una oportunidad, con sus riesgos y sus beneficios. Cuando decidió tomar los hábitos, lo hizo consciente de que era la única forma de escapar del despiadado yugo del patriarca Souillers y de su vil tacañería. Se ofreció como escribano en la escuela catedralicia de Reims a sabiendas de que cambiaba a un tirano de su sangre por extraños; había valido la pena. Se había convertido en la mano derecha del archidiácono, y ascendió hasta ser nombrado secretario personal del arzobispo de Reims. A partir de entonces todo fue mucho más sencillo; escalar montañas era fácil cuando se iba a lomos del hermano

del rey de Francia. Todo eso estaba muy bien, y mientras su hermano Gilles estuvo vivo, era su mejor posibilidad de obtener poder, tierras y riqueza sin contar con la familia. Y, sin embargo, a pesar de su condición, había seguido acariciando la idea de heredar algún día el señorío de Souillers, de tener sus propias posesiones en lugar de administrar las de los demás. La muerte de Gilles había sido una señal. Suspiró, satisfecho. Ahora, era esencial que el viejo se casara con la Sainte-Noire. Si no lo hacía, cualquier primo advenedizo o algún vasallo crecido se atrevería a proponerse como heredero, denunciando la falta de descendencia de la rama familiar original, y las tierras se perderían para siempre. Aunque el anciano no podía engendrar nada excepto bilis, había que conservar la ilusión de que aún podía nacer un Souillers nuevo. Una esposa joven y vigorosa era la mejor forma de mantener la farsa. Luego, cuando la chica hubiera pasado suficientes noches bajo el mismo techo que su padre, y abrigara el suficiente odio como para que sus preciosos ojos verdes se hubieran teñido del mismo rojo abyecto, sería cuestión de tiempo llegar a un entendimiento con ella. Una sonrisa de regocijo se pintó en su cara. La gente moría de enfermedades desconocidas, retorciéndose entre espasmos. Ya habría tiempo de pensar en alguna afección adecuada. Algo fulminante y terriblemente doloroso. De cualquier manera, el viejo moriría y entonces Gauthier podría arrojar los incómodos hábitos negros a un lado, dejar que su pelo volviera a crecer en su rostro y sentirse un hombre nuevamente. Como tal, e impulsado por el deber para con su familia, abandonaría la Santa Madre Iglesia, contra su pía voluntad, por supuesto, y desposaría a la desconsolada viuda. El linaje de Souillers sería el más poderoso de la comarca.

—¿Qué piensas? Pareces un gato relamiéndose el hocico —preguntó Richer de Souillers, curioso.

Gauthier parpadeó, y miró a su padre. Se había dejado llevar por los sueños de un futuro placentero. Aún no había llegado el momento. Respondió plácidamente:

—Me habéis observado bien, padre. Pensaba en una fiera: en esa gata salvaje de la Sainte-Noire. ¿Estáis seguro de que vale la pena gastar tiempo y monedas en ese pleito? En estos tiempos, los tribunales de la Iglesia son mucho menos enérgicos que en el pasado; y si la niña persiste en su voto, ¿quiénes somos nosotros para doblegar su voluntad?

Tal como era su deseo, su pretendida calma incendió los ánimos de su padre.

—¡Desgraciado! Siempre supe que no podía esperar nada de ti —escupió el viejo—. Fue una suerte que te escondieras bajo el ala de los clérigos, mientras tuve a Gilles a mi lado. Pero ahora tendrás que olvidarte de tus maneras de monja. ¡Esto es una cuestión de honor! Sainte-Noire está de acuerdo y yo también. El trato debe cumplirse.

—Y que la muchacha no sea un adefesio no tiene nada que ver.

—Desde luego no me desagrada. Tu madre, que ahora descansa en el cementerio de nuestra capilla, era una buena mujer, pero nunca pude mirar su rostro sin pensar en el de un rumiante. Supongo que ella también tendría su opinión de mis rasgos, y tuvo

la piedad de callársela. —Suavizó la voz—. ¿No te das cuenta? Esa mocosa nos ha puesto una oportunidad en bandeja de plata.

—¿Qué queréis decir? —Era fácil adivinar lo que pasaba por la mente de su padre. Gauthier esbozó una mueca.

—Sainte-Noire no es capaz de controlar ni a una niña. Su propia sangre se rebela contra él. Es débil. En cambio, ¡yo sí que tengo las agallas necesarias para forzar un casamiento, aquí y ahora! En cuanto corra la voz por la comarca, será fácil reunir una coalición de señores y caballeros hambrientos de tierras para invadir Sainte-Noire y sus fértiles campos. —Exaltado, Richer de Souillers tomó su bastón y se levantó trabajosamente del sillón—. No le bastarán esos pocos mercenarios que tiene acuartelados en su mesnada, por muy fieros que sean. ¡Y Souillers encabezará las tropas que arrasarán su castillo y extinguirán su linaje! —Se dejó caer en su asiento, resoplando.

—Excelente idea. No sabía que pensarais lanzaros de nuevo a la rapiña. Debéis de estar mucho mejor de salud, padre —dijo Gauthier, irónico. Richer le lanzó una mirada furibunda.

—Maldito hijo de perra. Sabes perfectamente que ésa es la razón por la que te he hecho venir —dijo Souillers entre dientes.

—Creía que me llamabais para arrodillarnos juntos a rezar frente a la tumba de vuestro otro hijo —replicó el clérigo, mordaz.

—¡Rezaré cuando no me quede sangre en las venas! —explotó el viejo. Tosió, y escupió la flema en el suelo—. Demonios. No malgastes mi aliento. Nunca fuiste un estúpido. Por eso te agarraste a las faldas del obispo. Ahora necesito esa cabeza tuya a mi lado, y tu mano empuñando una espada.

Gauthier dio la espalda a su padre y se acercó a la ventana. Miró el patio, donde dormitaban algunos sirvientes y los soldados de su padre estaban reunidos alrededor de una hoguera, montando guardia. Bajo una ventana, al otro lado, una figura estaba sentada, recostada contra el muro. Era el segundo caballero que acompañaba a Sainte-Noire. En el regazo brillaba su daga desenfundada. El clérigo cabeceó pensativo. Al fin y al cabo, la vida se reducía a aprovechar con habilidad las mareas y los cambios de corriente, y parecía que por fin el viento soplaba a su favor. El ofrecimiento de su padre representaba un paso más en dirección al ansiado sello familiar. Quizá la sangre regaría los campos, pero eso era inevitable. Y en cuanto a la muchacha, la gente se casaba todos los días. ¿Qué más daba un matrimonio más o menos?

—De acuerdo. Pero os olvidáis de algo, padre —dijo, volviéndose hacia el viejo Richer. Éste guardó silencio, y Gauthier prosiguió, midiendo sus palabras con cuidado—: La Iglesia, al menos de palabra, prohíbe los matrimonios sin consentimiento mutuo. Y aunque la muchacha se comprometió con Gilles, está claro que no se aviene a la nueva situación. Debemos evitar que esto llegue a los tribunales eclesiásticos, o de lo contrario éstos apoyarán a la chica. La presencia del abad

Hughes es muy inoportuna. De todos modos es hombre prudente y sólo actuará cuando esté seguro, en su territorio. A nosotros nos convienen los hechos consumados, así que tenemos que actuar de prisa si queremos ganar ventaja.

Richer de Souillers asintió, y susurró malévolamente:

—¿Y a qué estás esperando?

Un día más, pensó Gauthier, sólo un día más.

El abad se levantó, se quitó algunas briznas de paja de las rodillas y se persignó. Últimamente le costaba más orar por las noches: sus articulaciones no eran las de antes, y la humedad de las losas y el frío nocturno se le metían en los huesos. El tiempo no perdonaba. Suspiró, y recogió con cuidado su salterio, una pequeña maravilla realizada por el copista de su monasterio. Mont-Froid era la labor de toda su vida, y aunque a veces echaba de menos el sol de otras tierras, era feliz entre los muros del claustro. Miró el anillo que Aalis de Sainte-Noire había besado al pronunciar su voto.

—Raoul —dijo apesadumbrado—, creo que tendremos que marcharnos de aquí antes de lo previsto.

El novicio levantó la cabeza, alarmado.

—¿Queréis decir que nuestra tarea ha tocado a su fin?

—No. Apenas acaba de empezar.

—Entonces...

—Guarda las hierbas, Raoul. Y abre el baúl de armas. Nos hará falta.

El primer ruido que despertó a Aalis fue el desacostumbrado rumor de pasos de la guardia del castillo. En Sainte-Noire, un único soldado recorría los pasillos angostos provisto de una antorcha encendida y armado con una daga, y eso bastaba para mantener la paz en el interior de las murallas. En las almenas exteriores era otra historia: cuadrillas de dos y cuatro hombres velaban por la noche avistando el horizonte y observando cualquier movimiento extraño procedente de los bosques o de la aldea. Por eso, cuando oyó voces frente a su puerta, su instinto le hizo mirar a su alrededor, en busca de un objeto que pudiera utilizar como arma: una antorcha apagada, una vieja jarra, incluso algún cofre que arrojar contra sus atacantes. Entre las cuatro paredes de piedra apenas había nada. La cama en la que dormía y una silla de madera que difícilmente podría levantar por sí sola. En un rincón descansaba un cofre negro, grande como una tumba. Se levantó y trató de abrirlo, sin éxito. La tapa pesaba como si estuviera hecha de piedra. Se dio la vuelta, malhumorada. Más que una habitación para huéspedes, aquel lugar parecía una lóbrega celda, una visión de su futuro tanto si se quedaba en Souillers como si la admitían en un monasterio. Se acercó hasta la puerta de puntillas y prestó atención a las fuertes voces que venían del

otro lado. Contuvo la respiración, hasta que oyó a Auxerre dando la réplica a los guardias de Souillers. Cuando éstos se hubieron alejado, Aalis dio unos golpecitos en la puerta.

—¡Auxerre! ¡Auxerre! —susurró.

No hubo respuesta durante unos instantes, y al fin oyó:

—Señora, ¿estáis bien?

—Sí, sí. Abrid la puerta, por favor —pidió Aalis.

—No está cerrada. —El rostro de Auxerre apareció por la puerta entreabierta. La miró preocupado, y preguntó—: ¿Sucede algo? ¿Queréis que haga llamar a alguna sirvienta?

—No.

Hubo una larga pausa. Auxerre echó un vistazo a ambos lados del pasillo. En cualquier momento, los guardias podían volver, y no era conveniente que lo encontraran con la cabeza metida en la alcoba de la prometida del señor del castillo. Se impacientó, e hizo ademán de cerrar la puerta tras de sí. Aalis exclamó:

—¡No! Auxerre... —musitó, agotada—. Tengo mucho miedo. No me dejéis sola. Por favor.

—No estáis sola, señora —respondió Auxerre con suavidad—. Guardaré la puerta durante toda la noche, y Louis está abajo en el patio, frente a la ventana. Vuestro padre duerme al final del pasillo. No corréis ningún peligro, creedme.

—Envidio vuestra certeza, señor. —Aalis bajó la cabeza, y cuando volvió a fijar los ojos en Auxerre, éste seguía de pie frente a ella, expectante. Habló sin pensar, las palabras rápidas dejando sus labios—: Entrad, os lo ruego. Velad mi sueño. Quizá sea mi último momento de paz en mucho tiempo.

Y sin esperar su respuesta, le dio la espalda y volvió a la cama. Al cabo de un momento, oyó el ruido de la puerta cerrándose tras Auxerre, y los pasos del caballero acercándose al pesado sillón de madera. Allí dejó su daga y sus enseres y se tendió en el suelo. Entre la cama y él, colocó su espada. Levantó los brazos y se puso las manos detrás de la cabeza, a modo de cojín. En el cielo negro brillaban estrellas perdidas aquí y allá, y la luna consentía en derramar su pálida luz, escondida tras las nubes de tormenta. Aalis murmuró:

—Gracias, señor. —Dejó pasar un breve silencio, y añadió, tímidamente—: Si tuviera un ajedrez a mano, os desafiaría a una partida entre viejos amigos.

Le pareció que Auxerre ocultaba una sonrisa en la oscuridad.

—Dejé de jugar contra vos hace tiempo, señora. Habíais aprendido demasiado y corría el peligro de ser derrotado.

—Siempre me decíais que debía conservar la mente fría y calcular mi jugada de antemano —siguió diciendo Aalis.

—Y vos nunca me hacíais caso. Me sorprende que recordéis mis enseñanzas. —Auxerre volvió la cabeza y vio el cabello negro de la muchacha cayendo por su espalda. Sus hombros se agitaban. Estaba sollozando—. ¡Señora!

—Recuerdo muy bien aquellos días, señor. Y nunca olvidaré vuestra amabilidad. Fueron tiempos muy duros. Mi madre acababa de irse... —La frase se ahogó en llanto.

—Lo sé —dijo Auxerre en voz baja.

—La echo mucho de menos. Desearía poder pedirle ayuda, dejarme aconsejar por sus dulces palabras. Pedirle perdón por todos mis pecados —exclamó Aalis, desesperada.

Auxerre se incorporó a medias y la observó, intrigado.

—¿Vuestros pecados, decís? —Su voz se ensombreció. El aire de la estancia había cambiado. La luna desapareció, y por la ventana no entraba ni un ápice de luz, y sólo eran dos voces hablando en la oscuridad.

—Pronto me juzgarán y emitirán sus veredictos. Poco me importa. Mi conciencia es mi juez, y sé que mi alma es negra a los ojos de Dios —dijo Aalis, muy seria.

—Explicad el sentido de vuestras palabras o callad. Me asustáis, señora —la conminó Auxerre.

Aalis sonrió amargamente.

—En cambio, vos me halagáis. Estos tiempos están hechos para vos y vuestra espada. A nada debéis temer mientras permanezca fiel, a vuestro lado, como ahora. En cambio, no hay espadas para mi defensa. No puedo pedir un juicio por combate para deshacerme de mis enemigos, aunque éstos sí puedan aplicarme hierros al rojo vivo en la piel para verificar lo que digo. Pero no importa el dolor que sus torturas me causen. —La pasión había teñido las mejillas de Aalis, y los mechones le caían desordenadamente por la cara—. Yo sé la verdad: que mis palabras son las mentiras de una cobarde. Mi única defensa es que estoy sola. Mi pieza de ajedrez es una reina sin tierras ni soldados, y la defenderé con todas las fuerzas de mi ser, con toda la capacidad que Dios me dio al crearme. Y si es menester manchar mi boca con falsos juramentos para sobrevivir, así lo haré. Os confieso que he pecado porque soy consciente de que hago mal, y aun así persisto en mi falta.

—Tenéis fuego en la lengua y en las venas —exclamó Auxerre, admirado a su pesar—. Vuestro padre estaría orgulloso.

—Mi padre es ahora mi mayor enemigo —respondió ella, airada.

—Eso no es cierto. Procura por vos lo mejor que sabe y puede.

—¡Ese cariño que me profesa me llevará a una tumba en vida! —susurró Aalis. Necesitaba oír palabras de aliento. Levantó la mirada, implorando—. Vuestra bendición, Auxerre. Decidme que entendéis mi angustia y que no censuráis mi mentira.

—No soy fraile ni sé de bendiciones —dijo él en voz baja.

—Como amigo pues, si en algo me estimáis —dijo lentamente Aalis.

—Os engañáis, señora —contestó tajante Auxerre. Aalis lo miró decepcionada. Él añadió, con la voz ronca—: Os estimo en mucho. Pero debo mi lealtad al señor de Sainte-Noire, que me dio cobijo, caballo y estipendio cuando yo no tenía ni una mala

espada para mi provecho.

—¿Creéis que debo plegarme a la voluntad de mi padre? —La voz de la muchacha llegó distante, como si estuviera jugando su vida a la carta que determinarían las palabras de Auxerre.

Éste vaciló, y al fin respondió gravemente:

—Creo en la obediencia y la lealtad.

Un denso silencio se instaló entre ambos durante largo rato. Auxerre pensó que Aalis se habría dormido, rendida de cansancio por los sucesos del día. Supo que no era así cuando, al cabo de un rato, llegó una pregunta, entre burlona y triste:

—Así que ¿no hay *clementia* para mí, capitán?

Antes de que pudiera decir nada, Auxerre oyó un crujido procedente del rincón donde se encontraba el pesado baúl negro. El caballero se puso en pie como un relámpago y abrió la tapa con su espada en ristre. En lugar del fondo, vio un túnel cuya salida estaba oculta por el baúl y, trepando por una escalera, un monje de hábito negro y tonsura cluniacense, que al verlo abrió los ojos incrédulo, como si no esperara encontrar a nadie al final de su camino.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Auxerre justo antes de que el monje lo atacara con una daga que guardaba oculta en su escapulario. La hoja le rozó el brazo, pero no le causó ninguna herida. Sin pensarlo dos veces, Auxerre blandió su espada y la clavó en el brazo de su atacante. El monje lanzó un grito horrendo—. ¡Ah de la guardia del castillo! ¡A mí, Gauthier de Souillers!

Capítulo cuatro

Y, entonces, se abrieron las puertas del infierno. Auxerre rechazó el ataque furibundo del monje, que se abalanzó sobre el caballero, con la daga dirigida hacia su corazón, a pesar de la herida que Auxerre le había infligido en el brazo. Aalis se levantó rauda y se lanzó, gritando, hacia la ventana:

—¡Louis l'Archevêque! ¡Por Sainte-Noire, ven, nos atacan!

Auxerre repelió a su contrincante, esta vez dándole en el costado con el canto plano de su espada y arrancándole un gemido de dolor. De momento, trataría de no causarle heridas graves y de no dejarse matar en el intento. Gauthier de Souillers, cuya constitución delgada y escuálida no dejaba adivinar el caudal de furia que animaba todos sus movimientos, gritó:

—¡Dormir acompañada de un hombre es una curiosa costumbre para una virgen!

—¡Tampoco los monjes suelen brotar del suelo armados con puñales! —replicó Auxerre, agachándose y evitando la daga, que buscaba su cuello.

El rostro de Souillers se contrajo, esquivando la estocada que Auxerre le asestó cerca de la cintura. Mirando con avidez a la temblorosa figura que no se apartaba de la ventana, exclamó:

—Descuidad, nosotros nos encargaremos de convertirla en una mujer honrada... ¡Maldito perro!

Louis l'Archevêque había aparecido en la ventana y, cayendo sobre Souillers, le clavó su daga, al tiempo que murmuraba en su oído:

—Un monje no es contrincante digno para un arzobispo, ¡necio!

Durante un instante interminable, Aalis pensó que Souillers iba a morir, pues la sangre empezó a manar de su pecho como si la daga hubiera atravesado su corazón. Pero cuando L'Archevêque retiró su arma, vio que la había clavado un poco más arriba, en el hombro, y a pesar del dolor que contorsionaba las facciones de Souillers, no era una herida profunda.

—Eres un carnicero, Louis —dijo Auxerre fingiendo malhumor.

—Yo también me alegro de verte en una pieza —exclamó Louis risueño.

—Estamos todos vivos. Deberíamos irnos antes de que cambie nuestro estado.

En ese momento, la puerta de la estancia se abrió, y aparecieron cuatro soldados de la guardia armados con mazas, sus rostros cubiertos por yelmos y los cuerpos protegidos por lorigas y sobrevestes de cuero. Contemplando la escena que se

presentaba ante sus ojos, guardaron un silencio siniestro, a la espera de las órdenes de su señor. El viejo Richer de Souillers se abrió paso entre ellos, ayudado de su bastón, y miró a su hijo tendido en el suelo.

—¡Estúpido! —se limitó a decir. Observó con sus ojos fríos a las tres figuras erguidas frente a ellos, y ordenó—: Ella, ni un rasguño. A los demás, matadlos.

Con un rugido, los cuatro soldados se lanzaron al unísono contra los dos caballeros. Auxerre clavó su espada en la garganta de uno mientras Louis le cogía la maza y asestaba un golpe tremendo en la cabeza a otro. L'Archevêque lanzó un grito de repente, y Aalis otro: el tercer soldado había logrado alcanzar a Louis en la espalda y, a través de su jubón de terciopelo rojo, una herida, larga como un latigazo, empezaba a manchar su camisa blanca de sangre. Auxerre resopló, lanzando la maza hacia los dos soldados que quedaban en pie. Empujó hacia la ventana a su amigo, que aún estaba consciente, y levantó su espada, colocándose entre los nuevos atacantes y Aalis y Louis. Auxerre susurró entre dientes:

—A mi señal, ¡saltad por la ventana y tratad de no romperos la crisma!

—¡No! —exclamó Aalis con el ceño fruncido—. No pienso dejaros así.

—¡Maldita niña! —maldijo Auxerre—. No es momento de discursos. No sabéis luchar, así que aprended a callar. ¡Haced lo que os digo!

Un estremecedor gorgoteo los interrumpió. Un soldado había caído, degollado. Del tajo de su cuello se vertía la sangre imparable, tiñendo el suelo donde Gauthier permanecía aún caído. Richer se dio la vuelta a duras penas, e hizo una seña para detener al soldado de Souillers, que se disponía a lanzarse sobre el novicio.

—¡Por las barbas de san Pablo! —murmuró L'Archevêque débilmente—. Estoy viendo visiones. Veo a un soldado donde antes sólo había un baúl, y juraría que es nuestro maese herborista. ¿Es Raoul ese espadachín fantasma?

—No vas errado, Louis. Pero no hay tiempo para preguntas. ¡Salta! —dijo Auxerre, aupando a su compañero hasta el alféizar de la ventana.

L'Archevêque trepó como pudo y se dejó caer pesadamente. Calculó que los quince pies de altura de la caída podían romperle algún brazo, pero nada más. Aterrizó de costado y magullado, pero de una pieza. Inmediatamente después, oyó una exclamación sofocada y Aalis se puso en pie a su lado, levantando la mirada hacia la ventana. Durante unos instantes sólo hubo silencio, y la muchacha miró a Louis con una súplica silenciosa. Éste musitó:

—*Mon compaign* no tardará.

—Rezo porque Dios te escuche, Louis —dijo Aalis en voz baja.

Durante unos instantes que se hicieron eternos, escondidos en el oscuro rincón del patio, Aalis y L'Archevêque esperaron. Y entonces, de repente, empezaron a oírse los cascos de un grupo de caballos acercándose, rítmico el galope. Aalis se aferró al cuerpo malherido de L'Archevêque, cuya respiración era débil y entrecortada. Éste sacó un puñal de su cinto y se lo entregó a Aalis sin una palabra. Por fin los jinetes llegaron ante ellos; Aalis no podía distinguir sus rostros, pero el cabecilla llevaba los

colores de Souillers. El aire a su alrededor se hizo pesado como si el manto de la realidad cayera sobre ellos. Aalis se aferró al puñal y se olvidó de rezar a la Virgen. Mantuvo la vista baja, para no revelar su presencia ni el brillo de sus ojos asustados. Las patas negras de uno de los animales se acercaron hasta el borde de su camisa de hilo, y los cascos pisotearon la fina tela. Miró hacia arriba, esgrimiendo el arma que L'Archevêque le había dado. A sus espaldas, la voz del herido sonó jocosa:

—Pardiez, Auxerre, te haces mayor. Hace diez años no habrías tardado tanto.

La figura que montaba el caballo negro se inclinó hacia adelante, con los puños apoyados en el cuello del animal, y Aalis comprobó que Auxerre había sufrido más heridas en el rostro y el cuello, y éstas teñían su pelo de rojo sangre y empapaban sus ropas. En su cara, una mirada negra que a Aalis le encogió el alma. Miró hacia atrás, a los demás jinetes, y reconoció al abad Hughes, con sus ojos azules alerta, y a su lado el joven novicio, sólo que ahora parecía un soldado, y empuñaba una larga espada que aún goteaba sangre. Llevaba las riendas de otros dos caballos, y uno acarrea un cuerpo inerme. Aalis se tapó la boca para no gritar en el momento en que reconoció las facciones de su padre. Auxerre descendió del caballo y le apretó el brazo.

—Está vivo, pero aún no estamos a salvo. Tenéis que ser fuerte. Vamos, ayudadme con Louis.

Aalis asintió, tragándose las lágrimas que acudían a sus ojos, y, junto con Auxerre, arrastró como pudo al herido hasta el caballo donde reposaba su padre. L'Archevêque, consciente a ratos, pudo izarse en la montura.

—Aalis, montad con el abad Hughes. Cubríos con esta pelliza. —La joven agarró la basta tela de lana marrón, temblando. Auxerre la miró fijamente, y añadió para el resto del grupo—: Debemos llegar al bosque lo antes posible.

—¡Sois un loco! —dijo el novicio, incrédulo—. ¿Cómo pensáis salir de este castillo? ¿Acaso creéis que os abrirán las puertas de par en par?

—Precisamente vos, maese herborista —replicó Auxerre irónico, mirando la espada sangrienta de Raoul—. Vos, que os habéis transformado de monje en guerrero, no deberíais dudar de los milagros. ¡Seguidme y no abráis la boca!

El grupo de jinetes avanzó cauteloso, encabezado por Auxerre, cruzando el patio. A su espalda, el abad Hughes, la faz morena pétrea y los labios apretados, asía las riendas de su montura con una mano y la otra permanecía cerca de su espada, oculta bajo el hábito. Aalis, a horcajadas y aferrada a la cintura del viejo monje, trataba de encoger sus piernas blancas, que la pelliza demasiado corta no llegaba a cubrir. Por fortuna, la capucha sí difuminaba sus rasgos de mujer. El novicio había atado a su propia montura el caballo de L'Archevêque, que pugnaba por mantenerse derecho mientras los brazos sin apenas vida de Sainte-Noire golpeaban el costado de la montura con cada vaivén. Los sirvientes de la casa, sin duda alertados por los gritos de la lucha, habían corrido en ayuda de su dueño y, por entre los portales de la despensa y la cocina, apenas asomaban algunos mocosos, hijos de las criadas de la

casa. Sus caritas serias contemplaban en silencio el desfilar de los jinetes, y miraban con curiosidad el cuerpo inmóvil que colgaba encima del caballo que cerraba la comitiva. Cuando vio el patio por primera vez, a Aalis se le había antojado casi el triple del de Sainte-Noire, pero ahora, con el enloquecedor ruido de las botas de los guardianes de Souillers recorriendo las almenas del castillo, y el paso lento y casi majestuoso que Auxerre les estaba imponiendo, el patio le parecía tan ancho como un desierto interminable. El capitán de la guardia de Sainte-Noire se abrió paso hasta los enormes portones que habían cruzado no hacía ni un día. Los dos guardias de la puerta, que normalmente estarían sentados alrededor de la hoguera que calentaba sus frías noches de vigilancia, estaban erguidos frente a las puertas y asían sus lanzas con puño firme. El más alto miró a la comitiva y exclamó:

—¡Alto! No es noche para viajes. Tenemos traidores en el castillo y órdenes de no dejar pasar a nadie sin permiso de mi señor Souillers.

—Y harás bien en obedecer esas órdenes, que nada tienen que ver con nuestro asunto —espetó Auxerre, con su voz más tajante—. Llevamos a un herido en busca de alivio, y cada momento que pasa su sangre se enturbia más. ¡Abre las puertas!

El guardia frunció el ceño, escrutando la fila de figuras que esperaban frente a él. Escupió desdeñoso en el suelo antes de responder:

—Ese que lleváis ahí necesita más bien los santos sacramentos que las artes de un herborista. Y aquí en el castillo hay buenas chimeneas frente a las que puede reposar. Señor, tendréis que darme mejores razones que eso para que os ceda el paso. —Y apretó las mandíbulas, mientras su compañero desenfundaba la espada.

Auxerre se echó a reír y, por un instante, Aalis pensó que se había vuelto loco. La espalda del abad estaba tan recta como una plancha de madera, y el novicio respiraba casi más fuerte que los resoplidos del caballo que conducía.

—¡Buen guardián, sois un necio, pero servís bien a vuestro señor! Besad su anillo y dejadme pasar de una vez. ¡Tengo que devolverlo rápido o el señor de Souillers no podrá cerrar sus negocios, y entonces sabréis lo que vale la ira de un soldado! —Y acompañó sus palabras de un gesto negligente de la mano, mostrando un anillo de oro con el sello engarzado de la casa Souillers, un caballero de pie con la espada clavada en el suelo.

El hombretón se quedó mirando la joya con los ojos abiertos de par en par y, tragando saliva, se inclinó a besarla. Mientras su compañero se apresuraba a abrir las puertas, que gruñeron como ancianas, balbuceó:

—Señor, perdonadme. Son tiempos inciertos... Los bandidos acechan...

—Muy cierto, maese, pero con vigilantes como vosotros este castillo no tiene de qué preocuparse —exclamó Auxerre, espoleando su montura y cruzando el paso, seguido por el abad, el novicio y L'Archevêque.

Sin cesar, sin pausa, cabalgaron durante toda la noche, en la completa oscuridad del camino, confiando en el instinto de los animales y guiándose por el recuerdo del viaje que habían realizado días antes. Por fin, cuando a un lado del camino el negro

que los rodeaba se hizo aún más impenetrable, Auxerre supo que habían alcanzado el bosque. Detuvo su caballo y gritó:

—¡Alto! ¡Hacia el bosque!

Los caballos escalaron la ligera pendiente que llevaba a la inmensidad de árboles erguidos y pelados, y allí por fin desmontaron sus jinetes, atando los caballos a los troncos. Auxerre se limpió la cara con unas hojas frescas. La humedad y el barro acumulado en ellas se llevaron la sangre seca de sus heridas superficiales, pero sabía que tendría que pedir ayuda pronto, pese a que había dejado de sentir el dolor de las más profundas. El abad Hughes ayudó a desmontar a Aalis, y el hermano herborista se ocupó de atender a los dos heridos y de limpiar lo mejor que pudo sus heridas. Aalis se arrodilló al lado de su padre, y le tomó ambas manos. Estaban frías, y el rostro del hombre al que apenas unas horas antes había desafiado, ahora era una máscara sin color ni ánimo. De su cuello y del pecho, por la camisa destrozada, manaba sangre, brillante y roja, y sólo por eso sabía que aún no había muerto. Inclino la cabeza y lo abrazó, sollozando.

El abad Hughes apartó la vista de la escena y contempló la figura de Auxerre, que permanecía apoyado contra un tronco, con los ojos entrecerrados, como si durmiera.

—Brillante huida, capitán.

—Gracias —respondió Auxerre entre dientes, sin moverse.

—Debisteis emplearos a fondo para convencer al señor de Souillers de que os cediera su anillo —dijo el abad, despreocupadamente.

Auxerre abrió los ojos y miró al abad. Espetó, con una mueca de ironía:

—Lamentablemente, tenía demasiada prisa. —Y añadió—: Es un viejo tozudo, y se interpuso entre mi espada y el anillo.

—¡Por san Bernardo! No habréis matado al jefe de la casa Souillers... —exclamó el abad, horrorizado. Con la frágil situación de la comarca, lo último que necesitaban era que cayera sobre ellos la ira del protector de Souillers, Rotrou du Perche. Suspiró aliviado cuando Auxerre meneó la cabeza negativamente.

—Nadie ha muerto nunca por quedarse manco... si la herida se cauteriza rápidamente, claro está —dijo Auxerre con la mirada fija en Sainte-Noire. El abad tragó saliva. Una manó era una mano; pero Souillers podría olvidarlo si a cambio recibía lo prometido, y algún molino, por añadidura. Suspiró, persignándose, más por costumbre que por convicción.

El novicio se acercó, limpiándose las manos con un trozo de lana manchada de sangre.

—Los dos podrán aguantar el viaje; Sainte-Noire está mucho peor, pero es fuerte. Aunque debemos partir ahora mismo...

Auxerre asintió y, evitando mirar a Aalis, dijo:

—Lo mejor será que nos separemos. Hay que llevar a Philippe a Sainte-Noire. Y el abad y Raoul tendrán que volver a Mont-Froid por sus propios medios. No podemos escoltaros. ¿Lo comprendéis, abad?

—Por supuesto —asintió Hughes.

—Y la muchacha irá con vosotros —añadió Auxerre—. Lo mejor para ella ahora es la protección del monasterio.

Aalis lo miró furibunda, y se encaró con el capitán y el abad.

—¡Un momento! Os apresuráis al tomar mis decisiones. Nada impedirá que me quede al lado de mi padre.

Se plantó frente a ambos hombres, que se cruzaron una mirada. El abad carraspeó, y Auxerre repuso:

—Me imaginaba que no querríais dejar a vuestro padre.

—Lo cual alaba vuestra inteligencia. ¿Y bien? —replicó Aalis.

—Lo siento.

—¿El qué?

Con el brazo sano, Auxerre propinó un puñetazo a la joven, que cayó hecha un ovillo al suelo. Desde atrás se oyó una risotada débil.

—Avanzas a pasos agigantados con esa chica, *campaign*.

Auxerre se dio la vuelta, haciendo caso omiso de las pullas de L'Archevêque y sin prestar atención al escandalizado novicio. El abad Hughes, en cambio, no parpadeaba. A éste se dirigió Auxerre.

—Sainte-Noire será generoso con Mont-Froid si cuidáis de su hija.

—Hijo mío, los hombres de la Iglesia siempre tienen espacio para los desfavorecidos por la Fortuna. No es necesario... —E hizo un gesto con la mano.

Auxerre sonrió sarcástico.

—No dije que fuera necesario. Pero sí os garantizo que así será. Y si no cumplís con vuestro cometido... —Miró al abad, cuyos ojos azules refulgían como hielo en la noche—. Sois un hombre de Iglesia y lo habéis sido de espada. Sobran las palabras.

El fuego de la chimenea ardía con furia, consumiendo los troncos de encina que el sirviente echaba sin cesar. En el caldero herrumbroso hervía agua. Colgando del mismo gancho, dos pucheros más pequeños humeaban, y el olor de la tisana de manzanilla y hierbas tranquilizantes invadía la gran sala de planta de Souillers. Una sirvienta atemorizada lavaba los paños ensangrentados una y otra vez, y el herrero esperaba, sudoroso y en silencio, con la hoja candente, las órdenes del boticario Ranould. Los alaridos de Richer de Souillers eran ensordecedores.

—Padre, si no por la paz de mis oídos, por la dignidad de nuestro nombre, ¡teneos! —bramó Gauthier, exasperado.

Lanzó una mirada torva al boticario que seguía aplicándole el emplastro verdoso en el tajo que la espada de Auxerre había clavado en su hombro. No podía mover el brazo, y el agudo dolor le impedía olvidar quién le había asestado esa herida. Su padre había salido peor parado, sin embargo. Observó con mal disimulado desprecio los balbuceos del anciano, cuya mano derecha aún estaba arrinconada en el charco de

sangre frente a la puerta de la sala, allí donde, también Auxerre, se había enfrentado a todos para arrancarles el cuerpo malherido de Sainte-Noire, antes de que pudieran acabar con él. El plan había fracasado: no habían logrado segar la vida de Philippe de Sainte-Noire, ni hacerse con su única hija. Gauthier cerró los ojos, recordando. El capitán había demostrado por qué era el guerrero de confianza de su señor, y el payaso que lo acompañaba también había sabido estar a la altura. Y el endemoniado novicio que asestaba estocadas de templario había sido una sorpresa, una jugarreta del maldito abad. Todos pagarían por sus traiciones, a su debido tiempo. Escupió:

—¡Sacad esa porquería! —dijo, señalando hacia el miembro cercenado.

Richer de Souillers redobló sus lamentos, mientras el boticario indicaba al herrero que volviera a aplicar el hierro. Un repugnante olor de carne quemada se mezcló con el que despedían los pucheros. El sudor corría por el rostro del viejo, aún más retorcido que de costumbre. Estaba lívido. Hizo un gesto con la cabeza, y la doncella vertió una copa de vino en sus labios. El líquido cayó en su garganta y parte se derramó en el suelo.

—Estúpidos. Todos sois unos estúpidos —murmuró. Parecía que iba a perder el conocimiento, pero la fuerza de su sangre biliosa se impuso—. Sólo tenías que hacerte con una muchachuela. ¡Una niña! Bien se ve que no has llevado una espada en tu vida.

—¡Una niña que estaba con Auxerre en su celda! Esa perra que proclama su pacto de pureza con Jesús ya tenía con quién calentar su lecho, antes incluso de que pudierais llevarla al altar —sibileó Gauthier malignamente.

No sabía si la presencia de Auxerre en la cámara era señal del temperamento de la joven, o si éste cumplía órdenes de su señor, vigilando a la pupila, pero le gustaba torturar a su padre con el desprecio de sus palabras. Si su brazo no hubiera estado impedido, él mismo habría aplicado el hierro al rojo vivo en la carne de Richer de Souillers. El anciano echó la cabeza hacia atrás y, por un instante, toda la actividad en la sala se detuvo, como si estuvieran acechando la temprana muerte del castellano. Finalmente, abrió los ojillos e hizo señas de que le dieran más vino. Gauthier se irguió, alerta. Estaba perdiendo tiempo. Todos los sirvientes y soldados de la casa presentían que un viejo como Souillers no podría aguantar mucho tiempo. Y, como ellos, todos los cuervos de mal agüero de la comarca ya habrían recibido la noticia por medio de sus espías. Quizá hasta en aquella misma sala ya estarían conspirando para arrebatarse lo que era, lo que siempre había sido suyo. Tenía que asegurarse. En presencia de testigos, y sin ninguna duda. Dulcificó su semblante y se dirigió a su padre:

—¡A fe mía que tenemos la sangre ardiente en esta familia! Los dos ostentamos heridas profundas, y los dos tenemos mucho que vengar... Y en lugar de decidir cuál ha de ser nuestro camino, perdemos tiempo escupiendo insultos al vacío. —Gauthier observó el efecto de sus palabras en su padre. Éste aguzó el oído, gruñendo un asentimiento. El viejo esperaba. Gauthier prosiguió—: Hace unos días nos postramos

de dolor por la muerte de Gilles. Soy el único hijo que os queda, padre. Estoy a vuestras órdenes, y ante todos los que habitan este castillo repetiré este juramento: no dejaré esta afrenta sin reparación, en nombre del honor de nuestra estirpe.

Trabajosamente, se hincó de rodillas frente al anciano, que no le perdía de vista, clavado en su butaca. Gauthier tomó con delicadeza el brazo de su padre, y depositó un beso, sin siquiera rozarlo con los labios, en el muñón. Cuando levantó la vista, Richer estaba tosiendo en un pañuelo, y su hijo alcanzó a ver la sangre que escupía. Bajó la cabeza para ocultar su alegría. Poco tardaría su espera. Ahora, sólo quedaba la reacción del anciano. Cuando Gauthier se levantó, el herrero corrió a auxiliarlo y el boticario revisó su herida para comprobar que no se había abierto. Asintió levemente, para indicar su agradecimiento. Después de todo, los que servían eran los que más velozmente percibían el cambio en el poder, y se apresuraban a seguirlo, como los barcos que aprovechaban las fuerzas del viento.

Richer de Souillers también había navegado con los vientos favorables. La herida le dolía menos por la pérdida de una mano que por lo que entrañaba: un enfrentamiento abierto con Sainte-Noire que había empezado con las de perder para él. Si hubiera sido veinte años más joven, ya estaría cabalgando y empuñando la espada para recuperar lo que se le había prometido, la muchacha y las tierras que iban con ella, y para demostrarle al capitán Auxerre que él también sabía manejar una buena hoja de hierro forjado. La doncella le sirvió un nuevo trago de vino, ardiente como el dolor de su brazo. Suspiró. Eso era lo único que le quedaba: el vino, porque él no tenía veinte años menos, y su único hijo sólo sabía murmurar tras las columnas del palacio episcopal y pactar precios con los constructores de catedrales y los comerciantes de trigo. Chasqueó la lengua. No iba a dejar que le resultara tan fácil volver a ser un Souillers de pies a cabeza. Quizá le habían arrebatado una mano, pero aún conservaba el juicio.

—Hijo mío —dijo, mientras Gauthier lo escuchaba con una expresión entre prevenida y de adoración—. Hijo mío —repitió—, vuelves a mí en este momento de vergüenza. Era un orgullo para mí que el arzobispo te concediera su confianza y sus cuentas, pero no te negaré que dejaste un vacío en este castillo que Gilles no ha podido llenar.

«Porque ha muerto, maldito viejo —pensó Gauthier con odio—. Estás diciendo que si estuviera vivo yo no contaría para nada en esta sucia familia». Controló su furia y permaneció impertérrito. Eso sólo era una humillación más, el precio que tenía que pagar para oír el resto. Richer también lo sabía.

—Agradezco tu juramento, y espero que lo honres, aunque te aparte del camino de Dios que escogiste hace años. Hablaré con el obispo; para empezar, la orden podrá conservar la donación que hice cuando entraste en el monasterio, y me ocuparé de que reciban la mitad de las rentas del bosque de Las Hayas en compensación por tu pérdida. —Hizo una pausa. Le faltaba el aliento—. Te encomiendo que recuperes el sello robado de Souillers, y que me lo traigas y lo deposites a mis pies. También

debes traer de vuelta a mi prometida, Aalis de Sainte-Noire, y la espada que ha perpetrado el crimen: la del capitán Auxerre. Cuando tenga frente a mí estas tres prendas, y sólo cuando así sea, tú recibirás el sello y serás el castellano de Souillers.

Sin darse cuenta, Richer se había levantado, apoyándose en el horrendo muñón, olvidando el dolor que sentía, y la imagen del anciano erguido, haciendo de su mutilación su bastón de apoyo, era impresionante. El boticario tragó saliva, la doncella se persignó y el herrero cayó de rodillas. Gauthier no pudo evitar admirarlo a su pesar: el viejo tenía agallas. Rápidamente, repasó la situación. No había salido tan malparado. Su esperada herencia se había pospuesto, era cierto, hasta el cumplimiento de tres condiciones, las tres ligadas, y no precisamente exentas de peligro, pero confiaba en que, ayudado por una nutrida guardia, lograría doblegar la pequeña mesnada de Sainte-Noire y llevarse lo que necesitaba. Más tarde, más tarde vería qué le entregaba a su padre y qué conservaba para él. Hasta era probable que el viejo Philippe hubiera muerto ya, y él llegara a un castillo sin señor, listo para ser tomado. Esbozó una sonrisa satisfecha. Primero, tenía que difundir la nueva de la persecución, que todos supieran que o bien estaban con Souillers o en su contra. Y luego, caería sobre Sainte-Noire y esa aprendiz de virgen. Hizo una seña a la doncella y pronto el caballero Guy estuvo frente a él, esperando sus órdenes.

—Parte de inmediato hacia el castillo de Nogent-le-Rotrou. El conde debe saber lo que ha sucedido.

Soñaba que corría por el valle de sal que llevaba hasta Souillers, desesperada, huyendo de todos los que querían llevarla de vuelta: una muchedumbre de encapuchados que hacían sonar sus campanas de leprosos mientras cabalgaban veloces, sus pies blancos y carcomidos azuzando los caballos. El frío erizaba su piel, y tenía la lengua seca. Cuando abrió los ojos, vio el techo abovedado de una celda individual de piedra clara y, por la ventana estrecha y alargada de la estancia, los rayos de un sol nuevo le descubrieron dónde se encontraba: Mont-Froid. Se había vuelto a cumplir una voluntad que no era la suya. Bostezó, frotándose los ojos. Estaba recostada sobre un jergón de lana basta y sin teñir, relleno de paja. Alguien le había retirado los borceguíes de los pies, dejándolos cuidadosamente al lado de la puerta. Se incorporó, mirando a su alrededor, y reflexionó: al menos, había leguas de distancia entre ella y la horrenda pesadilla de Souillers. Y tal vez era mejor estar oculta entre las paredes cistercienses, donde no la buscarían, al menos durante un par de días, el tiempo necesario para recuperarse, ganar fuerzas y viajar de regreso hasta Sainte-Noire. No le gustaba darle la razón a Auxerre, aunque en su fuero interno sabía que sus intenciones eran buenas. Más aún, tácticamente inteligentes: dividir la partida de huidos para confundir a sus perseguidores. Dejarla atrás a ella para poner a salvo a su señor. La imagen de su padre cubierto de sangre la asaltó, y se levantó de un salto del camastro. Tenía que averiguar cómo estaba, hablar con el abad. Se lavó la

cara con el agua de una vasija de barro cocido depositada al lado de los borceguíes. Se arregló el pelo como pudo, comprobó que la cadena de su cintura estaba derecha, y empujó la pesada puerta de roble. Miró a ambos lados del largo pasillo y al fondo divisó una amplia escalera. Bajó, buscando la salida al claustro, que le permitiría orientarse hacia las dependencias del abad, pero en lugar de eso se encontró con varios pares de asombrados ojos. El olor de las tintas de malaquita, azafrán y otras plantas que se cocían en el fuego del calefactorio habría hecho el ambiente irrespirable, de no ser por las grandes ventanas (sin vidrios, por supuesto) practicadas para iluminar la labor de los copistas. Estaba en el *scriptorium*, y era obvio que los monjes no estaban acostumbrados a ver a una joven paseándose por entre sus preciados manuscritos. Aalis los miró, sin saber qué decir. Su estómago, que apenas había recibido alimento desde la víspera, se encargó de hablar por ella, y un rugido extremadamente firme resonó por la gran sala. Los monjes enrojecieron ante una manifestación tan clara de las debilidades humanas, y un par de los más ancianos disimularon una sonrisa. El rostro de Aalis, a su vez, se tornó grana. Así los encontró Raoul.

—Señora, os puedo indicar el camino del refectorio de los legos, si me seguís —murmuró delicadamente, a sus espaldas.

—Gracias —atinó a decir ella.

Cuando hubo dado cuenta de una gran rebanada de pan untada con miel y de un poco de leche de cabra, Aalis recuperó la voz:

—¿Qué pasó en el resto del viaje? Apenas recuerdo nada —añadió con ironía.

El monje la miró de reojo, como si temiera los efectos de su blanca piel.

—Os cargamos en mi caballo, después de que os... desvanecierais. Luego cabalgamos sin parar hasta llegar al monasterio. El abad me dijo que os vigilara, hasta que él pudiera hablar con vos. Está ocupado con los asuntos de Mont-Froid; todos dependen de él para su consejo y guía.

Aalis se quedó mirando al novicio. Era la frase más larga que le había oído decir en todo el tiempo que habían compartido. Observó con curiosidad las magulladuras de su rostro, testimonios mudos de la escaramuza de la noche anterior, y se preguntó cuál había sido su motivo para ayudarlos. Pero antes, lo más importante.

—¿Cómo estaba mi padre? Dijisteis que sobreviviría.

—Ayer aún estaba con vida, aunque su aliento era débil. Todo depende de lo rápido que lo hayan llevado a Sainte-Noire y de los cuidados que allí reciba.

—Por el viaje no hemos de preocuparnos. Auxerre volará por encima de las montañas, si es necesario —exclamó Aalis, sin pensarlo. Se sorprendió ante su propia certeza, pero no tenía ninguna duda de que así sería.

La expresión de Raoul se trocó en piedra. Dijo:

—Recordad que el capitán Auxerre viaja con heridos y, por mucho que quiera volar, lleva pesadas piedras en sus alforjas. Acordamos que tan pronto lleguen a su destino enviarían un mensaje para darnos nuevas.

Los interrumpió la entrada de una pareja de hermanos legos que volvían de sus tareas en el río y de los talleres cercanos. Traían pieles de oveja, aún con olor a cal, listas para ser cortadas y empleadas para los manuscritos, y un gran fardo de hábitos recién lavados con jabón de pasta de ceniza. En sus caras se reflejó la sorpresa al ver a una mujer en su sala común, pero Raoul era uno de los monjes más cercanos al abad, y los dos se fueron sin decir palabra. Aalis se daba cuenta de que su presencia era una excepción en la vida cotidiana del monasterio, y tomó su decisión. No quería causar problemas al abad por la ayuda que le estaba prestando a su padre. Dejó el refectorio y salió al estrecho corredor que unía las dependencias de los legos con el claustro. Le pediría un caballo al abad y volvería a Sainte-Noire sola. Raoul fue tras ella.

—Señora, no sé adonde vais, pero el abad me dio órdenes de que no os sucediera ningún mal. Me resultará más fácil cumplir su deseo si no dejáis el recinto del monasterio.

—¿Más prohibiciones, novicio? —replicó Aalis. Y echó a andar a lo largo del muro de piedra, en dirección a la iglesia.

—Ruegos. Súplicas —rectificó él—. De personas más sabias que vos.

La joven se volvió, exasperada.

—Empiezo a cansarme de esta vida tan curiosa que apenas conozco —exclamó—. Sobre todo cuando los que me aconsejan son novicios de día y soldados de noche. ¿También tenéis explicación para eso?

—Mi misión es proteger al abad —dijo Raoul por toda respuesta.

—¿Sí? Pues se os olvidó mencionarlo —exclamó Aalis sarcástica.

—En esos momentos lo más prudente era callar —soltó el novicio, enrojeciendo.

—Veo que esa vida tan blanca y clara para ciertas cosas se vuelve opaca según vuestras conveniencias, hermano soldado —dijo Aalis—. ¿Por qué no puede ser igual para mí? Quiero ir junto a mi padre, y ahora que el peligro más inmediato ha pasado, no veo que la razón me aconseje lo contrario.

—La razón raras veces aconseja, jovencita —dijo el abad. Había aparecido de improviso, en la entrada de la iglesia, y cojeaba cansinamente hacia ellos—. Se limita a señalar los caminos y a dibujar los mapas. Es tarea ingrata de los hombres decidir cuáles ha de recorrer, incluidos los que están prohibidos.

Aalis se volvió y estudió la figura del abad, recortada contra la luz clara que llegaba de la iglesia. A pesar de su cojera y la debilidad que ésta entrañaba, estaba en completa armonía con el murmullo apacible del agua de la fuente que presidía el claustro, y su rostro moreno parecía fundirse con el color de las piedras que lo rodeaban. Aquel hombre, sin duda, había dado su vida al monasterio; ella jamás sería capaz de dar tanto, ni por Dios ni por los hombres. Sólo quería la oportunidad de escoger voluntariamente su causa, y el día que la encontrase tal vez sí sería capaz de entregarse, como el abad a su orden. O, sencillamente, seguir viviendo y buscando. No podía apartar la imagen de su padre de su mente, y la sensación de que pronto éste

la necesitaría a su lado. La convicción de que era su deber de hija ir tras él le daba fuerzas.

—Abad Hughes —dijo Raoul, aliviado—, os estábamos buscando.

—Vos tal vez, Raoul —respondió el abad, benevolente—, pero Aalis de Sainte-Noire iba en busca de la puerta.

—Así es. Comprended que me debo a mi padre —repuso la joven.

—No, os debéis a vos misma manteneros sana y salva. Más que a vos, a los que han luchado por conservaros en ese estado, entre ellos vuestro padre —replicó el abad, con repentina dureza. Suavizó su voz para añadir—: Esperad hasta la llegada del mensajero de Sainte-Noire. Ha pasado un día entero desde que nos separamos de ellos. En unas pocas horas sabremos si es prudente emprender el viaje...

—Sabremos si mi padre ha muerto o no —estalló Aalis—. De cualquier manera, Auxerre y su guardia protegerán Sainte-Noire, y allí está mi lugar. Ningunos muros serán tan seguros como los de mi hogar.

—Ah, estáis bajo el efecto de la pasada noche, cuando todo se resolvió con espadas enfrentadas y sangre regando el suelo —suspiró el abad—. La vida, afortunadamente, es más que eso.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Aalis.

—Vayamos a mi sala, hija mía. Vuestros huesos son más jóvenes que los míos, y yo necesito sentarme. Raoul, dejadnos —dijo el abad.

La existencia de los aposentos independientes del abad era el reconocimiento implícito de que no todo podía ser austeridad y recogimiento en el Císter, especialmente desde que las manos industriosas de los hermanos conversos habían hecho de la orden de los monjes blancos una de las más ricas y poderosas del reino de Francia. Sin embargo, los pilares de sus claustros seguían construyéndose rectos y desnudos de toda ornamentación y, en sus iglesias, la luz inundaba el presbiterio clara y limpia, sin el tamiz de mil cristales coloridos y fantasiosos. El único lugar donde se permitían tímidos signos de la prosperidad de la orden era en la estancia en donde se hallaban Aalis y el abad, la residencia en donde se recibía a los huéspedes de más elevado rango, poco acostumbrados a la dura disciplina diaria de los monjes. Allí, en una modesta alacena, el abad disponía de suficiente vino y alimentos como para aliviar el cansancio de un obispo o de un conde, e incluso podía arrimarlos a su chimenea, sin que hubieran de acercarse al calefactorio general, y ofrecerles un escritorio digno desde el cual enviar sus misivas. Mientras el abad vertía vino aguado en sendas copas de madera, Aalis contempló la sala con curiosidad; en la esquina, en un armario, descansaban, cubiertos por un paño de algodón, más libros de los que jamás había visto en toda su vida. Los lomos de piel negra y oscura prometían todos los secretos del universo.

—Sentaos, señora —dijo el abad, indicándole una de las dos butacas de madera

situadas frente al fuego.

Aalis tomó la copa que le ofrecía el anciano. El calor de las llamas, necesario incluso a esa hora tan temprana, se reflejaba en las piedras largas y estrechas que revestían el suelo. Aalis optó por guardar silencio. Sin duda, el abad tendría recomendaciones para ella, como todos, y se dispuso a escucharlas. Bebió un sorbo de la copa, resignada.

—¿Qué sabéis de vuestro mundo, Aalis?

La muchacha levantó la mirada, desconcertada. El anciano estaba de espaldas a ella.

—No os entiendo, padre.

—Me refiero a estas tierras, a los castillos cercanos a Sainte-Noire, a vuestro propio padre y su familia de guerreros. ¿Qué sabéis, qué os han contado? —Se volvió y la contempló con indulgencia. Sin esperar contestación, prosiguió—: Yo os lo diré. Nada, nada en absoluto.

—Sé lo suficiente —dijo Aalis, enfurruñada como una niña.

—Pero eso nunca es bastante —replicó el viejo. La miró gravemente y ponderó lo que iba a decirle. No sabía si hacía bien, pero a las claras se veía que la niña Sainte-Noire no era de voluntad maleable como tantas otras jóvenes cuyas bodas significaban más que una alianza, y era menester convencerla. Se encogió de hombros mentalmente; si fracasaba, siempre habría otra solución. Era otra de las enseñanzas que había traído consigo de Tierra Santa.

Habló midiendo sus palabras:

—Sainte-Noire y Souillers son dos tierras distintas como el día y la noche: la primera es rica en trigo, agua y campos donde pacen los rebaños, y la segunda arranca de sus entrañas su riqueza de cobre, hierro y sal. Distintos son vuestro padre y el anciano Souillers, pues uno tiene esposa capaz de engendrar una familia numerosa y sana mientras que el otro ha perdido a su hijo más preciado y se halla desprovisto de mujer. —Hizo una pausa y comprobó que tenía toda la atención de Aalis. La mención de su antiguo prometido había humedecido sus ojos, pero no eran lágrimas de añoranza. El abad siguió—: Pero a ambos los anima una misma pasión, hacer de sus casas las más grandes y poderosas de la región. Este deseo los ha enfrentado continuamente, oponiendo sus fuerzas, desgastando sus arcas y creando un equilibrio precario y débil. Desde Mont-Froid siempre hemos contemplado las disputas entre Sainte-Noire y Souillers con temor; temiendo que uno aplastara al otro y, después de eso, temiendo que quedaran encendidas las brasas de la venganza. En cierto modo, ha sido bueno que nadie venciera, y que al llegar el horizonte del final de sus vidas, ambos, Souillers y Sainte-Noire, buscaran la paz. Si no hubiera sido así, la comarca de Le Perche hubiera sufrido graves consecuencias. Pues el mundo no termina en esta pequeña y humilde región; igual que desde nuestra orden vigilábamos los enfrentamientos entre Souillers y Sainte-Noire, otros ojos más poderosos también los acechaban. ¿Sabéis por qué? —Aalis negó con la cabeza, intrigada—. En este extraño

tiempo en el que os ha tocado vivir, nuestro rey Luis VII vive bajo la sombra de su propio vasallo, que es más poderoso en tierras y en riqueza que él. Me refiero al rey de Inglaterra, Enrique Plantagenet. Sus posesiones en Francia, gracias a su boda con Leonor de Aquitania, antes esposa de Luis, superan con creces los escasos campos que rodean Île-de-France. Azuzado por los enemigos que lo rodean, Luis se ha visto obligado a buscar alianzas sin cesar, hasta debajo de las piedras. Por eso se casó con Adela, hija del poderoso conde Thibault de Blois, y a su vez concedió la mano de su hija Adelaida al conde, mientras que María, otra de las hijas que tuvo con Leonor, es la esposa del conde Enrique de Champagne, hermano de Thibault. ¿Entendéis?

Confusa, Aalis parpadeó.

—No sé si os sigo —confesó.

—Porque resulta difícil seguir los caminos de una tela de araña —murmuró el abad casi para sí—. Una tejida con cuidado y mimo por un rey sin poder, para protegerse de los golpes que puedan asestarle los que lo quieren doblegar. Es así como se hacen las paces y las guerras: con una espada en una mano y un matrimonio en la otra. Y, al mismo tiempo, Enrique Plantagenet también es un rey débil, pues ¿qué rey está seguro de la lealtad de sus vasallos si tiene que mirar en cuatro direcciones distintas? Al norte está su propia tierra, Inglaterra, pero incluso allí Escocia y Gales son hervideros de rebeliones. No hace ni dos años sofocó una y, pese a que su hijo Juan sin Tierra es virrey, apenas cuatro ciudades del país son seguras para la familia real. Al sur, los barones de su indómita esposa; como ella, Aquitania no gusta del poder Plantagenet. Al oeste, los inquietos bretones, siempre prestos a la guerra; y al este, las intrigas del conde de Flandes, que azuza a los demás barones del reino contra quien le convenga. No son tiempos fáciles para reyes ni vasallos.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —Se estaba empezando a cansar de la lección del abad—. ¿Qué me importan las intrigas de los grandes cuando mi padre está moribundo a menos de un día de viaje? ¿Y a quién han de preocuparle nuestras vidas de castellanos?

—A nadie, si no fuera porque Sainte-Noire y Souillers son dos señoríos fronterizos tanto con el imperio de los Plantagenet como con las tierras afectas al rey Luis —exclamó Hughes de Marcy con la misma energía con que antaño había degollado infieles frente a las puertas de Jerusalén. Fascinada por el brillo de sus ojos, Aalis tomó su copa con las dos manos y bebió un largo trago. El abad parecía no verla—. A nadie, de no ser porque la fortuna, o la desgracia, hizo que Sainte-Noire y Souillers guerrearan sin tregua, y esa animadversión resultara beneficiosa y tranquilizadora para todos, pues ora se obtenía el apoyo de uno u otro según conviniera. A nadie, si se establecía una alianza duradera entre las dos familias que mantuviera los dos castillos en paz, las dos fortalezas intactas, las dos puertas cerradas, las que controlan la entrada y la salida de Normandía hacia el reino de Francia, y que impiden a angevinos y capetos atacarse por ese resquicio, esa única tierra que no tiene dueño y que se disputan y se reclaman desde hace años ambos

reyes. A nadie, mientras los señores de Souillers y Sainte-Noire se vigilasen mutuamente. A nadie, mientras no hubiera un vacío de poder, ni nadie que pudiera inclinar la balanza a favor de unos u otros. En suma, hasta ahora, a nadie le hubiera importado. Hoy, los ojos de todos los que defienden las fronteras de sus respectivos reinos miran en esta dirección. Muchos desean la celebración de la boda pactada entre Souillers y Sainte-Noire, pues garantiza la neutralidad de las familias durante una generación más, y pondrán todas sus energías al servicio de ese fin. Habéis atraído el interés de los poderosos, y eso siempre entraña peligro.

Aalis lo miraba asombrada y horrorizada. Se había imaginado como un peón de un ajedrez, pero no había soñado ni por asomo que los reyes, obispos y las torres del tablero fueran en verdad reales; de ser así, estaba perdida. Trató de controlar el temblor que asaltó sus manos. Apenas oía la voz del abad.

—Hija mía, ¿comprendes por qué es mejor que te quedes aquí durante un tiempo? Nadie te buscará en este monasterio. Los Sainte-Noire jamás han sido protectores ni patronos de nuestra orden, y pocos se imaginan que la prenda que se ha perdido haya encontrado cobijo aquí.

A Aalis, la cabeza le daba vueltas, y la luz que las ventanas arrojaban pareció empañar el ambiente, deslumbrándola. Cerró los ojos y, cuando los abrió, la cara arrugada y morena del anciano se le antojó una máscara.

—¿Y vos, abad de Mont-Froid, qué queréis?

El monje se irguió. La blancura de su hábito era una piedra más en los muros de la sala.

—¿Yo? Nada para mí, todo por mi congregación. —Se detuvo—. ¿Estáis bien?

—Tengo sueño... —balbuceó Aalis antes de desmayarse.

Cuando empujó la puerta de la sala del abad, Raoul vio a la muchacha tendida en el suelo, frente a la chimenea, con la copa de madera aún entre sus dedos y el vino rosado derramado sobre su vestido de lino blanco. Miró inquisitivamente al abad, que se encontraba en su escritorio y terminaba de cerrar una misiva con su sello abacial.

—Está dormida. Hemos ganado unas horas —dijo Hughes sin dar más explicaciones. El novicio asintió, bajando la vista con respeto—. Que nadie entre ni salga de mis aposentos. Nadie debe verla, ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Toma esta carta. Envía un monje de tu confianza a Troyes, y que la entregue en mano.

—Sí, señor.

Raoul dio media vuelta y se detuvo frente a la puerta, vacilante. El abad se impacientó.

—¿Qué te pasa?

—Ya la han visto, padre.

—¿Qué quieres decir? —Hughes de Marcy se levantó lentamente, con ambas manos apoyadas en la mesa.

—Antes de nonas, ha bajado al *scriptorium*, y los copistas...

—¿En el *scriptorium*? —exclamó incrédulo el abad—. ¿La has dejado ir al *scriptorium*?

—No la he dejado —protestó débilmente Raoul—. Ella ha ido sola.

—Perfecto. Perfecto. Si ha ido sola, no debemos preocuparnos, ¿verdad? —espetó Hughes, exasperado—. Quizá haya ido sola a otra parte; a dirigir el coro, tal vez, aprovechando que nuestro maestro chantre está en la enfermería, aquejado de dolor de muelas.

—Bueno...

El abad fulminó a Raoul con la mirada. Recordando los consejos del boticario, al que le preocupaban sus ocasionales accesos de ira y el efecto que éstos tenían en su salud, empezó a recitar el *Pater Noster*. Se detuvo en «*in caelo et in terra*». El novicio estaba temblando a ojos vistas. El abad le indicó con un gesto que siguiera. El joven se armó de valor:

—Luego la acompañé a la sala de los legos porque tenía hambre. Y entonces, mientras tomaba su desayuno, unos legos... —Aspiró y soltó de golpe—: Entraron cargados con pieles y hábitos y la vieron. Se fueron en seguida —añadió a toda prisa.

De reojo miró al abad. Éste se había vuelto a sentar en su escritorio. Más bien se había dejado caer, y tenía la cabeza inclinada hacia adelante, apoyada en las manos, con las yemas de los dedos tocándose, como si rezara. Raoul presentía que no estaba rezando. Al cabo de un rato que se hizo larguísimo, el abad habló:

—Ocúpate de que la carta llegue a su destino. Y, Raoul, vuelve en seguida y a partir de ahora no la dejes sola. Ni un instante. ¿Queda claro?

—Sí, abad —musitó el novicio.

Cuando el joven cerró la puerta tras de sí, el abad se levantó y se sirvió una copa de vino, esta vez sin agua y sin el narcótico que había introducido en la bebida de Aalis. Miró el semblante apacible de la muchacha. Se bebió la copa de un trago y el caldo, en su garganta, le permitió ver el futuro con esperanza. No tardarían en llegar noticias de Sainte-Noire.

Renaud, el fornido guarda de la almena sur del castillo de Sainte-Noire, se levantó a duras penas, con la pata de pollo mordisqueada en la mano y masticando con curiosidad. La salsa de almendras le rezumaba por el mentón, y una gota cayó en su cota de cuero. Se disponía a dar cuenta de su almuerzo cuando divisó una nube de polvo que se acercaba desde las montañas que llevaban a Souillers. No podían ser muchos jinetes, pero avanzaban veloces y en dirección al castillo. Ya habían cruzado el pueblo, y cuando pudo distinguir cuáles eran sus colores, gritó la divisa de la familia con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡«*Sainte-Noire por siempre*»! ¡Nos atacan!

Luego, sopló por el cuerno de la guardia y bajó corriendo la estrecha escalera de la almena. Llegó sin aliento frente a las puertas, donde ya se estaba preparando un destacamento de soldados. El herrero salió armado con un pesado garrote remachado en hierro, y hasta los palafreneros agarraron lanzas y escudos. Se oyeron unos sonidos metálicos: el jinete había golpeado la puerta, pero no con un ariete, sino con su espada. Se miraron extrañados, pues los sucesivos atacantes que habían caído sobre *Sainte-Noire* no solían llamar a la puerta. Renaud subió a la torre que custodiaba los portones de entrada al castillo y miró al jinete, que, agotado, había caído, con la espada aún en la mano, al suelo. En el segundo caballo, dos cuerpos dejaban un reguero de sangre. El soldado se persignó y aulló:

—¡Abrid, abrid! ¡Paso al señor del castillo! ¡Y traed al clérigo!

Dame Jeanne contempló con desagrado las facciones blanquecinas de su esposo. El dueño de las tierras de *Sainte-Noire* permanecía inconsciente mientras *Martin* aplicaba con cuidado los unguentos para reducir la hinchazón de las heridas, sobre todo el gran corte que ostentaba en el pecho, y que había atravesado su cuerpo, saliendo por la espalda. El clérigo había ordenado que colocaran un montón de heno y paja en la sala de planta, cerca del cálido fuego, juzgando que era mejor no transportar al herido por la empinada escalera que llevaba hasta el aposento privado del matrimonio. En lugar de eso, hubo de administrarle las curas allí mismo, sin más dilación. En la frente sudorosa, *Jeanne* puso un paño de lino blanco empapado en agua fría, siguiendo las indicaciones del fraile, y éste mojó los labios resecos de *Sainte-Noire* con vino caliente y romero. El patriarca no reaccionó y *Martin*, impotente, se quedó mirando el cuerpo desvalido que tenía frente a él, y que tanto hubiera dado por sanar. Necesitaban un barbero, alguien que realmente supiera de sangres y flemas, de temperamentos y de sajar abscesos. Sus armas eran la Biblia y el libro de los salmos, y no el mortero ni las herramientas de los cirujanos. Si supiera qué debía hacer, ni el Concilio de Tours que prohibía a los clérigos ejercer como médicos le hubiera impedido salvar a su señor. Una lágrima rodó por su rostro. *Jeanne* no ocultó su desprecio.

—Fraile *Martin*, no creo que vuestro pesar ayude demasiado. *Philippe* debe recuperar la conciencia. Haced lo que sea menester. —Se dio la vuelta y miró a los otros dos, situados más lejos del fuego, como correspondía a su menor valía dentro de la casa. Chasqueó la lengua y añadió—: Y rezad para que éstos no traigan consigo alguna plaga. Nunca han sido nada bueno.

—Señora, os sugiero que vos misma recéis, en la capilla, por la pronta recuperación de vuestro esposo. A menos que os ofrezcáis para compartir mi guardia y pasar la noche aquí —respondió el fraile, escandalizado ante la frialdad que exhibía *Jeanne*. Ésta enarcó una ceja y salió de la sala, arrastrando las mangas de su *bliaut* sin

despegar los labios. Martin se lavó las manos con un poco de agua y procedió a limpiar de nuevo la herida del pecho, la que más le preocupaba. Prefería estar solo y sin más ayuda que la de dos sirvientas, por ignorantes y supersticiosas que fueran, que tener a Jeanne mirando por encima de su hombro y contando las horas hasta que su marido diera señales de vida o, mejor dicho, de muerte. Era casi una blasfemia, pero Martin empezaba a pensar que *dame* Jeanne deseaba un desenlace fatal, y que la tardanza de Sainte-Noire en morir era lo que causaba su inquietud. No había más que ver su tocado; de terciopelo rojo y oro, como en la consagración de reyes y emperadores.

—Así envejezca esperando —se oyó musitar con rencor.

—¿Habláis conmigo, padre?

Sobresaltado, Martin miró al herido, pero éste no se había movido. Se persignó y sacó su rosario para rezar. Sin duda, la voz era una señal del cielo que auguraba la pronta recuperación de Sainte-Noire.

—¡Padre!, ¿es que tengo que invocar a Satanás para que me prestéis atención? —exclamó la voz de nuevo a sus espaldas. Martin abrió los ojos y se volvió. L'Archevêque estaba medio incorporado, apoyándose en la banqueta de madera. Martin le había recubierto la herida del brazo con un doble paño de lino empapado en tisana de hierbas calmantes, atándolo con un cordel para mantenerlo en su sitio.

—¡Quieto! O se volverá a abrir ese feo corte que tenéis en el hombro. —El fraile obligó al soldado a tenderse de nuevo. Sonrió, aliviado, y dijo—: Me alegro de ver que no era Satanás el que me hablaba, y también de veros de una pieza, Louis.

—Gracias, hermano. Os juro que yo también. Cuando abrieron las puertas, pensé que san Pedro había salido a recibirnos, y lo más curioso es que olía a pollo con almendras. —Se echó a reír estrepitosamente, y un agudo dolor le subió por el hombro. Vio la mirada severa del fraile—. Perdonadme, padre Martin.

—Siempre has tenido la lengua muy larga, Louis, y el juicio muy corto —dijo Auxerre, abriendo un ojo y esbozando una sonrisa—. Pero hoy rezaré una misa de gracias porque Dios ha decidido volver a salvar tu pellejo, él sabrá por qué.

—Obviamente, sabe que tengo demasiados pecados que expiar y que, si muero ahora, iré derecho al infierno.

—Sin duda, será por eso.

Auxerre volvió la cabeza y preguntó al padre:

—¿Y nuestro señor Philippe? ¿Ha revivido?

—No. —Martin no pudo ocultar su preocupación, señalando el cuerpo tendido frente al fuego—. Y no sé qué hacer. No me atrevo a sangrarlo, porque no soy barbero, y las tisanas que le aplico apenas parecen hacerle efecto.

Auxerre se levantó y en dos zancadas estuvo al lado de Sainte-Noire. Le puso la mano en la frente y observó la herida.

—Está ardiendo, a pesar de la cataplasma. Y esto no cicatriza, ni bien ni mal. Está tan abierto como cuando ese perro de Gauthier le clavó su daga.

—¿El monje? —preguntó L'Archevêque—. No parecía tener agallas.

De nuevo recibió una mirada de censura del padre Martin.

—Suficientes para manejar un puñal. Pero ya habrá tiempo de hablar —dijo Auxerre, y señaló al herido—. Ahora, lo más importante es él. Padre, tenéis que hacer venir a un cirujano. ¿Por qué no hay nadie aquí a cargo del señor del castillo? No toca misa de muertos; tendría que haber cinco criados prestos a vuestras órdenes. ¿Y dónde está su dama? —El tono de Auxerre se hizo más sombrío.

Martin desvió la mirada y respondió:

—En la capilla, rezando, o así lo espero.

—Siempre fue muy devota —dijo L'Archevêque, píamente.

—¡Cállate, Louis! —dijo Auxerre—. No es momento de chanzas.

—Cuánta razón tiene, mi capitán —dijo Jeanne, zalamera. Si había pasado por la capilla, su rezo, sin duda, había sido el más corto posible, se dijo el padre Martin, pues, de rojo, su vestido había mudado en un modesto y humilde lino blanco, y las perlas habían desaparecido de sus trenzas, que ahora quedaban ocultas bajo la toca también blanca. Tenía toda la apariencia de un ángel venido del cielo, aunque traía en sus manos una vasija humeante que despedía un intenso olor a vino y a azufre. Martin arrugó la nariz. Sabía de muchos remedios cuya base era esa sustancia demoníaca, y jamás se le hubiera ocurrido que *dame* Jeanne supiera preparar ninguno. La mujer se las arregló para reír sin que pareciera una falta de respeto para con el cuerpo silente de su señor.

—Padre Martin, excusadme. He preferido ir a la cocina y preparar un alivio para la fiebre de mi esposo en lugar de postrarme a los pies de Nuestro Señor, lamentándome por mi inutilidad. —Sus palabras eran dulces, pero dejaron un regusto amargo en el fraile—. Y mi corazón está alegre al ver a mis dos caballeros recuperados.

—¡Y sin plagas! —añadió L'Archevêque, risueño.

—Señora, os confieso que me reconforta veros aquí, con el señor Philippe. Vuestros cuidados, sin duda, le harán mucho bien —dijo Auxerre, respetuosamente.

Dame Jeanne escrutó su rostro, pero no había burla ni sospechas en él. Hizo una breve reverencia, y se puso de rodillas al lado del herido. Los tres hombres contemplaron la figura blanca inclinada sobre el cuerpo de Sainte-Noire. Auxerre y L'Archevêque cruzaron una mirada e hicieron un aparte.

—Hay que mandar un mensajero a Mont-Froid. Si todo ha ido bien, Aalis apenas tardará dos días en volver —dijo Auxerre.

—¿Quieres que vaya yo? —le preguntó Louis.

—No, estás demasiado débil, y yo tampoco estoy para cabalgadas. Pero lo más prudente sería que no corriera la voz de que la hija de Philippe anda suelta por la región. Los de Souillers no tardarán en venir a buscarnos.

—Exageras. Les llevará su tiempo curar sus propias heridas y reorganizarse, como a nosotros —objetó L'Archevêque.

—Olvidas esto. —Auxerre levantó su dedo meñique, que lucía el anillo dorado con el sello de Souillers. Giró el sello hacia adentro y la joya volvió a ser un inofensivo aro dorado—. Tenemos que prepararnos para una guerra.

—Maldita sea. Como si no tuviéramos suficientes guerras en Francia —musitó L'Archevêque para sí—. En fin, cierto, hay que mandar a alguien a Mont-Froid. ¿Quién quieres que vaya?

Por toda respuesta, Auxerre miró al fraile Martin, y éste, al sentirse observado por los dos hombres, los miró inquisitivamente.

—¿Sucedo algo, caballeros?

—Pardiez, mi buen fraile, me parece a mí que sucede no poco. ¿Es que queréis que pase algo más? —L'Archevêque se echó a reír y, con un guiño, le hizo señas de que se acercara. Cuando el monje estuvo cerca, lo tomó del brazo y le susurró al oído —: Tenemos una misión para vos, amigo Martin.

Capítulo cinco

El castillo de Saint-Jean no era ninguna residencia de recreo, ni el palacete de temporada de invierno del señor de la comarca de Le Perche, sino una sólida fortaleza militar, hecha para la guerra. Construida en la cima de la montaña, a la vieja usanza, dominaba los cinco valles del país, además de la capital de Le Perche, Nogent-le-Rotrou, y controlaba las carreteras que iban a las principales ciudades vecinas, Chartres y Tours. Si se oteaba desde sus siete torres de sílex y piedra blanca, se podían ver los lejanos horizontes de la Normandía inglesa y del condado de Maine. El edificio principal, la torre cuadrada, que medía setenta y dos pies de largo, cincuenta y dos de ancho y noventa y siete de alto, era la construcción de piedra más impresionante que los campesinos de Nogent habían visto jamás, y las siete torres avanzadas y el recinto circular que los antiguos señores habían erigido durante el turbulento siglo pasado sólo contribuían a reforzar la idea de que los condes de Le Perche eran los más poderosos de la región. En realidad, los dueños del castillo buscaban desesperadamente protegerse de cualquier amenaza, y de ahí que los muros tuvieran diez pies de grosor, y hasta quince contando los contrafuertes. En medio del recinto de la plaza fuerte se había excavado un pozo de agua para resistir los sitios y, alrededor del castillo, un foso seco de treinta pies de profundidad prometía una muerte certera a cualquiera que se acercase con intenciones aviesas. No habían sido pocos. Estaba claro que la amenaza aún persistía, y cuando Guy, el caballero de Souillers, entró en el patio escoltado por los dos guardas que le habían dado el alto en el puente levadizo, vio que los palafreneros se dedicaban a mojar con grandes cubos de agua pieles desolladas y sin curtir de osos, lobos y otras bestias que poblaban Le Perche. Después, las pieles se dispondrían encima del vulnerable techo de madera de la torre principal para evitar que, durante los ataques, las flechas encendidas le prendieran fuego. El hedor de la piel mojada era insoportable, y el calor lo intensificaba aún más. Procuró serenarse; aunque había oído terribles historias acerca de Rotrou, en esos momentos iba como aliado y bajo la protección de Souillers, y no debía temer nada. Aunque, se dijo, el poder de Souillers era menor que el de una mosca a juzgar por las montañas de espadas apiladas en la armería.

El conde de Le Perche arrancó la cinta roja y abrió la carta. Echó un vistazo a las

minúsculas y estilizadas muescas que conformaban el texto y la firma. Aplastó un moscardón de un manotazo y miró al mensajero de hito en hito. El soldado de Souillers se había echado a temblar a ojos vistas, aunque se esforzaba por no molestarlo ni con el ruido de su respiración alterada. Rotrou sonrió satisfecho. Así debían llegar todos ante su presencia: atemorizados, llorosos como niños de pecho, incluso suplicando por su vida. No era cuestión de crueldad, sino de prevención. Cuanto más miedo tuvieran, menos posibilidad de que le atacasen. Se levantó, en parte para disfrutar del placer del previsible respingo del joven soldado. Caminó hasta el blasón de armas que pendía de una pared de la sala de planta. Allí estaba la figura que representaba a su padre, Rotrou II el Grande: un jinete con un casco, a lomos de un caballo y esgrimiendo la espada en su mano izquierda mientras sostenía un escudo con la derecha. Había llegado a ser más que su progenitor: poseía más castillos que él en la región, hasta tenía tierras en Inglaterra, su primo era arzobispo de Rouen y su padrastro era Robert de Dreux, hermano del rey de Francia, por no hablar de su distinguida esposa, Mathilde de Blois. Y, sin embargo, era consciente de que el nombre que le daban a sus espaldas era Rotrou III el Menor. Frunció el ceño. ¿Qué culpa tenía él si había nacido después de un guerrero tan valiente, tan ardido, y que tantas oportunidades tuvo de aplastar a sus enemigos a golpe de espada? En las guerras actuales que sostenían los reyes de Francia e Inglaterra, Rotrou III se veía limitado al poco honroso papel de hospedero: cuando no era Luis VII el que le pedía asilo por una semana o, peor aún, un mes, era Enrique II quien se paseaba por sus fronteras a placer. A Rotrou no le gustaba la prodigalidad del primero con su trigo y sus provisiones, pero al fin y al cabo su señor, el conde de Blois, era vasallo directo de Luis, y su hija había traído buenas tierras de dote. En cambio, el viejo zorro de Enrique jugaba con él como el gato con el ratón, un día amenazándolo con quitarle las rentas de sus granjas de Salisbury, al siguiente invitándolo a su corte itinerante en Londres, y siempre terminaba pidiéndole que fuera su mensajero entre él y el rey de Francia. Aunque eran honorables interlocutores, no dejaba de ser un sirviente sin poder de decisión, como el que ahora esperaba sus órdenes. Contempló la figura del jinete a caballo con envidia. Llegaría un día en que él también cabalgaría frente a un ejército, y desbancaría a sus oponentes. Se dirigió a la puerta, donde esperaba su guardia.

—Haced venir a Warin. —Y volvió a sentarse, lo más señorialmente que pudo, frente al joven soldado, que estaba anegado en sudor. En aquella época del año, Le Perche y sus densos bosques se convertían en una charca húmeda y pastosa, y hasta el aire se hacía más pesado. La gruesa pelliza de lana roja que llevaba encima el mensajero no era la prenda más adecuada. Rotrou bebió un poco de agua con menta y miel y se relamió como un gato.

—Vuestras órdenes, mi señor.

Frente a él se plantó Warin *Ojo de Lobo*, senescal y capitán de su pequeño ejército de germanos, y procedente él también de las tierras del Sacro Imperio. Tenía el pelo

rubio pajizo, largo y sin cortar, a la manera de los suyos, medía más de seis pies de altura, era ancho como un caballo y con una sola mano podía coger el cráneo de un hombre y sostenerlo en el aire cómodamente mientras con la otra lo degollaba con el hacha, su arma favorita. Rotrou confiaba en él a ciegas, y la razón era el incidente que le había dado su sobrenombre. Un día, durante una partida de caza para abatir una jauría de lobos que amenazaba la comarca, uno de los animales cayó sobre Rotrou, y le hubiera arrancado un brazo si Warin no se hubiera interpuesto, hacha en mano. Durante un instante pareció que la bestia había acabado con el hombre, pues su rostro se tiñó de sangre y no se podía saber si viviría o moriría. Pero pronto quedó claro qué bestia había caído, y el precio pagado por el fiel Warin: la pérdida de un ojo, la cuenca vacía, y una ancha cicatriz rosada cruzándole la frente y la mejilla hasta el cuello. *Ojo de Lobo* lo llamaron y, desde entonces, Rotrou compartía su plato y su copa con él y, aunque le hubiera gustado mostrarle la deferencia última, no lo dejaba dormir en sus aposentos privados porque Mathilde protestaba, con razón, porque la faz desfigurada del germano le daba escalofríos. Y eso era bueno, pues tal era su función: infundir el terror en su nombre. No había hombre más adecuado que él para esta misión. La capa de lana gris de Warin se agitó, impaciente. Rotrou sonrió, complacido. Su perro lobo tenía prisa por partir.

—Sigue al mensajero de vuelta a su castillo. Allí, ponte a las órdenes de Gauthier de Souillers. Hay una fugitiva. Él te dirá lo que debes hacer. Mantenme informado en todo momento. —Se miró las uñas de los dedos. Estaban negras, y recordó que su refinada esposa arrugaba la nariz cuando las veía así. Tendría que darse un baño un día de aquéllos.

Warin se inclinó y se dio la vuelta para partir. El soldado de Souillers lo siguió, blanco como la cal.

Rotrou III se sintió digno de sus antepasados. Era un buen momento para hacer pasar al emisario del rey inglés.

Le dolía la cabeza como si alguien la hubiera golpeado. Aalis se incorporó, exhausta. ¿Qué había sucedido? Sólo recordaba el fuego, el vino y la voz hipnótica del abad Hughes. Suspica, miró a su alrededor; aún estaba en la misma sala donde se había desmayado, pero habían transcurrido varias horas. La luz que entraba por la ventana era mortecina, y la corriente que se filtraba por entre las losas de la pared traía escalofríos del atardecer. Se palpó cuello, brazos y piernas para cerciorarse de que no se había herido al desvanecerse. Luego, se levantó y paseó impaciente por la celda. Se sentía como un animal enjaulado, inquieta porque nadie le traía noticias de Sainte-Noire. El tiempo se le escapaba de las manos y quién sabía qué más se habría perdido cuando cayera la noche. No se le ocurría qué podía hacer, y su propia indecisión la exasperaba. Si por lo menos fuera un hombre, si hubiera una espada colgando de su cintura, en lugar de una cadena de plata. Entonces podría tomar un

caballo y correr hacia Sainte-Noire, y hacer su voluntad. Cayó de rodillas frente a la cruz de madera con la figura de Jesús que vestía la pared, y rezó por su pecado de orgullo y pidiendo una respuesta. De repente, se oyeron unos golpes apagados en la puerta de roble. Aalis aguzó el oído.

—Señora. Mi señora.

Abrió la puerta lo suficiente para comprobar que era el novicio Raoul el que llamaba. El joven entró con una bandeja de madera, llevando dos cuencos llenos de avena y leche de cabra con migas de pan negro y dos vasos de cerveza. Depositó su carga en el escritorio del abad, con cuidado de no derramar nada, y se volvió hacia Aalis con timidez. Ésta lo miraba ceñuda.

—El abad me encarga que cuide de vos —dijo Raoul—. Ésta es la cena que he podido conseguir. El dispensero me ha mirado de arriba abajo cuando me he llevado los cuencos sin siquiera decirle para quién eran. —Su regocijo era patente y contagioso. Para alivio del novicio, el humor de Aalis mejoró ante la perspectiva de una comida. Después de todo, estaba claro que tardaría en poder salir de aquel monasterio, ya fuera por voluntad expresa del abad o por las circunstancias. Lo mejor que podía hacer era fortalecerse para cuando llegara el momento de partir. Se sentó en el camastro y tomó el cuenco que Raoul le alargó. Comieron un rato en silencio. Bebió un poco de cerveza, un líquido amargo y tibio que jamás le había gustado. La mueca de desagrado que se pintó en su cara arrancó una carcajada al novicio. Aalis se levantó, molesta, y se limpió las migas de la falda de su vestido. El sencillo *bliaut* blanco había sufrido la dureza del viaje, y las largas mangas estaban desgarradas y sucias. Aquí y allá, las manchas de barro cubrían la parte inferior de la prenda. Recordó la vasija de agua de la celda en la que se había despertado, y se dirigió a la puerta. De un salto, Raoul se interpuso en su camino. Ya no reía.

—Hermano Raoul —dijo Aalis con un deje de altanería—, os ordeno que me dejéis pasar.

—Señora, por vuestra seguridad, os conmino, no salgáis de esta sala —repuso Raoul.

—¿Mi seguridad? ¿Es que también entre estos muros tengo algo que temer? —Estaba cansada. El novicio, sin duda por un exceso de celo, quería evitarle más trasiego. Añadió, comprensiva—: Mirad, buen hermano, sólo quiero hacerme con agua, y un poco de jabón, para lavar mis ropas y estar presentable a los ojos de quien haya de venir en mi busca desde Sainte-Noire. No es tan terrible intención, ¿no creéis?

Sin esperar su respuesta, intentó abrir la puerta, pero se quedó de una pieza cuando el novicio cogió su brazo con firmeza de hierro y la condujo de vuelta al camastro, donde la empujó sin miramientos. Allí, sentada y sin habla, contempló la faz enrojecida de Raoul.

—Mis excusas. Señora, insisto, las órdenes son directamente del abad. Haré venir a un hermano lego con lo que preciséis, pero no debo dejaros sola ni un instante. —

Se mordió el labio inferior.

—¡Buen Raoul! En verdad vuestra entrega al deber es encomiable. —El rostro de Aalis pasó del terror al alivio, lo cual inquietó al novicio, sin que éste supiera muy bien por qué—. Creo que existe una solución que ha de satisfacer nuestras dos obligaciones. ¿Por qué no me acompañáis vos a buscar los enseres que necesito? Si el abad desea evitar que me quede sin custodia, se deduce que, si no os despegáis de mis talones, cumpliréis con sus deseos a la perfección, y me ahorraréis la humillación de sentirme una prisionera entre los muros de este sagrado monasterio. Y así, cuando vuelva a Sainte-Noire, me ocuparé de encargar misas de agradecimiento para recordar los cuidados que los hermanos de Mont-Froid me han prestado en esta hora de dolor y necesidad.

La sutil referencia a los futuros parabienes con los que Aalis de Sainte-Noire honraría a Mont-Froid no le pasó desapercibida a Raoul, que pese a ser novicio había recibido su buena educación en los clásicos latinos y griegos (aprobados todos por la Santa Madre Iglesia, descontando algunas páginas de Ovidio cuya lectura robó a la luz de una vela) y, sobre todo, no era ningún tonto. De igual modo que prometía encargar misas y efectuar donaciones, también podía optar por presentar un pleito formal ante el patrono del monasterio, el obispo de Chartres. Raoul era consciente de que la queja sería recibida con displicencia, pero aunque se sabía cómo empezaban, nunca había garantías de cómo terminarían los juicios en manos de eclesiásticos. Sopesó las opciones: no podía ejercer violencia excesiva contra la hija de un señor como Sainte-Noire, ni tampoco privarla de gritar si le impedía moverse a sus anchas. La joven tenía las de ganar. Además, al fin y al cabo, lo único que quería era lavarse, y Dios, sin duda, le perdonaría la leve excursión. Suspiró, y dijo débilmente:

—Será mejor que vayamos al refectorio de los legos. Ahora no habrá nadie allí, todos están en la iglesia oyendo vísperas.

Aalis supo que había vencido. Su pequeña victoria la inundó de un inmenso gozo infantil; por primera vez en mucho tiempo no era ella la que tenía que ceder. Se irguió como si estuviera desfilando frente a la corte de Francia y salió de la celda, seguida por el resignado novicio. Caminaron silenciosamente por el corredor de los legos y llegaron al refectorio, que efectivamente estaba desierto. Raoul se acercó al armario de la despensa y sacó un manojo de pesadas llaves de hierro de su cogulla. Escogió una, y abrió el armario. Allí se guardaban la sal, la miel, las pocas hierbas que el cocinero utilizaba para aderezar los guisos sin carne de los hermanos y también el jabón. Al día siguiente tendría que hablar con el cillerero para que no atribuyera la falta de jabón a un robo. Le entregó un trozo a Aalis, quien tomó un cántaro con agua de la gran mesa alargada en la que comían los hermanos legos.

—Ahora debemos volver —dijo Raoul.

La joven estaba de pie, inmóvil como si se le hubiera aparecido algún santo o, más bien, hubiera visto un espíritu maligno. Sus ojos brillaban excitados, y sus mejillas blancas estaban arreboladas. Miraba hacia un rincón, y Raoul no pudo

adivinar qué le resultaba tan deslumbrante de la pila de hábitos y cogullas que yacían al lado de los canastos con la ropa sucia de los monjes. Sintió tentaciones de jurar; no había que perder tiempo, cada instante que pasaban en las salas y espacios comunes eran nuevas ocasiones de peligro. Agitó las llaves para atraer la atención de la muchacha. Ésta se volvió a mirarlo, y su expresión lo agitó de tal modo que se asustó. Había una determinación extraña en el rostro de Aalis, mezclada con algo parecido a la pena. A Raoul se le cayó el manajo de llaves al suelo.

—¡Maldición...! —exclamó. Tendría que rezar dos *Pater Noster* por ese juramento. Se inclinó a buscar las llaves, palpando las frías baldosas de terracota en la cuasi oscuridad del refectorio. Cuando las encontró, se dispuso a levantarse. Primero notó el golpe seco. Luego, el agua del cántaro derramándose sobre sus ropas mientras los fragmentos caían esparcidos a su alrededor. Lo último que oyó fueron unos pasos rápidos y ligeros, como los de un felino buscando la puerta de su jaula.

Gauthier de Souillers se calzó las botas y se ató la larga camisa de algodón con una cinta de cuero de la que pendía una espada. Debajo llevaba la cota de malla, y el peso de los fríos anillos de metal sobre su piel blanca le producía un placer nuevo. Tras ponerse la cota de cuero, se cubrió los hombros con una capa de lana color borgoña, ribeteada con piel de lobo blanco, y cerró el broche de nácar que la sostenía. Mientras bajaba a la sala donde lo esperaba el enviado de Rotrou du Perche, oyó con delicia el sonido de su arma entrechocando contra la malla. Una sirvienta, de carnes prietas y mejillas sonrosadas, se cruzó con él, hizo una apresurada reverencia, y siguió su camino. Gauthier se frotó la barbilla con fruición. La severa disciplina de la vida monacal prohibía las sensaciones carnales y, obediente, él las había borrado de su espíritu; se prometió que a partir de ese momento gozaría de la vida con redoblado gusto. Pero antes se vengaría de los Sainte-Noire. Rectificó; eso también constituiría un placer.

Así, mostrando los dientes y con el ánimo renovado, se presentó ante Warin de Lonray, el senescal militar de Rotrou du Perche. Su señor conde había respondido con presteza a su misiva. Por la talla y la feroz actitud del germano, aun inmóvil, Gauthier supo que no era enemigo baladí. Tanto mejor, se dijo. No le faltaría crueldad, ni le temblaría la mano en las tareas que debía acometer. Empezó con una fórmula de cortesía:

—Warin *Ojo de Lobo*, mi corazón rebosa gratitud hacia nuestro señor de Le Perche. —El germano ni se inmutó; cambió el peso de un pie a otro—. Tenemos entre manos una afrenta que vengar. ¿Estás dispuesto?

Warin no vaciló un segundo.

—Dispongo de cinco hombres, y del tiempo necesario. Mandadnos.

Gauthier lo miró satisfecho. Así debían ser las cosas; así serían de ahora en adelante. Si ese hombre valía la mitad de lo que aparentaba, no sólo apresarían a la

traidora Sainte-Noire (pues, en su mente, todo lo acaecido hacía dos noches en el castillo era una traición al destino superior que los Souillers estaban destinados a cumplir), sino que Gauthier también se convertiría en el vasallo más importante del conde de Le Perche, y Souillers mandaría en las luchas entre barones del reino de Francia. Y, después de eso, se podía soñar; al fin y al cabo, Rotrou du Perche estaba casado con una Blois, pariente de sangre real, pero no hacía ni dos generaciones, sus antepasados eran miserables jinetes normandos, mercenarios como el que tenía delante, traídos por los monjes para defender sus monasterios de los ataques de los vikingos.

—Primero, hemos de capturar a Aalis, la hija primogénita del castillo de Sainte-Noire. El dueño del lugar está malherido. Todo lo que podamos hacer por acortar sus sufrimientos en esta tierra será poco. —Esbozó una torva sonrisa—. Y tengo una cuenta pendiente con el capitán de su mesnada. Pero eso no te compete.

Warin miró a Gauthier de Souillers impasible. Los hombres con los que él había luchado, aquellos que no morían al primer hachazo que les asestaba, ni huían chillando como cerdos, no tenían el blanco por color en el rostro, ni las manos más finas que las de una dama, como el que estaba frente a él. En el peor de los casos, se ocuparía de que no fuera un estorbo. Warin de Lonray se inclinó respetuosamente y fue en busca de sus hombres. Su mente se apartó de Souillers por el momento; tenía una presa que cazar.

El hermano chantre Fulches se apresuró por la galería del claustro, en dirección a la iglesia abacial. Pronto la campana del reloj tocaría completas, y se había entretenido con el hermano boticario, que le había dado una tisana de vino dulce y corteza de haya, en lugar del repugnante emplasto de cebolla y saín de gallina que le había ofrecido en primer lugar. El boticario tenía predilección por la cebolla en sus preparados curativos, pero Fulches se negó en redondo a soportar el fuerte hedor que desprendería su aliento si acarreaba pasta de cebolla entre los dientes durante los salmos de la liturgia. Aceleró el paso; todos los hermanos estarían ya reunidos en el coro, esperando al chantre para que los guiara durante la salmodia de los oficios nocturnos. Cerca de la puerta, un nicho practicado en la pared acogía el *armarium* donde guardaba los libros santos. Iba a abrirlo para sacar el antifonario del oficio, cuando se dio cuenta de que en el rincón de la galería había un hermano de pie, inmóvil. Era bajo y escuálido, debía de ser apenas un muchacho, aunque sin duda tendría más de quince años, pues la regla hacía tiempo que no aceptaba oblatos. A la cogulla que le habían entregado le sobraba un palmo de cada manga y el borde se arrastraba por el suelo. Sus facciones estaban esculpidas por la humildad: los ojos bajos, las manos juntas y la cabeza agachada. El joven hermano, novicio sin duda, estaba temblando, nervioso. A Fulches le extrañó que el abad no le hubiera mencionado la incorporación de un nuevo miembro a la comunidad. Lo cierto es que

desde que lo aquejaba aquel infernal dolor de muelas (pues no había duda de que el mismísimo diablo se lo había enviado para forzarlo al pecado del juramento), el chantre vivía apartado de las pequeñas noticias del monasterio. Los sucesivos emplastos y tisanas le habrían hecho perder la noción del tiempo de no ser por las benditas campanas que sonaban en las horas.

Fulches miró al muchacho bondadosamente. Cuando él entró como novicio en el monasterio de Mont-Froid, también se estremecía durante las plegarias ante la belleza de la obra divina. No había escena más pura, excepto quizá la imagen de Nuestra Señora la Virgen acogiendo al Niño Jesús, que una comunidad de hermanos del Císter, blancas las ropas, entonando los salmos *recto tono* en su homenaje a Dios. Hizo una seña con el índice al novicio, para no interrumpir su recogimiento, informándole de que él también se dirigía al oficio. El novicio no levantó la vista y, tras vacilar un instante, fue tras él. Fulches tomó el antifonario y por la puerta de los monjes entró en el coro, seguido por el novicio. Al cabo de unos minutos, las voces de los hermanos entonaron armoniosamente, por tres veces, el inicio del oficio. «*Domine, labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam*», y Fulches, en tanto que maestro del coro, principió el salmo tercero, tal como establecían las precisas instrucciones de la regla de san Benito. «*Domine quare multiplicati sunt hostes mei multi consurgunt adversus me*».

¡Cuan numerosos son mis adversarios, cuántos los que se alzan contra mí! Aalis dejó que los versos del salmo resbalaran por sus labios, encerrada en la paz y el consuelo que los rituales del oficio entrañaban. El latín que había aprendido del fraile Martin era suficiente para que los monjes situados a su lado no sospecharan. El corazón no le latía tan violentamente, había dejado de temblar, y el sudor frío que le recorría la espalda quedaba oculto por el hábito. Respiró profundamente y, por primera vez, se atrevió a mirar a su alrededor. Estaba en la última fila del coro de los hermanos, por suerte alejada del altar principal donde el abad Hughes, en el austero santuario elevado, presidía la misa. En la cabecera plana del altar, la cruz procesional era la única imagen de Cristo que había en toda la nave de la iglesia. Las restantes paredes de la enorme sala estaban desnudas, pero no por eso Aalis dejó de sentir asombro y admiración ante la gran construcción que los envolvía. La inmensa bóveda, acabada en arcos en punta, se elevaba más de treinta pies, y las columnas que sostenían aquel techo tan oscuro como la noche eran estrechas y delgadas como cipreses, y era en verdad un milagro que sostuvieran la gran masa de arcos entrecruzados suspendidos encima de sus cabezas. Primero Souillers y ahora Mont-Froid. Todos los caminos que había recorrido desde que dejara los cálidos muros del castillo de Sainte-Noire terminaban con una nueva imagen grabada en su espíritu, bien fueran los hermosos cantos de los hermanos del Císter que, tras terminar el Gloria, ahora entonaban el salmo invitatorio o la noche sin aliento a caballo huyendo de Souillers; incluso la piel negra de pantera que cubría las rodillas del repugnante Richer se había ganado para siempre un hueco entre sus recuerdos. La

joven se maravilló ante los extraños caminos del alma, pues a pesar de que sus pies le pedían volver a Sainte-Noire, andando o arrastrándose si fuera menester, para saber de su padre, en los últimos días su memoria había atesorado más vida que la acumulada en las lánguidas horas de espera en su torre, estudiando el *trivium* junto al fraile, hilando interminables madejas de algodón, y preguntándose si Gilles volvería por fin de sus viajes cruzados.

De repente, cesaron los cánticos y, tras bendecir la misa, el abad empezó la lectura del oficio. Aún tardarían un tiempo en terminar, pero Aalis supo que tenía que buscar una salida. No había visto a Raoul entre los monjes congregados; supuso que aún no se habría recuperado del golpe, pero no tardaría en dar la alarma, o en informar al abad, que era lo mismo, y Aalis no quería ver el talante de Hughes de Marcy cuando se contradecían sus órdenes. Disimuladamente, se volvió para ver el resto de la iglesia que quedaba tras ella. Inmediatamente a sus espaldas, una fila de hermanos le impedía el paso. Se dio cuenta de que aquél debía de ser el espacio reservado a los monjes enfermos o ancianos, pues todos estaban acomodados en banquetas o jergones según su mal: uno llevaba un vendaje en la cabeza, otro apenas tenía dientes y un tercero se tapaba la boca para no echar el aliento encima de sus hermanos. Más allá, el muro de la clausura alta separaba el coro de los monjes del de los hermanos conversos, y al fondo se veía una puerta. Desalentada, desechó la idea. Había apenas diez pies de distancia, pero a todos extrañaría que un monje se dirigiera a los bancos de los conversos, y más durante la celebración del oficio.

Resonó la bendición y hubo un silencio sepulcral. La lectura había terminado; el chantre se levantó y empezó el Gloria. Aalis, desesperada, levantó la cabeza y miró hacia el santuario. Divisó tres salidas: la misma puerta por la que habían entrado, y que ya sabía que conducía a la galería oriental del claustro; una escalera recta y adosada al muro occidental, que sin duda llevaría al segundo piso y a los dormitorios comunales de los monjes, y otra puerta, de doble hoja y de anchos portones, situada a la derecha del altar. No podía arriesgarse a volver al claustro, ni tampoco probar suerte en los dormitorios, pues el número de camastros asignados la delataría, y no tendría lugar donde ocultarse. Tendría que arriesgarse y salir por la tercera puerta. Nueve lamentaciones llenaron el espacio y los ecos de la nave abacial. «*Kyrie, rex genitor ingerirte, vera essentia, eleyson*». Aalis se secó las palmas de las manos con el interior de la manga de su hábito. Su corazón volvía a palpar con el aleteo febril de un pájaro. La novena entonación se le hizo eterna. «*Kyrie, expurgator scelerum et largitor gratitae; quaesumus propter nostrasoffensas noli nos relinquere, O consolator dolentis animae, eleyson*». Apenas el último eleyson hubo dejado los labios de los monjes, el abad descendió del altar sin perder un segundo y salió por la puerta de la galería. Algunos de los hermanos situados en las primeras filas intercambiaron miradas de extrañeza, mientras el resto se colocaron, obedientes y siguiendo la costumbre, en filas de a dos, y empezaron a subir por la escalera de maitines. Aalis, en lugar de añadirse a la fila, se entretuvo frente a una de las capillas

individuales situadas a ambos lados del transepto. De rodillas y con la cabeza inclinada, estaba segura de que ningún hermano se atrevería a interrumpir sus rezos, pero no podía pasar mucho tiempo así. Por lo que había visto, intuía que la vida del monasterio estaba fijada de antemano, como los pasos de una bella danza silenciosa, y no había lugar para piruetas excepcionales, ni para hermanos solitarios deambulando por los pasillos de la iglesia. Miró de reojo la puerta por la que tenía que salir. Apenas había luz bajo la misma; quizá daba directamente al exterior. No podía saberlo. El monasterio era un interminable laberinto de puertas y pasillos misteriosos, y ella no tenía quien la guiara excepto la fortuna. La última fila de monjes ascendía por la escalera de maitines, y los conversos ya habían desaparecido del coro posterior. Se incorporó ágilmente y, con tres veloces zancadas, se plantó frente a la puerta, oculta tras un recodo. Se pegó a la pared y examinó el batiente. Sin duda, era de roble y pesaría tanto o más que las de las celdas. Empujó tentativamente. Por suerte, los goznes no gruñeron, y la hoja de madera cedió fácilmente. El aire helado le golpeó las mejillas, llenando sus pulmones de esperanza. La oscuridad más absoluta la cegó momentáneamente, hasta que sus pupilas se acostumbraron a la noche. Frente a ella, distinguió la estatua de un ángel de piedra gris armado con una espada. Dio un paso adelante y se dio de bruces con una gran losa plana. Estaba helada; era una lápida. Se encontraba en el camposanto. Trató de dominar el pánico. No había nada que temer, era tierra consagrada. Se santiguó y respiró profundamente. Observó las piedras, dispuestas ordenadamente, y la hierba recortada del terreno. Malvas y lirios crecían en parterres; la maleza había sido arrancada. Tragó saliva y miró hacia los límites del cementerio. Oyó el siseo del río, suave como el ronroneo de un gato. Se guió por el gorgoteo, y encontró lo que buscaba tras dar varios pasos. La pequeña construcción de madera parecía de juguete en comparación con la impresionante iglesia abacial que acababa de ver, pero gracias al frío de la noche se le hacía tan acogedora como el castillo de un relato mágico de la tierra bretona. Se hizo un hueco entre las azadas de madera y los sacos de semillas y trató de conciliar el sueño. Las campanas de laudes no tardarían en sonar.

—¿Qué queréis decir con que no está aquí?

Martin miró al abad y al novicio de hito en hito. El primero suspiró, resignado, e hizo un gesto a Raoul para que le diera los detalles de la fuga de Aalis al fraile de Sainte-Noire. Cuando el novicio hubo terminado, añadió, con un deje de lamento:

—Me desperté cuando dos hermanos conversos me arrojaron agua fría a la cara.

—En cuanto Raoul me informó, inicié una búsqueda por todo el monasterio, lo más discretamente posible, claro —intervino el abad—. Pero en cuanto cayó la noche abandonamos. Hay en este recinto mil lugares donde ocultarse: la granja, la enfermería, el granero, la bodega, la fragua o los talleres que están a orillas del río. Basta con alejarse del claustro. Mañana por la mañana recorreremos de nuevo los

terrenos del monasterio, y os garantizo que la encontraremos.

—Pero mientras, la niña Sainte-Noire está sola y desvalida, sin un techo que la proteja —exclamó Martin, disimulando apenas su indignación, a pesar del respeto que sentía por los monjes del Císter y por el abad Hughes en particular.

—Fraile Martin, creedme: ni Aalis es ya una niña, ni corre peligro —lo interrumpió el abad—. Mi novicio ostenta un buen golpe en su cráneo como testimonio de su capacidad de defenderse. Y mientras no salga de los muros del monasterio, ningún mal ha de sucederle.

—¿Y cómo podéis estar seguro de que no está ya lejos? —le interpeló el fraile.

—Si hay algo de lo que estoy seguro, es de que no existen certezas en este mundo —murmuró el abad. Y añadió, al ver los ojos de asombro del fraile—: Excepto que, no importa lo que suceda, se cumplirá la voluntad del Señor, por supuesto.

Se santiguaron los tres a una. Hughes carraspeó, y dijo:

—Pero contadnos las nuevas de Sainte-Noire. ¿Cómo está Philippe?

Se acercó a la alacena y escanció vino aguada, mientras el fraile Martin se dejaba caer, agotado por la tensión, en la butaca que había frente a la chimenea. Agitó la cabeza y musitó:

—No mejora. La herida del pecho es amplia y tarda en cicatrizar. La fiebre no cesa y la piel de sus labios está resquebrajada y reseca. Cuando me fui, *dame* Jeanne se disponía a hacer llamar a un cirujano de Château-sur-Aube.

El abad se acercó, se sentó frente a Martin y le tendió el vaso amablemente. El fraile llevaba toda su vida al servicio de los Sainte-Noire, y Philippe en persona lo había seleccionado para procurar por la educación y la salud espiritual de su familia.

—¿Qué nos sucederá, abad? —Martin lo miró, buscando en los ojos azules del antiguo cruzado una respuesta a los males que estaban acaeciendo—. ¿Qué debo hacer?

—Rezar —repuso Hughes de Marcy. Estudió al fraile, indulgente—. ¿Es que se puede hacer algo más?

—Vos que habéis empuñado una espada lo sabréis mejor que yo —contestó amargamente Martin—. En este momento el hábito me pesa como un velo de piedra, abad. Daría lo que fuera por ser médico, o manejar las armas; para servir bien a mi señor en esta hora de necesidad.

—Vuestro Señor es Dios, fraile, no lo olvidéis —replicó el abad. Y añadió, comprensivo—: No os atormentéis. Ya llegará el momento en que tengáis ocasión de demostrar vuestra lealtad. Siempre llega, estemos dispuestos o no.

El abad se volvió hacia la ventana, enrejada y sin cristal, por la que se divisaban las colinas del bosque que rodeaba Mont-Froid. Un joven muerto en Ultramar, y el mecanismo imparable de la vida y la muerte se había puesto en marcha, cayendo sobre los habitantes de la región. Vidas que ya no serían, vidas que serían otras. Comprendía la impotencia del fraile Martin, su fe socavada ante la muerte irrazonable, que parecía venir de un lugar mucho más recóndito y lejano, más

caprichoso e inestable que la firme voluntad de Dios. Para su desgracia, él ya ni siquiera podía compartir esas dudas. El desgarró de que había sido testigo en Jerusalén no tenía comparación con ninguna tragedia familiar de este mundo y, junto con las respuestas, borró también todas las preguntas. Y sin embargo, para los que sufrían, como el fraile, no existía nada más que el dolor y los porqués, y la pena llenaba su horizonte como una puesta de sol negra. La piedad inundó su pecho, y la calidez del sentimiento lo reconfortó. Tomó una determinación.

—Raoul, prepara nuestras bolsas de viaje. Acompañaremos al fraile de vuelta a Sainte-Noire y ofreceremos nuestra ayuda a *dame* Jeanne.

El fraile Martin inclinó la cabeza y murmuró una oración de agradecimiento.

—¿Y Aalis? —exclamó Raoul, impulsivo.

Cuando el abad se detuvo a observarlo con sus ojos de águila, el novicio bajó la cabeza instintivamente.

—Para capturar al ciervo hay que hacer que salga de su escondite.

—A veces no os entiendo, padre —dijo el novicio compungido.

—Es un viejo proverbio de cazadores —exclamó Hughes, claramente de mejor humor.

—Claro, padre —murmuró Raoul.

Martin contempló a los dos monjes. A la luz de aquella luna, el abad de Mont-Froid tenía la mirada del color del cielo más puro, mientras que las pupilas oscuras del novicio brillaban como su reverso. Al fraile se le antojó una señal divina de que pronto cambiaría la suerte de los Sainte-Noire.

La mañana de mayo se levantó clara. El abad y el fraile Martin desayunaron pan con queso fresco y miel. Raoul preparó una bolsa de provisiones para el viaje. Los caballos esperaban, pertrechados, mientras el prior revoloteaba alrededor de Hughes, nervioso.

—Pero ¿no debemos organizar una búsqueda? Quizá lo haya robado algún converso recién llegado.

El abad se encogió de hombros, despreocupadamente.

—No es más que un cuchillo de jardinero; probablemente lo tengan en las cocinas, o quizá el boticario lo haya tomado para cortar cebolla. No os angustiéis, ya aparecerá.

El prior se quedó boquiabierto. Un brillo travieso cruzó la mirada del abad. El primero se recuperó y contraatacó:

—Aún no habéis fijado el precio de la cera de esta temporada.

—Busca el que ya teníamos y añádele veinte sueldos. —Hughes apretó las cinchas de su caballo y comprobó las riendas.

—¿Y si viene la señora de Erlisend y solicita veros por el asunto de su viejo molino?

—Evidentemente, recíbela tú y dile que el abad no se encuentra aquí.

—Señor, señor —musitó el prior, atribulado. La de Erlisend era una viuda dura y tajante; bastante malo era ser su interlocutor, y mucho peor decirle que no. Añadió, desesperado mientras Raoul y Martin subían a sus monturas—: ¿Cuándo volveréis?

—Vamos a ofrecer cuidados a un hombre gravemente herido. La voluntad de Dios guiará la duración de nuestra ausencia —replicó el abad. Una vez montado en el caballo, dijo, pensativo—: Quizá un par de semanas, quizá más.

El rostro del prior se contorsionó en una última mueca de desesperación.

Desde el otro lado del río que cruzaba los terrenos del monasterio de Mont-Froid, Aalis espío la marcha de los tres jinetes. Cuando salieron del recinto, pudo divisar sus caras y, al reconocer al fraile Martin, su corazón dio un salto de alegría. ¡Por fin un rostro familiar, alguien procedente de Sainte-Noire! Contuvo su primer impulso: salir al paso del grupo, revelar su presencia y pedir noticias acerca de su padre. El abad Hughes cabalgaba con él, y también el novicio al que no hacía ni dos noches había dejado sin conocimiento, tendido en el suelo. No estaba segura de que, si la veían, no insistieran en reconducirla de nuevo hacia el monasterio, hacia una celda blanca y limpia, cuatro paredes de piedra sólida de las que ya no podría escapar. Vio al grupo tomar el sendero que llevaba al camino romano. Con cuidado de no desgarrarse los tobillos con las puntiagudas zarzas que poblaban la agreste orilla del río, siguió a los jinetes. El cuchillo que había encontrado en la caseta donde pasó la noche colgaba, atado con una cuerda, de su cintura. No era una espada, pero al menos no tenía la sensación de estar a merced del primero que quisiera forzar su voluntad.

Auxerre y L'Archevêque entraron en la sala cuando los mozos de cocina estaban disponiendo los largos tabloncillos de madera que harían las veces de mesa sobre los caballetes. Grandes antorchas de trapos untados de grasa ardían en los muros, despidiendo un fuerte olor a cerdo quemado. Por todas partes corrían sirvientes arriba y abajo, ajetreados con el banquete: unos acarreando copas y platos de madera, otros llenando jarra tras jarra de vino y agua, u ocupándose de que el fuego de la gran chimenea estuviera encendido, pero que no ardiera con excesiva viveza, para que el humo no invadiera la estancia y ahogara a los invitados, cosa que alguna vez había sucedido en los castillos con contraventanas, como era el de Sainte-Noire.

—*Dame Jeanne* se esfuerza por hacer los honores, no cabe duda —exclamó L'Archevêque, tomando una jarra de vino y un trago—. Bonita fiesta, con el señor moribundo en la torre y sus asesinos comiendo de su despensa en el piso de abajo.

—De momento guardaremos las formas —dijo Auxerre, ceñudo—. Queda por ver si los agasajados se avendrán a hacer una reverencia o, por el contrario, desnudarán su espada.

L'Archevêque se echó a reír. Auxerre lo miró, sin comprender.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Es que te has vuelto loco de una vez por todas?

—¡A fe mía que éste es, como dicen por las finas cortes, el siglo de la cortesía! Y pensar que nosotros esperábamos en el patio, con nuestras armas listas y el pie en el estribo, firmes los pechos y prestos a destrozar a los invasores de Souillers en nombre del honor. Baja nuestra querida Penélope de su torre, pura como una reina de las hadas, se deshace en lindezas, ordena baños de agua caliente para los cansados guerreros, y en general hace de los hombres que venían a por sangre muñecos, y a éstos aun los convierte en perritos inofensivos, sin necesidad de tejer ningún tapiz. Así que aquí estamos —se serenó, se limpió las lágrimas que la risa le había causado y recuperó la seriedad—, a punto de compartir mesa y misa con los que hace poco nos ensartaron como a los cerdos que esta noche nos servirán de alimento. No me digas, *compaign*, que no es para morir de risa.

—Ríete tú si quieres. Yo no estoy de humor. —Auxerre apretó los dientes y prosiguió, preocupado—: Las sangrías que ese majadero de ciudad le está aplicando a Philippe debilitan su aliento y el color de sus mejillas. Cada vez que saca esa navaja para abrirle otro tajo, se la clavaría entre los ojos. No llegará a ver dos amaneceres más, si sigue así.

—Es cierto —convino gravemente L'Archevêque—. Pero nada podemos hacer; así lo ordena el respetable cirujano, y la afligida esposa acata todos sus mandatos. ¿No es encomiable tanta obediencia?

Hubo un silencio que duró un instante, pero ambos cruzaron expresivas miradas. El capitán se dejó caer en un banco.

—Temo que Aalis no llegue a ver a Philippe con vida —murmuró Auxerre—. Ojalá Martin la traiga pronto de Mont-Froid. Una hija no debe estar entre extraños mientras su padre exhala su último aliento. Quizá me equivoqué...

Dejó su frase sin terminar, e inclinó la cabeza sobre su pecho, taciturno. L'Archevêque lo observó. El capitán de la guardia no era un hombre de carácter fácil, pero no solía entregarse a la tristeza, ni a la melancolía. Era extraño en él y, después de todo, rectificó Louis, no lo era, pues en esos vaivenes de humor que se propagaban desde el corazón se agitaba la vida de los hombres y de las mujeres, en cualquier tiempo y edad. Louis rezó porque, efectivamente, Aalis de Sainte-Noire volviera pronto al castillo, sana y salva; pero más por su compañero de armas que por la vida marchita de su padre Philippe. Como si no hubiera oído las palabras de su amigo, ni reparado en su semblante apagado, tomó un poco más de vino de la jarra y dijo con sorna:

—¿Has visto al germano que trae Gauthier? Al menos mide seis pies, y su hacha otros dos. Buena guardia para nuestro clérigo. ¡Valiente caballero está hecho el de Souillers! Cada vez que camina tropieza con su espada —añadió, burlón—. Al otro quizá le falta un ojo, pero sabe bien dónde poner los pies, y dónde clavar sus armas.

—Ese bárbaro no será un contrincante fácil cuando tengamos que cruzar las

hojas. Además, lleva las armas de Le Perche. Gauthier no ha perdido el tiempo — respondió Auxerre, pensativamente.

—Ni *dame* Jeanne tampoco —dijo Louis con un tono de voz peculiar.

Estaba mirando por encima del hombro de Auxerre y, cuando éste se volvió, contempló la escena a la que L'Archevêque se refería. Por la ventana vio a Jeanne acompañada de Gauthier de Souillers, paseando por el patio y dejando reposar su mano en la que éste le ofrecía, como si ambos fueran dama y señor del castillo. Siguieron su recorrido por el recinto, ajenos a las miradas de los dos soldados.

—El clérigo resplandece como una hoguera de San Juan, y a las claras se ve que alguien ha prendido la tea —apuntó Louis, con una sombra de regocijo.

—¡No es momento de chanzas! —exclamó Auxerre, revolviéndose furioso. Sus pupilas estaban negras de ira—. Esa tea está consumiendo la vida de Philippe.

—Auxerre. —El capitán se había incorporado y tenía los nudillos blancos sobre la empuñadura de su espada. L'Archevêque lo retuvo por el brazo, susurrando desesperado—: No manches tu arma con sangre de arpía. Con toda la guardia venida de Le Perche, y ese estúpido revoloteando a su alrededor, bastaría con tocar uno solo de sus cabellos y, en menos que canta un gallo, el gigante rubio y sus hombres terminarían contigo.

—Gracias por tu confianza —murmuró Auxerre, sarcástico.

—¡Piensa, maldita sea! Cuando vuelva la muchacha tendrás mucho que hacer —exclamó Louis, impaciente—. Y no me refiero a sus tobillos. La heredera Sainte-Noire necesitará protección y defensa contra todo mal, incluido el que anida en sus parientes. No malgastes tus fuerzas con las intrigas de una serpiente; pronto tendremos que acabar con una jauría de lobos.

Auxerre se calmó mientras ponderaba lo dicho por L'Archevêque. Una suave sonrisa de resignación invadió su rostro, y Louis supo que el talante del capitán volvía a ser el de siempre. Éste le dio una palmada en la espalda, y exclamó:

—A veces me olvido de que, entre canciones goliardas y tragos de vino, estudiaste los misterios de la escolástica en París y hasta tuviste tiempo de aprender en qué consistía la virtud de la templanza. —Y añadió—: Gracias, Louis.

—No me des las gracias. Mi cuello sigue unido al tronco porque alguna vez sacaste tu espada a tiempo. Velo por mí si evito que te rompan el espinazo. — L'Archevêque también esbozó una ancha sonrisa. Sin embargo, seguía preocupado. Bajo el techo del castillo había demasiados intereses, enemigos irreconciliables y voluntades de hierro; una mezcla así sólo podía atraer la desgracia.

El aya entró en la sala. Se acercó a los dos hombres y musitó, llorosa:

—Os ha mandado llamar.

Auxerre miró a L'Archevêque, y preguntó a la matrona:

—¿Cómo sigue?

—Es fuerte, como lo fue mi esposo; pero aun él tuvo que ceder ante Cristo, que se lo llevó después de una semana de fiebres que consumieron su cuerpo. —El aya tenía

los ojos enrojecidos y su voz se quebraba—. No hace más que preguntar por su hija.

El capitán apretó los labios. Su faz no dejaba traslucir el tormento que lo asaltaba, pero sus ojos brillaban como fuegos negros. L'Archevêque se santiguó, antes de subir por la escalera de piedra que conducía al piso superior de la torre, siguiendo los pasos de Auxerre.

Más que la estancia de un enfermo, los aposentos de Philippe de Sainte-Noire tenían la apariencia de una capilla mortuoria. Las abundantes velas impregnaban el aire y, cerrando los ojos, uno podía imaginar que se encontraba en una iglesia. Una enorme cruz estaba colgada frente al camastro, para que el yaciente pudiera ver a Jesús en cuanto abriera los ojos. En una mesa reposaban un cuenco de loza blanca, manchado de la sangre vertida, y los estiletes de incisión del cirujano, el cual dormitaba frente al gran puchero que humeaba encima de las brasas. A su lado, reposaban las vasijas de agua caliente y los paños de algodón que los sirvientes empleaban para mojar la frente del enfermo, y más allá los pocos alimentos que su cuerpo admitía sin revolverse: caldo de carnes blancas, migas de pan de trigo en leche hervida y vino dulce para mitigar el dolor. Auxerre se acercó a Sainte-Noire; L'Archevêque se quedó unos pasos atrás, observándolos. La tez del patriarca estaba pálida como la de un espíritu. Tenía los ojos abiertos y fijos en la cruz. Cuando Auxerre se inclinó sobre él, Philippe de Sainte-Noire desvió la vista y, al reconocerlo, se aferró a su brazo con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Señor —dijo Auxerre, cayendo de rodillas al lado del camastro.

—Auxerre... —murmuró—. No hay más batallas, capitán.

Sainte-Noire tragó saliva y reprimió un espasmo de dolor.

—Lucharéis como si fuera la primera —respondió Auxerre, estrangulada la voz.

—Muero. —Sainte-Noire cerró los ojos y habló desde un lugar lejano—. Mi sangre, Auxerre. Ocúpate de mi sangre.

—No moriréis sin venganza —dijo Auxerre entre dientes.

—¡No! No más muerte. —Philippe se irguió sobre un codo, antes de volver a caer contorsionado por el sufrimiento. La herida en su pecho era una gran llaga mal cerrada—. Defiende Sainte-Noire.

—Siempre, mi señor —respondió presto el capitán.

—Jeanne está esperando un hijo. —Sainte-Noire luchó para sonreír, aunque las costillas le torturaban a cada movimiento—. Quizá sea un varón... un hombre para mi castillo.

L'Archevêque miró inquisitivamente a la matrona Nicole, que permanecía apostada en una esquina. Ésta le respondió afirmativamente con la cabeza. Auxerre se levantó; de su rostro se había borrado todo sentimiento. Era un soldado a la espera de órdenes.

—¡Protégela! Cuida de los míos —exclamó Sainte-Noire con un grito que se

convirtió en un quejido. Como todos los hombres que una vez gozaron de fuerza y se encuentran, repentina e inesperadamente, privados del poder de sus miembros, y éstos permanecen insensibles a las órdenes de la voluntad, Philippe hubiera querido morir. Dulcemente se habría ya entregado al helado aliento que acariciaba su cara por las noches, si no fuera por Jeanne y por Aalis. Por las dos mujeres que, después de tanto tiempo rezando por un varón, poseían la llave de la supervivencia de su familia. Lo único que Philippe de Sainte-Noire podía hacer era acompañar sus vidas con sus últimos deseos, desde más allá de la muerte; y después, esperar que sus sirvientes no lo despojaran de sus ropas y sus posesiones, al menos no hasta que el sacerdote le hubiera dado los últimos sacramentos. Entrecerró los ojos, apartando esa imagen de su pensamiento. Auxerre estaba firme frente a él, pero no sabía cuánto tiempo más podría seguir hablándole antes de desmayarse a causa del dolor; como si cada palabra le arrancara, al salir de su boca, un trozo de las entrañas—. Jeanne. Mi esposa y la madre de mi descendencia —prosiguió trabajosamente—. Ponte a sus órdenes. Júrame que la ayudarás. ¡Júramelo!

El capitán no movió un músculo. Hincó la rodilla en el suelo de piedra, sacó su espada y la puso de pie, recta entre el enfermo y él. Besó la cruz de la espada y con voz de hielo dijo:

—Juro que guardaré a vuestra esposa y descendencia de todo mal.

El aya estalló en sollozos, mientras Sainte-Noire volvía a hundirse en las nubes blancas de la fiebre, en paz con su alma. Auxerre se levantó, y su rostro era tan pétreo como las paredes que lo rodeaban. Se dirigió a la puerta y, al pasar al lado de L'Archevêque, dijo sin entonación:

—Vamos. Debemos estar presentes durante el banquete. *Dame* Jeanne nos necesitará.

Acarició con deleite la suave piel de lobo que bordeaba la capa que Gauthier de Souillers le había regalado. Se la puso encima de los hombros, y el color borgoña del tejido se reflejó en su piel blanca y en su pelo rubio como una gema engarzada en un anillo de oro. Jeanne estaba deslumbrante, y lo sabía. Se echó a reír, complacida. Necios todos, necios hombres venidos con brutales espadas de hierro, armas inútiles contra el filo de su astucia. Apenas unos días antes, cuando los guardias avistaron la llegada de un grupo de soldados con enseñas de Souillers, durante un instante breve y horrible, sintió pánico. Aterrada ante la posibilidad de perder lo que tanto le había costado conseguir, de que la bestialidad de los enemigos arrasara, no sólo el castillo y los campos de Sainte-Noire, sino también su vida, junto con la de Philippe y los demás. Tembló sin control hasta que se obligó a rehacerse; se clavó las uñas en las palmas de las manos, y el dolor la serenó. Entonces se vistió con sus mejores galas, y bajó a enfrentarse con la horda de asesinos, rezando por encontrar en alguno de ellos no corazón ni piedad, pero sí la debilidad que tan bien sabía reconocer en un hombre,

la misma que había visto en Philippe de Sainte-Noire: el deseo de tenerla como mujer, la necesidad imperiosa de estar a su lado, de respirar su perfume dulce, ignorando que ese aroma de esencia de flores lo destilaba ella con cuidado cada mañana, e ignorante también de que, como las flores, Jeanne amanecía cada mañana sin más sentimiento que el de ser bella y sobrevivir. En cuanto vio a Gauthier de Souillers, supo que había ganado la batalla de antemano. Lo primero que hizo fue humillarse, ejecutando una modesta genuflexión frente al jinete, porque sabía que a éste le complacería, y que en seguida se mostraría generoso con ella, como correspondía a un caballero. Porque querría fingir que poseía virtudes, imitaría la apariencia de tenerlas. Porque no era un caballero actuaría como tal. Era su apuesta; era su ganancia.

Así había sido, al menos por el momento, y prueba de ello era la capa que sostenía entre sus manos. Durante el paseo, Jeanne se había lanzado a probar el alcance de su influencia; quería medir si su poder era aún frágil, o si ya podía pedir favores y, más importante, obtenerlos. Bastó con pasar la mano por el borde blanco, con suspirar y batir sus pestañas, como una promesa de sus noches futuras, para que Gauthier de Souillers tragara saliva, y su prominente y desagradable nuez se agitara de forma vulgar, concediéndole la capa como regalo y prueba de su buena voluntad. En la situación en que se encontraban, era inconcebible que aquel idiota no comprendiera que se estaba jugando mucho más que un romance; que declarar sus intenciones de paz para con la dueña del castillo equivaldría a una prueba de felonía frente a un tribunal condal, caso de que finalmente optara por atacar. Pero la estupidez de su contrincante era una baza más a su favor, y aquella noche, todos los hados oscuros sonreían a Jeanne. Pensó en su marido, clavado en el camastro y a punto de morir. Su matrimonio con Sainte-Noire había sido en verdad perfecto. Philippe la había dejado embarazada, concediéndole así la mayor protección con la que podía soñar una esposa: ser el receptáculo de una preciada vida por llegar. Y a juzgar por su estado, tendría la amable delicadeza de morir a no mucho tardar, convirtiéndola en una viuda, poderosa y libre, siempre que pudiera esquivar las propuestas de matrimonio que le lloverían por ser la castellana de unas tierras ricas y estratégicas. Pero eso ya vendría más adelante. De momento, sólo le quedaba rezar; porque la muerte de Philippe fuera rápida y porque él sufriera lo menos posible. Al fin y al cabo, tenía mucho que agradecerle. Podía permitirse ser generosa.

Iba a sonreír de nuevo, pero un pensamiento fugaz y desagradable cruzó su mente. Aalis. No porque no estuviera presente era menos hija de Philippe. Y no por ser mujer era menos heredera, especialmente con su hijo aún nonato. Jeanne frunció el ceño. Ojalá ese fraile no la trajera nunca de vuelta; ojalá se hubiera ahogado en el río, o perdido por los campos para ser devorada por las bestias que asolaban los bosques de la región. La piel de lobo de la capa le rozó la oreja, y la calidez del animal muerto se difundió por su cuello. Jeanne se pasó la lengua por los labios, pensativa. Decidiría el destino de Aalis cuando la tuviera delante. Por el momento,

podía permitirse el pequeño lujo de pensar que había muerto. Otros asuntos la apremiaban ahora. Gauthier de Souillers le había solicitado el honor de cenar a su lado en el banquete de aquella noche. De dormir a su lado, aún no había tenido valor de hablarle. No tardaría, y Jeanne necesitaría de todas sus argucias para convencerlo de que era mejor esperar, y seguir esperando un poco más, por mor del decoro. No tenía prisa por dejar que deslizara su repugnante lengua por su piel. Era una suerte que el de Souillers hubiera sido clérigo. Nunca había conocido un hombre tan consciente de lo importante que era respetar los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

El agua fría cayó por la nuca de Gauthier, y éste lanzó una maldición cuando los escalofríos le recorrieron el espinazo. Se lavó luego la cara y las manos a conciencia, y se frotó los dientes con pasta de apio, para refrescar su aliento. Esa noche se sentaría al lado de *dame* Jeanne, bebería de su misma copa, y sus cuerpos estarían separados por apenas unas pulgadas. Y más tarde, quizá recostados entre las pieles que guardaban aquel cuerpo de nácar, Gauthier probaría las delicias que prometían sus ojos. Casi gimió pensando en el placer que le sobrevendría si lograba acariciar la piel de Jeanne; se contuvo. Ni siquiera antes de tomar los hábitos, cuando las criadas eran sólo un desfile confuso de carnes blandas y chillidos divertidos, había conocido a una mujer como Jeanne. Era distinta a todas las que había visto, incluso durante su estancia en el palacio del arzobispo, cuando las ricas damas visitaban al prelado y descendían de sus coches delicadamente envueltas en capas bordadas y con las manos enfundadas en guantes de suave piel de cordero. Jeanne no necesitaba adornos. Era una maravillosa mezcla de virgen y de pecado carnal; el que hubiera conocido lecho sólo contribuía a hacerla más deseable y real, enloquecedoramente perfecta para él. Gauthier sabría valorar su pureza, y también satisfacerla. Desde que había llegado al castillo, no había tenido ojos para nada más, y su mente, por lo general tranquila y fría, hervía como la frente del desgraciado Sainte-Noire. Escupió un trozo de apio que se le había quedado entre los dientes y sonrió. Esa noche, Jeanne sería su dama.

Warin de Lonray sacó su hacha y cortó el cuello de una rata que se paseaba tranquilamente por la estancia. El roedor se partió en dos como si fuese una masa de pan blando, y un pequeño chorro de sangre oscura y viscosa salió disparado del cuerpo del animal. Gauthier sintió náuseas. La presencia del germano lo incomodaba sobremanera. En su rostro ligeramente rosado, el único ojo azul siempre lo observaba con respeto y, sin embargo, toda la actitud del enviado de Rotrou despedía insolencia. Vagamente, también le recordaba que su deber, expresado con grandilocuencia por él mismo al avistar las torres de Sainte-Noire, era plantar su enseña en el odiado castillo y cortarle el cuello a todos sus habitantes. Que su padre esperaba en Souillers su retorno, con las prendas exigidas: la moza Aalis, el anillo feudal y la espada de Auxerre. Más grave aún, que Rotrou du Perche necesitaba el castillo de Sainte-Noire para sus planes, y que el tiempo se terminaba. En vano, Gauthier trataba de

convencerse de que, en realidad, actuaba para cumplir ese objetivo, pues tomando a *dame* Jeanne como esposa (en cuanto muriera Philippe, recordó piadosamente), haría suyo el castillo mucho más fácilmente y, sobre todo, sin entrar en combate, obteniendo el mando de la guardia y la capacidad de gobernar los destinos de Aalis, de Auxerre y de quien se le antojara. Al lado del germano, Gauthier había descubierto que su naturaleza clerical aún se manifestaba con fuerza, buscando soluciones alternativas al derramamiento de sangre. Sobre todo si la espada a desenvainar era la suya.

Warin de Lonray no era hombre capaz de apreciar ese matiz. Quizá porque su hacha iba siempre desnuda, y porque estaba dispuesto a emplearla allá donde fuera menester. Impaciente, empujó la rata a un lado con el pie y se limitó a decir:

—¿Bajamos?

Gauthier de Souillers asintió, con una inclinación de cabeza que pretendía ser señorial. Acarició el jubón de cuero negro curtido, y se cubrió con la capa, enteramente hecha de pieles oscuras cosidas entre sí, que le resbalaba por los hombros y se arrastraba por el suelo tras él. La espada era una extraña protuberancia con la que se tropezaba continuamente. Warin lo siguió. Ya llegaría la hora de cumplir las promesas.

De la sala de planta llegaban efluvios de carne asada y aromas de caldos espesos, mezclados con el humo acre de la chimenea y de las velas que ocupaban buena parte de los rincones de la estancia. Dispuestos en tablas de madera, para no perder el sabroso jugo, los sirvientes habían repartido por toda la mesa grandes capones troceados, junto con la salsa de jengibre y canela y los higadillos fritos que acompañaban el plato. A un lado, las ollas despedían el inconfundible olor agrio del *vert jus*, el zumo de manzanas mezclado con yemas, pan y vino; finalmente, se serviría pastel de trucha recubierto de *dorure* de miel y huevo. Cuando Auxerre y L'Archevêque entraron, varios caballeros del castillo estaban ya sentados, entre ellos el joven Manuel y François, un veterano combatiente. También parte de la guardia de Le Perche; los dos bandos de soldados se habían dispuesto unos frente a otros, en muda confrontación. En cambio, Warin de Lonray estaba a la derecha de Gauthier de Souillers, y éste había tomado el asiento contiguo al de *dame* Jeanne, que ocupaba el centro de la mesa principal. Si por un milagro Philippe de Sainte-Noire se recuperara y bajara a festejar con sus huéspedes, la alegre partida pasaría apuros para hacerle un sitio en la mesa al señor del castillo. L'Archevêque sonrió amargamente, descartando esa posibilidad. El grotesco banquete era una celebración anticipada de la muerte del dueño del castillo. Dudaba de que el homenajeadó estuviera en condiciones de asistir, o ni siquiera fuera consciente de que tal charada estaba teniendo lugar dos pisos más abajo.

—*Deo Gratias* —suspiró por lo bajo.

Fueron a sentarse en el extremo de la mesa principal, al lado de los caballeros de Sainte-Noire, cerca de *dame* Jeanne, la cual les dio la bienvenida con una inclinación de cabeza, no sin antes estudiarlos con la duda pintada en el rostro. Auxerre se inclinó a su vez, y L'Archevêque lo imitó. Las hogazas de pan duro, sobre las que los invitados depositarían sus alimentos, estaban frente a ellos, y los mozos vertían agua con limón sobre las manos de los asistentes para que sus dedos estuvieran limpios y perfumados antes de tocar las carnes a su alcance. Un soldado de Souillers sacó su daga, cortó un muslo de capón y arrancó un buen trozo con los dientes. De repente hubo un silencio sepulcral entre las huestes de Sainte-Noire. Auxerre supo al instante lo que sucedía: el Benedicto no había sido debidamente entonado, y sin eso ningún soldado cristiano, y aquellos hombres bregados lo eran de la cabeza a los pies, tocaría los alimentos ni bebería de la copa. *Dame* Jeanne no había pensado en que la ausencia provisional del fraile Martin les había dejado sin sacerdote y por tanto sin oficiante de la breve ceremonia de agradecimiento por los alimentos que se disponían a recibir. En honor a la verdad, la señora del castillo, que ahora permanecía inmóvil, había ignorado la delicada convivencia que, desde que llegaron los de Souillers, mantenían los soldados de estandartes opuestos, ahora sentados a una cena cortés y obligados a no sacarse el hígado a la más mínima provocación. Auxerre apretó los dientes; así nacían las guerras y atacaban los ejércitos, por la caída de una única gota de lluvia, con el sencillo soplo de una brisa cargada de tormenta. La tensión acumulada durante los pasados días se agolpó en los rostros enrojecidos y en las espadas ociosas de los presentes. El crujido de una banqueta hizo que se lanzasen varias miradas furibundas, como si todos fueran a saltar por encima de los delicados manjares para dar rienda suelta a la animosidad que sentían. Un mozo de cocina empezó a lloriquear de puro terror y se oyó el golpe seco que le dio un criado de mayor rango. Después, persistió el silencio.

Auxerre se levantó, con cuidado de no ocultar sus manos. En sus ojos se leía una firme determinación. Esa noche no habría guerra en Sainte-Noire. Al día siguiente, Dios dispondría.

—Nuestro fraile no está aquí para officiar la plegaria. Pero si consentís, os ofrezco los servicios del buen Archevêque. —Escrutó las caras de todos y cada uno de los soldados, y por último la del ofensor, que aún sostenía el muslo goteando grasa, y cuyo rostro era grana. Añadió—: No es un sacerdote, pero apuesto a que es el único de entre nosotros que ha pisado una catedral. Excepción hecha —dijo con una reverencia cargada de respeto en su dirección— del señor de Souillers.

Levantó la cabeza y miró una vez más a la concurrencia. Ninguno le sostuvo la mirada. Ninguno, excepto Warin de Lonray, que esbozó un reconocimiento quedo, una silente concesión a las normas de comportamiento que regían aquella noche, inclinando el mentón de mala gana y aceptando así la autoridad del capitán. Los soldados de uno y otro bando se relajaron. El momento de peligro había pasado. Louis se levantó, tomó una copa y empezó a recitar los solemnes versos de la

oración; al menos los que mejor recordaba, maldiciendo en su fuero interno la capacidad de improvisación de su amigo. Jeanne contempló largamente el perfil de Auxerre, que volvió a sentarse, y se preguntó cuál sería la causa de la nueva actitud que el capitán exhibía hacia ella. No hacía mucho, apenas le dedicaba una mirada y se inclinaba cortésmente, pero sin infundir a sus gestos el respeto y la obediencia que acababa de presenciar. Importaba poco averiguarlo, no obstante; lo importante era contar con su recién nacida protección, y de ser posible, hacer de él su aliado. Una espada como la suya no se encontraba fácilmente. Apartó la imagen de Auxerre y se levantó, asiendo una copa de madera llena de vino traído de Anjou. Jeanne no había previsto el incidente que iba a causar la ausencia del fraile porque no sentía ninguna necesidad de agradecer a Dios los alimentos que Sainte-Noire había puesto en su mesa. Y así se haría de ahora en adelante; las plegarias quedarían para la Iglesia. Aquella noche era suya.

—Amigos, protectores —miró a Gauthier y le sonrió. Éste enrojeció hasta la punta de su bota—, ¡gozad de la comida y de la bebida! Más tarde vendrán juglares llegados de lejos, para amenizar la cena. ¡Por Sainte-Noire y por Souillers!

El grito resonó por toda la sala, exhalado por las veinte gargantas a una, exceptuando a Auxerre, L'Archevêque y Warin, que se miraron por encima de sus copas. Se diría que brindaban en silencio por el paraíso de los guerreros. Uno de los soldados de Sainte-Noire, Manuel, bebió el vino de un trago y exclamó, agitado:

—Valiente desvergüenza, unir los dos nombres en un viva.

—Calla, Manuel. No es lugar para indignarse —dijo Auxerre, que lo había oído. Estudió a los hombres de la guardia de Souillers que estaban sentados inmediatamente a su lado—. Hay orejas hasta en las jarras de agua.

—Sólo digo que teníamos al fraile perfecto, y no te ofendas, Archevêque —dijo burlón el joven—. ¡Ese Souillers acaba de dejar los hábitos! Me lo ha contado uno de su guardia.

—Eso no es ninguna novedad —replicó Louis en voz baja—. Y te aviso de que no es lenguaje apropiado cuando en la sala hay más de diez filos dispuestos a atravesarte si sigues por ese camino.

—No sabía que eras un cobarde, Archevêque —exclamó exaltado el joven, con la cara roja y las venas del cuello hinchadas.

—Ni tú un idiota —repuso Auxerre, interponiéndose entre los dos—. ¿Es que no tienes sesos? Basta el menor motivo para que ese monstruo tuerto saque su hacha.

—*GroBer Gott!* ¿Me acabáis de insultar, caballero? —preguntó Warin, en tono engañosamente divertido.

Los tres se volvieron a una. El germano estaba erguido cuan alto era al otro lado de la mesa, balanceando su hacha y contemplándolos con una mezcla de alegría y de ferocidad. A las claras se veía que los había estado espiando para sorprender su conversación. Por su aspecto, se veía que estaba ansioso por enarbolar su arma y dejarla caer en algún pescuezo, y le habían proporcionado la coartada ideal. La sala,

bulliciosa y animada hasta entonces, se fue quedando paulatinamente en silencio. Nadie sabía exactamente de qué trataba el incidente, sólo que en él estaban envueltos los cabecillas de cada escuadra. Los soldados se pusieron en pie para ver cómo se desarrollaba la conversación y si era menester desenfundar el arma. L'Archevêque miró a Warin, desesperado. Estaba sucediendo justamente lo que Auxerre había querido evitar.

—Lo siento, capitán —musitó Manuel.

—Déjalo, muchacho —dijo el capitán, sin quitar los ojos del germano—. Lo que tenga que ser, sucederá.

—Warin de Lonray, os conmino a que os sentéis y nos dejéis seguir disfrutando de la velada —dijo Gauthier de Souillers ampulosamente, con una tranquilizadora mirada hacia *dame* Jeanne.

Ésta contuvo la respiración para escuchar la respuesta de Warin, que no se hizo esperar. Clavó el hacha en la mesa que lo separaba de Auxerre, saltó ágilmente por encima y pronto estuvieron frente a frente. Los dos guerreros medían sus fuerzas, Auxerre con la mano en su espada y Warin empuñando ya la suya. Iban a cruzar armas cuando se oyó una voz firme y tranquila que resonó por toda la sala:

—¡Caballeros!, separaos al instante. Os lo ordeno en nombre de Cristo redentor y de la Santa Madre Iglesia.

Los ojos azules del abad Hughes contemplaron tranquilamente a todos los presentes, con el atemorizado fraile Martin tras él y Raoul apostado a su lado. L'Archevêque sintió un inmenso alivio al ver al abad, y sólo se dio cuenta de que faltaba la muchacha cuando Auxerre se zafó del germano y, abalanzándose hacia el abad, preguntó:

—¿Dónde está Aalis?

Capítulo seis

—¡Eh, tú! —bramó el guardia, sin percatarse de que la figura llevaba hábito. Se acercó, con una lanza en una mano y el escudo de cuero con la enseña de Sainte-Noire en la otra.

Aalis se quedó quieta en medio del gentío compuesto por mercaderes ambulantes, campesinos y demás vendedores que se arremolinaban frente a las puertas del castillo, esperando que se abrieran para ofrecer sus cosechas y productos al despensero de Sainte-Noire. A su lado, una mujerona desdentada y vestida de negro de la cabeza a los pies soltaba risotadas mientras buscaba clientes entre la guardia de los portones. El soldado la apartó sin contemplaciones y se plantó frente a Aalis, mirándola de arriba abajo. Entonces exclamó, sorprendido:

—¡Por los huesos de santa Catalina! —E inmediatamente se santiguó y dijo—: Disculpadme, hermano. No había visto... Pero ¿cómo se os ocurre esperar en esta entrada? Aquí —echó una ojeada hacía la mujer de negro, la cual escupió sonoramente— vienen todos. Deberíais haber preguntado por *dame* Jeanne. Ella os hubiera atendido.

—No conozco bien a la familia —respondió Aalis, forzando la voz para hacerla tan ronca como pudo—. No sabía a quién dirigirme.

—En fin, no importa. Os esperan. Tenéis que ir a esa puerta, ¿veis? —dijo señalando un portón de menor tamaño.

Aalis conocía la entrada; la empleaban los criados y sirvientes de la casa cuando precisaban salir del recinto, para no obligar a los guardias a desplazar los pesados portones de roble, de casi diez pies de altura, que protegían el acceso principal al patio de Sainte-Noire. No tenía más remedio que ir por allí; el guardia la empujaba amablemente, pero con firmeza, para apartarla del numeroso grupo de vendedores que, impacientes, rezongaban por el incidente que retrasaba su entrada al castillo. Mientras avanzaba hacia la puerta, oyó al guardia exclamar malhumorado, dirigiéndose a los que protestaban:

—¡Panda de descreídos! No sabéis respetar ni a los monjes.

La mujerona soltó un impropio y el guardia la abofeteó sin dudarle. Sus chillidos se perdieron entre las conversaciones de los que esperaban que se les franqueara el paso.

Aalis se detuvo frente a la entrada, donde otro guardia que había contemplado la

escena le indicó por señas que siguiera adelante. Cubiertas por las mangas unidas del hábito, Aalis tenía las manos entrecruzadas, y apretó los nudillos para darse ánimos. Vestida de monje o no, estaba atravesando los muros de su hogar, del castillo en el que había crecido, y allí no tenía nada que temer. Si la descubrían, podía revelar su identidad y decir que temía por su vida a causa de la persecución de Souillers, y que eso la había obligado a la poco cristiana decisión de hacerse pasar por monje. Sospechaba que no era un razonamiento demasiado sólido frente al hecho incontestable de que vestirse de hombre era pecado, por no hablar de que no fingía ser cualquier hombre, sino un monje, un sirviente de Dios. Durante el Carnaval, el fraile Martin arrugaba la nariz cuando los niños se cubrían con pieles de oso y rugían fingiendo ser ese u otros animales sanguíneos, como él solía decir. ¿Qué habría pensado de ella, al enterarse por el abad de que, para hacerse con las ropas que ahora la protegían, había dejado a un novicio sin sentido y robado un cuchillo? Agitó la cabeza y siguió hacia la entrada de la torre. Una vez alcanzara el edificio principal, se deslizaría por las familiares paredes y encontraría quien le prestara ayuda. Aalis levantó la vista un par de veces mientras cruzaba el patio, para cerciorarse de que nadie reparaba en la marcha de un joven fraile. No se equivocaba; todo el mundo andaba atareado y, de hecho, se dijo, el castillo mostraba una actividad inusitada. Las chimeneas de la cocina humeaban sin cesar, y una fila de mozos traía y llevaba ollas cubiertas con paños, que a pesar de eso revelaban su contenido por el aroma de las especias, las salsas y los condimentos. Un grupo de juglares de provincias, ataviados con sus mejores y más coloridas ropas, esperaban, haciendo corro e intercambiando versos, y en los establos los palafreneros batían heno para obtener suficiente paja fresca con la que cubrir suelos y camas para la noche. Sin duda, había fiesta en el castillo, y el corazón de Aalis saltó de gozo. ¡Su padre se habría repuesto de las heridas y lo estaban celebrando! Apretó el paso, ansiosa por reencontrarse con él. Cuando llegó a la entrada de la torre, una sonrisa bailaba en su rostro, y contuvo su semblante. Por lo que había visto hasta entonces, los monjes no exteriorizaban su alegría tan profusamente. Miró a los guardias que vigilaban el acceso, y su felicidad se tornó terror: sus cotas de cuero estaban marcadas con las enseñas de Souillers.

El pánico estuvo a punto de delatarla, pero no podía retroceder sin despertar sospechas. Las rodillas empezaron a temblarle, y se obligó a seguir adelante. Los dos guardias ya la habían visto, y uno escupió un trozo de la manzana que estaba mordisqueando, mientras el otro, recostado en el quicio de la entrada que protegía, se incorporó y dijo:

—Bien venido, hermano.

—Dios os proteja —murmuró Aalis, sin mirarlos.

—Subid por esta escalera —respondió el soldado, señalando unos estrechos peldaños de caracol que, a diferencia del acceso principal, que daba a la sala de planta, llevaban a las estancias superiores de la torre.

Aalis se quedó inmóvil un instante. La presencia de aquellos soldados en las

mismas puertas de su casa era insólita. Estaba aún temblando, pero no podía arriesgarse a deambular por el castillo sin saber a qué atenerse. Al fin se aventuró a preguntar:

—¿Es que Sainte-Noire ha tomado soldados de Souillers bajo su techo? —Y se apresuró a añadir, al ver la expresión sorprendida de los guardias—: Me regocija ver que, por fin, la paz reina entre ambas familias.

Si esperaba alguna reacción, sin duda no eran las grandes carcajadas que los soldados profirieron. Le causaban aún más zozobra que si hubieran echado atrás su capucha de monje y descubierto su condición. El que aún sostenía media manzana en la mano replicó, pegando un codazo a su compañero:

—Sainte-Noire y Souillers han hecho las paces, desde luego, ¿eh, Jean? —exclamó risueño—. ¡Y pronto Souillers se hará con una bonita prenda!

—¡Cierra esa boca, estúpido! —le empujó el otro, señalando a Aalis con un gesto del mentón—. ¿No tienes respeto por esos hábitos? Además —añadió—, por el aspecto de su blanca piel no debe de ser más que un novicio recién confirmado.

Hubo algo en el tono de su voz y en el rostro arrebolado del soldado que heló la sangre de Aalis más que la brutal jovialidad de su compañero. No importaba lo que sucedía en el castillo, había sido un error tratar de sonsacar a los soldados. Tendría que descubrirlo por sí misma. Con una inclinación de cabeza, pasó velozmente entre ambos y ascendió por la estrecha escalera, dejándolos atrás.

Después de las dos noches que había pasado viajando siguiendo los pasos del abad y sus acompañantes, con cuidado de no desviarse del camino, y de los cielos abiertos y estrellados que habían velado sus escasos momentos de sueño, las sólidas paredes oscuras del castillo le parecieron una mortaja de piedra, y las escasas velas alojadas en sus diminutos nichos y chorreando cera no disipaban la sensación de ahogo que la asolaba. Cada paso resonaba en su mente como las campanadas a muerto, y por mucho que trataba de convencerse de que estaba a salvo y en su hogar, el vacío de su pecho se agrandaba. Trató de pensar en un motivo razonable que justificara la presencia de la guardia enemiga. Acaso los habría enviado el anciano Richer para reclamar el cumplimiento de la palabra dada y llevarla de vuelta. Su padre estaría negociando desesperadamente para que no estallara un enfrentamiento entre ambas mesnadas mientras continuaba la búsqueda, y por eso se veía forzado a admitirlos en el recinto, y a que guardaran los accesos al castillo. Las lágrimas acudieron a sus ojos; su padre estaría destrozado por la incertidumbre, sometido al duro trance de resistir solo el acoso de sus enemigos, y todo por su culpa. Al rechazar los esponsales con Souillers no había pensado en las consecuencias que su familia podía sufrir; había antepuesto sus deseos a los de su padre. Sin embargo, aun sola, hambrienta y cansada como estaba, mientras subía por la interminable escalera del castillo, pensó que si pudiera deshacer los días anteriores, y por arte de brujería volver al castillo de Souillers y al momento en que se levantó para proferir su falso voto de virginidad, no cambiaría ni una sola de sus acciones. Incluido el cántaro con

el que había atacado al novicio Raoul, pensó santiguándose. Tenía curiosidad por saber qué diría el abad Hughes acerca de su huida del monasterio. Se encogió de hombros. El sagaz abad sabría poner paz entre ambos castillos, y sólo contaría lo imprescindible. Durante las pocas horas que había compartido con él, Aalis creía haber encontrado, si no un aliado, al menos sí un hombre compasivo. La tenue luz al final de la escalera le indicó que por fin había llegado a los primeros aposentos, y su espíritu se aligeró. Hablaría con su padre; alguna solución habría que le evitara el repugnante lecho de Richer de Souillers. Después de todo lo que habían sufrido, hallarían una salida.

Entró en la estancia. Lo primero que vio fue una enorme cruz de madera colgada en una pared. Se oyó un profundo quejido, como si el Cristo llorara. Procedía del camastro situado frente a la cruz. Aalis se acercó, y su corazón se detuvo cuando reconoció a su padre. Echó a correr y se arrojó a sus pies.

—¡Padre! —exclamó, aterrada—. ¡Padre, respondedme!

Philippe de Sainte-Noire estaba blanco como la cera. Sus párpados no se movían. El cuello, antaño fuerte como el de un toro, estaba lleno de nudos y de venas. En el pecho descubierto, la única parte de su cuerpo que desprendía vida era la gran herida que supuraba, maligna, humores cálidos y húmedos. Aalis sacudió suavemente los brazos de su padre, envueltos en vendas allí donde el cirujano había practicado las incisiones para sangrarlo. Siguió sin reaccionar; sólo cuando la joven inclinó su fresca mejilla sobre la ardiente piel del rostro de Philippe, cuyas fieras líneas se habían desdibujado a causa del entumecimiento de la sangre, Aalis notó que los labios resecaos del enfermo plantaban un beso inconsciente en su frente. Alzó la mirada, luchando por contener las lágrimas, y murmuró:

—Padre, perdonadme.

Philippe de Sainte-Noire abrió los ojos. Los párpados le pesaban, como si ya las monedas para el Caronte reposaran allí, listas para su trayecto por la Estigia. Apenas tenía fuerzas, y no sentía brazos ni piernas. Le hubieran podido amputar algún miembro durante sus fiebres y no se habría dado cuenta, pues ni el dolor de las heridas le llegaba. Estaba indefenso como un niño de pecho. Por primera vez en su vida, Philippe tuvo que rendirse; ya no podía luchar más. Sólo quedaba rezar por una muerte rápida y misericordiosa, en lugar de aquella humillante agonía.

Una figura se aferraba a él, llorosa, y distinguió las facciones de su primogénita.

—¡Aalis! —dijo emocionado.

—¿Qué he hecho, padre? —sollozó la joven.

—Hija mía... —Philippe alzó los dedos, pasándolos por la cabeza de Aalis—. Me alegro de verte. Estás a salvo. —Se detuvo, inspirando profundamente.

—Vos morís y yo no merezco vivir —dijo Aalis, la frente baja.

—No digas eso —respondió Philippe. Un velo le oscurecía el rostro de su hija—. Sólo es mi hora.

—Os juro, padre... —empezó a decir Aalis. Quería prometerle que jamás

volvería a desobedecerlo, que nunca volvería a huir, y jurarle a Dios que si conservaba la frágil vida de su padre todo volvería a ser igual que antes del viaje a Souillers. Que no le importaba casarse con Richer o con el mismo Diablo. Que enterraría su vida bajo las piedras de Souillers con tal de que su padre siguiera cabalgando al frente de sus guardias, recorriendo las tierras de Sainte-Noire, y luego quizá, como antes, por las tardes, frente al fuego, escucharlo hasta que el sueño cerrara sus ojos. Aalis apretó los dientes para no verter más lágrimas delante de él.

—Aalis. Mi joya, mi orgullo. —Tosió, y el violento acceso le hizo escupir sangre—. Eres tan distinta a mí... Como lo fue tu madre. Nunca debí dejar que se fuera.

Aalis palideció ante la mención de su madre, que ella creía muerta años atrás; la pena era aún tan insoportable como si un millar de ratas hambrientas recorrieran sus entrañas, devorándola. Recorrió con la mirada las facciones torturadas de Philippe de Sainte-Noire, y luchó por recuperar la serenidad. Quería grabar todas y cada una de las palabras de su padre en su espíritu, con el hierro candente del dolor, y jamás olvidar ese momento. Oyó un ruido a sus espaldas, pero no dejó de observar la faz torturada del enfermo.

—Madre os quiso mucho —dijo suavemente—. Estoy segura.

—Lo sé. Era tan dulce. Lloró al partir... —Los ojos de Philippe se humedecieron. Aún podía verla, gracias a Dios, en sus recuerdos tan vivida como si estuviera frente a él. La frente despejada y clara, la expresión valiente cuando montó en el caballo más hermoso del establo de Sainte-Noire y tomó el camino hacia el exilio y el sur, escoltada por sus guardias. Se volvió cuando hubo llegado a los portones para mirarlo con sus grandes ojos claros. Le había advertido. «No podré evitarlo, Philippe. Sé que no podré. Tendré que mirarla por última vez». La manita de Aalis se agarró como un garfio a la suya cuando *dame* Françoise profirió un adiós silencioso, y su espalda desapareció entre el roble de las puertas de Sainte-Noire.

Philippe dejó de hablar. La cruz de madera brilló, irreal, como si la fiebre también asolara el cuerpo crucificado. ¿Qué había sucedido? La mano de Aalis estaba entre las suyas, como aquella mañana hacía diez años, pero la niña había desaparecido, y los labios de la joven se movían en una plegaria sin fin, y su rostro estaba surcado por las lágrimas y la pena. Trató de consolarla, de decirle que siempre las llevaría consigo, que Jeanne era una buena mujer pero que a Françoise la había amado. Su lengua permaneció pegada al paladar reseco. Cristo en la cruz abrió los ojos y le entregó la corona de espinas. Su frente ardía. El sabor a sangre humedeció su boca, y las primeras palabras de un padrenuestro murieron en sus labios, con él. Cuando Philippe de Sainte-Noire cerró los ojos, su hija Aalis tomó el anillo de la familia de su dedo índice y lo besó, guardándolo en su hábito.

—¡Exijo que apartéis de mi vista a ese blasfemo! —chilló Gauthier, señalando al novicio.

Raoul miró de reojo al abad, impasible, y éste dijo pacientemente:

—Raoul sólo cumple su deber cuando empuña la espada. Me protege, y cuida de que no me suceda nada. Vamos, vamos, señor de Souillers. ¿No le negaréis a un viejo como yo el beneficio de una modesta escolta, cuando hasta los arzobispos se dotan de toda una guardia y sus propios escudos de armas?

La aguda expresión del abad escrutó el rostro arrebolado de Gauthier. En verdad, aquel hombre había adquirido todos los vicios y costumbres de su padre en poco tiempo, pensó Hughes; sin duda, el desaforamiento y la ira que ahora le embargaban pertenecían a su naturaleza, y sólo en ese momento se revelaban. Tanto mejor, pues, que hubiera colgado los hábitos. Cuando lo había dejado en Souillers aún era, si no hermano de orden, al menos sí hijo de una misma Iglesia, y al verlo en Sainte-Noire, ataviado con ropas de caballero, se le había antojado un grotesco disfraz, como un niño que juega a ser rey poniéndose una corona de madera. Tampoco se le había escapado que presidía la mesa del banquete junto a *dame* Jeanne, la cual tenía el aspecto de un gato relamiéndose frente a un cuenco de leche, aunque ni el abad podía presumir de ver a través de los caprichos y las astucias de las mujeres. La castellana contemplaba complacida ora el borde de su *bliaut*, ora las faces ceñudas que rodeaban al abad y a Gauthier, como si la escena formara parte de un entretenimiento brindado por juglares. Hughes de Marcy lanzó un suspiro. Quizá para cuando Aalis apareciera, todo habría arribado a buen puerto sin mediar luchas, pero en aquel instante la tarea de la paz le pesaba como una losa. Gauthier de Souillers seguía profiriendo maldiciones, enardeciéndose:

—¡Bastante paciencia he tenido ya con esta farsa! Primero, la mocosa nos deshonor bajo nuestro propio techo revolcándose con sus inferiores. —Señaló a Auxerre con expresión maligna. Éste, lívido, puso la mano en la empuñadura de su espada cuando tanto L'Archevêque como el abad se interpusieron en su camino hacia el cuello de Gauthier. El de Souillers hizo una mueca de desprecio, y su rostro se distorsionó como el de una monstruosa gárgola, y la sombra del viejo Richer planeó por sus facciones—. ¿Lo veis? Ninguno conoce la contención ni la prudencia, ni las virtudes que predicán los padres. Luego, cuando trato de ofrecer mis consejos pacíficos para evitar la desgracia y la vergüenza para ambas casas, después de comprobar la naturaleza impúdica de esa arpía con la que querían casar a mi padre, ¡un novicio me clava la espada! No importa lo que digáis, abad. Ningún tribunal, de corte o de Iglesia, os daría la razón. —Gauthier inspiró profundamente. Warin de Lonray y Auxerre quizá contaban con hombres y con espadas, y el viejo abad con la sombra alargada del Císter, pero Gauthier de Souillers había vivido ocho años bajo el silencioso yugo del arzobispo más temido de Francia, odiándolo por su crueldad y sirviéndole por su poder, y había aprendido mucho. Les enseñaría cómo se lavaban las afrentas de honor—. Reclamo la entrega inmediata de Aalis de Sainte-Noire, a la que sin duda ocultáis, conspirando contra el cumplimiento de los esponsales legalmente comprometidos por documento firmado y sellado hace años entre nuestras

familias; el encarcelamiento del capitán Auxerre y de Raoul, novicio del Císter, por ataque criminal a un fraile de la casa de Enrique de Beauvais, arzobispo de Reims, con agravante de sangre derramada, y la devolución del sello de Souillers que me fue arrebatado en mi propio castillo. Y en reparación por la generosidad de la casa Souillers, que no ha arrasado este castillo, ni degollado a sus habitantes, ni esparcido sal por sus tierras, exijo la mano de *dame* Jeanne de Sainte-Noire, para convertirla en mi esposa. ¡Os juro que llevaré todo esto frente al rey si no cumplís con mis demandas! —añadió, con la mirada torva—. Mis tropas se ocuparán de que se haga justicia antes de que se dicte, en caso de que os neguéis a obedecer.

Al son de las amenazas de Gauthier, los soldados de los dos bandos ya estaban frente a frente, empuñando espadas y dagas, y Warin balanceaba su hacha con satisfacción. Gauthier puso su mano sobre el hombro de *dame* Jeanne, mientras Auxerre y L'Archevêque calculaban las escasas posibilidades de que el enfrentamiento se saldara sin muertos. La gran mayoría de guardias de Souillers y Sainte-Noire habían asistido al banquete, tentados por las carnes que entraban y salían, crudas y cocidas, de la despensa y los fuegos de la cocina. Y el vino y los manjares no habían apaciguado sus ansias de lucha, antes bien los habían predispuesto para ella. Fuera, sólo quedaban unos pocos soldados haciendo la ronda de vigilancia o custodiando los portones del recinto. Sería una carnicería, pero no había otra salida. Con la espada en alto, Auxerre se adelantó hacia Gauthier.

—¡Basta, hatajo de inconscientes! —El potente estallido del abad resonó por todos los rincones de la sala deteniendo las manos armadas y los brazos prestos a saltar. Hughes conocía demasiado bien el ansia que se había apoderado de todos; eran soldados sin guerra, guerreros sin misión hartos de guardar las formas y la paz; después de haber saciado hambre y sed, nada complacía más a un hombre con espada que descargarla en el cuello de un enemigo. Él también había sido como ellos, antes de viajar a Ultramar para liberar Tierra Santa, cuando aún no había respirado el aire extranjero del desierto ni el hedor de cientos de muertos apilados al sol. Cuando la guerra sólo era una idea, cuando no había adquirido realidad, cuerpo tras cuerpo destrozado. Después de la masacre, había tomado los hábitos para luchar contra la muerte con la paz. Desgraciadamente, los hombres sólo sabían seguir sus instintos y éstos los conducían a la perdición de sus almas. Tronó, exasperado—: ¡Atended y obedeced a la Santa Madre Iglesia, u os juro que haré que os excomulguen a todos, y que vuestros huesos se pudran al sol sin una mala oración por vuestra alma condenada, así me lleve diez años convencer al papa de que no merecéis un entierro cristiano!

Las treinta almas que había en la sala se encogieron ante la amenaza. Por mucho que la Iglesia se lamentara de las decadentes costumbres, de las herejías y la falta de caridad de las gentes, lo cierto era que todo buen cristiano vivía en el temor por la salvación de su alma y la terrible perspectiva de arder en el infierno. Excepto el germano, que lo observaba con abierto descontento y una expresión escéptica en el

rostro, el abad comprobó que todos bajaban las armas. Un soldado cayó de rodillas y empezó a rezar, y pronto se le sumaron más. Quizá san Bernardo hubiera conseguido que, además, una porción de los presentes se lanzara a reconquistar Jerusalén; Hughes de Marcy se conformaba con evitar el enfrentamiento que aquella noche, hasta hacía poco, parecía inevitable. Suspiró aliviado y dijo con calma:

—Gauthier, vuestra indignación es justa y vuestras peticiones razonables. Lo cual no significa que puedan satisfacerse de inmediato, pues por mucho que la razón tenga la apariencia de ser vuestra, existen hechos que arrojarán una luz infinita sobre este malentendido. —Gauthier enarcó las cejas, sarcástico, mientras Auxerre contemplaba al abad, expectante. Éste levantó el dedo índice—. Os presento al hermano Raoul de Marcy, de la Orden del Temple de Jerusalén, que como sabéis se dedica a prestar ayuda a los cruzados que luchan por toda la cristiandad. El hermano Raoul está bajo la protección del Císter, y ha jurado proteger mi vida con la suya. —Dejó transcurrir un instante para que sus palabras calaran hondamente en los incrédulos soldados, que no apartaban la mirada del jovencísimo templario—. Segundo: el ataque del caballero Auxerre.

—Si me permitís... —Trató de intervenir éste.

—No, no os lo permito. De hecho, por si no me habéis oído antes, he prohibido que nadie se mueva ni una pulgada bajo pena de condenar su alma a los eternos fuegos del Infierno. ¿Queréis condenaros, caballero? —cortó tajante el abad. Auxerre apretó los labios, negó con la cabeza y se cruzó de brazos. Hughes de Marcy siguió, imprimiendo en sus palabras un suave deje de ironía—: El ataque del caballero Auxerre. Sin duda no habréis tenido oportunidad, mi señor Gauthier, de reflexionar bien sobre lo que decís. Una espada derramó vuestra sangre, ciertamente. Llevabais un hábito sagrado, cierto también. El carácter del arzobispo Enrique de Beauvais no me es desconocido, y sé lo mucho que le indignaría un suceso tan deplorable. ¡Un monje atacado en plena noche, a traición y sin merced!

El rostro de Gauthier estaba ensombrecido y ceñudo. Presentía adonde quería ir a parar el viejo, y si las cosas tomaban ese rumbo, tendría que volver con las manos vacías a Souillers, y sabía demasiado bien con qué lluvia de improperios le cubriría su padre. Efectivamente, tal como Gauthier temía, la voz del abad se suavizó, mientras se acercaba al pequeño corro en el que se encontraban Souillers, Auxerre y L'Archevêque, y murmuraba, fijando sus azules ojos en él:

—Me comprendéis, ¿verdad? Ni el hermano del rey podrá, ni querrá, entender qué hacíais en las estancias de una niña por desposar, ni qué falta le hace a un clérigo aparecer por pasadizos secretos armado con una espada, cuando disfruta de la protección de su propio techo. Y si bien el arzobispo es hombre de humores cambiantes, no creo que tenga a bien acogeros bajo su protección, tan reciente vuestro abandono de hábitos y tareas. Me dicen que desde que lo dejasteis ha tenido ya dos secretarios, y el último salió a caballo de Reims con lo puesto, jurando no volver nunca jamás.

El abad sonrió seráficamente. Se sobresaltó al oír la voz pausada de Auxerre añadir:

—Lamento que hayáis perdido vuestro sello, Gauthier. Deberíais ser más cuidadoso con las posesiones sagradas de vuestra familia. —El capitán hizo una mueca de desprecio—. Y en cuanto a la mano de *dame* Jeanne, primero tendremos que esperar a que el señor de Sainte-Noire fallezca, si no os parece mal. He oído decir que la Iglesia no contempla las costumbres sarracenas como dignas de respeto. Como veis, *dame* Jeanne está transida de dolor.

Se volvió para contemplar a Jeanne y, para su sorpresa, era cierto que su faz estaba más blanca de lo habitual, a pesar del vino que había consumido esa noche. Estaba mirando fijamente al frente, ajena a la conversación del abad y los caballeros, con una expresión en la que se mezclaban esperanza y ansia, y cuando Auxerre siguió la dirección de su mirada, supo que todo había terminado.

El aya Nicole, con los ojos arrasados de lágrimas, hizo una incierta genuflexión frente a *dame* Jeanne y murmuró:

—Nuestro señor de Sainte-Noire ha muerto, señora.

Contrariamente a la tradición en otros lares, los sirvientes y criados de la casa Sainte-Noire no despojaron al patriarca Philippe de sus ropas en su mismo lecho de muerte, habitual costumbre que complacía a los doctos padres, pues demostraba que todos los hombres llegaban igual al juicio de Dios, desnudos y sin más posesiones que su alma, por ricos y cresos que hubieran sido en vida. Así, *dame* Jeanne pudo officiar el ritual del reparto, distribuyendo solemnemente las prendas entre los caballeros de mayor confianza del fallecido. Una vez se hubo cubierto el cadáver con una túnica blanca limpia, Jeanne abrió el arcón donde se guardaban capas de montar, mantas, pieles y camisas largas que habían pertenecido a Philippe, y procedió a repartirlas entre los veinte hombres que, apenas hacía unos minutos, habían estado dispuestos a batirse por defender Sainte-Noire. Los miró fijamente uno por uno, consciente de que a partir de entonces, y hasta que no tuviera marido, su seguridad dependía de aquellos soldados. El último, y también el que obtuvo lo más valioso, la capa de pieles blancas que Philippe había recibido como regalo y muestra de respeto del conde de Champagne, fue el caballero Auxerre, el cual tomó la prenda con gesto mudo y los ojos bajos. *Dame* Jeanne se demoró un instante frente al capitán, estudiando la línea de sus labios y los surcos de su frente; otras viudas habían hecho buenas bodas casándose con los senescales de sus maridos. Incluyó la cabeza a su vez, llena de dudas. En esos momentos, Jeanne tenía que estar segura de que sus hombres la obedecerían ciegamente, para poder confiarles su vida. Hasta que no tuviera plena certeza de Auxerre, la oferta de Gauthier seguiría siendo su mejor opción. Apretó los dientes. El día en que la Fortuna estuviera de su parte ya llegaría. Entonces podría exigir la lealtad de sus soldados. Y el primero obligado a darle razón de su fidelidad

sería el capitán de la guardia.

El abad se adelantó para pronunciar una oración por el alma del fallecido. Todos los presentes inclinaron la cabeza y el eco de la plegaria llenó la sala. Los murmullos ciegos recorrieron el castillo como un viento cansado en busca de refugio.

Capítulo siete

Cuando trató de estirar los brazos, comprendió que la razón por la que estaba inmóvil no era el cansancio, ni el sueño del que acababa de despertar, sino unas firmes ataduras que alguien había colocado con habilidad alrededor de sus tobillos y de sus muñecas. Aalis parpadeó, y entre la completa oscuridad sólo alcanzó a distinguir una estrecha hendidura horizontal en el muro y, un poco más abajo, unas argollas clavadas en la pared de piedra maciza, de las que pendía una larga cadena; al final del último eslabón, un firme nudo de dos vueltas como el que cercenaba su piel. Estaba presa en su propio castillo. Trató de zafarse una vez más, pero sólo aumentó el dolor que las rozaduras le causaban, especialmente en la parte interior de la muñeca. Con gran esfuerzo, se puso de rodillas, a pesar del inmundito hedor que despedía la paja húmeda que cubría el suelo y del inquietante chirrido que llegaba desde el fondo de la celda. Empujando hacia adelante, logró erguirse y pudo ponerse en pie apoyándose en la pared. La cadena era larga, y en la mazmorra apenas había espacio para dar cuatro pasos. Siguió el contorno del muro; por fortuna, aún conservaba el fuerte hábito de lana gruesa, que protegía sus piernas y brazos de las grietas y aristas de la pared. Por fin llegó al agujero practicado en la piedra y se asomó. Lo primero que vio fueron los pies envueltos en trapos y piel curtida de los palafreneros, y luego los cascos y las herraduras de los caballos. Bajó la cabeza, frunciendo el ceño. Debía de estar frente a los establos, por debajo del nivel del suelo, en algún calabozo excavado en la roca que formaba la base del castillo de Sainte-Noire. La desesperación se apoderó de ella. ¿Cómo se las arreglaría para huir esta vez? Y, más importante aún, ¿quién la habría apresado?

Lo último que recordaba eran las palabras exhaladas por su padre en su lecho de muerte sobre Françoise, su esposa, y la verdad revelada: que su madre, en realidad, no había muerto, sino que se había apartado del camino, sagrado y más importante, de la descendencia de Sainte-Noire, para dejar paso a *dame* Jeanne y a su salud de campesina que pronto aportaría hijos al castillo. Varones fuertes que pudieran empuñar espadas, y no inútiles mujeres como ella, pensó Aalis llena de frustración, cautiva siempre, con ataduras reales o promesas ajenas que cumplir, pero jamás libre. Cayó de rodillas y, luchando contra las lágrimas, murmuró:

—Padre, madre; tengo el alma vacía y cansada.

De pronto se oyó un crujido de pasos, cada vez más cercano. Aalis levantó la

cabeza rápidamente y miró a su alrededor, buscando sin éxito algo con lo que defenderse. El puñal que había robado del monasterio había desaparecido, y en el hábito sólo había el pequeño salterio para uso cotidiano de los monjes. Supo que estaba perdida cuando se abrió la puerta y apareció el hombre rubio más alto y más cruel que jamás había visto. Y, sin embargo, Warin de Lonray estaba sonriendo.

El abad se dejó caer encima del arcón de madera y se descalzó las botas, desabrochando los corchetes trabajosamente. Raoul contempló las arrugadas manos, bruñidas por el sol, y las cejas ceñudas de Hughes de Marcy, y luego se volvió hacia Auxerre y L'Archevêque; en la tabla de madera frente al fuego, un criado había dejado vino caliente y miel, y sobras de carne fría aderezada con leche de almendras cuajada. El novicio echó otra ojeada a los dos soldados, que permanecían en silencio como el abad, y volvió a mirar los alimentos. Hacía varios días que sólo comía frutos secos y agua clara del arroyo, y su estómago se lo recordó, emitiendo un sonoro quejido. Avergonzado, se arrebujó en un rincón y esperó. El abad Hughes no tardó en acercarse al fuego y tomar asiento al lado de Auxerre. Mirando al frente, dijo:

—Philippe no siempre respetó las propiedades del monasterio. Pero nos compensó con generosas donaciones y limosnas, y echaré de menos su franqueza. — Se volvió hacia Auxerre—. Ahora, después de honrarlo, nuestro deber para con él es cumplir su voluntad.

L'Archevêque se removió incómodo en la silla, y clavó la vista en el suelo. Oyó que Auxerre murmuraba entre dientes:

—Si alguien sabe cuál es esa voluntad, ardo en deseos de oírla.

El abad estudió el perfil inmóvil del capitán, y pensó, cansado, que quizá algún día los seres humanos enfrentados a un abismo aprenderían a plegarse a la voluntad de Dios y a su destino, en lugar de oponerse y ahogarse en él, como hormigas frenéticas que terminaban anegadas en una gota de agua. O tal vez, ponderó, aprenderían a navegar contra la corriente y alcanzar la otra orilla, confiando en sobrevivir a la batalla. Hughes de Marcy suspiró pesadamente. Desde hacía tiempo su fe era como un junco de las marismas, y no sabía a qué viento atenerse. Sólo le quedaban fuerzas para una última misión. Alargó el brazo y escanció el vino ya tibio en las copas de madera. Auxerre aceptó la suya con una inclinación cortés. Raoul sorbió su bebida con ansia. L'Archevêque aprovechó la pausa para levantarse de un salto y exclamar:

—Yo no sé tú, Raoul, pero a mí el hambre me devora las entrañas. ¿Te permitirá tu abad que realicemos una incursión en las cocinas? —Louis y Hughes cruzaron una mirada que no pasó desapercibida a Auxerre—. Prometo que sólo comerá carnes cocidas, abad; ninguna viva y coleando tentará su alma pura. ¡De éstas ya me encargaré yo!

Hughes de Mont-Froid asintió benevolente; el joven novicio se levantó y salió en

dos zancadas de la sala.

—¡Eh! ¡Malditos templarios! —exclamó Louis jocosamente—. Siempre tienen que ir por delante de todo el mundo.

Y fue tras él, echando un último vistazo a las dos figuras que permanecían en la estancia, como esculpidas frente al calor de la chimenea. Cuando el ruido de los pasos se apagó, Auxerre dijo, impasible:

—Ahorradme el sermón, abad. Ni yo estoy en disposición ni vuestras energías están para eso. —Bebió un poco, estiró el cuerpo y dijo, sombrío—: Imaginemos que ya está todo dicho, y dejemos descansar nuestros huesos. Adivino lo que vais a pedir, y vos también sabéis cuál será mi respuesta.

—Os agradezco vuestra gentileza —replicó Hughes irónico—. Pero me temo que hay palabras que deben pronunciarse y resonar por las piedras para que surtan su efecto.

—¿Como cuáles? —preguntó Auxerre, sus manos endurecidas cerradas en un único puño—. ¿Lealtad, deber, honor? He pasado por muchas vidas distintas desde que empuñé una espada por primera vez, y os aseguro que esas palabras han perdido color y empuje con el tiempo, y su altivez de juventud se ha tornado en prudencia y humildad. No les queda mucho de qué enorgullecerse, buen padre —terminó, sarcástico, y su voz se hizo metálica—. No pretendáis que desfilen frente a vos como cuando eran honradas.

—Al contrario, me tomáis por un viejo sin entendederas si queréis que crea que habéis pasado los últimos diez años de vuestra vida en Sainte-Noire por la paga anual de quince denarios y el forraje de un caballo. Pero está bien —aceptó el abad, resignado. Se recogió las mangas del hábito y dejó transcurrir un momento antes de proseguir—. Dejemos las abstracciones. Vamos a las cosas prácticas. ¿Creéis que Aalis sigue viva?

Auxerre se irguió de un salto, furioso. Su copa cayó en el fuego, que despidió una gran llamarada que iluminó el rostro agotado del capitán. El abad siguió hablando, inflexible:

—Es posible que el bosque la haya devorado como a una más de las criaturas, bestias o humanas, que allí perecen cada noche; o quizá ha logrado alcanzar alguna choza de campesinos que acuerden no entregarla al primer señor que la reclame, a cambio de que se encargue de cocinar, o los ayude a segar los campos, o a hilar madejas de áspero algodón. O lo que es más probable: las bandas de ladrones y asesinos que pululan por la región la habrán capturado, y ya estará en algún navío rumbo a los puertos venecianos para ser vendida con buen provecho a los clientes de los banqueros y comerciantes que tanto aprecian las pieles claras.

—No tenéis piedad —escupió Auxerre.

—Es un lujo que los hombres de guerra pueden permitirse de vez en cuando. Yo estoy consagrado a la paz, y ésta no conoce la piedad —repuso el abad, sintiéndose muy viejo de repente. Su voz se dulcificó—: Vamos, Auxerre. En todos los años que

os conozco siempre habéis sido fiel a vuestro señor. Ahora que ha muerto, él y su casa os necesitan más que nunca. Un castillo con dos mujeres, en estas tierras, pronto caería en manos del primer pretendiente con ejército que llame a estas puertas; Sainte-Noire necesita varones, hijos que puedan volver a reclamar su enseña.

—Tenéis a Jeanne —replicó sordamente Auxerre—. Es fuerte y es joven también. ¿No tenéis bastante con ella para criar toda una camada? ¿Además necesitáis a la joven?

—Sabéis que *dame* Jeanne no vale nada —repuso el abad pacientemente—. No es de sangre noble, no tiene familia a la que reclamar protección. Sin Philippe de Sainte-Noire, cualquiera puede acusarla de brujería, o de inmoralidad, o incluso de ser judía, cualquier cosa para hacerse con el derecho a gobernar estas tierras. —Hughes puso la mano en el brazo de Auxerre, consciente de que sólo repetía lo que ambos ya sabían—. Aalis de Sainte-Noire es hija de una mujer de alta cuna procedente del sur, emparentada con condes y barones, y la familia de Philippe se ha ganado el respeto de los reyes y de la Iglesia defendiendo este lugar de las zarpas de todos. Aalis es la depositaria de la sangre de esta casa, y sólo por ella pasa la vía hacia la paz. Tenéis que protegerla de todo mal, y tenéis que casarla con un Souillers. Ése es vuestro deber, caballero Auxerre. —El abad se arrodilló al lado del soldado mientras las palabras salían de sus labios reseco—: Y para evitar que se derrame la sangre por los viñedos de mi monasterio, os ruego y os conmino, en nombre de Philippe de Sainte-Noire, a que traigáis de vuelta a casa a la única heredera de vuestro señor, con la esperanza de que esta tierra conozca descanso.

Auxerre dejó caer la cabeza, vencido. El abad se levantó y lo dejó solo en la gran sala del homenaje, frente al tapiz de Sainte-Noire que representaba la feliz unión entre Philippe y *dame* Jeanne. En un ángulo del tapiz había una niña de piel blanca y pelo oscuro, y hasta en la tela tejida la expresión de su cara era seria y pensativa. Dos pequeñas puntadas de color verde pintaban los ojos de Aalis de Sainte-Noire, y el recuerdo de ese rostro y su mirada anegada en dolor se extendió como aceite hirviendo por las venas de Auxerre. Las lágrimas afloraron a sus ojos y la furia invadió su espíritu. Desenvainó su espada y descargó un golpe.

L'Archevêque lo encontró en el mismo lugar unas horas después. El soldado estaba echado contra la pared, recostado, con la copa volcada a su lado y el mentón contra el pecho. Estaba inerte.

—Auxerre —lo llamó.

Al cabo de unos momentos, con los ojos aún cerrados, Auxerre respondió:

—Vete, arzobispo.

Su voz partía de algún lugar profundo y lejano. Louis contempló la estancia y vio el sillón de madera destrozado en un rincón, hecho un amasijo de madera. El tapiz de la gran sala colgaba desmadejado, con anchas rajaduras cortando el pesado tramado, y

trozos deshilachados cubrían el suelo, como si se hubiera producido un enfrentamiento mortal entre dos combatientes hechos de roble y clavos y lana y cuero curtido. Rápidamente miró las manos de Auxerre y vio sangre seca en sus nudillos. L'Archevêque se sentó al lado del capitán. Al cabo de un rato, Auxerre balbuceó:

—Encárgate de preparar una patrulla de rescate. Saldremos al amanecer en busca de Aalis.

—Bien —asintió Louis impertérrito. Carraspeó, y añadió—: No seremos los únicos en partir. Hay movimiento entre las filas de nuestros huéspedes.

—Que se los lleve el Diablo. —Al cabo de un rato, el capitán preguntó—: ¿Qué tipo de movimiento?

—Hacen limpiar sus sillas, y toman provisiones de paja fresca como si se dispusieran a regresar a Souillers.

Auxerre se incorporó y se frotó la cabeza. Le dolía todo el cuerpo como si se hubiera batido contra el mismísimo can Cerbero, pero tenía que concentrarse. El capitán se irguió lentamente, ayudándose con la espada. Miró a Louis y dijo, con extrañeza:

—No es propio de Souillers irse con las manos vacías. ¿Estás seguro?

—¿Quieres decir que si he visto a Gauthier en persona montado a caballo y agitando la mano? Eso no. Pero todos los baúles de su séquito están amontonados frente a los establos, y la mitad de la guardia de Souillers está vigilándolos.

—¿Y dónde está la otra mitad? —preguntó Auxerre, limpiándose la sangre de las manos con un poco de vino. Juró por lo bajo a causa del escozor de las heridas—. No me importan los enemigos a la vista, sino los que permanecen ocultos. Ese germano, por ejemplo. Incluso el desgraciado de Gauthier es un peligro si está suelto por el castillo.

—Hay vigilancia en todas las plantas de la torre. ¿Qué sugieres? ¿Atarles un cascabel para saber dónde paran en todo momento? —replicó Louis.

—No sería mala idea, aunque preferiría atarlos a una piedra de catedral y mandarlos al fondo del pozo. —Auxerre envainó su espada y se dirigió a la puerta, haciéndole una seña a su amigo—. Por el momento haremos la ronda del castillo. Quiero saber qué cuellos anda cortando ese bárbaro.

Warin *Ojo de Lobo* balanceó su hacha frente a Aalis de Sainte-Noire. La muchacha tragó saliva y apretó los labios; aun arrodillada, pugnaba por conservar una maltrecha dignidad y demostraba una valentía que Warin echaba de menos en muchos guerreros y señores a los que había servido. Chasqueó la lengua, y su único ojo azul recorrió las facciones elegantes, aunque algo sucias y magulladas, de la joven. El hábito de monje ocultaba buena parte de su cuerpo, pero no así los mechones de pelo negro que asomaban por la capucha y enmarcaban su rostro ovalado.

—Lástima. Si tuvieras el pelo dorado... —murmuró el germano, con media

sonrisa.

Cuando el soldado había empujado la puerta, la celda se había impregnado de un desagradable y fuerte olor, a sangre mal lavada y cuero húmedo. Pero fue al ver su cara cuando Aalis soltó una exclamación de repugnancia. Era imposible no reparar en la cuenca vacía, la horrenda cicatriz roja y, a su lado, un ojo azul perfectamente cincelado. Desvió la vista, pero a pesar de eso Warin lo supo. Sabía que la gente siempre miraba su ojo. Sólo tardaban más o menos tiempo. Se arrodilló a su lado, le cogió la cabeza por la nuca y acercó su cara desfigurada a la de Aalis, que se resistía frenética, con los ojos cerrados.

—Mírame —ordenó Warin—. Vamos. Así podrás recordar la cara de alguien a quien odiarás para siempre. —Y añadió, con una expresión singular—: Eso te dará fuerzas.

Aalis abrió los ojos y reprimió un gemido de terror. Warin *Ojo de Lobo* sonreía haciendo honor a su apodo, y buscaba con fruición el miedo en la cara de la joven, como si fuera el alimento que lo sustentara para seguir torturando a su víctima. La resistencia sólo conseguiría aún más presión de sus manos de acero en las muñecas de ella, hasta romper los frágiles huesos de su cautiva, como un animal caza a sus presas. Aalis cesó de debatirse y dejó que todo su cuerpo se hiciera líquido; pensó en el agua que fluía apacible por las rocas del lecho del río. Con la vista clavada en el ojo sano, empezó a rezar una suave oración. Warin no se inmutó. Había matado a muchos hombres y mujeres que rogaban por sus vidas mientras les asestaba un tajo con su arma y oído las súplicas de todos. Ésta no era distinta. Ni siquiera tendría que matarla, pues sólo tenía que esperar la noche para entregársela a Gauthier y sus soldados; ellos la custodiarían a partir de entonces. Eso también era una lástima, pues la chica tenía un bonito cuello. A Warin le hubiera gustado añadir una muesca en su hacha en honor de la Sainte-Noire. La muchacha seguía rezando, y a pesar de que las mazmorras estaban bien protegidas por anchos muros excavados en la roca, el germano le ordenó:

—Cállate. No vas a morir. Pero tus estúpidas oraciones me aburren.

Aalis levantó la cabeza, esperanzada, y trató de adivinar la expresión en el rostro indescifrable de un solo ojo. Desafiante, repitió la plegaria. «*Obsecro te, Domina Sancta Maria, Mater Dei, pietate plenissima, summi regis filia*». Warin se dio la vuelta, molesto. Esperaba que Gauthier no tardara mucho.

—Os lo juro —repitió Gauthier de Souillers, satisfecho.

Dame Jeanne le dio la espalda para ocultar la feroz alegría que se pintaba en su cara. Quizá, después de todo, podría evitar una incómoda unión y también los ataques contra la modesta riqueza de Sainte-Noire. Se volvió y clavó la mirada de sus profundos ojos almendrados en él.

—¿Dónde estaba? ¿Cómo lo habéis logrado?

Gauthier esbozó una ancha sonrisa, complacido como un gato frente a un gran cuenco de leche.

—Es una pequeña estúpida. Volvió al castillo, Dios sabe por qué medios, y dos de mis hombres la sorprendieron.

—Qué estupidez, en efecto.

Dame Jeanne pensaba con todas sus fuerzas. Ahora que la niña había aparecido, la boda con el viejo Souillers estaba garantizada y ella ya no tendría que preocuparse; ya no era la única moneda de cambio de la familia, ni tampoco sería vulnerable a los ataques externos, pues contaba con su propia mesnada y con la obligada prestación de ayuda por parte de los Souillers. Pero no podía depender para siempre de extraños. Si sabía administrar con prudencia sus bazas, podría convertirse en la castellana de Sainte-Noire y tomar un esposo de menor rango que ella, asegurándose su fidelidad y la protección directa que a la larga necesitaría. Un marido, pensó Jeanne, que ella hubiera escogido y no al revés; que fuera de su gusto, y que siempre obedeciera sus deseos, en lugar de tener que plegarse ella a los suyos. Sus labios se curvaron en una sonrisa de complacencia. En realidad ya sabía a quién quería; sólo tenía que ser paciente y esperar. La voz de Gauthier de Souillers llegó a sus espaldas, más molesta que nunca:

—Cuando todo esto acabe, volveré a mi padre con dos alianzas selladas. La de Aalis y nuestros propios esponsales. —Se acercó a Jeanne y apretó sus hombros con fuerza—. Viviremos en este castillo y lo llenaremos de varones. Apenas puedo esperar, Jeanne.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre, y a Jeanne se le antojó como si una babosa obscena se hubiera deslizado por su cuello. Suavizó las arrugas que surgían en su ceño cuando sentía desprecio. Afeaban su dulce rostro; las veía cada noche hacerse más profundas en el reflejo que le devolvía la lámina de plata donde se contemplaba ansiosa. Se volvió hacia Souillers y, entreabriendo los labios con habilidad, murmuró al cabo de lo que pareció una eternidad:

—También yo deseo que esa boda se celebre pronto, Gauthier.

Souillers tensó las mandíbulas. Necesitaría toda la fuerza de voluntad que había empleado durante su celibato como monje para no volverse loco de deseo. Y quizá también la ayuda de alguna sirvienta voluntariosa, se dijo, en un ataque de lucidez. Pero lo principal ahora era conducir a Aalis de nuevo hacia los brazos de Richer.

—Voy a encargarme de todo. Esta misma noche partiré hacia Souillers; yo mismo la escoltaré para asegurarme de que no hay ningún otro incidente. Pronto volveré a vuestro lado para reclamaros como mi esposa.

Salió como una exhalación, tropezando con su espada. *Dame* Jeanne apenas pudo contener una mueca de desprecio.

Warin se volvió hacia Aalis, enfurecido. Las sílabas en latín no dejaban de manar de

los labios de la joven, en una cascada de cánticos enloquecedores que pintaba sombras extrañas en las paredes de la celda, de ángeles o de demonios. No sabía cuánto tiempo llevaban esperando a Gauthier, pero se le antojaba una eternidad. El germano empuñó su hacha y acercó la enorme hoja a una pulgada del cuello de la muchacha.

—Te ordeno que te calles. No me hagas repetirlo más.

Auxerre y L'Archevêque intercambiaron un gesto negativo. El último piso de la torre del castillo también estaba despejado. Los vigías recorrían todas las almenas, y no había rastro de los guardias de Souillers.

—Tienen que estar por alguna parte —dijo Louis, acariciando su daga.

—Vamos abajo. Si están preparando los caballos, quizá alguno esté de vigilancia cerca de los establos.

Con sigilo, bajaron la escalera hasta llegar al patio de armas. Se ocultaron tras unos barriles, y desde allí observaron a varios palafreneros ocupados cepillando los caballos y dándoles de comer zanahorias y manzanas dulces. Otros pulían con cera las sillas de firme cuero, y un par de los más jóvenes apilaban paja en grandes haces y la ataban con cordeles, amontonándola en un carro detenido a unos pasos del gran portón de entrada. Allí, por fin, un par de guardias de Souillers se entretenían jugando a los dados y sorbiendo un tazón de líquido humeante para contrarrestar la fría brisa de la montaña que recorría Sainte-Noire cuando el sol se ocultaba. Auxerre dijo, en voz baja:

—Demasiada tranquilidad. Esto no es un monasterio.

—Cierto. Y el bárbaro de un solo ojo sigue sin asomar su fea cara.

De repente, un largo y agudo chillido rompió la noche. Auxerre y L'Archevêque saltaron a una hacia los establos, de donde procedía el grito, pero allí sólo cabeceaban los palafreneros, agotados, y los gatos de la cocina ronroneaban plácidamente.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Louis, mirando a su alrededor—. ¿De dónde venía?

Auxerre no contestó, registrando cada palmo del establo, levantando los montones de paja y de mantas apiladas, las sillas de montar y las herraduras dispuestas en los rincones. Cuando no quedó nada por comprobar, el capitán echó sin miramientos a los sirvientes y recorrió todo el perímetro del establo, en busca de alguna señal invisible para L'Archevêque, que asistía incrédulo a la minuciosa búsqueda que Auxerre estaba llevando a cabo.

—Auxerre, ¿qué demonios estás haciendo?

El capitán se volvió con el rostro desencajado y repuso, cayendo de rodillas:

—¿Es que no la has reconocido? ¡Es ella, está aquí!

Durante unos instante en el patio de armas sólo hubo silencio, y ni siquiera los sirvientes osaron acercarse a los dos soldados que permanecían inmóviles en el

establo, uno arrodillado y el otro mudo, sin saber qué decir. Gradualmente, la noche volvió a recuperar su voz, y de aquí y allá llegaban rumores de pasos, risotadas camufladas entre paredes y jergones, y algún pájaro nocturno piando en busca de su presa. Un suave murmullo, persistente y sordo, bañaba la oscuridad, como si las nubes anunciaran la lluvia con un presagio hablado. Poco a poco, el rumor se convirtió en un sollozo, y éste a su vez en un llanto. Alguien lloraba. Auxerre levantó la cabeza como un animal olfateando la tempestad, y se arrastró hacia la pared de piedra del establo, una de las caras de la torre del castillo. Empezó a escarbar en la tierra con una herradura, lo primero que encontró, y llamó a L'Archevêque:

—¡Louis! ¡Ven, ayúdame!

El soldado acudió y comprendió lo que su capitán había descubierto. Cavando con la daga, L'Archevêque alcanzó a ver la estrecha abertura practicada en la piedra que dejaba adivinar la celda subterránea de donde partía la lastimera voz de una mujer. Auxerre arrancaba grandes trozos de barro y paja, y con la herradura golpeaba la piedra para tratar de atraer la atención de la cautiva. Cuando el agujero se agrandó lo suficiente para pasar una mano, Auxerre introdujo la suya, susurrando:

—¡Señora! —Y más suavemente—: Aalis...

Los sollozos se detuvieron en seco. Unos grandes ojos verdes, velados por el miedo, asomaron bajo la rendija. Al ver a los dos caballeros, Aalis exclamó, rebotante de alegría:

—¡Auxerre! ¡Louis!

El capitán no habló. Con sus dedos sucios rozó la mejilla de la joven.

De pronto, ésta se dio la vuelta, y murmuró, aterrada:

—¡Daos prisa! ¡Sacadme de aquí! Ese monstruo puede volver en cualquier momento.

—¿Quién os ha apresado?

—No lo sé, jamás lo había visto —respondió Aalis—. Es un ser abyecto, y su rostro es verdaderamente el espejo de su alma podrida. Sólo tiene un ojo, y...

—¡Ese perro! —Escupió Auxerre—. Es Warin. ¡El demonio lo lleve! Vamos, Louis, tenemos que buscar la entrada de la mazmorra. Dale tu daga.

El soldado así lo hizo. Auxerre se volvió a Aalis y preguntó:

—¿Podréis resistir hasta que lleguemos?

—Ahora que venís, hay esperanza para mí —musitó ella.

El capitán alargó la mano y trató de acariciar su pelo negro, pero donde antes había una abundante melena, ahora sólo quedaban algunos mechones.

—En nombre del cielo, muchacha, ¿qué os ha sucedido? —murmuró Auxerre.

—No puede cortarme el cuello. Tiene órdenes. —Aalis inspiró profundamente—. Pero no ha querido privarme del placer de probar su hacha. Dice que así podrá poner una muesca en mi honor.

El capitán se irguió sin decir nada. Su frente estaba oscura como la noche, y la mano que empuñaba su espada era blanca y no temblaba. L'Archevêque fue tras él en

silencio. Al entrar en el gran vestíbulo de la torre vieron a Gauthier de Souillers, embozado en su capa, descendiendo la escalera hacia la despensa. Auxerre y L'Archevêque ni se miraron. Los dos soldados se internaron en las profundidades de la torre, con la venganza pintada en sus armas.

Gauthier de Souillers bajaba los escalones de piedra gris pensativo y ajeno a los ratones que recorrían los peldaños con él. Era esencial que la prisionera permaneciera oculta, pero para sacarla del castillo sin que los descubrieran tendría que estar inconsciente o alertaría a los soldados de Sainte-Noire. Se encogió de hombros. Su padre no se molestaría porque le llevaran a su prometida con un morado más o menos. Al llegar frente a la puerta de hierro negro, apenas distinguible en el muro húmedo y rocoso de los sótanos del castillo, golpeó el aldabón con energía dos veces. Unos pasos lentos se acercaron y los goznes rechinaron. La celda apestaba a sudor y podredumbre. Gauthier se tapó la boca aparatosamente, mientras Warin de Lonray se apartaba para mostrar su botín, satisfecho. Aalis ya no estaba inmovilizada por las ataduras de pies y manos; en lugar de eso, Warin le había colocado una argolla en el pie y la larga cadena la mantenía pegada al muro. Gauthier se quedó boquiabierto. Largos bucles negros yacían en el suelo. La muchacha llevaba el pelo corto como un condenado a muerte, con ralos mechones aquí y allá. Aalis sostuvo la mirada de Gauthier y éste se volvió hacia Warin y lo llevó hasta el rincón opuesto de la celda, donde ella no pudiera oírlos.

—¿Estás loco? Podrías haberla matado.

—Jamás yerro el golpe de mi hacha —respondió Warin—. No quería matarla; si no, lo hubiera hecho.

—Maldito bárbaro —murmuró Gauthier. Y prosiguió, susurrando—: No importa. Mi padre tendrá que conformarse o esperar a que vuelva a crecerle. Ahora tenemos otro problema entre manos: hay que sacarla del castillo esta misma noche, sin perder tiempo.

—Eso no será un problema —replicó Warin—. En cuanto deis la orden, la amordazaré y la llevaré al lugar que me indiquéis. Después de eso, es vuestra, y yo soy libre de volver con mi señor.

—Bien. Bien —repitió Gauthier para infundirse valor. Levantó la mirada, alarmado—. ¡Espera! ¿Qué quieres decir?

—¿Qué queréis decir vos? —preguntó Warin con la voz metálica. Trató de no exteriorizar lo hastiado que estaba de servir a las órdenes de Souillers. Si debía seguir obedeciendo durante más tiempo a aquel aprendiz de caballero, tendría que ser por una muy buena razón.

—Rotrou te ha puesto a mi servicio, y sólo él puede ordenarte que lo abandones. Y hasta que esta maldita loca no esté casada con mi padre no te consideres liberado.

Se disponía a seguir cuando Warin oyó un chirrido y giró la cabeza. Mirando a

Gauthier, se puso un dedo en los labios en señal de silencio y se acercó a Aalis. Tomó el borde de su hábito y, de un brusco tirón, rompió un trozo de tela, que utilizó para amordazar a la joven. Después, fue lentamente hacia la puerta y cogió el hacha, que estaba apoyada en la pared. Empezó a balancearla para tomar impulso y, después de dos feroces vueltas completas de la hoja, descargó un hachazo en el batiente de hierro, que resonó por todos los cimientos del castillo. En la superficie negra apareció una profunda mella y, sin apenas pausa, Warin descargó otro embate, menos contundente. Al otro lado de la puerta se había hecho el silencio más absoluto.

—¡Estúpido! —Silabeó Gauthier—. Sólo son ratones.

El germano hizo caso omiso de Souillers y empujó la puerta con el hacha. Al abrirse, la antorcha de trapos empapados en aceite que iluminaba el pasadizo sólo dejó adivinar sombras escurriéndose entre las paredes. Warin sonrió, como si eso confirmara sus sospechas.

—Están ahí. Puedo sentir su aliento.

Gauthier escudriñó desesperado el negro corredor. No veía nada más que reflejos en las paredes de roca. De repente, oyó el filo de una espada desenvainándose lenta y suavemente. Dejó escapar un grito de temor y sacó su propia arma, torpe. La empuñadura era de hierro labrado y pesaba mucho, y la hoja era demasiado larga como para manejarla con comodidad. No tenía fuerza suficiente para sostenerla con una sola mano, y el hierro cayó al suelo con un sonido sordo. Desde el corredor llegó una risotada de burla. Warin echó un vistazo a la ridícula figura y también esbozó una mueca de desprecio. Gritó:

—¡Sois ratas si permanecéis ocultos en la oscuridad, y ratas sois si no salís a luchar como guerreros!

—¡Cierra la boca! —suplicó Gauthier—. ¡Harás que nos maten!

—Al contrario. Haré que viváis —espetó Warin, balanceando su arma. El ruido rítmico de la hoja cortando el aire se interrumpió con un entrechocar de metales cuando una espada se interpuso en la circunferencia. Rápidamente, Warin retrocedió un paso y se dispuso a enfrentar el ataque. Auxerre avanzó. La luz temblorosa de la antorcha reveló sus facciones y su determinación. Tras él, L'Archevêque también había desnudado su espada y contemplaba a Aalis amordazada y encadenada con el ceño fruncido.

—Creo, amigo mío, que estos dos son unas bestias que no merecen vivir —dijo muy despacio.

—Por una vez, Louis, no voy a discutir tus palabras.

Como un solo hombre, los dos soldados se abalanzaron cada uno sobre un contrincante. Gauthier de Souillers emitió un lastimero chillido cuando L'Archevêque se lanzó sobre él con su arma en ristre. En cambio, Warin de Lonray rugió feroz al enarbolar su hacha y descargarla sobre el costado de Auxerre, el cual esquivó con rápidos reflejos el ataque del bárbaro y le propinó a su vez un estoque tratando de alcanzar su pecho. A pesar de su constitución, alta y voluminosa, Warin se movía

ágilmente, y su hacha se deslizaba veloz cimbreándose en el aire. Auxerre saltaba evitando sus embates una y otra vez, pero las muñecas del germano se doblaban y giraban prodigiosamente, como si su carne no estuviera impedida por la rigidez de los huesos, y el hacha oscilaba dotada de vida propia en enloquecedores círculos por encima de su cabeza y a su alrededor, como un molino de viento con aspas de acero que devorase a cualquiera que se le acercara. Auxerre se concentró en el lado tuerto del bárbaro, pero como si el propio demonio lo dotara de la capacidad de ver desde su cuenca vacía, Warin esquivaba las estocadas con heridas superficiales. Lo único que conseguía el capitán era agotarse más y más. Warin percibió el cansancio de su adversario y, con un bramido aterrador, redobló sus esfuerzos, implacable. El hacha cayó, cuan pesada era, sobre el hombro de Auxerre, que supo inclinarse a tiempo para salvar su brazo. El tajo que pese a todo le había propinado el bárbaro empezó a manar sangre, y una nube cayó sobre los ojos del capitán. Éste resopló como un caballo y clavó su mirada en el único ojo azul del germano, murmurando entre dientes:

—Por Sainte-Noire y por mi honor, ¡no saldrás de aquí sin probar mi acero!

Warin seguía firmemente anclado, haciendo girar su hacha con ambas manos, y en su boca torcida había una mueca de crueldad. Con un golpe veloz como un rayo, Auxerre tocó con el filo de su espada el brazo del mercenario, causándole una herida poco profunda pero que empezó a sangrar en abundancia. Warin tomó el hacha con una sola mano, y trató de descargarla de nuevo en el hombro de Auxerre para cercenarle el brazo. Éste giró sobre sí mismo y aprovechó el impulso para tajar de nuevo con su arma el muslo derecho del germano. Esta vez Warin no pudo evitar caer fulminado por el dolor, y de esa herida manó también sangre en abundancia, empapando la paja húmeda del suelo y tiñéndola de color borgoña oscuro. El capitán se acercó con el hierro dispuesto, y Warin levantó la cabeza furioso. En su rostro mutilado se dibujó una expresión malévolamente y se arrastró cojeando con su hacha hacia Aalis, que seguía aprisionada y amordazada en el rincón de la celda. Antes de que pudiera ponerle la mano encima, una voz resonó divertida:

—Creo que no, *Hund der Hölle*.

L'Archevêque apretó con firmeza la afilada punta de su espada contra la espalda de Warin, mientras Auxerre avanzaba hacia éste resoplando. El capitán vio por el rabillo del ojo la lastimera figura de Gauthier, encogido en un rincón y sin despegar los labios. Escupió con desprecio, e hizo una seña a L'Archevêque para que se apartara. Éste, sin dejar de mantener a raya al germano con el filo de su arma a una pulgada de su cuello, se echó a un lado. Aalis estaba hecha un ovillo, inmóvil, y la pesada argolla que la aprisionaba ya había dejado una marca oscura en su piel. Auxerre se inclinó y, con suavidad, desató la mordaza, abrió la argolla y la tomó en brazos. Al darse la vuelta, el ojo azul de Warin dejaba traslucir toda la furia del vencido y la promesa de un nuevo enfrentamiento. El capitán salió de la celda con su preciada carga, y enfiló el corredor hacia la escalera de la primera planta, mientras L'Archevêque cubría la retaguardia. Cuando hubieron recorrido unos pasos, Gauthier

graznó, desgañitándose:

—¡Os lleváis lo que no os pertenece! ¡Tendréis que devolvérmela! ¡Lo juro, Auxerre! ¡Haré que os obliguen!

Sus chillidos retumbaron por todo el corredor. Auxerre se dio la vuelta lentamente y se quedó inmóvil, con la vista fija en el oscuro túnel, sosteniendo el cuerpo inerme de Aalis, que había caído rendida. Luego se encaminó hacia la salida. Al cabo de lo que pareció una eternidad, los dos soldados llegaron al ancho vestíbulo de la torre. Las antorchas de aceite colgadas de los muros relucían débiles, pues faltaban pocas horas para el amanecer y llevaban prendidas desde la puesta de sol. El guardia de la entrada estaba durmiendo a pierna suelta, y en toda la torre apenas se oía el siseo de las corrientes de aire ululando por los anchos pasillos y por los recovecos de la escalera mientras los dos hombres subían los peldaños cansinamente. Por fin llegaron al tercer piso, y L'Archevêque empujó la puerta de una sala. La habitación parecía desierta. En el lado de la ventana, bajo la estrecha rendija que apenas dejaba pasar un rayo de luna, había un colchón relleno de plumas de oca, que había pertenecido a *dame* Françoise. Frente a la ventana, una alacena de ropa y enseres ocupaba el rincón más oscuro de la estancia. Al pie del armario brillaba el agua de una gran tinaja. Auxerre depositó a Aalis en la cama. L'Archevêque la observó, inquieto.

—No ha reaccionado aún.

—Respira, y eso no es poco —respondió Auxerre, contemplando el rostro plácido de la joven. Hubiera podido quedarse así para siempre, en ese momento, sin más futuro que seguir observándola. L'Archevêque le puso la mano en el hombro y Auxerre parpadeó—. Pero tienes razón, debemos hacer que despierte.

Pasó un silencio breve como el latido de un corazón, y Louis dijo en voz baja:

—Iré en busca de ayuda.

Auxerre asintió, distraído, y se sentó a la vera de la cama, bebiendo la imagen de Aalis. El rostro era ovalado y perfecto, y sus facciones dulces sobresalían entre la suciedad y las marcas de dolor que surcaban su ceño. De su hermoso pelo negro ahora sólo quedaban unos pocos largos mechones allí donde el hacha de Warin no había podido cortar sin herir a su víctima, y huecos ralos donde el filo había cumplido su misión. Auxerre tomó una de las escasas guedejas, dejando que se deslizara entre sus yemas. Contemplándola, vio pequeñas heridas, causadas sin duda al debatirse en sus ataduras, o durante la refriega. No eran graves; sólo finas hendiduras, arañazos y piel desgarrada, testigos mudos del duro viaje de regreso a Sainte-Noire que Aalis había emprendido sola. El capitán arrancó un trozo de su camisa y la empapó en el agua de la tinaja. Luego, lentamente y con mucho cuidado, pasó el algodón húmedo por la frente, las mejillas y el cuello de Aalis. Escurrió el trapo y dejó caer algunas gotas sobre los labios resecos. Se aseguró de que la joven respiraba con más normalidad. Parecía incluso que había conciliado una ligera duermevela, agotada por las peripecias de las últimas horas. Auxerre sacó su daga.

Al cabo de unos momentos, Aalis abrió los ojos y tragó saliva. Le dolía la

garganta y las rozaduras le escocían. La había despertado un pequeño ruido molesto y persistente, como el bisbiseo de una comadre. Quiso girar la cabeza, pero una fuerte mano la mantuvo quieta.

—Si os movéis os cortaré el pescuezo, y creedme que ésa no es mi intención —dijo el capitán, entre dientes. Con pulso firme y estremando la precisión, cortó el último mechón del pelo de Aalis—. Ahora, podéis moveros.

La joven se incorporó, apoyándose en el codo, y gimió desalentada, tanto por el dolor que le causó el movimiento como por el espectáculo de las pobres guedejas de pelo oscuro que yacían en el suelo y alrededor del catre. Se pasó la mano por la cabeza, y sintió como si estuviera acariciando una oveja trasquilada.

Auxerre dejó la daga a un lado y dijo a modo de excusa:

—Al menos ahora no parecéis una demente, señora.

Se levantó, acercó la tinaja de agua y ordenó:

—Inclinad la cabeza. —Aalis así lo hizo, y Auxerre le vertió la mitad de la jarra por la nuca, restregando con vigor en la base de la cabeza.

—Jamás habría creído que mi cuerpo pudiera soportar tanto dolor —gruñó la joven, frotándose los brazos magullados.

—Sois hija de un hombre valiente y de una mujer digna, y la fuerza de los dos corre por vuestras venas —dijo Auxerre.

La muchacha levantó la cabeza ante la mención de su padre. Sus ojos aturcidos se llenaron de desconsuelo.

—Lo vi morir, Auxerre.

—Os envidio, señora. Cuando me acerqué a su cuerpo, hacía rato que su alma ya había partido —dijo él.

—Murió en paz, o eso quisiera creer —musitó Aalis para sí, reviviendo el terrible momento. Hablaba lentamente, como si las palabras arrastraran los recuerdos con esfuerzo. Miró al capitán, buscando una respuesta—. Dijo cosas extrañas sobre mi madre. Cosas que me hacen creer que puede estar viva, que su muerte no fue tal. ¿Creéis que divago? Me duele aún la cabeza, y si me levanto temo caer de rodillas como un niño de cuna. Decidme la verdad, Auxerre. Sólo puedo confiar en vos. ¿Tengo aún alguien de mi sangre a quien pedir protección? Ayudadme, os lo ruego.

Poco a poco su voz se había convertido en un lamento sostenido, como el de un animal herido, y Auxerre se alejó unos pasos del jergón donde yacía Aalis, debilitada e indefensa. Justo entonces, cuando el futuro se había convertido en un enemigo implacable, el pasado llamaba también a la puerta del desgraciado castillo de Sainte-Noire para atormentar con sus fantasmas a las almas que lo habitaban. El capitán se pasó la mano por la cara, aún manchada de sangre, y trató de apartar de su espíritu los ojos implorantes de la hija, igual de grandes y profundos que los de la madre, *dame* Françoise, el día que dejó atrás los muros del castillo a favor de una nueva esposa para su amado.

La mentira había sido decretada por Philippe de Sainte-Noire, y como todas sus

órdenes de hierro, fue obedecida sin rechistar por todos los integrantes de la mesnada, incluidos los sirvientes de confianza sabedores de la verdad. A los demás sólo se les dijo que *dame* Françoise había muerto de fiebres, y de dolor según las murmuraciones de algunos, en poco más de una semana. Fue el tiempo imprescindible para preparar su baúl de pertenencias, enviar urgentes misivas a los destinatarios pertinentes y organizar la partida, al amanecer, de la dama y su escasa escolta en su viaje hacia el sur.

—La niña sufrirá, seguro. Pero crecerá más fuerte —había dicho Philippe de Sainte-Noire, satisfecho consigo mismo—. Vamos, Auxerre. De la llorosa aya, del padre Martin, que me propina un proverbio cada vez que nos cruzamos por los corredores..., de todos ellos esperaba reproches. Pero de ti, ¡un fiero guerrero de la Cristiandad! —Se echó a reír de buena gana ante la confusión del joven soldado—. Tengo una idea, capitán Auxerre. Ya que tanta pena te da, te encargo que cuides de esa mocosa. Haz de ella una buena Sainte-Noire, una muchacha con sangre roja en las venas. Los demás se encargarán de enseñarle a hilar algodón, tejerlo, coser e incluso algo de buen latín para convertirla en una viuda de provecho. Pero ¡yo me divertiré de lo lindo al ver a mi portentoso capitán haciendo de niñera de una cría! —Al ver el semblante demudado del militar había añadido, más serio—: Y cuídala bien, Auxerre. Cuídala bien.

Las palabras de Sainte-Noire siguieron resonando en la mente del capitán durante toda la niñez de Aalis, cuando le enseñaba a jugar al ajedrez, y contemplaba la seria carita de su pupila frunciendo el ceño ante una apertura inopinada. Más tarde, llegaron las lecciones de combate, aunque no pudo enseñarle todas las estrategias de los duelos, pues hubiera resultado inconveniente que una muchacha supiera empuñar la espada más y mejor que sus propios soldados. Aun así, fueron enseñanzas suficientes para que la joven aprendiera a defenderse de los bandidos y facinerosos que acechaban los caminos por los que Aalis no llegó a cabalgar sola hasta que fue una doncella. La orden del patriarca Sainte-Noire empezó a cobrar una luz distinta para el capitán cuando de la noche a la mañana los ojos de Aalis se hicieron verdes y profundos, y su talle prieto. Auxerre seguía queriendo cuidarla, pero de nada valían sus artes de soldado. El mundo había crecido y cambiado con la joven, y era muy poco lo que podían ofrecerle sus manos a la heredera del castillo. Lo que ahora había en juego era una partida de ajedrez entre gigantes, y un caballero no era más que un peón para reyes y obispos. Pero los ojos de la joven seguían siendo verdes y profundos, y estaban anegados en desesperación mientras le suplicaba una vez más:

—Auxerre, responded, por caridad.

«Cuídala bien», decía aún Philippe cuando él contestó por fin, todavía dándole la espalda:

—Lo que se hizo fue por vuestro bien.

—¿Es cierto, pues? —preguntó ella, incrédula.

—Sí.

Hubo un silencio y él se volvió. Aalis había caído de nuevo en el jergón, abatida por el peso de una verdad que sólo empezaba a vislumbrar. Se pasó las manos por la cabeza y, rápidamente, sus ojos inquisitivos se posaron en él.

—¿Y dónde está? ¡Debéis decírmelo! Ahora más que nunca.

—Os diré lo que sé cuando estéis más serena —dijo secamente él.

—¡Me diréis lo que necesito saber, ahora! —exclamó ella, imperiosa.

—Veo que os habéis recuperado, señora —se oyó desde la puerta.

L'Archevêque avanzó plácidamente con una bandeja provista de víveres y vino caliente, seguido por el aya Nicole, cuya expresión de cansada felicidad se trocó en horror al ver el aspecto de Aalis. En el umbral asomó la cabeza del novicio Raoul.

—¡Niña mía! ¿Quién te ha hecho esta barbaridad? —El aya corrió hacia Aalis. Antes de que ésta pudiera responder, Nicole se limpió las lágrimas y dijo—: No importa, eso no importa. Vamos, tiéndete. Voy a lavarte y a cuidar de ti, niña. Debes descansar.

—¡Esperad, Auxerre! —exclamó la joven.

El capitán, que había iniciado la retirada, se dio la vuelta y se enfrentó a la singular expresión de Aalis. A pesar de su semblante cansado, sus lagos verdes llameaban como si estuvieran prendidos por el fuego.

—Me debéis una partida de ajedrez, señor.

—Cuando lo deseéis —dijo él.

La joven se dejó caer como si nada más importara, y Nicole empezó a limpiarle los brazos concienzudamente.

L'Archevêque y el capitán se encaminaron hacia la puerta. Louis murmuró:

—Prepárate, *compaign*. Tenemos una delegación esperándonos.

—¿Y quién la encabeza? ¿El tuerto o esa rata a la que llama jefe? —Auxerre escupió un poco de sangre y se limpió con la manga. El novicio Raoul, de pie en el umbral, tosió con fuerza, señalando hacia la entrada.

—Pareéis recién salido de una contienda, capitán —dijo apaciblemente el abad Hughes—. Os sugiero que me acompañéis a la sala de planta. Allí nos espera la señora del castillo con vituallas que os reconfortarán.

L'Archevêque intercambió una mirada con su amigo y respondió por él:

—Abad, está agotado. ¿Es necesaria tanta cortesía para un guerrero? Bastará con que le permitáis dormir en paz unas horas.

—Ah, pero ésa es precisamente la cuestión, Louis. —Los ojos acerados del abad refulgieron—. Deseamos hablar de la causa de ese agotamiento nocturno del capitán. De la repentina y bendita aparición de la joven Sainte-Noire, y de las heridas que presenta; y también de los incidentes que se han producido esta noche bajo el techo de este castillo. —Su expresión se hizo más suave—. Os prometo que pronto podréis descansar, pero sabéis que esto ha de hacerse, ¿verdad, Auxerre?

—Abad, os juro que algún día llegará en que dejaré de obedeceros —dijo el capitán, sombrío.

—Y por mi bien, ese día espero estar ya muerto —dijo el abad mientras entraba en la sala de planta.

—Nicole, háblame de mi madre —pidió Aalis.

El aya detuvo su labor, desconcertada.

—¿*Dame* Françoise? —pronunció su nombre con reverencia. Atropelladamente, prosiguió—: ¿Qué queréis que os cuente? Era toda una señora, digna de pisar suelos de mármol blanco y vestir ricas telas bordadas; murió cuando erais una niña, y os quería mucho.

—¿Y qué más? —preguntó la joven.

Nicole parpadeó, y frotó con saña una costra especialmente rebelde que se había formado en la rodilla de Aalis. Ésta apretó firmemente los dientes y repitió:

—¿Y qué más, Nicole? ¿Eso es todo lo que fue mi madre? ¿Una gran dama, una bella sombra? —Calló, esperando que el aya respondiera. Como no lo hizo, Aalis prosiguió con furia apenas contenida—: ¿Una ficción, una hermosa mentira, el espejismo creado por un trovador? ¡Cuéntame algo de verdad! Háblame de cómo me demostraba ese amor, dime si me leía la Biblia, o si velaba mi sueño. No me queda nada excepto los recuerdos de los demás, y aun éstos resultan ser falsos a veces. —La matrona observó a Aalis con extrañeza. La joven le sostuvo la mirada, y murmuró—: Dime cómo murió, Nicole. Descríbeme esa última noche. Dame un recuerdo más al que aferrarme. He visto morir a mi padre hoy, y necesito saber cómo fueron las últimas horas de mi madre.

—Por la dulce Virgen María, hay veneno en vuestra alma —exclamó horrorizada el aya, persignándose—. No me reclaméis eso; no me lo pidáis. Sé que no es vuestra voz la que me está atormentando así. La muerte del señor os ha afectado, niña. Ha sido un día extraño en Sainte-Noire.

—Créeme, Nicole, hace varios días que mi existencia no es otra cosa sino extraña —dijo Aalis, entrecerrando los ojos—. Días largos y noches aún más largas, de una vida opuesta a la que siempre he conocido. Este presente del que no puedo deshacerme está lleno de hiedras ponzoñosas, de bajeza y mezquindad, y de mentiras sin fin. No lo soporto. Por piedad, tú me cuidaste, y aún creo que me quieres sinceramente. Dime cómo murió mi madre.

Hablaba de prisa y febrilmente, como si temiera que el tiempo huyera antes de que ella pudiera terminar. Se había levantado del jergón, asiendo la muñeca de su aya con tal intensidad que ésta empezó a sollozar, no tanto por el dolor como por sus palabras implacables y, sobre todo, porque la muchacha que así hablaba era otra Aalis, más malherida de lo que todas las cicatrices exteriores pudieran dejar traslucir. Nicole lloró al pensar en la suave voz de *dame* Françoise y en lo apenada que estaría si viera a su hija de tal guisa. Fuerte como un diamante, igual de dura y fría que una hada del hielo como las que poblaban los bosques profundos. Balbuceó:

—No puedo, niña. —Al ver la expresión de Aalis, añadió rápidamente, acongojada—: No puedo hablaros de su muerte.

—Dime por qué —repuso la joven, tensa.

—*Dame* Françoise no murió cuando erais una niña —dijo el aya, bajando la vista—. Se fue. Abandonó el castillo un día, de acuerdo con vuestro padre, para dejarlo libre y que pudiera casarse con Jeanne. Fue injusto, pero esas cosas suceden entre los hombres y las mujeres, niña. Es así como pasa la vida.

—Así pasa la vida —repitió Aalis, sin entonación. Aflojó la presión de su mano sobre el brazo de Nicole y preguntó—: ¿Y adónde fue?

—Al sur. Con unos parientes que le ofrecieron cobijo.

—¿Adónde? ¿A qué lugar? —replicó la joven.

—No lo sé, criatura —musitó Nicole—. Yo no era nadie para saberlo.

—¿Quién lo sabrá? ¿Quién me lo dirá? —Su voz era urgente.

—Puede que lo sepa, pero no sé si querrá decírtelo.

—Te aseguro que sí. ¿Quién?

Nicole contempló el fuego verde que a pesar del cansancio desprendían los ojos de Aalis, y supo que lo averiguaría, aun si tenía que matar para conseguir la verdad.

La mirada de *dame* Jeanne se detuvo, no sin cierto placer, en la piel desgarrada de los brazos de Auxerre, y en su larga camisa rota allá donde el hacha de Warin había logrado acertar. Su aspecto era lamentable, pero aun así el capitán no actuaba con humildad, sino con la exacta y distante cortesía de la que siempre hacía gala frente a la que fuera la esposa de Philippe de Sainte-Noire. Por su parte, L'Archevêque se había lanzado sobre el vino, y escanciaba las copas como si se tratara de su propia bodega.

—Veamos, una para el buen abad, otras dos muy merecidas para Auxerre y para mí, y ¿la señora querrá beber? Bueno, eso más bien es una pregunta retórica, muy en boga en las escuelas catedralicias de París y Chartres. Pero qué digo, ¡por supuesto que querrá beber! —Estalló en una risotada y vertió un chorro de vino caliente con miel en la copa. La empujó hacia *dame* Jeanne; ésta no hizo ademán de tocarla. Louis insistió, risueño—: ¡Ah, señora, creedme, os negáis a probar un néctar delicioso! A vos, Raoul, ya no sé qué daros: ¿bebéis vino como los soldados o preferís un poco de leche de cabra con migas de pan? —El joven enarcó una ceja, malhumorado, pero aceptó el vino que le ofrecía.

El abad también tomó su copa, pero no la probó. Volvió a depositarla en la larga mesa y se reclinó en la butaca. La madera crujió, y durante un momento la paz del silencio tomó la estancia. Auxerre estaba de pie, con la vista fija en el crepitar del fuego mientras L'Archevêque se dedicaba a saborear el vino, aparentemente ajeno a la gravedad de la expresión de su amigo. Raoul estaba sentado frente a él, perdido en sus pensamientos. Por fin, la voz clara del abad resonó:

—Así pues, capitán, decidme, ¿qué ha sucedido esta noche?

Auxerre rió, como si hubiera oído algo muy divertido, y repuso:

—¿Queréis que os cuente toda la historia, abad? Puede ser muy larga y aburrida, y quizá vos sólo queréis saber qué sucede al final.

—Os equivocáis, capitán —atajó el abad—. Ya sé cuál es ese final.

—Siendo así, sería una pérdida de tiempo que escuchaseis mi narración —replicó el capitán, encogiéndose de hombros y volviéndose hacia el fuego—. Si no hay misterio, ¿de qué sirve tejer un relato?

—A veces es útil saber lo que mueve las almas —dijo el abad.

—Saber lo que las tortura, diréis más bien —musitó para sí el soldado. Y añadió con teatralidad deliberada—: Baste decir que esta noche ha habido luchas sangrientas entre enemigos irreconciliables, que han causado múltiples heridas en todos los combatientes, pero no ha habido ningún muerto, por lo que hemos de dar gracias al Señor. —Bebió un trago de su copa y prosiguió—: Sin olvidar que la heredera del castillo está sana y salva, y que tenéis por fin vuestra ansiada moneda de cambio. Dejad que ponga fin a mi misión aquí y ahora, y dadme permiso para retirarme. Si me pedís que siga hablando, a buen seguro pondré en peligro la salvación de mi alma.

Hughes de Marcy dudó unos instantes. La noche de Sainte-Noire había resultado más peligrosa que las callejuelas de París o las de San Juan de Acre, infestadas de asesinos y ladrones de todas las razas y religiones. Al menos, como señalaba el capitán, no había muertos que lamentar, y todo había terminado con bien. Quizá lo mejor era cubrir con un velo de discreción lo sucedido. El abad no se hacía ilusiones; tenía una idea bastante aproximada de qué armas se habían enfrentado en duelo, y las causas de la lucha, y le preocupaba sobremanera la furia latente que percibía por todos los rincones de aquella casa desgraciada: no había ni una alma en paz en todo el castillo. Hughes sabía demasiado bien que la angustia sólo cultiva amargura, y los hijos de ésta son negros y crueles sirvientes de la muerte. Con un poco de suerte y, por supuesto, de la benevolencia del Señor, rectificó piadosamente para sus adentros, todos los espíritus dominados por el odio que compartían techo pronto estarían separados, cada uno dirigiéndose hacia su destino. No sería la primera vez que un silencio a tiempo curaba las heridas mejor que muchos bálsamos. Asintió:

—Id, caballero Auxerre, y descansad.

El capitán inclinó la cabeza con alivio mal disimulado, como si hubiera recibido la bendición del propio Jesucristo, e hizo una seña a L'Archevêque. Los dos, sin decir palabra, abandonaron la sala. Raoul se quedó esperando las órdenes del abad.

—Vete hacia el cuarto y prepara una tisana con hierbas, Raoul. Yo no tardaré. — El abad contempló la larguirucha figura de su novicio y pensó que tal vez sí había una alma en paz en Sainte-Noire.

La voz estridente de *dame* Jeanne lo sacó de su ensoñación.

—Así pues, ¿todo queda igual?

—Si queréis decirlo así —respondió Hughes, hastiado.

—Abad, os ruego que no juguéis al gato y al ratón conmigo. No tengo paciencia para las adivinanzas, y menos en mi situación —graznó ella.

Por toda respuesta, el abad se inclinó. Jeanne le dio la espalda, sopesando si debía contarle la verdad a aquel monje que tanto ascendente tenía sobre todos. Nadie en el castillo sabía que estaba esperando un hijo de Philippe, y hasta no saber de qué manera sacar mejor provecho de esa herencia tardía, lo mejor era callar. Quizá Gauthier perdería todo interés en protegerla si sabía que llevaba en sus entrañas el hijo de otro hombre; o, por el contrario, agradecería la oportunidad de unir su linaje con el último fruto del patriarca Sainte-Noire. Una cosa era cierta: se volvería loca si no hallaba pronto a alguien que la sacara de su indefensa condición. Jeanne frunció el ceño, cansada. Por ella jamás se pelearían los señores de la comarca, no como por esa muchacha engreída que sólo sabía quejarse de su suerte. En cambio, Jeanne únicamente podía aspirar a seguir viviendo en aquel castillo que había aprendido a considerar suyo si obtenía el apoyo, la merced o la caridad de algún protector, ahora que su esposo había desaparecido. Si por lo menos pudiera encontrar uno que no sólo tuviera una espada firme, sino también unas facciones agradables y un temperamento dócil. Suspiró desalentada. La vida de una joven viuda no era fácil. Se volvió hacia el abad y esbozó una sonrisa juguetona.

—Angustiada como estoy por mi hijastra y por el futuro de estas tierras, vuestro sabio consejo sería como una bendición.

Hughes de Marcy estudió la suave línea de la boca de Jeanne, y comprendió por qué Philippe de Sainte-Noire había expulsado a su apacible esposa legítima para tomar a la fogosa campesina que se había cruzado en su camino y en su cama. No obstante, Philippe no había sabido ver la imperceptible deformación de las rubias cejas, cuya tendencia a la ira le hubiera advertido del carácter colérico de su preciada novia, ni tampoco adivinó la mentira agazapada en un cuello blanco y largo, tenso como las cuerdas de una lira. El abad había visto mujeres hermosas y damas sabias, furcias y monjas, vírgenes con los ojos más viejos de este mundo, y ancianas con toda la vivacidad de la alegría pintada en el rostro. Y en los tapices que colgaban de los palacios obispaes, mil y una representaciones de Eva como la que ahora estaba frente a él.

—Mi consejo, señora —dijo, escogiendo las palabras con cuidado—, es que no os preocupéis por el futuro de Aalis, que ya está sellado. Permitid que todas las cosas se desarrollen tal como las previó vuestro difunto marido. Y no hagáis nada más.

Subrayó la última frase clavando su mirada más severa en el rostro sonrosado de Jeanne, que le respondió con su expresión más dulce, como si su recomendación fuera la esperada. El abad tendió la mano y Jeanne hizo una genuflexión para besar su anillo y recibir la bendición del monje. A pesar del ritual de cortesía y respeto, cuando Hughes salió de la estancia pudo sentir la mirada torva de la mujer clavada en su espalda tan claramente como si fueran dos puñales.

Jeanne esperó a que el abad desapareciera en la oscuridad del corredor y, cuando

estuvo segura de que estaba completamente sola, dio rienda suelta a su disgusto, tirando de un manotazo la copa de vino aún llena al suelo. El líquido se derramó por la piedra rápida e inexorablemente, como sus esperanzas de encontrar aliados. Siempre le quedaría Gauthier.

Tomó una de las antorchas que colgaban de la pared y se dirigió a su dormitorio, pensativa. Empujó la puerta y vio que la sirvienta ya había dejado preparados unos alimentos: manzanas y queso, una hogaza de pan de centeno con miel y una jarra de leche de cabra. Mordisqueó una manzana roja y se despojó de su camisa para tenderse en la cama. Se disponía a dejar la fruta mordida en la bandeja de madera, cuando una mano fría y de hierro le sujetó el brazo y le puso una daga en la garganta. Jeanne contuvo el grito de sorpresa al oír la voz que ordenaba:

—Si proferís un solo ruido os degüello aquí mismo, Jeanne.

Gauthier de Souillers dormía, y su sueño era bueno. En él, regresaba al castillo de su padre casado con *dame* Jeanne, para entregarle a Richer a su novia prometida. Convertido por fin en el heredero de todas las tierras Souillers y Sainte-Noire resultantes de las dos uniones. Una expresión de absoluta felicidad impregnaba su rostro, y un hilillo de baba caía por la comisura de su boca. Mirándolo, Warin pensó una vez más que su señor Rotrou había escogido un singular candidato para llevar a cabo misión tan delicada. Él no dormiría esa noche; aún tenía el combate fresco en su mente. Limpiaba su hacha, que todavía ostentaba marcas del enfrentamiento contra Auxerre. Un buen soldado, el capitán. En muchas ocasiones, la vida que Warin llevaba le concedía el privilegio de luchar contra guerreros dignos de él, y éste era uno de ellos. Ansiaba la oportunidad de que volviera a cruzarse con el filo de su hacha.

Hughes se levantó trabajosamente después de la oración.

—¿Creéis que se desposará? —preguntó Raoul.

El abad miró al novicio con curiosidad antes de responder:

—Pues sí, hijo mío. Y reza porque nada lo impida.

—Así lo haré, padre —dijo el novicio con una capa de docilidad.

—Hay cosas que tienen que ser, y otras que no, y ésa es la voluntad del Señor. ¿Es que no te enseñaron eso en el monasterio?

—Por supuesto, padre. Sólo que... —vaciló antes de seguir.

—¿Qué? —Hughes se dio la vuelta, exasperado. Lo último que necesitaba era que su novicio empezara a albergar dudas.

—La dama Aalis es una joven desafortunada. Y la voluntad del Señor es bien difícil de cumplir —musitó Raoul.

—He ahí el mérito de ser un buen cristiano, hijo —dijo el abad, dando por

terminada la conversación. Tendría que procurar prestar más atención a su novicio. Éste apretó los labios y trató de conciliar el sueño. Era difícil, porque cuando cerraba los ojos se le aparecía un rostro de piel blanca y ojos llameantes.

Auxerre se dio la vuelta sobre la piedra y la paja seca y contuvo un quejido al descansar el peso de su cuerpo en una de sus heridas. Louis, a su lado, reposaba también en el suelo del corredor; cada uno tenía sus espadas al alcance de la mano. El capitán trataba de conciliar el sueño y de olvidar los acontecimientos de las recientes horas. Era curioso que apenas pudiera recordar la expresión del tuerto germano cuando por fin logró clavarle la espada en el muslo, mientras cada uno de los gestos de Aalis permanecía grabado a fuego en su mente. Sintió una punzada de culpabilidad al recordar a la joven, y en sus oídos se repitieron como losas las palabras del abad, cargadas de una sabiduría tan exasperante como cierta. En el fondo, Auxerre no necesitaba que ningún monje le contara la verdad de la vida. Era un hecho innegable que él jamás podría aspirar a darle a una heredera Sainte-Noire el rango que merecía, y no había más que añadir. Todos sus destinos se habían tejido hacía años, aun antes de que nacieran, y nada podría cambiarlos. Él hacía su fortuna con las artes de la guerra, y ningún soldado gozaba de una esposa y un hogar al que regresar; sólo del derecho a una tumba digna y una oración apresurada de sus camaradas de ocasión. Auxerre volvió a darse la vuelta, y exhaló otro gemido de dolor. Su hombro estaba tan tieso como una tabla de madera.

—*Complain*, das más vueltas que un molino. Y espero que eso no sean suspiros de amor por esa moza, porque más bien sueñas como una vaca en celo —dijo Louis, y añadió—: Si no te mueves, te dolerá menos.

—¿Tú crees? —replicó el capitán.

—Bueno, así al menos alguien dormirá esta noche —apostilló risueño Louis.

—Arzobispo, cuando esté repuesto te daré una paliza como Dios manda.

—Espero ese día con ansia. Pero, por el momento, no hagas tanto ruido o las ratas vendrán por nuestro rincón en busca de compañía.

El castillo de Sainte-Noire volvió a caer en el silencio, cuando aún faltaban unas horas para el amanecer.

—Eres una serpiente —silabeó Aalis.

—¡Estás loca! —murmuró frenética Jeanne tratando de zafarse. El filo de la daga estaba firme en su cuello.

—Será mejor para ti que contestes a mis preguntas.

—¿Preguntas? ¡Soy yo la que debería exigirte que...! —Un quejido sordo terminó la frase cuando Aalis movió la daga hacia la mejilla de Jeanne. Ésta tragó saliva con dificultad y dulcificó su voz—: Por caridad, niña, recuerda quién soy yo y

quién eres tú. Tu padre...

—¡No te atrevas! No eres digna de pronunciar su nombre —exclamó Aalis—. Ni el de mi madre.

—¿Françoise?

—Háblame de mi madre —exigió Aalis, la voz enfebrecida, como había hecho con su aya Nicole. Recordaba lo que había sucedido después, sus actos cubiertos por una neblina de angustia y cansancio, de miedo y de ira. Nicole la había dejado sola, cerrando la puerta en silencio, como si de un túmulo se tratara. Aalis ni siquiera había intentado engañarse tratando de conciliar el sueño. En sus venas bullía la cólera como jamás la había experimentado, y la injusticia de todo lo que la empujaba hacia el odioso matrimonio con Souillers se irguió desde el fondo de su espíritu como un caballo enloquecido, forzándola a buscar un camino hacia la libertad. Se había levantado, decidida a arrancar de labios de su madrastra toda la verdad, y al poner los pies desnudos en la losa, el contacto con un frío metal la había llenado de esperanza y de valor. Era la daga de Auxerre, la misma que él había utilizado para cortar su pelo; si por error o por intención estaba allí, Aalis no lo sabía. Sin dudar, había tomado el arma, encaminándose sigilosamente hacia el dormitorio de Jeanne. Ahora, la mujer temblaba bajo su amenaza, y por primera vez en muchos días, Aalis sentía que recobraba las riendas de su vida.

—Está bien, empezaré yo —dijo, con pretendida resignación—. Mi madre era una dama y tú te metiste entre los ojos de mi padre. Afortunadamente para todos, *dame* Françoise desapareció, consumida por fiebres... —Aalis frunció el ceño, como si estuviera sorprendida—. ¡Espera! Las versiones no encajan. He oído decir que mi madre sigue viva, en algún lugar de Francia. Y que tú sabes dónde.

La presión del brazo de Aalis que mantenía sujeta a Jeanne aumentó, por mucho que ésta trataba de apartarla; la daga se acercaba peligrosamente a su rostro con cada intento.

—¡Dímelo!

La daga descendió hacia el cuello, como si estuviera dotada de vida propia y, lentamente, la punta se clavó en la carne blanca. Jeanne se quedó quieta, respirando apenas. Apareció una lágrima roja, y Aalis acercó la daga teñida de un ligero púrpura hasta la altura de los ojos de Jeanne.

—Sólo es un rasguño. Pero puedo cortar más profundo.

Jeanne murmuró unas palabras casi inaudibles.

—¿Estás rezando? Sería una novedad en ti, Jeanne —escupió Aalis.

Con un hilo de voz, Jeanne dijo:

—Piedad.

Aalis dio un golpe con el pie en el suelo, impaciente.

—¡Piedad tendrás si respondes!

—Estoy embarazada —murmuró Jeanne.

—De algún repugnante gañán, estoy segura —replicó Aalis. La incertidumbre

empezó a trepar por su garganta, tejiendo un nudo de miedo y de horror.

—¡De Philippe! —respondió Jeanne, las lágrimas rodando por su rostro, mientras clavaba las uñas en el brazo de la joven—. Si me haces daño, te convertirás en un monstruo sin compasión, ¡en la asesina de tu hermano!

—Hermanastro —murmuró Aalis, con los labios resecos.

Cerró los ojos, agotada, y en ese momento Jeanne empleó todas sus fuerzas para zafarse de la debilitada joven, arañándole el brazo con saña y alejándose con agilidad. De un salto, se plantó frente a ella y le arrebató el arma. Aalis murmuró:

—Eres una serpiente, después de todo. Resbaladiza y artera.

Jeanne contempló con disgusto la cabeza rapada de Aalis y resopló, con todo el veneno de su corazón:

—¿Es que por fin se han dado cuenta de la bruja que llevas dentro? Tanto da. Cuando llegue el amanecer, Gauthier y Warin te llevarán donde te corresponde estar, a Souillers. ¡Y yo por fin me libraré de ti!

—Gauthier y Warin... —repitió Aalis, y un relámpago de comprensión cruzó sus ojos—. ¡Tú sabías que estaba presa en ese agujero y lo permitiste!

—Bueno, al fin y al cabo ésta es mi casa —dijo Jeanne, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo iban a saber ellos cuál era el calabozo más profundo? Claro que los ayudé. Estamos cumpliendo la voluntad de tu padre, y tú eres una maldita desvergonzada. Espero que ese viejo sepa azotarte a conciencia para arrancar la desobediencia de tu alma y hacer de ti una esposa sumisa.

—¿Como tú, Jeanne? —replicó la joven con desprecio—. Cuando llegué aquí hace un par de noches, mi padre estaba moribundo y solo, mientras tú te dedicabas a festejar y a alimentar a nuestros enemigos.

—¡Estúpida! ¿Crees que todo se hace por placer? —explotó Jeanne, acercándose con la daga—. Tu padre no supo educarte; te mantuvo protegida, rodeada de gente que sólo se preocupaba por hacerte la vida más fácil, como si fueras una princesa de casa real. ¡Despierta! Esto es un trozo de tierra perdido en el confín de dos reinos, y la mayor parte del tiempo se va en luchas y en alianzas. Tú eres valiosa porque eres la única Sainte-Noire viva que queda, y cualquier señor estará dispuesto a tomar una heredera por esposa. Yo no tengo esa suerte. Tengo que labrar mi destino sin más armas que estas manos. Tu madre... —Aalis la miró fijamente; Jeanne sonrió malévolamente y continuó, con desprecio—: Era igual de débil. Aceptó desaparecer, cuando aún tenía las de ganar, y dejó que le quitara a su marido, noche tras noche. No merecía su fortuna. Por eso lo perdió todo.

Con fuerzas sacadas de la flaqueza, y un rugido aterrador, inhumano y profundo, que procedía del fondo del cansancio y el dolor que arrostraba desde hacía días, Aalis se levantó, agarró la jarra de leche y la lanzó contra Jeanne, cegándola. Inmediatamente, se abalanzó sobre ella, la derribo y tiró la daga al suelo. La mujer trató de escapar, pero sus pies resbalaron sobre la leche derramada. Aalis le retorció el brazo por detrás hasta arrancarle un quejido de rabia y de humillación, y se hizo

con el arma; su filo rodeó la mejilla de Jeanne sin vacilaciones. Ésta no ocultó su feroz sonrisa.

—Puedes amenazarme, pero todos te habrán oído. Pronto el corredor estará lleno de soldados y no podrás huir. Y el primero será Auxerre, que me debe lealtad y obedecerá mis órdenes, aun si mando que te arrojen al mismo foso de donde no debiste haber salido.

—Y a ti no te hará falta una bonita cara para dar a luz a mi hermano. Así que habla, o me recordarás cada vez que veas tu reflejo —dijo Aalis en un susurro helado. No quería pensar en lo que Jeanne acababa de decirle—. Sólo dime dónde se retiró mi madre.

Su aliento cayó sobre el cuello de la mujer como el de una Parca vengativa. *Dame* Jeanne murmuró un nombre. Al cabo de un momento, su brazo quedó libre y un rápido rumor de pasos fue todo lo que quedó de Aalis. Frotándose la muñeca dolorida, Jeanne se tendió en la cama y maldijo a los Sainte-Noire.

—¿Qué ha sido eso? —Raoul se incorporó veloz y abrió la puerta de la estancia, con la espada en alto. El abad le siguió a duras penas, cubriendo su ligera camisa de algodón con un manto. El frío del corredor sólo traía el rumor de las mil vidas que pululaban por el castillo de noche, y ninguna que pareciera humana.

—¿Qué sucede, Raoul? —preguntó el abad, soñoliento.

—He oído un grito —repuso el novicio, mirando alerta hacia el fondo del pasillo.

—Un grito —repitió Hughes, frotándose los ojos—. En otras circunstancias, diría que te lo has imaginado, pero aquí... Veamos, ¿de hombre o de mujer?

Antes de que Raoul pudiera contestar, Gauthier de Souillers apareció por un recodo, seguido de Warin de Lonray, el cual empuñaba su hacha. Una hermosa funda de cuero labrado pendía de su cinto. Los dos hombres se detuvieron al ver al novicio y al abad, y Gauthier los interpeló, vacilante:

—¿Vos también lo habéis oído?

—Mi novicio me ha avisado —repuso el abad—. ¿De dónde procedía el grito? Hemos de asegurarnos de que no acontecen más desgracias bajo este techo.

—No sabría... Quizá del lado derecho. O tal vez del contrario. —Gauthier frunció el ceño, esforzándose. Contempló los rostros pétreos que lo rodeaban y adujo —: Después de la lucha que mantuvimos anoche, caí rendido. Warin me ha despertado.

Miró de reojo al germano, y éste por fin despegó los labios:

—Era un grito de mujer.

—Bien. Eso reduce la búsqueda. —El abad se volvió hacia Raoul y le ordenó—: Comprueba que Aalis esté bien. Nosotros iremos a por *dame* Jeanne, y después de asegurarnos de que las dos castellanas estén ilesas, repasaremos las dependencias de las sirvientas.

El novicio inclinó la cabeza y desapareció en la oscuridad apenas iluminada por las antorchas. La comitiva del abad, Warin y Gauthier se encaminó hacia el otro lado del corredor. Cada paso retumbaba en las losas mudas del castillo, ahora tan silente como una ermita. El rozar de las ropas y el tintineo metálico de las espadas eran los únicos ruidos que invadían el pasillo, como si todas las criaturas que recorrían los rincones del lugar guardaran un silencio temeroso. Cuando por fin alcanzaron la puerta de la sala de *dame* Jeanne, estaba entreabierta y llegaba un rumor de voces airadas. Antes de que el abad pudiera impedirselo, Gauthier de Souillers empujó con fuerza la hoja de madera, exclamando:

—¡Nada debéis temer, Jeanne! Ya estoy a vuestro lado.

—Me siento mucho más tranquilo —replicó L'Archevêque, divertido, desde una butaca. *Dame* Jeanne estaba tendida en la cama, blanca la piel como la leche que aún teñía el suelo. A su lado, de pie, Auxerre tenía una extraña expresión en su rostro, no exenta de preocupación.

Gauthier enrojeció lentamente, y balbuceó:

—¿Podéis explicarme, señora, qué está sucediendo aquí?

—Yo os lo diré —contestó Auxerre, con la vista clavada en el abad.

—Qué desilusión, *compaign*. Mi historia hubiera sido sin duda cien veces más entretenida —dijo Louis, guiñando el ojo.

—No lo dudo —replicó el capitán, y sin perder tiempo relató—: Oímos el grito, imagino que como todos los presentes. No sabíamos dónde buscar, pero al recorrer el pasillo a ciegas, el ruido de alguien que huía nos alertó. Tratamos de detener al fugitivo, pero era demasiado veloz. —Miró de reojo al abad, cuyos labios estaban prietos en una línea firme y recta.

Gauthier exclamó, furioso:

—¿Un hombre ha osado invadir este recinto?

—Vuestra preciosa prenda. —La voz estridente de *dame* Jeanne llegó desde la cama, con un deje de hastío—. ¿Aún no lo veis?

—¿Aalis? —La incredulidad se pintó en el rostro de Gauthier. Estalló en carcajadas—. ¿Esa mocosa os dejó atrás?

Auxerre hizo caso omiso de las burlas de Gauthier y prosiguió:

—Al llegar a la altura del dormitorio de *dame* Jeanne vimos la puerta abierta y la encontramos desmayada en la cama. Por lo visto —hizo una pausa y añadió—: Aalis la atacó, amenazándola con matarla.

Los presentes dejaron pasar unos segundos, ponderando las palabras de Auxerre. Por fin, el abad rompió el silencio:

—¿Por qué causa, señora? ¿Por qué razón atentaría contra vuestra vida?

—Me odia, por supuesto —replicó Jeanne. Sus ojos brillaban como fuegos fatuos y las palabras salían a borbotones de sus labios—. Desde el primer día en que ocupé el puesto de su madre. Y es una mala cristiana. No está resignada a su destino, y lucha contra los deseos de todos los que sólo queremos su bien. La venganza corre

por sus venas. ¡Por Jesucristo, me clavó una repugnante daga en el cuello y por poco me arranca el brazo!

Mientras así hablaba, mostró la marca enrojecida de su brazo, con las huellas aún visibles de una mano prieta impresas sobre su piel, y señaló el rasguño rojo de su cuello níveo. Gauthier tragó saliva ostensiblemente.

El abad sintió el cansancio sobre sus hombros, una losa no tan pesada como la carga de responsabilidad que el destino de Aalis estaba resultando ser. Se persignó mentalmente; en cuanto tuviera oportunidad, descargaría su conciencia en el secreto de la confesión. Por el momento, el tormento era todo suyo. Se dio la vuelta y dijo, contemplando a todos los presentes:

—Volvemos a estar como al principio. Hay que encontrarla.

Estudió el perfil inmóvil de Auxerre, que se había recostado contra la columna de piedra que sostenía el arco de la ventana. Éste asintió imperceptiblemente, y dijo con voz ronca:

—Organizaré una partida de cinco hombres y registraré el castillo hasta el amanecer, pero no más allá de las murallas. Si ha abandonado el recinto durante la noche, es probable que no llegue muy lejos.

Uno tras otro, fueron desfilando hacia sus respectivas estancias. Gauthier ejecutó una florida reverencia antes de partir, arrastrando los pies como un condenado. Una vez más, la novia de su padre se le había escapado de entre los dedos como agua de un riachuelo escurridizo. Echó una última mirada a la delicada figura tendida en la cama, y recuperó los ánimos. Una niña débil e ignorante no escaparía durante mucho tiempo; había podido con Jeanne porque era una dama frágil y suave. Él le enseñaría a la Sainte-Noire lo que de veras era luchar. Warin y él, se dijo, le darían una buena lección.

L'Archevêque esperó a Auxerre en el corredor, frente a la puerta. El capitán fue el último en salir. El abad, desde el umbral, parecía sumido en sus pensamientos, con la vista fija en las vetas grises de la piedra. La fría mirada de Jeanne los contempló mientras desaparecían, tragados por la oscuridad del castillo.

Aalis temblaba de frío. Estaba pegada a la pared, y la fina tela de algodón de su camisa no bastaba para protegerla de los aires que la noche impulsaba por los recodos de piedra del castillo. Las emociones de las últimas horas habían hecho mella en su ánimo. Estaba hambrienta y apenas le quedaban fuerzas; tenía ganas de llorar, y sólo el contacto de su mano con la daga de Auxerre la impulsaba a seguir adelante, pues el único y breve momento de libertad de aquellos últimos días se lo había proporcionado esa arma. No quería detenerse a pensar en la embriagadora ola de poder que la había invadido cuando clavó el puñal en el cuello de Jeanne. Más tarde haría penitencia, lejos de los muros y de las cadenas que se agazapaban en cada puerta del que había sido su hogar. Ahora no era tiempo de rezar. Se persignó a pesar

de todo. De repente, se oyó:

—Señora.

—¿Quién sois? —susurró desesperada Aalis, aún aferrada a la daga—. ¿Amigo o enemigo?

—¡Niña! ¿No conoces a tu aya?

Nicole, envuelta en una larga capa oscura y con una tea en la mano, salió de las sombras que la ocultaban y mostró su rostro rechoncho y preocupado. La joven se arrojó en sus brazos y estalló en una cascada de lágrimas que llevaba días fraguándose en su interior. El aya miró a ambos lados del corredor, mientras trataba de apaciguarla.

—Vamos, vamos. Todo irá bien. —Señaló hacia el fondo del pasillo, negro como la garganta de una cueva, y añadió—: Tenemos que bajar hacia la despensa, niña. En esta planta pronto nos descubrirán.

Aalis asintió, aliviada. El aya acarició su cabeza, que estaba helada al tacto, y la envolvió en el cálido paño que aún conservaba su olor. Las dos mujeres descendieron sigilosamente hacia el vestíbulo, guiadas por la luz que Nicole sostenía en una mano, mientras con la otra acompañaba el lento caminar de Aalis. Al llegar abajo, la paja extendida por el suelo crujía bajo sus pies; parecía un reclamo anunciando su presencia. Por fin, cruzaron el arco de la cocina. Mil aromas a cuál más apetitoso asaltaron su sentido del olfato. Encima de la gran mesa estaba dispuesto lo que había de constituir el desayuno de la mesnada: pan, cuencos de leche, frutas y queso. Nicole sentó a Aalis en uno de los bancos y le acercó un cuenco. La joven bebió con ansia, derramando algo de leche sobre su camisa. Levantó sus grandes ojos verdes y, por un instante, las dos se miraron risueñas, como si nada hubiera cambiado desde que Aalis era una niña y comía con fruición los manjares que Nicole le llevaba a escondidas de la despensa; higos dulces y peras confitadas, o nueces y almendras picadas con miel. Tan rápidamente como llegaron las risas, ambas callaron, temerosas de despertar a alguien. El presente no podía olvidarse con tanta facilidad; la tristeza asomó a los ojos de Nicole.

—Tendréis que procuraros otras ropas, niña. Eso que lleváis no os protege del frío —dijo Nicole, levantándose para ocultar su desolación.

Abrió una alacena llena de manteles y servilletas y, rebuscando entre las telas de hilo, algodón y paño, sacó unas sandalias de piel de cordero. Se quitó la capa que llevaba y sacudió la prenda un par de veces, levantando polvo, y la extendió cuan larga era. La puso con cuidado encima del banco, y al lado dejó las sandalias.

—Pertenece al padre Martin; es su ropa de viaje, de buena lana de Flandes, resistente y fuerte. Podréis cubriros con ella durante el día y usarla de manto por la noche. —Los ojos sabios de Nicole observaron a la joven antes de añadir, emocionada—: Vas a necesitarla para el viaje.

—Gracias, Nicole —musitó Aalis—. Jamás te olvidaré.

El aya y la joven se fundieron en un abrazo. Al separarse, Nicole murmuró,

llorosa:

—Cuando lleguéis, besad la mano de mi señora por mí, niña.

Aalis apretó con fuerza las manos del aya, asintiendo. Se colocó la capa por encima de los hombros y, de inmediato, el rugoso tejido ahuyentó el frío y el miedo que se habían instalado en su ánimo desde hacía demasiado tiempo. Se ató las cintas de las sandalias y afianzó a su cintura el morral que Nicole había llenado con queso, pan y un pequeño salterio.

Se obligó a no darse la vuelta mientras cruzaba el doble arco de piedra. El amplio vestíbulo de la torre del homenaje estaba desierto, y por las puertas principales se percibía el olor de tierra y de cielo, de madera y de amanecer que esperaban al otro lado. En la salida había un guarda apostado, profundamente dormido y del que llegaban rítmicamente sonoros ronquidos. Aalis se detuvo. No podía salir por ahí sin que el soldado diera la alarma; pero a juzgar por su profundo sueño, podía probar suerte. Dio un paso hacia adelante, y de repente se detuvo, helada. Llegaba alguien por la escalera.

Raoul de Marcy la vio en cuanto alcanzó el vestíbulo, y la luz que llevaba para iluminar su camino hacia la despensa tembló a causa de la corriente que envolvía la gran sala. Sujetó la lámpara de aceite con firmeza. La muchacha se dio la vuelta hacia él, sin esconderse; la agitación del novicio era patente. Aalis no sabía durante cuánto tiempo permanecería inmóvil, ni sabía por qué milagro aún no había dado el grito de alarma. Sólo sabía que debía aprovechar su oportunidad antes de que pasara. Raoul levantó una mano con extrema lentitud y la mantuvo en alto durante un instante que pareció no acabarse nunca. Aalis sintió en su rostro la luz mortecina del día que empezaba a despuntar más allá del patio de armas. Inspiró el aire cargado de inciertas promesas, empujado por la brisa de la mañana, y echó a correr hacia el portón principal del castillo de Sainte-Noire. Raoul aún miraba el punto donde su frágil figura desapareció en el horizonte, cuando el sol ocupó su lugar.

Capítulo ocho

En el año del Señor de 1174, los bosques del norte de Francia quizá ya no eran el lugar infinito en el que se refugiaban los hombres cuya libertad no dependía de ellos, como sirvientes, bandidos, pecadores y otros despojados de la Fortuna, pero las largas ramas de los fresnos y las hayas, de los firmes robles y los esbeltos abedules, tan altos que sobrepasaban los cuarenta codos, bastaban para hacer que más de una vida desapareciera, no sin alivio, a la sombra de las hojas claras y rojas, flexibles y rígidas que brotaban de aquellas maderas que con tanto ahínco reyes, señores y obispos se dedicaban a talar para construir sus palacios y fortalezas. Los caminos que los romanos habían construido rodeaban las extensas laderas que conducían a las montañas unguadas de verde profundo. Para adentrarse en el manto de copas que no parecía tener fin, los únicos senderos eran los que hollaban desde hacía años aquellos habitantes sin otro lugar al que calificar de casa.

El clérigo que recorría con esfuerzo la estrecha vía de tierra que penetraba en el lado oeste de Mortagne no se encontraba en esa situación. Su hogar tenía un nombre, si bien no describía ni aldea ni ciudad, ni río ni valle alguno; Walter Map sabía que su único derecho a un techo encima de su cabeza y una cama mullida bajo sus riñones respondía a las órdenes, o más bien al capricho, de Enrique Plantagenet, rey de Inglaterra y señor de Escocia, Irlanda y Gales, sin mencionar sus demás posesiones en el continente. De no ser por su generosidad, que algunos maledicientes ya tildaban de inconsciencia, el viejo rey Enrique aún conservaría el título de duque de Bretaña y Aquitania; pero apenas hacía un par de años, aquejado de una dolorosa enfermedad, se vio asaltado por una oleada de remordimientos y cedió a su hijo Ricardo la herencia de su madre Leonor, mientras que su primogénito Enrique el Joven era coronado rey de Inglaterra y su otro hijo Geoffrey recibía el ducado de Bretaña. Los altos funcionarios de la corte agitaron la cabeza: no podía haber dos testas coronadas para un mismo reino. Y así era, pues cada día se hacía más insostenible la convivencia de los dos reyes: el joven Enrique se quejaba amargamente de su situación, clamando que de nada valía su coronación sin tierras ni rentas, ni espadas a sus órdenes y por tanto sin ningún poder. Los espías a sueldo de su padre advertían que incluso habían llegado hasta oídos del rey Luis VII sus reclamaciones, y que éste prestaba atención a los lamentos del cachorro para beneficio de sus secretos designios. A Ricardo, desde luego, no le hacía falta un extraño para predisponerse

contra su padre; le bastaba pasar unos cuantos días bajo el ala de la reina Leonor para ello. Juan era de todos ellos el más callado y el que menos acosaba a su padre, satisfecho con ser virrey en las tierras de Escocia, pero quizá por eso Walter le temía más incluso que al vehemente Ricardo. Al fin y al cabo, éste tenía sus cuentas pendientes con su padre, que desde hacía varios años conservaba a su lado a la prometida de su hijo, retrasando inexplicablemente la boda que habría de unir al vástago preferido de Leonor con la hija de Luis VII, poniendo así fin a las disputas de las dos casas reinantes más poderosas de la cristiandad. En ocasiones, cuando la testarudez de Enrique lo exasperaba y el único remedio para evitar un exabrupto imprudente era encerrarse en su celda y rezar, y luego rezar aún más después de beber una jarra de cerveza, Walter llegaba a la sencilla conclusión de que no estaba en la naturaleza de Enrique, ni en su temperamento volátil y fiero, buscar la paz, sino que una comezón en su interior le impulsaba a salir siempre al encuentro de los jinetes de la guerra. Sin embargo, a pesar del furioso genio y la lengua salaz del monarca, Walter, a sus treinta y cuatro inviernos, hacía ya más de diez que servía lealmente a un único señor en la Tierra, además del Rey de los Cielos. Se pasó la mano por la frente y sacudió el abundante sudor que goteaba por sus sienes.

—Y sé bien cuál me trae más trabajo —rezongó para sí, cansado.

Alzó la vista, protegiéndose del sol de mediodía que caía implacable, para ver cuánto le quedaba hasta la cima de la montaña, donde, según el tosco mapa que le había trazado el canónigo de Nogent-sur-Marne, estaba el manantial más cercano. Después de alcanzar la fuente de Mortagne y refrescar su sed, descansaría durante la noche, y hasta tendría tiempo de buscar por allí algunas bayas o, con suerte, un panal de miel con el que complementar las duras hogazas de pan que le quedaban. Aquellos endemoniados bosques franceses no parecían tener más que ofrecer: frutos diminutos como el diente de una rata, o miel custodiada por las abejas más grandes y feroces que había visto jamás. No había rastro de árboles frutales, ni de hierbas de menta con las que hervir una reconfortante tisana. Ni siquiera su Hereford natal era tan agreste. Tierra yerma era esa Francia; lo único que abundaba por aquellos parajes, como había confesado el propio rey Luis VII, era pan, vino y buen humor. A la fuerza. El clérigo se ajustó el cordón que pendía de su cintura y se apoyó en el bastón para reemprender la marcha, ignorante de los ojos que lo observaban desde una distancia segura. El cansino trotar del clérigo rompió la calma del bosque. Un crujido empujó a una bandada de pájaros a batir sus alas, atravesando el cielo como una nube de tormenta.

Aalis deslizó las piernas en el riachuelo, y el agua fría agujoneó sus doloridos pies. Caminó con dificultad por el lecho hasta llegar a la base del manantial, donde las rocas de la montaña abrazaban la caída del agua. Había dejado las sandalias en la orilla, la capa bien doblada por encima, y sus escasos enseres ocultos debajo de ésta. El lago tenía poca profundidad, a lo sumo cuatro codos, y la joven tomó aire y se

sumergió completamente en la paz helada; el rumor de la corriente la envolvió. Cuando abrió los ojos de nuevo a la luz del mediodía oculto por las altas copas de las hayas, estaba tiritando, pero al menos sentía el vigor recorriendo de nuevo sus piernas. Se frotó los párpados y, en un gesto inadvertido, se disponía a arreglarse el pelo cuando recordó. De repente, en pie entre toda la placidez de aquel rincón del bosque, volvieron a asaltarla los temores de la noche anterior, la respiración entrecortada de su carrera hacia un destino desconocido, lejos de todo cuanto había creído y amado como su hogar. Sus pies daban fe de que la huida no había sido fácil; a pesar de las ligeras sandalias que protegían sus plantas aquí y allá las piedras le habían causado leves heridas. La capa había sido una bendición, pues aquí y allá mostraba desgarros donde los matorrales espinosos y las ramas retorcidas del bosque se habían enganchado a la tela.

Mientras corría, sin mirar atrás, hacia los bosques que cubrían las montañas vecinas a Sainte-Noire, Aalis no se había detenido a pensar qué haría una vez alcanzara el abrigo de la oscuridad. La noche había caído cuando la joven, exhausta, logró llegar hasta el primer fresno que marcaba el nacimiento del bosque. Se dejó caer sobre un lecho de musgos y hojas muertas, y trató de no prestar atención a los ocasionales roces de hormigas, gusanos y demás criaturas que se arrastraban libremente por entre sus brazos y piernas. Mantuvo los ojos cerrados a la fuerza, hasta que cayó rendida por el agotamiento. Al día siguiente, se despertó con un rayo de luz que penetraba por la bóveda verde que tejían los imponentes robles y las estilizadas hayas, cuyos troncos delgados se elevaban hasta el cielo. Había sonreído al ver que las ramas parecían desperezarse con la brisa igual que ella estiraba sus brazos mientras bostezaba.

Durante el trayecto, pudo apaciguar su estómago vacío con un trozo de queso y media hogaza de pan, aderezado con el sabor acre de alguna hormiga que había quedado atrapada entre las migas del morral. El mundo del bosque era muy distinto a las paredes de piedra y madera de Sainte-Noire; allí todo permanecía inmóvil, iluminado con grandes antorchas que hacían bailar los perfiles y las sombras de los habitantes del castillo. Allí, la inmovilidad era una ilusión, pues cada hoja contenía mil vidas animadas, y Aalis podía sentir cómo se escurrían bajo sus pisadas. Según su naturaleza, las pequeñas criaturas correteaban o se mecían lánguidamente al ritmo del ulular de los vientos, protegidas del sol que caía suave sobre todos. Aalis se arrodilló para observar la afanosa hilera de hormigas rojas que transportaban diminutas porciones de una hoja de haya para proteger la entrada de su nido. No era la primera vez que pisaba el lecho boscoso de hojas y hierbas, de suelo húmedo y tan profundo que parecía fruto del corazón de la Tierra, pero sí resultaba extraño pensar que en aquel momento constituía su único refugio. Un escalofrío recorrió entonces su espalda, no supo si de miedo o de emoción ante el camino que tenía por delante; cuando las nubes cubrían el sol, todo se volvía más frío.

Llevaba toda la mañana andando cuando oyó el murmullo del agua. El frescor

que inundaba el camino y el musgo que alfombraba el suelo presagiaban una fuente, una bendición para su incipiente sed. Aalis no podía imaginar que el manantial sería el paraje más fantástico que jamás había visto, más aún que los fascinantes cañones de sal y hierro de Souillers, e incluso que la severa belleza del monasterio de Mont-Froid. Una pequeña cascada, apenas tan alta como un niño, alimentaba el diminuto remanso de aguas tranquilas desde donde nacía un riachuelo que se inclinaba hacia el otro lado de la montaña. En realidad no era un lago, pues no era mayor que un par de barreños de madera de tres codos, pero ya fuera por la luminosidad que se derramaba sobre la cascada, o por la apacible corriente que alimentaba el fondo, tal parecía sacado de las prodigiosas historias de hadas y magos que narraban los trovadores. Se quedó un momento muy quieta, casi temiendo despertar a la dama del lago. Un pequeño petirrojo se había posado en la orilla, y torció el pico varias veces, como si la invitara a entrar en la fantasía.

Aalis salió del agua con la camisa pegada a la piel. El frío recorría sus huesos. Se quitó la prenda y la dispuso sobre unas ramas para que se escurriera. Después, se tendió en el suelo, con la capa a modo de cojín, y dejó vagar su mirada hacia el cielo. Quizá el Paraíso sería similar: un sitio sin murallas ni gentes, donde ninguna alma sabría su nombre, ni le querría ningún mal. El suave resplandor del sol secaba su piel, pero por sus venas no corría ningún calor que la reconfortara. Cuando cerró los párpados, todo lo que había vivido se representó ante el ojo de su mente como si fuera el teatro de su pesadilla.

—¡Dejadme en paz! —exclamó.

Los fantasmas se desvanecieron, con un bisbiseo burlón. El eco de su grito despertó el piar de los pájaros. Aalis se sentó y contempló sus magras posesiones: el queso y el pan empezaban a cubrirse de moho. La daga relucía, hermosa y dañina. Tomó el arma con la que había amenazado a Jeanne. Muchas veces había observado distraídamente cómo Auxerre cortaba un muslo o un trozo de pan con ella. Era sencilla, de hierro pulido y de nácar blanco, con una única piedra verde que destacaba, centelleante, en el centro de la empuñadura. La depositó de nuevo junto al morral. Abrió el salterio, esperando encontrar algún fragmento que la consolara. De entre las diminutas páginas cosidas saltó un objeto, que cayó pesadamente sobre el musgo. Allí permaneció durante unos instantes, mientras Aalis lo contemplaba, incrédula. Era su medallón de madera tallada, el que Gilles le había regalado, con los bordes delicadamente pintados de pan de oro. ¿Por qué razón, en nombre de Dios, Nicole había creído que necesitaría esa joya para su viaje? No le quedaba espacio para llorar a Gilles, y menos ahora que debía reservar sus energías para un largo trayecto. Sopesó la daga con una mano y el medallón con la otra. Ambas cosas parecían pesar lo mismo, quizá como el recuerdo de los hombres que permanecía ligado a los dos objetos. Sin embargo, el medallón era de madera; Aalis enarcó una

ceja, abriendo el medallón. Encima de los cabellos, recogidos con un lazo, relucían cinco monedas apiladas. Aalis tomó una: eran denarios de Champagne, con una efigie por un lado y el sello condal por el otro. Se echó a reír; por primera vez en muchos días; carcajadas de pura felicidad acudieron a sus labios.

—¿Has oído?

—Sí. Estará cerca.

Esperaron agazapados. Por fin, el más alto exclamó:

—¡Ahora!

Los dos hombretones saltaron de la maleza y cayeron sobre el caminante, derribándolo. Él pugnó por deshacerse de ellos, pero uno agarró su bastón y lo inmovilizó trabándole el cuello. El otro gritó:

—¡Deja de luchar, demonio! No queremos matarte, pero por tu bolsa te juro que lo haremos. —Y ordenó—: Aflójalo para que pueda hablar.

—Soy un fraile que ha hecho voto de pobreza. Nada tengo, pero todo os lo entregaré —murmuró Walter Map, observando a su oponente. Tenía las facciones chupadas y sucias, y una gran cicatriz adornaba su cuello, en mudo testimonio de sus escarceos con la horca. Vestía por toda ropa una camisa y unas calzas de lana sin teñir. Sus pies estaban desnudos. Cuando el clérigo levantó la mirada, se encontró con la codicia pintada en los ojos del otro.

—Y su calzado —dijo el bandido escuetamente—. Pero primero echémosle un vistazo a la bolsa del fraile.

Con un gesto seco, el que sostenía a Walter le arrancó el morral que aún llevaba cruzado sobre el pecho y lo lanzó a los pies de su cómplice. Éste vació el contenido en el suelo y se puso a hurgar, lanzando exclamaciones de decepción o de gozo según lo que descubría:

—Veamos. Libracos que no sirven de nada. ¡Un par de manzanas! Un montón de pergaminos... —Le hincó el diente a la roja fruta bajo la mirada ansiosa del otro, y por fin exclamó, levantándose—: ¡Y una bolsita de piel que tintinea como las campanas del Paraíso!

Acto seguido, hizo saltar la bolsa por los aires varias veces, y vertió el contenido en la palma de su mano, mostrándole el feliz botín a su compañero, el cual se echó a reír y de un empujón hacia adelante hizo que Walter hincara las rodillas en el suelo.

—¡Gracias por la generosidad! Y ahora...

Su compañero soltó una risotada, mientras el clérigo empezaba a desatar dócilmente las cintas de cuero que sujetaban su buen calzado de pieles del norte. Walter trataba de no desviar la vista hacia el resto del morral desechado por los rufianes. Su tranquilidad, sin embargo, tan distinta a las reacciones de pavor y en la mayoría de los casos, de resistencia, con las que se topaban sus asaltantes, hizo sospechar al que devoraba la manzana. Un brillo de desconfianza asomó a sus ojillos

y dijo:

—Sois bien manso, fraile.

—Sigo las enseñanzas de Jesucristo —repuso Walter.

—¿Qué pasa? —preguntó abruptamente el otro enarbolando el bastón al percibir la actitud de su compinche.

—Nos oculta algo más valioso, estoy seguro —acusó éste—. ¡Míralo, le estamos despojando y no pestañea! No me fío.

Y se volvió a observar el contenido del morral desparramado por la hierba. Agachado, tomó uno de los rollos, rompió el sello y trató de desentrañar su significado. Walter lo observó, sintiendo algo de piedad mezclada con no poca preocupación; a menos que la Fortuna le hubiera sido bien adversa, era imposible que aquellos desgraciados supieran descifrar el texto de aquellos documentos. Y, si no se engañaba, la reacción de los iletrados frente a los enigmas de la escritura siempre estaba teñida de frustración y, en ocasiones, de ira. No era éste el mejor momento para tener razón, pero así fue, tanto más cuanto su compañero lo azuzó inadvertidamente, diciendo:

—¿No decías que sabías distinguir hasta diez letras?

El otro, con la faz roja, se incorporó de un salto, arrugó el pergamino entre sus manos y lo lanzó a la cara de Walter, exclamando:

—¡Maldito brujo! Seguro que son recetas abominables. ¡Por eso no se resiste: piensa enviarnos al mismísimo Infierno con un conjuro en cuanto nos descuidemos! —Su cómplice miró a Walter con los ojos de par en par, mientras el otro proseguía, furioso—: Hemos ido a dar con un hereje, seguro, o un discípulo del Demonio. No podemos dejarlo ir.

Su rostro se tornó sombrío y feroz, y la satisfacción brillaba en su mirada. El que sostenía el bastón avanzó un paso, siguiendo las órdenes mudas de su cabecilla, y Walter se arrastró hacia atrás como pudo y se levantó, dispuesto a enfrentarse a él. Había viajado durante largo tiempo, en todas las condiciones y bajo los cielos más oscuros; no podía permitir que dos desposeídos acabaran con él a las dos semanas de poner el pie en Francia. Jamás había sido un hombre ducho con la espada, pero estaba al servicio del rey y vendería cara su piel.

Su determinación se reflejó en su resuelta actitud. Irguió la cabeza, plantó firmemente ambas piernas y avanzó los brazos, dispuesto a arrancarle el palo al atacante a la primera oportunidad. Y así fue: calculando mal la fuerza oculta bajo el hábito, el otro lo amenazó con el bastón agarrándolo por un extremo y, veloz como una ardilla, Walter pudo hacerse con la otra punta y de un tirón atraer el palo hacia sí. A pesar de estar desprovistos de su arma, ambos cayeron sobre él como un solo hombre y, mientras uno trataba de arrebatarle el bastón, el otro le propinaba una lluvia de golpes en el pecho, los hombros, la cara y otras partes aún más dolorosas de su cuerpo. Walter, por su lado, los apaleaba cuanto podía, pero estaba claro que se encontraba en situación desfavorable. De repente, uno de los hombres soltó una

exclamación de dolor y se palpó la pierna. El otro se lo quedó mirando sin comprender de dónde procedía el daño, pues Walter estaba ocupado con él. Nuevamente aulló el compañero, esta vez tocándose la espalda. Una piedra cayó a su lado, como salida de la nada. El cabecilla, pues éste era el aquejado por los ataques, chilló:

—¡Es un brujo! ¡Me está matando! ¿No lo ves?

El otro lo miraba incrédulo cuando, súbitamente, se llevó la mano a la frente. Al retirarla, Walter vio que tenía una herida fresca de la que manaba suficiente sangre como para cegarle los ojos. Otro pedrusco del tamaño de un puño yacía a sus pies. El hombre empezó a gritar a su vez, y una tormenta de piedras cayó de nuevo sobre los ladrones con renovado esfuerzo. Dando alaridos y sin pensarlo dos veces, se fueron corriendo montaña abajo, mientras Walter los miraba alejarse. Cuando el sonido de sus pasos atemorizados se hubo apagado, el fraile se quedó un instante de pie, atónito. Tomó uno de los proyectiles en sus manos y lo sopesó, pensativo. En verdad, la ayuda del Señor era a veces milagrosa, pero su larga vida en la corte le había enseñado que ésta venía por caminos, si no menos prodigiosos, sí más prosaicos. Dejó el bastón en el suelo y dirigió su atención a sus posesiones. Afortunadamente, los dos rufianes no habían tenido tiempo de hacerse con sus escarpines, sin duda el objeto cuya falta más dificultades le hubiera causado, hallándose como estaba a dos días de viaje de la posada más cercana. Pero su atención se centró en el pergamino arrugado. Alisó el papel, volvió a enrollarlo y con saliva trató de mantener el sello en su sitio. Tendría que proveerse de cera para devolver la carta a su estado original, pues un sello violado equivalía a un documento sin valor. Recogió su Biblia y salterio, y los demás pergaminos, y los puso de nuevo en el morral, así como la manzana que estaba intacta. Oyó un crujido a sus espaldas y alargó la mano para hacerse con el bastón. Cuando se volvió, una figura encapuchada lo contemplaba, a varios pasos de distancia. Tenía una piedra en la mano y de su cintura colgaba una daga. Walter estudió al recién llegado; medía poco más de cinco pies, y era delgado como un junco. No parecía abrigar intenciones aviesas, pero por si acaso Walter balanceó su bastón, mientras decía:

—Debo agradeceros vuestra ayuda, amigo.

El desconocido inclinó la cabeza, sin responder. Walter insistió:

—Si me hacéis la merced de compartir un fuego conmigo, podré expresaros mi agradecimiento. Pronto empezará a caer la tarde y, cuando el sol se oculta, estos bosques son fríos como el aliento de un moribundo.

—Lo sé bien —replicó el otro. Dejó caer la piedra al suelo y se acercó, con precaución.

El clérigo pudo por fin entrever su cara. Era apenas un muchacho, de mandíbula fina y perfil delicado, oculto a medias por el barro que ensuciaba sus mejillas y su frente. Los ojos, en cambio, eran de un verde limpio y profundo y conferían una singular expresión al conjunto, aun a pesar de su mirada huidiza. La capucha caía

sobre su faz, y andaba con la espalda hundida; sin embargo, Walter notó que su brazo derecho seguía tenso, y cercano a la blanca empuñadura de su daga.

—Sentaos —dijo Walter, mientras recogía unas pocas ramas secas y algunas piñas para encender un fuego. Señaló su morral y ofreció—: Sólo me queda una manzana, pero es vuestra.

—No puedo privaros de vuestro último alimento —repuso el joven. Abrió su propia bolsa y puso encima de unas hojas un pedazo de queso roído—. Al menos, dejad que me sume al festín.

—¡A fe que somos dos ricos viajeros! —exclamó Walter de buen humor, arrodillándose para disponer las ramas. De su cuello pendía un vial de hierro pequeño como un dedo meñique; lo abrió, aplicó el líquido sobre la yema de su dedo y lo extendió sobre un par de ramas. A continuación, extrajo de su camisa un par de piedras de color grisáceo. El encapuchado se sobresaltó. Como Walter lo notara, dijo —: No os alarméis. Observad. —Y empezó a golpear las piedras una contra la otra con energía, varias veces hasta que por fin saltó una chispa, que prendió en las ramas superiores con sorprendente facilidad. El rostro del otro reflejaba su asombro. Walter sonrió y explicó—: No soy brujo, antes de que os arrepintáis de haberme salvado de esos granujas. Estas piedras se llaman pedernal, y tienen la propiedad de insuflar fuego en la madera, y si ésta se unta con aceite, se facilita el proceso. Nada más. Pero en estos tiempos, la sabiduría de los antiguos se tacha de magia o, aún peor, se ignora a favor de las admoniciones de charlatanes y mentirosos.

El joven tomó una de las piedras y la estudió con interés, mientras Walter atizaba la frágil llama que acababa de nacer, sorprendido ante su propia extraversión. Llevaba demasiado tiempo viajando solo. Únicamente así se explicaba su disertación al recién llegado, sin duda un desafortunado sin familia ni amigos, que difícilmente comprendería la terrible ironía de un mundo que redescubría tras siglos de sopor a los gigantes del pasado, no para izarse sobre sus hombros y ver más lejos, como John de Salisbury había escrito, sino para encumbrarse sobre sus enseñanzas y hundirlas de nuevo en el barro del olvido, cubiertas por el barniz de la ignorancia y la mezquindad. El clérigo meneó la cabeza, en un gesto involuntario que pretendía alejar de sí la oleada de melancolía que se aprestaba a invadir su espíritu. Más tarde habría tiempo, sentado frente a un verdadero fuego de chimenea y después de haber probado un buen guiso caliente, de reflexionar sobre las desdichas de los hombres. Por el momento, debía concentrarse en su viaje, y sobre todo en llegar sano y salvo a su destino. Había rechazado la protección que ofrecía una escolta arguyendo que sólo conseguirían llamar la atención allá donde se detuvieran. La idea de realizar parte del camino en compañía de aquel desconocido era sin lugar a dudas singular y, con sorpresa, Walter se dio cuenta de que se estaba abriendo paso en su mente. Muchas veces de la mano en la que más confiamos sólo viene mal, mientras que la ayuda procede de la fuente más insospechada, como bien acababa de demostrarle la Providencia.

A la luz de la débil llama, Walter consideró a su compañero de hoguera. No tenía aspecto de ser un cazador furtivo en busca de conejos u otros animales, pero desde luego había pasado varias noches a la intemperie, pues estaba habituado a los mil latidos del bosque y no giraba la cabeza cada vez que un grillo o un pájaro rompían el silencio. No podía proceder de la nobleza un rapaz abandonado en mitad de la noche, aunque Walter pudo ver que la larga capa que le cubría hasta los finos tobillos era de lana negra de calidad, y el hermoso anillo plateado que ornaba su mano derecha tampoco le pasó desapercibido. El joven notó la mirada escrutadora del clérigo y se envolvió con energía en el manto, apretando los labios. Walter dijo, amablemente:

—¿Me diréis pues cuál es vuestro nombre?

—Podéis llamarme Sylva —dijo el joven, con un relámpago de burla en los ojos—. Como este bosque que nos rodea.

—Curioso nombre, pero tenéis derecho a seguir oculto en el misterio —dijo Walter—. En cambio, yo me revelaré sin ambages: me llamo Walter Map, nací en el País de Gales y soy fraile peregrino. Y si no hubiera sido por vuestra firme muñeca y mejor puntería, quizá no estaría vivo para esta presentación.

—Exageráis, señor —murmuró el otro, azorado.

—Tal vez. De todos modos me haríais un honor si tuvierais a bien acompañarme durante un trecho —instó el clérigo. El joven abrió sus grandes ojos de par en par, y se llevó la mano al cuello, de donde pendía un colgante, como si en el tacto de su medallón pudiera encontrar una respuesta adecuada. Prosiguió—: La travesía es solitaria y se ha demostrado que peligrosa para un pobre fraile cuya única arma es su Biblia.

Walter cada vez estaba más intrigado por la errática actitud del joven, y empezaba a preguntarse si no se trataría de un loco, bondadoso e inofensivo, pero desprovisto de una mente sana al fin y al cabo. Trató de descifrar su expresión, en la que creyó leer asombro, miedo y también una pizca de esperanza. Decidido a convencerlo, quizá porque el encuentro con los dos bandidos le había recordado los peligros de todo viaje, y aún más del suyo; y en no poca medida por el simple placer de no hallarse a solas con sus pensamientos, Walter insistió:

—¡Ea!, no me diréis que tenéis asuntos urgentes en otra parte. Os he encontrado en la cima de la montaña, y supongo que habréis previsto el descenso. Sencillamente propongo que hagamos ese trayecto juntos.

El muchacho, bien para disimular su apuro o para darle largas, preguntó:

—¿Y después, cuál es el destino de vuestro viaje?

Walter fingió reflexionar profundamente, y agitó una rama en el aire, dibujando un arco, antes de responder:

—¡Después! Hermosa palabra. Toda Francia contiene reliquias que quiero ver con mis propios ojos antes de morir: Tours, Poitiers, París, Chartres, incluso las capillas más remotas del sur rebosan, según se dice, de restos de la Vera Cruz y de mil huesos de hombres y mujeres santos que curan el reuma, los dolores de muelas y aun las

afecciones más odiosas. ¡He ahí mi destino! —terminó teatralmente.

—¿Queréis ir a todos esos lugares? —preguntó maravillado el joven.

Walter asintió, divertido ante la admiración de su interlocutor.

—Mi abad me ha encargado que allí donde vaya me procure una copia del manuscrito más bello o más útil que posea la biblioteca de la abadía o de la catedral que visite, para más tarde traerlos de vuelta a nuestra congregación. Es mi deber, pues, recorrer tanta tierra como el Señor tenga a bien poner bajo mis pies, mientras mi cuerpo tenga fuerzas, hasta cumplir con su encomienda.

—Os envidio esa misión, señor —dijo el otro, taciturno—. No parece ser menos libre que la vida de un pájaro.

—Sin duda no habéis recorrido tres leguas bajo la lluvia, ni os habéis visto obligado a pernoctar en agujeros en donde ni el mismísimo Diablo se atrevería a soplar su azufrado aliento —exclamó Walter. Y añadió, benevolente—: Envidiáis un sueño; la realidad siempre es otra, amigo Sylva.

—Quizá, pero es curioso que las advertencias prudentes proceden siempre de aquellos que ya han bebido del cuenco de la libertad; mientras que los pechos que la desean son los que están privados de la misma —contestó vivamente el muchacho.

—Entonces, ¿a qué esperáis? Tomad esos caminos contra los que os han advertido, y tomadlos acompañado para prevenir las desgracias que las plañideras os anuncian —dijo Walter, complacido, levantándose de un salto—. No se hable más. Si estáis repuesto, caminad a mi lado mientras descubrimos qué hay al otro lado de esta montaña. He de deciros, para vuestra tranquilidad, que voy provisto de un mapa.

Tendió la mano al joven, y éste la tomó casi sin darse cuenta. Una vez en pie, una repentina turbación asaltó al muchacho; recogió su morral y se ató las cintas de sus sandalias. Levantó la cabeza, se mordió el labio inferior y, después de estudiar durante un buen rato al atareado fraile mientras se preparaba para seguir el camino, por fin dijo:

—Tengo que preveniros. —El clérigo se lo quedó mirando seriamente y esperó a que prosiguiera. Sylva continuó, precipitadamente—: Quizá no sea compañía muy segura para vos, pues dejo enemigos tras de mí. No quiero causaros ningún mal.

—Os agradezco esas palabras, Sylva. Demostráis una nobleza admirable al hablarme así —repuso Walter, con una chispa de jovialidad en los ojos—. Pero he aquí que se me ha ocurrido lo siguiente: que viajando dos en vez de uno por cada lado, sin duda desconcertaremos de golpe a varios pájaros de una pedrada. ¿Qué os parece? Y por el camino me contaréis las cuitas que os asaltan.

—Padre, creo que jamás he conocido a un religioso como vos —exclamó el joven, con una sonrisa de alivio—. Pero a pesar de eso prefiero guardar silencio sobre mis preocupaciones.

—Loada sea vuestra prudencia. Y ahora, vámonos, antes de que tantas virtudes reciban una mala recompensa y vuestras Erinias nos alcancen.

Walter Map hundió su bastón en el duro suelo de Francia y se lanzó hacia

adelante, en dirección a la falda del Mortagne. Echó un vistazo hacia atrás y vio al joven de espaldas, contemplando el bosque de donde acababa de salir.

—¡Sylva! —llamó el fraile—. ¿Venís?

La delgada figura levantó la mano, como si se despidiera de los seres invisibles que habitaban entre los robles y las hayas, y del río que discurría apacible por entre las estrías de la montaña. Luego, Aalis se subió la capucha, dio la vuelta, y siguió los pasos del galés.

Al otro lado de la montaña, cuatro jinetes seguían el camino hacia el oeste, y se disponían a cruzar el puente de madera erigido sobre el Loira. Avanzaban en fila y sin intercambiar palabra, y sus capas de color marrón caían sobre los flancos de sus soberbias monturas y sobre sus rostros, de modo que un campesino ocioso, si tal cosa existe bajo el sol, en caso de detener su labor para escudriñar a los forasteros, sólo podría concluir que se trataba de cuatro hombres armados hasta los dientes, pues de estribos, cinturas y cinchas pendían espadas, dagas, látigos y garrotes. Nada más podría deducirse, y sin embargo era suficiente para dictaminar que los cuatro tenían un objetivo común; tampoco era arriesgado predecir que el fin compartido de los jinetes tenía visos de terminar en un derramamiento de sangre, lo cual en el reino de Francia, sumido en una larga guerra contra el Plantagenet salteada de breves treguas en Pascua y en la Natividad del Cristo, no era una suposición muy aventurada.

El jinete que encabezaba la partida levantó la cabeza repentinamente, y su capucha resbaló dejando al descubierto el cráneo rapado en las sienes y unos mechones en la coronilla. Pobladas cejas vestían su expresión de ferocidad, reafirmada por la frialdad de sus pupilas. Levantó la mano para dar la orden de detenerse a su grupo, prestó atención durante unos instantes y luego bajó los dedos en señal de tranquilidad. Sus tres compañeros relajaron el pulso, y procedieron hacia adelante, en dirección al camino de Troyes.

Oculto bajo el puente, Raoul de Marcy aflojó también la presión sobre su espada.

—Repetid eso —ordenó Rotrou, con la mirada centelleante clavada en el abad de Mont-Froid, que estaba en pie, mientras el conde de Le Perche permanecía incómodamente sentado en el tosco banco frente al fuego que se había dispuesto en el dormitorio principal de Souillers.

Hughes esperó a que el conde masticara las uvas dulces, maceradas en vino y miel, que acababan de servirle. Rotrou estaba de un humor de perros. El camino había sido pesado y agotador. Una lluvia torrencial había sorprendido su carromato y, aunque Le Perche presumía de buena madera y mejores caballos, aún era hora de que su conde pudiera viajar en un carruaje cerrado como los que poseían obispos y príncipes. En consecuencia, Rotrou había pasado una noche de truenos y relámpagos

apenas resguardado por dos mantas de lana fijadas sobre cuatro soportes y afianzadas a toda prisa por sus criados. Al día siguiente se había despertado oliendo a oveja y con un terrible dolor de espalda. Y ahora aquello. El monje repitió su última frase:

—La partida salió hace dos días y aún no ha vuelto.

El sabor dulzón de las uvas no podía contrarrestar el malestar amargo que aquella sencilla frase le causaba. Arrugó la frente y echó un vistazo renuente hacia el camastro, donde Richer de Souillers permanecía recostado, sin dejar de toser y sorber un caldo de repugnante olor con ayuda de una temblorosa sirvienta, que procuraba retirarse lo más discretamente posible cada vez que el miembro cercenado del viejo, cubierto por una funda de cuero que ocultaba el muñón, se acercaba demasiado a su falda. Rotrou se concentró de nuevo en el abad, que parecía ser el único capaz de ofrecer respuestas coherentes.

—¿Os dais cuenta del significado de vuestras noticias? —interpeló, tomando otra uva. El abad no contestó—. Proseguid.

—Excusadme, conde, pero no hay mucho más. Cuando comprendimos que Aalis de Sainte-Noire había logrado escapar del recinto, acordamos regresar a Souillers para comunicarle al señor Richer la triste nueva y, naturalmente, tomar una decisión —repuso Hughes—. A pesar de que mis obligaciones me reclaman en Mont-Froid, decidí acompañarlos. Durante el trayecto tampoco encontramos su rastro. Una vez aquí, quedó establecido que la presencia de Gauthier no era necesaria en Souillers, y que podía sumarse a la partida, a pesar de que insistía en quedarse dada la gran preocupación que sentía por la salud y el bienestar de su padre. —El abad inclinó la cabeza en dirección a Richer, sin una brizna de entonación. El enorme camastro rechinó como si fueran los dientes de lobo del viejo. Hughes prosiguió—: En cuanto se hubo resuelto eso, la expedición tomó provisiones suficientes, y salieron a rastrear la zona. Yo permanecí aquí para dar consuelo, en espera del regreso de los caballeros. Vuestra llegada ha supuesto una excelente noticia, aunque ya veis que el momento es desafortunado, pues nos encontráis sumidos en la incertidumbre.

—Mi señor, os garantizo que os traeré de vuelta a esa mocosa... —empezó a decir Richer desde el camastro.

Rotrou lo atajó, mirando a Souillers con desprecio:

—Decidme, Richer, ¿realmente dejasteis vivo al hombre que os privó de esa mano? Debéis de tener la sangre licuada por los años, viejo. Creedme, más os vale no prometer hechos que no podéis cumplir sino a través de vasallos.

El conde levantó dos dedos, exigiendo silencio, y Richer cerró la boca de inmediato, a pesar de que su mala sangre hervía de rabia. Transcurrió un momento antes de que Rotrou hablara. Su rostro estaba vuelto hacia el hogar, pero cuando se levantó, el abad de Mont-Froid sintió un escalofrío. La mueca de crueldad pintada en sus labios y el fuego helado que despedían sus ojos no presagiaban nada bueno. Al principio, la voz de Rotrou era suave como el terciopelo verde que cubría sus hombros.

—Mi suegro Thibauld me llama a su lado, señores. Dice que la guerra es inevitable, y que la reina Leonor ha enviado cartas a sus fieles y reunido las fuerzas de todos sus hijos contra su marido el rey Enrique. Incluso me anuncia que en las provincias más ariscas del sur, los señores luchan ya contra los mercenarios del rey. Y el conde de Blois me convoca a su castillo para pedir mi lealtad. —Rotrou hizo una pausa y se volvió hacia el gimoteante Richer, acercándose a la cama—. La misma que le prometí en una carta, hace semanas, jurándole que honraría la promesa que hice al tomar a su hija como esposa, y asegurándole que la comarca de Le Perche estaría enteramente a su servicio. Dije enteramente, y él sabía, y yo también, que me refería a todos los castillos de esta comarca, ¡incluyendo el de Sainte-Noire, quizá no el más rico, pero desde luego el mejor situado! Y ahora, ¿qué debo decirle? ¿Que no puedo cumplir mi palabra porque una mera chiquilla está ridiculizando a un puñado de guerreros hechos y derechos? ¡Ésta es mi oportunidad de sentarme a la derecha de un conde en tiempos aciagos, y en cambio estáis labrando mi perdición! Os juro que os cortarí­a una mano, Richer, si no fuera porque vuestros enemigos se me han adelantado. Pero recordad que os quedan más miembros —terminó, susurrando en la oreja del viejo y golpeando impaciente el bol que sostenía aún en sus manos la criada. El contenido se derramó encima de la colcha y por el suelo—. ¡Dejad de tragar, maldito montón de huesos inútiles! En cuanto a vos —dijo, volviéndose furioso hacia el abad—, sé bien que no hemos compartido jamás ni mesa ni opiniones, pero no os creo un necio. ¿Es que vuestros años en Ultramar han reblandecido vuestras vísceras?

—Nada os impide tomar Sainte-Noire con vuestra propia enseña y ofrecer el trofeo al conde de Blois —señaló el abad, con una sombra de sarcasmo en la voz.

—¡Bien sabéis que ahora no puedo perder mi tiempo ni las fuerzas de mis soldados en conquistar esas cuatro murallas! —estalló Rotrou, furioso consigo mismo. Su padre sí lo haría, y sus antepasados también. Se hubieran lanzado sin dudar­lo a tomar lo que consideraban suyo, por la fuerza de las armas. Pero ellos luchaban con espadas, y Rotrou sólo tenía palabras y pactos para construir su condado. No podía permitirse enfrentamientos abiertos, y ese maldito abad lo sabía perfectamente—. Las alianzas se forman para eso; para ahorrar dinero y sangre. Y además, ¿por cuánto tiempo conservaría ese castillo? En cuanto yo plantase mi enseña en su torre más alta, se correría la voz de que Sainte-Noire es una fruta madura, abierta para el primero que sepa tomarla.

—En ese caso sólo nos queda rezar y esperar —replicó Hughes de Marcy, bajando la mirada como si considerara las enseñanzas del Señor. Antes de que Rotrou pudiera abrir la boca, añadió—: Sin embargo, aún queda en el castillo de Sainte-Noire quien podría negociar con vos y procuraros una alianza temporal, insatisfactoria sin duda pero valiosa dadas las circunstancias.

Richer de Souillers se incorporó en el camastro, apoyándose en el muñón vendado, el rostro enrojecido como el color borgoña del paño que cubría los pies del lecho, y exclamó con todo el veneno de su lengua:

—¿No querréis insultar al conde sugiriendo que esa sucia campesina que supo escalar hasta la cama de Philippe tiene honor con el que comprometer su palabra? En cualquier caso no es más que una...

—Una viuda muy respetada —cortó Hughes de Marcy, y añadió, con algo que, de no ser por su rostro seráfico, hubiera podido interpretarse como malicia—: Y además, Richer, yo no hablaría así de una dama que a buen seguro Gauthier no tendría inconveniente en traer un día bajo vuestro propio techo. Si me permitís la franqueza, a los que asistimos al nacimiento de sus afectos no nos quedó ninguna duda de que *dame* Jeanne había encontrado un lugar en el corazón de vuestro hijo.

Rotrou du Perche estalló en una risotada, la primera señal de satisfacción que experimentaba desde su llegada a Souillers.

—Bien, bien. Así que tenemos a la desconsolada viuda después de todo. —Con un gesto negligente silenció las protestas de Richer y animó al abad a proseguir—. ¿Realmente creéis que podemos llegar a un entendimiento con esa mujer?

—Conde, no existe dama más dispuesta a la negociación: ella busca protección, y vos podéis dársela, y acoger así Sainte-Noire bajo vuestra influencia. —El abad clavó su mirada azul en el conde y añadió, despacio—: Bien es cierto que es desafortunado que esa alianza no se celebre con la bendición de un matrimonio con la honorable familia Souillers, y tengáis que tomar cartas en este asunto, pero la situación es en verdad delicada.

Rotrou inclinó la cabeza y observó al abad. Al fin, dijo:

—Dije bien. No sois ningún necio. —Y se volvió hacia Richer, el cual había caído en el mutismo, consciente de que acababa de perder buena parte del favor de Rotrou. Sus palabras no hicieron sino confirmárselo—. Por mi parte, me comprometo a respetar la unión de Souillers y Sainte-Noire en cuanto encontréis a esa muchacha. Pero os aconsejo que no perdáis mucho tiempo; tengo una hueste de caballeros fieles y hambrientos de tierras que no le harán ascos a una viuda bien provista, y entonces se me dará un ardite lo que suceda con vuestra tierna heredera. —Se volvió hacia el abad—. ¿Y esa viuda es dama joven, decís?

Hughes asintió, juntando las manos:

—Y dulce como las uvas del Jardín del Edén.

Rotrou se anudó la capa de terciopelo, pensativo, y continuó, distraídamente:

—Me dirigiré hacia Sainte-Noire, pues, y veré ese dechado de virtudes con mis propios ojos. Presumo que preferiréis viajar de vuelta a Mont-Froid, abad, a seguir disfrutando de la hospitalidad del señor Richer.

—Leéis en mí como un libro abierto, conde. —El abad se inclinó.

Rotrou du Perche le tendió la mano, y mientras Hughes de Marcy besaba su anillo, el conde consideró sus opciones. No había salido malparado; después de todo, podría arreglar el desaguisado de Sainte-Noire y cabalgar victorioso al lado de Thibault de Blois con la ayuda prometida. Además, Warin de Lonray formaba parte de la escuadra perseguidora y, a pesar de que se vería obligado a prescindir de su

mejor hombre todo el tiempo que durase su misión, si alguien era capaz de arrastrar de vuelta a aquella endemoniada muchacha, ése era él. Más tarde, con tiempo, estudiaría cuál de las dos mujeres era más dócil y con quién casarla. Por el momento, sentía curiosidad por ver a la viuda de Philippe de Sainte-Noire. Tomó una uva del plato y dejó que rodara por su lengua, degustándola antes de tragarla.

El prior repitió su pregunta:

—¿Queréis que os haga traer un caldo, abad?

Hughes de Marcy parpadeó y con la mano hizo un signo negativo. La puerta de su celda se cerró. Después de días y noches largos como una sentencia divina, no había hallado al regresar a su abadía el reposo anhelado. En lugar de eso, tenía que enfrentarse a la incómoda desaparición de su ahijado Raoul. No había necesitado preguntar nada; bastaba saber que el muchacho se había desvanecido la misma noche que Aalis de Sainte-Noire. Si habían huido juntos o por separado, eso era lo de menos; la gravedad de la huida de un novicio adscrito al Temple borraba cualquier otra ofensa. El abad se sentó frente a su escritorio en Mont-Froid y contempló el tintero, la pluma de ganso y el pergamino que había solicitado, listos para su uso. Le temblaba la mano, y la voluntad. Se volvió hacia el camastro y, por primera vez en mucho tiempo, se dejó caer de rodillas, inclinó la cabeza ante el crucifijo de madera que pendía frente a su cama y rezó durante largo rato. Cuando abrió los ojos, estaban anegados en lágrimas. Se secó con una manga y se encaminó hacia el escritorio. Tomó la pluma, la mojó en el tintero y empezó a redactar la carta.

—Es una criatura del Diablo, os digo —graznó Gauthier una vez más, recibiendo por toda respuesta el sonido de los cascos de los demás. Insistió—: Se la ha tragado la tierra y no la encontraremos jamás.

—Entonces esperaremos a que la tierra escupa sus huesos y los traeremos de vuelta —dijo Auxerre, sin volver la cabeza—. No me importa el tiempo que nos lleve, así que ahorraos el aliento.

Mientras Gauthier caía en otro de sus acostumbrados silencios desde que partieran de Sainte-Noire, L'Archevêque, que cabalgaba al lado de Auxerre, murmuró gravemente:

—No es su osamenta lo que tú quieres encontrar. —El capitán no respondió y Louis añadió, en tono más ligero—: Sin embargo, ¿dónde estará? No había ningún rastro por los alrededores de Sainte-Noire, ni tampoco tomó el antiguo camino romano. Se desvaneció en la noche.

—Debió de lanzarse a la montaña sin pensarlo dos veces —contestó Auxerre, volviéndose hacia Louis.

Desde que empezara la búsqueda, su cara era como la superficie esculpida de una

estatua arrancada del frontispicio de una catedral, a la que Dios hubiera dotado de respiración, pero privado de la humana capacidad de exteriorizar emociones. La frente seguía despejada, ahora surcada por dos profundas arrugas en el entrecejo, y la barba que cubría su rostro oscurecía aún más sus pupilas, veladas por las horas a caballo arrebatadas al sueño. No despegaba los labios durante largo tiempo, sino para beber agua o dar órdenes. Louis conocía bien ese estado de ánimo, pero era la primera vez que veía al capitán actuar así sin que hubiera una guerra de por medio, excepto la que debía de estar librándose en el campo de batalla de su espíritu. Agitó la cabeza y preguntó, dudoso:

—Después de pasar la noche en el bosque, ¿atraviesa sola ríos y claros? ¿Y cómo sabes que irá hacia el oeste? ¿Por qué no ir a París, por ejemplo, o buscar refugio en algún monasterio? Vamos, Auxerre. Desde que cruzamos las puertas de Sainte-Noire, pareces poseído por el espíritu de san Lorenzo, que sacrificó su lengua para no abjurar del Señor.

Auxerre permaneció impasible. Louis se irguió en su silla, e insistió:

—*Compaign*, ¿tengo que recordarte quién soy? Tal vez la damisela no sólo ha borrado tu alegría, sino también tu memoria. —Había una nota de gravedad en su voz, a pesar de la jovialidad de sus palabras—. Jamás he sabido menos que tú, y creo que no has tenido queja de los secretos que he guardado para ti. Sin ir más lejos, viene a mi cabeza aquella posadera de Neufville...

—Cuyo marido apareció de improviso armado con un hierro al rojo vivo y con ánimo de incluirme en su rebaño —le cortó Auxerre de mejor talante, ladeando la cabeza hacia el otro acusadoramente.

—¡Protesto! Siempre dije que la delatora había sido la criadita, que tenía la sangre hirviente y bebía los vientos por ti —exclamó L'Archevêque, echándose a reír de buena gana. El eco de las carcajadas retumbó en los silenciosos prados por los que transcurría su camino, al borde del cual nacía la ladera del Mortagne. Auxerre azuzó su caballo y se adelantó un poco para hablar sin que sus palabras llegaran a oídos de los otros dos jinetes. Louis hizo otro tanto.

—Si supiera dónde buscarla, no estaríamos recorriendo todos los caminos que salen de Sainte-Noire —empezó Auxerre—. No sé por dónde irá, pero sí sé cuál es su destino.

—¿Y bien?

—Rocamadour.

—Desvarías, *compaign* —objetó L'Archevêque—. Difícilmente peregrinar para ver a la Virgen es la mejor idea para una fugitiva. Sin embargo... —Calló, se frotó la barbilla, pensativo, y convino, sonriendo—: *Ventas est*, tampoco es la peor. Y no sería el primer peregrino que deja atrás buenas razones para internarse en los peligrosos caminos que llevan a unas reliquias santas.

—Cierto —asintió Auxerre—. Y como nosotros, tampoco va en busca de consuelo. Hay alguien allí que es más importante para Aalis que Nuestra Señora. Es

todo cuanto puedo decirte, Louis. —Y musitó—: Eso, y que cada día rezo porque el bosque no la haya devorado.

—Lo sé, *campaign* —repuso Louis—. Pero la muchacha ha crecido fuerte como un roble. Si pudo llegar hasta Sainte-Noire la primera vez, sabrá arreglárselas sola en esta ocasión.

—Ojalá sea así, Louis.

Ambos cayeron en un silencio compartido. Pronto el paisaje perdió los campos cultivados y los árboles agrestes se apoderaron del espacio, como si el bosque se esforzara por extender su manto hasta lamer los cascos de los caballos. Hasta entonces habían avanzado por un camino que admitía la circulación de carros, que medía unos doce pies de ancho, pero en cuanto el sol empezó a declinar, el paso se estrechó y los jinetes se vieron obligados a seguir en fila. Encabezaba la procesión Auxerre, seguido de L'Archevêque, Gauthier y, en la retaguardia, Warin de Lonray.

La segunda huida de Aalis había causado una variopinta mezcla de sentimientos en todos los componentes de la partida. De todos ellos, Gauthier de Souillers era sin duda el más agraviado. Estaba furioso, y hastiado de perseguir a la renuente prometida de su padre. Los planes que tan cuidadosamente había construido se venían abajo uno tras otro, y la desesperación se apoderaba de él cada vez que recordaba lo que había tenido que dejar atrás. *Dame Jeanne* le había entregado un pañuelo bordado en señal de su afecto, pero una cosa era llevar un trozo de tela en el jubón y otra muy distinta notar la cálida proximidad de su dama cerca de su pecho. Y por mucho que había tratado de convencer a Richer de que no serviría de nada que él formara parte de la persecución, el viejo había insistido con los dientes afilados y los ojos achicados, disfrutando obscenamente del placer de doblegar la voluntad de su hijo. Y no era menos humillante compartir trayecto con los dos secuaces de Sainte-Noire, aunque sin duda era preferible a cruzar espadas con ellos, vista su deplorable experiencia. Con las riendas enrolladas alrededor del puño y los nudillos blancos, Gauthier paladeó la dulce posibilidad de que Aalis yaciera sin vida en el siguiente recodo del camino; sería la única forma en que podrían regresar rápidamente a Souillers. Echó un vistazo hacia atrás, añorando ya poder dar la vuelta. El repulsivo ojo del germano que cabalgaba a sus espaldas lo observó burlón, como si pudiera adivinar lo que pasaba por su mente. Gauthier volvió a sumirse en la melancólica ensoñación del embriagador futuro que lo esperaba.

El perfil del sol ya desaparecía tras los picos redondos de las montañas de Mortagne. Un frescor repentino recorrió el paso, como el soplo de una nube cargada de agua. Se oyó el caer de una pequeña fuente. Auxerre alzó la mano, y los jinetes detuvieron su avance. Girando su caballo, dijo:

—Es demasiado tarde para seguir. Acamparemos durante la noche al borde del bosque y mañana al alba partiremos de nuevo.

—¿Tenéis idea de dónde estamos? —preguntó Warin.

—A menos de un día a caballo del siguiente pueblo. Una vez hayamos cubierto el tramo que nos queda, allí podremos descansar y pensar qué dirección tomar —respondió Auxerre, desmontando—. De momento, hasta que no encontremos ningún rastro, vamos a ciegas.

Gauthier soltó un bufido y Warin desmontó también. El capitán y Louis condujeron sus monturas por entre los árboles hasta alcanzar un diminuto claro muy próximo al camino. Por allí fluía un hilo de agua, suficiente para abreviar a los caballos y calmar la sed de los viajeros. El caballo de Warin relinchó, nervioso al adentrarse aún más en el oscuro mar de troncos, y el germano le pasó la recia mano por el cuello para tranquilizarlo, mientras susurraba largas palabras al oído del animal y lo aseguraba al tronco de un roble. El bisbiseo en una lengua extraña e interminable, como la propia persecución, la noche que se avecinaba veloz y el gorgoteo permanente del agua que manaba sin descanso conferían una cualidad irreal al momento, que todos los presentes percibían de un modo u otro. Los hombres colocaron sus mantas formando un perfecto cuadrado y, sin darse la espalda, se echaron a dormir, después de depositar cuidadosamente sus respectivas espadas; el filo del hacha de Warin brillaba doblemente amenazador. Cayó un manto impenetrable sobre el que sólo relucía, a ratos, la luna reflejada en las hojas desnudas.

Raoul estaba helado, pues al vadear el río por debajo del puente se había mojado los pies y la tela de su hábito aún estaba húmeda. Sintió ganas de maldecir. Le dolían todos los huesos del cuerpo, y tenía la mente nublada; recordaba las últimas horas con dificultad. Se tendió sobre la fría hierba del prado. El cielo nocturno brillaba, cubriéndolo como una apacible nube de plata. Todo había empezado cuando bajó a la despensa en busca de unas hierbas para preparar una tisana, tal como el abad le había pedido. Fue entonces, con la luz en una mano y los ojos clavados en Aalis hasta que ella salió corriendo como un ciervo cuando oye los cascos de la partida y sólo quedó el perfume incierto, agridulce de su cuerpo flotando en el vestíbulo, cuando Raoul perdió la conciencia de sus actos. Sabía, sí, que había subido a su estancia y recogido sus pertenencias, y que había seguido los pasos de Aalis tan de cerca como sus dotes de rastreador se lo habían permitido. No pensaba nada mientras lo guardaba todo en su morral de piel, ni tampoco mientras se calzaba las sandalias y bajaba sigiloso por la escalera. Pero todo lo sentía; que debía seguirla, que necesitaba volver a ver la figura oscura y blanca que había percibido, más que visto, a la luz de la lámpara. En la confusión que había seguido a su huida, las visiones del rostro blanco como una sábana de Aalis se mezclaban con las efigies de la Virgen en los altares que había visto a lo largo de su vida. Raoul cayó de rodillas varias veces durante el camino, y rezó, pronunciando las plegarias con todas las fuerzas de su debilitado espíritu, que se debatía entre la abrasadora certeza de que tenía que encontrar a Aalis antes que nadie,

y la duda de todo lo que dejaba a sus espaldas, y si podría volver a esa vida alguna vez. La culpa que se enroscaba en su garganta sólo había terminado cuando los cuatro jinetes se cruzaron en su camino y sus negros cascos repicaron por los tablones de madera del puente como las campanas del Miserere. Comprendió que era el Señor quien había ejercido sus designios a través de él; que sus actos respondían a la voluntad divina de proteger a la joven de todo mal, y que él, Raoul, era el instrumento de tal fin. Feliz, dejó que la dicha llenara su alma y sonrió a la noche abierta. Después de todo, había un tiempo para el sufrimiento, y también un tiempo para luchar. Encontraría a Aalis, y su pálida sonrisa sería para Raoul tan cálida como el sol de verano.

Capítulo nueve

— **Y** así fue cómo Lanval pudo por fin marchar con su dama a Avalon — concluyó Walter, apartando con su bastón una culebra que serpenteaba por el camino y arrojándola a unos matorrales.

—Tuvo que pasar antes por muchos sinsabores ese pobre caballero —respondió Aalis, pensativa.

—Su dama le exigió lealtad y silencio, y él cumplió con sus deseos. Notable proeza en estos tiempos —asintió el clérigo. Aalis lo miró con una curiosa expresión, y Walter preguntó—: ¿Qué sucede, Sylva? ¿No os ha gustado la historia?

—Oh, sí. Es sólo que me gustaría creer que todas las injusticias se resuelven en una corte real, y que una dama mágica aparece, a lomos de un caballo blanco, para esclarecer la verdad —dijo Aalis—. Pero no es así como la vida discurre.

—Amigo mío, he ahí la dulzura de los *lais*: bellas piezas de fragilidad increíble, y de su inverosimilitud emana la atracción que sentimos por ellos. Si Lanval no fuera tan leal, si la dama menos etérea, el conjunto os parecería una burda imitación de la vida que os rodea. Y entonces, ¿cuál sería el atractivo? —respondió Walter, indulgente.

—Sois un fraile muy singular —replicó la joven, con una carcajada—. Durante las dos jornadas de nuestro viaje, no me habéis regalado con ninguna lectura de la Biblia, y los proverbios y salmos brillan por su ausencia en vuestra conversación.

—Sí, lo sé —suspiró Walter—. Si no fuera porque nos conocimos en circunstancias harto extrañas, podríais dudar de mi condición y yo a mi vez preguntarme qué demonios hacía un muchachuelo en el bosque, y por qué su rumbo es tan parejo al mío, como si no tuviera destino ni propósito y su fin último fuera privarme de mi bolsa mientras duermo. —El clérigo clavó sus pupilas en el rostro súbitamente enrojecido de Aalis. Luego prosiguió, en tono jovial—: Ahora bien, dado que me salvasteis de buena fe y de esa misma forma yo os acogí como compañero de ruta, nos tomaremos cada uno por lo que somos: inocentes viajeros, nada más. ¿Es justo?

—Lo es —profirió Aalis, que se sintió obligada a añadir—: Y no hago de mi destino un secreto. Me dirijo hacia el sur, como vos.

—¡Feliz coincidencia! —exclamó Walter, complacido—. Pasaremos días y noches pues, compartiendo las historias de mis añorados bretones, y si queréis que las

sazone con algún sermón sobre la glotonería, tendréis que esperar a que tengamos oportunidad de ejercerla, pues con mis magras reservas de nueces dudo que caigamos jamás en dicho pecado. —Se detuvo, y miró hacia arriba, donde el sol brillaba alto en mitad del cielo—. Debemos de estar cerca de La Loupe, si mi mapa no está errado. Es pueblo sombrío y de pocas almas, según me informó el fraile de Nogent, pero me aseguró que por los alrededores podremos encontrar una posada que atiende bien las necesidades de los viajeros.

—¿Una posada? ¿No resultará demasiado cara, quizá? También podríamos pasar otra noche en el bosque —sugirió Aalis. La perspectiva de tener que mostrarse ante más gente la inquietaba. Había resultado más complicado de lo que imaginaba ocultar su condición de mujer frente al clérigo: tenía que esforzarse en volver su voz más grave, y cuidar de que la blanca piel de su rostro quedara cubierta por la capucha durante el día, a pesar del sol, que hacía rodar el sudor por su frente. Y cada mañana, antes de que Walter despertara, Aalis se ensuciaba a conciencia los pies con barro para disimular sus finos dedos y pequeña planta. Hasta ese momento, todo había ido bien, pero una posada entrañaba mayores riesgos.

Walter se volvió hacia la joven y escrutó su rostro asustado. Aalis trató de disimular su preocupación, pero cuando el clérigo habló lo hizo gravemente, como si pudiera comprender las cuitas de un fugitivo.

—No temáis, Sylva. He dormido en monasterios y en hospederías, en tabernas y en albergues, y a menos que entréis bailando al son de una lira y desnudo de pies a cabeza, nadie os prestará la menor atención. Incluso así, a menos que lanzarais monedas al aire o en su defecto trozos de jugosa carne, tampoco os mirarían dos veces. —Levantó el brazo y señaló el camino que descendía del Mortagne, y que acababan de dejar atrás—. Más allá de esas montañas ha empezado una guerra entre reyes; gigantes que se disputan la tierra y aplastan todo cuanto encuentran a su paso. Por eso debemos alejarnos lo más rápidamente posible del sol que nace y buscar el oeste, hasta que podamos alcanzar un lugar seguro desde donde partir hacia vuestro anhelado sur. Los bosques y las praderas de Blois y de Île-de-France pronto se convertirán en una trampa, y cada hora que pasa el peligro se acrecienta. Confíad en mí. La Loupe será un buen refugio para esta noche. Mañana, Dios nos señalará el camino.

Impresionada por la seriedad de Walter, que hasta entonces había hecho gala de un humor bien distinto, Aalis asintió, y se dispuso a seguir al clérigo, sin atreverse a preguntarle nada más. Únicamente experimentó la tentación de romper su silencio cuando apareció, tras un recodo del camino, el perfil de La Loupe, pues cualquier cristiano caería de rodillas y rezaría por la salvación de su alma nada más posar los ojos sobre aquel lugar, tan descorazonadora era su estampa.

El fraile de Nogent no había mentido: se trataba de una lóbrega agrupación de casas de madera, cuyos techos de paja y barro seco teñían el pueblo de un color ocre y desabrido. Ni siquiera la cruz que se erguía a la entrada del camino principal era de

piedra: apenas dos troncos, atados con unas cuerdas, frente a los cuales yacía la calavera de un lobo. La Loupe había tomado su desgraciado nombre de la abundancia de lobos que antaño recorrían aquellas tierras. Las bestias bajaban de los profundos bosques de la región en busca de presas, y generalmente hacían estragos entre las gallinas, los cerdos y terneros propiedad de los campesinos más desahogados. Finalmente, el señor de la región optó por mandar a sus hombres dos veces al año para recaudar las magras rentas de la población, y se desentendió de la protección de sus habitantes. La plaga provocó la huida de muchos, y sólo se quedaron aquellos que no tenían ni ganado ni cultivos que perder. Entre éstos se contaba la posada del Loup Noir, que a su manera había sabido sacar partido de la fama que adquirió la región: en el cartel que pendía de dos sólidas cadenas de hierro el propietario había colgado la efigie de madera de un lobo, con fieros caninos y pelaje negro. Más allá del ancho arco de entrada de la posada, los establos para las monturas de los huéspedes acogían dos jamelgos de aspecto hambriento y una mula, doblegada bajo el peso de varias bolsas que un muchacho de tez oscura se ocupaba de desatar y transportar al interior de la casa. Cuando reparó en ellos, sus profundos ojos contemplaron a los dos extraños durante largo rato. En el centro del patio, una niña izaba un cubo lleno de agua de un pozo. Más allá, una matrona de aspecto recio descargó un golpe de hacha sobre un tronco, y el seco ruido de la hoja sobresaltó a Aalis. La mujer soltó el hacha, cargó con un montón de troncos y se encaminó hacia la trastienda. Cuando vio que Walter y Aalis avanzaban hacia el umbral, dejó caer los troncos y gritó:

—¡Eh!, ¡vosotros! ¿Buscáis alojamiento?

Walter se volvió hacia ella y afirmó:

—Sí, señora. Y si esos troncos son para un fuego caliente, también reposar cerca del hogar.

—¿Para cuántos? —preguntó la mujer, limpiándose las manos en la falda. Walter hizo ademán de abrir su bolsa y el metal tintineó. La posadera esbozó una mueca, y dijo—: No importa, tengo espacio para dos más. Entrad y tomad asiento, no tardaré.

El clérigo hizo una señal a Aalis y los dos cruzaron el arco de entrada. De inmediato, la joven se tapó la boca. Jamás había respirado un aire tan viciado, ni en la forja de Sainte-Noire. En el interior de la posada, el aroma de un guiso cociéndose se mezclaba con otros olores igual de fuertes y mucho menos apetitosos. La sala era cuadrada y bastante grande. En la pared izquierda, un grupo de hombres estaba sentado en taburetes alrededor del fuego que ardía en la chimenea, bebiendo cerveza de jarras parduscas. Encima del fuego, una olla negra y humeante colgaba de una barra de hierro, y un muchacho removía a duras penas el contenido, sudando profusamente. De las vigas del techo colgaban ristra de carne salada y embutida, y el zumbido de las moscas se oía por doquier. Las paredes estaban negras de hollín, y el suelo era de tierra. Al fondo de la sala había cuatro anchos camastros, con una manta y un orinal frente a cada uno. Dos bancos ocupaban el rincón derecho, frente a una gran mesa comunal. La posadera entró, dejó los troncos al lado del fuego y se acercó

a Walter y Aalis. Señaló hacia la olla y dijo:

—Tengo sopa, si queréis.

—No, gracias —dijo Aalis prontamente, tratando de no inhalar.

—Tonterías. Veamos esa sopa, señora —atajó Walter, lanzando una moneda en la mesa. Una vez la posadera se hubo alejado, dijo—: Veamos, Sylva, ¿podéis decirme cuándo volveréis a comer caliente?

—No —musitó la joven.

—Entonces no rechazéis esta ocasión que podría ser la última —aconsejó Walter. Observó el desmayo de Aalis, y dijo—: Para ser una criatura del bosque, Sylva, sois bastante relamido.

—Tengo poco apetito —repuso débilmente la muchacha, mirando a su alrededor. Jamás había visto un sitio parecido; ni siquiera las casas más pobres de Sainte-Noire estaban tan sucias. Al lado de los asientos había una puerta por la que se entraba y salía frecuentemente, y un inequívoco hedor de heces anunciaba que allí se vaciaban los orinales. Trató de sobreponerse; a pesar de que Walter había asegurado que su presencia no despertaría interés entre los huéspedes, si seguía arrugando la nariz tan ostensiblemente no tardaría en atraerse sus burlas, o algo peor. Dos de los bebedores de cerveza la miraron y juntaron las cabezas, murmurando entre sí. Luego se echaron a reír, palmeando sus rodillas. Aalis sintió un escalofrío, y sonrió agradecida cuando la posadera se presentó con dos cuencos de barro cocido llenos de un líquido gris verdoso en el que flotaban guisantes y unos pocos huesos descarnados. La posadera los observó, con los brazos en jarras. Aalis se llevó el recipiente a los labios y sorbió, tratando de ocultar una mueca de desagrado, mientras Walter exclamaba:

—¡Ah!, maravilloso. Decidme, señora, ¿podremos gozar de uno de esos apetecibles lechos al lado del fuego?

—Eso es un denario más.

—Sea pues —dijo Walter extrayendo otra moneda de su bolsa—. No escatimaremos en gastos esta noche.

—Tenéis una manta y, si necesitáis algo más, avisad a mi criado —dijo la mujer, señalando hacia un muchacho que se ocupaba de retirar los cuencos sucios tirados por el suelo.

Walter asintió, y empezó a tomar su sopa en silencio. Aalis hizo un esfuerzo por terminarse la suya. Al cabo de un rato, la joven se removió en el asiento y dijo:

—Walter, os agradezco vuestra generosidad.

—¿Cómo? —dijo el clérigo, distraído. Aalis hizo un gesto hacia los alimentos—. Ah, eso. No es nada, Sylva. Seguro que habrá otras ocasiones en que abonéis vos la cuenta, amigo. Y no me negaréis que los dos necesitamos una cama. Llevamos dos noches con el suelo de colchón, y el Señor no se ocupó de hacer que la hierba fuera tan blanda como la paja. Más vale que aprovechemos la oportunidad de descansar. El trayecto hacia el oeste no será corto.

Aalis percibió una sombra de preocupación en la voz del clérigo, y recordó sus

palabras sobre la guerra que se estaba librando a las puertas de Francia. Preguntó:

—¿Cuál será nuestra siguiente etapa?

—En línea recta, inevitablemente, Chartres —murmuró Walter, trazando el avance imaginario con el dedo índice—. Quizá tardemos un par de jornadas, a lo sumo, siguiendo el valle del Eure.

—Es una ciudad de importancia, ¿verdad? Un lugar donde perderse —respondió Aalis, casi sin darse cuenta. Walter la contempló con curiosidad. La joven trató de que su voz fuera más grave cuando prosiguió—: Quiero decir que allí podréis encontrar manuscritos para vuestra abadía, y yo alguna labor con la que ganarme unas monedas.

—Efectivamente —repuso Walter, con una media sonrisa—. Yo cumpliré mi misión en Chartres. Y vos, ¿qué esperáis encontrar?

—Libertad —respondió Aalis sin pensarlo dos veces.

—Un tesoro muy buscado, en verdad —dijo el clérigo. Tenía la mirada perdida, como si ante sus ojos se desplegaran imágenes de un pasado que sólo él podía ver—. Mañana al amanecer emprenderemos la marcha. Tuve amigos en esa villa, y quizá me reencuentre con ellos. ¡Chartres sea, pues! —Hizo una seña y el criado se acercó—. Dos jarras de cerveza, chico. Brindaremos por ese destino.

El muchacho volvió poco después con dos grandes jarras de madera rebosantes de espuma, y las depositó en la mesa. Walter agarró la suya por el asa y Aalis la tomó con ambas manos, y los dos juntaron los bordes. Un poco de cerveza se derramó en el suelo. De repente, una fuerte voz interrumpió su brindis.

—¿He oído que dirigís vuestros pasos a Chartres?

Frente a ellos se había plantado un hombre muy alto, cubierto por una sencilla capa marrón echada hacia atrás. Su pelo era castaño y le llegaba hasta los hombros. Sus facciones quedaban enmarcadas por una ligera barba, y tenía ojos brillantes, en ese instante llenos de curiosidad. Aalis calculó que no podía ser muy viejo, pero su expresión no parecía joven, como si hubiera visto ya demasiado, y la larga espada que pendía de su cintura así lo atestiguaba. A su lado se tenía, de pie, el muchacho de tez oscura que habían visto en los establos al llegar a la posada. Tenía ojos negros, y el pelo igual de oscuro, y crespado de un modo que Aalis jamás había visto. Vestía una larga camisa que había perdido su blancura original, y una simple banda de cuero entretejido ceñía su cintura. Por su actitud, era obvio que se trataba de su criado. El desconocido repitió su pregunta, sentándose:

—Decidme, señores, ¿es Chartres vuestro destino?

Walter dejó la jarra en la mesa y echó un vistazo al resto de los presentes. La concurrencia estaba absorta en sus propios asuntos, o así lo parecía; las conversaciones seguían, ruidosas, y la bebida se consumía sin prestar atención al grupo que se encontraba en la mesa. Respondió, cauteloso:

—No sería extraño que así fuera. Nuestra Señora honró su catedral con un pedazo de su velo, y muchos son los que viajan para adorar esa reliquia. ¿Sois vos uno de

esos peregrinos?

—Debéis de ser un buen fraile, pues dais la vuelta a las palabras sin pestañear, y sigo sin tener respuesta —exclamó el otro, sin sombra de enojo. Y añadió—: No temáis, amigo. Busco únicamente con quien compartir el viaje que me lleve cerca de esa ciudad.

—Ya tengo un compañero de camino —dijo Walter, señalando a Aalis.

El hombre se echó a reír con una aparatosa carcajada, y algunas cabezas se volvieron, extrañadas. Ajeno al interés que su hilaridad despertaba, exclamó:

—¡Valiente protector, no lo dudo! Pero yo os puedo ofrecer algo mejor: una buena mula que os acarreará sin trabajo a uno de los dos, al menos. —Eché una ojeada a la delgada figura de Aalis, que se irguió, incómoda ante la mirada del extraño—. Y hasta a ambos, porque éste pesará aún menos que mi criado. No me negaréis que es mejor elección que arrastrar ese bastón por el camino.

—Gracias por vuestra oferta, señor. Sois muy generoso —dijo Walter, y se quedó callado durante un brevísimo instante, el tiempo suficiente como para que su pregunta flotara entre ambos, sin necesidad de expresarla.

El otro asintió, como si comprendiera. Le hizo una seña al chico, que se alejó hasta el fondo de la posada y salió hacia los establos. El hombre se acercó al fraile y susurró:

—Ved, la cosa está así: mi criado es un moro, como habéis podido ver. Es un buen converso y muy respetuoso. Jamás le tocaría un pelo a ningún cristiano. No suelo tener problemas cuando estamos en la ciudad, pero de viaje entre los montes es otro cantar. Los maleantes no sólo quieren hacerse con mi magra bolsa, sino que también intentan ejercitar sus garrotes con el espinazo de Hazim. Y por diversos motivos, no tengo afición a que le rebanen el cuello. —Se detuvo, escrutando los rostros de sus interlocutores. Walter estaba en silencio, escuchando con atención, pero por la forma en que mantenía las manos entrelazadas, Aalis se dio cuenta de que aún esperaba una explicación convincente. El hombre debió de pensar lo mismo, y de repente su boca se frunció en una mueca, como si se diera por vencido, y dijo—: Cuando oí que os dirigíais a Chartres, pensé que si seguíamos juntos, vos siendo un fraile y con vuestro novicio al lado... En fin, padre, en pocas palabras: los campesinos no tratarán de atravesarlo con sus horcas para ver si tiene las entrañas negras como su piel si os ven caminando a su lado y les habláis de los terrores del Infierno. ¿No sería eso una obra de caridad, digna de ofrecerse a Nuestra Señora?

Se calló tan de repente como había empezado, y esperó la respuesta de Walter, que no tardó en llegar. El clérigo lo miró, benevolente.

—Amigo, os honra vuestra intención, pero me temo que conferís demasiada fuerza a la pobre predicación de un fraile. Dudo que ningún ladrón baje su puñal si he de hacerle frente con la palabra de Dios, a pesar de todo su glorioso poder.

—Si algo he aprendido, es a temer mucho más la desconfianza artera de las buenas gentes que las amenazas de un bandido declarado de pies a cabeza. —El

hombre sonrió amargamente, y añadió—: A los primeros no puedo enfrentarme solo, pues suelen venir en gran número y armados de antorchas y sogas, mientras que al segundo me basto yo solo para ensartarlo. Sé bien lo que me digo, fraile, y lo que os propongo: guardadnos de esas turbas, y tendréis una espada que os protegerá de los enemigos que se crucen en vuestro camino.

Walter estudió la expresión del otro, pensativo. Cierto era que la compañía de Sylva, por mucho que atenuara su melancolía natural, no era ninguna protección; todo lo más un disfraz con el que viajar más cómodamente, igual que si llevara barbas de gato para ocultar su cara, o si torciera su habla para hacerse pasar por genovés. En cambio, la oferta de protección procedía de uno que estaba familiarizado con el manejo de la espada, y además la patente ventaja de acelerar la marcha del viaje no podía obviarse. El clérigo inclinó la cabeza, y sólo dijo:

—Tendréis un nombre, señor.

Al oír estas palabras, el hombre sonrió, como si el sol hubiera entrado en la lúgubre posada, y respondió aliviado:

—Évrard, caballero de Sens. Mi criado es Hazim, y juntos llevamos un par de años recorriendo las tierras de este reino. Venimos de Bretaña.

—Siendo así, tendréis noticias de la frontera del Vexin, allí donde dos reyes están a punto de librar una guerra —dijo Walter, muy serio.

Aalis notó por la forma en que su cuello se inclinaba hacia el caballero que le importaba mucho obtener noticias de la contienda que se avecinaba. El otro asintió, con pesar, y dijo:

—Así es. Las escaramuzas son diarias entre los dos bandos, pero sin batallas dignas de ese nombre. En nuestro camino, hemos visto los estragos en los campos de trigo, las granjas más pobres saqueadas, y gentes obligadas a alimentar a los ejércitos de ambos bandos con las semillas que guardaban para la siembra. —Agitó la cabeza y continuó—: He oído decir que el viejo Enrique es duro de roer, y su hijo ha salido a él, así que sólo Dios sabe adonde nos llevará este pleito entre los dos.

—Habláis con mucha certidumbre de la naturaleza del rey —espetó Walter con un tono áspero, tan desacostumbrado en él que Aalis lo miró largamente. El clérigo lo percibió, y añadió veloz, con una amplia sonrisa—: ¿Es que habéis frecuentado su compañía?

—No, pero sí he tenido el honor de conocer a Enrique el Joven —repuso Évrard con sencillez.

Walter puso ambas manos sobre la mesa como si se dispusiera a levantarse, pero guardó silencio. Sus pupilas brillaban, y en su rostro se dibujaron los huesos de la mandíbula, como si estuviera apretando los dientes. Aalis miró sucesivamente a uno y a otro, y por fin exclamó, sin poder evitarlo:

—Hablad, caballero, nos tenéis en ascuas. ¿En qué circunstancias conocisteis al príncipe?

Acto seguido enrojció hasta la raíz del pelo, cuando Évrard le dedicó una mirada

escrutadora, como si tratara de descifrar algo. Éste se encogió de hombros, y repuso:

—No puedo decir que fuera un miembro de su partida, aunque me hubiera honrado mucho serlo. Veréis, mi familia no posee muchas tierras. Apenas unas leguas de árboles frutales y un pobre pozo que se seca un verano sí y otro también. Mi padre me envió con un tío segundo cuando tuve edad para ser escudero, y me instó a que hiciera de mi espada mi fortuna. —En su voz asomaba la añoranza, como si esa infancia quedara tan atrás que sólo el recordarla pudiera volver a traerla de vuelta a su memoria—. Mi tío, Dios lo tenga en su gloria, trató de enseñarme a ser un buen caballero. Creo que lo consiguió, porque desde que él murió y tuve que mantenerme por mis propios medios he ido de torneo en torneo, participando en las justas y los combates que allí se celebran, y no me ha ido mal. Poseo mi propio caballo, una mula vieja y fiel que rescaté de un carnicero, y el año pasado un contendiente me ofreció a Hazim a cambio de que yo no me cobrara su deuda en monedas. Tengo con qué pagarme un pan y una jarra de cerveza, y suficiente para dar limosna el día del Señor, y así hacerme perdonar mis pecados. No, no puedo quejarme. —Tenía la vista perdida, y una suave expresión de satisfacción en el rostro. Parpadeó, y miró a Aalis como si no recordara qué lo había llevado a contar su vida a dos extraños. Su sonrisa se hizo más grande y exclamó—: ¡Pardiez, señores, tenéis que excusarme! Llevo muchos días y noches solo, sin más compañía que Hazim, que quizá por ser buen criado es poco hablador, y la cerveza y el cansancio han desatado mi lengua.

—Pero aún no hemos oído la historia de vuestra amistad con el joven Enrique —dijo Walter, sorbiendo de su jarra.

—El príncipe siempre fue muy aficionado a los torneos. Él y Felipe de Flandes, junto con sus mesnadas, suelen participar en todas las justas que se celebran por la región de Lagny —respondió Évrard—. Es ocioso explicaros que cuando la sangre real tiene ganas de diversión, el oro fluye con más generosidad. En esos torneos, aunque no se obtengan victorias en ningún enfrentamiento, siempre se puede contar con una buena cena caliente, e incluso algún espectáculo agradable con el que terminar la noche. —Aalis sonrió con animación, esperando a que prosiguiera su narración, fascinada por las aventuras del desconocido. De repente, el caballero abrió la boca y carraspeó, como si acabara de recordar que estaba hablando con dos monjes, uno de ellos en edad muy impresionable. Fue su turno de enrojecer, y añadió, levantándose atropelladamente—: Bien, señores, ya es muy tarde. Buenas noches. Hazim y yo dormimos fuera, cerca de los establos. Nos veremos al amanecer.

Y el caballero Évrard salió de la posada a grandes zancadas, seguido por su criado. Walter hizo una seña a la posadera y murmuró a Aalis:

—Mientras la Fortuna siga sonriéndonos de este modo, no podemos tener queja. —Ella lo miró sin comprender, y el fraile añadió—: Señal de que el Señor nos protege, ¿no os parece, amigo Sylva? Bien, es hora de recogernos.

La posadera se acercó, tomó las monedas que Walter le tendía y señaló las camas del fondo de la casa.

—En el rincón. Procurad no tropezar con la chimenea si tenéis que salir fuera. ¡Que tengáis un buen descanso! —Y se alejó, recogiendo a su paso los platos de madera y las jarras vacías que estaban repartidas por doquier. El sol se había puesto ya, dejando que la oscuridad invadiera sus dominios. Sólo el fuego de la chimenea, cuidadosamente avivado por el hijo de la matrona, alumbraba a las figuras que se acomodaban en los rincones o en las camas, según el precio que hubieran pagado por pasar la noche a cubierto y cerca del calor de la leña.

Walter se levantó, bostezando, y atravesó la sala hasta llegar al camastro. Aalis lo siguió, repentinamente agotada. El cansancio acumulado durante los dos días de viaje desde que salieran del bosque de Mortagne empezó a pesar en su ánimo, y nada le resultaba más apetecible que tenderse en una superficie mullida, en lugar de los duros suelos cubiertos de hojas y animales que su espalda había probado últimamente. Las cuatro camas privilegiadas, las más próximas al fuego, estaban vacías. Aalis esperó respetuosamente sin darse la vuelta, mientras el clérigo se despojaba de su manto y su sobreveste, y se quitaba los escaarpines. Walter se tendió cuan largo era sobre la cama, y se tapó con la manta, acurrucándose. Aalis se quedó de pie, y se disponía a tenderse en la cama contigua, cuando la posadera apareció, airada, y exclamó:

—¡Eh! ¿Qué hacéis? Sólo habéis pagado una cama.

—¿Cómo? —balbuceó Aalis, dando un paso hacia atrás y tropezando con el camastro donde el clérigo empezaba a roncar plácidamente.

La mujer se llevó las manos a la cintura, y respondió:

—Pero bueno, ¿de dónde salís? Cuando mi hijo se vaya a dormir y el fuego se apague, se os helará hasta la lengua si no os juntáis pie contra pie, chiquillo. —Y añadió, más desafiante—: Bueno, a menos que tengáis otro denario.

La voz soñolienta de Walter llegó desde el camastro:

—Vamos, Sylva, ¿qué barullo es ése? Meteos de una vez en la cama y durmamos en paz.

Aalis miraba incrédula alternativamente a la posadera, que aún la vigilaba desconfiada, y a Walter. Éste se incorporó, frotándose los ojos. Llevaba una túnica que había sido blanca en sus orígenes, sin duda, pero ahora mostraba grandes lamparones de sudor bajo las axilas y en el pecho, y algún desgarrón en la manga. La joven tragó saliva y apartó la vista. Jamás se le había ocurrido que tendría que enfrentarse tan pronto a la realidad de que, a los ojos del mundo, no era ninguna mujer, sino un viajero más de los que poblaban los caminos, acostumbrado a viajar y a hospedarse en las condiciones habituales. Por supuesto, sabía que su padre y su madre, y más tarde Jeanne, recordó con una punzada de dolor, compartían lecho, como correspondía al sacramento del matrimonio. Y también que la mesnada de Sainte-Noire, soldados todos hechos y derechos, solían dormir igual que luchaban y reían, hombro con hombro, pues no había jergones suficientes para todos, y mediante el calor de los cuerpos cercanos se pasaba mejor el crudo frío del invierno. Todo eso lo recordaba, pero en ningún momento había caído en la cuenta de que, llegada la

hora, también ella tendría que actuar como si ser dos en un mismo lecho no le resultara algo inaudito, e incluso rayano en el pecado. Durante las noches pasadas en el bosque, la leña ardiendo en una modesta hoguera, alrededor de la cual se tendían Aalis y Walter, había bastado para entrar en calor. Ahora, en pie frente a la enfadada posadera y al cada vez más extrañado clérigo, Aalis comprendió que su única posibilidad de escapar con éxito era desempeñar su papel lo mejor posible, en cualquier circunstancia, incluida aquélla. Rápidamente, se despojó de su capa y de sus sandalias y se quedó con la camisa puesta. Afortunadamente, el fuego había empezado a morir ya, y las brasas apenas lanzaban reflejos anaranjados en las paredes de la posada; sus caderas y su pecho quedaban ocultos en la penumbra. Se tendió en la cama y, tímidamente, tomó el borde de la manta para taparse lo mejor que pudo. Walter se quedó mirándola un instante, y luego rezongó algo ininteligible y se dio la vuelta. El pequeño alboroto había atraído la atención indisimulada de algunos rezagados, pero poco tardaron en perder el interés en la pareja de monjes. Aalis exhaló un suspiro de alivio y, al cabo de un rato cayó en un profundo sueño.

Raoul abrió los ojos, sobresaltado, cuando su caballo se detuvo de repente. El avanzar pausado y rítmico del animal lo había adormecido, y no tenía ni idea de adonde lo había conducido. Se pasó la mano por la cara, y miró a su alrededor. Frente a él, el ancho Eure fluía con calma engañosa, y los cascos del caballo quedaban apenas a unos pies de la orilla.

—Bien hecho —dijo, pasando la mano por el cuello tenso de su montura.

Desmontó lentamente, y ató las riendas a un tronco. Llevaba varios días siguiendo el camino principal, con la esperanza de que en un punto u otro lograría alcanzar a Aalis, pero era obvio que se había equivocado. La muchacha no había tomado esa vía. Raoul se acuclilló en la hierba y trató de concentrarse. La otra posibilidad era la montaña, que él había descartado inicialmente porque pensó que Aalis no se habría atrevido a lanzarse, sola y de noche, a un terreno abrupto en el que podía desorientarse con facilidad. Era obvio que había preferido eso a dejarse atrapar de nuevo por sus perseguidores. Debía de estar desesperada, pensó Raoul, tanto como él tendría que estarlo si permitía que todo lo que había dejado atrás lo acuciara en ese momento. Gimió sin darse cuenta. Era demasiado tarde; la faz del abad acudió a su mente, y en sus imaginados ojos azules se leía asombro, incredulidad y decepción. Todas las esperanzas que su padrino había depositado en él, las proezas futuras que Raoul había de realizar en Tierra Santa en nombre de Hughes, el honor del templario retirado que éste le había legado, y que le había permitido ser admitido como novicio en el Temple, todo estaba perdido, barrido como si una escoba hubiera pasado por encima de su futuro. Así era la vida, sin duda: en un instante, el sol brilla y hay pan tierno en la mesa y un lugar donde dormir; y en otro, no queda nada de esa paz, sólo el recuerdo y la admiración de lo bueno que fue ese momento pasado. Raoul irguió la

cabeza. No servía de nada pensar en lo fácil que había sido su vida protegida bajo el ala del abad Hughes, ni en lamentarse por su pérdida. A fuer de sincero, demasiadas veces se había descubierto cavilando sobre el porqué de las acciones que le mandaban, cansado de plegar su voluntad al criterio de su protector. Sin duda, había sido un yugo suave, pero yugo al fin y al cabo. Quizá su espíritu no estaba hecho para la obediencia que requería un hermano del Temple, ni siquiera la de un simple monje. Aspiró el aire fresco que soplaba en la orilla. Su misión era otra, muy distinta, mucho más elevada. La dulce figura encapuchada que había visto en Sainte-Noire se le apareció, como si estuviera soñando con los ojos abiertos. Jamás había visto nada igual. Admiraba su valiente oposición al destino que los demás habían tejido para ella, pero era más que eso. Por primera vez comprendía. Se persignó, temblando. Era la encarnación de las letanías profundas de los salmos y los rezos que recitaba de memoria; en su frágil cuerpo latía el alma pura y entregada de las vírgenes mártires, y su huida era la de los mil esclavos que Cristo había liberado. Después de la noche tan lejana en que había irrumpido en su dormitorio, y con su espada había decantado la balanza de la lucha que pretendía someterla a los repugnantes designios de Souillers, Raoul había rezado en silencio durante días. Al principio para apartar de sí la tentación de abandonar al abad y el monasterio y huir, como ella había hecho, mientras la exaltación que había sentido durante el incidente aún corriera ferozmente por sus venas, como si una sangre embriagadora se hubiera introducido en su espíritu. Más tarde, cuando las plegarias sólo secaban sus labios, empezó a rezar para tener fuerzas, para hacer acopio de valor, pero sin saber para qué. Aun así, su alma flaqueaba; cada vez que el abad lo miraba con sus ojos penetrantes, Raoul creía que todas las dudas de su fe quedaban expuestas, claras como la luz del día para el sabio anciano. Sonrió irónico; no fueron los rezos, no bastaron las noches en vela pensando sin cesar. Fue ver a Aalis dispuesta a emprender aún otro vuelo, como un pájaro que desconoce su destino pero sabe que no está en la tierra, sino en el aire, y Raoul supo que la decisión había sido tomada por él. Sólo tuvo que dejarse llevar por esa mano alzada, la señal que había estado esperando. Él sólo pudo obedecer.

Le preocupaban, claro estaba, los cuatro jinetes. Por sus largas capas los había reconocido como hermanos templarios, probablemente enviados tras él por el abad. Hughes no había perdido el tiempo, ni le había temblado la mano, a la hora de denunciar su marcha sin permiso. Raoul sabía bien que había cometido una grave falta, pues ningún hermano podía abandonar la cadena de mando, ni la provincia de una orden, sin dar explicaciones. Como rezaba la regla, cuando un hombre profesaba dejaba de tener voluntad y si su deseo era estar en tierra, tenía que saber que se le enviaría al mar; si tenía apetito, que pasaría hambre, y si ansiaba dormir bajo techo, que se vería obligado a aguantar noches al raso. Sin embargo, Raoul también sabía que la orden se desplegaría para evitar que su huida traspasara los muros silenciosos del Temple; después de todo, sólo los hermanos podían juzgar a los hermanos. Se estremeció. Aunque tuviera que pasar cien días de ayuno y penitencia, valdría la pena

si lograba alcanzar a Aalis. Levantó la cabeza y sonrió hacia el cielo. El mundo se había convertido en un lugar más sencillo; Dios le había abierto los ojos.

Tomó las riendas y guió el caballo a lo largo de la orilla, buscando un lugar desde donde cruzar el río.

—Madre, los caballos ya están abrevados —dijo el muchacho, secándose las manos en la camisa—. ¿Me pongo al fuego?

—No. Corta queso para los del rincón —respondió su madre, señalando hacia el grupo de cuatro hombres que ocupaba el banco más alejado de la posada—. Luego atiende la chimenea. ¡Y ni se te ocurra mirarlos a la cara!

Como si fuera capaz de oírla, uno de ellos giró la cabeza y escrutó a madre e hijo con ojos de águila, aunque pronto se concentró en lo que bisbiseaba uno de sus acompañantes. El chico asintió, asustado, y se acercó al mostrador alto donde su madre guardaba los alimentos. Estiró los brazos para coger el enorme queso redondo, envuelto en un paño de algodón, pero la superficie grasienta resbaló de sus dedos y el queso cayó al suelo con un ruido sordo. Echó un vistazo hacia su madre; estaba enfrascada preparando la sopa caliente para los recién llegados, aquellos cuyas monturas acababa de limpiar. A toda prisa cargó con el queso y lo colocó encima de una mesa, donde había preparada una tabla de madera y un cuchillo. Empezó a cortar cuatro gruesas lonchas mientras trataba de obedecer a su madre y no mirar hacia el rincón. Había sido una semana muy intensa en la posada. Primero fueron los dos frailes, y luego el grupo de templarios que había helado la sangre de todos los presentes, incluida la suya propia, cuando sus figuras blancas aparecieron recortadas en el umbral de la casa. No eran los primeros soldados que veía, pero sus blancas capas y sus rostros inexpresivos eran más aterradores que las afiladas espadas de los viajeros que reposaban bajo el techo de su madre. Terminó la tarea y, haciendo acopio de todo su valor, se acercó a la mesa con la tabla y las lonchas de queso.

—Me pregunto por qué no han buscado una casa templaría para pasar la noche —murmuró Auxerre mientras observaba al muchacho sirviendo al grupo del rincón.

L'Archevêque asintió, compartiendo su preocupación, y bebió un trago de vino aguada. Bastante difíciles estaban las cosas, después de varios días de trayecto sin encontrar ni rastro de Aalis, como para ir a darse de bruces con una cuadrilla de soldados en tránsito, y hermanos templarios, por si fuera poco. Sorprendentemente, Warin no había resultado ningún problema. A pesar de que estaba claro que cada legua que lo alejaba de Nogent-le-Rotrou le irritaba, el germano permanecía callado y taciturno y, por el momento, aún no había causado ningún incidente ni retraso a la partida. Cuando su camino se cruzaba con el de Auxerre, el siniestro ojo azul optaba por mirar en otra dirección y, por toda ocupación, se limitaba a cuidar concienzudamente de su caballo y de su hacha. Al llegar a la posada, siguiendo su costumbre de evitar el contacto con los de Sainte-Noire todo lo posible, Warin se

había instalado en los establos, después de beberse de un trago una pinta de cerveza francesa, con una obvia mueca de desagrado. Gauthier era la otra cara de la moneda. Durante el viaje rodeando las montañas, su aspecto se había ido pareciendo cada vez más al de un irascible gato a punto de saltar, y ahora miraba alternativamente a Auxerre y a Louis, esforzándose por evitar a los templarios. Desde el principio había exhibido una confianza desmesurada en que encontrarían a Aalis rápidamente, desfallecida al borde del camino, y que podrían volver a Souillers en un par de días. Sin embargo, la muchacha se había desvanecido como por ensalmo, y ninguno de los campesinos que se habían cruzado por el camino había sabido reconocer la descripción de la joven. Cada día que pasaba aumentaba la zozobra de Gauthier, y ésta se reflejaba en su delgado rostro. Retorciéndose las manos nerviosamente, exclamó:

—¡Lo que debemos hacer es encontrar a esa endemoniada, y no meternos en los asuntos de los demás!

Bruscamente, el capitán Auxerre dejó su jarra y replicó ferozmente:

—Pensad dos veces antes de hablar así de Aalis, Gauthier, o pronto no tendréis lengua con la que repetir el error. No me hagáis perder la paciencia. —Fijó la mirada en el de Souillers, y éste palideció. Por fin el capitán se echó hacia atrás, y añadió—: Además, sois un necio. La presencia de soldados, sean de Cristo o del Infierno, siempre es un problema añadido. Rezad porque sus asuntos no terminen por ser los nuestros.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Gauthier.

—No lo sé —respondió con franqueza el capitán, mirando a su alrededor—. Pero reflexionad: estamos en una posada que no está en ningún cruce de caminos, más bien al contrario y, no obstante, este lugar está tan concurrido como una taberna parisina. Me da mala espina, eso es todo. —Se encogió de hombros y prosiguió—: Ya veremos. Louis, llama a la mujer. Tenemos que averiguar si ha visto a alguien parecido a Aalis.

—¡Llámala tú, haragán! —dijo Louis, al tiempo que levantaba el brazo en dirección a la matrona.

—Pensaba dejarte ese privilegio. Así esta noche tendrías algo caliente a lo que arrimarte —replicó Auxerre muy serio, y añadió—: Pero ya veo que prefieres a tu caballo.

En respuesta a la seña de L'Archevêque, la mujer se aproximó con gesto malhumorado.

—¿Más bebida? —preguntó.

—No, señora —dijo Louis, con su sonrisa más encantadora. Se arrimó a la mujer—. ¿Tenéis siempre tanta gente? Se me hacía que estas partes de la región no eran las más populares, a pesar de la belleza de los paisajes, que salta a la vista.

—Si no queréis nada más, tengo mucho que hacer y pocas ganas de charlar —lo interrumpió ella, sin miramientos—. ¿Queréis ya la sopa?

—Pues sí, precisamente eso queríamos —dijo Auxerre, disimulando su hilaridad debido al palmo de narices con que acababa de quedarse Louis. Y añadió, inclinándose hacia ella—: Eso, y haceros algunas preguntas con tranquilidad.

—Mi tiempo cuesta dinero —replicó la posadera, sosteniendo la mirada de Auxerre. El capitán asintió y, sin decir palabra, sacó dos monedas de su bolsa, depositándolas encima de la mesa. La mujer las tomó, se las guardó en el bolsillo y se quedó en pie—. ¿Y bien?

—Vamos en busca de una persona —empezó Auxerre, vacilante—. Una joven que tiene la mente confundida y ha tomado el camino equivocado.

—¿Una fugitiva? —preguntó la posadera, con tono de sospecha.

—Nada que tenga que preocupar a la justicia del rey ni de Dios. Por eso la familia nos envía a nosotros. —Hizo un gesto en dirección al resto del grupo, sonriendo—. Somos personas de confianza, amigos que se han ofrecido a traerla de vuelta para ahorrarles un deshonor público. Es un asunto desagradable.

La posadera emitió un murmullo de comprensión. Sin duda, una muchacha que se había fugado con el primer llegado, para consternación de sus padres. No era la primera vez, ni tampoco sería la última. Lo raro era que se tomaran tantas molestias por recuperarla. Recorrió a los tres caballeros con la mirada, escrutando con aire suspicaz al intranquilo Gauthier y a Louis, que le ofrecía su mejor sonrisa pese al reciente desplante. Por último volvió a observar a Auxerre, en cuya expresión había una mezcla indefinible de esperanza y cansancio. Respondió, encogiéndose de hombros:

—Me hago cargo de vuestro problema, señores, pero siento deciros que por aquí no ha pasado ninguna joven, ni sola ni acompañada.

Gauthier soltó un puñetazo en la mesa y las tazas temblaron. Uno de los templarios se dio la vuelta, interesado por el alboroto, y la posadera se quedó mirándolo, extrañada. Antes de que pudiera decir nada, L'Archevêque intervino, señalando a Gauthier, en tono compungido:

—Era el novio. Comprenderéis su desilusión. Tranquilízate, amigo —añadió, sirviéndole más vino y dándole golpecitos en la espalda.

La mujer contuvo el impropio que tenía en la punta de la lengua, pero se cruzó de brazos, impaciente. El capitán aprovechó para insistir:

—Así, ¿estáis segura de que no ha venido nadie desconocido en los últimos días?

—Yo no he dicho eso —objetó la posadera. Auxerre contuvo la respiración y Louis se dejó caer de nuevo en la silla. Los tres hombres fijaron sus miradas expectantes en el rostro de la mujer. Ésta continuó—: He tenido un par de huéspedes inhabituales. Hasta que no se celebran las ferias de setiembre no suele venir demasiada gente, pero la semana pasada llegó un caballero con su criado.

—Un caballero —repitió Auxerre. Miró a Louis, y los dos agitaron la cabeza negativamente—. No, no es lo que buscamos.

—¿Y el criado? —interrumpió Gauthier, con una luz malévolamente en la mirada—.

¿Cómo era? ¿Le visteis bien la cara?

La posadera volvió a titubear, y Gauthier se levantó de la silla con impaciencia, como si estuviera dispuesto a arrancarle las palabras una por una. Auxerre echó una mirada preocupada por la estancia. Si volvían a atraer la atención de los templarios, aquello podía tener un mal final. La milicia de Cristo quizá sólo había empezado como defensora de los peregrinos en Tierra Santa, pero su poder e influencia habían crecido hasta tal punto que se arrogaban el derecho y el deber de mantener el orden allá donde fueran, y de hacer suyos los asuntos de los demás, sin importar su voluntad. Con brazo de hierro, Auxerre agarró la manga de Gauthier y lo obligó a sentarse de nuevo, susurrándole con fiereza al oído:

—¡Insensato! Cerrad la boca y dejadnos las preguntas.

Gauthier apretó los labios en una fina línea y se frotó el brazo dolorido. Afortunadamente, el breve intercambio había pasado desapercibido para todos, y la posadera estaba charlando animadamente con Louis. Éste se volvió hacia Auxerre con cara festiva y dijo con intención:

—Figúrate que esta buena señora tuvo la generosidad de acoger a un moro bajo su techo. Pero ¡lo más increíble es que era el criado de ese caballero! ¿Dónde se ha visto tal cosa? ¡Un cristiano viajando con un infiel!

—Y no acaba aquí —dijo la mujer, obviamente ansiosa de compartir las maravillas que se habían producido en su posada.

—¿No? —preguntó Louis, admirado—. Decid, decid.

—¡Los dos frailes se fueron con ellos! —exclamó la mujer—. ¿Os lo imagináis? Cuando los vi llegar pensé que tendría problemas, y que me pedirían que echara al moro y a su amo. Pero todo lo contrario, se fueron los cuatro alegremente. No es raro que la gente que recala aquí decida formar una partida de viaje por seguridad y para ahorrarse gastos, pero ¡dos frailes y un moro compartiendo camino! Eso sí fue raro. —Se calló de repente cuando se dio cuenta de que sus tres interlocutores se habían quedado mudos y la estaban mirando como si hablara en un dialecto extraño. Louis fue el primero en recuperarse.

—Ciertamente, creo que jamás había oído nada parecido. ¿Dos frailes, decís? Quizá extranjeros que ignoraban...

—No, señor —atajó ella—. Eran de por aquí, y sabían perfectamente de qué iba el asunto. El más mayor estuvo escuchando al caballero durante largo rato, y el más joven tenía los ojos como platos y miraba a su alrededor como si jamás hubiera puesto los pies en el mundo. —Entornó los ojos al acordarse y murmuró con un deje de malevolencia—: Vamos, si hasta le dio apuro tener que compartir la cama con su maestro clérigo. Seguro que en su monasterio tenía una propia, ¡o quizá veía venir algo peor! —Y terminó con una estrepitosa carcajada, de la que Louis se apresuró a hacerse eco. Los ojos del capitán estaban clavados en el rostro sonrojado de la posadera. Se obligó a no pensar en lo que estaba oyendo; aún no habían obtenido la información esencial.

—¿Y adonde se dirigía esa curiosa partida? —preguntó, tratando de controlar el apremio en su voz.

—A Chartres —respondió la mujer aún sonriendo, secándose las lágrimas de los ojos—. Todos los caminos importantes que pasan por aquí llevan hacia el puente del Eure y, cruzándolo, se llega a la ciudad de Nuestra Señora. Por eso tengo tantos clientes.

—¡Mentís! —exclamó Louis, tomando el borde del vestido de la posadera y depositando un beso. Cuando levantó la vista, comprobó que había causado el efecto deseado, y prosiguió, enardecido—: Protesto y os exijo que rectificuéis. Sin duda vienen sabedores del tesoro que encontrarán entre estas paredes.

La llegada de su hijo le ahorró a la confundida matrona tener que dar una respuesta al encendido discurso de L'Archevêque. Con una torpe reverencia, la mujer se alejó, no sin antes darse la vuelta y obsequiar con una coqueta sonrisa a su interlocutor. El chico le señaló la mesa de los templarios y hacia allí se encaminó la posadera.

—¿Qué le habéis dicho para que soltara su lengua de ese modo? —preguntó Gauthier, presa de la curiosidad a su pesar.

—Es un secreto entre la posadera y yo —respondió Louis satisfecho. Se volvió hacia Auxerre y dijo—: Han cambiado un poco las cosas, ¿cierto?

—Así es —convino sombrío el capitán—. Vamos en busca de dos frailes, un caballero y su criado moro. Al menos nos queda el consuelo de que no será difícil identificarlos.

—En una ciudad como Chartres también será fácil perderlos —apuntó Louis.

—Tienes razón. No podemos demorarnos un instante —saltó Auxerre, levantándose y reuniendo sus cosas—. Paga lo que debamos a la posadera y vámonos.

—¡Auxerre! —exclamó el otro, consternado.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán, sin comprender.

Louis hizo un gesto con el mentón hacia la mujer, que estaba limpiando el mostrador. Ella levantó la vista y, al notar la mirada de L'Archevêque, sonrió ampliamente y sin disimulo. Éste se volvió hacia el capitán, casi implorando. Auxerre agitó negativamente la cabeza, riendo entre dientes.

—Lo siento, Louis. Tenemos que irnos.

Sin una palabra más, el capitán salió de la posada y se dirigió hacia los establos. Dejó sus bártulos a la puerta, y se acercó a su caballo. Aún sonreía, pensando en el chasco de Louis y su conquista, cuando el significado de las palabras de la posadera hizo mella en él. ¡Estaba viva! Por fin habían encontrado el rastro de Aalis, y la sola idea de que su cuerpo no estuviera pudriéndose al sol, o devorado por los lobos que poblaban aquellos bosques, llenaba su pecho con una alegría que no podía negar. Al fin y al cabo, la única razón que le permitía estar al lado de Gauthier y Warin, y compartir con ellos el mismo objetivo sin sentir un absoluto desprecio por sí mismo,

era repetirse en su fuero interno que cabalgaba únicamente para encontrar a Aalis con vida. Fugitiva, entre extraños y oculta bajo un atuendo impropio de su sexo: todo eso no importaba, no podría importar hasta que la viera de nuevo. No pensaba más allá, ni quería detenerse en lo que sucedería si tenía éxito. Ese día llegaría y entonces él tendría que lidiar con las consecuencias que vendrían después de la captura de la muchacha. Pero antes, era imprescindible saber que estaba sana y salva. Si los acontecimientos de Sainte-Noire la hubieran empujado a la muerte, o a una vida de exilio lejos de los suyos, jamás se lo hubiera perdonado. Y sobre todo, se confesó, lejos de él. Bajó la cabeza, pensativo, mientras acariciaba a su caballo. El simple reconocimiento de que, si Aalis moría, una parte de su vida, que era cálida y dulce como ninguna otra de las que guardaba recuerdo, también perecería, lo impulsaba sin más a la persecución, igual que el odio y la sed de venganza eran lo que alimentaba al desgraciado de Gauthier. Cuando había luchado por la liberación de los reinos cristianos, había creído ciegamente que los infieles eran una plaga que debía exterminarse. Quedaban lejos los días en que las palabras equivalían a la verdad, ni siquiera las que pronunciaban los obispos ni los monjes, pues desde que era mozo había aprendido que no todo era blanco como las capas templarías, ni negro como la piel de los honorables combatientes con los que había cruzado sables y cimitarras. Y lo que le debía a Sainte-Noire, lo que sentía cuando pensaba en Aalis no estaba en el claroscuro de la realidad; pertenecía al reino de las certezas, expresadas no con falsas palabras, sino construidas como columnas de mármol inamovibles, en torres de firme piedra como las que protegían los castillos y ciudades que no caían ni después de cien ataques. La pura verdad era sencilla y se le clavaba, dolorosamente, en mitad del pecho, y Auxerre tenía que plegarse a sus dictados. Por ahora, el único modo de asegurarse de que Aalis sobreviviera había sido convertirse en su perseguidor, y algún día, cuando todo quedara atrás, ya le pediría perdón por ello.

—Vuestro amigo dice que vamos a Chartres —oyó a sus espaldas. Auxerre se dio la vuelta. Warin estaba de pie, preparando la silla de su caballo. El ojo azul estaba absorto atando las cinchas, como si no esperara respuesta, y Auxerre esperó a que el germano siguiera hablando—: Eso está muy lejos de las tierras de mi señor. Espero que la encontremos pronto.

—¿Qué queréis decir, maldito demonio? —replicó el capitán, exasperado. Lo último que necesitaba oír eran las amenazas veladas del mercenario que Souillers se había procurado—. ¿Es que creéis que oculto a la chica bajo mi capa? De buena gana daría media vuelta, pero no me queda más remedio que seguir. En cambio, vos sois libre de partir cuando queráis.

Se llevó la mano a la empuñadura de la espada, como si estuviera dispuesto a invitarlo a marchar con una estocada. El germano esbozó una sonrisa lobuna y acarició el cinturón de cuero del que pendía su hacha.

—Sólo digo que no pienso cruzar medio condado para dejar escapar a mi presa —silabeó Warin, acercándose amenazadoramente a Auxerre—. Si intentáis algo...

—¡Hola! Dos viajeros conversando agradablemente bajo la luz de la luna — exclamó L'Archevêque, interponiéndose entre los dos soldados. Gauthier estaba tras él, encorvado por el cansancio y con cara de pocos amigos. Los dos tenían las monturas listas. Auxerre miró con desprecio al germano y se subió al caballo. Los demás, incluido Warin, lo imitaron y partieron al galope siguiendo el camino hacia el puente—. ¡Jamás te lo perdonaré, *compaign*! —gritó L'Archevêque—. ¡Esa mujer iba a ofrecerme las llaves de su despensa y de su corazón!

—¡Ya las recogerás a la vuelta! —le contestó Auxerre con ligereza. Rezaba, con el alma encogida, porque su predicción se cumpliera, y pronto pudieran volver a cruzar ese río. Con Aalis.

La matrona contempló a los cuatro jinetes perdiéndose en el camino, y esperó hasta que la polvareda se hubo disipado para volver a entrar en la posada. Se volvió, dándose de bruces contra un hombre que estaba de pie a sus espaldas, en silencio. Ella soltó un grito, sorprendida.

—Disculpad si os he asustado, señora —murmuró el templario con amabilidad—. He oído decir que habéis recibido la visita de unos frailes, y me preguntaba si serían hermanos de nuestra congregación. ¿Podríais decirme qué aspecto tenían?

El monje se inclinó hacia ella, y la posadera sólo pudo asentir, aterrada.

—Vamos, Walter, no os hagáis de rogar —exclamó Aalis, risueña. Se volvió hacia Hazim, que caminaba tras la mula. Évrard abría la procesión a lomos de su caballo, mientras Walter se turnaba con la joven—. Os aseguro que es un magnífico contador de historias, pero parece que sólo cuando le apetece.

—Más bien prefiero guardar mi aliento para cuando estemos frente a una hoguera o un buen plato de carne —dijo Walter, con una sonrisa bonachona, halagado a su pesar—. No estaré tranquilo hasta que no crucemos el río.

—Tiene razón, Sylva —intervino Évrard—. Hasta ahora nos hemos limitado a seguir el camino, pero lo más duro está por venir. El Eure baja cargado de agua helada del norte, y más nos vale estar preparados si queremos alcanzar la otra orilla.

Aalis guardó silencio, compungida. En realidad, no era el río lo que la preocupaba. Desde que dejaran atrás la posada, casi había logrado olvidar el motivo de su viaje, convenciéndose de que era un joven llamado Sylva, que casualmente acompañaba al clérigo Walter en su recorrido por las bibliotecas del reino, al menos hasta Chartres. Había descubierto que no había nada mejor para creerse una mentira que repetirla incansablemente frente a los demás, y Évrard y Hazim se habían convertido en un público atento y discreto, hasta tal punto de que varias veces Aalis había llegado a alzar la mano para retirar la capucha que caía sobre su rostro; por fortuna, cuando sus dedos rozaban su pelo todavía muy corto, recordaba que esa tela

era lo único que ocultaba su sexo, y se contenía. La mención de las penalidades a las que aún tendrían que enfrentarse le hizo recordar la última imagen de la torre de Sainte-Noire, erguida en el horizonte del amanecer, y con ella todas las preocupaciones y angustias que guardaba encerradas bajo su capa de fraile. ¿Qué estaría sucediendo en Sainte-Noire? Quizá Raoul se había apiadado de ella y no había dado el aviso de su huida hasta mucho más tarde. Eso explicaría por qué aún no la habían alcanzado. O ni siquiera se habían dado cuenta, o no les importaba. Se encogió de hombros. Nada quedaba entre aquellos muros para ella, ahora que su padre había muerto. El nombre que antes la llenaba de orgullo ahora teñía sus labios de amargura. Recordó la noche horrenda durante la que creyó morir, atrapada en el calabozo de su propio castillo, y las mil humillaciones por las que había tenido que pasar, y de repente le pareció oír la cálida voz de Auxerre abriéndose paso hasta el suelo en el que estaba enterrada. Se estremeció, agotada, y musitó una plegaria en voz baja. Jamás podría volver, o de lo contrario terminaría casada con el repugnante Souillers. Una noche, que de tan lejana pertenecía al pasado de otra persona distinta, se había jurado morir en lugar de ceder. Y después de todo, había descubierto que amaba la vida. Las palabras de Walter tejían un mundo prodigioso del que ansiaba formar parte. Si para ello tenía que atravesar cien ríos y mil montañas, no dudaría en hacerlo.

En el mismo instante en que así discurrían sus pensamientos, Aalis oyó un insistente murmullo, que progresivamente creció hasta convertirse en el sonido de un abundante caudal. La tierra que pisaban era más blanda y húmeda, y los matorrales que bordeaban el camino, más exuberantes; el propio sendero se estrechaba hasta que tuvieron que colocarse en fila de uno, en lugar de a dos. Cuando Évrard alzó la mano, la comitiva se detuvo, y Aalis vislumbró por encima del hombro del caballero, a unos cuantos pies de distancia, un tumultuoso precipitarse de aguas, troncos caídos y hierbas enredadas en la orilla.

—Os presento el Eure —dijo Évrard, desmontando.

Los demás callaron, impresionados frente al salvaje avance del río, que en algún tramo incluso había invadido la orilla, anegando los sauces que crecían en el borde y convirtiéndolos en marionetas de su corriente. Finalmente, Walter hizo la pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Cómo vamos a cruzarlo? No hay ningún puente.

Évrard estaba hurgando en su bolsa. Sacó una larga soga de cáñamo enrollada y respondió:

—Efectivamente, el puente queda un poco más arriba y, sobre todo, queda para el que puede permitirse pagar por cruzarlo. Nosotros lo haremos como los pobres: encomendándonos a Dios.

Mientras hablaba, ató un extremo de la soga al tronco del árbol más fuerte y más cercano a la orilla. Luego, enrolló la otra punta alrededor de la cintura de Hazim, cuya tranquilidad daba a entender que no era la primera vez que era testigo y actor de

tales manejos. Évrard le dio una palmada en el hombro, y el muchacho se adentró en el río sin pestañear, para horror de Walter y Aalis. El primero exclamó:

—¡Estáis loco! He visto sogas de río, pero hacen falta varios hombres para asegurarlas, y mucho más fuertes que vuestro criado.

—Pues preparaos para asistir a un milagro, fraile, porque nadie gana a Hazim en esto —repuso Évrard jocosamente. El caballero se acercó al árbol, y con las dos manos sujetó el extremo de la cuerda que permanecía atado al tronco, para que Hazim no se viera excesivamente sacudido por los embates de la corriente. El chico avanzaba con lentitud, tratando de evitar los troncos que se precipitaban por el cauce. De vez en cuando se detenía, y el agua lo rodeaba de tal modo que parecía devorarlo, pero pronto reemprendía la trabajosa marcha. Le faltaban ya unos pocos codos para ponerse a salvo, cuando de repente su delgada figura se hundió como si un remolino lo hubiera arrastrado al lecho del río. Aalis miró a Évrard y se dio cuenta de que, a pesar de sus anteriores palabras, la preocupación se pintaba en su rostro. Walter se apostó al otro lado del tronco para ayudarlo a mantener la estabilidad de la cuerda, y los dos hombres tiraron con fuerza, hasta volverse blancos sus nudillos. Hazim reemergió de un torbellino de madera y burbujas y, arrastrándose con pies y manos, logró alcanzar la otra orilla de un salto. Los demás vitorearon su hazaña con alegría y no poco alivio, mientras el sonriente héroe afianzaba su extremo de la soga al árbol más cercano, hasta tensar la cuerda de tal modo que cualquiera pudiera cruzar el río, agarrado a la provisional pasarela.

El primero en hacerlo fue Walter, a indicación de Évrard. El clérigo se recogió las faldas lo mejor que pudo y, rezando una breve plegaria a san Pedro, avanzó paso a paso por las aguas hasta poner el pie en tierra con grandes bufidos. Luego, Évrard llevó a la mula cargada con los fardos hasta mitad del río, y allí Hazim le tomó el relevo, guiando al aterrorizado animal hasta la orilla. Aalis era la siguiente. Al entrar en el agua, la corriente la cubrió de inmediato hasta la cintura, y comprendió que terminaría empapada de la cabeza a los pies por mucho que se esforzara, y que su servicial capucha no le sería de ninguna utilidad chorreando sobre su cabeza. Miró al otro lado, donde Walter y Hazim la esperaban, y se dio la vuelta sólo para encontrarse con la mirada impaciente del caballero, que esperaba con su montura al lado. De repente, Aalis tuvo una idea. Tanteando con el pie, halló lo que necesitaba y de un golpe decidido hundió la planta en una piedra afilada. Soltó un grito de dolor.

—¿Qué sucede? —preguntó Évrard.

—¡Me he hecho daño en el pie! —exclamó ella torciendo el gesto—. Con una piedra, en el fondo del lecho.

Retrocedió cojeando y, con cuidado, procurando que el agua no dañara las ropas a su figura. Évrard la observaba con una sombra de duda, pero cuando Aalis le mostró el pie, un firme hilillo de sangre salía de su planta. El caballero estudió la herida y dictaminó:

—No es demasiado profunda, pero no podréis cruzar a pie. Tendréis que subiros a

mi caballo.

Sin perder tiempo, Évrard procedió a internarse en los remolinos del río, tirando de las riendas de su caballo, con Aalis a horcajadas a lomos del animal. Walter y Hazim esperaban de pie al otro lado, oteando con expresión ansiosa el primero, y mudo el segundo, el lento avance del caballero y su carga. Afortunadamente, el caballo debía de estar hecho a tales avatares, pues no se alteró ni siquiera cuando un enorme tronco se interpuso en su camino, aunque relinchó nervioso. Aalis se agarró instintivamente a la crin oscura del caballo, por si éste se encabritaba, cosa que no sucedió. Al contrario, el animal se detuvo dócilmente mientras Évrard empujaba el trozo de madera lo más lejos que podía con la mano que le quedaba libre. Por fin, los cascos del animal hollaron la tierra húmeda de la orilla y Évrard se dejó caer, agotado por el esfuerzo. Hazim se acercó para hacerse con las riendas del caballo, y tendió el brazo para ayudar a Aalis a desmontar. La joven puso el pie herido en los estribos, con tan mala fortuna que hizo presión en el rasguño y, con un gesto de dolor, retiró la pierna, resbalando hacia el muchacho árabe. Éste atinó a sostenerla con ambos brazos, sujetándola por las axilas. Aalis murmuró una frase de agradecimiento, pero cuando levantó la cabeza y vio el rostro atónito de Hazim, comprendió que había descubierto su secreto. Desesperada, juntó las manos como si rezara, en una muda súplica de complicidad. El muchacho asintió imperceptiblemente, pero dominado por el asombro no podía dejar de mirarla, y Aalis temió que la delatara no ya con un grito de alarma, sino por su actitud de mayúscula extrañeza. Miró a su alrededor. Walter andaba atareado comprobando el estado y la conservación del contenido de su bolsa. Évrard, de espaldas y absolutamente ajeno al pasmo de su criado, observaba el profundo bosque de robles que aún los separaba de su destino. Aalis agitó su magra bolsa, para indicarle al muchacho que sabría agradecer su silencio con el poco dinero que tenía. El árabe negó vigorosamente con la cabeza, y antes de que Aalis pudiera añadir nada más, Hazim le dio la espalda y se concentró en sus tareas. La joven no supo si acababa de cometer un terrible error o de ganarse un amigo.

—Creo que si recorremos la orilla, hallaremos una cueva donde resguardarnos esta noche —dijo Évrard volviéndose hacia el grupo—. Será mejor que lanzarnos sin más al bosque. ¿Estáis de acuerdo?

Walter se levantó, satisfecho. Todas sus pertenencias habían aguantado sin mojarse el cruce del río, protegidas en los fardos a lomos de la mula, y si lograba reposar cerca de un fuego en las próximas horas, podría decir casi lo mismo de su persona. Respondió:

—Sois un buen guía, caballero Évrard. Si es menester meternos en una cueva, no dudo de que encontraréis la más acogedora de toda la región.

—A cambio, ¿nos haréis la noche más llevadera con alguna de vuestras historias? —dijo el caballero, avanzando entre las plantas de río y los troncos bajos que nacían en la orilla. Lanzó una mirada hacia atrás y añadió—: Ese silencioso compañero que traéis jura y perjura que se pasan rápido los días en vuestra compañía. Y a fe que por

el aspecto alicaído que presenta no le hará mal oír alguna buena vida de santo.

Walter lo siguió, ayudándose con el bastón, y empezó a decir, animado:

—Bien, bien. Dejad que me concentre. Creo recordar la historia de un escocés de sangre airada que quizá nos entretenga.

Unos ruidos de voces enfrentadas llegaron desde la distancia. Auxerre tensó las riendas del caballo cuando avistó el puente, custodiado por un cobrador. Los demás se detuvieron también, y la comitiva ralentizó su paso. El guardián estaba discutiendo con dos viajeros de aspecto acomodado.

—¡Os digo que soy un peregrino! —chillaba el más mayor, blandiendo su bastón hacia el hombre—. No puedo permitirme nada, ni pan ni leche, y ¡vos queréis que os pague dos sueldos!

—Jamás he visto peregrinos con fardos de telas —dijo imperturbable el vigilante, señalando con el mentón hacia las bolsas reforzadas con las que cargaba el acompañante del primero.

—Son para tendernos encima, y protegernos del frío —respondió el otro, con los ojillos inquietos, mientras su interlocutor se aproximaba al cargamento. El guardián levantó la ceja, escéptico, y deshizo las cuerdas que sostenían uno de los fardos. Al abrirse, una cascada blanca y suave estuvo a punto de caer a tierra, de no ser por el viajante más joven, que se lanzó a por ella.

—Pues ni la corte del rey podría compararse con el lujo de estas pieles del norte, señores —exclamó el vigilante, con una sonrisa feroz—. ¡Dos sueldos u os confisco la carga!

El comerciante que había llevado la voz cantante rezongó para sí mientras sacaba de su bolsa las monedas exigidas. Auxerre se aproximó al guardián mientras éste extendía la palma de la mano y el otro pagaba la tasa. Antes de que Auxerre pudiera abrir la boca, el guardián masculló:

—Cuatro sueldos.

—No somos comerciantes, amigo —replicó suavemente Auxerre. Su afirmación fue saludada con sendas risotadas: las del custodio del puente y las del recientemente trasquilado vendedor de pieles, que se plantó con las piernas abiertas dispuesto a disfrutar de la misma escena que él acababa de sufrir en carne propia. El cancerbero echó un vistazo a la partida, y chasqueó la lengua.

—Cierto, pues no lleváis más carga que vuestras espadas. —Hizo una breve pausa y prosiguió—: Cuatro sueldos. Sólo los peregrinos tienen descuento en este puente.

—Somos gente humilde, amigo —repuso Auxerre.

—No soy amigo vuestro, soldado —dijo el hombre sin pestañear—. Y me las he visto con toda clase de chusma. Cuatro sueldos u os juro que termináis en el agua.

Auxerre contempló al guardián, que medía más de seis pies y cuyos brazos se

veían capaces de derribar un toro a tierra; éste levantó la barbilla y el desafío relampagueó en su mirada. Atemorizados, el comerciante y su compañero se retiraron unos pasos, pero la curiosidad les impedía dejar atrás el predecible enfrentamiento que iba a producirse entre el vigilante y los recién llegados. Sin embargo, nada sucedió; al menos nada que ver con una refriega cuerpo a cuerpo. Antes de que nadie pudiera mover una ceja, un ruido metálico silbó en el aire, y de inmediato el guardián lanzó un aullido desgarrador mientras levantaba la palma de su mano. Un puñal del tamaño de medio codo se le había clavado en el centro; de la herida manaba un chorro de sangre que teñía de ocre la camisa del desgraciado. Auxerre se dio la vuelta, y vio el ojo azul de Warin de Lonray resplandeciente de satisfacción. Sin dudar, Auxerre desenvainó su espada y de un salto ya había desmontado al germano y puesto su garganta contra el filo de su espada. Warin emitió un sonido gutural al tiempo que trataba de desasirse, pero la garra del capitán era firme y el acero inflexible.

—¡Maldita bestia! —exclamó Auxerre, controlando su ira a duras penas—. Ya tenemos bastantes problemas como para dejar funcionarios del rey malheridos a nuestro paso.

Soltó el cuello inflado del germano y empujó a éste al suelo. La furia pintada en su rostro enrojecido anunciaba la sed de sangre que palpitaba en su alma. Por el momento, Warin se frotó las magulladuras y se puso en pie. Mientras, Auxerre se dirigió hacia los comerciantes. L'Archevêque estaba ya atendiendo al guardián lo mejor que podía, limpiando el enorme boquete de la herida con agua; el puñal yacía en la fresca hierba, aún ensangrentado.

—Señores... —empezó el soldado, estudiando el semblante demudado del comerciante que parecía el propietario de los bienes.

—¡Fascinante! —lo interrumpió éste, entre el azoramiento y la admiración—. Jamás había visto algo parecido.

—No lo dudo, y nada más lejos de nuestra intención crear altercados —dijo Auxerre, echando una mirada de reojo al resultado del incidente, que gemía descompuesto.

El comerciante agitó una mano con negligencia y se inclinó hacia Auxerre murmurando:

—Un sicario que no sabe distinguir entre caballeros y rufianes no merece otra cosa, pues salta a la vista que vuestro grupo no lo componen mercenarios sino señores de categoría. —Carraspeó, mirando a Warin con una sombra de duda. Esbozó una ancha sonrisa, y prosiguió—: Tengo que haceros una proposición.

El capitán asintió, intrigado.

—Ved la triste situación de mi carga y de mi ayudante —dijo, señalando a ambos—. Mi nombre es Renaud de Ferrat. Me dirijo a las ferias, y mi intención era pasar por Chartres antes, pues me dicen que el mercado de la catedral es interesante para un honrado vendedor como yo, que abomina de la repugnante práctica de la usura. Pero

vos habéis sido testigo de mi lastimosa indefensión, y de cuan necesario y beneficioso sería para mí contar con la protección que vos y vuestros amigos podríais proporcionarme. —Bajó la voz para añadir—: Sin duda sabréis entender mi propuesta y no os ofenderéis si no os corresponde aceptarla.

—Chartres —repitió Auxerre.

La faz redonda del comerciante se iluminó como el sol, adivinando que había sabido tentar al jefe del grupo. El capitán frunció el ceño mientras cavilaba. Gauthier graznó, desde la silla de su caballo:

—Nada se nos ha perdido con estos mercaderes, Auxerre. ¡Tenemos nuestros propios asuntos que atender!

El comerciante mudó su expresión al oír las objeciones del otro, y escrutó el semblante del capitán. Ansioso por convencerlos, empezó a parlotear con viveza:

—Os aseguro que a mí también me urge llegar pronto: las festividades de Nuestra Señora del Velo, la patrona de la catedral, empiezan en dos noches, y tengo apalabrada una habitación en la posada mejor situada de Chartres, que perderé si no me presento a tiempo. ¡Soy viejo amigo del dueño, y os garantizo que tendréis buen precio si vais de mi parte! Y si eso no os convence, tened por seguro que os he de conducir allí donde vuestros propósitos os requieran, pues conozco esa ciudad como la palma de mi mano, al igual que todas las que tienen mercado en el norte de este reino. —Bajó la voz, señalando con prudencia hacia Warin—. Os diré, por ejemplo, que los germanos no son muy bien vistos por esos lares y tienen fama de ruidosos y pendencieros, aunque a fe que vuestro amigo es silencioso y mortífero y no parece amigo de la jarana.

Auxerre hizo caso omiso de sus observaciones. Se ató con fuerza la cinta de su capa y, sin perder de vista el rostro de su interlocutor, dijo:

—Louis, ¿has terminado con ese desgraciado?

—Diría que sí, *compaign*. —respondió desde atrás L'Archevêque.

—Aceptamos vuestra gentil oferta —exclamó Auxerre, dirigiéndose hacia su caballo. Y añadió, sin detenerse y susurrando frente a Gauthier—: No hagáis ninguna tontería. ¿O es que pensáis que llegaremos a las puertas de Chartres y pasaremos desapercibidos entre comerciantes y peregrinos? Ese hombre nos servirá de protección y de guía, al menos hasta que podamos descubrir adonde van a dar con sus huesos los monjes que llegan a la ciudad.

Capítulo diez

Rotrou du Perche se inclinó, doblando el espinazo hasta que los bordes de su manto barrieron el suelo de piedra. Las pieles que cubrían los peldaños que ascendían hasta el sillón que ocupaba Enrique eran menos lujosas que las que había visto en las cortes de su familia política. En lugar de pieles de osos blancos del norte, o finos curtidos de ciervo, el rey de Inglaterra forraba su corte con retazos cosidos de todos los pelajes imaginables; hasta gatos y perros, a juzgar por el color parduzco que tomaba la peculiar alfombra, según le cayera encima el fulgor de las antorchas. Cuando se incorporó, tras demostrar con el prolongado momento de cortesía el respeto que sentía por el hombre que tenía ante sí, Rotrou se esforzó por impedir que su rostro trasluciera nada excepto la mejor disposición a servirle. De reojo y con disimulo estudió la firme mandíbula del rey, el ceño instalado en su frente y su actitud de perpetuo movimiento, aun cuando, como en ese momento, reposara sentado tras un viaje urgente para tratar de prevenir que la incipiente rebelión se extendiera por sus dominios en Normandía. A pesar de la fuerza que aún emanaba de su persona, Enrique había envejecido desde la última vez que se vieran, en su corte inglesa. Pese a que su poder crecía con cada territorio que ganaba para sí, los escándalos que habían salpicado su reinado habían terminado por cobrarse su precio, y éste aparecía bien claro en el rictus amargo que se dibujaba en sus labios carnosos, otrora siempre joviales. La ira que debió de comerle las entrañas cuando su canciller más cercano se atrevió a enfrentarse con él había dejado surcos en su frente, y las comprometidas circunstancias de la muerte de Thomas Beckett tampoco habían pasado de balde por su espíritu. Debió de haber sido un verdadero tormento para un hombre como Enrique verse obligado a hacer penitencia frente a toda la cristiandad por ese crimen, aun si no había sido su mano la que había cercenado el cuello de Thomas; pero ni siquiera entonces, transcurridos tres años, podía vivir en paz. Y precisamente que el mal no procediera de enemigos extraños, sino que la hidra venenosa hubiera nacido de sus propios hijos, alimentada por la mujer que un día deseó tanto, era sin duda la peor de las torturas. Al lado de los problemas que asolaban a Enrique, la cuestión que Rotrou y él debían tratar era como un juego de niños, excepto que lo que se apostaban eran reinos. El rey apretó los labios. Sus dedos tamborileaban disgustados en el antebrazo del sillón, y Rotrou adivinaba que el orgullo del rey pronto cedería, por lo mucho que necesitaba afianzar su alianza con el conde de Le Perche. En los ojos de

Rotrou brillaba el futuro. Por fin había dejado de ser el hospedero de los poderosos, para convertirse en su mano derecha. El destino le había sido favorable, y la oportunidad de la que ahora gozaba no se le volvería a presentar, de eso estaba seguro. Por una vez, haría honor al nombre de su padre, y todos se verían obligados a reconocer que la valía formaba parte de su estirpe, y que no pertenecía solamente a Rotrou el Grande. Cuando llegó la señal de que se le permitía hablar, su voz no tembló:

—*Sire*, es un honor recibiros en mis tierras, y estoy a vuestro servicio.

—Es bueno volver a estar entre amigos, conde Rotrou —replicó Enrique con la mirada centelleante y haciendo hincapié en el título de su interlocutor. Tras una imperceptible pausa, su tono se hizo más jovial—. Sin duda, sabréis que, en estos tiempos, no dudo en recompensar la lealtad bien entendida. No me ando con rodeos, no doy vueltas como una peonza, a diferencia de los buenos frailes que nos acompañan. —Señaló hacia el rincón, donde los hábitos se removieron inquietos. Hughes de Marcy no movió un músculo—. Vuestras tierras me convienen. Pero no las quiero comprometidas en absurdas luchas intestinas, sino libres y abiertas a mis tropas de brabanzones; y, del mismo modo, cerradas para todos mis enemigos y agrestes para sus soldados. ¿Podéis garantizarme ese milagro? ¿Puedo contar con Le Perche para mantener a raya a los traidores, Rotrou?

El eco del nombre, cuidadosamente recordado y pronunciado, permaneció un instante flotando en el silencio que de inmediato rodeó a los dos hombres, y que se hizo más denso, como si los monjes y el resto de los funcionarios reales hubieran dejado de respirar mientras Enrique estudiaba el semblante de su vasallo y esperaba la respuesta, que no se hizo esperar.

—Os juro por el honor de mi familia que así es —profirió Rotrou, inclinando la cabeza.

Si Rotrou esperaba que el alivio recorriera las filas de los presentes, quedó decepcionado. Imperturbables, todos volvieron la vista hacia el monarca, en espera de su reacción. Sólo cuando vislumbraran una señal de por dónde apuntaban los humores de Enrique se atreverían los cortesanos a exhibir ningún favor o desagrado hacia el señor de provincias que ocupaba el centro de la sala. Después de un momento que a Rotrou se le hizo interminable, Enrique se levantó y descendió los peldaños de la tarima de madera.

—Por ese honor espero recompensaros algún día —dijo clavando sus ojos en el rostro del conde y poniendo su mano en el hombro de éste.

La familiaridad del gesto llenó de orgullo a Rotrou, mientras, ahora sí, los murmullos de aprobación acariciaban sus oídos, fascinado por el poder del hombre que le dispensaba ese trato. La sensación duró poco, sin embargo, pues Enrique se dio la vuelta y, sin una palabra más, abandonó la sala, seguido por cuatro caballeros. Rotrou se quedó inmóvil, aún embriagado por la experiencia, y sólo cuando se le acercó el abad de Mont-Froid, el conde parpadeó como si despertara de un bellissimo

sueño. Para ocultar su confusión, proclamó:

—Un rey que no duda es doblemente sabio.

—Apreciaríais más la duda si vuestro cuello dependiera de ella, conde —repuso inocentemente Hughes de Marcy.

—Vuestros acertijos me aburren, abad —exclamó Rotrou, exaltado aún—. ¿Es que no habéis visto que cuento con la confianza de un gran hombre? ¿Acaso dudáis de su palabra?

—Estimado amigo, jamás dudo de la verdad cuando es un rey quien la sostiene —respondió Hughes con un deje de ironía, aunque su mirada era grave—. Lo que me preocupa, si he de ser sincero, es vuestra parte de la verdad.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Rotrou de mala gana.

—Aún ha de llegar la hora en que podáis llamar a Sainte-Noire vuestro, y menos decidir quién recorre sus caminos y quién no —respondió el abad, impertérrito—. No es buena política mentirle a un rey, y menos a uno como Enrique.

—No seréis vos quien vaya a contarle esas menudencias, Hughes —silabeó el conde de Le Perche, acariciando el puño de su espada—. Además, todo se resolverá pronto. Me encargaré de buscarle a la viuda un buen esposo, de mi mayor confianza, alguien que me obedezca ciegamente y del que no tenga que preocuparme. Los Souillers jamás estuvieron a la altura de este asunto —terminó, mascullando—. En suma, abad: cumpliré la palabra dada al rey, de una forma u otra.

—Ya veo —dijo lacónico Hughes—. ¿Y en cuanto a la muchacha...?

—¿Qué muchacha?

—Aalis de Sainte-Noire, la heredera de esas tierras que os disponéis a administrar —replicó Hughes.

—Veréis, abad. Yo lo veo así. —Rotrou se acercó a Hughes, complaciéndose en repetir el gesto de Enrique, y dejando reposar su mano en la manga del hábito color crudo del abad—. Nadie sabe dónde para esa endemoniada, y quizá jamás la encuentren. Dios tenga piedad de su alma.

—¿Sois el abad de Mont-Froid? —les interrumpió un caballero con el escudo del rey Enrique cosido en su pecho. Hughes asintió y el otro anunció—: Os esperan en los aposentos del rey.

Señaló la puerta por la que había salido Enrique. El abad evitó mirar a Rotrou, y siguió obediente al caballero.

Enrique II estaba sentado en un sillón de madera al lado de los ventanales, de espaldas a la puerta, cuando el abad Hughes entró en la estancia precedido por su escolta. Alrededor del rey sólo había dos o tres caballeros, de pie y a prudente distancia del rey. El acompañante de Hughes hizo una seña, indicándole que se acercara. El abad obedeció, pero antes de que pudiera hablar, Enrique murmuró:

—Si por cada juramento falso Dios me concediera un pedazo de tierra, mañana mismo sería dueño de Francia. —Se inclinó hacia adelante, buscando la mirada del abad, y exclamó—: ¿No estáis de acuerdo conmigo, Hughes?

—Tenéis el don de ver el alma de las gentes, *sire* —repuso el abad.

La respuesta no satisfizo al monarca, cuyo rostro se ensombreció antes de proferir con voz acerada:

—Creía que sólo Dios gozaba de tal privilegio, abad.

—En tanto que su instrumento, sin duda vos contáis también con su sabiduría —recitó Hughes, con la mirada centelleante—. La voluntad divina extiende sus bendiciones entre sus servidores. Es así, y no de otro modo, cómo la espada espiritual de Dios y la espada carnal del monarca avanzan unidas en una misma dirección.

Enrique II se irguió y todos sus caballeros se inclinaron en una profunda reverencia. Hughes de Marcy bajó la vista y se retiró dos pasos hacia atrás. En la sala nadie se atrevía a respirar siquiera. El ceño fruncido del monarca se acentuó hasta que sus cejas fueron una única línea de furia. Por fin, tronó su voz, y sus palabras llegaron hasta el último recoveco de la sala:

—¡No os he hecho venir para discutir las doctrinas de la Iglesia, abad! No aprecio vuestra diligencia en ese aspecto y os conmino a que guardéis silencio sobre espadas, providencias divinas y demás zarandajas que tanto impresionan a vuestro pío rey Luis. Tenéis delante a uno que sólo sabe de caza y de lealtad. ¡Y si por ello no me queda más remedio que morir maldito, os juro que así lo haré! —Y se dejó caer de nuevo en el sillón, con un resoplido final. Hubo una pausa, que Hughes tuvo buen cuidado de no interrumpir, mientras se apaciguaba la ira de Enrique. Ambos sabían que, efectivamente, el abad no había sido llevado a su presencia para debates doctrinales, pero tampoco para ser testigo de los habituales arranques del rey de Inglaterra. Al cabo de un momento, éste prosiguió, como si nada hubiera roto la calma de su conversación con el abad—: Tenéis mi agradecimiento por responder a mi llamada, Hughes. Sé bien que no suelo favorecer a vuestra orden, por las razones que conocéis, pero en esta ocasión era menester que nos viéramos.

—Vuestra generosidad me abruma, *sire* —dijo Hughes.

Los caballeros que estaban lo suficientemente cerca como para oír el intercambio se removieron, inquietos. Ciertamente todos recordaban —¿cómo olvidarla?— la cólera de Enrique cuando supo que la orden del Císter había dado cobijo en Francia a su arzobispo fugitivo, y nada menos que en Pontigny, una de las abadías directamente fundadas por voluntad de la casa madre de Clairvaux, y por lo tanto, una de las más importantes. Finalmente, hasta los piadosos monjes habían optado por expulsar a Thomas para congraciarse con el rey, pero Enrique jamás lo había olvidado, y desde entonces solía destinar sus donativos a la orden de Grandmont, mucho más dócil y maleable. Sin embargo, los monjes blancos habían conservado su sólida influencia en el entorno del rey Luis VII y mantenían estrechas relaciones con el Temple en Ultramar, y era forzoso contar con ellos para los asuntos continentales, como la rebelión en la que el propio hijo primogénito de Enrique conspiraba para invadir sus dominios en Normandía y Bretaña. El rey volvió los ojos hacia el abad y con alivio comprobó que tenía ante sí al hombre que recordaba, tal como lo había conocido

cuando aún ambos frecuentaban los círculos del monarca francés, Enrique como joven príncipe inglés y Hughes de Marcy como clérigo al servicio de la corte. El abad de Mont-Froid seguía siendo un hombre cabal, cuyo único deber era para con la paz, y que daba la bienvenida a cualquier método a tal fin, sin preocuparse de leyes humanas e, incluso, Enrique juraría, divinas.

—¿Qué puedo esperar de Rotrou, abad? —preguntó a bocajarro Enrique.

—Lo que vuestra sabiduría ya adivina, *sire* —replicó el otro sin parpadear—. Como su padre y tantos otros, sirve al amo que más le conviene en cada momento, y en el actual, afirma él que sois vos. Pero no es su respeto a la alianza lo que debe preocuparos, sino el valor real de ésta.

—Seguid —indicó Enrique, absorto.

—Rotrou no controla todos los territorios que os ofrece. Sus soldados le garantizan el dominio físico de los castillos de su condado, pero en cualquier momento las tornas pueden cambiar —afirmó el abad—. No está clara la sucesión en Sainte-Noire.

Enrique levantó la cabeza, alarmado. Conocía bien los nombres de todas las fortificaciones castrenses que recorrían el condado de Le Perche, pues daban entrada a su Vexin normando y desde cualquiera podía partir la vanguardia de un ataque. Sainte-Noire no era el mayor pero sí el más cercano a su frontera; la noticia era grave. Hughes de Marcy prosiguió, eligiendo las palabras con extremo cuidado:

—El patriarca Philippe murió, y su linaje directo ha desaparecido. La incertidumbre se ha apoderado de la región. Rotrou reclama las tierras, pero la viuda aún vive allí, y es dama joven. Cualquiera podría pretenderla y ganarla para sus intereses. Y aun después de eso, si reaparecen los herederos... —Dejó la frase en el aire.

—¿Qué queréis decir con que los descendientes han desaparecido? ¿Es que se los ha tragado la tierra? ¡Pues que sigan ahí! —Enrique dio un golpe en el antebrazo de su sillón, malhumorado—. En cuanto a esa viuda, ignoro por qué no está ya casada con un vasallo de Rotrou. ¡Maldita sea! Si pudiera viajar a esas tierras yo mismo en lugar de verme forzado a confiar en inútiles. —Contempló la vasta extensión de campos que se vislumbraba desde la ventana; ese territorio hostil en el que penetrar podría costarle más que la vida: su corona. Suspiró, recapacitando, y se dio la vuelta para enfrentar los ojos azules y serenos del abad de Mont-Froid—. Pero vos, Hughes, jamás habéis sido de esa clase de ineptos. Sé que no desvelaríais un conflicto sin tener al menos, en esas buenas mangas vuestras de lana cruda, un par de soluciones y algún buen proverbio con el cual ganaros a vuestro interlocutor.

—Seguís cubriéndome de halagos inmerecidos —repuso Hughes.

—En absoluto —zanjó Enrique, y el abad inclinó la cabeza. El rey escrutó el rostro del monje, y continuó—: He equivocado mi pregunta, lo veo, cuando me dirigí a vos hace un rato. En lugar de inquirir por Rotrou, debí haberme interesado por lo que vos podéis ofrecerme; ése ha sido el motivo de vuestra visita a mi corte.

—Antes de seguir, debéis jurar que mis palabras quedarán prisioneras de estos muros —dijo el abad—. Mi vida corre peligro desde que puse pie en este lugar.

—Sabéis que así será —replicó Enrique—. Hablad, pues.

—Os traeré la llave de la paz, pero a condición de que sólo la uséis para mantener la guerra fuera de los campos de Francia. Jamás, oíd, jamás para abrir la puerta del Infierno de nuevo —dijo Hughes, con vehemencia—. Hace años que asisto impotente a las riñas entre señores de menor y mayor rango, y todas terminan como matanzas que me recuerdan a las que vi cuando llevaba la roja cruz. Sangre, lamentos y pobreza; y las tierras cambian de dueño cada año, pero nada más cambia. Sé que la voluntad del Señor ha de respetarse, y no he de pronunciar palabra en su contra. No sueño ya con salvar a todos los peregrinos, sino sólo a las escasas almas que se arremolinan bajo los cielos de Mont-Froid y sus alrededores. —Calló un instante, turbado, pero se rehizo y prosiguió—: Hace apenas unos días celebraba con Philippe de Sainte-Noire en mi monasterio el fin de las hostilidades que, tras largo tiempo y arduas negociaciones, se avvicinaban; hoy, de aquello no queda nada, pero me he jurado dedicar mis últimas energías a evitar que de una desgracia humana brote una guerra entre reyes. Si podéis esperar, confiad en mí. Os traeré la verdadera respuesta, la única vía para aseguraros que Sainte-Noire no será un peligro para vos. Tendréis la lealtad del dueño de ese castillo. A cambio, lo que os he pedido: paz, por caridad.

Calló, exhausto, y en verdad parecía que de su cuerpo hubiera manado la vida, impregnando sus palabras de ansiedad pero privándolo de fuerzas, y tiñendo su rostro moreno de palidez. Enrique reflexionó durante largo rato, y respondió:

—Tenéis mi respeto, abad. Sé que la preocupación por el bien de Mont-Froid es el único aliento que impulsa vuestras palabras. Pero yo soy rey de muchos hombres, y me debo a ellos tanto o más; y eso también pesa en mi ánimo. Mi hijo me acosa como un aguilucho hambriento, azuzado por la arpía de mi esposa. Afortunadamente, la suerte, o la inopinada gracia de Dios, me ha servido en bandeja a Leonor cuando trataba de escapar hacia Inglaterra, y a fe que la guardaré bajo siete llaves antes de permitir que con su aliento vuelva a fomentar el estado de rebelión en el que se encuentran mis tierras, y contra el que me bato cada día. Sin embargo, la llama indómita de la traición ha prendido ya, y corre el riesgo de devorarme; y debo protegerme, pues mi reino vive en mi persona. Sé que cuando yo muera destrozarán todo aquello por lo que yo he luchado. —Su voz se quebró, y después del silencio Enrique II, rey de Inglaterra, Irlanda y Bretaña y duque de Normandía y Aquitania, miró al abad y prosiguió, con el rostro pétreo—: Decidme qué diferencia vuestra oferta de la de Rotrou. Y no mencionéis la paz. Llevo toda la vida tratando de hacerme con ella, y es doncella arisca. Jamás la he conocido.

Lejos de dar muestras de desaliento, el abad Hughes asintió para sus adentros, como si ésa y no otra fuera la reacción esperada, debida, de Enrique. Cuando el monje respondió, su voz también era de hielo, y mostró sus manos vacías:

—Nada más tengo, excepto a Dios.

Enrique se acercó al abad y tomó un extremo de su manga, besándola. Luego, aproximando sus labios al oído de Hughes, murmuró, sin ocultar su curiosidad:

—Y los hilos que teje vuestra Iglesia. ¿Cómo vivís con vuestra fe, Hughes?

El abad clavó sus ojos en el rey, mientras respondía a su pregunta entre susurros y sin pestañear. Por toda respuesta, el monarca se echó a reír a carcajadas, y los cortesanos se apresuraron a corear la alegría de Enrique con prudentes risas de complicidad. El buen humor de su señor prometía un magnífico banquete aquella noche. Lo siguieron cuando éste se retiró, y una vez todos hubieron abandonado la sala, Hughes de Marcy se quedó a solas, pensativo. Tenía una labor gigantesca por delante: localizar una aguja en un pajar, y depositarla a los pies de un rey. Durante los últimos días, salvar a esa frágil y terca muchacha que había visto nacer en Sainte-Noire se había convertido en sinónimo de su lealtad hacia la vida. Como si en un único cuerpo confluyeran, como ríos en busca de manantial, todas las preguntas y las dudas que habían torturado a Hughes de Marcy desde que abandonara las arenas de Jerusalén. Por eso había podido responderle a Enrique, con la honestidad escrita en los ojos: «Igual que vos vivís sin fe, *sire*».

—Declaro que esa historia es increíble, hermano Walter —dijo Évrard mientras masticaba un tallo de hierba y disponía unos pedruscos para encender un buen fuego—. ¿Una reina tan celosa que prefiere la muerte de su caballero cuando éste le niega favor?

Aalis se aproximó, tambaleándose bajo una pila de ramas y troncos secos que había recogido por los alrededores. Hazim se apresuró a ayudarla, librándola de una parte de la carga y evitando mirarla. Por su parte, Walter reía entre dientes mientras golpeaba con insistencia el pedernal para arrancar una chispa con la que encender la hoguera.

—Sois un incrédulo, Évrard. ¿Es que no concebís que la pasión de una dama pueda tener efectos devastadores, cuando no es correspondida?

—Desde luego que no. Sólo he tenido la desgracia de prendarme de corazones helados —respondió Évrard, jocosamente—. Ojalá me hubiera topado con esa persistente reina de vuestra historia. Sin duda, ella hubiera procurado para que no me viera, desgraciado y sin fortuna bajo el techo de las estrellas.

—Al contrario, soldado. —Walter se inclinó hacia el caballero, mientras seguía buscando la chispa del pedernal—. Aprended esto: si alguna vez os encontráis frente a una mujer poderosa y sus anhelos, huid con lo puesto, o responded con vuestro cuello.

—Parece que habléis por boca de vuestra experiencia y no de vuestras Escrituras —dijo Évrard, apilando los leños.

Walter se abstuvo de responder, concentrado en su labor. Por fin el pedernal dio su fruto y Hazim y Aalis palmotearon, regocijados ante la perspectiva del benéfico

calor. Todos se acomodaron lo mejor posible y Hazim colocó una segunda hilera de piedras rodeando el fuego. Encima, envueltas en hojas de viña, colocó las dos truchas que horas antes había pescado, trabajosamente y con sus manos desnudas, en el río. Al cabo de un rato, Hazim echó un vistazo a las escamas plateadas del pescado y decretó que ya estaba listo. Repartió los filetes como buenamente pudo, cuidando de no escaldarse las manos. El olor del alimento despertó el apetito, de por sí aguzado, de los presentes, y durante unos minutos no hubo más ruido que el crepitar del fuego, el masticar de dientes y los crujidos de las criaturas que recorrían el anochecer que ya caía sobre el bosque. Cuando por fin hubieron saciado su hambre, Évrard tomó un sorbo de agua del morral. Aalis, para no quedarse a solas con Hazim, prestó toda su atención al intercambio entre el caballero y Walter. Ya pensaría en algún modo de asegurar el silencio del árabe, que por lo demás no parecía ansioso por descubrirla.

—Admitidlo, señor: de algún lugar nace vuestra animadversión hacia las damas —aguijoneaba Évrard.

—Es cierto que tengo poca estima por las hijas de Eva —afirmó Walter, mientras se limpiaba los dedos en los bordes de su hábito—. En la corte sólo sobreviven los que medran, sin importar su sexo; pero cuando las mujeres gozan de poder se desatan los demonios de su interior y, ya sea para atraer daño o para atraerse un amante, conspiran sin cesar y su aliento de hiel recorre los pasillos hasta envenenar a los amigos más sinceros.

Évrard soltó una carcajada ante el discurso del monje, exclamando:

—Sostengo lo dicho: no es en la escuela catedralicia donde habéis aprendido de amantes y hiel.

Aalis guardaba singular silencio. Las palabras de Walter la habían llevado a pensar en Jeanne, y el recuerdo de la crueldad de su madrastra la impulsaba a darle la razón al monje. Sin embargo, la garra amarga sólo se clavó a medias en su corazón. En medio del torrente de dolor, la dulce faz de su madre atrajo lágrimas a sus ojos y calidez a sus labios. A bocajarro y sin darse cuenta, exclamó con emoción, al tiempo que en su mente flotaban los repugnantes rostros de Richer y Gauthier de Souillers:

—¿Acaso no envenenan los hombres pérfidos? ¿Es que no hay traiciones entre los que tienen almas podridas, sin importar el cuerpo que las alberga? No adjudiquéis a las mujeres tanta vileza, señor. Reconoced que el honor anda escaso en los dos bandos.

Calló tan repentinamente como había estallado, y al instante se dio cuenta de lo insólito de su intervención, a tenor del silencio con que fue acogida. Walter la estudiaba con curiosidad, como si de repente viera mucho más que a su inofensivo compañero de viaje.

—Amigo Sylva, tendréis que explicarme algún día vuestra breve vida —dijo el monje despreocupadamente y entrecerrando los ojos—. Tanta pasión sin duda mana de una historia que merece ser contada.

Aalis apretó los labios firmemente, arrepentida y atemorizada. Évrard aprovechó

la pausa para insistir, divertido:

—Vamos, hermano Walter. Es de justicia que nos contéis la verdad. Además, Sylva es joven y fogoso; no hay en él ningún misterio. Sin duda anda atolondrado por causa de alguna muchachita, a pesar de su hábito, y por eso quiere romperse los dientes defendiendo el honor de las damas. Y he de admitir que de los hombres contra los que he luchado, sólo la mitad se han portado con la entereza de un caballero, aunque todos contaban con blasones y armas.

Terminó, y a las claras se veía que bromeaba, y que su único fin era alargar la velada con algo de charla y un poco de calor, pues la perspectiva de echarse a dormir en la noche y dejar que el fuego se consumiera no era muy halagüeña. Walter miró a ambos de hito en hito. Évrard le sonrió ampliamente, mientras Aalis, aún cabizbaja, lo miró por el rabillo del ojo, claramente interesada en escucharlos. Al fin, como si se rindiera tras fatigosa resistencia, pero con expresión halagada, Walter suspiró y empezó a declamar:

—Habéis de entender que la corte, amigos, no es como ningún sitio de esta tierra, ni como el Cielo ni el Purgatorio; es un Infierno por donde vagan las almas condenadas, y se engañan pensando que han alcanzado el lugar terrenal más alto que pueda existir. Al contrario, el séquito de un rey es la colección más deleznable de sabandijas y ratas que pueda habitar bajo el sol, y sólo le va a la zaga la casa de un arzobispo o la de un obispo. Excuso decir que las mesnadas de condes, duques y condestables son pálidas imitaciones del desfile real que inunda los vericuetos del pobre castillo que recibe a dicho catálogo de serpientes. —Se detuvo y contempló las expresiones asombradas de su auditorio. Sin duda, jamás habían oído calificar de tal guisa a una corte real, y de no estar en mitad del bosque, con dos extraños que apenas lo conocían, Walter quizá no estaría hablando con tal libertad. Sonrió con regocijo; tenía ante sí la oportunidad de describir, con absoluta honestidad y tal como su aguzada mente lo conocía, el pozo de iniquidad que era la corte, sin ser desleal al rey Enrique. Prosiguió—: Entenderéis, pues, que la piedad, la honestidad, la humildad, la contención y todas las demás virtudes que el Señor nos enseñó son lecciones perdidas entre esa muchedumbre de afanosos; la modestia y la prudencia de la dulce Virgen María son ridiculizadas por los coloretos que pueblan las mejillas excitadas de las damas, y sus ropas ceñidas apenas cubren la piel nívea con la que tientan a los pobres desgraciados a los que someten. Allí, la reina pasa los días catando golosinas y corazones, y repartiendo prebendas, y el rey anda demasiado ocupado como para poner orden, pues bastante tiene con llevar las riendas de sus dominios. Ved que si las dos luces que marcan el destino de los súbditos se debilitan de tal modo, el comportamiento de sus cortesanos se relaja en consecuencia. Así se transforma el círculo del poder terrenal y del saber eclesiástico en una hoguera infernal donde todos bailan endemoniados. —Walter se había transfigurado—. Incluso yo mismo no puedo fingir que no formo parte de esa orgía; predico las bondades divinas, pero he caído presa de las tentaciones como el más vil cerdo del corral. Cuando una reina es blanca

como el alba, y su risa está tejida de oro y perlas, ¿qué hombre puede negarle la vida? Y después sólo queda la vergüenza de haber adorado un ídolo, una imitación de la pureza. —Abrió las manos, como para mostrar lo vacías que estaban—. No puedo vencer mi repugnancia hacia un sexo capaz de crear tamaña ficción, engaño tan cruel. Sólo me queda amor por la Virgen y los mártires de la fe.

De su alegre expresión no quedaba rastro; Walter estaba pensativo. Los demás no se atrevieron a interrumpir su abatimiento, hasta que levantó la mirada y se encogió de hombros, como si se excusara por el manto de melancolía que había caído en el grupo. Aalis murmuró:

—Quizá tenéis razón, Walter, y la mentira anida en el rostro de las mujeres. — Tragó saliva y añadió—: Pero digo que también florece en la lengua de algunos hombres.

—Ea, callad los dos —intervino Évrard, despreocupado. El atardecer se había convertido en noche, y la gravedad de la conversación no iba con su carácter—. Démonos la mano como amigos y acordemos admirar la belleza de lejos, si tan dañina es.

Así lo hicieron los tres; Walter con los ojos tristes y Aalis con un nudo en la garganta. Acto seguido, Évrard se tendió en el suelo y, al poco rato, sólo llegaban ronquidos de su rincón. Aalis, sin embargo, no podía conciliar el sueño. Las duras palabras de Walter aún flotaban en su mente, y el miedo pasado durante la tarde atenazaba su lengua. El corazón se movía en su pecho como una liebre, y un sudor frío mojaba su frente. En medio de la noche viva en el bosque, su cabeza empezó a bullir con mil congojas: tenía que llegar a Chartres sin levantar más sospechas, y allí buscar refugio o quizá huir, y seguir huyendo siempre. Rezó por que Souillers no hubiera mandado a nadie en su busca, y también en silencio le pidió a la Virgen que la ayudara y le diera fuerzas. Su plegaria fue débil; con cada día que pasaba entre hombres y en camino, comprendía que tenía que extraer fuerza de su alma, y que la figura benevolente de Nuestra Señora sólo estaría a su lado, como una dulce nube, si ella era su propia torre de fe. Una sonrisa incierta se pintó en sus labios. Llegaría a Chartres, alcanzaría un lugar seguro. Y, después, desaparecería, se desprendería de su nombre y de su pasado, y se mezclaría con ese mundo repleto de historias y de gentes que sólo ahora comenzaba a vislumbrar. Walter hablaba de cortes y reinas, y Évrard viajaba por toda Francia participando en los torneos más famosos; Aalis dejó vagar sus sueños y pronto cayó rendida. Dormía en anchas tiendas cubiertas por las más finas sedas, atendida por damas amables y caballeros silentes. La despertó una mano oscura sobre sus labios, que sofocó el grito que brotaba de su garganta.

—¡Shhh! —susurró Hazim enérgicamente, mientras Aalis se debatía—. No temáis. Y no gritéis. Mi amo tiene el oído agudo, y no nos conviene su presencia. Ahora apartaré mi mano, pero tenéis que prometer que no haréis nada que nos ponga en peligro.

Aalis asintió, temblando, pero cuando Hazim cumplió su palabra, se apartó de un

salto lo más lejos posible del muchacho. Éste no hizo nada por impedirselo.

—¿Qué quieres? —espetó ella.

—Mi libertad, igual que tú —replicó Hazim, centelleantes las pupilas. No era mucho mayor que Aalis, pero su decisión estaba esculpida en sus facciones. Mostró los dientes al puntualizar—: Señora.

—¡Cállate! —susurró Aalis, mirando de reojo a las dos figuras que dormían unos pasos más allá—. Te lo repito: ¿qué quieres de mí? Tengo un poco de dinero... —terminó débilmente.

Las escasas monedas que poseía no serían suficiente para comprar todos los silencios que necesitaría durante el resto de su vida, si quería ser libre. Como si Hazim supiera lo que estaba pensando, agitó la cabeza negativamente y dijo:

—No se trata de dinero. Yo también quiero escoger mi camino en lugar de seguir el de otro. Évrard ha sido un buen amo, pero yo no soy ningún esclavo. —Su expresión no cambió; enunciaba un simple hecho, sin rencor ninguno—. Quiero volver al sur, en busca de mi familia.

—¿Qué te detiene? —preguntó Aalis, fascinada a su pesar.

Se daba cuenta de que nada era lo que parecía en ese mundo que empezaba a descubrir, donde todos ocultaban una historia bajo la piel; ese pensamiento, extrañamente, la reconfortó. Hazim respondió:

—No puedo viajar solo. Terminaría muerto, o en manos de un dueño mucho peor. En cambio, dos viajeros no despiertan sospechas. Nos ocultaríamos con hábitos, pasando como monjes. ¿O me dirás que es imposible?

Aalis permaneció callada, bajo la mirada inquisitiva de Hazim. Negó con la cabeza, aún sin decir nada. El joven insistió:

—No sé de qué escapas, ni me importa. Pero necesito que huyamos juntos. —Como siguiera sin obtener respuesta, añadió—: Puedo esperar hasta llegar a la ciudad. Pero una vez allí tendrás que decidirte.

—¿Y si no? —preguntó Aalis, alarmada por el tono de su voz.

—Ignoro cuál es el castigo para una mujer que suplanta a un monje, pero si sé algo de los cristianos, es que practican poco esa caridad de la que tanto hablan —repuso Hazim, observando la expresión asustada de Aalis—. Piensa bien tu respuesta. Mañana, cuando llegemos a Chartres, volveremos a hablar.

Y se dio la vuelta, para echarse junto al fuego. Aalis se deslizó hacia el suelo, como si las piernas le fallaran, y se quedó inmóvil un buen rato. El frío se le coló en los huesos y finalmente se obligó a levantarse y acercarse a las brasas que aún ardían. Se acuclilló, abrazándose las rodillas con las manos. Contempló el brillo rojizo reflejado en el anillo de Sainte-Noire, y por su cabeza desfilaron mil angustias, hasta que no pudo más y cayó rendida, con el cuerpo aún encogido, como si tratara de protegerse de una tormenta por venir.

Capítulo once

Chartres surgía orgullosa, entre viñedos repletos de apetitosos racimos de uvas y campos sembrados de trigo, más allá de los prados que el Eure recorría perezoso, como la promesa de un lugar santo, bendecido por la abundancia divina. Los bosques que rodeaban el valle se hacían menos profundos a medida que los viajeros avanzaban por el camino que los acercaba a una de las siete puertas que daban acceso a la ciudad. Parecía como si el mismo Dios hubiera escogido una cuna de montañas y árboles para una de las maravillas de la cristiandad: la catedral erigida en honor de la Virgen María, con la torre sur, recién construida, irguiéndose al lado de su gemela del norte desde la elevación de la Haute Ville, la parte alta de la ciudad. De todos era sabido que los condes de Champagne repartían su justicia con equidad por todas sus tierras, pero de igual modo nadie ignoraba que Enrique, hijo del gran Thibault y actual conde de Champagne, sentía debilidad por la catedral que acogía la reliquia de la Virgen, el Sagrado Velo traído desde Tierra Santa. En voz más baja se rumoreaba que la influencia benéfica procedía sobre todo de su esposa, María, hija del primer matrimonio del rey Luis con Leonor de Aquitania, y que la piadosa devoción de Enrique el Liberal hacia Nuestra Señora del Velo era en realidad un mudo homenaje de amor a su condesa; sospecha que algunos destacados miembros de la Iglesia se veían obligados a callar, por temor a enemistarse con los condes. Eran tiempos de poder para la casa de Blois y Chartres: la reina de Francia, Adela, era hermana del conde Enrique, y su otro hermano, Guillermo de las Blancas Manos, había dedicado su vida a la Iglesia y ocupaba simultáneamente el arzobispado de Marcy y el obispado de Chartres, a pesar de las admoniciones del papa Alejandro III, que había prohibido tal acumulación de poder y riqueza en un solo hombre. Por su parte, el pío rey de Francia ningún mal veía en la gloria de Dios, y aún menos en la de su familia política, siempre que ésta fuera su aliada contra el rey inglés que poseía en Francia un territorio más extenso que el suyo propio. Así crecía Chartres y su catedral, bajo el abrigo de reyes, condes y obispos, cada vez más hermosa y próspera.

Ya se vislumbraba la Porte Guillaume y sus dos firmes torres redondas, coronadas por sendos balcones circulares desde donde los vigías controlaban la entrada de los forasteros. Una larga hilera doble de solicitantes pedían ser admitidos, por asuntos de piedad o de comercio, entre los muros de Chartres. Los peregrinos avanzaban resignados, en grupos o en solitario, hasta la entrada custodiada por la guardia del

conde, que los examinaban someramente (pues estaban exentos de los derechos de paso y ningún interés tenían para los cancerberos), mientras que los mercaderes desfilaban en otra columna, y atendían a las preguntas de los guardias respecto a sus mercancías, al tiempo que éstos solicitaban sus salvoconductos comerciales y les cobraban una tasa de entrada en la ciudad, pero menor que a los viajeros regulares. De vez en cuando estallaba un pequeño tumulto cuando algún comerciante desprevenido se quejaba de la cuantía del pago, o uno de los guardias descubría que los peregrinos que tenía delante no eran tales, sino buhoneros y vendedores ambulantes que pretendían escabullirse del peaje. En medio del bullicio, y del ruido de los animales de carga, tales incidentes pasaban desapercibidos, y el río continuo de almas y bienes transcurría apaciblemente.

Aalis lo observaba todo con ojos ávidos, ansiosa por empaparse de cada escena que se desarrollaba a su alrededor: desde los colores rojos, azules y amarillos de las sayas de las mujeres que transportaban cestos llenos de olores y hortalizas distintos, hasta el perpetuo relinchar de las monturas, obligadas a esperar antes de llegar a su abrevadero, en alguna fonda de la ciudad. Más adelante, un par de peregrinos habían recibido permiso para entrar, y apretaban el paso; sus sandalias eran dos trozos de madera atados con un paño anudado, y sus mantos estaban agujereados, pero la alegría de su caminar daba a entender que la perspectiva de un jergón era más que bienvenida. A su lado, en la hilera de los vendedores, un hombre barbudo que acarrea una cesta de mimbre con cebollas escupió, mientras sostenía entre sus dedos oscurecidos por la mugre una bolsa exigua, igualmente sucia, que tintineaba débilmente. Cuando se dio cuenta de que Aalis lo miraba, la obsequió con una sonrisa desdentada y le guiñó un ojo, como si pudiera ver a través de su hábito, hasta el fondo de su corazón palpitante y emocionado. La joven apartó la vista, avergonzada, pero sólo para volver a fijarla en otro punto: la discusión que Walter y Évrard mantenían, entre susurros. El caballero agitaba la cabeza, nervioso.

—Os digo que más vale que nos separemos: vos y Sylva no tendréis problemas, pero si nos cuentan como grupo, nos cobrarán dos sueldos por cabeza. —Eché un vistazo a su criado—. Hazim igual nos cuesta el doble.

—Y yo repito que no os preocupéis —repuso Walter, mirando tranquilo hacia adelante.

Évrard dio un resoplido por lo bajo, para no despertar las sospechas de los guardias, y tiró de las riendas de su caballo. Aalis inclinó la cabeza, inquieta. Évrard no se preocuparía tanto por la cantidad a la que ascendería el derecho de paso si supiera que tenía como compañera de trayecto a una fugitiva que se hacía pasar por monje; no había tasa que pudiera pagar ese delito. Se encogió aún más en su hábito, rezando por que no tuvieran problemas. Levantó los ojos hacia el cielo y, desde la ciudad elevada, vislumbró las torres majestuosas del templo de Nuestra Señora. Si lograban salir del paso, se prometió rezar cinco avemarías frente a la efigie de la Virgen. Hazim caminaba tras ellos, cerrando la comitiva, y aguantaba las mofas de

los campesinos que lo seguían, para quienes su piel oscura constituía una novedad, más propia de la obra del diablo que de la del Señor. Cuando por fin llegaron ante el guarda, éste bajó el brazo de inmediato, y un grueso poste de madera cayó también con gran estruendo. Estaba sostenido por un mecanismo de cuerdas, y quedó atravesado frente a los portones de la Porte Guillaume, como si hubiera obedecido su gesto mágicamente. El soldado se rascó la barbilla, y dijo:

—Bien, bien, ¿qué tenemos aquí? Un par de monjes, un muerto de hambre y un demonio. ¡Valiente conjunto! Tendréis que convencerme de que vuestros propósitos son honorables. Los monjes que conozco no suelen viajar con compañía tan singular.

—Sólo queremos postrarnos frente a la Virgen —respondió Évrard, con los ojos centelleantes, antes de que Walter pudiera intervenir.

—¿Y ése también? —replicó el otro, señalando a Hazim con una risotada—. Vamos, padre, buscaos otro lugar donde convertir a estos desgraciados. Aquí ya tenemos nuestros propios ladrones.

—¿Negáis la entrada a un siervo de Dios? —tronó el clérigo, para que todo el mundo los oyera. Se hizo un perceptible círculo a su alrededor, y el guarda enarcó las cejas. No estaba acostumbrado a que los que llamaban a su puerta, pues así consideraba la Porte Guillaume, fueran tan orgullosos. Y menos si traían porquería morisca a cuestas.

—A menos que me demostréis que tenéis asuntos de Dios en Chartres, así es —contestó el guardia, enfrentándose a Walter. Aalis miró a Évrard, nerviosa. El caballero estaba furioso, y su mano se había posado amenazadoramente en la empuñadura de su espada. Las monturas relinchaban, nerviosas. Hazim se apretujaba entre ambos, mientras a sus espaldas crecía el murmullo de la multitud. Aalis se volvió hacia el clérigo, tratando de no fijarse en los rostros macilentos y curiosos que no les quitaban ojo de encima. Walter estaba rebuscando pausadamente en su bolsa. Finalmente sacó un legajo, atado con un hilo de seda roja, del que colgaban varios hilos entretejidos, también de color rojo, que olían a cera vieja. Sin soltarlo, Walter lo extendió frente a los ojos del guardia.

—¿Sabéis a quién pertenecen estos sellos?

El hombre parpadeó, extrañado. Estiró la mano para agarrar el pequeño pedazo de manuscrito, pero Walter lo apartó con firmeza, sin dejar de mostrárselo. El guardia apretó los labios y tragó saliva. A continuación, levantó la mano y las puertas se abrieron a su señal, ruidosas. El gentío emitió un quedo rumor de asombro. Una avenida embarrada, repleta de gente, ascendía hacia la parte alta de Chartres. Sin perder un instante, Évrard tomó a Hazim del jubón y agarró a Aalis por un brazo, arrastrándolos para dejar atrás la Porte Guillaume. Walter Map abrió paso, satisfecho. Afortunadamente, las armas del papa eran conocidas por todos los reinos cristianos. Alejandro III se había resistido un poco; pero el rey Enrique necesitaba protección para su embajador, y cuando el monarca inglés quería algo, ni siquiera la mano derecha de Dios podía negárselo.

—Malditos farsantes. ¿Qué negocio se trae un legado papal con un moro? —farfulló el guardia, para disimular su confusión.

En la hilera de peregrinos, unos ojos entrenados para observar no habían perdido detalle de lo sucedido. Cuatro hombres con un manto oscuro que cubría sus hábitos blancos avanzaron hacia la Porte Guillaume.

Auxerre hizo una señal a L'Archevêque, y éste desmontó frente a la casa de huéspedes. Gauthier y Warin hicieron lo mismo, con gesto adusto el primero y curioso el segundo. El mercader de pieles y su criado los habían conducido hasta allí por las angostas callejuelas que partían de la Porte Saint-Michel, la que más cerca estaba de la catedral y del distrito comercial nacido a su sombra. A pesar de eso, habían tenido que recorrer un largo trecho: desde la rue du Vin, donde los tenderos desplegaban sobre largos tablones cubiertos por toldos que habían sido blancos hacía muchos años cántaros rebosantes de apreciado vino de Beauce, pasando por la rue Percheronne, que aún olía a los magníficos caballos y monturas de carga que los vendedores allí exhibían, hasta llegar por fin al claustro de la catedral, y a las calles adyacentes al templo, que pertenecían a la jurisdicción del obispo de Chartres, y que gracias a su protección se llenaban de comerciantes al llegar las festividades religiosas que celebraban a la Virgen. Aunque aún faltaban varios días para la Septembrina, la gran feria que conmemoraba el nacimiento de Nuestra Señora, la ciudad se engalanaba ajena a los rumores de guerra que desde el norte traían los refugiados. Unos decían que el rey Enrique había arrasado una ciudad entera, quemando a los primogénitos frente a sus padres; otros aseguraban que era el propio rey Luis el que había prendido fuego a las iglesias y las casas de Verneuil. Todo el mundo convenía en que no era bueno para los negocios que los monarcas cristianos combatieran entre sí en lugar de expulsar a los sarracenos de Tierra Santa. Y, al final, se brindaba con vino y se compraban estatuillas de plomo de la Virgen del Velo para rezar por la salvación del país. En suma, la ciudad hervía de vida y muerte.

—Tenemos que deshacernos de estos dos —murmuró Auxerre, de forma que sólo Louis le oyera.

Éste lo miró intrigado y, con una sombra de sonrisa, replicó, en tono igualmente bajo:

—Demonio, *compaign*. Llevamos días con esas sabandijas a rastras ¡y hasta hoy no se te ocurre cortarles el pescuezo! Podríamos haberlo hecho en el bosque, limpiamente, pero no, el señor tiene que esperar a que estemos en la segunda ciudad más importante de Francia.

—Contén tu sed de sangre, Louis —contestó Auxerre con buen humor—. Quería decir que hemos de escabullimos. No podremos pasar desapercibidos por estos lares con ese par al lado.

—Es cierto que Warin no deja a nadie indiferente —concedió Louis.

—Los deja temblando, más bien. ¿Quién soltará la lengua para sincerarse, con esa bestia a nuestro lado? —preguntó el capitán, volviéndose hacia los comerciantes y las gentes que recorrían el claustro. Se los quedó mirando, con expresión frustrada.

Los muros densos de la catedral parecían erigirse entre él y su objetivo fantasma. Recorrió las estatuas talladas en piedra, las expresiones sufrientes y las escenas que representaban a Cristo impartiendo sus enseñanzas. Los justos se arrodillaban frente a Él. De repente, su rostro se iluminó, y se frotó la barba, satisfecho. Se volvió hacia Louis, lo miró significativamente y, volviéndose hacia Gauthier y Warin, anunció:

—Vamos a confesarnos.

Louis permaneció impertérrito, y se limitó a asentir, mientras los otros dos cruzaban una mirada y guardaban silencio. Auxerre se dio la vuelta y, mientras les daba la espalda, añadió:

—Nos veremos en la posada.

Warin de Lonray acarició el borde de su hacha, como si quisiera despertarla.

Cuatro semblantes taciturnos esperaron a que el muchacho que les llevaba el pan, el queso y el vino caliente se marchara. Se encontraban en una de las tantas casas que rodeaban el recinto de la catedral, donde las dueñas se ganaban unos sueldos alimentando a los peregrinos y prestándoles un lugar de reposo ocasional. A pesar de que habían alcanzado por fin la ciudad, el ambiente que pesaba sobre los comensales era de inexplicable desazón, como si no hubieran anticipado que llegaría ese momento. Las animadas conversaciones de los viandantes, acompañadas por el avance regular de las monturas que transitaban por la calle, se colaban por los huecos de las ventanas y, por contraste, el grupo parecía un velatorio. Al final, el caballero Évrard se decidió a romper el incómodo silencio, sirviéndose un vaso de vino, y brindó en voz alta:

—¡Aquí estamos! No creí que el camino fuera tan corto. Por mis veloces compañeros de viaje. —Y después de una ligera vacilación, añadió—: Bien, ¿y adonde pensáis ir desde aquí?

Aalis se contuvo para no mirar al monje. Ella también se había estado haciendo esa misma pregunta desde que cruzaran la Porte Guillaume.

—Dios señalará el camino —repuso Walter, acercándose el queso. Y esbozó una media sonrisa—. O al menos así lo espero.

—Sois discreto como una tumba —replicó Évrard.

—Si no lo fuera, sin duda terminaría sepultado en una.

—Así sea. Pero no me diréis que contáis con un salvoconducto —y bajó la voz para seguir— del papa para viajar por placer.

—Efectivamente —dijo Walter, enfrentando la mirada inquisitiva de Évrard—. No os lo diré.

—Es vuestro derecho —asintió Évrard, sin dar muestras de sentirse molesto por

la imperturbabilidad del monje—. Por mi parte, no me importa deciros que Hazim y yo seguramente seguiremos hacia el norte, quizá Lagny, ¿verdad, chico? —Miró despreocupado a su criado, que le respondió con una señal afirmativa, sin despegar los labios—. La feria fría de enero ya se ha terminado, pero siempre habrá quien nos diga dónde se celebran los torneos que la Iglesia prohíbe y sin los que yo no tendría qué comer.

—Os deseo mucha suerte —dijo impulsivamente Aalis. El caballero Évrard levantó la mirada, sorprendido, y observó el rostro apenado de la joven. Una sombra de turbación pasó por sus ojos, pero se encogió de hombros, como alguien resignado a dejar atrás a gentes y ciudades. No cabía la tristeza en el mundo de Évrard.

—Vuestro discípulo no sigue vuestros pasos, Walter —exclamó jocosamente—. Se atreve a contradecir los edictos papales contra los torneos.

—Es libre de hacerlo, puesto que no soy su maestro, ni sé tampoco en qué lugar detendrá su camino esta noche —dijo Walter, observando a Aalis por primera vez desde que entraran en la posada—. ¿O quizá ni siquiera vos lo sabéis, Sylva?

Al escuchar la cálida voz del clérigo, una oleada de desesperación anegó el ánimo de la muchacha. Allí estaban: cuatro seres que habían compartido días de viaje, cruzado ríos y dormido bajo un mismo techo estrellado, al abrigo del frío y de la soledad. El camino los había unido. Y, sin embargo, pronto se dejarían atrás, y con suerte recordarían sus nombres y poco más. Aalis se dio cuenta de que hacía tiempo que no se sentía desvalida, o en peligro. Sus compañeros, pues no podía llamarlos de otro modo, habían obrado ese milagro, y ahora también a ellos los perdería, igual que todo lo que había abandonado al cruzar las puertas de Sainte-Noire. Walter apenas había mencionado su vaga misión de explorar las bibliotecas catedralicias desde que llegaran a Chartres, y su ceño fruncido cuando Évrard propuso que terminaran la noche tomando unos vasos de vino indicaba que tenía prisa por separarse del caballero y de su criado, y quizá también de Aalis. Por su parte, Hazim no la perdía de vista, y los ojos negros del muchacho, clavados en su blanco rostro, le recordaban que pronto debería decidirse. Pero ¿qué? ¿Cabía escoger entre la soledad absoluta y una huida sin sentido que la alejaría más de lo poco que aún consideraba suyo? Se mordió el labio inferior, tragándose la pena que afloraba a su garganta, y musitó:

—Tenéis razón, Walter. Ni yo sé adonde ir. —Se irguió en la silla, orgullosamente, y añadió—: Pero algo encontraré.

—No lo dudo, sobre todo si me acompañáis —replicó Walter, levantándose. Aalis lo miró, confusa—. ¿O preferís dar con vuestros huesos sanos en el hospital de San Juan de Dios, donde acogen a los leprosos y otras desgraciadas criaturas del Señor? Vamos, Sylva. —Aunque su expresión era de indiferencia, los ojos bondadosos de Walter brillaban, comprensivos—. No puedo aseguraros qué pasará mañana, pero hoy nos procuraremos un catre aunque sea a los pies del Portal Real.

—Jamás he visto un portal real —atinó a responder Aalis.

—Pues no perdamos tiempo —dijo el clérigo. A continuación extendió la mano

hacia el caballero Évrard, que la tomó solemnemente. Hazim contemplaba la escena con angustia, y se acercó subrepticamente a Aalis. El árabe se inclinó al oído de la muchacha y murmuró unas palabras apresuradas, mientras Évrard seguía despidiéndose de Walter. Aalis asintió, y una ancha sonrisa se extendió por la cara del mozo.

Cuando Walter y Aalis dejaron atrás la posada, y se adentraron en la calle, la noche de Chartres los acogió con toda suerte de ruidos y olores: un riachuelo de aguas embarradas se deslizaba hacia la Basse Ville, y los perros husmeaban los restos de hortalizas y la sangre de las matanzas que se escurría también hacia abajo. Tendidos a varios pies por encima de sus cabezas, en cuerdas atadas de parte a parte de las casas, pendían camisas y manteles recién lavados que las matronas ponían a secar. Empezaba a anochecer. Erguida en el centro de la ciudad, la catedral y sus dos torres que apuntaban hacia el cielo lo dominaban todo.

—Creí que esta noche nos despediríamos —dijo Aalis, cuando hubieron recorrido un trecho.

—Eso pensé. Tenéis mala memoria para ser tan joven.

—¿Qué queréis decir?

—No me olvido de que en el bosque de Mortaigne me libré de un mal trago gracias a vos. ¿Me creéis capaz de olvidar eso? No pensaba irme sin estar seguro de que os dejaba a salvo —rezongó Walter—. A veces no sé de dónde habéis salido, Sylva. No he conocido nunca a un monje tan extraño. Y puedo aseguraros que he visto unos cuantos.

—¿En la corte? —preguntó Aalis, apresuradamente, evitando responder a la pregunta implícita en las palabras de Walter.

Éste asintió.

—Sí, allí y en otros lugares. Castillos cuyas paredes están cubiertas de rico terciopelo, y palacios con escalones de mármol tan blanco que el rostro de uno se refleja en el suelo. —Aalis bebía sus palabras, admirada. El clérigo la miró de reojo, y no pudo evitar sonreír—. Pero pronto veréis una maravilla digna de un rey, Sylva.

—¿Cuál? —inquirió la joven.

Walter Map señaló hacia adelante. Frente a ellos, resplandecían las antorchas que mantenían la entrada de la catedral de Nuestra Señora de Chartres iluminada a todas horas, aun cuando los rayos del sol ya se habían retirado. El Portal Real emergía en el centro de los tres enormes pórticos esculpidos que, impresionantes, abrían sus oscuras bocas para acoger a los fieles. Las figuras alargadas que vestían sus columnas surgían de la piedra con brazos, manos y facciones apacibles: sabios venerables sosteniendo anchos manuscritos entre sus interminables ropajes. En el tímpano central, Cristo en su trono estaba rodeado de hombre, águila, león y toro, y a sus pies los apóstoles difundían la Palabra. La piedra, cálida gracias a las llamas del fuego que iluminaba la escalera, cobraba vida frente a Aalis. De nuevo desde que saliera de su hogar, tenía que plegarse ante una belleza como jamás había podido imaginar. Con torres más

altas que las blancas columnas del monasterio de Mont-Froid, la construcción que Walter señalaba como si le estuviera ofreciendo un regalo (y en verdad así era) prometía la salvación del pecado a quienquiera que cruzara los altos portones ornamentados con cobre. Las lágrimas nublaron su vista, emocionada por la historia que contaban las estatuas mudas del Portal Real, y ansiosa por conocer los otros mil significados que encerraban las efigies que no eran del Señor ni de la Virgen. Un grupo de estatuas parecía inclinado hacia el conocimiento, en otro aparecían signos del zodiaco. Hasta los rostros contorsionados de los condenados rezumaban vida. Brillantes los ojos, Aalis se volvió hacia el clérigo.

—¡Es lo más hermoso que he visto nunca! Tenéis razón. Es el palacio de un rey.

Walter se limitó a asentir, benévolo. No podía compartir la despreocupada admiración de Sylva: conocía demasiado bien la realidad de los reinos del Cielo y la Tierra como para olvidarlos y abandonarse a la contemplación extática de la pura belleza de un templo erigido por la voluntad del hombre para la gloria de Dios. Sin embargo, envidiaba esa misma inocencia que alguna vez también él debió de compartir. Observando la faz emocionada de Sylva, tuvo que admitir para sus adentros que una de las razones que lo había impulsado a llevarlo a la catedral era mostrarle esas bellezas, revivir de nuevo esa cálida oleada de felicidad que invade al ser humano cuando está frente a una obra divina, y se siente divino a su vez por la gracia de la contemplación.

Aalis se volvió de nuevo, y se acercó a las esculturas, con el corazón latiéndole en el pecho. No podía dejar de admirar los delicados pliegues de las ropas de los ángeles, la beatitud de la propia Virgen en su trono. La paz que impregnaba toda la obra era tal que deseó arrodillarse para rezar y dejarse arropar por la majestad del Cielo allí representado. Extendió una mano, anhelante.

—Entremos —dijo el clérigo a sus espaldas—. De noche, ni las calles adyacentes a la catedral son seguras.

Sin esperar la respuesta de Aalis, subió la escalera y cruzó las puertas de la catedral. La joven se mordió el labio inferior para disimular su exultante alegría; se le hacía que si atravesaba las puertas de la casa de Dios en la Tierra con una ancha sonrisa de satisfacción, los severos custodios del templo la reconvendrían, y lo último que quería era atraer la atención. No sabía por cuánto tiempo gozaría de la protección de Walter, pero cada momento era un tesoro que no estaba dispuesta a desperdiciar. Temblando de frío y de anticipación, dejó que el olor a incienso la envolviera. Bajo los inmensos arcos del templo, sus ojos hambrientos recorrieron las intrincadas vidrieras que pintaban de colores la oscuridad de la nave. Abrió la boca para decir algo, pero no tuvo tiempo. Una voz a sus espaldas tronó:

—¡Deteneos!

Instintivamente, Aalis se agarró al brazo de Walter y bajó la cabeza, sin moverse. El clérigo respondió a su vez con una presión tranquilizadora, e inclinó la cabeza para saludar al recién llegado. Éste tendió una mano blanca como la nieve, en la que

relucía un soberbio anillo incrustado de rubíes. Walter se inclinó para besarlo.

—Excelencia.

—Efectivamente, mis ojos no me han engañado. —Éstos los miraban protegidos por pesados párpados y largas pestañas, enmarcados por un rostro de piel sonrosada y clara. Los labios se fruncían en una expresión de bienvenida, no sin una sombra de extrañeza—. Sois maese Walter Map y, si no recuerdo mal, la última que nos vimos...

—Acababais de lanzar un interdicto contra el reino de Inglaterra —repuso Walter con voz átona.

—Así es. —Guillermo de Champagne observó gravemente a su interlocutor y, sin dejar de asentir con la cabeza, añadió—: Bien es cierto que vuestro monarca había ordenado la muerte de un hombre santo a sangre fría.

—Enrique cumplió con su penitencia —replicó Walter, sosteniendo la mirada del otro—. Y es mi convencimiento que cada día purga su pecado en las desgracias que le sobrevienen.

—Ah, sí. Esa familia tan singular, esos vástagos siempre airados —contestó, complacido por la respuesta, el de Champagne—. Dicen que jamás habrá paz en esa progenie.

—Todos pugnamos porque no se cumplan esos malos augurios.

—Loado sea Dios. Decidme, ¿qué os trae por estas tierras tan poco normandas, maese Walter? —preguntó Guillermo, clavando sus pupilas en el clérigo.

—Mi señor me ha encargado la recopilación de los manuscritos más preciados de la cristiandad —replicó Walter impertérrito.

Sin inmutarse, Guillermo de Champagne hizo una leve seña, y de las sombras surgieron un fraile y dos soldados con las armas de su dueño, azul con una banda de plata y dos cotas de oro entrecruzadas, que se acercaron al grupo. En la oscuridad de la catedral, alumbrada por la luz frágil de lámparas de aceite y llamas quebradizas, la plata que cruzaba sus pechos relucía amenazadora. Aalis se persignó y sus labios empezaron a formular una silente oración. La expresión de Guillermo se suavizó y, señalando a la joven, dijo:

—Vuestro compañero de viaje no está tan avezado como vos y yo a la dura vida de los hombres de Iglesia. Será mejor que lo dejemos a cargo de uno de mis canónigos mientras conversamos.

Walter se dio la vuelta y en voz baja susurró:

—No os preocupéis. Aquí no tenéis nada que temer. ¿Me comprendéis?

Aalis asintió vigorosamente, y un fraile de la catedral dio un paso hacia ella para indicarle que lo siguiera. Así lo hizo; para su alivio, los dos soldados se quedaron atrás. Cuando el fraile y Aalis hubieron desaparecido tras las inmensas columnas que ascendían hasta el cielo de piedra, Guillermo se inclinó hacia Walter y preguntó:

—Decidme, maese, ¿es que me tomáis por un imbécil?

—¿Queréis decir que os dejó con la palabra en la boca? —exclamó L'Archevêque, escandalizado, mientras servía otra ronda de vino entre los que estaban sentados a la mesa—. Pero, buen hombre, ¿sois el guardián de la paz de esta ciudad! No queda respeto por nada ni nadie —terminó, agitando la cabeza.

—Lo sé, lo sé —asintió su interlocutor, mostrando las gruesas llaves de hierro con las que cerraba cada noche la Porte Guillaume—. Así es la vida. Hoy vale más un sello de cera que el buen juicio de un hombre sensato y cabal.

No cabía duda de que se refería a sí mismo. Louis sonrió por lo bajo, mientras Auxerre se inclinaba hacia el guardián y replicaba, con el rostro encendido por el vino:

—Bah, seguro que os pagaron bien. Lo que pasa es que no queréis contárnoslo, porque sino tendréis que pagar esta ronda, ¿no es así? —Fijó sus oscuros ojos en el otro, mientras esbozaba una mueca de complicidad.

—¡Os juro que no me han pagado ni un céntimo! —El hombre negó repetidamente con la cabeza, desconsolado—. Sencillamente, ese estúpido clérigo se limitó a agitar su maldito sello papal frente a mis narices y tuve que dejarlo pasar. — Louis y Auxerre acogieron la revelación con bocas abiertas y profusión de exclamaciones admiradas. El guardián, animado, prosiguió, en voz más baja—: Dios sabe qué asuntos tendrá ese sacerdote entre manos: viajaba con un moro, un monje más joven y un mercenario que los protegía.

—Curioso séquito, ciertamente —convino Louis, desdeñoso. Auxerre sólo tenía oídos para el parloteo del vigilante. Éste soltó una risotada y le dio un codazo al capitán.

—Si no fuera porque soy buen cristiano, diría que ese monje tiene muchos pecados de los que responder ante su papa. —Guiñó un ojo y añadió—: El moro tenía ojos de hurí, oscuros como la noche, y el otro chicuelo, la piel blanca y labios brillantes. No sé si me entendéis...

—Os explicáis con claridad meridiana —replicó Auxerre, en tono acerado.

—Sois un orador dotado, maese Guibert —añadió Louis, elevando obsequiosamente su copa para brindar. Intercambió una mirada de advertencia hacia su compañero, y prosiguió—: Pero sin duda no habrá muchos lugares que acojan este desfile de iniquidades, en esta santa ciudad.

El guardián se rascó la cabeza, dubitativo.

—Bueno, las posadas siempre tienen puertas abiertas para los extranjeros. Y luego también hay matronas que alquilan habitaciones sueltas, aunque no a los viajeros con montura. —De repente, se dio un golpe en la frente, y exclamó, con amargura—: Esos visitantes no necesitarán alquilar techo, amigos. Ese sello, sea falso o verdadero, les garantiza un camastro a expensas de la diócesis.

—¡Escandaloso! —profirió Louis—. Así que ese monje fornicador y sus donceles dormirán...

—Bajo la protección del obispo de Chartres —terminó el guardián—. En la

catedral, en algún lugar del claustro.

Se hizo un súbito silencio, aún más obvio a causa del griterío del resto de grupos que ocupaban aquella noche la taberna Viento del Norte. Louis y Auxerre nada hicieron por disipar la inquietud que se abrió paso en la nublada mente del otro. El guardián carraspeó, incómodo, y se levantó lo más dignamente que pudo, tambaleándose notablemente a causa del vino ingerido.

—Gracias por la compañía. Ahora debo regresar a mi puesto.

—¡Ha sido un honor! Escasean los hombres como vos.

Louis se irguió como un resorte y tomó la mano de Guibert, estrechándola con fuerza. El guardián inclinó la cabeza, echó un vistazo a Auxerre y salió dando tumbos por la puerta. Cuando hubo desaparecido, las facciones de los dos hombres mudaron como por ensalmo. Louis puso una mano sobre el hombro de Auxerre.

—Falta poco, *compaign*.

El capitán asintió en silencio. Cuando levantó el rostro, una mirada endiablada saludó a Louis.

—Gracias a Dios que hemos encontrado a ese idiota. Si hubiéramos tenido que recorrer todas las tabernas de esta ciudad, la mañana nos hubiera encontrado con los intestinos abiertos en algún rincón.

—Habla por ti —replicó Louis—. Mi gaznate puede con todo el vino de este país.

—No es eso. —Auxerre se encaminó hacia la salida—. Digo que las borracheras en tabernas desconocidas suelen terminar en pelea.

Un gigante de pelo rubio se interpuso entre el capitán y el aire fresco de la noche chartrense. Un solo ojo azul observó a los dos amigos.

—¿Os habéis perdido? —tronó la voz burlona de Warin—. La última vez que hablamos andabais desesperados por encontrar un confesionario.

—Es sólo una parada en el camino —informó Auxerre, sin dilación—. De hecho íbamos hacia la catedral, si queréis sumaros a nuestra partida.

—¿Qué dices? —susurró Louis.

—Más vale que lo llevemos pegado a la manga en lugar de a diez pasos de nuestros talones, ¿no te parece? —replicó Auxerre en voz igualmente baja—. Este mastín no nos dejará ni a sol ni a sombra.

—¿A estas horas? —preguntó insidiosamente Warin—. Curioso momento para visitar una iglesia.

—Cualquier hora es buena, hermano Warin —replicó alegremente L'Archevêque—. Cualquier hora es buena.

Auxerre se ciñó la espada y salió de la taberna en dos zancadas, seguido por Louis. El taciturno germano los imitó.

La cripta era inmensa, como atestiguaban los anchos pasadizos que se bifurcaban en incontables arcos. A partir de la estructura romana, que a su vez se edificó sobre un

templo galo, los encargados de dotar a Chartres de un lugar de culto digno de la ciudad habían creado una intrincada red de salas que respondían a distintas funciones: la galería sur, nombrada la de San Juan Bautista, acogía naturalmente el baptisterio, y la de San Lupino era favorita entre los fieles que rendían veneración al obispo que un día, durante la misa, había recogido una lluvia de piedras preciosas en su cáliz. Pero sin lugar a dudas el lugar más frecuentado era la iglesia baja de San Fulberto, que rodeaba las criptas antiguas con alargadas galerías en forma de U, proporcionaba un techo a los peregrinos y hacía las veces de espacio procesional para éstos. No era ajeno a su popularidad el hecho de que sus paredes acogiesen la efigie de Nuestra Señora de Bajo Tierra en su trono de madera oscura, frente a la cual los penitentes se arrodillaban y rezaban por su salvación. Se decía que el aire gélido que soplaba por los pasillos y corredores helaba la sangre de los culpables pero refrescaba la frente de los inocentes, y que el beso de la Virgen flotaba en esas brisas, en busca de estos últimos.

Raoul ignoraba si había sido besado o no por la Virgen, pero su frente ardía. Los días se habían encadenado a las noches mientras atravesaba tierra, río y murallas, hasta alcanzar la ciudad. Por primera vez en mucho tiempo, dudaba, y la incertidumbre siempre corroía su espíritu. Había seguido los pasos de Aalis; en las ramas rotas y en las hogueras muertas creía descubrir sus huellas. Cuando se echaba para descansar, los ruidos nocturnos de la Naturaleza susurraban el nombre de la fugitiva, y al levantarse por la mañana éste quedaba en sus labios. Todo lo había llevado hasta Chartres, como si una fuerza más allá de su voluntad lo empujase a aquel lugar. Sin embargo, una parte de él temía equivocarse, haber arrojado toda su vida al mismo río que había cruzado días atrás. Odiaba su propio miedo, despreciaba la debilidad que se instalaba, cómoda, en sus entrañas. Unos días antes, saludaba al mundo satisfecho y confiando lograr lo que se propusiera, igual que había dejado atrás toda una vida dedicada a Dios. Ahora, después de las largas horas de soledad, en esa ausencia de compañía que sólo los eremitas conocían bien, no cesaba de dar vueltas a lo que había sucedido en esos últimos días, y ya nada parecía inmutable ni seguro. Ni siquiera lo que sentía cuando pensaba en Aalis; hasta el nombre de ese sentimiento había perdido por el camino. Levantó la vista, desesperado, buscando en el rostro de la Virgen una respuesta, como todos los que allí acudían. Quizá la mañana traería la paz; era el último consuelo que le quedaba. Raoul avanzó arrodillado hasta besar el borde de piedra del pedestal que acogía a Nuestra Señora.

El canónigo se impacientaba. Aalis murmuró una disculpa y apretó el paso. Avanzaban por el centro de la nave. No era culpa suya si cada una de las bóvedas descubría un nuevo tesoro por admirar, una vidriera teñida de rojo, verde y amarillo, o el manto de la Virgen pintado de un azul tan deslumbrante que el cielo palidecía a su lado. Las figuras representadas en los ventanales capturaban su mirada y no podía

dejar de contemplarlas, fascinada. Imágenes que quedarían fijadas para siempre en los marcos de piedra y en el plomo que unía las delicadas piezas de vidrio, e igualmente conservadas en su memoria. De nuevo se detuvo al percibir una pintura de forma circular que se extendía por todo el suelo de piedra. Como una larga serpiente plegada sobre sí misma, el motivo en el interior de la figura giraba interminablemente. Cada uno de los vericuetos era estrecho, con el espacio justo para que un hombre adulto avanzara por ellos. Aalis ralentizó la marcha y se inclinó para estudiar el dibujo.

—¿Queréis daros prisa? —exclamó el canónigo—. No tengo toda la noche.

—Os ruego me perdonéis —dijo Aalis. Y sin dejar de mirar al suelo, añadió, señalando con el índice—: Es que jamás había visto algo así.

—¿Jamás habéis visto un laberinto? —preguntó el otro, extrañado.

Aalis enrojeció, y balbuceó rápidamente:

—No es costumbre en las iglesias de donde yo procedo. ¿Un laberinto, decís?

—Efectivamente. —El canónigo suspiró al ver que no le quedaba más remedio que satisfacer la devoradora curiosidad del joven—. Nuestros peregrinos más pobres, los que jamás podrán hacer el viaje a Jerusalén o a Santiago, suelen venir aquí para recorrerlo hasta que llegan al centro, y hallan a Dios. Algunos andan, otros se arrastran de rodillas. Depende de lo negras que sean sus almas. Al nuestro lo llaman «la Legua», porque se tarda lo mismo en completarlo que en andar una legua. —Se encogió de hombros. Aalis seguía clavada en el suelo de la nave, como si no hubiera oído las palabras del canónigo, o quizá éstas la habían llevado a otro lugar. El otro chasqueó la lengua, y dijo—: Escuchad, tengo que ir a la capilla. Quedaos en la nave cuanto deseéis, y cuando queráis dormir, la puerta del fondo os llevará al dormitorio de los peregrinos. Allí no faltan camastros y mantas para pasar la noche.

Aalis asintió mecánicamente, como si su cuello se moviera al margen de su voluntad. Sus ojos estaban cegados por la luz transformada de las vidrieras, y su cuerpo cansado se rendía bajo el firmamento de piedra y de antorchas que se erguía sobre su cabeza. Vagamente se dio cuenta de que se había quedado sola, cuando el último de los rápidos pasos del canónigo se apagó en el silencio de la nave. El silbido del aire entre los troncos de piedra era su única compañía. Examinó su alma: quizá no tenía nada que expiar, pero se sentía una peregrina, como el que busca en el destino de su viaje borrar todo mal y purificarse, hacer las paces con el Ser Supremo y por ende consigo mismo. La única diferencia era que los peregrinos regresaban a sus lugares de partida regocijados y felices; y ella no tenía intención de volver a pisar Sainte-Noire. Inspiró el aire frío del recinto. Por fin disponía de unos preciados momentos a solas, una pequeña paz otorgada por el azar para reflexionar sobre su situación. Tenía que decidirse: Walter no siempre estaría a su lado, como el padre que tanto echaba de menos, para indicarle el camino y orientarla. Hazim no la había dejado ir sin antes hacerle prometer entre susurros que se reunirían al día siguiente, al amanecer. No tuvo necesidad de recordarle su amenaza. Juntó las manos, angustiada.

Había tratado de no pensar en eso; su disfraz era tan cómodo, y la revestía de una libertad tan inimaginable, que a ratos lo olvidaba. Pero la propuesta del muchacho árabe no hacía más que recordarle que su ardid era mucho más que una simple superchería: si la descubrían, terminaría encarcelada o, peor, de vuelta al horrendo punto de partida del que había huido. «Si no fuera —musitó—, si no fuera por los que habían quedado atrás». Por mucho que se esforzara, cuando cerraba los párpados, en su mente, que guardaba como un manuscrito interminable todos los recuerdos de los últimos días, el pasado se liberaba una y otra vez. Era insoportable cuando, como ahora, el torrente de voces y rostros la acechaba a voluntad, sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. El dolor venía de la mano de muchas caras, pero el más agudo procedía de una que conocía bien. Una voz malévola susurraba en su cabeza que el capitán jamás vendría, que poco le importaba si vivía o moría. Un coro de serpientes silbaba que era una estúpida por pensar en eso; y, finalmente, el semblante callado pero lleno de reproches de Auxerre surgía ante los ojos de su mente. No veía todos sus rasgos como si lo tuviera delante, apenas los suficientes para probar la amargura de que no fuera así. Agitó la cabeza, maldijo su suerte.

Miró hacia abajo y buscó el principio del círculo. Llegaría hasta el final. Cada prueba que superaba le demostraba que nada era imposible, que únicamente su voluntad había de ser el timón de su vida, o que ésta se convertiría en una nave conducida por otros, a merced de los temporales. En la casa de Dios, se arrodilló para encontrar la respuesta de su laberinto.

Capítulo doce

— **A**sí que decidme, Walter —repitió Guillermo de Champagne—. Decidme qué habéis venido a hacer en mi diócesis.

—Sin duda, sabéis que el rey Enrique está acuciado por muchos problemas —respondió cautamente Walter—. Yo sólo estoy aquí para buscar soluciones.

El arzobispo de Sens y obispo de Chartres se dio la vuelta para ponderar la respuesta de Walter Map. A sus espaldas, un hermoso tapiz bordado representaba el Jardín del Edén. El escritorio del prelado estaba cubierto de cartas y mensajes, repletos de finas y apretadas letras. En un recipiente, la tinta empleada para redactar donaciones y resolver disputas brillaba, al lado de una pluma de ganso. El clérigo inglés no ignoraba que desde el despacho de Guillermo de Champagne partían misivas dirigidas al papa y a los obispos ingleses que sin duda perjudicaban al rey Enrique. Pero Walter tampoco olvidaba que el arzobispo había sido uno de los grandes defensores de la reconciliación entre Beckett y Enrique, en contra de los que preferían una ruptura total, y para ellos provechosa, entre el rey inglés y la Iglesia católica. La muerte de Beckett había sido un duro golpe para un hombre que estaba comprometido con la paz, y que había respetado la palabra de Enrique de que el arzobispo rebelde no sufriría ningún daño. Walter no estaba orgulloso de muchos de los actos de su rey, pero le debía lealtad. Sólo esperaba que ésta no le costara la vida. Guillermo de Champagne habló por fin:

—El principal problema de Enrique, y vos lo sabéis bien, es Enrique.

—Difícil será entonces hallarle solución, excelencia.

—Y en cuanto a las rebeliones de su ingrata descendencia, tampoco veo qué milagros podéis obrar vos que Dios no tenga ya en preparación —prosiguió el arzobispo. Al ver la singular expresión de Walter, añadió benévolutamente—: Oh, sí, nada me impide ver que es un acto contrario a la Naturaleza que los hijos traten de arrancarle la corona al padre, aunque éste se haya ganado un asiento en los infiernos. Pero al fin y al cabo, los muchachos crecen y se hacen hombres, y si son cachorros de rey, alimentan ansias de poder y codician el cetro del patriarca. Qué mala suerte para Enrique no haber nacido lechero. —Juntó las puntas de los dedos en un gesto de interrogación—. Sigo sin ver en qué podéis alterar esta triste situación visitando estas tierras.

Walter estudió al prelado durante un momento, y se decidió. Al fin y al cabo, de

una forma u otra estaba en sus manos.

—Excelencia, el rey Enrique confía en la fidelidad de sus servidores en el continente. Sin embargo, circunstancias como las presentes pueden cambiar el signo del viento, y éste mueve las velas más firmes. El rey me ha encargado encarecidamente que transmita sus mejores deseos a varios de sus vasallos y amigos con la mayor celeridad.

—En resumen: que corráis de puerta en puerta en busca de ayuda —zanjó el arzobispo, casi divertido—. Desde luego ese hombre tiene agallas. Y decidme, ¿habéis tenido éxito, maese Walter? ¿Vuestras súplicas han sido escuchadas?

—Si la respuesta fuera afirmativa, dos ejércitos no se estarían enfrentando al norte de esta ciudad —replicó Walter, abatido.

—Y Verneuil seguiría en pie. Dios acoja esas almas en su seno —murmuró Guillermo, recordando apenado la desgraciada masacre que el propio rey de Francia había perpetrado contra una ciudad en rebeldía—. Así que habéis fracasado.

—Todos reclaman dinero, excelencia —dijo el clérigo, apenas controlando su indignación—. Y yo sólo tengo palabras, algunas buenas intenciones y unas pocas tierras con las que negociar.

—Magras piezas os ha dado vuestro monarca —respondió el arzobispo fríamente—. Debería haber sido más generoso.

—Quizá pensó que nadie lucharía bajo la bandera de unos hijos renegados —espetó Walter—. En lugar de eso, todos los señores de Francia han seguido gozosos al santo rey Luis. ¿Quién puede negarse a luchar con tan valiente compañía?

Cuando levantó la vista hacia el rostro del arzobispo, comprendió que se había excedido. Después de todo, la actual esposa del rey era hermana de Guillermo, y aunque era muy comentada la falta de destreza militar del monarca francés, en parte gracias a las despreciativas chanzas propagadas por la propia reina Leonor durante su primer matrimonio con él, burlarse de ello no había sido un movimiento hábil. Transcurrieron unos instantes antes de que Guillermo de Champagne retomara la palabra.

—Podría entregaros al rey esta misma noche. —El arzobispo dejó pasar un suspiro antes de seguir—: Y vuestro amo no es santo de mi devoción. Pero eso no es motivo para permitir que dos grandes reinos se enfrenten, y perezcan inocentes. No tenéis una misión envidiable, maese Walter. Seguid con ella lo mejor que sepáis.

—Su excelencia es un hombre misericordioso. —El clérigo se inclinó y se dio la vuelta para dirigirse a la puerta.

—Esperad.

La orden resonó en el despacho como un látigo. Walter Map se detuvo y miró al arzobispo de Sens. La blanca mano del prelado estaba extendida, y el clérigo murmuró una disculpa, acercándose para el besamanos. Entonces, Guillermo añadió:

—Deberíais visitar a mi hermano. Estoy seguro de que tendréis mucho de que hablar.

—¿Excelencia? —preguntó Walter.

El arzobispo chasqueó la lengua y señaló la salida. Los dos guardias que esperaban en el exterior entraron en la estancia, como si supieran que todo había terminado. El inglés los siguió, sumido en una mezcla de esperanza e incredulidad. Cuando se hubo cerrado la puerta y Guillermo de Champagne estuvo seguro de que nadie lo observaba, se situó frente al tapiz de brillantes colores que adornaba la pared de la sala y dijo:

—Podéis salir.

Los ojos azules de un anciano cuya piel era morena como la de un árabe contemplaron al arzobispo con satisfacción.

Auxerre empujó la pesada puerta del Portal Real. Tras él, L'Archevêque y Warin se adentraron en la apacible oscuridad de la catedral. Las pesadas botas y las espadas colgadas del cinto de los tres soldados rompían la calma que inundaba el recinto. Auxerre tomó una de las antorchas suspendidas en una columna para alumbrar el camino.

—Es extraño que nadie nos haya impedido el paso —rezongó Warin—. No me gusta.

—Los peregrinos han invadido la ciudad por la Septembrina —apuntó Louis—. Quizá los canónigos andan demasiado atareados como para llevar la cuenta de los que entran en la catedral.

—No tardarán en descubrirnos si seguís charlando por los codos —les hizo callar Auxerre—. Vamos hacia los laterales, Louis. Miraremos dentro de las capillas. Warin, tú sigue por el centro.

—No —dijo Warin, plantándose cuan alto era—. No pienso separarme de vosotros hasta que regresemos a la posada.

—Tendrías que habernos prevenido de que necesitabas una ama —soltó Auxerre, sin inmutarse—. Lo único que me faltaba era un bárbaro que tiene miedo a la oscuridad.

—Sabes perfectamente que no me fío de vuestros pellejos traidores.

—Qué lástima —intervino Louis—. Nosotros que tanto confiamos en ti.

—¡Callad! —susurró Auxerre—. Hay alguien ahí delante.

Los tres se detuvieron como si les hubiera alcanzado un rayo. Efectivamente, había una figura inclinada en la parte más cercana al altar, que resplandecía cubierto de una rica tela de terciopelo laboriosamente bordada con oro y gemas, sin duda una donación de los ricos patronos de Chartres. El tejido pardo y sencillo que vestía el penitente contrastaba con la magnificencia de lo que los rodeaba. El ovillo humano se movía imperceptiblemente, avanzando de rodillas y en círculo hacia un punto indeterminado, que sólo él podía ver.

—¡Santa Madre de Dios! —murmuró L'Archevêque—. ¿Qué hace ese

desgraciado?

El único sonido que interrumpía la noche era el roce áspero de las rodillas recubiertas de tela contra la piedra del pavimento de la nave. Auxerre avanzó vacilante hacia el fraile, con la antorcha en ristre. Los otros dos se quedaron atrás, inmóviles. Cuando estuvo frente al joven, se inclinó hacia él y dijo respetuosamente:

—Hermano, disculpadme.

La figura encapuchada levantó el rostro como si lo hubieran despertado de un sueño profundo, y cuando vio al soldado se llevó las manos a la cara. Auxerre exclamó:

—¡Dios mío! —Y bajó al instante la antorcha, sumiendo el corredor en la penumbra.

—¿Qué sucede? —preguntó Warin, dando un paso hacia adelante.

—Detente —ordenó Auxerre. Señaló al fraile que seguía arrodillado y, con los labios, formuló la terrible palabra—: Lepra.

Warin miró con repugnancia al infortunado, que temblaba de pavor. A pesar de su ojo tuerto, de sus mil cicatrices y de las heridas que estaba acostumbrado a causar en combate con su hacha, la podredumbre blanca que se cebaba misteriosamente en la carne sana le producía la misma repulsión irreprimible que a los demás hombres. Dio varios pasos hacia atrás, en dirección al portal, a trompicones.

—Montaré guardia en la entrada —afirmó presuroso, con el ojo aún fijo en el fraile encorvado y sus sandalias de cordero, por las que le asomaban las plantas de los pies. En lugar de dedos y uñas tendría muñones; Warin sintió náuseas. Rápidamente se volvió y, a los pocos instantes, respiraba el aire helado de la noche de Chartres. Escupió para limpiar su boca de los humores viciados que sin duda habría respirado. ¿A quién se le ocurría dejar entrar a un apestado en el recinto sacro?

—¿Un leproso? —preguntó Louis, incrédulo—. ¿En medio de la catedral?

Auxerre se dirigió hacia su amigo y le entregó la antorcha.

—Vigílalo. No dejes que vuelva a entrar —dijo, sin más explicaciones.

L'Archevêque se quedó mirando de hito en hito al capitán, hasta que un velo de comprensión iluminó su rostro. Su boca empezó a dibujar una sonrisa de asombro, pero Auxerre le advirtió, taciturno:

—Aún no es tiempo de alegrarse, *campaign*. Hay mucho que hacer.

Mientras Louis se dirigía presuroso a la puerta, Auxerre volvió al lado de Aalis. El terror que el cuerpo de la joven expresaba no era fingido: en cuanto había oído la fría voz de Warin de Lonray retumbando en el espacio sagrado, pensó que todo estaba perdido. Estaba agotada tras pasar toda la noche arrastrando sus dudas por el suelo de la iglesia, pero a pesar de su aturdimiento y del cansancio, no acertaba a entender qué hacía Auxerre acompañado del germano. Y, sin embargo, el propio capitán había alejado el peligro y ahora tomaba su brazo para ayudarla a incorporarse. Ambos

pisaban el centro del laberinto, la cruz que era la recompensa del peregrino.

—Es la segunda vez que me encuentras —murmuró Aalis.

—Te prometo que no habrá una tercera vez —dijo entre dientes Auxerre mientras levantaba el frágil cuerpo en sus brazos.

Cruzó el altar a grandes zancadas y empujó con el hombro la puerta que conducía a las criptas. Los anchos pasillos por los que ululaba la fría corriente estaban desiertos, y las antorchas escaseaban; sólo había una cada cuarenta pasos. A lado y lado surgía algún rumor en alguno de los arcos ocupados por los inquilinos ocasionales de la espaciosa catedral: las toses de un peregrino enfermo, el quejido de otro herido, y los ronquidos de un tercero. Auxerre seguía avanzando casi a ciegas, en busca de una cripta en donde ocultarse. Y tan lejos de Warin de Lonray como fuera posible, se dijo. Por fin, al torcer por un recodo fue a dar con un rincón singularmente silencioso que había quedado vacío. En cuanto dio dos pasos al frente, Auxerre supo por qué: la estatua de Nuestra Señora lo observaba desde las sombras. Maldijo para sus adentros. El lugar de reposo de la Virgen no era el mejor escondite para un par de fugitivos, pues los frailes aparecerían por allí al amanecer, pero no le quedaba más remedio. Los brazos empezaban a pesarle, y temía que Aalis estuviera demasiado débil para andar. Desde hacía varios minutos, apenas podía oír su respiración. La depositó lentamente en el suelo, y cubrió sus pies helados con su capa. Al fondo de la sala, un gorgoteo rítmico le hizo aguzar el oído. Se acercó al origen del ruido, y comprobó que la sala también contaba con un pozo. En el borde, un gran cuenco de barro atado con una soga indicaba que estaba en uso. No era desacostumbrado que los templos tuvieran su propia fuente de agua, pero resultaba extraño que no estuviera en el jardín del claustro, o en medio de la plaza que la catedral presidía. Auxerre encogió de hombros y volvió al lado de la joven. Aalis abrió los ojos y tendió su mano hacia el hombro del capitán. Auxerre no esperó más para besarla. El silencio en la cripta duró unos preciosos instantes.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Aalis, al fin.

—Por ti —repuso Auxerre en voz baja—. ¿Es que no lo sabes?

Aalis buscaba en los ojos del hombre que estaba arrodillado frente a ella. La presencia del capitán inyectaba una energía prodigiosa en su cuerpo aterido de frío, como los cálidos rayos del sol cuidan de la planta helada. Sólo quería saber si podía abandonar por fin el miedo permanente que atenazaba su garganta. Repitió:

—¿A qué has venido? ¿Por qué estaba contigo ese animal?

—Olvídate de él —ordenó el capitán, preocupado. Lo cierto es que no estaría tranquilo hasta cruzar las murallas de Chartres con Aalis a su lado. Pero eso no importaba ahora, aún no—. Me las arreglaré para que no te descubra. Al fin y al cabo —añadió con una sombra de melancolía, apartando con la punta de sus yemas la capucha del hábito y descubriendo las mechadas de pelo oscuro que volvían a crecer alrededor del blanco rostro—, tú has sabido esconderte bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, a la defensiva. Recordó a Walter y se

inquietó. Tendría que encontrarlo para decirle que no le había sucedido nada.

—Sé que has recorrido el camino hasta Chartres en compañía de un grupo. Me alegro de que no estuvieras sola —dijo simplemente Auxerre.

—Estaba sola cuando me fui de Sainte-Noire —replicó Aalis, sin disimular su amargura—. Sin nadie a quien recurrir.

—No digas eso —pidió Auxerre con pena.

—¡Es la verdad! —La muchacha indefensa que había emprendido la huida se había transformado durante el camino. Auxerre tenía delante a una mujer valiente y sin temor a hablar; después de todo, el capitán tenía que admitir que las palabras que desgranaba no eran sino el reflejo de los reproches que él mismo se había repetido durante todo el viaje. En sus labios eran aún más dolorosos, y Aalis proseguía—: Si no hubiera escapado, a estas horas ya estaría casada con Souillers, o quizá me hubiera quitado la vida. De cualquier modo, mi alma estaría condenada. Y ahora apareces de repente, y de nuevo estoy en peligro. —Aalis luchó por mantener su voz firme y templada—. Dime, ¿por qué habría de confiar en ti? La última vez que te vi estabas a las órdenes de los que querían enterrarme en vida.

—Te juro que... —Auxerre se detuvo, incapaz de encontrar una fórmula solemne que expresara la verdadera determinación que lo había movido a lanzarse en su busca: protegerla como hubiera debido hacerlo desde el primer instante. Reparar su falta, expiar su pecado de omisión. Esperar que no fuera demasiado tarde, desear que la Fortuna se apiadase de él. Murmuró—: *Doussa...*

La dulce expresión quebró de improviso las defensas de la joven. *Dame* Françoise también solía llamarla así, con esa mezcla de ternura y compasión, de resignación y de súplica. Aalis bajó la cabeza para no demostrar sus sentimientos, pero no importaba cómo los escondiera. El capitán no era un enemigo, por mucho que el viaje le hubiera enseñado a ver peligros en cada recodo. No podía negarse a reconocer quizá la única verdad que le quedaba. Aalis volvió a cobrar conciencia de que era una mujer, a pesar del hábito que aún cubría su piel y de todo lo que la separaba de aquel hombre, cuando sintió el calor que invadía sus mejillas al verlo de nuevo frente a ella. Le bastaba con dejarse envolver por las pupilas brillantes, por el rostro cálido y familiar del capitán, para comprender. Amaba a aquel hombre, pura y simplemente. La revelación por la que tanto había rezado en el laberinto había llegado, y también el dolor. Le costaría más ser fiel a todo lo que había soñado durante el viaje, pero tenía que intentarlo.

Auxerre esperaba en silencio, impasible y constante, el mismo que desde siempre había acompañado a la hija de su señor. Aalis inspiró profundamente y dijo:

—Tendré que irme.

—¿Qué? —dijo Auxerre, atónito—. Espera...

—No pienso volver a Sainte-Noire —declaró Aalis—. Cuando viniste en mi busca, ¿qué pensabas hacer si me encontrabas?

—No lo sé —respondió con sinceridad Auxerre—. Necesitaba saber que seguías

viva, que estabas a salvo. Tenía un miedo atroz de que te hubiera pasado algo. —Y añadió con fiereza—: No voy a obligarte a regresar. Jamás lo haría. ¿Por quién me tomas?

—No pensabas así hace un tiempo —dijo con suavidad Aalis—. Decías...

—Olvida lo que dije —respondió Auxerre simplemente—. No soy hombre de palabras, *doussa*. Hablo otro lenguaje, y tú has sabido responderme. Rechazas lo que otras tomarían con los ojos cerrados. Te arrastras y sufres lo indecible antes que ceder a un matrimonio que te repugna. En Sainte-Noire pensé que hablaba una niña sin conocimiento; hoy sé que eres la mujer a la que amaré hasta mi último aliento. —Clavó sus ojos oscuros en el suelo—. Y si dices que debes irte sola, así lo harás, aunque debes saber que yo quisiera no dejar jamás tu sombra.

—Auxerre.

No era la primera vez que pronunciaba su nombre, pero Aalis enrojeció, como si las letras que lo componían fueran una lluvia de caricias que descendía por su boca. Sin esperar más, se fundieron en un largo beso. Un ruido llegó desde el rincón del pozo.

—Estáis en el santuario de la Virgen —murmuró una voz cansada, mientras una espada plana golpeaba a Auxerre en la cabeza, antes de que éste pudiera reaccionar. El capitán cayó de bruces contra el duro suelo de piedra. Aalis gritó, asustada, y la figura misteriosa emergió desde las sombras.

—¡Raoul! —exclamó Aalis, sin comprender—. ¿Qué hacéis aquí? —Como el otro no respondiera, y su mirada siguiera clavada en Aalis, ésta repitió, más lentamente—: ¿Qué hacéis aquí?

—Vine por vos —dijo Raoul, avanzando.

—¿Qué decís? —La joven se esforzó por recuperar la calma. No sabía qué hacía el novicio en la cripta, ni quién lo había enviado. Eso no importaba ahora; sólo sabía que tenía que hacerle frente y escapar de allí, una vez más. Colgando de su cintura, atada con un trozo de soga, pendía la preciada daga que había traído desde Sainte-Noire. El frío metal había golpeado su cadera durante todo el camino, como una suerte de testigo mudo de las dificultades que la acechaban, y una promesa de que podría defenderla de todo mal. No la había necesitado, hasta ese momento. Estiró la mano tanto como le fue posible para asir el puño de la daga, y al mismo tiempo dio un paso hacia atrás, lentamente. Al notar el cuerpo de Auxerre que yacía a sus pies, se estremeció. Un hilo de sangre caía desde la parte superior de la cabeza y se deslizaba por la mejilla del capitán. Aalis sintió la ira crecer dentro de sí; contra el pasado que jamás la dejaría en paz, ni siquiera para vivir un sueño que durante unos instantes había sido el más dulce del mundo, y contra la encarnación de la fatalidad, el demacrado joven que aún sostenía la espada con la que había atacado a Auxerre. La muchacha tragó saliva y afirmó fríamente—: Estáis loco.

Raoul se apartó, como si las palabras de Aalis fueran bofetadas en lugar de sonidos. Aun así, su respuesta mordió el aire:

—¿No vais a entrar en ningún convento? ¿No entregaréis vuestro cuerpo a Dios? Decíais que preferíais morir a casaros. Yo creí en vos... —Con la cabeza hizo una seña hacia el capitán—. Y os encuentro aquí, en este lugar sagrado, a punto de...

—¡Basta! No sabéis lo que decís —gritó Aalis—. Os digo que estáis loco, o endemoniado. ¡Dejadme!

Raoul dio otro paso adelante, con la espada apuntando hacia el pecho de la joven. Ladeó la cabeza.

—Estos últimos días sólo he podido acordarme de vuestra mirada blanca, la noche que os fuisteis de Sainte-Noire —silabeó—. Estabais recortada contra el alba. Desaparecisteis, y desde entonces he seguido vuestra luz. No pude hacer otra cosa. Pensé que erais pura como un ángel. Ahora veo que es el pecado el manto que os adorna.

—Vuestros sentidos os traicionaron —murmuró Aalis—. Jamás os pedí que vinierais, ni os di esperanza alguna.

—Es cierto. No me habéis dado ninguna —convino Raoul, encogiéndose de hombros, decepcionado. La normalidad del gesto aún resaltaba más el brillo febril en los ojos del novicio, y su respiración agitada. Éste prosiguió—: Hubiera dado mi vida porque así fuera. —Hizo una breve pausa, y añadió—: He dado mi vida para que así sea.

—¿Qué decís? —preguntó Aalis—. ¿Qué habéis hecho?

El novicio guardó silencio. Estaba absorto en sí mismo, observando un vacío que únicamente él podía ver, aunque sus ojos no habían dejado de mirar en dirección a Aalis. Aprovechando la pausa, la joven dobló el codo lo más suavemente posible, y por fin alcanzó el puño de la daga con la punta de los dedos. El contacto con el arma la tranquilizó; estaba casi segura de que el novicio no se había percatado de sus movimientos, ocultos bajo el hábito.

—Me fui —respondió Raoul al cabo de un rato—. Dejé la orden.

—¡No todo está perdido! Quizá si regresáis... —aventuró Aalis, para distraer la atención del otro. Tenía que mantenerlo ocupado para ganar tiempo. Trató de no pensar en el cuerpo de Auxerre, que seguía sin dar señales de vida.

—Nada importa el castigo ni la muerte cuando se ha visto a Dios —respondió Raoul—. ¿No es así? Creí haberlo visto... —Contempló la expresión atemorizada de Aalis. Chasqueó la lengua y en su rostro se dibujó una mueca amarga—. Creí demasiado, y pagaré caro mi error. Pero antes, un milagro.

Sin tiempo para que la muchacha reaccionase, saltó sobre Aalis con la espada en alto, y cayó sobre ella con la hoja pegada al fino cuello de la muchacha. El aliento alterado del novicio olía a hierbas y a barro; Aalis y Raoul forcejearon en medio del silencio de la cripta. La muchacha sólo podía rechazarlo con una sola mano, pues en la otra conservaba la daga. Cada vez que trataba de alcanzar los ojos y la cara de su oponente, el filo de la espada se interponía, implacable.

—Es inútil —susurró Raoul muy cerca de su oído—. Tengo la fuerza del Señor de

mi parte, y vos habéis deshonrado a la Virgen. Os juro que vos también veréis a Dios.

—¡Maldito seáis! —exclamó Aalis, angustiada. El peso de la espada oprimía su cuello, y no podía siquiera respirar. La mano que sostenía la daga estaba prácticamente inmovilizada bajo el peso de Raoul, pero aun así, logró girar la muñeca y, a ciegas, hundió la hoja en el cuerpo del novicio, que aulló de dolor. Aalis se concentró en la lección aprendida de los soldados de su padre y del propio Auxerre: no dejar jamás la hoja clavada, pues eso significa que se ha perdido el control del arma. Retiró la daga, y vio que lo había herido en la pierna. Raoul se había apartado instintivamente, pero la presión de su espada en el cuello de la muchacha no había cedido. Desesperada, Aalis volvió a asestar una puñalada con todas sus fuerzas. El novicio gruñó y golpeó brutalmente el brazo que sostenía la daga. El arma voló por los aires, y desapareció en la oscuridad.

—¿Es así como respetáis a Dios? —exclamó Aalis, aún luchando denodadamente a pesar de que empezaba a notar el cansancio trepando por sus huesos.

—El pecado inunda vuestra alma. Tenéis que lavaros —dijo Raoul apretando los dientes.

Se levantó trabajosamente, sosteniendo el filo de la espada contra el cuello palpitante de Aalis. La obligó a ponerse en pie a su vez, y la arrastró hacia el fondo de la cripta. Allí se erguía el pozo de la antigua iglesia. Raoul empujó a Aalis hasta el borde, y con la espada la instó a que se inclinara a mirar. La soga enrollada que sujetaba el cántaro mediría unos cuarenta codos, y sólo la humedad del agua alteraba la superficie negra del fondo.

—Los antiguos habitantes de la región utilizaban este pozo como lugar de sacrificio —empezó Raoul, como si estuviera dictando una lección y Aalis fuera su auditorio, sólo que el maestro portaba una espada y la pupila temblaba de agotamiento—. Cuando la Santa Iglesia lo descubrió prohibió esas prácticas bárbaras y construyó un templo en el mismo emplazamiento. Pero se sigue utilizando para los juicios de Dios. Si un culpable contempla con fijeza ese pozo, caerá o se arrojará a él, atraído por el abismo, que es el mismo que alienta su alma podrida. Sólo los santos más fuertes resisten; por eso se llama pozo de los Saints-Forts. Ahora va a ser el lugar donde sufriréis vuestra ordalía. Mirad. —Pronunció la orden, tajante, y, para refrendar sus palabras, empujó violentamente el cántaro y la cuerda que lo sostenía al fondo de la abertura. El ruido de la vasija chocando contra el agua tardó una eternidad en ascender—. ¡Mirad! —repitió.

Aalis se volvió hacia Raoul, impotente. Los ojos del novicio no tenían fondo, o habían perdido cualquier atisbo de piedad. Inspirando profundamente, la muchacha se inclinó sobre el reborde de piedras grises, mientras luchaba por afianzar sus piernas contra el murete del pozo. De la misteriosa profundidad ascendía un olor fuerte y desagradable, una mezcla antigua de tierra, agua y sangre que le dio náuseas. La capucha del hábito cayó sobre su nuca como un sudario y, por primera vez en mucho tiempo, el desaliento se hizo un hueco en su espíritu; quizá había llegado su hora,

después de todo. El medallón que Gilles le había regalado pendía de su cuello y la fina correa de cuero se hincaba en su carne, tirando de ella hacia abajo. Con la presión de la espada de Raoul a sus espaldas, y medio cuerpo abocado a la más completa oscuridad, ¿por qué no?, se dijo Aalis. Lo más sencillo sería inclinarse del todo, dejar que el peso de sus brazos hiciera lo demás, e ir al encuentro de la tumba líquida que ni siquiera podía escudriñar, tan negra era. Entonces todo sería paz y su alma descansaría. Entrecerró los párpados, casi entregándose. El frescor de la corriente de aire y agua que llegaba desde el fondo golpeó su rostro, vivificándola. Si todo terminaba, junto con la paz vendrían el silencio, el vacío y la frialdad. La fe sostenía que Dios la esperaría al final de ese camino, y hasta quizá le perdonase sus pecados; pero esa quietud absoluta, esa tentación de reposo, tenía un precio, y era peor que una condena. Sacrificar todo cuanto había aprendido a querer desde hacía apenas unos días: su frágil ilusión de libertad. Y a Auxerre, susurró ansiosa una vocecilla en su interior. Y a Auxerre tendido en la cripta, herido o tal vez muerto. La rabia corrió por sus venas, la impotencia se encabritó, transformándose en renovadas energías. Abrió los ojos. Tenía que luchar, siempre. Su padre así lo hubiera querido, y Aalis obedeció la llamada silenciosa de todas las voces que la conminaban a vivir. Movi6 las manos palpando las paredes del pozo, mojadas y resbaladizas. Desliz6 los dedos por cada resquicio y grieta a su alcance. Un codo más abajo, dos ganchos de hierro, por los que se deslizaba la cuerda del cubo, sobresalían, hundidos en la piedra. Se concentró en uno solo y, tomándolo con las dos manos, empujó hacia un lado y otro. Afortunadamente, el gancho no estaba clavado en seco, sino que se encontraba en una juntura de los bloques de piedra. Aalis notaba la herrumbre mordiendo sus uñas cada vez que arrancaba un trozo más. La voz de Raoul llegó, implacable, desde arriba:

—Vuestros pecados os llaman. ¡Aceptadlos! —El grito del novicio terminó con un rugido inhumano. Casi al mismo tiempo, la espada cayó con un ruido seco, y el peso de Raoul sobre ella se incrementó. La joven se echó aún más hacia adelante, con la cintura todavía aprisionada. Una de sus rodillas sangraba, a causa del roce contra la pared exterior del muro. No importaba: había conseguido arrancar el gancho, y lo tenía entre el índice y el pulgar. Con sumo cuidado, lo sostuvo con firmeza en la palma de la mano temblorosa y helada. De repente, Raoul se estremeció como si un rayo hubiera caído sobre su cabeza. Aalis se levantó rauda y se dio la vuelta, con el gancho alzado a la altura del rostro de su captor.

—*Doussa*, he de reconocer que no dejas de sorprenderme.

El semblante cansado de Auxerre estaba teñido de sangre reseca. Aalis se lanzó en los brazos del capitán, sin contener las lágrimas. El gancho cayó al suelo.

—Pensé que todo había terminado... Que habías muerto.

Auxerre acarició con suavidad el pelo de Aalis, y sus ojos compartían su alivio aunque su voz sonara jovial:

—No negaré que me hubiera gustado ahorrarme ese golpe. Pero hace falta un

poco más para acabar con mi dura piel. —Se frotó la nuca, y añadió, mirando hacia el rincón donde había caído Raoul, como un ovillo—: Debemos asegurarnos de que no nos delate, al menos hasta pasadas unas horas.

—Si puede, nos denunciará —dijo Aalis, recordando la expresión extraviada del novicio—. Tendremos que atarlo y amordazarlo. En esta cripta lo encontrarán en seguida, cuando vengan a buscar agua del pozo, y, mientras, nosotros habremos ganado tiempo.

—Has aprendido mucho —dijo Auxerre, observando singularmente a la muchacha—. Eres distinta, como el ciervo del bosque que ya sabe distinguir al cazador furtivo de los pastores.

—No he cambiado tanto —replicó ella, levantando la barbilla—. Si así fuera, nada me importaría dejarlo todo atrás. Y sabes bien que no es así. Crucé las puertas de Sainte-Noire con un peso en el corazón.

Auxerre avanzó un paso hacia Aalis, como si quisiera atraerla hacia sí. Se limitó a decir:

—Debió de ser el mío propio, que te llevaste al partir.

—Te libero de tu préstamo, capitán —respondió ella, dulcemente—. No quisiera que quedaran entre nosotros cuentas por saldar.

—Si quisiera besar a un banquero, me buscaría uno —repuso Auxerre, muy serio. Aalis no pudo evitar echarse a reír, y las carcajadas de la muchacha retumbaron, extraños cascabeles en la solemnidad de la cripta. Las paredes excavadas en la roca y las enormes losas pulimentadas, traídas de las mejores canteras de la región, actuaron de eco, y por los pasillos, el son de una risa de mujer se multiplicó, como si la propia Virgen quisiera celebrar la vida repartiendo su regocijo entre los peregrinos que habían acudido a adorarla. En un instante, el miedo se pintó en la cara de Aalis. Auxerre trató de tranquilizarla—: A estas horas todos estarán dormidos. No te preocupes, en cuanto nos aseguremos de que Raoul no pueda... —Se detuvo cuando Aalis señaló, callada, un punto a sus espaldas. El capitán se dio la vuelta cautamente, con la mano en la empuñadura de su espada.

El novicio se había incorporado y estaba de pie, tapándose con una mano la herida que Auxerre le había infligido en el cuello, y que sangraba abundantemente. Con expresión desorbitada, empezó a avanzar hacia la pareja. La voz debilitada de Raoul musitaba:

—Dios mío, perdóname...

—No deis un paso más —advirtió Auxerre.

Raoul hizo caso omiso del capitán, como si lo empujara una visión que ninguno de los presentes excepto él compartía.

—*O Maria, virginiei flos honoris, vite via lux fidei pax amoris.* —El muchacho prosiguió con la letanía casi inaudible, mientras se acercaba sin vacilar hasta donde permanecían el capitán y Aalis.

Se enfrentó a los ojos claros de la joven y el rostro pétreo del soldado. El

semblante del novicio estaba surcado por una inmensa desolación. El momento duró apenas un suspiro y, antes de que pudieran impedirselo, Raoul corrió en dirección a Auxerre, que sostenía la espada en alto y, sin tiempo a que el capitán pudiera reaccionar, el novicio se clavó medio codo de filo en el estómago. Auxerre se apartó, persignándose, pero ya era demasiado tarde. Raoul, ensangrentado, dio un alarido y se lanzó hacia el pozo. El capitán se abalanzó tras el novicio y trató de distinguir el fondo, pero sólo se percibía un silencio sepulcral, como si cada una de las piedras del recinto poseyera la conciencia de que se habían convertido en la tumba de una alma atormentada, y éstas guardarán el luto debido al espíritu que venía a sumarse a sus siglos de soledad. Auxerre esperó, y puso su mano en el hombro de Aalis, murmurando:

—Debemos irnos. Este lugar ya no es seguro.

—Dios se apiade de su alma —dijo la muchacha, temblando.

Se limpió el rostro, sucio de barro, sangre y lágrimas, y se cubrió la cabeza con la capucha. Los dos emprendieron el camino de regreso hacia la nave de la catedral, recorriendo los pasadizos en el mayor de los silencios. Aalis miró de reojo al capitán. En su perfil estaba esculpida la decisión, y sus ojos no dejaban ningún rincón sin registrar, como si temiera que al girar el siguiente recodo los atrapara el fantasma del pasado, o del desgraciado novicio. Una cálida sensación de seguridad envolvió a la joven, pero a pesar de eso seguía intranquila. Lo cierto es que no le faltaban motivos: Walter se estaría preguntando dónde paraba su compañero de viaje, y Hazim había prometido que la perseguiría por toda la ciudad para asegurarse de que no faltaba a su pacto de huir con él hacia Troyes. De otro modo, la denunciaría a las autoridades eclesiásticas. Ahora que Auxerre estaba con ella, todo era mucho más sencillo, y a la vez más complicado: ninguna de las angustias que anidaba en su ánimo había desaparecido, sino más bien al contrario. Las enormes columnas de la nave proyectaron sus sombras alargadas sobre el suelo, erguidas como los troncos de un bosque de piedra. La luz nocturna, coloreada por las vidrieras, inundó de nuevo sus sentidos. Estaba desgarrada entre el deseo de quedarse para siempre allí, arropada en el silencio y la belleza de la catedral, y el pavor a ser descubierta, que la impulsaba a huir, siempre, una vez más. Miró al capitán, y éste apretó su brazo para indicarle que faltaba poco. Las puertas de madera del Portal Real estaban a pocos pasos, y una vez en el exterior de la catedral sólo tendrían que perderse por el barrio de comerciantes para convertirse en dos peregrinos más. La anticipación por saborear el aire de la noche se agazapó en su estómago; cuando por fin empujaron las enormes hojas de madera, éstas crujieron como si fueran las puertas del mismísimo Cielo.

—¡Por fin! —La voz que los saludó no pertenecía a nadie que pudiera sentarse a la derecha de Dios, ni siquiera a los pies de san Pedro. La sonrisa de hiena de Gauthier de Souillers brilló a la luz de las antorchas de los guardas catedralicios, mientras señalaba acusadoramente a la pareja—. Los dos amantes abandonan la catedral después de su sacrilegio. ¡Apresadlos!

—Sois un perro fiel, Warin —dijo Auxerre con calma—. Os dejé en la puerta, y aquí seguís. Pero os habéis traído compañía.

—No me satisfacía la que me tocó —replicó el germano, con un ademán hacia Louis, que estaba tendido en la escalera, gimiendo débilmente—. Y vuestro amigo era muy reticente a dejarme cruzar las puertas de la catedral. Me cansé de esperar.

—Una bestia como tú no merece entrar dos veces en la casa de Nuestra Señora —replicó Auxerre, colérico.

Aalis se acercó al herido y, con la manga de su hábito, limpió la sangre que corría por su rostro entumecido. Louis miró a la joven y esbozó una sonrisa animosa, señalándose la nariz rota.

—Jamás me gustó...

—¡Callaos! —chilló Gauthier, impaciente—. No hacéis más que hablar. ¡Guardias!, apresad a estos blasfemos. Ella es una bruja que se hace pasar por monje, y los demás son sus esbirros. Tengo órdenes de llevármelos para que sean juzgados en el tribunal de Le Perche.

—¿Una bruja, nada menos? —Una figura emergió del interior de la catedral. Gauthier dio un paso atrás y Aalis contuvo un grito de alegría. La mirada plácida y los ojos azules del abad de Mont-Froid los contemplaban—. Los viejos amigos como nosotros no deberían precipitarse. ¿Estáis seguro de lo que decís, Gauthier?

El de Souillers balbuceó, incapaz de responder. Estaba desconcertado y furioso por la inesperada intervención de Hughes de Marcy. Warin de Lonray empuñó su hacha, sin descubrirla aún, y Auxerre se preparó para enzarzarse en un combate contra el germano. Antes de que nadie pudiera reaccionar, cuatro hombres aparecieron como fantasmas: vestían hábitos blancos, con la cruz roja cosida en el hombro, y se movían con la disciplina de un ejército. Uno de ellos se inclinó frente al abad, tocándose la cruz, y después de besar su mano susurró algo en su oído. La conversación duró una eternidad. Una sombra de terrible dolor alteró la expresión de Hughes de Marcy, y tuvo que apoyarse en el brazo del soldado, que le sostuvo con respeto. El abad inclinó el mentón y murmuró una plegaria. Luego, descendió los escalones de piedra hasta donde se encontraban Auxerre, Aalis y Louis, custodiados por Warin y Gauthier. Los dos vigilantes de la catedral asistían indecisos a la escena, poco acostumbrados al cruce de acusaciones al que acababan de asistir. Todo lo más, se encargaban de asegurarse de que los peregrinos no despojaban a la catedral de sus telas y tapices, ansiosos por llevarse un fragmento de reliquias de la Virgen. Cuando el abad hizo una seña de que desaparecieran, lo obedecieron sin perder tiempo y sin ocultar su alivio.

—¿Qué hacéis? —interpeló Gauthier, irritado—. Esos guardas debían custodiar a mis prisioneros hasta que pueda garantizar su transporte hasta Le Perche.

—Dejad de gimotear. Os he oído la primera vez. Hermanos, escoltad al señor de Souillers y a su acompañante. Tengo algo que dirimir con el capitán Auxerre —cortó Hughes de Marcy sin miramientos. Gauthier apretó los labios y desapareció, seguido

por Warin. El abad se volvió hacia Auxerre. A una indicación, el capitán siguió al abad en un aparte y éste clavó su mirada grave en Auxerre—. Decidme, ¿os siguió alguien desde Sainte-Noire?

Elevó las manos juntas, como si rogara por la respuesta.

—Creo que ya sabéis que así es —repuso Auxerre cautamente.

—Entonces vos también sabréis que Raoul ha sido hallado muerto —respondió Hughes, con un ligero temblor en la voz—. Y de los sueños que construí para él, sólo me queda rezar para que Dios acoja su alma. ¿Tenéis algo que confesar, hijo mío?

Volvió a fallarle la voz cuando pronunció esas palabras. El capitán negó con la cabeza, la mirada clara y apenada.

—Lo siento por vos —murmuró Auxerre—. Pero si me hacéis el honor de confiar en mi palabra, os diré lo que sé: que su propia voluntad actuó de ejecutor.

—¿Raoul se quitó la vida? —preguntó veloz Hughes. Alzó la mano y añadió severamente—: Los que han hallado su cuerpo hablan de señales de lucha. ¿Sostenéis lo dicho?

Auxerre se puso en guardia. Demasiadas veces había sido testigo de la angustia de los vivos, incapaces de admitir que el desaparecido ya no se encuentra entre ellos, y que sólo la perspectiva de la otra vida se los devolverá. Para unos era suficiente, pero siempre había lugar para una semilla de rebelión en el ánimo. Le sorprendía que Hughes de Marcy, abad de Mont-Froid, no se consolara con la voluntad divina, pero tampoco sería la primera vez que un hombre de Iglesia no practicaba lo que predicaba. Arrugas de ansiedad surcaban la frente del anciano. No era venganza lo que buscaba, sino una respuesta sincera. El capitán apretó el puño de su espada, recordando la escaramuza que habían mantenido en la cripta, y cómo Aalis estuvo a punto de perecer a manos del enloquecido novicio.

—Raoul vino en pos de Aalis. Hubo un enfrentamiento en la cripta de Nuestra Señora —confesó el capitán, escogiendo con cuidado sus palabras—. Luego, Raoul eligió morir.

El abad meditó, cabizbajo. Habría tenido que darse cuenta antes de la tormenta que se fraguaba en su ahijado; no había querido ver el sentimiento que se había apoderado de su novicio desde que conociera a la joven Sainte-Noire, y que finalmente había sido su perdición. Si él hubiera tenido ojos para algo más que la partida de los grandes, el juego entre reyes que se avecinaba, tal vez no le hubiera pasado desapercibido que Raoul se había apartado del camino del Señor y del buen juicio. Y para reparar su falta, en lugar de acoger a la oveja descarriada en su seno, Hughes había optado por ceñirse a las reglas del Temple y denunciar la desobediencia de Raoul, lanzando a los soldados en su busca, a los cazadores tras su presa, empujando a Raoul aún más al borde del precipicio en que se había convertido su mente.

—Ojalá... —Hughes ahogó un sollozo, impotente.

Auxerre lo abrazó, reconfortándolo. Los escasos días que había compartido con el

abad habían sido los más largos de su vida, y se le antojaba que habían transcurrido mil vidas desde que hablaran de Aalis, aquella noche en Sainte-Noire en que había creído que su alma se quebraba para siempre. Hoy, esa nueva noche, era la primera vez que lo veía flaquear, y la visión lo turbaba. El anciano cruzado hizo honor a su carácter y se rehizo, no sin esfuerzo. Sin duda, era la voluntad de Dios, como todo lo que los rodeaba. Y sin embargo, ¿tenía que ser siempre tan cruel? El abad hizo una pausa y escrutó las facciones del capitán, que a duras penas acertaba a disimular su preocupación. Aseveró:

—Calláis más de lo que decís. Y creo que os debo agradecimiento por ese silencio, y también la memoria de Raoul.

El capitán se limitó a inclinar la cabeza en señal de respeto y de confirmación. No podía decirle la verdad al viejo abad, ni tampoco mentiría innecesariamente. Hughes de Marcy levantó la cabeza e inspiró el aire frío de la plaza de la catedral. Los cuatro templarios regresaron del interior de la nave, y uno de ellos se adelantó, respetuoso.

—El cuerpo os espera.

El abad asintió y los soldados desaparecieron en la catedral. Hughes ofreció su mano a Auxerre, que la estrechó con emoción mientras el anciano se despedía:

—Llegué a Chartres armado de certezas y atrincherado en mis creencias. —Se detuvo para sonreír tristemente—. Sólo me queda el cuerpo sin vida de Raoul, y llorar su muerte. No tengo consejos para vos, Auxerre, pero sí un ruego: venid por la mañana, con Aalis, a verme a la catedral. Tenemos que convencer a esa muchacha para que vuelva a su hogar, y devolverle su puesto en Sainte-Noire, por el bien de dos reinos. ¿Me lo prometéis?

Auxerre no pudo sino asentir, aunque sabía para sus adentros que jamás volvería a torcer el sentimiento que tenía por Aalis en nombre del deber de los demás. La voz del anciano no temblaba, pero su semblante era grave y estaba teñido de ansiedad. El abad de Mont-Froid se dio la vuelta y, encorvado, ascendió la escalera hasta el Portal Real, que lo engulló como una más de sus estatuas. En la plaza, cinco almas quedaron a merced de la oscuridad.

—A la posada —dijo Auxerre, ayudando a L'Archevêque a levantarse. Gauthier y Warin cruzaron una mirada de sospecha, pero el capitán repitió—: A la posada, os digo. Mañana arreglaremos nuestro pleito.

Sus palabras resonaron en la mente de Aalis, al ritmo de sus pasos, como campanadas de difuntos durante todo el camino.

Walter Map espoleó a la perezosa mula que los establos del capítulo de Chartres le habían proporcionado. Era mejor que caminar, y tenía por delante un largo trecho. El mapa de la comarca que le había entregado el arzobispo era mucho más preciso que los burdos trazados que habían preparado en la cancillería del rey Enrique, y no podía permitirse el lujo de rechazar la blanca mano tendida de un grande de Francia como

Guillermo de Champagne. El remordimiento le había causado no pocas vacilaciones, pues ignoraba el paradero de Sylva desde que se separaran en la catedral; pero su mente práctica pronto le había recordado que estaba al servicio del rey y que su misión no era hacer de niñera de un monje misterioso, por mucho que le hubiera salvado la bolsa y la vida. Al fin y al cabo, Walter se había ocupado de dejarlo en buenas manos, entre los muros sagrados de la catedral, donde hasta el peregrino más pobre era digno de un cuenco de sopa caliente y de un rincón donde echarse a dormir. Se encogió de hombros. Así era la vida. Caras que venían e iban como un molino de viento impulsado por el capricho de un niño aburrido. Aun así, una punzada de culpabilidad se dejó sentir en su ánimo.

Capítulo trece

Louis se dio la vuelta y apretó la mandíbula mientras el barbero aplicaba la cataplasma verde sobre su hombro derecho y su espalda magullada. La olorosa combinación de romero y tomillo purificaría sus heridas, a buen seguro, pero la aplicación escocía como el demonio.

—¿Estáis seguro de que no necesito vino caliente? —insistió.

—Por última vez, ¡no! Esto calmará el dolor y adormecerá vuestra sangre —dijo enérgicamente el otro mientras se cercioraba de que no había ningún hueso roto, palpando las articulaciones—. Sólo os han dado una buena paliza, pero no hay señales de bilis ni humores excesivos.

—Eso es porque no lo habéis visto furioso —intervino Auxerre, de pie al lado del camastro donde se retorció Louis.

Habían alquilado la estancia apresuradamente, en una de las pocas casas de huéspedes de la ciudad que aceptaba clientes más tarde de las doce, para atender a L'Archevêque en privado, lejos de las inquisitivas preguntas que hubiera despertado su estado en el hospital que estaba a cargo de los canónigos de la catedral. Un poco más allá, Aalis estaba atareada hirviendo el contenido de una jarra de vino en la caldera del fuego, para reducirlo y añadirle las cuatro preciadas medidas de miel que habían adquirido a precio de oro a la dueña de la casa. Removió con energía el preparado y, una vez hubo obtenido el dulce líquido, lo repartió en cuatro vasos de madera, a razón de dos dedos por cabeza. Gauthier de Souillers la observaba con un rictus de disgusto, mientras que Warin de Lonray aceptó el recipiente sin despegar los labios; su único ojo se limitó a sobrevolar el semblante impasible de la muchacha. Aalis le devolvió la mirada, sin pestañear. Auxerre tomó a su vez un sorbo de su vaso. El barbero se incorporó y se limpió las manos en la camisa.

—Bien. Esto ya está. Si por la mañana siguen los dolores, dejad pasar un par de días más. —Sonrió ampliamente—. Y después, sólo si se encuentra mejor, dadle el vino caliente.

—¡Os he oído! —exclamó Louis indignado.

—Descuidad, maese —dijo Auxerre—. Así lo haremos.

El herido bufó rabioso, mientras el capitán pagaba los cinco sueldos al barbero, que se despidió raudo de la partida que había solicitado sus servicios. No sabía qué le daba peor espina: si el tuerto y su hacha o el otro par de silenciosos compañeros que

iban con los dos soldados. Uno tenía cara de pepino, y probablemente sufría de mal aliento o de abscesos estomacales, a juzgar por su aspecto de sempiterna incomodidad. En cambio, el monje mudo tenía buen color, rosado y sano, pero lo había mirado con una expresión curiosa cuando desplegó su botica de remedios, como si jamás hubiera visto a un herborista. Satisfecho, chasqueó la lengua, haciendo sonar su bolsa al bajar los escalones que conducían al hogar y a la puerta que daba a la calle. Los ronquidos de los demás huéspedes lo saludaron al salir.

—No ha sido buena idea venir aquí —dijo Louis, en cuanto el herborista cerró la puerta.

—Verás, es que dejarte tirado en la plaza, lamentablemente, no era posible —replicó Auxerre, terminando su bebida.

—Seguro que no te hubiera costado convencer a esos dos —señaló hacia el rincón donde estaban Warin y Gauthier, que murmuraban amenazadoramente—. Me apuesto un caballo árabe a que intentarán degollarnos durante la noche.

—Tú jamás has tenido un caballo árabe. Y también ellos deberían temer por su gaznate. Bueno, haremos guardias —respondió distraído Auxerre. Echó un vistazo hacia el fuego, donde Aalis aún atendía las brasas. Estaba inclinada, con las mangas del hábito subidas para no quemárselas, y en la piel blanca de sus brazos se reflejaba la luz de las llamas. El perfil del capitán también brilló, a causa del sudor. Le dolía la cabeza, como si una losa estuviera cayendo sobre sus párpados. Se pasó la mano por la frente.

—En fin, que nadie dormirá demasiado esta noche —apostilló Louis irónico, volviéndose hacia el otro lado. No obtuvo respuesta del capitán.

A pesar de sus refunfuños, L'Archevêque sabía que alejarse de la catedral era la mejor decisión posible, y pasar desapercibidos la estrategia más prudente. Después de todo, Gauthier de Souillers había sido hombre de Iglesia, y quién sabía con qué viejos amigos hubiera podido toparse, que gustosamente le hubieran prestado ese calabozo en el que tanto ansiaba arrojarlos. En cambio, era más inofensivo como uno más de la partida que había ido a dar con sus huesos a aquella casa. Louis se removió, inquieto. Warin era harina de otro costal, mucho más dañino e imprevisible tanto si estaba en suelo sacro como en una taberna. Era un animal sin dueño; dudaba mucho de que Gauthier fuera capaz de contenerlo en el momento en que se le antojara cruzar su acero con ellos. Y por si fuera poco, la pobre niña Sainte-Noire estaba atrapada en medio del desastre. Pero lo cierto es que no parecía preocupada por la situación. La observó. Aalis daba la impresión de moverse con un aire de madurez desconocida. No le había pasado por alto a Louis la forma en que se había encargado de preparar el vino, de cuidar de él y al mismo tiempo mantenerse discretamente aparte, y alejada de los otros dos. Auxerre tampoco le había perdido ojo, y Louis había visto suficiente a lo largo de su vida, y desde que conociera a Auxerre, como para saber que de lo

sucedido en la cripta no era necesario hablar. Entre Aalis y el capitán había una corriente sin palabras, que fluía entre los dos con gestos imperceptibles y miradas prudentes, y que constituía el lenguaje de sus acuerdos. Le sorprendía, no podía negarlo, que hubiera surgido un entendimiento tan perfecto y nítido entre dos almas que apenas acababan de descubrirse la una a la otra. Rectificó rápidamente su propia aseveración recordando que, cuando llega la cosecha, el campesino no olvida todo el tiempo que ha empleado su campo en germinar, desde que la primera semilla se deposita en la tierra hasta que llega el fruto de la siembra. Quizá los corazones también necesitaban un período de reposo, y otro para florecer. Se alegraba por su compañero; llevaba demasiado tiempo penando por la muchacha. Un dolor agudo en la espalda le recordó que no estaba en ninguna corte, y que no era el momento de abandonarse a la poesía. Maldijo entre dientes. Si al menos Auxerre se hubiera quedado a su lado en lugar de irse hacia el fuego, ahora estarían enfrascados en una partida de dados y con un siete se le pasarían los males en un santiamén. Sin duda, el capitán había ido en busca de juegos más atractivos, y ¿quién podría culparlo? Louis aguzó el oído, pero sólo distinguió el más absoluto de los silencios. En la habitación no se oía nada, excepto algún ronquido sobresaltado, y un coro de respiraciones acompasadas. Extrañado, se incorporó con dificultad y miró hacia el otro lado.

Gauthier de Souillers y Warin se habían derrumbado sobre la mesa, y de no ser porque respiraban pesadamente, cualquiera hubiera creído que los habían derribado a golpes. Con la cara de lado, y los brazos como almohada, estaban profundamente dormidos. El germano tenía la mano extendida, y aún sostenía entre los dedos su vaso de vino. Louis se incorporó del todo, y se sentó en la cama, inquieto. No era normal que los dos hubieran decidido prescindir de los colchones rellenos de paja que se alineaban frente al fuego. Auxerre sí había llegado hasta allí, pero tampoco se había despojado de su capa para taparse con ella, como era su costumbre. Su espada seguía ceñida a su cintura. También era muy inusual que no la desenvainara para colocarla a su lado, para el caso de tener que recurrir a ella durante la noche. Pero lo que más preocupó a Louis fue que no se hubiera quedado despierto, haciendo guardia, tal como le había prometido. Quizá había confiado en que Gauthier y Warin no los molestarían en toda la noche, pero no era propio de Auxerre. Y había algo más. Aalis estaba de pie, en un rincón, con una de las alforjas de cuero de Warin colgada del hombro, observando a Louis. En la mano sostenía un vaso, con los restos del vino dulce.

—Vaya. El cansancio ha hecho estragos entre los soldados —dijo L'Archevêque, tratando de bromear. No alcanzó a distinguir la expresión de la joven hasta que ésta avanzó hacia él, y la luz del hogar descubrió su rostro apenado.

—No quiero que sufra, Louis —dijo Aalis—. Así es más sencillo. Decidle... No —admitió—. Me voy ahora porque no tengo valor para despedirme de él, y no puedo esperar a que lo hagáis por mí.

—Huir se está convirtiendo en una mala costumbre —le reprochó Louis, afable

—. ¿No sería mejor que dejarais que el alba os aconseje? La noche siempre lo cubre todo con un velo lúgubre y desesperanzador.

—Es una decisión que no he tomado a la ligera —repuso Aalis. Miró recelosa hacia la mesa, donde roncaban Gauthier y Warin—. No hay otro modo de romper el nudo que me ata a esas bestias.

—Auxerre no dejará que os pase nada —dijo Louis.

—Y, sin embargo, con él han llegado también los que me quieren mal —replicó ella, y añadió—: Nadie puede mirar siempre con miedo a sus espaldas, y vivir en paz.

—¿Y por qué no volver? —dijo Louis—. Os espera una herencia, si regresáis. Tierras y rentas que pueden cambiar el modo en que veis las cosas. El dinero allana el camino más empedrado.

—Es precisamente ésa herencia lo que ha atraído mi desgracia. Y la arpía de Jeanne no dejaría que pasaran dos noches sin tratar de venderme al mejor postor, o me asesinaría con sus propias manos. Además, no quiero nada de lo que hay en Sainte-Noire —dijo ella, desafiante. La voz le tembló al recordar—. Jamás veré la tumba de mi padre, pero tampoco obtendré ganancia de su muerte.

Guardó silencio, cabizbaja. Louis persistió en su empeño:

—No es sólo eso. Es vuestro derecho, y Philippe no querría ver a su única hija privada de sus rentas y convertida en una fugitiva.

—Ni en una cautiva —replicó veloz Aalis—. Escuchad, Louis. Sé que vuestra intención es buena, pero es mi voluntad. No es solamente la tumba que me espera allí; es todo lo que no he conocido aún, el mundo que me llama y que jamás veré si no me voy esta noche. —Se acercó a Louis, y prosiguió, vehemente—: Vos deberíais saber a qué me refiero: lugares remotos e imposibles de describir, belleza y horror, gentes distintas, que hablan lenguas extrañas. He mirado de frente el lado más cruel de la Fortuna, y no quiero privarme de conocer su rostro amable, si es que existe.

—Os entiendo —repuso Louis—. Pero cometéis una injusticia con Auxerre al marchar, pues él también sabría entender. Pensáis que no conoce el deseo de libertad, y nada más lejos. Lleva años en una prisión mucho más cruel: su alma atada a otra, sin posibilidad de liberarse, ni tampoco de hacerla completamente suya.

—Sois un amigo leal —dijo Aalis—. Y os creo.

—Entonces...

La joven bajó la mirada, y dijo:

—Os lo ruego, Louis, bebed este vino. Contiene unas hierbas relajantes e inofensivas que provocan un profundo sueño. Les diréis que os lo ofrecí para poder escapar, y nadie os culpará.

Extendió el brazo y le entregó el recipiente a Louis, que tomó el vaso y lo contempló, pensativo. Desde el rincón de Warin llegó un sonoro ronquido.

—Daos prisa. ¡Ellos jamás me dejarán marchar! —le conminó Aalis, desesperada—. Tened piedad y cubrid mi huida. ¡Bebed!

El soldado asintió lentamente y levantó el vaso, hasta que el borde rozó sus

labios. Los ojos de Louis quedaron a la altura de los de la muchacha, y una inmensa tristeza estaba pintada en los de ambos. Si perder tiempo, Aalis se caló la capucha, ajustó la banda de la alforja de cuero y salió precipitadamente de la habitación. En cuanto se apagaron los pasos de la muchacha bajando la escalera, Louis volcó el vaso y vació su contenido en el suelo. Sus años de combate en los escuadrones de Dios y la compañía de mercenarios de lo más variopinto le habían enseñado varios trucos: aprender a beber más y mejor sin las temidas migrañas del día siguiente, y también a fingir que comía o bebía cuando no era así, para evitar caer víctima de un veneno. La media luna se asomaba por la ventana de la habitación. Louis ponderó brevemente lo sucedido. De un modo u otro, no podía ser éste el final del camino que habían emprendido hacía semanas. Decidido, con el vaso en la mano, apuntó un par de veces y, a la tercera, lo lanzó por los aires y fue a dar con envidiable puntería en la cabeza de Auxerre, que profirió un juramento. El capitán gruñó y se frotó el lugar donde el vaso había impactado, miró a su alrededor y vio a su amigo incorporado en la cama. Le bastó un instante para darse cuenta de lo que había pasado y se levantó tambaleándose. No perdió el tiempo con recriminaciones.

—¿Cuánto hace? —preguntó, cruzando la estancia en cuatro zancadas.

—Ahora mismo —dijo Louis—. Aún puedes alcanzarla. ¡Yo te sigo!

Auxerre ya se había precipitado por la escalera de la posada. Louis salió de la cama, se vistió y se calzó a pesar de sus magulladuras y fue tras el capitán. En la mesa, Warin de Lonray se irguió trabajosamente y desenfundó su hacha. Esa noche había llegado la hora de probar sangre.

Hacía fresco en el recinto de la iglesia de Saint-André. Sentado en el murete de piedra que rodeaba el cuidado jardín, Hazim se envolvió firmemente con la manta que le había robado a Évrard y permaneció recostado en las sombras. No estaba orgulloso de haber hurtado la prenda al caballero, pero lo que le había dicho a Aalis era cierto: no sentía lealtad hacia él. Lo había tratado bien, mejor que muchos dueños con sus criados conversos. Hazim recordaba que en el sur su familia era rica y respetada por sus negocios, y que su madre sabía recitar hermosas canciones. Él no quería ser sirviente de nadie; sólo quería regresar a su país, en busca de los suyos. Tosió, nervioso. En la taberna, Aalis había aceptado en silencio el encuentro en la plaza de Saint-André, en las afueras de Chartres, para unir fuerzas y huir juntos. Si no cumplía su palabra, Hazim se vería en un apuro. No habría vuelta atrás para él, pues Évrard lo echaría de menos al despertarse, si no antes, y ninguna excusa lo salvaría de una buena tunda. A sus espaldas, Saint-André arrojaba una larga sombra. Sólo la clara luna le permitía distinguir las formas que pululaban por entre los parterres de hierbas y árboles frutales: gatos hambrientos husmeando en busca de ratas, y bisbiseos que tanto podían pertenecer a serpientes como a bandas de ladrones. Hazim se encogió aún más, deseando fundirse con la oscuridad. Sonaron unas pisadas

acercándose por el camino de gravilla que conducía a la entrada de Saint-André.

Aalis apretó el paso para evitar la pestilencia de la rue de la Boucherie. Los desperdicios y las mollejas que los carniceros y los comerciantes no habían podido aprovechar estaban amontonados por los recodos, mezclados con la sangre estancada y el barro. Aquí y allá, entre las vísceras, sobresalía algún pescuezo de gallina. No era una de las vías más concurridas de Chartres después de las horas de mercado, y por eso Hazim le había indicado que la siguiera, pero aun así Aalis se topó con varias mujeres envueltas en harapos y con los pies desnudos que hurgaban entre los montones y se guardaban algún pedazo de intestino con avidez. Estaban tan atareadas buscando que ni siquiera parecían molestarse en mirar la figura del monje que se esforzaba por no resbalar sobre el repugnante cúmulo de porquería que se deslizaba lentamente hacia el río. Una vez lo alcanzara, Aalis tenía que tomar el camino paralelo al afluente, en dirección al norte, hasta llegar a la iglesia. Faltaba poco, pues el aire estaba cada vez menos cargado de muerte. La brisa del valle era una caricia bendita después del insoportable hedor que acababa de atravesar. Se dispuso a seguir, tratando de no pensar en Auxerre. El murmullo del agua calmó sus sentidos.

La rue des Changes estaba desierta, como correspondía al lugar que los cambistas abandonaban una vez obtenidos sus pingües beneficios. Rodeaba el palacio condal, y era uno de los pasajes más privilegiados de Chartres, pues se encontraba bajo la protección directa de los guardias del conde. No podía ser de otro modo: los negocios que allí se cerraban eran mucho más delicados que las compraventas de caballos de la calle de atrás. Precisamente a causa de la vigilancia que rodeaba el distrito, Auxerre estaba casi seguro de que Aalis habría evitado cruzarlo. Como todos los fugitivos, iría dando un rodeo hacia las murallas exteriores en busca del campo abierto. Quizá hubiera sido más prudente buscar un cobijo para la noche y esperar a que fuera de día para mezclarse con las riadas de peregrinos que abandonaban la ciudad, pero el capitán llevaba persiguiendo a la muchacha lo suficiente como para adivinar que su primer movimiento no sería esconderse. Al contrario, no querría perder un segundo. Tampoco él pensaba hacerlo. Casi sin aliento, Auxerre descendió por el callejón, hacia el río. Desde allí podría rodear la ciudad y, de ser necesario, patrullar durante toda la noche por los muros de Chartres hasta encontrar a la joven. No podía concebir una nueva huida de Aalis, con su tormento de noches en vela y días sin luz. Y si tenía que recorrer todas las calles de aquella maldita ciudad para evitarlo, así lo haría. Un crujido se hizo eco de su determinación. Auxerre volvió la cabeza y echó un vistazo a sus espaldas. Aunque al caer la noche las rondas de vigilancia menguaban, se podían oír las llamadas al orden de los guardas que custodiaban los alrededores del palacio. Pero el «Alto ahí» que detuvo a Auxerre no procedía de ningún soldado del conde. Bastó que la luna rozara el hacha con sus rayos para que el capitán se pusiera en guardia. Warin de Lonray había aparecido, entre las sombras, y su expresión no

dejaba lugar a dudas.

—¿No podíais esperar, Warin? —exclamó Auxerre—. Sabía que no nos despediríamos sin cruzar nuestros hierros, pero de todas las noches habéis escogido la peor.

—Al contrario. Vuestra mente está partida en dos. —El bárbaro mostró los dientes—. Jamás seréis tan débil como ahora. Y llevo demasiado tiempo esperando.

Y con estas palabras, asestó el primer golpe. El filo del hacha mordió el hombro de Auxerre, pero éste se apartó a tiempo. Su espada estaba ya desenvainada, y Warin esquivó las dos primeras estocadas.

—No sois rival para mí, cobarde —escupió el capitán.

—Viviré más que un loco como vos. Sois de los que cometen errores —respondió Warin, golpeando con el codo en la cara a Auxerre. Dándole con el canto plano de su hacha en la espinilla, lo derribó. Acto seguido, descargó otro golpe de canto en las piernas del capitán. Warin sonrió satisfecho, y levantó su arma para abatirle de una vez por todas, pero el capitán logró rodar por el suelo y se irguió ayudándose con su espada. La nariz le sangraba abundantemente, y las rodillas apenas podían sostenerlo.

—Prefiero mil veces eso que vuestra vida de rata.

—Así sea —sentenció Warin, furioso—. Moriréis, y después os juro que esa maldita bruja también tendrá que enfrentarse al juicio del diablo.

Auxerre lo esperaba, erguido en el callejón, con su espada dispuesta, mientras el germano avanzaba hacia él balanceando su hacha. De improviso, el capitán rugió y se abalanzó contra su adversario, tomándolo por sorpresa. Al mismo tiempo, un ruido tambaleante se aproximaba: de repente, apareció un enorme barril rodando hacia ellos. Los dos se dieron la vuelta, sorprendidos. Warin se apartó, aunque sin perder el equilibrio, pero Auxerre aprovechó la fracción de segundo para clavar su hoja en el estómago del germano.

—Vete al infierno. Allí nos veremos, Warin —espetó con desprecio.

El rojo líquido empezó a manar a borbotones de la herida, empapando las ropas de los dos contendientes y derramándose en el barro de la calle. Warin se aferró a la camisa de Auxerre, teñida de su propia sangre, con su ojo azul fijo en la enorme luna que dominaba el cielo nocturno. Un terrible estertor marcó su último suspiro. El capitán esperó unos momentos para cerrarle el párpado y deshacerse de las manos agarrotadas del germano. Tardó un buen rato en poder levantarse. Estaba agotado.

—Pensaba que estabas confesándole, *compaign* —exclamó Louis.

—Ni un milagro hubiera podido limpiar su alma negra —dijo Auxerre. Se volvió hacia su compañero, y admitió—: La guadaña me ha rozado de cerca esta vez.

—Me hubiera gustado intervenir más caballerosamente —interrumpió Louis, señalando su espada—. Pero por el momento sólo hace las veces de bastón, y aún me bailan algunos huesos de la espalda.

—Gracias —repitió Auxerre—. Y ahora, vamos. Quizá estemos a tiempo.

—¿Qué? —preguntó incrédulo Louis—. No pretenderás alcanzarla. ¿Y Gauthier?

—¡Al diablo con Gauthier y que el demonio se lleve a los Souillers! —estalló el capitán—. Le hice una promesa a su padre, y otra a un anciano que acaba de perder a su pupilo. Son demasiados juramentos como para incumplirlos. —A continuación añadió, con una expresión más suave—: Y, además, Aalis y yo tenemos una conversación pendiente, y no hay manera de que nos dejen concluir en paz, pero por Dios que no pienso permitir que se me escape de entre los dedos otra vez. Por cierto, *compaign*, vuelve a contarme cómo huyó.

—No lo he hecho —dijo Louis, carraspeando.

—Ya lo se. —Auxerre sonrió, mientras se limpiaba la sangre y emprendía el camino hacia el río—. Ahora tenemos tiempo.

—Todo fue culpa del vino —adujo Louis con poca convicción.

Auxerre se echó a reír. No sabía por qué, pero esta vez estaba seguro de que Aalis sería capaz de arreglárselas sola hasta que él pudiera encontrarla. Y, entonces, ninguna ley humana ni divina podría separarlos.

Hazim y Aalis avanzaban con brío, ambos con la incertidumbre pintada en la cara. A pesar de que llevaba horas esperando a la muchacha, Hazim había abierto la boca, sorprendido, al verla emerger de la noche y plantarse frente a él en el jardín de Saint-André, tal como habían acordado. Por su parte, Aalis trataba de no pensar en las últimas horas, y en lo que dejaba atrás, pues de un momento a otro sus piernas y su valor flaquearían, obligándola a emprender el camino de vuelta. Afortunadamente, a un centenar de pies empezó a dibujarse el perfil de la Porte Drouaise, situada más al norte de la ciudad y una de las menos frecuentadas. Hazim se detuvo bruscamente y agarró el brazo de Aalis con firmeza.

—Ahora, cierra los ojos —cuchicheó. Sacó una estrecha banda de tela blanca y la colocó sobre los ojos de Aalis, atándosela por detrás. Luego, dejó caer la capucha sobre su cabeza—. Pase lo que pase, no te la quites ni digas nada.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—¡Confía en mí! —ordenó el muchacho—. Yo te guiaré.

Aalis obedeció. No era momento de dudas, y Hazim quería desaparecer y alejarse de Chartres tanto y tan rápidamente como ella. Durante un tramo interminable, Hazim la condujo por el camino, advirtiéndole de las piedras y obstáculos que debía sortear, o de la inclinación que se avecinaba en la ruta hacia las puertas de la ciudad. Entonces, se detuvieron. Hazim presionó el codo de Aalis, y ésta oyó al muchacho exclamar:

—¡Ah de los guardias!

Tras escucharse unos tremendos ruidos de goznes, una fuerte corriente de aire golpeó el rostro de Aalis. Levantó la cabeza, bebiendo el olor a campos y hierba que prometían libertad. También le llegó una mezcla de sudor, suciedad y cerveza, cuando otra voz gruñó:

—¿Qué demonios se os ha perdido fuera de la ciudad? La gente decente está durmiendo en sus casas a estas horas.

—Tengo que llevarla a Saint-Julien —dijo Hazim.

—¿A ésta? —Una mano grasienta tomó a Aalis de la barbilla, retirando ligeramente la capucha—. Qué lástima. No tiene mal aspecto. ¿Qué le ha pasado?

Aalis apartó la cara, asqueada. Aun sin poder verlo, el hombre que tenía delante le inspiraba repugnancia. Hazim respondió, con humildad:

—Un terrible accidente. Soy criado en la casa de su padre, y esta noche ha venido un vendedor de ungüentos. La señora ha comprado cremas para ella y para su hija. Cuando se las han aplicado, las dos se han llevado las manos a los ojos, gritando de dolor. Mi dueña ha salido mejor parada, pero ella ha quedado ciega.

Aalis bajó la cabeza, como si recordarlo le produjera una terrible pena.

—No es nada fea —repitió el guardia. Y bajó la voz para añadir—: Y sé de muchos a los que no les importaría nada este defecto.

—Mañana podréis hablar con su padre. Ahora me esperan las monjas de Saint-Julien, y luego debo regresar o me echarán de menos —replicó Hazim, rápidamente.

—Es una pena —rezongó el otro, señalando la puerta—. Me refiero a lo de que esté ciega.

Cuando pasó frente al guardia para cruzar el portón, Aalis se estremeció. Transcurrió un buen rato durante el que caminaron en silencio los dos, la joven aún guiada por el delgado brazo del árabe, hasta que Hazim por fin le retiró la tela.

—Ya estamos a salvo.

Aalis abrió los ojos, entumecidos por la noche helada y por el miedo que había pasado. Sonrió al muchacho.

—Hay que reconocer que no te falta ingenio.

—No es mérito mío. Aprendes a sobrevivir. —Hazim se encogió de hombros, aunque estaba claro que el comentario de ella no le había disgustado. Soplaba un viento gélido por el camino. A ambos lados, los campos de trigo y de pasto se extendían hasta el horizonte, sin ninguna edificación a la vista. Aalis se ajustó la capucha, y cruzó los brazos para protegerse del frío, mientras Hazim se tapaba lo mejor posible con la manta. Nubarrones oscuros presagiaban una noche de tormenta.

—Deberíamos encontrar un lugar a cubierto —dijo Aalis—. Y quizá un caballo.

—¿Es que no ves dónde estamos? ¿Cómo vamos a hacernos con un caballo? —replicó Hazim—. Aquí no hay nada, excepto tierra y cielo. Hay que ponerse en marcha y avanzar lo más rápido posible.

—Estoy de acuerdo, pero jamás lograremos escapar si vamos a pie —objetó Aalis—. Nos atraparían en un par de días.

—¿En tanto aprecio te tienen los que te persiguen? —preguntó Hazim, entre dudoso y burlón—. Évrard se lamentará un par de días para sacarle unas cervezas de balde a los taberneros, y luego se buscará otro criado. En una semana se habrá

olvidado de mí.

—Pues tienes suerte —repuso Aalis, gravemente—. De mí no se olvidarán ni mis enemigos ni los que me quieren bien. Ojalá pudiera decir lo mismo que tú, y que siete días bastaran para borrarles mi nombre de la mente.

—Dices eso porque jamás te han olvidado —dijo en voz baja Hazim. Y añadió, compungido—: Quizá tienes razón. Hubiera tenido que hacerme con un caballo en Chartres, pero sólo podía robarlo, y tenía miedo de que me detuvieran. No quise llevarme el de Évrard.

La joven asintió, comprensiva:

—No te preocupes, saldremos de ésta. —Pero ni su propia voz sonaba convincente. Transcurrió un instante, en el que sólo se oía el ulular del viento y el sonido de las bestias de la noche. Aalis frunció el ceño, y exclamó—: ¡Espera! Podríamos llegar hasta Saint-Julien. Allí acogen a ciegos, pobres y miserables, ¿no es cierto? Bien, pues eso seremos. Puedo volver a ser ciega, y hasta muda si hace falta. Al menos nos darán alimento y un lugar donde pasar la noche. No está lejos, ¿verdad?

Hazim la miró, sorprendido. Replicó:

—No es mala idea. Está a menos de una hora andando. Podemos turnarnos y yo seré el ciego esta vez.

—Mejor que sigas siendo mi criado —dijo Aalis con voz engolada y estirando el cuello. Ambos rieron, saludando a la noche y al peligro con la inagotable esperanza de la juventud. Sus carcajadas se deslizaron por los campos, como habitantes inopinados de la serena quietud. De común acuerdo, los dos echaron a andar, con renovados ánimos, siguiendo el curso del río.

Aalis levantó la mirada hacia la luna. En algún lugar de Chartres, Auxerre quizá estaría contemplando el mismo astro, tal vez en ese momento. Desde que cruzaran sus miradas en la cripta, Aalis no había podido apartar al capitán de su mente. En realidad no pensaba en él, pues ni siquiera tenía que recordarlo; su nombre estaba en sus labios, sus ojos en la mirada con la que recorría el mundo. Lo respiraba, lo sentía, con la misma inconsciencia que movía sus párpados o llenaba de aire su pecho. Era un regalo, y al mismo tiempo una maldición, pues aunque lograra huir y librarse de sus perseguidores, presentía ya que jamás podría desprenderse de ese sentimiento. Le había abierto las puertas de su alma sin dudarle, como al único inquilino allí bienvenido.

De pronto, notó en su cuello la áspera caricia del medallón de madera y oro, en el que aún guardaba una parte de su pasado, tan lejano que pertenecía a una extraña. El anillo de Sainte-Noire tintineaba contra la madera. La alegría que había paladeado al salir de Chartres se disolvió en su lengua como un dulce amargo. Ya fuera a causa de la luna de plata, o porque el aire frío le infundía valor y miedo al mismo tiempo, el peso del colgante se le hizo insoportable. Aalis tomó la cajita pulida y tiró firmemente de ella, rompiendo la fina correa de cuero que la mantenía atada a su

cuello. Arrojó el colgante al suelo, decidida, y no miró atrás.

Capítulo catorce

El capitán cargó su montura al hombro con un gesto de determinación. Sus profundas ojeras eran el testimonio de la larga noche pasada recorriendo las murallas de la ciudad en busca de la joven. Ni él ni L'Archevêque habían pegado ojo, y el amanecer los había sorprendido con las manos vacías. Habían regresado a la habitación de alquiler con los huesos molidos y las heridas de la noche anterior aún frescas. Louis se aplicó un paño humedecido en las sienes.

—Esto no me gusta —rezongó.

—Ya te he oído —replicó el capitán.

—Esa rata ha desaparecido como por arte de magia. —Señaló la estancia vacía con un ademán—. ¿Cómo sabemos que no ha ido en busca de la guardia del conde? ¿O a lloriquear en el regazo de algún antiguo protector? Nos traerá problemas.

Auxerre, de espaldas, dejó caer la silla y las cinchas con gran estruendo y se dio la vuelta. Cuando habló, el tono de su voz denotaba un profundo cansancio:

—No quiero perder un momento buscando a Gauthier. El verdadero peligro era Warin, y ya no hay de qué preocuparnos. Por de pronto, tenemos que recorrer de nuevo la muralla. —Detuvo las protestas de Louis—. ¡Ya sé que ayer no había ni rastro de ella! Pero no puede haberse desvanecido en el aire. De día, seguro que damos con algún indicio.

—Es una locura, Auxerre —dijo en voz baja Louis—. Podría estar a horas de viaje en cualquier dirección. Jamás la encontraremos.

—Tenemos las mismas posibilidades que cuando salimos de Sainte-Noire. Más aún, porque las puertas de esta ciudad tienen guardias con ojos y buena memoria, si sabemos hablarles bien y pagarles mejor —respondió el capitán. Y añadió, de mejor humor—: Seguro que serán mucho más charlatanes que los árboles del bosque de Mortagne. Vamos, Louis. ¡Es la primera vez que tengo que arengarte para que tengas fe!

—Me sobra fe, pero no tengo ganas de terminar en la cruz —replicó Louis, serio—. Y es la primera vez que te juegas nuestros cuellos, y no solamente el tuyo, sin consultarme.

El capitán miró de hito en hito a L'Archevêque, y ponderó largamente las palabras de su amigo. Finalmente, sentenció:

—Eres un embustero. —Puso la mano en el hombro de Louis y prosiguió, amable

—: Nos hemos jugado la vida por mucho menos, y sin tantos debates. Pero tienes razón. Esa alimaña nos puede traer problemas, y mientras buscamos a Aalis nada nos impide preguntar discretamente por Gauthier.

—*Ara t'escoti*. Cuando seas un anciano me lo agradecerás —suspiró Louis, aliviado—. Y en cuanto a Warin, yo no diría que un fiambre tirado en plena calle pase desapercibido, y menos un extranjero. Esto no es Marsella, al fin y al cabo.

—Deja de preocuparte: a estas horas no debe de quedar ni un jirón de ropa sobre su cuerpo que lo identifique. Terminará en la fosa común antes de que suenen vísperas, como el resto de borrachos que han tenido una mala caída esta noche —vaticinó Auxerre, mientras se dirigía hacia la puerta abierta—. Más tarde pagaremos una misa para apaciguar nuestras conciencias, si es menester. Aunque por librarnos de un demonio como Warin, creo que nos deben una a nosotros.

—Dios te oiga —apostilló Louis no sin piedad, cargado con sus enseres.

Los dos amigos descendieron por la escalera, sin percatarse de que un par de ojos no dejaba de observarlos desde el quicio de la habitación de al lado, hasta que sus sombras desaparecieron por el recodo. Cuando el ruido de sus pasos se hubo apagado, Gauthier emergió como un fantasma de su escondite, su rostro blanco, teñido por la rabia.

La hermana Agnès, venerable encargada de mañana en Saint-Julien, vaciló ante el joven árabe plantado frente a sus puertas. Jamás había visto a un hombre pintado, en los quince años que llevaba al servicio de la orden. Ciegos, mancos y tullidos, devorados por las fiebres y faltos de ojos, pies y dientes, eso sí: era el pan de cada día. Pero de los moros sólo había oído hablar a los veteranos que regresaban de Ultramar, perdidos en sus delirios y en sus maldiciones. Todos repetían horribles historias de desprecio a la Vera Cruz, y de la esclavitud y crueldades reservadas para los cristianos capturados. Por ese motivo, cuando abrió la mirilla profirió una sonora, y muy pecaminosa, exclamación. Era la primera visita del día y el hospital estaba en silencio, a pesar de que la mañana casi había concluido. Agnès observó a la muchacha que lo acompañaba: llevaba un vendaje sobre los ojos, y se cubría con un hábito ajado y maltrecho, demasiado grande para ella. Se apoyaba confiada en el brazo del chico. La morena faz seguía esperando, pacientemente. Los peregrinos que abandonaban Chartres no solían llegar hasta la noche, pero ambos temblaban de frío, como todos los que iban a Saint-Julien. La hermana reconoció las señales, y la fantasmiosa estampa de un moro sediento de sangre cedió frente a la realidad de los dos necesitados. Corrió el cerrojo para abrir la puerta, y dijo:

—Bien venidos a Saint-Julien. Seguidme, por favor.

Hazim inclinó la cabeza con agradecimiento, y estiró del brazo de Aalis con suavidad, tras los pasos de la hermana. Agnès enfiló el corredor derecho, hacia la sala de admisiones. Los dos jóvenes la siguieron dócilmente, hasta llegar a un amplio

espacio donde los ventanales recordaban los de una catedral, por su altura y amplitud, excepto que la luz derramada era blanca y clara, en lugar de multicolor. Largas vigas de madera sostenían una techumbre recia y sólida, y sendas hileras de camas estaban situadas contra las paredes. En un extremo de la amplia estancia, un hogar en el que crepitaban anchos troncos prometía calor y bienestar. Al fondo, varias alacenas custodiaban las vendas y las jarras que se utilizaban para el cuidado de los enfermos, cuya presencia era el único elemento que impregnaba de tristeza y lamentos la luminosa sala. Hazim no parpadeó, acostumbrado a la visión de la miseria humana, pero Aalis tuvo que hacer un esfuerzo por dominarse. A pesar de que no podía ver, pues sus ojos seguían cubiertos por el vendaje, o quizá precisamente por eso, los gemidos que llegaban desde todos los rincones eran como un coro de ángeles caídos, mortificados por la tortura. Las voces no tenían edad, porque las tenían todas: viejas gargantas temblorosas y desdentadas, que ya no podían articular su dolor y se limitaban a estremecerse y estremecer al que las oyera, y también jóvenes sollozos, de niños o adolescentes que aún no habían aprendido a hablar pero ya sabían suplicar por agua. Mujeres y hombres, mezclados en la tragedia de sus cuerpos desvalidos, y de fondo el siseo de las hermanas hablando entre ellas, o el rozar de sus hábitos mientras se atareaban preparando alguna cura. Desde un rincón surgió un chillido, que se deshizo en un susurro enloquecedor. Hazim enarcó una ceja.

—Es una amputación —aclaró Agnès.

—Creí que la orden sólo acogía a ciegos —dijo el chico.

—Así empezamos —afirmó la hermana—. Pero poco a poco la fama del hospital se fue extendiendo, y todos los infortunados de la región venían a dar aquí, sin que nuestra conciencia nos permitiera elegir entre los que debían ser aceptados y los que no. Terminamos por ofrecer consuelo a todo el que lo necesite, desde viajeros de paso hasta heridos graves y convalecientes.

—No os apuréis por nosotros —dijo Hazim rápidamente—. Sólo necesitamos un rincón para descansar y media hogaza de pan si os sobra.

—Pronto será la hora de la comida, y las hermanas repartirán sopa caliente y agua —respondió Agnès—. Espero que sea suficiente.

Ambos asintieron respetuosamente, aunque en su fuero interno Aalis hubiera pagado oro, de tenerlo, por un pedazo de carne o una cesta de manzanas. La hermana les hizo una seña para que se acercaran a la alacena, y sacó una plumilla tallada en madera y una lámina de cera. Apoyó la tablilla en la alacena y dijo:

—Por favor, decidme vuestros nombres y destino. —Y añadió—: Es para nuestro registro diario.

Hazim abrió la boca, desprevenido ante lo inesperado de la pregunta. La hermana esperó pacientemente y, como sólo obtuviera silencio por respuesta, estudió a los dos jóvenes con una mirada de interrogación. Aalis se dio cuenta de que algo iba mal, pues el silencio se prolongaba insoportable, y exclamó:

—Sylva es mi nombre, y este muchacho es mi criado. No recuerda nada de su

infancia. De hecho hasta hace poco era mudo. —Se calló de repente, abrumada por el estallido de mentiras que había brotado de su boca.

La hermana escribió laboriosamente el nombre de la joven, aunque su expresión denotaba un cierto escepticismo. Agnès había oído muchas historias durante sus interminables guardias, y las pérdidas repentinas de memoria frente al registro no eran nada infrecuentes. Se irguió con dignidad y les indicó una cama.

—Pues ahora habla muy bien. ¿Queréis que examine vuestros ojos? —dijo, estirando el brazo hacia la venda de Aalis.

—¡No! —intervino Hazim. Y prosiguió precipitadamente—: La herida es muy reciente, y debe descansar. Eso dijo el boticario.

—Ya —dijo Agnès—. Bien, hasta pronto.

Y sin añadir nada más, la hermana los dejó solos. En cuanto se hubo alejado lo suficiente, Aalis se sentó en el borde de la cama más cercana, mientras Hazim amontonaba sus enseres en un rincón. Evitando mirar a su alrededor, se acurrucaron en sus camas y trataron de descansar. De repente, un relincho resonó cerca, y Hazim levantó la cabeza, alarmado. Se levantó y miró por la ventana. Aalis preguntó:

—¿Qué sucede?

—Estamos cerca de los establos —respondió el chico pensativamente—. Y, por lo visto, las hermanas tienen caballos.

—¿Desaparecida? —exclamó—. ¿Y tampoco sabéis qué se ha hecho de Warin y Gauthier? Pero en nombre del Cielo, ¿qué demonios ha sucedido?

El abad de Mont-Froid siguió mirando a Auxerre y a Louis, incrédulo. La noche pasada en vela, rezando por el alma de Raoul, estaba pintada en sus ojos, más cansados que de costumbre. Sin embargo, después de reconciliarse con la voluntad del Señor, la viveza de su expresión volvía a ser la misma de siempre, y había saludado a los dos soldados con afecto cuando se presentaron en las dependencias de la catedral a la mañana siguiente. Ahora, al escuchar las noticias que traían, Hughes de Marcy empezaba a dudar de que su empresa llegara a buen término: si Dios disponía una y otra vez que la muchacha se desvaneciera, quizá no estaba escrito que Aalis desempeñara el papel que todos le atribuían. Se corrigió: no era el capricho ni el gusto irreflexivo lo que le habían impelido a unirse a la tropa de perseguidores de la joven, sino el hecho de que fuera la heredera legítima de unas tierras que podían cambiar la suerte de la contienda. A pesar de los acontecimientos recientes, y del doloroso final de su apreciado novicio, Hughes abrigaba la firme convicción de que su misión era justa, y haría todo lo que estuviera en su mano por conducir a la joven hasta el rey Enrique. Pero eso tendría que esperar. Estudió a los dos hombres, que permanecían callados. Auxerre tenía la vista fija en la pared que estaba a espaldas del abad, mientras que Louis se interesaba por el crucifijo que pendía encima de la puerta. Hughes no pudo evitar sonreír para sus adentros. En los soldados, el silencio

no siempre equivalía a obediencia.

—Tendréis que explicarme bien lo sucedido —dijo, benevolente—. Soy un hombre anciano y los misterios me desconciertan. Veamos: ayer, Aalis estaba con vosotros, y durante la noche desapareció. —En seguida precisó con intención—: Huyó.

—Así es —repuso Auxerre, lacónico.

—Sin más. No hubo ningún indicio que os hiciera sospechar.

—No.

—Cuando disteis con ella, ¿aceptó regresar a Sainte-Noire de buen grado? —apuntó el abad, acercándose a Auxerre.

El capitán guardó silencio. Se le apareció el dulce rostro blanco de Aalis, y volvió a probar la paz que había sentido en el momento en que sus labios se habían unido en la cripta. Todo acudía en tropel a su mente para atormentarlo. Al fin, frunciendo el ceño, dijo:

—Apenas hubo tiempo para hablar. Raoul apareció casi al instante, y luego todo sucedió muy rápidamente.

—Cierto. La noche de ayer estuvo cargada de excesos y desgracias —aceptó el abad. Sus ojos centellearon cuando prosiguió—: Sin embargo, cuando la vi no me pareció que estuviera retenida contra su voluntad.

—No lo estaba —dijo el capitán, impasible.

—¿Y a pesar de eso, a la mañana siguiente, sin una palabra, escapó? —preguntó Hughes, insistente.

—Así es —replicó Auxerre, inexpresivo. La aseveración le dolió profundamente. Nada de lo que se había dicho era tan cierto como que Aalis había optado por huir sin más, en lugar de buscarle y confiar en él. Era incapaz de reprochárselo después de todo lo que había sucedido, pero si volvía a tener la fortuna de encontrarla, vencería el miedo y la desconfianza que habían crecido en el ánimo de la joven, igual que había aprendido a doblegar sus propias dudas y remordimientos. Prefería romper mil veces un pacto manchado de codicia y crueldad, por muy sancionado que estuviera por Iglesia y familia, que renegar de la promesa que le había hecho a la joven.

Presintiendo que el capitán ya no era el mismo hombre que había dejado en Sainte-Noire, el abad de Mont-Froid frunció el ceño y alzó la voz:

—Se me hace que mentís, capitán —dijo—. Y no me queda más remedio que apelar a vuestro sentido del deber para que confeséis la verdad. Recordad la misión que se os encomendó, y decidme: ¿afirmáis no saber dónde se encuentra Aalis? ¿Pretendéis convencerme de que una mozuela ha vuelto a burlaros? —Esperó un instante para proferir, con suavidad calculada—: O quizá os espera en alguna posada segura, a que vayáis en su busca tal como habéis acordado...

—Abad. —El tratamiento resonó como un latigazo por la sala, y Auxerre sostuvo la mirada de Hughes, que por fin obtenía lo que había buscado durante su bizantino interrogatorio: quebrar el impenetrable silencio del capitán. Éste no lo ignoraba, pero

aun así sus palabras, medidas y a la vez desafiantes, salían de su boca como el restallido del metal—: Lo que más me importaba al principio del viaje era encontrar a Aalis viva, sana y salva. No he dormido en paz ni una sola noche, temiendo que cayera presa de bandidos, o devorada por una bestia salvaje. Cuando la vi arrodillada en el suelo de la catedral, comprendí que nada en este mundo es máspreciado para mí. —Y añadió, hablando más despacio—: Oídmeme bien: he dejado que las cosas se sucedieran tal como debían, según ley y orden. Llevé las riendas de la misión con lealtad y honor. Pero os advierto que, de ahora en adelante, no pondré en manos ajenas el destino de Aalis. Con una sola vez he tenido suficiente.

—¿Ni siquiera en las de Dios? —preguntó Hughes, severo.

—¡Sabéis bien que no fue Dios el que dispuso su matrimonio! Denigráis a vuestro amo si lo tacháis de casamentero —explotó Auxerre—. Una vez escuché vuestros razonamientos y acaté la voluntad de su padre, y le he sido leal hasta la extenuación, hasta olvidar que también debía respetar a la hija. No hice bien al no escuchar sus súplicas, y no volveré a cometer el mismo error.

—Está bien, capitán —dijo el abad. Su voz denotaba una resignada comprensión, y no parecía molesto por la diatriba de Auxerre—. Era consciente de lo que os pedía, y habéis cumplido con creces. No esperaba menos, ni tengo derecho a exigir más —terminó con un elocuente silencio, que el propio capitán se encargó de completar.

—Y, sin embargo, así lo haréis.

—Conocéis demasiado bien a este pobre anciano. —El abad abrió las manos, como si mostrando las palmas también quedara expuesta la pureza de sus intenciones—. Escuchadme y juzgad si lo que os propongo es justo o no.

Auxerre inclinó la cabeza, expectante. Hughes de Marcy, en lugar de lanzar un nuevo discurso, empezó preguntando:

—¿Estáis de acuerdo conmigo en que el regreso de Aalis es primordial para la continuidad de la estirpe Sainte-Noire y la paz de la región?

—No necesariamente —objetó Auxerre—. *Dame Jeanne* podría tomar nuevo marido. La nueva pareja gobernaría el castillo y garantizaría la estabilidad que tanto os preocupa.

—Bajo la amenaza constante de todos los pretendientes de sexto, quinto y cuarto grado de parentesco que quisieran enfrentarse a los derechos de una viuda cuyo origen está lejos de ser noble —replicó el abad—. Por no mencionar a los de Souillers.

—Quizá podría casarse con algún barón fuerte y provisto de dinero, que pudiera resistir esas presiones —aventuró el capitán. Y añadió, con acidez—: O incluso tomar a un Souillers como esposo.

—Tal vez —dijo Hughes—. Pero convendréis conmigo en que, si Aalis volviera a sus tierras, nadie discutiría su derecho de rango y de sangre.

—Es obvio que así es —concedió Auxerre, de mala gana.

—Bien. En estos momentos, es necesario un dueño incontestable en Sainte-Noire,

una mano que pueda decantar la balanza de la guerra a favor de unos u otros, o simplemente cerrarle el paso y ponerle fin. Pero no pienso hablaros de paz. Es tarde ya para eso. —Hughes se acercó a Auxerre, y el soldado de Ultramar reemplazó al abad. Su voz se intensificó como si llegara impulsada por los cálidos y despiadados vientos del desierto—: Poco importa el matrimonio de una joven, ni la estabilidad ni la tregua de Dios ni las ambiciones de los grandes. Os hablaré con las armas de la realidad, de desgracias tangibles y evitables. El castillo y los campos de Sainte-Noire están en juego, y allí quizá terminará librándose la batalla entre dos reyes. La herencia de Aalis saldría maltrecha de una guerra prolongada en ese territorio. Pensad en los ejércitos cayendo como langostas en los graneros, los saqueos sistemáticos de pueblos y mercados, los reclutamientos obligatorios que sangrarán a jóvenes y mayores, dejando a las mujeres solas para resistir, y recibir, al resto de las tropas que se derramen por la provincia como una putrefacción que todo lo consuma. ¿Es eso lo que jurasteis proteger para la descendiente de Philippe? —Y añadió, con intención—: Es una ironía, pues al huir y renegar de su herencia, Aalis pone en peligro su única carta de libertad: sus tierras.

—También se podría decir que estas tierras son en realidad las cadenas que la mantienen prisionera —replicó Auxerre—. Que desea alejarse de su legado porque le pesa como una losa al cuello.

—Sois un guerrero. ¿Me estáis diciendo que es preferible huir que luchar? —preguntó Hughes.

—¡Aalis no es un soldado! —exclamó el capitán.

—Todos somos soldados, en estos tiempos —dijo el abad con un hilo de voz, como si la discusión lo hubiera agotado súbitamente.

Un denso silencio los envolvió cuando las palabras del abad terminaron de resonar entre las paredes de la celda. Por el único hueco de la estancia empezaron a llegar los ruidos de la ciudad despertándose. Los crujidos, las carcajadas groseras y las llamadas de los comerciantes ambulantes en busca de clientes tejían un tapiz contra el que se recortaban las figuras de los tres presentes. Al cabo de un rato, Auxerre dijo, pensativo:

—No puedo prometeros nada. Pero no os ocultaré que mi intención será solamente asegurarme de su bienestar, allí donde esté. —La frase suscitó un amago de exclamación en el abad, y el capitán se apresuró a añadir con firmeza—: Haré lo posible por transmitirle vuestros consejos, eso es todo. Si no desea volver, nada haré por convencerla.

—Está bien —aceptó Hughes. Los años le habían enseñado a percibir cuándo una decisión era definitiva, y a no obstinarse en contra de lo irremediable, al menos por un tiempo prudencial—. ¿Necesitáis algo de mí? ¿Dinero, caballos?

—No —respondió Auxerre—. Contamos con suficientes reservas, y nuestras monturas están saciadas y nos esperan en la posada. Rodearemos las murallas durante el día de hoy en busca de Aalis, o de alguien que pudiera verla partir. Después, no sé

en qué dirección iremos.

—Entonces, sólo me queda desearos que Dios bendiga vuestro camino. —Hughes de Marcy extendió su mano. El capitán y Louis la estrecharon por turnos y, cruzando la celda, desaparecieron en la nave de la catedral.

Gauthier estaba de pie, temblando. Tragó saliva, mientras una criada remojaba con agua fría la frente arrugada y el cuello del viejo, que permanecía postrado en la cama. Aun a pesar de que el patriarca estaba impedido, y que su voz no era más que un estertor, su cara seguía siendo una máscara de odio, rematada por el fulgor de una alma negra que se sabe a dos pasos de la condenación eterna. Richer de Souillers se aferraba a la vida, no porque amara la fruta fresca de una primavera fértil, o el recuerdo de la carne de las mujeres que había forzado a lo largo de su vida impía, sino porque sabía que nada podía esperar: san Pedro no querría saber de él, y tampoco el Infierno le abriría sus puertas. Escupió la flema que corroía sus pulmones en la blanca vasija de porcelana que sostenía sobre sus rodillas inermes. La muchacha tomó el recipiente y salió de la sala, dejándolos solos.

—Maldito inútil. —Las primeras palabras del anciano resonaron en las orejas enrojecidas de Gauthier, no por esperadas menos hirientes—. Te di la oportunidad de volver a ser un hombre, de empuñar una espada en lugar de un relicario, y ¿qué haces? ¡Me deshonras, me cubres de vergüenza!

—Padre...

—¡Cierra la boca! ¿Y qué le diré al conde cuando pregunte por su precioso mercenario? —Richer tosió, la ira ahogándolo más que la dolencia que lo consumía—. Me hará pagar su peso en plata. ¡Inútil!

—Jamás tuvimos una oportunidad. Todo fue una trampa. —Gauthier silabeó por fin cuando el viejo terminó su diatriba—. Auxerre nunca tuvo intención de devolver a la joven. Tengo suerte de haber salido bien parado de ese nido de víboras.

—Ah. Es cierto, aquí estás, vivo y coleando. —Los ojillos malévolos de Richer se posaron en el semblante de su hijo—. Y dime, ¿qué debo hacer ahora que has regresado?

—Existe otro modo de coronar nuestras ambiciones. —Gauthier hizo acopio del poco valor que le quedaba. No todo estaba perdido, si el viejo se avenía a su plan. Durante la cabalgada de regreso a Souillers, había tenido tiempo para pensar; valía más olvidarse de la moza rebelde, enterrar esos días perdidos en busca de la fugitiva, relegarlos al baúl del tiempo desperdiciado. Recuperaría Sainte-Noire para su padre y para Souillers por otra vía. Otros labios más dispuestos, una mano más dócil serviría igual—. *Dame Jeanne*, la viuda de Philippe de Sainte-Noire, podría sustituir a la hija. No es sangre directa, pero si se une a Souillers en matrimonio nadie osará levantar la voz.

Desde la cama se oyeron unos ruidos entrecortados, como si una sierra cayera

sobre un tronco joven. La boca desdentada de Richer estaba abierta, y un hilo de baba le pendía por la barbilla. El viejo se apoyó en el codo para incorporarse e indicó a su hijo que se acercara a la cama. Cuando lo tuvo arrodillado frente a él, como una zarpa, su mano cayó sobre el hombro de Gauthier.

—Y dime, querido hijo. —Paladeó la pregunta—: ¿Crees que esa viuda me complacerá tanto como lo hubiera hecho la joven Sainte-Noire?

—Padre... —balbuceó Gauthier—. Con todos los respetos, pensaba desposarla yo. Al fin y al cabo, hay que garantizar la continuidad de la familia... *Dame Jeanne* y yo hablamos de todo esto antes de mi partida. Estoy seguro de que la idea le resulta agradable, y de ese modo el conde de Le Perche recibirá el homenaje que necesita por parte del castellano de Sainte-Noire.

Su largo discurso, ensayado durante su viaje a caballo, cayó en un vacío cargado de ominosos significados. Gauthier miró a su padre; el viejo se relamía los labios, como si apenas pudiera esperar a que el otro terminara. Cuando Richer por fin empezó a hablar, Gauthier se dio cuenta de que tenía la frente cubierta de sudor frío. Se limpió con su guante de montar, a pesar de que el olor de cuero mojado le resultaba desagradable.

—Has estado fuera demasiado tiempo; a veces basta una hora para cambiarlo todo. —Antes de proseguir, el patriarca observó la cara de su único hijo. Un velo de algo lejanamente emparentado con la piedad cubrió sus ojos durante un instante. Luego, Richer dijo lentamente—: Jamás debí apartarte del camino eclesiástico. Fue un error del que me arrepiento y al que pondré remedio. Volverás al servicio del arzobispo. No estás hecho de la materia necesaria para abrirte paso en el mundo.

—Pero... pero ¿qué será de nuestra familia? —graznó Gauthier, incrédulo, a medio alzar—. ¡Soy vuestro único heredero!

—Tomaré a *dame Jeanne* como esposa —replicó Richer. Escupió en el suelo, a falta de vasija—. Ella me dará descendencia.

Las risotadas de Gauthier estallaron como una lluvia de flechas, ciegas y desesperadas. Gritó:

—¡Estáis loco! No podéis pretender creer que aún tenéis la fuerza necesaria como para engendrar un hijo. ¡Miraos! Sois un cadáver, y los gusanos acechan vuestra muerte para infestarse con vuestra carne.

—Cierto. Ese hijo no será mío. Pero llevará mi nombre, y el conde Rotrou du Perche se cuidará de que su bastardo haga fortuna. Sangre nueva para una estirpe vieja. —La mueca sonriente de Richer erizó el cabello de Gauthier—. Has estado fuera demasiado tiempo, y *dame Jeanne* es una mujer lista. ¡Bah!, te olvidarás de todo en cuanto vuelvas con esos que llamas hermanos. Ése es tu verdadero sitio.

Richer se dejó caer, exhausto por el esfuerzo. Gauthier estaba completamente erguido, estrujando entre sus manos el guante sucio. Su cara había adquirido una palidez de ultratumba, como si el moribundo fuera él, y no el cuerpo carcomido que desde la cama se burlaba de su suerte. Las noticias se arremolinaban en su mente,

arrastrándolo alternativamente hacia la ira, la autocompasión, los celos y la impotencia, como eternos compañeros del baile infernal que era su vida. Una única imagen se abría paso, repugnante, entre todas las demás: Jeanne, en brazos del conde, y luego en el lecho de su padre, mujer de todos menos de él, de Gauthier. La sangre le hervía, y rugió sin palabras, ciego de blanca furia, cayendo sobre la cama. A horcajadas sobre el pecho roto del viejo, abatió una y otra vez el guante sobre el rostro de su padre, fustigándolo como si cada golpe fuera un desafío contra la figura que lo había castrado una vez condenándolo a ser clérigo, y que ahora quería privarlo de nuevo de su hombría. No sabía cuánto tiempo pasó así, azotando la boca del viejo, hasta que notó un líquido caliente manchando sus manos, y la carne abotargada de Richer de Souillers contraída en una última expresión desgarrada de odio y de sorpresa.

Gauthier se apartó del cuerpo con asco repentino. Sin embargo, cuanto más contemplaba la sangrienta efigie clavada en la cama, más crecía en su interior un frío convencimiento. Apenas un momento antes, su vida parecía condenada a pudrirse entre las paredes del arzobispado; ahora, todo podía suceder. Efectivamente, tenía razón su padre cuando había dicho que el mundo podía cambiar en una hora. Se oyó un ruido de porcelana rota a sus espaldas. La criada estaba de pie, temblando, con la vasija hecha añicos a sus pies. Gauthier saboreó su miedo. Se dio la vuelta, y ordenó:

—Haz venir un mensajero, ¡rápido! —Antes de que la joven pudiera escabullirse, Gauthier le puso la mano en el hombro, pasándose la lengua por los labios resecos—. Y no te olvides de volver.

Rotrou parpadeó. El día de audiencias no estaba resultando nada satisfactorio. La muerte de Warin era una molesta noticia, y la ausencia de la maldita hija de Philippe de Sainte-Noire empezaba a estropearle seriamente la digestión. No le había costado nada ganarse los afectos de la viuda Jeanne, pero era consciente del escaso valor que tenía el bastardo que estaba en camino, a menos que lograra la aquiescencia de un barón de la región. Ahora, el pacto que había establecido con Richer quedaba invalidado con la muerte del viejo. Todo su cuidadoso plan se desvanecía bajo el soplo de la inflexible realidad. El conde hizo un gesto, y el otro mensajero dio un paso adelante, entregándole una misiva con un sello de cera rojo. Cuando Rotrou puso sus ojos sobre las armas reales que encabezaban el rollo, su furia se apaciguó.

—Gauthier de Souillers solicita vuestra gracia —anunció un soldado.

Rotrou ladeó la cabeza, una señal inequívoca de buen humor. Decididamente, las cosas empezaban a ir mejor.

Cuando Auxerre empujó la puerta de la posada, un aullido de dolor saludó su entrada. L'Archevêque lo siguió, estirando el cuello, para no perderse detalle de la escena. El

comerciante de pieles estaba muy ocupado, pues con sendas manos sostenía una tabla de fregar de dos codos de ancho, con la que propinaba, o así lo intentaba, una paliza a su joven ayudante.

—¡Maldito desagradecido! —Resopló, agotado por el esfuerzo, y se apoyó en la tabla—. Así me pagas que te haya sacado de esa pocilga que llamabas hogar.

—¡Piedad, amo! Yo no quería... —lloriqueaba el muchacho, hecho un ovillo en un rincón y tratando de protegerse de la lluvia de palos con las manos.

El resto de la concurrencia contemplaba el incidente con feroz diversión, regándolo con bebida y alguna chanza, pero sin darle más importancia que a un combate entre gallos o canes, como los que solían organizarse en días feriados en la plaza de la catedral. La presencia de Auxerre y Louis no alteró un ápice la rabia del orondo mercader, que las emprendía de nuevo contra su víctima. El capitán se acercó al primero e intervino:

—¿Qué sucede, señor?

El otro le respondió, sin soltar el arma improvisada y señalando indignado hacia el rincón donde seguía refugiado su objetivo:

—Ese advenedizo, ese hijo de todas las furias, desgracia de su familia y vergüenza de su linaje, se merece que le rompa todos los huesos del cuerpo.

—¿Podrías tratar de ser más concreto? —preguntó inocentemente Louis.

El mercader lo obsequió con una mirada furibunda, y repuso, rojo como la grana:

—Ha extraviado uno de mis caballos. —Y se volvió hacia el joven, que estaba temblando como una hoja, dispuesto a seguir con la tunda.

—¡Decidlo todo, amigo! —gritó uno de los presentes, echándose a reír. El que había hablado añadió, dirigiéndose a Auxerre y a Louis—: Este tacaño no ha llevado sus animales al abrevadero del conde, para evitarse el impuesto. Se escabullía de noche para llevarlos al río y darles de beber sin pagar un centavo. Bueno, más bien mandaba a ese pobre. Y esta noche ha vuelto con una sola bestia en lugar de los dos caballos con los que ha salido. —Y añadió, dándose una palmada en el muslo—: Pero ¡al menos os habéis ahorrado los dos sueldos que costaba una medida de agua!

Un coro de risotadas acogió su última frase. El mercader apretó la mandíbula y se aproximó amenazador hacia su ayudante.

—¿Y cómo sé yo que no has vendido a mi querido *Poil Noir* por un puñado de monedas? ¡Judas! —Escupió.

—Vamos, vamos. —L'Archevêque trató de apaciguar al mercader.

—Por favor, amo, ¡por favor! —suplicó el muchacho, estirando los brazos. Su rostro, sucio y magullado, estaba surcado por las lágrimas y el miedo. Desesperado, temblándole los dedos, mostró el pequeño crucifijo de madera que colgaba de su cuello y se escudó tras él—. ¡Piedad, misericordia!

El mercader hizo respetuosamente la señal de la cruz, y acto seguido dio un paso adelante con el tablón en ristre. Entre dientes, dijo:

—Prepárate, ladronzuelo.

La concurrencia que, divertida, había jaleado al dueño del caballo se disolvió rápidamente, como si percibiera que había llegado el momento de la verdad, en que el muchacho terminaría molido a palos y ya no había lugar para bromas. Las miradas seguían aún al mercader, pero eran huidizas, blandas y sin vigor: demasiadas veces habían visto lo que se avecinaba, un siervo castigado por su dueño, como para interesarse por el resultado. Si el muchacho era fuerte, sus huesos resistirían. De lo contrario, daría con su pellejo en algún agujero olvidado, y mañana sería otro día. L'Archevêque y Auxerre eran la excepción: ambos permanecían clavados al lado del mercader, sin dar por cerrada la cuestión. Louis esperaba la señal del capitán para actuar, de ser necesario (y en verdad así lo parecía, pues el desventurado estaba rezando ya con la cabeza inclinada, su cruz pendida del cuello junto con el resto de sus pobres abalorios), pero Auxerre no se movía, como si un rayo invisible lo hubiera convertido en estatua. El mercader alzó la tabla y, cuan larga era, la descargó sobre la cerviz del muchacho, o así lo intentó, pues en el instante en que la madera iba a darle en la cabeza, la espada de Auxerre se interpuso y partió la madera en dos. Los dos pedazos cayeron al suelo y el agresor trastabilló, perdiendo el equilibrio y cayendo de rodillas al lado de su criado. Dueño y siervo levantaron la vista hacia el capitán, el primero indignado y el segundo incrédulo por su cambio de suerte. Habló el mercader, mientras el muchacho se apresuraba a murmurar un Ave María:

—¿Qué os pasa? ¿Por qué os entrometéis?

—Podéis hacer lo que se os antoje con el rapaz —dijo Auxerre—. Pero antes tengo mis propios asuntos con él.

Louis miró intrigado a su compañero. Su extrañeza persistió cuando el capitán apuntó a la yugular del muchacho, pero el semblante de L'Archevêque mudó de expresión cuando un hábil movimiento de muñeca de Auxerre reveló el hermoso medallón que pendía del cuello del siervo, arrancándoselo de un tirón. El muchacho lanzó una exclamación de dolor, mientras Auxerre se guardaba el colgante con reverencia. Escrutó la cara aterrada del chico, y preguntó sin dejar de empuñar su espada:

—¿De dónde has sacado esta joya? —Y añadió, acercándose al rostro del sirviente—: Si mientes, dejaré que ese de ahí muela tus huesos a placer. Y luego me encargaré de que no te entierren, para que los buitres y las bestias carroñeras tengan qué comer esta noche. Te doy mi palabra.

—¡Por caridad, señor, no soy un ladrón! —farfulló el chico, tragando saliva. Y prosiguió atropelladamente—: Estaba tirada entre la hierba. Relucía a la luz de la luna, y era lo más hermoso que he visto jamás. —Bajó la cabeza, entristecido.

—¡Así fue como perdiste mi caballo! Te distraes con el vuelo de un pájaro, ¡haragán! —exclamó el mercader, repuesto de la sorpresa y creyendo que podría contar con un aliado en la venganza contra su criado si jugaba bien sus cartas—. ¡No sólo eres mi perdición, sino que también has ofendido a este noble caballero!

—Te recompensaré bien si me dices la verdad —dijo Auxerre haciendo caso

omiso del borbotón de palabras del mercader y sin dejar de mirar al siervo—. ¿En qué lugar hallaste el medallón?

—Cerca del camino a Saint-Julien, al lado del río.

El capitán asintió, y sacó de su bolsa dos deniers de plata. Los puso en las manos del chico, que los contempló atónito.

—Si me has mentido, también cumpliré mi palabra. —El muchacho negaba vigorosamente con la cabeza, pero Auxerre y Louis ya habían desaparecido por la puerta, y se oían los cascos de sus caballos alejándose entre el tumulto de la ciudad.

Corría un aire fresco y cargado de olor a menta fresca, laurel y tomillo. Dejaron atrás el jardín del hospital y la herboristería donde se almacenaban los frutos de la labor de las hermanas y se escurrieron por la puerta del establo.

—No deberíamos estar aquí —murmuró Aalis, con la nariz tapada para no aspirar el hedor de paja seca, piel húmeda y orines que reinaba en el ambiente.

Hazim se encogió de hombros y avanzó con cautela. Sin volverse, preguntó:

—¿Qué prefieres, ir a pie por los caminos o cómodamente, a caballo?

—Prefiero que no me acusen de robar en un hospital de caridad —respondió Aalis—. Y no me importa caminar.

—Pues hasta que no pongamos tierra de por medio, yo no estaré tranquilo —dijo Hazim—. Évrard quizá me olvide pronto, o tal vez no. Todo depende de su humor y del dinero que haya en su bolsa. Y en cuanto a ti, sabrás mejor que yo si te conviene alejarte pronto de Chartres, o si puedes pasearte por los alrededores a placer.

Se calló de repente al oír un crujido cerca de la puerta del establo. Los dos se acuclillaron velozmente, ocultándose tras un abrevadero lleno de un líquido parduzco y maloliente. Los insectos que habían acudido atraídos por la humedad flotaban en la superficie. Aalis preguntó, susurrando:

—¿Queda muy lejos Troyes?

—Sin caballo, mula o asno, tal vez un mes.

Aalis ponderó la respuesta, y tuvo que reconocer la verdad de las razones de Hazim. Llevaban casi toda la tarde discutiendo, pero lo cierto era que ninguno de los dos podía permitirse el lujo de perder su preciosa y recién ganada libertad; y para eso, era esencial no dejar ningún rastro. Un caballo les permitiría prescindir de las posadas, y ocultarse mejor, pues podrían dormir al raso, protegidos por el calor del animal, sin temer al frío de las noches de otoño. Tampoco sería más costoso, porque podrían alimentarlo con la hierba de los campos que atravesaran y, una vez en la ciudad, venderlo para obtener ingresos. Era un pecado más, sin duda, en la larga lista que Aalis arrastraba desde que partiera de Sainte-Noire. Algún día, cuando alcanzara un lugar seguro, depositaría la carga de su alma en una larga confesión. Por el momento no podía hacer nada, excepto sobrellevarla y esperar la clemencia de la Virgen. Le estaba resultando difícil abrirse paso en el mundo real, fuera de los muros

de su hogar, sin romper una y otra vez los preceptos de la Santa Madre Iglesia.

—Está bien —repuso—. ¿Cuál te parece mejor?

—Ese de ahí tiene buen aspecto. —El animal que Hazim señalaba estaba en el extremo del establo, y tenía un brillante pelo negro y buenos cascos. Aalis se acercó y alargó la mano para acariciarle la crin. El caballo relinchó suavemente, mientras la muchacha tomaba la cuerda que lo ataba al poste y tiraba de ella.

Capítulo quince

En la tienda del monarca hacía frío, a pesar de que el suelo estaba forrado de gruesos tapices y de hierba fresca, recién esparcida. El fresco otoñal se abría paso entre las costuras de las telas, y eso no contribuía a mejorar el humor de Enrique. El rey agarró un muslo de pollo y lo mordió con ferocidad. El abad de Mont-Froid lo observaba impertérrito.

—De modo que habéis fracasado. —El monarca de Inglaterra escupió un hueso y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Podría decirse así, *sire*. Pero la derrota sólo llega cuando hay una victoria, y de momento nadie se ha hecho con el trofeo —repuso el abad.

—Es lo que sucede cuando se caza una maldita peonza en lugar de un ciervo —puntualizó Enrique maliciosamente—. A fe que pase lo que pase, esa heredera vuestra ha sabido burlaros. ¿O es que tenéis esperanzas de recuperar su rastro?

—Un hombre como yo jamás pierde la fe —repuso Hughes, aunque su ánimo era más escéptico de lo que quería dejar entrever. Lo cierto era que, con la abrupta partida de Auxerre y la desgraciada muerte de Raoul, se había quedado prácticamente sin nadie a quien recurrir para localizar a Aalis de Sainte-Noire. El Temple no era una alternativa bienvenida: los soldados de Dios eran eficaces, pero también implacables, y Hughes dudaba de que una vez localizada Aalis, éstos se avinieran a entregarle a la muchacha sin más si sospechaban que había una ganancia en juego. No le quedaba otro remedio que encomendarse a Dios y, para mayor seguridad, ponerse él mismo manos a la obra. Afortunadamente aún contaba con buenos amigos esparcidos por toda la región, puertas a las que llamar y favores que reclamar. Era esencial, no obstante, que Enrique bendijera sus propósitos. Sin la aquiescencia del rey, no tenía sentido tratar de contener la marea de la guerra que pronto se extendería desde Normandía hacia el norte de Francia. Sólo la voluntad de Enrique podía doblegar el desastre que se avecinaba. Un ligero escalofrío recorrió la espalda del abad, como si el soplo divino le advirtiera de un mal augurio. La expresión del rey de Inglaterra, y duque de Normandía y Aquitania, no presagiaba nada bueno; como si la tormenta de su reino le hubiera transformado la faz, oscureciéndole las pupilas y torciendo su boca en un rictus. Cuando habló, su voz también nació teñida de ferocidad:

—Yo no puedo descansar en ese lecho de fe y paciencia tan dulce, abad. Tengo que salir al amanecer, batirme para conservar el hálito de un solo día, y prescindir de

los escrúpulos. —Ante el silencio de Hughes, añadió—: Podéis olvidaros de vuestra heredera. He cerrado un trato con Rotrou.

—Entiendo —repuso simplemente el abad. El mundo frágil, futuro, que había tratado de construir se tambaleaba bajo el peso de la realidad, siempre más rápida y cruel que todas las estrategias.

—Él presenta las garantías que vos sólo me prometéis. Y pasea a su lado a una supuesta castellana de Sainte-Noire que obedece sus indicaciones —añadió Enrique. Como el abad siguiera en silencio, el monarca enarcó las cejas—. ¿Es que nada tenéis que decir?

—No es mi cometido calificar las sentencias de un rey —dijo Hughes.

—¡Pues hacedlo! —estalló Enrique, la sangre agolpada en sus mejillas, la ira hirviendo en sus venas. Sabía que había pactado con hienas; cada día miraba su escudo, soñaba con un león rampante cuya fuerza le evitara el contacto con las realidades más bajas de gobernar. Y cada mañana, el pulido espejo de plata reflejaba un semblante harto de luchar entre víboras, cansado de ser un rey contra todos pero incapaz, a la vez, de dejar de serlo. Había sellado una alianza con Rotrou, y volvería a hacerlo si eso le garantizaba la protección de Normandía. Pero el silencio cargado del abad de Mont-Froid, sus azules pupilas clavadas en el suelo, le devolvían la imagen de un león arrodillado y asaeteado de flechas ponzoñosas. Y no le gustaba—. Hacedlo, abad. Me habéis escuchado sin reparos, y ahora quiero pagar vuestra cortesía. Al fin y al cabo, no tengo muchas oportunidades de oír la verdad de boca de mis consejeros.

La nostalgia se pintó en la cara de Enrique, y la brisa que soplaba sin pausa pareció susurrar el nombre del antiguo canciller del rey. Hughes de Marcy no se dejó engañar por la súbita melancolía de su interlocutor; sin duda echaba de menos al compañero de fiestas y celebraciones, al sabio gobernante que había gestionado su reinado con mano firme. Ahora bien, era difícil olvidar el sangriento final que tuvo Thomas Beckett, precisamente por no complacer la terca voluntad de su amo; por no mencionar a la apasionada esposa que robó a Luis VII, y que ahora se pudría en una reclusión forzada en algún lugar del inmenso reino del Plantagenet. No era buena política oponerse a Enrique; ni siquiera cuando el propio Enrique así lo ordenaba.

—Ved mi dilema —empezó Hughes, inocentemente—. Lo que habéis decidido, hecho está, y no está en mi mano ni es mi derecho ponerle reparos. Sin embargo...

—Hablad —ordenó el rey.

—Se me ocurre que demostráis mucha generosidad con Rotrou —apuntó el abad—. Al fin y al cabo, desde hace años el conde de Le Perche se presta a proteger a vuestros enemigos, y cede el paso a las ratas que mordisquean la fértil Normandía cada vez que les volvéis la espalda. Su familia política está ahora mismo compartiendo el barro del camino con los que saquean vuestro reino. ¿Esperáis honor de alguien que os ha demostrado cien veces que sólo defiende su provecho?

—Me baso en su codicia para asegurarme su lealtad —interrumpió el rey—.

Porque le pagaré bien, sé que no me traicionará. —Y añadió, con una sonrisa cansada —: Si tuviera que limitarme a escoger aliados entre los puros de corazón, abad, tendría bien pocos amigos.

—Pero fieles hasta la muerte —replicó Hughes.

—Sí. Hasta en la muerte, fieles.

Un silencio pesado como una losa se interpuso entre los dos hombres, roto por fin cuando el abad murmuró:

—¿Qué haréis, pues? ¿Recibiréis vasallaje de Rotrou por Sainte-Noire?

—Al parecer, es más complicado que eso. —Enrique cerró el tema con un gesto de la mano. Tampoco tenía intención de desvelar su partida de ajedrez al abad; albergaba la sospecha de que éste guardaba uno o dos alfiles bajo su manga de clérigo —. Por el momento, me dirigiré a Rouen. Me exaspera el sitio que sufre la ciudad y me propongo ponerle fin. Cuando regrese a estas tierras, convocaré a todos los que quieran oírme hablar del final de la guerra. Espero tener una nutrida audiencia entre los barones del reino —terminó con una cierta sorna.

—Así pues, aún habría tiempo... —Hughes fingió vacilar.

—¿De qué? —Enrique frunció el ceño. No le gustaban las ideas a medio expresar. Lo obligaban a sentirse interesado por las palabras de los demás, y retrasaban la velocidad de sus decisiones.

—De encontrar a la heredera —repuso plácidamente el abad.

El de Plantagenet se echó a reír a mandíbula batiente. La tozudez del anciano le agradaba; reconocía en él algunos de sus propios rasgos, precisamente aquellos que consideraba virtudes.

—¿Os obcecáis en esta empresa? ¿Me prometéis una vez más a la castellana fantasma de Sainte-Noire? Desde luego, a estas alturas, pagaría por ver su dedo meñique. —Se dio una palmada en el muslo, y tomó un pedazo de carne. Se le había abierto el apetito.

—Digamos que seré vuestra mano izquierda; no es necesario que sepáis lo que estoy haciendo. Pero si, Dios no lo quiera, una fatalidad aconteciera, y vuestra mano derecha os fallara, sabéis que podréis acudir a mí.

—Decidme, abad: ¿qué fuego endemoniado mantiene viva esa llama vuestra? Os envidio profundamente —declaró Enrique, plantado frente al abad—. Y no me digáis que es la fe.

—Os confieso que Dios es un misterio que no logro desentrañar, y su aliento apenas me da fuerzas —dijo Hughes, su mirada azul anegada en dolor—. Pero en poco más de un mes he tenido que enterrar a un antiguo amigo, y a uno joven; he animado a una muchacha a condenar su alma en brazos de un viejo depravado, y hasta me las arreglé para convencer a un soldado que se hubiera cortado el brazo por ella de que su misión era arrastrarla de nuevo a un destino que a ambos les repugnaba. Comprenderéis que las alianzas con hienas y víboras no me resulten nada ajeno; entenderéis también que, por una vez, mi última vez, quisiera que los amigos

fieles y los puros de corazón fueran la respuesta a nuestras cuitas. —Inspiró profundamente y concluyó—: Dios me perdone: creo que trato de hacer lo correcto.

—Entonces os deseo que la dama Fortuna os sonría —replicó Enrique—. Pues sin duda habéis escogido el camino más largo y difícil.

El abad se limitó a inclinarse frente al rey y salió de la tienda sin decir nada.

María de Champagne bostezó, deslizando la mirada por la inmensa sala engalanada para la celebración del inicio de las ferias frías de Troyes, una ocasión para comerciantes y compradores de cerrar provechosos negocios; y aún mejor negocio para los condes de Champagne, pues del río de ganancias que se generaba en los mercados recibían también su parte. La enorme estancia era el corazón de la residencia que los condes poseían en Troyes. A lo largo de más de cuarenta pies de largo, vistiendo el ancho muro, pendían tapices azules y plateados, del color de las armas del conde, en los que se representaban escenas de la vida en la corte. A María le gustaba particularmente su última adquisición, recién traída de los talleres de Limoges: una hermosa estampa ribeteada en oro en la que un corro de damas bailaba en un jardín al son de la música y el canto de los trovadores. Se detuvo a admirarlo, tanto por su bello acabado como por la secreta complacencia que le producía contemplar una imagen en la que no había espacio para la guerra ni para las conmemoraciones heroicas, sino que era un jardín donde las victorias eran patrimonio de las damas. Desde que tenía uso de razón, María había querido que su propia corte rebosara el mismo espíritu de risas y bailes que le recordaba a su madre, la reina Leonor. Cuando apenas era una niña, la hermosa faz enmarcada con preciosos tocados desapareció de su vida y, entre los severos clérigos que aconsejaban a su padre, el rey Luis VII, y las tediosas horas de aprendizaje de las labores propias de una joven princesa, María se repetía una y otra vez que, cuando fuera mayor y dueña de un castillo, jamás se olvidaría de llenarlo de risas, fiestas y entretenimientos. Suspiró. Esa hora había llegado, y no estaba descontenta del marido que su padre le había asignado: Enrique el Liberal, como se lo conocía por todo Champagne, a causa de su generosidad y su sabio gobierno, que había llevado la prosperidad a la región. Era un buen hombre, ecuánime y paciente; María le había dicho que quería ser mecenas de artistas y poetas, y mantener una corte tan rica como la de reyes y obispos. Enrique había asentido, consciente de que la princesa que había desposado era también una mujer fuerte, capaz y ansiosa de volcarse no solamente en la descendencia que ya le había asegurado, ni en las interminables donaciones y prebendas a los monasterios y ávidas órdenes de frailes que siempre llamaban a la puerta de los condes, sino que también anhelaba ser recordada por las canciones de los trovadores que, al igual que su bisabuelo Guillermo de Aquitania, alabarían su gracia para que las generaciones venideras supieran de María, condesa de Champagne, y su corte de ensueño. Acarició el suave tapiz, y su ágil mente empezó a

enumerar lo que aún debía hacerse para preparar las fiestas que amenizarían las ferias frías. Por de pronto, mandaría a buscar más juglares, actores, músicos, malabaristas y trovadores; que los sacaran de las plazas, de entre el hormigueo de gentes que poblaba el escaso espacio libre entre los puestos de telas, sal, pescado, pimienta y cera. A sus poetas residentes no les agradaba que la condesa abriera las puertas del castillo a los juglares que viajaban con las ferias. Primero, porque acusaban a los truhanes de la calle de utilizar trucos vergonzosos, pues se envolvían en telas púrpura y usaban de pinturas y pelucas hechas con colas de caballos, y vestían sus recitados con esos y otros malabarismos. Pero la verdadera razón, que no se le escapaba a María de Champagne, era que cada nueva oleada de trovadores competía por un lugar al abrigo de la cálida corte, desplazando en ocasiones a los favoritos de la condesa. Esbozó un mohín de satisfacción. En realidad, parte del placer que le aportarían los recién llegados procedía de esa atmósfera de inquietud e incertidumbre que se extendería por el castillo, después de la primera noche de actuaciones, cuando nadie pudiera contar con la seguridad de su favor. Más tarde, el poder de la condesa se plasmaría en caídas en desgracia y generosos regalos para los afortunados.

—Sonreís como un gato se relame al ver un cuenco de leche, cuñada —dijo Guillermo de las Blancas Manos, entrando en la sala y tendiéndole su anillo.

La expresión de la condesa cuando se acercó a saludar al arzobispo de Chartres no podía ser más seráfica.

—Dejad que una dama se complazca en sus juegos inocentes, amigo mío.

—Sois afortunada al poder abandonaros a vuestros divertimientos en medio de las angustias que asolan el país.

—No habréis venido a sermonearme. —María le dio la espalda, negligente.

—Creedme que no es mi intención —se disculpó el arzobispo—. No quiero entreteneros. He venido para ver a Enrique. Debo tratar con él de un asunto de la máxima importancia.

—Id, pues —replicó impaciente la condesa—. Está en la colegiata, supervisando las obras de la capilla. Si podéis sacarlo de ahí, recordadle que esta noche su dama lo espera en la cabecera del banquete.

—Señora.

Guillermo había sido testigo de suficientes enfados femeninos, aun desde su condición de clérigo, como para saber que era hora de retirarse. El arzobispo cruzó la sala, la rica tela de su hábito rojo, una mancha violenta en el mundo de dulces colores con los que la condesa de Champagne había forrado las paredes de su castillo. Cuando el último crujido de la seda se hubo apagado, María hizo una seña. Uno de los criados que permanecía de pie, inmóvil, guardando la entrada, se acercó.

—Manda a la guardia al mercado. Que traigan a los trovadores, a los actores, a los artistas. —Frunció el ceño, dando un ligero golpe con su delicado borceguí en el suelo encerado de terracota—. ¡De prisa! ¡Traedlos a tiempo! Esta noche empiezan las fiestas de la Saint-Remi.

Antes de que hubiera terminado la frase, el criado ya salía por la puerta como alma que lleva el Diablo.

Gauthier de Souillers caminó decidido hacia el centro de la sala. Si había reparado en la figura femenina recostada a un lado, cerca de Rotrou, nada en sus facciones lo delataba. *Dame Jeanne* le devolvió el desaire con una mueca de desprecio. El conde de Le Perche asistía divertido al reencuentro del caballero burlado y la preciosa viuda. Era un buen título para una canción picante; tenía que recordarlo, para pedirle a su juglar que pergeñara una. Gauthier se arrodilló y pidió venia para hablar. Rotrou le concedió permiso. Las palabras que salían de los labios de Gauthier tuvieron dos efectos: la sangre de las mejillas de *dame Jeanne* huyó, tiñéndolas de blanco, y la sonrisa de Rotrou se hizo más y más grande a medida que las escuchaba. Cuando hubo terminado, la mujer apenas podía contener lágrimas de rabia, y el de Souillers empezaba a saborear su demorada venganza.

Enrique de Champagne midió meticulosamente, con la palma de su mano y una cuerda, la longitud del capitel.

—Es exacto —anunció.

El maestro arquitecto exhaló un suspiro de alivio. La cuadrilla de artesanos que esperaba con paciencia, armados con picos de madera y sus delicadas agujas de esculpir, también se relajaron visiblemente. El conde se deslizó ágilmente por la escalera, y se dejó caer en el suelo, plantando sus pies con firmeza. Al levantar la mirada, su rostro se iluminó:

—¡Guillermo! —Intercambió un abrazo con el arzobispo—. Me alegra verte. ¿Has llegado hace poco?

—Acabo de dejar mi caballo en tus establos —confirmó el otro.

—¡Cómo! ¿Mi delicado hermano, cabalgando campo a través? —El conde enarcó las cejas, limpiándose las mangas, que habían quedado cubiertas por una fina capa de polvo de mármol.

—No me quedó más remedio —repuso el arzobispo—. Tenía que verte.

Enrique se detuvo y escrutó el semblante de su hermano. La mirada grave de Guillermo cambió su talante en un momento. Apretó el paso. Cruzaron el patio aún a medio ajardinar de la colegiata, y subió la escalera que comunicaba la nave de la iglesia con las estancias privadas de los condes. Aquella edificación había ocupado buena parte de los últimos veinte años de la vida de Enrique: su propio mausoleo, una iglesia catedralicia dentro de los muros de su palacio de Troyes, al servicio de los condes de Champagne y de sus almas. Pronto podría celebrar allí una misa digna de un rey. En la planta superior, un criado había dejado preparada una tinaja llena de agua y una jarra con vino. Enrique se lavó cara y cuello someramente, tomó un trago

rápido y se volvió hacia su hermano.

—¿Qué ocurre?

—¿Y tú me lo preguntas? Llevas más de un año cruzado de brazos, permitiendo que tus vasallos se sumen a la conspiración contra el rey inglés, y oigo noticias de que poco te falta para hacerte a la guerra tú también. Esto no puede seguir así, Enrique.

—No puedo creerlo —interrumpió el de Champagne—. ¿Es que pretendes irrumpir en mi casa y ordenarme lo que debo hacer? No estás en tu diócesis. Ni siquiera el papa tiene derecho a mandar en mi política. —Calló, al ver la expresión contrita del otro, y añadió, más conciliador—: Además, deberías estar satisfecho. Me esfuerzo por permanecer al margen, por no prestar oído a las incesantes súplicas de Felipe de Flandes, ni a las bravuconadas de esos cachorros ingleses que tantas ganas tienen de desahuciar a su padre. De vez en cuando finjo no ver un batallón de Flandes desfilando por mis caminos, es cierto; y otras tengo que cerrar los ojos cuando mi suegro el rey saquea los graneros de mi comarca para persistir en sus inútiles sitios. Me cuesta, Guillermo, pero lo intento. Tú deberías conocerme mejor.

—Te creo —dijo al fin el arzobispo, más calmado—. Pero muéstrame entonces una prueba palpable de esa buena voluntad. ¿Has hablado con el enviado del rey Enrique? Hace más de una semana que salió de Chartres hacia aquí. ¿Qué habéis concluido?

—¿Y qué sabes tú de ese enviado? —interrumpió Enrique, inquieto.

—Yo le indiqué que viniera a conferenciar contigo —confesó Guillermo.

—Veo que no te aburres en Chartres —señaló irónico su hermano.

—Sabes que no siento ninguna simpatía por el rey Enrique. Pero eso no quiere decir que desee ver la sangre de ambos bandos regar los campos de este país —sentenció el arzobispo.

—Está bien, no te falta razón. —Enrique se encogió de hombros. Finalmente, admitió—: Walter Map está aquí, como huésped mío. No me resulta fácil tener a un espía inglés bajo mi techo, pero ahí tienes la prueba que buscabas. ¡Y anda libre, sin grilletes!

Guillermo de las Blancas Manos miró decepcionado a su hermano. A veces se le escapaba el sentido del humor de Enrique y otras lo exasperaba.

—¿Y traía un mensaje satisfactorio? —insistió.

—Ofrecía mucho, como es costumbre en el rey de Inglaterra —dijo Enrique. Se volvió hacia su hermano con una expresión de impotencia—. Pero ése no es el problema. Vamos, Guillermo. Sabes bien que nuestra familia siempre ha estado al lado de los monarcas de Francia. Y más ahora, cuando una hermana nuestra reina al lado de Luis VII. ¿Cómo podría presentarme en París después de beneficiar al Plantagenet? Pues así es como se vería un gesto como el que solicitaba maese Map.

—¿Qué te pidió? —preguntó Guillermo.

—Quería que se redactase una acta por la cual me comprometiese a expulsar

cualquier tropa de mis tierras. ¡Con mi sello condal! —respondió Enrique, con tono de incredulidad—. Eso equivaldría a atraerme la furia de todos los que ya están en guerra contra el rey Enrique. Y tampoco le resultaría útil, por otro lado. Si quiere mi neutralidad, tendrá que conformarse con este difícil equilibrio, que ya me está costando bastante mantener. Nuestro hermano Thibault no cesa de azuzarme a través de sus vasallos para que me implique en la contienda. Me anuncia la visita del conde de Le Perche dentro de unos días, supuestamente para conferenciar sobre este mismo asunto. —El conde exhaló un bufido—. Como si no tuviera suficientes problemas, con ese maldito inglés paseándose por mi corte.

—Rotrou no es más que un vasallo de rango inferior —replicó Guillermo—. Nada puedes temer de él.

—¿Es que no me has oído? —estalló el conde—. ¡Me preocupan todos, porque con ellos traen también sus endemoniadas conspiraciones! Esta telaraña en la que vivimos no me permite ni un segundo de tranquilidad.

—Lo siento, hermano —repuso Guillermo—. No era mi intención añadir más peso a tus inquietudes. Pero realmente creí que estabas en situación de hacer algo para evitar una contienda prolongada. Quizá pequé de ingenuo.

El conde de Champagne contempló a su hermano el clérigo con afecto. Guillermo siempre había sido un bálsamo para las tensiones, capaz de hacer negociar hasta a los más enfrentados enemigos. Sospechaba que si de algo pecaba Guillermo, aparte de una obvia tendencia a la gula, era del secreto placer que le proporcionaba que lo considerasen el único capaz de apaciguar una lucha entre leones. Sólo que, esta vez, probablemente ni Jesucristo reencarnado hubiera tenido éxito. Trató de animar a su hermano:

—Vamos, Guillermo. Olvidemos este desagradable asunto y trata de disfrutar de unos días de descanso. Troyes está hermosa como una novia de invierno.

El obispo de Chartres asintió, sin decir nada. Quizá Enrique tuviera razón, después de todo. Aunque desearía poder contar con el consejo del abad de Mont-Froid. Él, sin duda, sabría cuál era el mejor curso a seguir.

Cuando la hermana Hélène oyó el galopar de los dos jinetes a las puertas del hospital de Saint-Julien, supo, sin necesidad de que se lo dijeran, que venían tras los pasos de la misteriosa pareja que durante la noche se había esfumado, llevándose uno de los caballos del establo. De ordinario, ese robo hubiera soliviantado los ánimos de la monja, pero se daba la circunstancia de que el animal no pertenecía a la manada propiedad de la orden, sino que, igual que los dos jóvenes, había llegado desde los campos, trotando y cansado, buscando refugio en el hospital. Así pues, un singular equilibrio se había restablecido en el mundo, pues un caballo había encontrado amo y dos viajeros necesitados disfrutaban de una montura. Ningún mal se había hecho, y todos habían salido con bien. Ahora, al escrutar el rostro de los dos hombres que

descabalgaban, la hermana Hélène dudó acerca de cuánto debía callar, y de si responder a las preguntas que le harían traería consecuencias nefastas para los dos fugitivos. Como si estuviera respondiendo a una pregunta muda, uno de los dos jinetes se adelantó; de su cuello pendía un medallón labrado. Lo llevaba como si fuera una losa y, a la vez, el objeto más precioso del universo.

—¿Podéis darme razón de una pareja de peregrinos? Venían de Chartres, y buscamos su rastro. —Como la hermana guardara silencio, el hombre añadió—: No les deseamos mal alguno. Os lo juro.

La mujer se quedó en silencio, contemplando al caballero que ostentaba el medallón. Sus ojos eran páginas de un libro escrito con fuego, agua y dolor. La hermana Hélène empezó a hablar.

Walter Map se inclinó sobre el códice, estudiándolo atentamente. Los demás monjes de la biblioteca lo observaron a él, a su vez. El clérigo era consciente de que desde que había puesto pie en la corte del conde de Champagne, una nube de suspicacia lo había seguido por doquier. Por educación, los cortesanos enarcaban una ceja cuando lo oían hablar de los maravillosos manuscritos que había podido examinar durante sus viajes, pero Walter no ignoraba que su coartada se volvía más endeble a medida que pasaban los días y llegaban noticias de los mil combates que Enrique se veía obligado a librar contra sus hijos y otros enemigos. Apenas hacía dos días un mensajero había anunciado el fin del sitio de Rouen, con una vergonzosa derrota más para el rey Luis. Los asistentes al banquete en que se había leído la proclama prorumpieron en vituperios contra Enrique de Plantagenet, pues la condesa de Champagne era hija del rey de Francia. Alrededor de Walter se había hecho un despreocupado silencio. Si el conde acogía a ese misterioso clérigo en su casa, el conde sabría por qué. La política era su terreno, y nadie se inmiscuía en él. Los demás sólo se ocupaban de reír, cantar y celebrar las gestas de sus héroes, entre los que no se encontraba el monarca inglés. Pero eso no significaba que no pudieran convivir en paz con Maese Map. Le habían dado la oportunidad de visitar la rica biblioteca de los condes, y Walter había aceptado. Pronto dejaría atrás la placentera vida de la corte de Troyes.

—Un ejemplar único —anunció, irguiéndose—. Desearía estudiarlo con más detenimiento.

Los monjes murmuraron, escépticos. Walter Map los contemplaba con una expresión seráfica. Desde el fondo de la sala dos figuras se aproximaron al corro de clérigos. Walter reconoció a uno de ellos, e inclinó la cabeza respetuosamente. Los demás volvieron la vista hacia los dos recién llegados y se apresuraron a imitarlo. Guillermo de las Blancas Manos sonrió, negligente, y dijo:

—Maese Map, permitidme que os presente a un buen amigo.

Walter mostró su semblante más indescifrable. Ignoraba a quién consideraba

como amigo el obispo de Chartres, pero no estaba seguro de que lo fuera también suyo. El abad de Mont-Froid dijo:

—Tenemos mucho de qué hablar, vos y yo.

Auxerre y L'Archevêque cruzaron la puerta de Troyes a trote ligero. El fuerte viento que soplaba entreabría la capa del capitán y, de vez en cuando, su mano reposaba un segundo en el pequeño receptáculo de madera que golpeaba su pecho, para volver rápidamente a la brida, como si fuera un gesto inconsciente, igual que espoleaba su caballo o vigilaba las caras borrosas de los que se cruzaban en su camino, por si una de ellas fuera el óvalo blanco que buscaba. Desde que alcanzaran el hospital de Saint-Julien, la suerte los había sonreído, o al menos la esperanza no los había abandonado en ningún momento. En cada humilde posada, en cada abrevadero, se detenían, sólo para confirmar que la pareja de peregrinos y su negro caballo habían pasado antes por allí. No resultaba extraño que los recordaran entre los innumerables visitantes que recorrían el camino hacia las ferias de Troyes. A pesar de la mescolanza de naciones y mercaderes que transitaban por los caminos de Champagne, un árabe seguía llamando la atención, primero por lo desacostumbrado de su piel y segundo por el hecho de que viajara en compañía amigable de un cristiano.

—¿De dónde habrá sacado a un moro? —preguntó L'Archevêque, distraídamente—. No se puede decir que sea un movimiento inteligente. Es como ir envuelto en un paño rojo en plena celebración del Albis. En fin, mejor para nosotros. Será más fácil encontrarla.

—Espero que alguna vez se cumplan tus predicciones —replicó Auxerre—. Porque hasta ahora no hemos tenido mucho éxito.

—Su padre supo criarla bien —reconoció L'Archevêque—. Hizo de ella una verdadera luchadora, digna descendiente suya.

—No sólo él —cortó Auxerre—. Aalis es hija de una dama que valía un imperio de Oriente. Una flor trasplantada a nuestra tierra de rocas, y que dio a luz una piedra preciosa, dura y a la vez resplandeciente.

—¡Demonio! Tu vena poética ha resucitado —exclamó Louis—. Deberías advertirme antes de abandonarte a tales explosiones de pasión.

Aunque su tono era de chanza, estiró el brazo para poner una mano en el hombro de su amigo. Auxerre asintió, como si con ese gesto se hubieran transmitido mil palabras más.

Capítulo dieciseis

El flautista emitió una finísima nota sostenida, que se deslizó como un hilo entre la concurrencia, capturando la atención de los paseantes, y hasta logró que un vendedor de leche ambulante volviera la cabeza, derramando un poco de su preciada mercancía. Al punto, dos gatos se abalanzaron sobre el charco de líquido blanco, lamiéndolo con fruición. Las maldiciones del vendedor aún no se habían apagado, y cuando parecía que se iba a reanudar el ajetreo habitual que caracterizaba cualquier rincón del mercado de Troyes, otro sonido cautivó a los asistentes, un canto nacido de garganta humana, pero tan dulce como si descendiera del coro de ángeles de la Virgen. El jovencísimo cantor se lanzó a tejer una melodía. Durante una pausa eterna el tiempo quedó suspendido, los negociantes se turbaron, hechizados, y el dinero fue incapaz de cambiar de manos, pues nadie osaría cerrar un trato ante una aparición divina, o durante una misa solemne. Terminó, y una sensación de desconuelo invadió a los presentes, la misma que se tiene al tener que abandonar el cálido cobijo de una manta en pleno invierno. Otro sonido reemplazó la canción, uno mucho más prosaico y desacostumbrado, a pesar de las riquezas que fluían por aquellas calles: el tintineo de las monedas en el platillo de madera que llevaba la pareja para recoger los donativos de la gente. El espigado músico y su compañero recibían su recompensa sin dejar de ejecutar extravagantes reverencias que arrancaban carcajadas al grupo de caminantes que se había distraído con ellos. En un poste cercano, un hermoso caballo negro piafaba, intranquilo a causa del río de seres, animales, bolsas y paquetes que se arrastraba hacia la feria.

—No sabía que supieras cantar —cuchicheó Hazim mientras volcaba el tintineante contenido del plato en las alforjas que pendían del animal.

—Solamente tonadas que me enseñó mi madre —repuso Aalis—. Jamás se me había ocurrido cantarlas delante de nadie.

—Pues ve refrescando tu memoria. Gracias a ellas podremos comer caliente y hasta buscar un rincón donde dormir frente a un fuego —declaró Hazim satisfecho, después de contar lo recaudado.

Aalis trató de corresponder a la alegría del muchacho. Les había costado mucho llegar a Troyes, a pesar de la montura que se llevaran de Saint-Julien. Aalis no quería ni pensar lo que hubiera sido el viaje a pie; pero lo cierto era que, aun con un caballo, el trayecto había sido caro y extenuante, y había consumido sus últimas reservas de

dinero, de modo que, al cruzar las murallas de la ciudad, se encontraban a la cuarta pregunta y sin posibilidad de reponerse del viaje en una posada, o de alimentarse con algún mendrugo de pan remojado en sopa caliente. El primer día habían merodeado por turnos por los barrios comerciales, en busca de alguna tarea que les permitiera sobrevivir. Uno de los dos tenía que quedarse con el caballo, ya que no podían permitirse un establo, y de momento el animal era su bien máspreciado. Primero probó suerte Aalis, de común acuerdo, bajo la sospecha de que un cristiano se ganaría antes la confianza de los tenderos que un muchacho árabe. Y así había sido, pero a las pocas horas de recorrer el distrito de Saint-Remi Aalis se dio cuenta de que por cada trabajo había diez mendigos o desgraciados tan necesitados como ella o más, y lo único que consiguió fue un par de monedas después de limpiar, más mal que bien, cuatro piezas de piel recién desollada, en uno de los establecimientos de la rué de la Grande Tannerie, donde el insoportable hedor de los curtidores ahuyentaba hasta a los más desesperados. Cuando regresó, agotada y maltrecha, al cabo del día, Hazim dijo, tapándose la nariz:

—Mañana probaré yo.

Y había desaparecido al amanecer para regresar a mediodía, con las manos vacías excepto por una flauta, bellamente decorada. Aalis se abstuvo de preguntarle nada respecto al origen del instrumento; al fin y al cabo, el ojo morado que ostentaba, visible aun a pesar de su piel oscura, era suficiente explicación. Llevaban un día y medio instalados en un cruce de la Grande Rue, y no les había ido nada mal: habían obtenido lo suficiente para alejar el fantasma del hambre, y para proporcionarle forraje al caballo. La primera vez que Hazim empezó a tocar, al principio tímidas notas y más tarde toda una melodía de reminiscencias exóticas, Aalis se limitó a dar palmadas al ritmo de la música para animar a los paseantes. Pasaron las horas, y Hazim tuvo que ponerse de cuclillas para descansar. Mientras el muchacho reposaba, bebiendo cortos tragos de agua traída del canal Trévois, antes de emprender una nueva actuación, Aalis tataba canciones sin letra que acudían a sus labios, desde el fondo de su memoria. Poco a poco llegaban también las palabras que iban de la mano de la tonada, encajando con una perfección que sólo ella recordaba. Una suavidad familiar la envolvió, reconfortándola, en mitad del tráfico de gentes que pasaban sin reparar en ellos.

*No sap chantar qui so non di
ni vers trobar qui motz no fa,
ni conois de rima co's va
si razo non enten en si.
Mas lo mieus chans comens'aissi,
cora pluz l'auziretz, mais valra, a, a.*

Cuando terminó la primera estrofa, y el ruido del mercadeo volvió a llenar sus sentidos, Aalis se sintió en paz, como si acabara de sumergirse en un estanque de

pureza y las manchas de barro y dolor que arrastraba en el alma también hubieran quedado atrás. Abrió los ojos, pues los había cerrado; Hazim la observaba con curiosidad y una mezcla de incredulidad, y le mostraba la palma de la mano. Varias monedas de *sou* relucían, alegres como la risa del árabe.

Renaud de Ferrat caminaba con la alegría de un hombre que acaba de ganar una pequeña fortuna: a grandes zancadas, con una hilera de dientes asomando a modo de sonrisa, y con las manos sosteniendo su bolsa firmemente. Las pieles que tanto le había costado transportar hasta Troyes por fin le habían dado un beneficio. Unos proveedores del obispo las habían sopesado y manoseado, incansables, buscando una tara, una mancha, algún agujero por el cual obtener un precio a la baja. Habían dado su brazo a torcer hacia sextas; a esa hora, la mitad de los demás comerciantes de pieles ya no tendría género, y cuanto más tiempo perdieran, más menguaban sus posibilidades de adquirir el material a buen coste. Y no había pieles tan immaculadas en la feria como las que llevaba Ferrat, fruto de sus denuedos con los bárbaros cazadores del norte. Paseando entre la algarabía que se desbordaba por las calles de Troyes, se dirigía a la casa que los mercaderes venecianos poseían en la ciudad, para reunirse con su criado y cerrar cuentas. Saludó benevolente a un par de cantineras de turgentes pechos que salían a captar clientes, y se dijo que por la noche bien se merecía una placentera visita por esos andurriales. Su viaje había tenido éxito, aunque no había empezado de forma tan halagüeña. El percance de Chartres le había costado un disgusto, pues el extravío de un caballo no era asunto de poca monta: se había visto obligado a alquilar una mula para poder transportar todo su género, y a pesar de que molía a palos a su criado con regularidad, en concepto de castigos atrasados, la pasajera satisfacción que eso le producía no conseguía atenuar la pérdida del caballo. Un animal de pelo oscuro, prácticamente árabe (o así se lo habían vendido), capaz de pasar días comiendo hierba seca y bebiendo agua embarrada. Un ejemplar digno de un rey: le parecía verlo aún, relinchando con orgullo, sus fuertes patas golpeando el suelo. Renaud se detuvo súbitamente. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y los cerró otra vez. No era un sueño. Allí, atado a un poste, manso como un corderito, estaba su añorada posesión. Apretó el paso hacia la esquina, y se plantó frente al animal.

—¡Milagro! —exclamó con fervor.

Alargó la mano para tomar las riendas del caballo.

—Excusad —interpeló una voz a sus espaldas—. ¿Qué estáis haciendo?

Gui soltó un juramento, cansado. Las expediciones en busca de artistas callejeros para la corte de la condesa estaban a la orden del día en época de ferias, pero cada vez era más difícil contentar el caprichoso carácter de la dama. Cuando llevaban

malabaristas, quería juglares, y si alguno desafinaba o tocaba con once dedos, entonces pedía actores y poetas, que terminaban por aburrirla con largos versos sobre la historia de los héroes de la Antigüedad. Sin embargo, sabía bien que no podía volver al castillo sin un par de voluntarios; la condesa no lo hubiera permitido. Afortunadamente, había siempre nuevos candidatos que, al distinguir la enseña plateada y azul de Champagne que pendía de su silla, se lanzaban desenfrenadamente a ejercer sus artes, con la esperanza de que el guardia del castillo se detuviera y les hiciera una seña para reclutarlos.

Gui observó detenidamente a dos malabaristas que hacían voltear pesadas mazas de madera en el aire, en el centro de un corro. El espectáculo era vistoso, pues los dos artistas se habían esmerado con sus trajes: en los habituales colores verdes, rojos y amarillos, habían bordado aquí y allá unos pocos y finísimos hilos plateados, que brillaban al sol y conferían originalidad al conjunto. Sin embargo, Gui sabía que a la condesa no le complacían en exceso las actuaciones físicas —recordaba sus bostezos de la temporada anterior, frente a dos esforzados bailarines del norte que, a pesar de sus prodigiosas piruetas, pronto fueron despedidos de palacio— y que en cambio favorecía a los que declamaban poesía o componían melodías. Soltó un bufido. Estaba cansado de recorrer Troyes arriba y abajo. No era fácil encontrar juglares ingeniosos o buenos poetas: si así fuera, los obispos y los príncipes no pagarían tan buenos sueldos para que los mejores trovadores se quedaran en sus cortes, y disfrutar de su hábil ingenio. Unas palabras bien trenzadas o una dulce tonada podían convertir una cena ordinaria en una velada memorable, teñida con el recuerdo de las gestas heroicas de un Alejandro, o los amores desgraciados de un caballero y su dama. Pero por cada diez acróbatas, saltadores o trapevistas que Gui encontraba a puñados en los alrededores de la Grande Rue, sólo lograba dar con uno o dos buenos trovadores. Y, a menudo, ni siquiera éstos estaban a la altura de los poetas residentes de la condesa. Se dio la vuelta y reemprendió la marcha, ascendiendo por la vía principal de la ciudad. Tocaron nonas, y aceleró el paso. Pronto tendría que regresar al castillo, y volver con las manos vacías representaría perder un día entero. A medida que se acercaba a la iglesia de Saint-Jean-au-Marché, crecía su intranquilidad. Poco a poco, sin embargo, su ánimo fue calmándose como por ensalmo. Por encima del griterío de humanos y animales, se abría paso una suave pieza, un poema a medias entonado y narrado, con la única música de una flauta por todo acompañamiento. Era como una lluvia fresca cayendo sobre la tierra y a la vez emergiendo de ella. Una ancha sonrisa se extendió por el rostro de Gui, y avanzó decidido hacia el origen del son.

—Este caballo me pertenece —afirmó Ferrat, indignado—. ¿De dónde lo habéis sacado?

Hazim y Aalis intercambiaron una mirada, inquietos. El hombre que los interpelaba no tenía aspecto de ser un fullero tratando de aprovecharse de dos recién

llegados; al contrario, sus ropas estaban limpias y eran de buen paño, y su oronda panza era prueba palpable de que no pasaba penurias. Colgaba de su cintura una bolsa que, a juzgar por su peso, le daría buenos rendimientos durante el invierno. Tenía, en definitiva, la apariencia de un mercader. No había ningún motivo para que iniciara un altercado por el caballo de unos artistas ambulantes, a menos que realmente fuera el suyo. Por otra parte, hasta que no reunieran una cantidad suficiente, el animal era la única seguridad con la que podían contar, pues si menguaba la generosidad de los viandantes, siempre les quedaría la opción de venderlo. No les hizo falta formular estos pensamientos en voz alta: los dos sabían ya lo que era el hambre y el frío, y las dificultades a las que se verían enfrentados si perdían el caballo. Les bastó una mirada para decidirse. Mientras Aalis se recogía apresuradamente los faldones del hábito y se izaba sobre el caballo con agilidad, Hazim exclamaba con una amplia sonrisa:

—Sin duda os confundís, maese. Venimos de un largo viaje, y este animal es una herencia familiar. ¡Que tengáis un buen día!

Y desatando las riendas del caballo, hizo ademán de alejarse como si tal cosa. Sin embargo, Ferrat descargó su mano en el hombro de Hazim, deteniéndole:

—No tan de prisa, ladronzuelo. —Y acto seguido, a pleno pulmón, gritó—: ¡A mí la guardia de ferias! ¡Al ladrón! ¡Mi caballo!

La febril actividad de las calles comerciales de Troyes no se detenía por cualquier nimiedad. Un robo capturaba siempre el interés de las comadres y los vendedores, pues nada hay más fascinante que asistir a los forcejeos de los demás, pero en un solo día se oían cien alarmas similares de desprevenidos visitantes que descubrían la mano larga y los dedos aún más largos de los profesionales del robo que solían acudir a las ferias como moscas a la miel. Así, bolsas de monedas, paños, pieles y hasta sacos de grano y algún que otro animal de granja desaparecían de la vista de sus legítimos propietarios sin que éstos pudieran hacer nada, excepto quejarse al conde y recuperar una parte del valor de su mercancía. Sin embargo, era más escasa la oportunidad en que el hurto se descubriera cuando el ladrón aún estaba manos a la obra. Y, por si fuera poco, en este caso el objeto en cuestión no era pequeño, ni de poca importancia: un caballo, nada más y nada menos. La llamada de Ferrat atraería pronto a los guardias de la feria, que apenas ese mismo año el conde de Champagne había nombrado para mantener el orden y garantizar la seguridad de las transacciones. Los dueños de las tiendas cercanas se acodaron en sus ventanas, dispuestos a no perderse detalle. Algunos paseantes buscaron un hueco donde acomodarse para asistir al desenlace, y una matrona sacó una zanahoria de su cesta, mordiéndola con apetito. Una pandilla de chiquillos rodearon a la pareja y a su acusador, sumándose al bullicio de los perros famélicos que ladraban, como si se añadieran al espectáculo. Ferrat agarraba las riendas del caballo y, al mismo tiempo, sujetaba a Hazim, que se debatía en vano. El caballo relinchaba, nervioso por la algarabía, mientras Aalis trataba de apaciguarlo, sin éxito.

De repente, el corro de gente que asistía a la escena se esponjó y se alborotó, como un nido de hormigas en el que empiezan a caer gotas de lluvia. Con paso firme, seis guardias de feria se abrieron paso a empellones, avanzando con sus picas en alto. Los guardias enmurallaron rápidamente a Ferrat y a los dos jóvenes, y a un grito del jefe de la patrulla, se detuvieron como estatuas de piedra. Un murmullo recorrió a los curiosos, cuya agitación se apagó con la pregunta del guardia de feria:

—¿Qué sucede?

—¡Este caballo es de mi propiedad! —exclamó Ferrat, asiendo aún las riendas.

—¿Es cierto eso? —El guardia se volvió hacia Aalis y Hazim.

—Nos lo encontramos sin dueño —respondió Aalis, prudente.

—Pues tiene uno, y soy yo —refrendó Ferrat.

—¡Eso habrá que verlo! —intervino Hazim—. ¿Quién nos demuestra que no mentís?

—Rata endemoniada, ¿cómo te atreves a insultarme? —explotó Ferrat—. Tendrías que estar agradecido de que estas buenas gentes no te hayan degollado aún.

—¡Basta! —intervino el jefe de la patrulla. Estudió el rostro congestionado de Ferrat, la expresión inquieta de Aalis y la desafiante actitud de Hazim. Finalmente, dijo—: Como quiera que todo se reduce a demostrar la propiedad del caballo, o bien alguno de vosotros aporta una prueba o bien acordáis una compensación para el que se vaya con las manos vacías. Ésa es la ley de la feria.

—¡Compensación! —farfulló Ferrat, al borde de la congestión—. ¡Me roban el caballo y además tengo que recompensarlos!

—No he dicho eso —atajó el guardia, sombrío—. Pero tenéis que arreglaros aquí y ahora, o tendré que escoltaros hasta las mazmorras del conde. No puedo permitir este alboroto en la Grande Rue.

—Mi caballo no tiene precio —declaró Ferrat.

—Tampoco tenemos dinero para pagar a este hombre —protestó Aalis—. Aunque quisiéramos aceptar ese arreglo, no tenemos con qué.

—Entonces, ya está decidido —zanjó el guardia. Uno de los soldados de la patrulla tomó las riendas del caballo. El animal relinchó nerviosamente y el hombre estiró de las bridas con violencia. Un par de niños correteaban cerca de los soldados, y uno de ellos se escurrió entre las patas del caballo. Al percatarse, el soldado trató de apartar a la criatura, infructuosamente. Aalis se deslizó entre las patas y empujó al niño a un lado; en ese momento, el animal se encabritó y, lo último que vio la muchacha, fue uno de los negros cascos a punto de golpearle la frente. Con todas sus fuerzas se lanzó rodando a un lado, antes de perder el conocimiento.

El barullo se había disipado. La gente había continuado con sus quehaceres después del entretenimiento momentáneo. Dos soldados habían logrado calmar al animal. Ferrat seguía plantado al lado de su caballo, mientras Hazim se inclinaba sobre Aalis, tratando de que recobrara la conciencia y cubriendo su rostro lo mejor que podía. No era el mejor momento para que se descubriera que viajaba con ropas

de hombre.

—¡Maldita sea!

El jefe de la patrulla masculló para sí. Lo último que quería era causar heridos en una disputa callejera. Aún cavilaba sobre lo que debía hacer cuando le saludó una voz harto conocida:

—¡Eh! ¿Qué es este alboroto? —preguntó Gui.

—Un mal asunto —contestó resignado el guardia a su compañero, con el que había compartido muchas noches en vela en las torres de vigilancia que salpicaban las murallas de Troyes—. Una acusación de robo; pero ahora tengo a uno de los supuestos ladrones herido. No sé si enviarlo al hospital de Dieu o llevármelo al castillo. O dejarlo aquí, claro está.

Gui echó un vistazo distraído. No era el primer desgraciado que terminaba con un hueso roto, o la bolsa vacía, a causa de un mal encontronazo. Sin embargo, en cuanto reparó en la figura tendida en el suelo y su compañero moreno, maldijo su mala suerte por lo bajo.

—¿Es grave? —preguntó.

—No creo. El golpe sólo le ha rozado —repuso el guardia—. ¿Por qué?

Su amigo frunció el ceño y guardó silencio. Al cabo de un instante, una sonrisa iluminó su cara.

—Hazme un favor —pidió—. No pierdas de vista a este par. Si tienes que meterlos entre rejas, hazlo. Pero sobre todo no los sueltes.

—¿Por qué? —preguntó, curioso, el otro—. ¿Es que sabes a ciencia cierta que son ladrones?

—¿Ladrones? ¡Qué me importa a mí si son ladrones! ¡Como si son los mismísimos hijos de Satán! —exclamó Gui de buen humor—. Gracias a ellos, me ganaré la gracia de nuestra condesa. Avísame en cuanto pueda hablar con ellos, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

El jefe de patrulla se encogió de hombros. Hizo una seña a sus hombres y dos de ellos cargaron el cuerpo de Aalis sobre el caballo. Otros dos se situaron a ambos lados de Hazim y Ferrat y, con una ligera presión de sus picas, los instaron a caminar. El comerciante protestó, con grandes gritos:

—¡No tenéis derecho! ¡Soltadme!

La comitiva empezó a avanzar atropelladamente por la Grande Rue.

—¿Sabes, *compaign*, que el tiempo pesa cada día más sobre mi ánimo? —suspiró L'Archevêque, pensativo. Los dos soldados caminaban por el mercado de Saint-Jean, después de dejar sus monturas en unos establos cercanos. Auxerre le echó un vistazo, escéptico, para volver a concentrarse en las siluetas y los rostros que le venían al paso. En la abigarrada vía era difícil discernir quién se ocultaba, con la testa baja y el

paso rápido, o quién sencillamente corría de recado en recado, para llegar al hogar antes de que cayera la noche, y con ella sus peligros. Louis se detuvo frente a una parada de frutas y tomó una manzana, lanzando una moneda de cobre a la tendera. La mordió con apetito, y prosiguió, como si el otro le hubiera contestado—: Es cierto, te lo aseguro. Ha llegado por fin el momento en que esto —e hizo un gesto que abarcaba toda la vida desbordante de la *cour* de la Rencontre, la plaza a la que acababan de llegar— me parece un lugar donde ya he estado, y que nada nuevo ha de ofrecermelo. Pero tengo un buen presentimiento con esta ciudad.

Auxerre se volvió hacia el otro, cruzándose de brazos. L'Archevêque hizo caso omiso de la impaciencia del capitán, y prosiguió:

—Estos últimos tiempos he reflexionado mucho. Cuando todo esto acabe, para mí se habrán terminado también los días despreocupados. Estoy cansado de mujeres fáciles y de tener siempre la bolsa vacía. —El soldado exhaló un profundo suspiro—. Necesito una heredera dócil y paciente, que me acoja en su hogar y en su seno. Preferiblemente primero en este último, porque tampoco quiero una urraca por señora, si hemos de envejecer juntos.

—Louis. —El capitán le interrumpió, al borde de la exasperación—. Escucharé todas tus cavilaciones frente a una jarra de cerveza. Pero de momento, por lo que más quieras, ¡ahórramelas!

—Está bien, está bien —refunfuñó L'Archevêque. El resto de sus protestas se confundió con un ensordecedor griterío, y el ruido de cascos y de pasos inundó repentinamente la *cour*. Una patrulla de guardias del conde avanzaba por el cruce de la Grande Rue, seguida por una pandilla de mocosos que jaleaba a los soldados. Un hermoso caballo negro abría el paso, y arrastraba un cuerpo inerte, que reposaba sobre dos estrechas tablas de madera sujetadas con cuerdas a las cinchas del animal. Dos perros macilentos acompañaban a la patrulla, sin cesar de ladrar. A un lado, desfilaba un muchacho de piel oscura y al otro, contrito y lamentándose, un hombretón grueso, ambos con las manos atadas a la espalda. El grupo se alejó por un recodo y se perdió de vista, pero no antes de que L'Archevêque pudiera vislumbrar el rostro de uno de los prisioneros.

—¡Ferrat! Ese hombre es el mercader de pieles que nos acompañó hasta Chartres —exclamó—. ¿En qué desaguizado se habrá metido ahora? Si ése es el caballo que perdió...

Se volvió hacia el capitán. El otro tardó un momento en responderle y, cuando lo hizo, su voz procedía de un lugar lejano, donde entrañas y esperanza se fundían en un dolor ciego:

—No lo sé, ni me importa. —Apretó los dientes y dijo—: En esa litera he visto a Aalis. No sé si viva o muerta, pero tengo que ir por ella.

Hizo ademán de partir en la dirección por la que había desaparecido la patrulla. Louis lo detuvo:

—¡Espera! ¿Qué harás? ¿Pelearte con los soldados, en medio de toda esa gente?

No vas a conseguir nada, y además...

—¡Te digo que no me importa! —rugió Auxerre, zafándose de su amigo—. ¡Déjame pasar!

—¡Piensa, maldita sea, piensa! —gritó Louis, desesperado.

El semblante ceñudo de Auxerre no presagiaba nada bueno: la piel morena por los días pasados cabalgando al sol oscurecía aún más su expresión, y hacía mucho que Louis no veía los ojos del capitán, habitualmente tranquilo, despidiendo furia y tormento a partes iguales. Sin embargo, en lugar de abandonarse al impulso de empujar a su compañero e ir en pos de los soldados, Auxerre descargó su frustración a golpes contra un barril desvencijado, que quedó hecho trizas en un rincón. Luego, inspiró profundamente y sentenció:

—Nadie se molesta en transportar un cadáver.

—Exacto —confirmó L'Archevêque.

—Por lo tanto, aún vive. Y por algún motivo, está presa —continuó Auxerre, más calmado.

—Debemos averiguar por qué —asintió Louis.

—No —dijo Auxerre, tajante—. Debemos liberarla.

El abad de Mont-Froid salió de la cámara en dirección a la sala de audiencias, y el cansancio se hizo dolorosamente presente en sus huesos. Apenas había tenido tiempo de recuperarse del intenso viaje hasta el campamento de Enrique II, y desde allí había partido hacia la corte del conde de Champagne. Los últimos meses se le antojaban un desfile de caras y súplicas, negociaciones infructuosas y resultados descorazonadores. Y el último fracaso, como le había informado la noche anterior Guillermo de las Blancas Manos, un antiguo compañero de la escuela catedralicia y a quien le unía una buena amistad que mantenían viva gracias a una rica correspondencia. Era él quien había sugerido la visita de Walter Map, el correo del rey inglés, a Champagne, con la esperanza de que las sutiles palabras del clérigo, o tal vez la rica bolsa del monarca Plantagenet, convencieran a su hermano el conde de poner su prestigio y su poder al lado del atribulado rey de Inglaterra, decantando así decisivamente el litigio que enfrentaba a éste con sus díscolos hijos. Por lo que Guillermo le había dicho al ponerlo en antecedentes de la situación, Walter Map no había tenido éxito, antes bien al contrario, pues su presencia en la corte incomodaba al conde Enrique, y el clérigo inglés le había expresado a Guillermo su convencimiento de que más le valía abandonar aquel lugar antes de que el desagrado del conde se tradujera en una consecuencia menos deseable. Ahora, el abad se apresuraba para aprovechar lo que quizá fuera la última oportunidad de que dispondrían antes de la conferencia que Enrique II organizaría en Gisors. Allí se decidiría el destino de los dos reinos, la paz o la guerra, la vida o la muerte; y por primera vez en mucho tiempo, Hughes de Marcy no sabía qué iba a suceder. Atravesó

la gran sala del palacio condal sin apenas ver las hermosas guirnaldas de rosas blancas que decoraban la estancia para el festín de la noche. En el otro extremo, tres hombres esperaban al abad.

Jehan, el carcelero, se rascó la barba, dubitativo. Los guardias se miraron, nerviosos.

—No sé dónde voy a meterlo. Hoy, las mazmorras están al completo.

—¡Pues tendrás que buscarle un hueco! —exclamó uno.

Los tres se volvieron para mirar al prisionero, que seguía taciturno, ajeno al problema que su presencia causaba en la cárcel. Había recibido un fuerte golpe en la frente, y aún tenía un poco de sangre reseca en la sien y en la barbilla, pero todavía no había abierto la boca. Tenía las manos atadas con una cuerda.

—Estará loco. Mandadlo al hospital de Dieu, o expulsadlo de la ciudad.

—¡No! El arzobispo ha exigido que lo pusiéramos entre rejas —explicó una vez más el soldado—. Piensa pedirle una compensación. Al parecer, el criado era un regalo del conde.

—Ese de ahí no es ningún criado —dijo el carcelero, suspicaz—. He visto muchos, y todos lloriquean y suplican en cuanto los pillan.

—Sea como sea, nosotros no podemos quedárnoslo —quiso zanjar el soldado.

—¡Ni yo tampoco! —replicó Jehan.

No le gustaba que vinieran de fuera a mandar en su cárcel. Era su pequeño territorio, y allí decidía y deshacía solamente él. Las ferias solían ser una época habitualmente intensa, pues las cuatro mazmorras con las que contaba la prisión condal se llenaban pronto de rateros, alborotadores y mendigos que alteraban el orden. Afortunadamente solían salir igual de rápido, gracias a la somera justicia que se repartía en audiencia pública o privada, según el caso, frente al propio conde de Champagne. Sin embargo, esa tarde todo parecía conspirar para que su cárcel no fuera el oasis que Jehan estaba acostumbrado a gobernar. Echó un vistazo hacia sus habituales: un mendigo que tenía la mala costumbre de escupir a los paseantes y un incorregible ladrón que jamás lograba salirse con la suya, pues su cojera le impedía huir a tiempo, estaban encadenados en un rincón. En la celda que habían construido hacía poco, con impenetrables y costosas barras de hierro, estaba el extraño trío que había llegado a mediodía: un moro, un hombre que decía ser mercader y no cesaba de lamentarse de su suerte (hasta el punto que Jehan se inclinaba por soltarlo, aunque sólo fuera para dejar de oír sus quejidos) y un muchacho que aún no se había movido desde que lo depositaran en el suelo, inconsciente. Chasqueó la lengua. Prefería mil veces un asesino confeso o un ladrón. Con éstos sabía uno a qué atenerse. El soldado insistió, más nervioso:

—Venga, Jehan. En esa celda cabe uno más.

—Esto es muy raro —declaró el carcelero, acusador—. Me estáis ocultando algo.

Los soldados intercambiaron una mirada y, finalmente, uno de ellos se encogió de

hombros y confesó, refunfuñando:

—Está bien, maldito viejo. No se te escapa nada. —Rebuscó y sacó cinco deniers, que entregó a Jehan—. El arzobispo ha sido generoso. Aquí tienes tu parte.

El carcelero se guardó las monedas en la bolsa. Levantó la cabeza y estudió al prisionero una vez más. El otro seguía sin despegar los labios.

—Sigue sin gustarme —dijo—. Pero un arzobispo es un arzobispo.

Los otros dos soltaron un suspiro, satisfechos, y dieron media vuelta. Jehan hizo una señal a su ayudante, que descorrió el cerrojo y empujó al prisionero al interior de la celda. El moro y el mercader miraron con curiosidad al recién llegado, que había caído de rodillas al lado del tercer prisionero y, como él, tampoco se movía.

Desde la esquina, Louis observó a los dos soldados saliendo de la prisión. Por el momento habían tenido suerte. Ahora, sólo quedaba esperar.

—No puedo hacer nada —declaró el conde de Champagne, irritado. Le disgustaba tener que negarse a la petición de su hermano, pero no le quedaba más remedio—. Tened presente, señores, que mi esposa es hija del rey de Francia. Por mucho que me repugne la lamentable discordia que acosa a Enrique de Plantagenet, ya me he comprometido demasiado al no expulsar a su mensajero de mis tierras.

Walter Map guardó un prudente silencio. Su momento de hablar ya había pasado, con escaso éxito, y estaba en manos de otros la decisión que había de dictar sus pasos. El arzobispo de Reims se armó de paciencia.

—Enrique, eres el señor más poderoso del norte de Francia, y si tú lo ordenaras, Sainte-Noire sería el bastión de paz que impediría un conflicto más largo. Ninguna enseña ondearía allí, ninguna tropa cruzaría esa tierra en dirección a Normandía o París. Nadie puede negarse a obedecerte.

—Tus ansias de paz te ciegan, Guillermo —replicó el conde—. No creo que a nuestro hermano Thibault le complazca que me inmiscuya en los asuntos de sus vasallos. Le Perche le rinde homenaje, y tal como están las cosas, es Rotrou quien posee la ventaja y el derecho a decidir con quién se alinea.

—Permitidme, *sire* —intervino el abad de Mont-Froid, que se había mantenido al margen hasta entonces. Una sospecha atenazaba su garganta, pero antes de desesperar debía confirmarla—. Me sorprende oírlos decir eso. En todo caso, es el castellano de Sainte-Noire quien debe afirmarlo. Aunque un vasallo debe obediencia a su señor, existen dudas acerca de que Rotrou du Perche haya recibido ese homenaje del dueño de Sainte-Noire, por la sencilla razón de que aún no se ha localizado a la verdadera...

—Sí, estoy enterado de esa historia —atajó el conde—. Pero debéis saber que yo mismo he sido testigo de esa ceremonia de vasallaje.

Un silencio pesado como el plomo cayó sobre los tres hombres. El abad meditó un instante antes de hablar:

—He de entender que os referís a la viuda de Sainte-Noire, *dame Jeanne*.

—Estáis mal informado. *Dame Jeanne* ya no es viuda; ha contraído nuevas nupcias con Gauthier de Souillers —respondió Enrique—. Ambos besaron las manos del conde de Le Perche, en esta misma sala, hace apenas dos días. Después de eso, Rotrou me comunicó su intención de ceder el paso por sus tierras a los ejércitos del rey de Francia, y partió de inmediato hacia el sitio de Rouen. Como veis, tengo las manos atadas. —Se volvió hacia su hermano y exclamó—: Maldita sea, Guillermo. No debería estar revelando nada de esto delante del enviado del Plantagenet. Sabes tan bien como yo que la paz y la prosperidad de mi provincia se sostienen gracias a que nadie me considera su enemigo. De mí depende conservar esa independencia, y cualquier solución que no me obligue a decantarme por ningún bando es la mejor para Champagne.

—Te equivocas —objetó Guillermo—. Esta vez, lo mejor para ti y tus vasallos hubiera sido que no dejaras esa decisión en manos de otro. Tenías que haber esperado, Enrique.

—¿A qué? —le recriminó el conde—. ¿A tener al rey inglés a las puertas de mis ciudades, como le sucede a Luis? O peor aún, exponerme al desagrado del rey y de nuestros parientes de Blois. No, hermano. Mientras Rotrou controle Sainte-Noire, repito que nada puedo hacer.

Guillermo no respondió. Sabía bien cuándo su hermano había dicho la última palabra, y lo desaconsejable que era tratar de contradecirle. Miró a su amigo Hughes. El abad de Mont-Froid bajó la cabeza, desanimado. Allí se detenían todas sus esperanzas, los deseos que habían alimentado sus acciones desde que, hacía una eternidad, Philippe de Sainte-Noire se había sentado en su refectorio para hablar del futuro. Rotrou había sabido jugar bien la carta de *dame Jeanne*, pues dado que él no podía convertirla en su esposa, nada más fácil que organizar una unión entre la viuda y algún caballero de su confianza. El golpe de genio había sido utilizar al vástago Souillers, reforzando así la posición de Rotrou como señor de los dos vasallos a la vez. Era una victoria indiscutible, y como tal debía reconocerse.

El ominoso silencio que cayó sobre los cuatro hombres se prolongó durante un buen rato. A pesar de que todo se había dicho, era como si los participantes del encuentro presintieran que, al dar por cerrada la reunión, las palabras no podrían retirarse, los hechos tendrían que ser aceptados, y ya no habría posibilidad de dar vuelta atrás: la losa de la realidad aplastaría los sueños de paz que habían erigido antes de llegar a ese punto. El propio conde, aun convencido de que la decisión que había tomado era la única vía para asegurar el bienestar de los habitantes de Champagne, no podía apartar de su ánimo la incómoda sensación de que su hermano, y los dos clérigos que lo secundaban, tenían razón: que las puertas de la paz se habían cerrado del todo, y que era su mano la que sostenía la llave que podía volver a abrirlas. Se dio la vuelta hacia los demás, y trató de imprimir una cierta despreocupación en su voz:

—Señores, no dejemos que esto empañe vuestro recuerdo de Champagne. Os

conmino a que disfrutéis al menos del banquete de esta noche. —Se dirigió a Walter —: En cuanto a vos, no os oculto que celebraré vuestra partida cuanto antes, pero no por ello os privaría de una digna despedida. No permitiré que la hospitalidad de mi corte se vea mermada por las desgraciadas circunstancias que rodean vuestra visita.

Walter Map asintió. Estaba de acuerdo: no podía quedarse por más tiempo. Su visita había consumido demasiadas energías, y lejos de dar frutos, su presencia allí comprometía al rey Enrique, y también al conde.

—Agradezco vuestra gentileza, *sire*. Mañana al alba ensillaré mi caballo, pero esta noche será un placer asistir a los festejos.

—¡Espléndido! —exclamó el conde—. Allí nos veremos, pues.

Los otros tres se inclinaron respetuosamente, hasta que desapareció tras las cortinas de su recámara. En cuanto se quedaron a solas, el abad de Mont-Froid dijo:

—Todo está perdido.

Walter Map no pudo encontrar ningún motivo para contradecirle.

—Estarás complacido. —El desprecio impregnaba la voz de *dame* Jeanne. El agua del barreño se agitó como si la furia de su usuaria se transmitiera a su contenido. Se frotó cuello y hombros con un paño humedecido, sosteniendo la mirada de Gauthier, desafiante—. Todo ha salido según calculabas.

—Las mujeres decentes llevan una túnica cuando se bañan —dijo éste, por toda respuesta.

—Y sólo los cerdos se quedan a mirarlas —espetó Jeanne, levantándose bruscamente y saliendo de la tinaja.

Gauthier la odiaba. Le repelía el ardor que sentía en las venas cuando contemplaba la piel suave de la que ahora era su esposa. Se arrepentía de haber albergado cualquier sentimiento respetuoso hacia una mujer que en nada le había correspondido, excepto con excusas y largas; sobre todo porque otro hombre se le había adelantado, con menos miramientos y más viveza, poniéndolo en ridículo y burlándose de su hombría. Rotrou había llegado a Sainte-Noire, con sus soldados y su despliegue de poder, y Jeanne no había dudado un momento en convertirse en su amante, olvidando todas las promesas y los planes que había hecho junto a Gauthier. La repugnancia que despertaba en él convivía con el deseo de humillarla; y por eso la había desposado. Pensaba hacerle pagar su ridículo, con creces, cada día que le quedara de vida. No pasaría una hora en la que Jeanne no lamentara haberlo engañado. Pero tenía que ir con cuidado, y no excederse: no quería que ella llegara a huir y escapar de su yugo. Al fin y al cabo, Sainte-Noire bien merecía paciencia, y quizá algún día no muy lejano el dulce rostro de Jeanne terminaría deformado, como el de su padre.

—Date prisa —se limitó a decir, mientras salía—. No podemos hacer esperar a los condes.

Jeanne no se dignó volverse hasta que oyó los pasos de su marido perdiéndose por el corredor. Se enfundó una camisa larga, tomó un peine de marfil finamente trabajado, y empezó a desenredarse el pelo. El hermoso objeto había sido un regalo de Rotrou, uno de los primeros, con los que se había ganado su favor. Lágrimas de rabia acudieron a sus ojos. Tantas cosas habían sucedido desde que despidiera a Gauthier cuando partió en busca de la maldita hija de Philippe: primero, la incertidumbre al no recibir noticias. Luego, la llegada de Rotrou du Perche, que lo había cambiado todo. Comprendía ahora que para el señor de Le Perche ella no había sido más que una distracción en plena campaña, un agradable interludio combinado con el atractivo estratégico de las tierras de Sainte-Noire. En realidad, no se había hecho ilusiones, ni había habido engaño cuando Rotrou le había vertido palabras de miel en el oído, pues los hombres de su rango, y por añadidura casados, sólo prometen momentos y los adornan con obsequios. Pero Jeanne sí había creído en la posibilidad de ser la única entre sus amantes, la primera de las segundas, pero incluso ese pálido privilegio había quedado atrás, perdido en un camino salpicado de mala fortuna que la había llevado hasta el lugar en que se encontraba entonces. Reflexionó, dejando que las púas se deslizaran por entre sus mechones. Después de todo, ella había jugado sus cartas lo mejor que había podido. El niño que crecía en su vientre, el hijo de Philippe, le había servido para ganarse la protección de Rotrou más allá de la primera noche de pasión. El de Le Perche no la había creído, Jeanne lo sabía, cuando le dio la pretendida nueva; pero al fin y al cabo a cualquier hombre le halaga saber que le basta con yacer una sola vez para preñar a una mujer. Jeanne observó el silencio de Rotrou como una ave de presa, hasta que detectó en el conde una sombra de satisfacción, una marea de orgullo que terminó de borrar cualquier duda. Sin embargo, Jeanne maldecía cada noche el único error de su cuidadoso plan. No había previsto que Rotrou querría dar un nombre legítimo a su vástago, y que el único modo de hacerlo era darla en matrimonio, como si fuera una res que hubiera que aparear y cuya voluntad no contaba. A cambio, seguiría conservando el título de castellana de Sainte-Noire, y tendría derecho a ser respetada como tal, pero estaba atada sin remedio a un hombre que la aborrecía y la deseaba a partes iguales. Con el tiempo, esperaba convertir también eso en una ventaja. Jeanne dejó el peine encima del delicado tocador de roble y probó el tacto de la rica madera. Estaba hecha para vivir entre lujos, y por Dios que así sería. Lo primero que haría al regresar sería instalarse en el castillo de Souillers. No quería volver a pisar jamás el suelo de Sainte-Noire.

Ferrat estaba desconsolado. Su satisfactoria mañana había quedado horriblemente truncada, y sólo daba gracias al Señor de que no le hubieran arrebatado la bolsa de monedas, que no había soltado desde que pusiera el pie en la cárcel. Al menos con su contenido podría comprar las decisiones de jueces, alguaciles o guardias, si se

terciaba. Cualquier cosa, excepto pasar una noche en aquel horrendo agujero. Un alboroto interrumpió el torrente de conmiseración al que Ferrat se estaba abandonando. El muchacho árabe y el prisionero recién llegado se habían enzarzado en una discusión.

—¡Os digo que no podéis acercaros! —susurraba furiosamente Hazim.

—No sois nadie para prohibirme eso —replicó el otro, y apartó al muchacho con firmeza. Se inclinó sobre la figura tendida y murmuró, como si recitara una plegaria —: Aalis, despierta. Háblame, *ma doussa*...

—Auxerre. —Los labios de la joven estaban resecos, pero el solo paso del nombre amado bastaba para reconfortarla. Abrió los ojos, tratando de convencerse, en la oscuridad—. ¿Es cierto, o sueño? ¿Eres tú, estás a mi lado?

—Siempre —contestó el capitán, besando con suavidad la mano de la joven—. Aquí, siempre. —Sonó una nota de metálico dolor en la voz de Auxerre.

—No quería irme —dijo Aalis, llorando quedamente, entre el cansancio y el alivio—. Pero no vi otro modo. Creía que era la única forma de liberarme. ¡Lo siento muchísimo, Auxerre! Nunca he querido hacerte sufrir.

—Lo sé, *doussa*. —Auxerre tomó a Aalis en sus brazos con dulzura—. Yo tampoco te ayudé cuando debía, pero no dejaré que vuelva a suceder. Lo primero que haremos es sacarte de aquí.

—Disculpadme que interrumpa este reencuentro —dijo Hazim, carraspeando—. Pero no quiero quedarme fuera de ninguna conversación que incluya la mención de una huida.

—¡Hazim! —exclamó Aalis, volviéndose hacia Auxerre—. Viajamos juntos desde Chartres hasta aquí, y me ha ayudado a permanecer oculta. —Bajó la voz, mirando hacia el rincón de Ferrat. El comerciante tenía los ojos cerrados y parecía dormido.

—Os lo agradezco, Hazim —dijo el capitán—. No tenéis idea de cuánto.

—Habéis hablado de escapar —insistió el muchacho.

Ferrat aprovechó el momento para intervenir, haciendo tintinear su bolsa.

—¿He oído fuga? —El mercader agitó frenéticamente las monedas, hasta el punto de que el vigilante golpeó con su pica las barras de hierro para que dejaran de hacer ruido—. Señores, apiadaos de mí, que soy sólo un pobre negociante con mujer y cinco hijos.

—¡No estaríamos aquí de no ser por vos! —exclamó Aalis.

—¿Es eso cierto? —preguntó Auxerre, amenazador.

—No iba a dejarlos escapar con mi caballo —chilló Ferrat. Se volvió hacia Auxerre, para suplicar al recién llegado que no le dejara atrás. Cuando lo vio, se santiguó, exclamando—: ¡Alabado sea el Señor! Vos me conocéis, hemos recorrido juntos el trecho hasta Chartres, y habéis de saber que esto es una injusticia. Por un milagro de nuestra Virgen, logro recuperar mi hermoso caballo, pero estos dos se niegan a reconocer que me pertenece. Decidme, ¿qué he de hacer, cuál es mi única

alternativa? Y a pesar de que soy un respetable comerciante, termino entre rejas, junto con los que me han despojado de mis bienes.

—Os está bien empleado —apostilló Hazim.

—De todos modos es cierto que el caballo le pertenece —concedió Aalis—. Y no sería justo que nosotros escapáramos y él quedara atrás.

—No os preocupéis. Si hemos de salir todos, así será —dijo Auxerre, volviéndose hacia Aalis—. Louis tiene indicaciones de venir a por nosotros más tarde, cuando todo el palacio esté volcado en las fiestas de Saint-Remi. —Señaló al tembloroso Ferrat—. Gracias a nuestro generoso pagador, sólo tendremos que ponernos de acuerdo con el guardia, y pagar el precio que pida. De ese modo evitaremos riesgos.

—¿Y si no acepta? —preguntó Aalis.

—Entonces, siempre nos quedan las armas —contestó Auxerre.

Antes de que nadie pudiera responder, se oyó un ruido de goznes. Aalis volvió a cubrirse rápidamente con la capucha del hábito. La puerta de entrada del edificio se abrió, y una patrulla de cuatro guardias se plantó frente a la celda. Jehan abrió la celda con gran ceremonia. El cabecilla del grupo puso un pie dentro, y observó a los prisioneros hasta identificar sus objetivos.

—El moro y el chico —dijo, señalándolos. Uno de los guardias soltó una grosera risotada. Gui se volvió y le propinó una bofetada—. ¡Silencio! Haced lo que os he dicho.

Dos guardias empezaron a arrastrar a Hazim y a Aalis fuera de la celda.

—¡Esperad! —exclamó Auxerre, tratando de impedirlo—. ¿Qué hacéis? ¿Adonde los lleváis?

—Jehan, menuda cosecha tienes hoy —dijo Gui, con una sonrisa de genuina diversión—. ¡Un preso que exige explicaciones! —Hizo un gesto—. Encargaos de él.

—¡No! —gritó Auxerre, forcejeando contra los soldados—. ¡Dejadme, malditos seáis!

La lucha se alargaba cuando de repente uno sacó una pequeña estaca de madera y golpeó al capitán en la cabeza. Éste cayó derrumbado e inconsciente.

—¡Auxerre! —sollozó Aalis, mientras la patrulla seguía empujándolos hacia el exterior.

En la gran sala humeaba una olla al fuego que despedía un envolvente olor a limpio. Dos criadas removían el agua y echaban jabón por turnos. Encima de una larga mesa había varias fuentes dispuestas, con queso, frutas, hogazas de pan tierno y mantequilla. Gui había despedido a la patrulla y había tomado asiento en una butaca. Aalis y Hazim permanecían quietos, sin saber a qué atenerse. El hombre que los había sacado de la cárcel los estudió durante unos instantes, y por fin habló.

—Tenéis la ocasión de purgar los pecados que os han llevado a la cárcel, y de ganaros además un buen dinero. —Se detuvo para comprobar el efecto de sus

palabras. El moro parecía interesado, pero la expresión del otro era dura como la roca —. Decidme vuestros nombres.

—Hazim y Sylva, para serviros —dijo el árabe.

—Yo no sirvo a nadie —dijo Aalis.

—Pues cometes un error, y es un lujo que no puedes permitirte, insolente — espetó Gui.

Le había costado un poco convencer a la condesa de que en una de las cárceles condales se escondían unos artistas dignos de su espectáculo, y no quería arriesgarse a decepcionar a la patrona. Se incorporó y se plantó frente a ellos. El moro parecía tranquilo. Desvergonzado, y probablemente acostumbrado a las palizas, pero sin nada que ocultar. Sin embargo, el otro tenía la mirada huidiza, y estaba inmóvil como una estatua de piedra. Gui se acercó a él; sólo un palmo de distancia lo separaba de la cara del chico, y escudriñó sus ojos en busca de la respuesta al enigma. Gui sabía que se le escapaba algo, y su cometido era descubrir el qué. Quizá el chico tuviera la lepra, y tendría que olvidarse entonces de su dulce cantar. O tal vez sólo era tímido, o de pocas entendederas. Pero cuando por fin vio la verdad en la suave curva de los labios, en las finas cejas y párpados, en el color delicadamente rosado de las mejillas de aquel rostro femenino, se pellizcó el brazo al tiempo que se felicitaba por su buena suerte. Se echó a reír a carcajadas, y empezó a dar palmadas de alegría. Hazim y Aalis lo miraban como si estuviera loco.

—¡Una mujer! ¡Qué buena suerte! —exclamó al fin Gui, complacido.

—Puedo explicarlo —dijo Aalis, con toda la sangre fría de que fue capaz—. Soy una buena cristiana y respeto los preceptos de la Iglesia.

—Por mí como si sois hija de Mahoma, querida —dijo Gui, de buen humor—. Os hice venir a palacio porque tuve la oportunidad de oír vuestra representación en la calle. Durante Saint-Remi, todos los que deseen probar fortuna frente a la condesa y actuar en su corte pueden hacerlo. —Gui se interrumpió con una sonrisa, corrigiéndose—: Todos los que estén a la altura, claro está. Creo que vuestros cantos y música serán del agrado de mi señora, pero el hecho de que pertenezcáis a su sexo la complacerá aún más. Es una gran defensora de las damas, y si lográis vencer a sus poetas habréis ganado vuestra fortuna para siempre. O, al menos, hasta cuando ella desee pagarla.

—¿Nos estáis pidiendo que actuemos para la condesa de Champagne? —preguntó Hazim, incrédulo.

—No —dijo Gui—. Os lo estoy ordenando. Además, después de todo, ¿es que tenéis algún sitio mejor donde pasar la noche? —La mirada de Aalis se endureció—. Me doy cuenta de que en esa celda habéis dejado atrás algo más que rejas y grilletes, y os prometo que si participáis en las festividades, vuestros amigos también serán liberados. Me ocuparé de hablar con la condesa.

Aalis contempló el rostro afable de Gui. No parecía mentir, pero demasiadas veces se había encontrado frente a frente con la doblez más artera. De todas formas,

no le faltaba razón: no tenían ningún sitio adonde ir, excepto de regreso a la celda, y allí poca ayuda podrían prestarle a Auxerre, e incluso al desventurado Ferrat. Hazim la miraba, esperando su decisión.

—Que sea lo que Dios quiera —aceptó Aalis, preguntándose si en el futuro lo lamentaría.

Jehan soñaba que una ninfa venía a por él, y que tras ella traía una hilera de apetecibles criadas cargadas de muslos de perdiz en un lecho de frutas pintadas con dulce miel. Estaba a punto de hincarle el diente a un delicioso muslo, cuando lo despertó un zarandeo impertinente. Abrió los ojos, malhumorado, para ver a un hombre envuelto en una rica capa carmesí, ribeteada con una franja de piel blanca moteada. Llevaba un bastón de madera, en cuyo pomo relucía una piedra de color ámbar.

—Soy el arzobispo de Padua y vengo a por mi criado —anunció el extraño, agitando su bastón.

Sus manos estaban enfundadas en unos finos guantes de piel de cordero, pero aun así ostentaba una opulenta sortija en el dedo índice. Jehan no daba crédito a su buena fortuna. En un solo día, dos sobornos que sin duda le permitirían comprar la compañía de alguna mujer bien formada y abundante vino con que regar la noche. Si no era exactamente lo que había soñado, era lo más parecido. Se pasó la lengua por los labios, y dijo:

—¿A cuál de los dos os referís, señor?

Señaló hacia la celda, donde seguían el mercader y el alborotador, que ya se había recuperado. Este último se acercó a las rejas, y el arzobispo indicó, con displicencia:

—A ese desgraciado. Por muy mal criado que sea, peor es pasar sin ninguno. —Algo le llamó la atención, pues se aproximó a las rejas, aunque con disgusto—. Dios mío, esas ratas son más grandes que los gatos de mi cocina. ¡Haragán! Ven aquí y humíllate, porque de otro modo purgarás tus pecados en esta cárcel hasta que te pudras tú con ellos.

—No te pases, Louis —dijo Auxerre, en voz baja—. Y date prisa. Han vuelto a llevarse a Aalis, creo que a palacio por el aspecto del que lo ordenó.

—¿A palacio? ¿En plena temporada de fiestas? —dijo Louis—. ¿Para qué crees...?

—No lo sé, y eso es lo que me inquieta —respondió Auxerre—. Al fin y al cabo, nada sabemos de Gauthier, y pudiera ser que hubiera venido a pleitear el caso en la corte del conde. Como quiera que sea, esta noche tenemos que entrar en el palacio.

—Y ¿cómo sugieres que lo hagamos? —preguntó Louis, con la mirada centelleante, y susurrando frenéticamente.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo con tono despreocupado su amigo—. Al fin y al cabo, todas las puertas se abren para los arzobispos. —Sonreía, sin embargo,

consciente de la dificultad.

—¡Espléndido! Cada vez más divertido, *campaign* —suspiró L'Archevêque—. No sólo tengo que sacarte de la cárcel, sino que ahora debemos colarnos en la corte de Champagne. Espero que no se te ocurra nada más, porque...

—De hecho, sí: también tenemos que llevarnos a ese de ahí —dijo Auxerre, volviendo la cabeza hacia Ferrat—. No sería justo que lo dejáramos atrás, y gracias a su caballo hemos vuelto a encontrar a Aalis. —Louis lo miraba, entre incrédulo y resignado. Auxerre añadió—: Es un poco largo de explicar, pero tiene una ventaja: posee una bolsa bien surtida, y está dispuesto a utilizarla para liberarnos. —E hizo una seña a Ferrat, el cual desató el cordel de su preciada bolsa y se la entregó, temblando, a L'Archevêque.

Jehan llevaba un buen rato pendiente del arzobispo y de su criado. Tal como su instinto le decía, el supuesto sirviente no estaba encorvado, ni hablaba con la mirada baja, ni desplegaba ninguna de las actitudes propias de un inferior; más bien parecía que estuviera dándole órdenes a su amo. Sus sospechas se vieron incrementadas cuando a ellos se les unió el tercer prisionero, y la confirmación llegó cuando vio a éste entregándole algo al arzobispo. No necesitaba nada más.

—¡Señor! —exclamó—. Apartaos de ahí y mostradme vuestra mano.

—¡Esto es un ultraje! —declaró teatralmente L'Archevêque, ocultando la bolsa a sus espaldas—. No sois quién para ofenderme.

—Esta es mi cárcel, y aquí mando en nombre del conde —dijo Jehan, suspicaz—. ¡Haced lo que os digo o por Dios que terminaréis compartiendo celda con vuestro criado, si tal es!

L'Archevêque retrocedió hasta dar con la espalda contra las rejas, y dijo:

—Si ponéis un dedo sobre mi persona, os excomulgaré personalmente.

Jehan hizo caso omiso de la amenaza. Tomó una ristra de pesadas cadenas que colgaban de un clavo y empezó a avanzar lentamente. Cuando estuvo frente a L'Archevêque, levantó un extremo con el puño y empezó a voltearlas en el aire. El zumbido crecía como una nube de avispas rabiosas acercándose a un panal, y Jehan exhaló un rugido antes de dejarlas caer. No pudo hacerlo, pues Louis se le adelantó, asiendo el bastón con ambas manos y descargando un fuerte golpe en las rodillas del carcelero, que cayó doblado con un quejido de dolor. Al punto, Auxerre estiró los brazos por entre las rejas y aprisionó a Jehan por el cuello, mientras Louis seguía dándole bastonazos y evitando sus patadas. Por fin, el carcelero perdió el conocimiento. Auxerre lo soltó, mientras Louis se hacía con la llave y abría el cerrojo de la celda. El capitán y Ferrat se apresuraron a salir y, junto con L'Archevêque, alcanzaron la salida. Los guardias apenas prestaron atención a la comitiva encabezada por el arzobispo, aunque no pudieron evitar darse cuenta de que llevaba prisa. Al girar el primer recodo, en un rincón entre dos callejuelas, Louis se despojó del llamativo atavío de arzobispo y guardó joyas y bastón en un gran pañuelo, que ató por las cuatro puntas y se colgó al hombro. Ferrat tosió discretamente, y dijo:

—Señores, mi gratitud por vuestra piedad no conoce límites. —Los miró con timidez y preguntó—: ¿Seríais tan amables de devolverme mi bolsa de monedas?
A lo cual Auxerre y Louis se miraron, y el capitán respondió con otra pregunta:
—Ferrat, ¿os gustaría visitar la corte?

Capítulo diecisiete

Las antorchas, untadas de grasa, despedían tanta luz que, a pesar del cálido atardecer de Troyes, parecía que el sol también hubiera decidido asistir a la cita. Afortunadamente, las guirnaldas de rosas blancas habían sido suficientes para decorar los ventanales de la sala del palacio; en algún lugar de la despensa, los lirios y crisantemos sobrantes esperaban su turno, por si los cocineros necesitaran algún aderezo de pétalos, o los poetas quisieran tejer una corona floral. Durante toda la mañana, huestes de criados habían sacudido las alfombras y pieles más ricas de los baúles de la condesa, traídas desde Oriente y Limoges, de las fábricas de Flandes e Inglaterra, hasta arrancarles la última mota de polvo, y ahora cubrían la inmensa estancia que acogería el banquete. El único espacio que había quedado descubierto era el de los espectáculos, en medio de las cuatro largas mesas donde se sentarían los invitados, delante de la que presidía la escena. Y aun allí, hierbas frescas rodeaban el círculo donde aparecerían los artistas. Sobre los manteles de hilo bordados con las armas de los condes, que caían hasta rozar el suelo alfombrado, ya reposaban las copas, todas de cristal con pie de plata, a cual de color más bello: verdes, azules, rojos y amarillos refulgían como un arco iris. Recorriendo las mesas como una serpiente perezosa, flores y frutas trenzadas, vasijas de plata llenas de agua, en las que flotaban menta y laurel, y cuchillos pulidos como espejos esperaban la llegada de los comensales. Cuatro sirvientes se ocupaban de espantar a las moscas, mientras los gatos se revolcaban alborozados en las mullidas alfombras. En la mesa de los condes, instalada encima de una tarima, dos tronos de madera y oro, ambos idénticos, desde los cuales se podía avistar cualquier rincón de la sala. Un grupo de músicos afinaba sus instrumentos cerca de la chimenea, en el rincón donde tocarían para amenizar los entrantes. Desde primera hora de la tarde se había ido congregando un grupo de elegantes cortesanos en el patio del palacio, temerosos de llegar los últimos, pues ése era un privilegio que sólo correspondía a los condes. Cada año, las fiestas que celebraba María de Champagne tanto con motivo de las ferias frías como de las caldas, eran la ocasión idónea para que las mujeres de rango sacaran sus sedas y paños más preciados, las diademas y los zarcillos a juego, y recogieran sus cabellos en trenzas para mostrar la blancura de su cuello y brazos. Competirían entre sí por la atención de los poetas y para ser las más admiradas, siempre por detrás de la condesa. Y los hombres, por su parte, aprovecharían para enterarse de las últimas novedades

acerca de la contienda entre el rey de Francia y el Plantagenet, y jurarían por la Virgen que sus damas eran las más bellas de la cristiandad.

—No soporto la espera —murmuró uno de los poetas—. Los nervios me matan.

El variopinto grupo estaba reunido en una sala adyacente, tras unos cortinajes de terciopelo, hasta que llegara el momento de su entrada. Gui permanecía de pie, al lado del arco, y contemplaba al nutrido reparto que había logrado reunir para la ocasión. Los malabaristas y atletas siempre ocupaban más espacio, mientras practicaban sus complicadas proezas, subidos a hombros de compañeros y arrojándose mazas a una velocidad increíble. Luego estaban las bailarinas, generalmente muchachas jóvenes y bien formadas, que tendrían que esperar hasta última hora, cuando el vino hubiera remojado suficiente las gargantas y su aparición fuera saludada con gritos de alborozo. No sonreían, para no estropear la capa de polvos y yeso blanco que pintaba su rostro, y parecían aburridas en medio del jolgorio de los músicos y los poetas. Los primeros emitían todo tipo de sonidos, probando las notas más difíciles y ensayando las tonadas hasta la saciedad. Entre los segundos había varias clases, y a Gui le divertía distinguirlos: estaban los consagrados, aquellos que el resto del año residían en la corte y que se sentían humillados por compartir con aprendices y cazafortunas los momentos previos a la actuación. El más callado era Chrétien, que no gustaba de verse exhibido como un animal de feria. Salía y empezaba a recitar, y del taciturno clérigo que aparecía incómodo frente a la concurrencia no quedaba ni rastro al cabo de cuatro estrofas: se transformaba en la historia, y con sus poesías le bastaba para encandilar al público. Era el único que no pedía efectos artificiales: ni troncos con hojas atadas para representar los profundos bosques donde sus héroes se perdían, ni ciervos pintados de blanco como encarnaciones de la Reina de las Hadas, ni criados agitando rojizos retales que imitaran al fuego de los infiernos. El favorito de la condesa construía mundos fantásticos con las manos vacías, y sin más piedras que las palabras. El polo opuesto era Andreas, su más directo competidor por los dineros y afectos de la patrona. También era canónigo, como muchos de los poetas letrados de la corte, pero como solía decir para escándalo de Adam de Perseigne, confesor de la condesa, no ejercía. Sus composiciones no eran tan inspiradas, aunque habría retado a duelo a cualquiera que lo afirmara en voz alta. En contrapartida, era más maleable a los deseos de la condesa, y declaraba que quien pagaba su plato de comida tenía todo el derecho a fijar los límites de sus obras, pues así era con todos los trovadores de bien. De este modo, había aceptado de buen grado redactar las reglas de la corte del amor, ese lugar de fantasía en donde las damas dictaban las reglas y celebraban juicios, y que tanto había complacido a la condesa María, principal inspiradora de la creación, hasta el punto de que, durante la primavera y el verano, se organizaban tales juicios, para diversión de las damas. Andreas actuaba como alguacil de la corte, y se plegaba a los deseos de todo el que le pedía un verso para tal o cual dama. En ese punto, Chrétien también era especial: no le gustaba anunciar el tema de las poesías en las

que trabajaba (sobre todo de noche, consumiendo velas para desesperación del tesorero de la corte, que lo instaba a escribir de día para aprovechar la luz natural), y tampoco atendía con agrado las peticiones en uno u otro sentido. Es decir, que si alguien quería escuchar una historia de hadas, optaba por la aventura del caballero de la carreta, que levantaba grandes debates, porque unos decían que un caballero que aceptaba subirse a tan infamante medio de transporte, propio de ladrones y de ahorcados, no merecía ningún honor; y los defensores del anónimo héroe decían que sí, puesto que se había deshonrado por amor, y ésa era la mejor razón de todas. Tal era la indecisión respecto al tema, que el poeta llevaba años puliendo ese romance, reelaborando versos una y otra vez con la esperanza de lograr ese perfecto poema que a todos encandilaría. Y, por el contrario, cuando los cortesanos clamaban por la narración de un torneo, Chrétien volvía la cabeza y procedía a desgranar la historia de Erec y su esposa Enide. Porque otra particularidad del de Troyes era que jamás, jamás, recitaba poemas que no fueran suyos, y eso enfurecía al resto de trovadores que convivían en la corte de Champagne, y que sentían celos de su prolífica producción. Así eran los dos poetas principales, tan distintos como el día y la noche, y también en la espera diferían: mientras Chrétien guardaba silencio absoluto, y hasta cerraba los ojos, Andreas recitaba largos parlamentos, calentando su garganta con tisana de tomillo con miel.

Aalis y Hazim permanecían en el extremo más apartado de la sala. El colorido y la riqueza de los hermosos atuendos que vestían los artistas era deslumbrante, y más aún después de la oscuridad de la celda y las penurias pasadas. El muchacho árabe se sentía cómodo, pues por primera vez la gente que lo rodeaba era perfectamente ajena a su presencia y al color de su piel, y no lo miraban dos veces con curiosidad morbosa. Por su parte, Aalis estaba sentada de cuclillas, recostada contra la pared y absorta. Tenía miedo, y a la vez por sus venas corrían liebres, que llegaban hasta su pecho y tamborileaban sus sienes. Estaba enfadada consigo misma, furiosa por su ingenuidad al pensar que, por el mero hecho de tomar una decisión, todas las dificultades se doblarían como juncos para, como mínimo, dejarla existir con el destino escogido. Al salir de Chartres había creído dejar atrás el pasado: ahora, entre extraños, se veía obligada a revivir su infancia de paz y de cantos al lado de su madre para satisfacer un capricho de cortesano y obtener su libertad. Y no sólo la suya, sino la de Hazim y Auxerre. Sainte-Noire y todos sus fantasmas de felicidad, que tan lejos quedaban y que tanto se había esforzado por olvidar, volvían en tropel para recordarle la miseria y la oscuridad de su vida errante, tan distinta de como se la había representado. Quizá todo estribaba en irse aún más lejos, en poner tierras y campos y ríos por medio. De cualquier modo, ya pensaría más tarde en el futuro. El instante presente reclamaba su atención, la asfixiaba con su urgencia, como un amante impaciente. Lágrimas que no deseaba, que la avergonzaban, anegaron sus ojos. Se limpió con el borde de la túnica que Gui le había proporcionado. Era de hilo blanco, e iba ceñida con una hermosa cinta de cuero oscuro, a la manera griega. Le caía hasta

los pies, y Aalis la acarició con suavidad, pues era la primera pieza de ropa fina que tocaba desde hacía mucho tiempo. Era una ironía, una crueldad salir ataviada de ese modo a entonar palabras de amor y melodías de miel; a enfrentarse a un auditorio que había ido a gozar y a reírse, cuando estaba desgarrada a partes iguales por el temor y la alegría de haberse reencontrado con Auxerre.

Trató de calmarse. Ahora, lo único que debía preocuparle era la esperanza de salir airosa y lograr la ansiada libertad.

—Es vuestra primera corte —dijo una voz.

Aalis levantó la vista. Frente a ella, un hombre de aspecto joven pero en cuyo pelo se veían canas, quizá prematuras, la observaba, con un brillo amable en la mirada. A diferencia del resto de artistas, su capa no era de telas finas ni con ribetes de oro: era de lana teñida, sin ningún lujo. No había hecho una pregunta, sino más bien una afirmación. Por algún motivo, a pesar de su expresión afable, Aalis no quiso responder a lo preguntado. No le gustaba pensar que el miedo que se agitaba en su estómago era tan obvio, ni su estado tan transparente. Negó con la cabeza. El otro se acomodó a su lado y, al cabo de un rato de silencio, dijo:

—No sois bailarina, ni tocáis instrumento. ¿Cuál es vuestro arte?

—¿Cómo sabéis que no hago ninguna de esas cosas? —preguntó Aalis, ligeramente molesta.

—Las que danzan tienen las piernas duras como piedras, ya han perdido suavidad en sus carnes. No es vuestro caso. Y no estáis practicando con ninguna viola o flauta o lira, como el resto de músicos. De hecho, habéis venido acompañada de un curioso comparsa —dijo señalando a Hazim—. No suelen verse parejas como la vuestra por aquí, ni aun en esta corte que no cesa de acoger a recién llegados. Así pues, ¿cuál es vuestro arte? —Aalis apretó los labios firmemente, y su interlocutor prosiguió, como si ese gesto fuera la confirmación esperada—: Suponía que la poesía. El silencio y sus ausencias son lo único que nos queda a los que no contamos con otra habilidad. Y a pesar de lo que digan los padres de la Iglesia, es una hermosa combinación: el don de la palabra y la dulce voz de una mujer.

Aalis se volvió a mirarlo, tratando de adivinar las intenciones del desconocido. No parecía que estuviera cortejándola, en absoluto. Aquel extraño, más bien desprendía franqueza, compañerismo y calidez. La joven se dio cuenta de que agradecía la oportunidad de hablar con alguien que no quería conseguir nada de ella, que nada le reclamaba, ni amor ni tierras ni obediencia.

—En realidad, sí es mi primera actuación —confesó—. Jamás he estado delante de tanta gente, ni soy trovadora. Y esta corte es lo más hermoso que he visto jamás.

—Los fastos son el marco, sólo eso. Están para deslumbrar a los invitados, son un despliegue de poder. No debéis preocuparos.

—Gracias por vuestra gentileza con una extraña —respondió con sinceridad Aalis—. Es que... temo que cuando me oigan no vean más que mis temblores, y no ser capaz de revelar la verdadera belleza de las canciones.

El otro asintió, comprensivo.

—Todos hemos conocido ese miedo alguna vez. Concentraos en las palabras y la música, dejaos envolver por ellas. Os acompañarán allá donde tengáis que ir. Recordad los besos más dulces mientras cantéis al amor, y atormentad vuestro espíritu si tenéis que narrar tristes hechos. —Mientras se levantaba, añadió—: En vuestros ojos se ve que habéis conocido ambas cosas; nada más necesitáis.

—¿Por qué me dais estas indicaciones? —preguntó impulsiva Aalis.

—Quizá porque me habéis recordado a alguien —repuso el otro, alejándose—. Os deseo suerte...

Hazim se acercó a Aalis, siguiendo al desconocido con la mirada.

—¿Con quién hablabas?

—No lo sé —respondió simplemente la joven—. Pero tiene buen corazón.

—Esperemos que haya muchos como él en el auditorio —exclamó el chico—. ¿Has pensado ya qué recitarás? Tenemos que fijar una melodía para acompañarla.

—No, aunque tengo varias en mente —dijo Aalis, más animada. Recorrió con la vista la sala que momentos antes se le echaba encima con todo el peso de sus columnas y capiteles, y de repente vio las risas que desgranaban los payasos, oyó los acordes tentativos de los músicos formando una melodía propia, hasta se dejó embriagar por el perfume que se aplicaban las bailarinas; pudo por fin paladear la belleza caótica que impregnaba el lugar. Brillantes los ojos, se volvió hacia Hazim, y los nombres empezaron a brotar de sus labios como cascabeles:

—Está la canción del *olifanz*, la de los *chantars*, la de Persevaus...

—¡Detente! —se rió Hazim—. No conozco todas esas canciones; tendrás que decirme si quieres notas dulces o de baile. —Calló un momento y, vacilante, añadió—: Me alegra verte más animada.

—No sé por qué, pero siento como si mi alma se hubiera zambullido en un lago de aguas mágicas, y al emerger se hubieran borrado todo el cansancio y la tristeza que la lastraban desde hacía tiempo —reconoció Aalis—. Ojalá siga así lo suficiente como para obtener nuestra libertad.

—Pronto lo sabremos —dijo Hazim.

En cuanto calló, se oyó el repicar de las campanas de la colegiata de Saint-Étienne anunciando el fin de la misa, y la inminente llegada de los condes de Champagne.

Ferrat sudaba a mares. La larga capa que Louis había colocado sobre sus hombros tenía cuello de piel de oso blanco, y era de buena lana inglesa. Pese a la corriente que azotaba los corredores de palacio, el mercader estaba sofocado. No sólo se había visto mezclado en el desagradable asunto del robo de su caballo, sino que, a pesar de haber podido escapar de la cárcel, ahora volvía a poner su pescuezo en peligro poniendo el pie en el mismísimo palacio condal. No sabía cómo se había dejado convencer, pero

tenía la firme sospecha de que las espadas envainadas de sus dos acompañantes habían jugado un sibilino papel. Y, por supuesto, el hecho de que su bolsa de monedas siguiera en poder del más descarado de los dos, el supuesto arzobispo; porque, sin ese dinero, no había forma humana ni divina de que pudiera volver a su casa. ¿Cómo les explicaría a sus hermanos que lo habían despojado del beneficio de dos meses de viaje? Por no hablar de su amante. Antes prefería morir o terminar encarcelado.

—Y eso es lo que va a pasar —se dijo en voz baja.

—¿Qué murmuráis? —preguntó Louis—. Vamos, amigo mío, levantad vuestro espíritu. —Había recuperado su atuendo de arzobispo para la ocasión, y las sortijas y el bastón relucían a la luz de las antorchas, a pesar de que eran piedras de cristal de roca. Eso sí, talladas por los más hábiles orfebres, podían pasar por ámbar y rubíes. Auxerre era el que iba más austeramente vestido, pero su espada era prueba de que no se trataba de un criado, y cualquier señor de comarca hubiera envidiado su capa de terciopelo negro con bordados de Córdoba, aun si las vivencias de los últimos días la habían dejado un poco maltrecha. Los tres se habían mezclado entre los cortesanos que, como perros de caza atentos a la orden, esperaban el momento de aposentarse en mesas y banquetas y dar buena cuenta de los manjares que la condesa de Champagne había dispuesto para sus comensales. Auxerre y Louis mantenían la cabeza baja, mientras que Ferrat trató de engañar a sus nervios contando las teselas que formaban los mosaicos del suelo. Casi gritó aterrorizado cuando una voz sonó a sus espaldas:

—Me asombra vuestra ubicuidad, capitán. —La serena frase había sido pronunciada por el abad de Mont-Froid. Su expresión sólo denotaba complacencia ante el reencuentro, pero su mente trataba de descifrar a toda velocidad qué significado tenía que Auxerre estuviera allí, bajo el mismo techo que él, esperando para entrar en la recepción—. Unos días ha abandonabais Chartres sin destino conocido, igual que yo. Y ahora, aquí estamos ambos.

—Tenía asuntos que atender en la feria —dijo impertérrito el capitán.

—Nuestro buen amigo Ferrat nos propuso un negocio de pieles que no podíamos rechazar... —apuntó Louis, empujando al mercader hacia adelante. Éste se inclinó, y una gruesa gota de sudor resbaló por su frente.

—Ya veo —dijo el abad, irónico—. Y yo que creía que sólo os concernía un asunto y sólo uno. Qué fugaz ha sido vuestro compromiso con el bienestar de Sainte-Noire.

—El tiempo borra muchas cosas —afirmó Auxerre.

—Muy cierto —convino Hughes.

El capitán esperó. Ni por un momento creía que el abad se dejara burlar por su subterfugio. En el mundo que les había tocado en gracia vivir no existían las casualidades, y promesas como la del capitán sólo se rompían con la muerte. Auxerre guardó silencio mientras el monje cavilaba; tampoco a él se le escapaba que, a su vez, la presencia del abad de Mont-Froid tan lejos de su rebaño debía de tener un poderoso

motivo. Como si confirmara sus pensamientos, el abad prosiguió:

—Y aunque no tengáis interés en la muchacha, sin duda será bienvenida la ocasión de reencontraros con el resto de la familia: *dame* Jeanne y su nuevo esposo.

—¿*Dame* Jeanne, aquí? —intervino L'Archevêque, incrédulo—. ¿Y quién es el incauto que ha tomado por marido y, por ende, cornudo?

—Un viejo conocido nuestro —respondió el abad, sin dejar de mirar a Auxerre—. Gauthier de Souillers, nuevo señor de sus tierras de resultas de la muerte de su pobre padre, que en paz descanse.

—Eso no sucederá hasta que el Infierno lo vomite de vuelta —exclamó Louis.

Auxerre no despegaba los labios. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo, pero no tenía motivos para dudar del abad, y las implicaciones eran terribles. Si Gauthier y Jeanne se habían aliado, si sus respectivas maldades estaban unidas y consagradas por el lazo del matrimonio, más que nunca Aalis corría peligro y era imperioso que no la descubrieran. Era como si Sainte-Noire y la marea de sus desgracias extendiera sus tentáculos más allá de sus fronteras, hasta alcanzar la rica corte de Champagne. Ni allí estaban a salvo. Hughes esperaba plácidamente, como si estuviera leyendo sus pensamientos. El capitán no se molestó en levantar la vista. Sabía que el abad estaba pendiente de su reacción.

—Me estáis contando esto por una razón.

—Efectivamente. Por muy interesantes que sean los negocios de este amigo vuestro —dijo, señalando con un gesto a Ferrat—, la única explicación de vuestra presencia aquí es que Aalis está cerca. Y creedme si os digo que ésta es la última oportunidad que Dios nos concede para salvar a la muchacha, recuperar su herencia e impedir una guerra abierta.

—¿Por ese orden, abad? —preguntó Auxerre.

—Os imploro que me ayudéis —insistió Hughes—. Esta noche aún habrá tiempo, pero mañana todo saldrá según los planes de Gauthier si no me decís dónde para Aalis.

—Aunque quisiera, os repito que mi deber es para con ella solamente —dijo el capitán—. Pero no quiero engañaros: ignoro dónde está.

—Y, sin embargo, sabéis que está viva. No se tienen deberes hacia los muertos —interrumpió el abad—. Aunque algún día vos jurasteis algunos hacia su padre. —La expresión de Auxerre se hizo de hierro, y Hughes comprendió que se había excedido. No estaba en posición de hacer ningún reproche—. ¡Esperad! Retiro lo dicho. Debéis entender que veros hoy, aquí, esta noche, ha dado alas de nuevo a mis esperanzas, y temo que vuelvan a estrellarse.

Auxerre escudriñó el semblante ansioso del abad, y finalmente asintió.

—Está bien, no tengo por qué ocultaros que la he visto hace poco. Hasta donde yo sé, está sana y salva. Pero es cierto que no sé su paradero.

—Entonces...

La respuesta del abad quedó interrumpida por el estruendo de varios tambores.

Los corros de caballeros y damas se abrieron como el mar Rojo, en sendas filas, para dejar paso al cortejo de los condes. María de Champagne resplandecía vestida de plata y azul. Una diadema ornamentada con gemas y lapislázuli adornaba su pelo, y el colgante que lucía en su cuello era de fina plata ribeteada de azul. También de ese color eran las dos rosas que llevaba atadas a la cadena que le ceñía la cintura, y era prodigioso ver la delicada obra de los floristas, que habían sumergido sendas rosas blancas en una cocción de piedras turquesas hasta que los pétalos adquirieron el tono apropiado. A su lado, el conde Enrique se había cubierto con una larga capa de piel curtida, oscura como la noche, cortada de una sola pieza sin pliegues ni hendiduras, ribeteada con colas de zorro blanco. La túnica que llevaba era de hilo blanco con bordados de plata, y en el pecho ostentaba sus armas, una franja de plata entre dos azules. Ambos formaban una digna y hermosa pareja. Una vez hubieron entrado en la sala, seguidos del hermano del conde, los presentes desfilaron a su vez. Se oían alborozadas exclamaciones por parte de las damas al ver las mesas y ventanas bellamente decoradas, y los vítores de apetito de los caballeros, pues por otra puerta que comunicaba con la cocina, situada en el piso inferior, ya aparecían los criados con los entrantes del festín. Parejas de dos y hasta a veces cuatro criados eran necesarios para transportar las inmensas fuentes, algunas recién retiradas del fuego y humeantes, por lo que tenían que sostenerlas con las manos enrolladas en paños húmedos para no quemarse, como las ollas de caldos de carne y verduras del tiempo, o las piernas de cordero al laurel, acompañadas de salsa de almendras y compota de manzanas, peras y ciruelas. Los que llevaban los entremeses, fantasías de flores caramelizadas, lonchas de quesos de Brie calientes y derretidas sobre hogazas de pan, picadillo de hígado con cebolla y judías salteadas, anguilas untadas en manteca y fritas en aceite de pescado y frambuesas en salsa de menta para refrescar el aliento, habían llegado y partido ya: los comensales daban buena cuenta del festín, pero sin apresurarse, ni olvidar que sus anfitriones eran los señores más poderosos en muchas millas a la redonda, y que por lo tanto era la ocasión para hacer gala de las mejores maneras. La conversación se mantenía discretamente, sin gritos ni algarabías. Ya habría tiempo, más adelante, cuando el excelente vino de Beauvais y de La Rochelle especialmente comprado para la ocasión hiciera su efecto y llegasen las deliciosas bailarinas, de dar rienda suelta a la fiesta con las mejillas coloreadas y los ojos vivaces a causa de los tintos, los claretos y los vinos de garnacha. Por el momento, aún se podía escuchar sin necesidad de aguzar el oído la delicada polifonía que flauta, viola, laúd componían, acompañando el recital de dos nuevos poetas que cantaban las alabanzas de Eneas, el hijo de Troya. Los perros del conde andaban demasiado ocupados mendigando huesos y sobras por entre las mesas como para armar ruido con sus ladridos.

Gui observaba la sala sin perderse un detalle, pues su función era coordinar la entrada de alimentos y también asegurarse de que no se producía ningún incidente. La última vez, una dama se había atragantado con un hueso de pollo, y se había visto

en apuros para evitar una desgracia. De momento todo había ido bien, a juzgar por el semblante complacido de su señora María de Champagne, quien, desde su trono elevado, contemplaba la sala como una madre mira a sus pequeñuelos, con una mezcla de tolerancia y afecto no exenta de benevolencia. La condesa conocía bien a sus cortesanos, sus virtudes y defectos, y llevaba ya muchos años viviendo en Champagne, que había aprendido a amar. Además, su esposo le había dado una libertad absoluta para convertir un país de costumbres ya de por sí refinadas en la máxima expresión de la cortesía y la belleza, o al menos tan parecido al ideal como fuera posible. Sin embargo, esa noche Enrique estaba sentado a su lado con aspecto preocupado, contestando a los demás comensales con monosílabos y frases cortas, y sorbiendo de su copa de vino, pensativo. María puso su mano en el brazo de su marido, diciendo con suavidad:

—Dime cómo disipar las nubes que cubren tu frente, esposo. Hoy nada parece de tu gusto, y nuestros invitados creerán que te aburres con su conversación o, peor aún, en mi compañía. —Sonreía al decir eso, anticipando la respuesta de su marido.

—Sabéis que no es así, señora —respondió el conde, apretando la mano de su esposa—. Soy yo quien debería excusarse, por traer hasta aquí las preocupaciones del día. Pero corren tiempos difíciles y comprometidos. Vuestro padre sigue empeñado en esa disputa contra el rey inglés, y empiezo a temer los amaneceres, porque cada uno alumbra nuevos problemas.

—Y, sin embargo, cada día encontráis fuerzas para luchar y hacerles frente —repuso María afectuosamente—. Sólo que cuando viene la noche y el momento de gozar de lo que tan arduamente defendéis, las cicatrices aún os escuecen, como si en lugar de vino tomarais sal.

—Porque ni aun en mi propio palacio puedo estar seguro —respondió Enrique, levantando la vista hacia la concurrencia. Se pasó la mano por la frente. Esforzándose por no inquietar a su esposa, besó su mano con gallardía y dijo—: Pero aún tengo ojos para la belleza.

—Entonces espero que disfrutéis del espectáculo. —María de Champagne hizo una seña a Gui—. Me dicen que habrá una sorpresa digna de las cortes mágicas del rey Arturo.

Obedeciendo a la señal, los dos comedores de fuego que habían ocupado el círculo de las actuaciones se retiraron, mientras dos sirvientes recorrían la sala, apagando una de cada dos antorchas. La suave penumbra que cayó repentinamente despertó la curiosidad de los invitados. Se oyeron algunas risas y exclamaciones aisladas, proferidas por alguna dama cuyo caballero se había enardecido merced al vino y a la oscuridad. Dos figuras aparecieron por entre los cortinajes que ocultaban la entrada de la sala adyacente, uno sosteniendo una flauta y llevando una capa negra; su compañero iba con las manos vacías, también encapuchado, aunque tocado de blanco.

Cuando Hazim se echó hacia atrás y aplicó sus labios al instrumento, un rumor

recorrió las mesas, pues a pesar de la luz débil de las llamas su piel morena, sus profundos ojos negros y los rasgos árabes de su rostro eran visibles. Las damas situadas en las mesas más alejadas estiraban el cuello para verlo mejor; los caballeros permanecían sentados, algunos de ellos erguidos con escepticismo, sobre todo aquellos que jamás habían cruzado las fronteras de Champagne para ir a las Cruzadas, ni viajado hacia el sur. En cuanto procedió a arrancar notas como vuelos de ruiseñor, los asistentes dejaron de agitarse, y se rindieron al influjo apaciguador de la música, una tonada quebradiza y embrujadora. El último quejido de la flauta fue acogido con aclamaciones de admiración. Hazim sonreía, mostrando una blanca hilera de dientes, acalorado por el esfuerzo. A su lado, Aalis permaneció quieta hasta que el coro de elogios perdió vigor. Los asistentes se dieron la vuelta, concentrándose de nuevo en las carnes frías que seguían en las mesas. Entonces, Aalis dio un paso adelante y, manteniendo su perfil oculto, tal como Gui le había indicado, empezó a cantar reproduciendo la última nota de la melodía de Hazim, al tiempo que éste volvía a engazarla desde el principio. La voz de la joven se elevaba con un ligero temblor, pero tras unos momentos tomó fuerza y desgranó los versos de una dulce *chansó*.

*Chantars no pot gaire valer,
si d'ins dal cor no mou lo chatis;
ni chans no pot dal cor mover,
si no i es fin'amors coraus.
Per so es mos chantars cabaus
qu'en joi d'amor ai et enten
la boch'e-ls olhs e-l cor e-l sen.*

*Ja Deus no-m don aquel poder
que d'amor no-m prenda talans.
Si ja re no-n sabi'aver,
mas chascun jorn m'en vengues maus,
totz tems n'aurai bo cor sivaus;
e n'ai mout mais de jauzimen,
car n'ai bo cor, e m'i aten.*

*Amor blasmen per no-saber,
fola gens; mas leis no-n es dans,
c'amors no-n pot ges dechazer,
si non es amors comunaus.
Aisso non es amors; aitaus
no-n a mas lo nom e-l parven,
que re non ama si no pren!*

Los acentos de la *langue d'oc* revolotearon por la gran sala, flirteando con las llamas de las antorchas, depositando dulzura en labios y oídos, hasta llegar a la propia condesa María, que asistía emocionada a la bella interpretación de las canciones que su madre y ella tanto amaban. No era la primera *chansó* que resonaba entre aquellas paredes, pero la pureza del timbre y la intensidad que emanaba de la figura blanca se

conjugaban para evocar a las legendarias hadas que desde los lagos y las olas tentaban a los caballeros con sus poesías de agua y luz. Cuando se apagó la última estrofa, hubo un silencio. Después, como si despertaran renuentes de un grato sueño, todos los asistentes prorrumpieron en clamorosas alabanzas, palmas y repiques de botas contra el suelo, hasta el punto de que el palacio entero parecía temblar deshaciéndose en elogios. Gui había permanecido apartado, al lado del arco y, en ese momento, avanzó hacia la pareja de intérpretes y declamó:

—Señores, la honorable condesa de Champagne os trae la noche y el día, el sol y la luna: ¡ved hasta qué punto son opuestos sus rayos! —Y a estas palabras, Aalis se despojó de la capa blanca, quedando envuelta en su túnica de seda, que ceñía sus formas de mujer. Las exclamaciones de sorpresa se redoblaron: los caballeros reían al descubrir que el cantor era una dama, y disfrutaban del extraño encanto de la joven que, orgullosa, contemplaba la sala con una mezcla de desafío y temor. Por su parte, las cortesanas estaban complacidas, pues una vez más la fiesta de la condesa de Champagne volvía a superar el listón de cada año, obsequiándolos esta vez con un espectáculo digno de las cortes del amor: una mujer trenzando poesía en lugar de limitarse a ser su inspiración. Todos los ojos estaban puestos en la muchacha y el árabe.

De todos los que contemplaban a la pareja, entre sorprendidos y gozosos, había seis comensales cuyos sentimientos se veían turbados por una miríada de sensaciones a cuál más intensa, que iban desde la más delirante de las alegrías hasta la ira más concentrada, pasando por la incredulidad. Auxerre no participaba de esta última, pues había ido a palacio consciente de que en alguno de sus recodos hallaría a Aalis, así tuviera que registrar piedra sobre piedra. Lo que ni él ni Louis esperaban, ni en sus especulaciones más desatadas, era encontrar a la joven convertida en el número más destacado del festín, ni mucho menos en una trovadora. Pero, sin duda, su sorpresa no podía ni compararse con la de Walter Map, que se frotaba los ojos una y otra vez a riesgo de quedarse sin párpados: primero había creído reencontrarse con Sylva, su compañero de viaje, y en cuanto se había repuesto de la buena nueva (pues guardaba en un rincón de su mente un cierto arrepentimiento por haberlo dejado atrás en Chartres sin preocuparse de él), descubría que no era tal compañero, y que había pasado días y noches al lado de una jovencita que apenas tendría más de diecisiete primaveras. A fe que sus dotes de observación habían quedado en evidencia si ni tan sólo compartiendo lecho y fonda con la muchacha había descubierto su condición. Con su singular sentido del humor, sintió ganas de echarse a reír a carcajadas, pero se contuvo. A diferencia de Walter, para el abad de Mont-Froid la teatral aparición de Aalis no era una sorpresa, pues sabía que en algún momento ésta había viajado con guisa de hombre, y él había cerrado los ojos al sacrilegio, en bien de sus propósitos, como a tantas otras cosas. Pero verla viva sí constituyó una ráfaga de aire nuevo que revigorizó su espíritu decaído: no todo estaba perdido, y sólo necesitaba unas horas más y la ayuda de Dios para obrar un pequeño gran milagro. Aalis de Sainte-Noire

seguía viva, se repetía el abad, viva como la posibilidad de echar por tierra los planes de Gauthier. Bastaba con que la muchacha quisiera colaborar. Por su parte, en un rincón alejado de la sala, donde se sentaban los vasallos de menor rango, Gauthier y Jeanne ardían, se consumían devorados por llamas de temor, incertidumbre, frustración, celos y odio. Hacía tiempo que Jeanne no tenía delante a la hija de su marido muerto, y las horas pasadas habían borrado la imagen de la joven. Ahora, al verla de nuevo, rodeada de los mismos lujos que a ella tanto le había costado alcanzar, admirada por todos y, sin duda, bajo la protección de un poderoso si osaba presentarse travestida de hombre, Jeanne sintió revivir las ansias de aplastar a la criatura de Sainte-Noire, de convertirla de nuevo en un fantasma como el que había sido los pasados meses. Quería verla muerta. En ese punto su esposo no difería; Gauthier creía que los caminos de Francia habían engullido a la causante de todas sus desgracias, y en lugar de eso allí estaba, respirando el mismo aire de la corte. Él también quería verla muerta; lo único que lo distinguía de su mujer era que, mientras Jeanne sólo dejaba que el furor recorriera sus venas, Gauthier pensaba ya en cómo acabar con ella.

María de Champagne se levantó, y todos sus cortesanos la imitaron. Con su paso de digna princesa, se acercó a Hazim y Aalis. Gui propinó un ligero empujón a los dos jóvenes, y ambos hicieron una reverencia. La condesa dijo:

—Amigos, os agradezco vuestra delicada poesía, ya que yo también soy una ardiente defensora del amor contra los que aseguran que sólo trae males y desgracias. Y según es costumbre en estas fiestas, otorgamos coronas de laurel a los más dulces poetas. —Sonrió, acallando los vítores que se oían en la sala—. Sin embargo, no sólo cuento con mi juicio para estos menesteres, sino que reclamo la sabiduría de mis trovadores, que me dirán si de entre todos los espectáculos que aquí hemos visto merecéis el honor de la victoria. ¡Chrétien, Andreas! —La condesa se rió—. ¿Dónde os escondéis? ¿Acaso teméis perder vuestros privilegios en favor de los recién llegados?

—Si así fuera vuestro deseo —dijo Andreas, galante e inclinándose hasta rozar con su capa el suelo.

—Y, sin embargo, dudo que lo sea —apostilló otra voz, mientras Chrétien de Troyes se abría paso entre el corro de damas y caballeros que se había formado. Aalis abrió la boca, incapaz de fingir que no estaba sorprendida, e incluso abrumada: el hombre que había respondido a la condesa no era otro que el misterioso consejero que había tenido a bien pasar unos minutos a su lado, tranquilizándola, antes de salir a recitar.

—Sois un deslenguado, amigo mío. —La censura de la condesa estuvo acompañada de un mohín tan encantador que nadie podía dudar del favor con que contaba Chrétien. Por su parte, Andreas carraspeó, incómodo como siempre que la atención no estaba centrada en él.

—¿El humo de las antorchas ha estropeado vuestra delicada garganta? —

preguntó inocentemente Chrétien.

Andreas enrojeció; la corte entera hacía chanzas acerca de los mil y un cuidados que se prodigaba, desde hacerse frotar las uñas de manos y pies con cera hasta rizar sus mechones con hierros candentes. Repuso, en tono seco:

—Estoy bien, gracias. —Se dio cuenta de que Aalis disimulaba una sonrisa, y continuó, molesto—: Es que no estoy acostumbrado a encontrarme frente a un artista tan cumplido, tan cargado de virtudes, como esta jovencita. Dime, ¿en qué corte has pulido tus artes?

Chrétien reprimió una exclamación y se cruzó de brazos, dejando que Aalis contestara, vacilante:

—En ninguna, señor.

—¡Ah! El talento en estado puro. —Andreas hizo una complicada reverencia. De repente, todo el mundo guardaba silencio, pues en el Capellán, como se lo conocía, el despliegue de modales no siempre presagiaba lo mejor. La condesa se había retirado discretamente para observar el intercambio—. Así pues, ¿de dónde han salido esas palabras tan suaves, esos versos inspirados por Apolo?

—Son canciones que mi madre me cantaba... —empezó Aalis.

—No sigáis. —Andreas exudaba satisfacción. Se dio la vuelta, declamando hacia el auditorio—. ¡Canciones de cuna! Nada más tierno ni más apropiado para esta corte. Como niños de teta habéis caído bajo su influjo, y no es de extrañar, pues son canciones pensadas para adormecer, hiladas para anular los sentidos, destinadas a criaturas que aún no han probado ni el vino ni los alimentos sólidos, que no conocen la hermosa facultad de la razón ni usan de sus beneficios. ¡Canciones de cuna para la corte de Champagne! A fe que las merecáis.

Y con estas palabras dio la espalda a los congregados y ejecutó una reverencia frente a la condesa, que lo estudiaba pensativa. Aalis no sabía qué decir, ni por qué aquel desconocido vertía tal cantidad de ataques contra ella. En cualquier caso, se sintió obligada a responder, pues algunas caras de los asistentes no parecían tan amigables como antes, y ni ella ni Hazim podían permitirse perder la ventaja obtenida con el éxito de su actuación. Además, hubiera aceptado de buena gana que un poeta dictaminara que el recitado había sido modesto, o que le había faltado precisión y maestría, o que los versos eran defectuosos porque eran largos o cortos. Pero la diatriba de aquel al que llamaban Andreas la había indignado, había pulsado su instinto contra la injusticia: su crítica había sido gratuita y mezquina. Protestó:

—Señor, tratáis con severidad estas poesías, quizá yo no he sabido cantarlas bien; pero pese a que mi madre me acunaba con ellas —y miró desafiante a su alrededor—, siguen siendo hermosas canciones.

—No podéis decir otra cosa —replicó desdeñoso el otro.

—Ciertamente; es difícil decir otra cosa que la verdad. —Chrétien dio un paso adelante, poniendo gentilmente una mano en el hombro de Aalis, como si recogiera de ella el testigo de la defensa. Andreas enarcó una ceja, pero su oponente prosiguió,

sereno—: No es su origen ni las circunstancias en que se ejecutan lo que ha de juzgarse, si no entiendo mal; es la belleza de lo dicho, y la gracia de la música y la recitación. En cuanto a si llegan de mano de la razón, o envueltas en la nube de un hermoso sueño, eso sólo es el camino que han tomado para alcanzar al espíritu que las acoge y las escucha. Que si este último se conmueve, no ha de atender a más razones que las del corazón alborotado, y del placer que recorre las venas.

—Amigo Chrétien, disipado queda el misterio de por qué estos dos aprendices de juglares —interrumpió Andreas, malévolo— se han abierto paso hasta la corte de nuestra dignísima señora. ¿Por ventura uno de ellos, o los dos, calienta tu cama este invierno? Bueno, sea cual sea el caso, me alegro por ti, pero por Dios, ¡no nos inflijas su palabrería!

Se oyeron algunas risas por la sala, aunque ninguna carcajada o burla abierta: los cortesanos eran demasiado prudentes como para exteriorizar opiniones antes de que la condesa se hubiera manifestado. Chrétien no dio señales de sentirse ofendido por las groseras acusaciones de Andreas, pues sin duda estaba acostumbrado al estilo de su oponente; pero en las mejillas de Aalis dos manchas rojas habían aparecido, y su ceño estaba fruncido. Sin embargo, el de Troyes prosiguió como si hubiera oído caer la lluvia:

—Jamás había visto a ninguno antes de hoy, pero no puedo decir lo mismo de su poesía. —Chrétien dejó pasar unos instantes antes de continuar—: ¿O me dirás, Andreas, que ignorabas que lo recitado pertenece a la pluma del de Ventadorn, reconocido en todas las cortes desde Poitiers hasta Narbona? Creo incluso, si no me equivoco, que la propia reina Leonor lo tuvo en la más alta estima, tiempo ha. —Y ejecutó una reverencia en dirección a la condesa María—. Únicamente por eso deberíamos respetar sus canciones.

Un murmullo recorrió las filas de los asistentes. No se solía hablar en voz alta de los hombres a los que la reina Leonor, madre de la condesa, había distinguido con su afecto y que no eran sus maridos. Para eso ya estaban los predicadores biliosos y los redactores de panfletos a sueldo del rey Enrique. Sin embargo, la condesa no parecía molesta por el comentario de Chrétien; al fin y al cabo, era cierto que su madre había distribuido sus querencias con liberalidad y sin preocuparse de las apariencias. Y si bien María de Champagne procuraba no hablar en voz alta de su madre, en silencio reverenciaba la sombra volátil y embriagadora que Leonor había proyectado allá donde fuera, desde los puertos de Antioquía hasta las lóbregas estancias de Saint-Denis. Andreas había enmudecido, y a la tenue luz de las antorchas sus pupilas brillaban. La condesa avanzó hasta situarse en el centro del corro, lentamente, dejando arrastrar los bordes de armiño de su vestido. Se volvió hacia Chrétien y, con una mirada de complicidad, le tendió su mano. El poeta la besó, tomándose su tiempo, y no sin antes obsequiar a Andreas con un expresivo guiño. El otro, por su parte, se encogió de hombros y procedió a inclinarse frente a su oponente. Por esta vez, una más, Chrétien ganaba la partida, y a Andreas no le tocaba otra que aceptarlo.

Aalis contemplaba la escena, admirada. Sentía que frente a ella se había desarrollado un combate, un verdadero duelo de mentes, acostumbradas a esquivarse los lances y también a hacer las paces después de tantearse. Pero después de la refriega, toda la violencia contenida en las acusaciones y réplicas se había disipado, como si las palabras hubieran actuado igual que escudos y yelmos, destinados a preservar el ambiente festivo y a mantener la concordia por encima de todo. Y se daba cuenta de que era la mano discreta de la condesa la que conducía, firme y sin vacilaciones, aquel intrincado barco a buen puerto. Era una corte en verdad digna de ser llamada mágica, una corte en la que Aalis podría soñar día y noche y olvidar la maldad que quedaba a las puertas, sin duda prohibido su paso para que no infectara la belleza de noches de poesía como la que acababa de vivir.

María de Champagne hizo una seña, y Gui apareció con la corona de laurel que premiaba a los poetas itinerantes. La condesa la tomó con gran ceremonia y la depositó, primero en la cabeza de Aalis y luego en la de Hazim, para significar que era un premio compartido. Los dos cayeron arrodillados frente a la gran señora, y la corte entera volvió a aplaudir, rendidos ante el ritual homenaje. La alegría que pintaba la boca de Aalis era pura, y desconocida; hacía tiempo que no gozaba de un momento tan feliz.

—¡Dejadme pasar! ¡Abridme paso! —Los gritos se oían desde el fondo de la sala, primero débiles y luego resonando por todos los rincones. Por fin, Gauthier de Souillers se plantó delante de Aalis, enfurecido. Sus ojos habían adquirido el mismo tono rojo y repugnante de su padre. A la joven, la cabeza le dio vueltas, como si alguien le hubiera dado un mazazo. Atinó a ver también a Jeanne, a espaldas de Gauthier, hermosa y adornada pero sin color, casi como si la sangre de sus venas se hubiera tornado gris. Sonreía con los mismos dientes afilados de siempre y, sin embargo, era un fantasma de la joven campesina, rolliza y rosada, que un día había sido.

La condesa contempló estupefacta a los dos invitados, que después del alboroto creado permanecían clavados frente a la joven, pero no decían nada.

—Exijo una explicación, señor —dijo severamente—. O que abandonéis mi castillo, pues estas maneras no se toleran en mi presencia.

Ante estas palabras, el corro de cortesanos curiosos se dispersó, al menos en apariencia. Cuando María de Champagne desplegab su genio, no era prudente estar cerca. No obstante, a pesar de las caras vueltas en otras direcciones, y de las conversaciones que ahora se abrían, como nuevos barriles de vino, todos los oídos estaban pendientes del intercambio que se producía entre la condesa y el recién llegado, así como del objeto de la discordia, la misteriosa poeta que tan entretenida había resultado, aunque no solamente a causa de sus versos.

—Disculpadme, señora. —Gauthier sabía atar su lengua cuando convenía, y aquél no era momento de dar rienda suelta al veneno que inundaba su boca. Su primer instinto al ver a Aalis había sido sanguinario; se había contenido al presenciar el

favor otorgado por la condesa a la joven. Ahora, su mente calculaba desesperadamente cuál era el curso más conveniente a seguir. De algún lugar recóndito y lleno de telarañas, allí donde Gauthier guardaba enclaustrados todos los sentimientos que jamás habría de usar sino para el engaño, sonó su voz teñida de dulzura—: Es la emoción que me ha embargado al reencontrarme de nuevo con la hijastra de mi esposa. Estaba perdida, su ausencia oscurecía nuestros días, y es una bendición que aparezca aquí, de vuestra divina mano. Somos su única familia. Gauthier de Souillers, para serviros a vos y al conde.

Aalis palideció superada por la mendacidad de Gauthier. Aterrorizada, empezó a negar con la cabeza, incapaz de hallar las palabras adecuadas para expresar su horror. Por fin, exclamó, ahogadamente:

—¡No! No creáis a este hombre. Sólo me quiere mal, sólo busca mi desgracia. — Desesperada, tomó las manos de la condesa, y suplicó—: Os lo ruego, señora, por lo más sagrado. Tuve que huir para evitar...

—Un beneficioso matrimonio con mi padre —terminó Gauthier, afablemente—. Recuerdo vuestra negativa como si fuera ayer. Sin embargo, os perdono, querida. Tanto es así que, para aliviar las desgracias que sobrevinieron a las tierras de Sainte-Noire cuando vuestro padre murió de pena y de deshonor, me avine a tomar por esposa a Jeanne, su viuda, para no quebrar la alianza planeada entre nuestras casas. Pero todo esto ya pasó, Aalis. Ahora podéis volver con los vuestros: Jeanne y yo os recibiremos con los brazos abiertos.

—¡Jamás! —gritó Aalis—. No he llegado hasta aquí para que me arrastréis de nuevo al pozo de vuestra negra alma. Os juro, Gauthier, que si no me dejáis ir habréis de lamentarlo para siempre.

—¿No serán amenazas eso que oigo de vuestros labios, verdad? —dijo mordaz Gauthier—. Mi corazón sangra ante vuestra ingratitud.

—Y el mío clama, Gauthier, frente a vuestro descaro —tronó Auxerre, apareciendo de improviso. Empuñaba su espada, y forzó el brazo de Gauthier hasta retorcerlo. Éste chilló de dolor—. No volveréis a ofenderla, así tenga que desollaros vivo aquí mismo para impedirlo.

—¡Basta! —exclamó el conde de Champagne, que al ver relumbrar el metal se había apresurado a intervenir, interponiéndose entre el incidente y su esposa. A su vez, poetas y alguaciles habían formado una barrera para proteger a la condesa María. Los guardias de palacio no tardaron en rodear a Auxerre y Gauthier, armados de largas picas con punta de hierro. Los dos hombres se separaron, entre mutuos empujones. Auxerre tenía la mirada negra, mientras a su lado L'Archevêque guardaba sus espaldas. Gauthier se frotaba el dolorido brazo, el mismo que el capitán había herido hacía ya tanto tiempo—. Entiendo que aquí hay mucho que explicar — prosiguió el conde.

Se volvió hacia Aalis y, a bocajarro, preguntó:

—¿Es cierto que tu nombre es Aalis de Sainte-Noire?

—Así me llamo —repuso ella.

—Ya veo —dijo el conde, volviéndose para enfrentar el semblante impasible de Gauthier—. Ciertamente os ha de llenar de sorpresa ver a esta joven viva, cuando ayer asegurabais delante de mí que estaba muerta, tan fenecida como san Sebastián mártir. Sea como sea, no es el momento ni el lugar de dirimir estas cuentas. Mañana celebraré una audiencia, y allí escucharé todo cuanto tengáis que decir. —Levantó la mano para detener cualquier protesta—. Esta noche, retiraos a descansar o gozad de la fiesta. Y al primero que desenvaine un arma, se le cortará una mano.

Con estas palabras, tomó el brazo de su dama y se dirigió a la mesa principal. De camino, susurró en el oído de María:

—Desde luego, querida, no volveré a poner en duda tu palabra cuando me anuncies un espectáculo inolvidable.

—No te burles de mí. —La condesa estaba contrita. Su mágica noche de poesía se había echado a perder. Aborrecía las reyertas violentas, pero éstas se las arreglaban para derribar las puertas de su palacio e introducirse hasta en sus festivales de armonía—. Quería distraer tu mente de preocupaciones, y mira lo que ha sucedido.

—Esposa mía, nada tienes que lamentar —dijo Enrique suavemente—. Y te aseguro que sí has contribuido a apaciguar mi espíritu.

El conde de Champagne intercambió una mirada con uno de los comensales, el más frugal y callado de los que había gozado del honor de compartir su mesa. Sus ojos azules relucían misteriosos; pero Enrique no sabía si de alegría o de preocupación.

—Espero que paséis una noche tranquila —exclamó Gui, observando a la joven con curiosidad.

—Gracias por todo —repuso Aalis. Se volvió hacia Chrétien, que había acompañado a la escolta—. Y a vos también. Habéis sido muy generoso con una desconocida.

—Siempre es un aliciente ver poesía en labios que la merezcan —replicó galante el poeta.

Auxerre no dijo palabra, pero se cruzó de brazos. Chrétien lo estudió y el otro le sostuvo la mirada. Al fin, el primero sonrió ligeramente, inclinó la cabeza sin añadir nada más y salió de la sala.

—Bueno, no es exactamente la mejor cámara del palacio, pero tampoco son los establos —dijo Louis, ahuecando el colchón de paja para acostarse.

—Siempre tan optimista —dijo Aalis con afecto—. Te he echado de menos, Archevêque.

—Y nosotros hemos removido cielo y tierra, niña —repuso éste, mirando a Auxerre de reojo. La joven y el capitán aún no habían tenido oportunidad de decirse nada. Louis alzó la voz, y exclamó—: Pero veo que, mientras, os habéis hecho con un

acompañante. ¡Hola! ¿De qué madriguera de sarracenos os ha rescatado mi señora?

—De la misma en la que tú te pudrirás muy pronto —replicó Hazim, entre molesto y divertido.

—Cuéntame tu triste historia, muchacho. Seguro que me hará reír —invitó Louis, encendiendo una de las velas que había al pie de los camastros.

El abad de Mont-Froid daba vueltas en su cama, inquieto como la noche antes de que lo ordenaran sacerdote. No podía creer en el vuelco de fortuna que había presenciado. Desde luego, la presencia de Gauthier dificultaba las cosas, pues el vástago de Souillers no dejaría escapar el botín de Sainte-Noire tan fácilmente. Después de todo, a su nombre habían quedado esas tierras, así como el juramento de vasallaje prestado a Rotrou; lucharía como una serpiente antes que perder tales privilegios. Si estuviera solo, pensó Hughes, si al menos no contara con *dame* Jeanne a su lado, como el trofeo viviente sobre Philippe de Sainte-Noire, su viuda convertida en su esposa. Y ojalá la niña Aalis entrara en razón e hiciera valer sus derechos. Si ella no reclamaba sus tierras, la partida estaría perdida desde el principio. Demasiados síes: y si el humor del conde no se inclinaba por ellos, y si aun con las cartas ganadoras, los lazos familiares del conde con Rotrou pesaban más que nada... Exhaló un suspiro.

—Hughes. —La voz cansada de Walter Map surgió desde la oscuridad. El clérigo se había acomodado en el camastro contiguo, compartiendo celda con el abad—. Por Arturo que si no dejáis de moveros me subiré en mi mula y anunciaré al rey que la única solución es invadir vuestro monasterio.

—Lo siento —se disculpó el abad—. Es que no logro conciliar el sueño. La audiencia de mañana es demasiado importante. Lo sabéis mejor que nadie.

—En efecto, pero sin duda vuestra asistencia se verá más realzada si lográis manteneros despierto —replicó Walter—. O, al menos, así desearía presentarme yo frente al conde de Champagne: despejado y lúcido.

—Lo siento —repitió Hughes—. Intentaré recitar los Salmos. Eso siempre me ayuda a dormir.

—Alabado sea Dios —respondió Walter. Se dio la vuelta y clavó los ojos en la pared, abiertos de par en par. A pesar de sus palabras, tampoco a él le resultaría fácil conciliar el sueño. No mientras el destino de dos reinos dependiera de la partida que habían de jugar a la mañana siguiente.

En el jardín de la colegiata de Saint-Étienne, los obreros habían dejado apiladas las semillas que habrían de plantar al día siguiente. Los montones perfumados de raíces, flores y simientes llenaron de paz la mente de Aalis. En un rincón, dos astutos petirrojos picoteaban en busca de alimento. El mármol pulido y las esculturas de piedra de los capiteles convertían el claustro de la colegiata en un paraíso inanimado,

similar al del monasterio de Mont-Froid, pero más exuberante y lujoso, pues Saint-Étienne era la iglesia de un conde principal. En los elaborados relieves, los artistas habían narrado la historia de la familia de Champagne y Blois, y también las tradicionales escenas de la Biblia. Aalis deslizó los dedos por los delicados perfiles de los ángeles.

—Me gustaría tener alas, y echar a volar cuando hubiera peligro.

—Huir no siempre es la mejor solución —repuso Auxerre, que hasta entonces había guardado silencio.

La joven asintió, como si recordara una verdad muy antigua.

—Quizá sólo se trataba de encontrar mi verdadero sitio —musitó.

—Pensaba que ya existía ese lugar —dijo el capitán, tomando la mano de Aalis entre las suyas. El anillo plateado que antaño había pertenecido a su padre relucía de nuevo en su dedo. El sello estaba vuelto hacia abajo, oculto, como si su dueña no quisiera verlo.

—Sainte-Noire ya no es mi hogar —negó ella.

—No me refería a Sainte-Noire —dijo Auxerre, bajando la cabeza y dejando ir a la joven. Uno de los petirrojos levantó el pico, inquieto.

—Lo siento —dijo Aalis.

De pie, Auxerre apoyó el puño en una de las columnas, y guardó silencio, dándole la espalda. Aalis puso la mano en su hombro.

—Sé que has tratado de ayudarme cuando te ha sido posible. Te lo agradezco. —Una de las esculturas resplandecía, cubierta de luz plateada. Las hermosas yedras empezaban a ondear por entre la baranda, buscando el cielo. Aalis añadió—: Esta vez no me iré sin mirar atrás, sin decirte que te recordaré siempre.

—Eso suena a despedida, *doussa* —respondió Auxerre, aún sin volverse.

—He tenido mucho tiempo para reflexionar, en los bosques callados de Mortagne y en la cripta de Chartres. También aquí, envuelta en esta fantasía. —Aalis señaló la colegiata, el soplo fresco de la luna, los ojos ciegos de las estatuas—. Si volviera a Sainte-Noire, sería como enterrarme con los recuerdos que me atan allí. Y también los últimos meses, esta pesadilla horrible, yacerían conmigo.

—De modo que para evitarlo vas a ceder —sentenció Auxerre con vehemencia—. Perderás tus derechos y un lugar en el mundo al que regresar cuando los caminos te hayan golpeado lo suficiente. Créeme, he visto en mi vida más de lo que querría y debería. No hay nada que se pueda comparar al sentimiento de saber tuyos los campos y los ríos que recorres; y no porque sean de tu propiedad, sino porque uno mismo pertenece a ellos. —Guardó silencio. Su espalda, cubierta por la capa negra de terciopelo, se fundía con la noche.

—Pero Sainte-Noire ya no significa eso para mí —repuso Aalis.

—Volverás a sentirlo así, y será demasiado tarde —vaticinó Auxerre—. Habrás perdido algo que era tuyo. Querrás recuperarlo, y ya no estará a tu alcance. —Se dio la vuelta y, recostándose en la piedra, estiró un brazo y rozó la mejilla de Aalis—. Y

maldecirás cada día que dejaste morir sin aferrarte a ello.

—Entiendes mejor que yo el valor de esas tierras. Quizá deberías ser tú el que regresase —murmuró Aalis, volviendo la cabeza—. Incluso podrías ponerte al servicio de los nuevos dueños.

—Podría —asintió el capitán. La joven levantó la vista, alarmada. Auxerre esbozó una media sonrisa—. Pero a estas alturas deberías conocerme mejor que eso.

—Entonces, ¿qué harás? —Aalis ganaba tiempo, no sabía contra qué. A pesar de que el capitán apenas se movía, todos sus ademanes transpiraban urgencia, como si el mero palpitar de su sangre estuviera llamándola—. Habrá muchas plazas donde puedas ganarte un buen sueldo sin poner en peligro tu vida.

—Así es —volvió a asentir Auxerre. Se aproximó lentamente a la joven, como si no quisiera asustarla con un gesto brusco. Luego murmuró—: Dios dirá dónde estaré mañana. Pero no será lejos de ti.

—Esta noche debo despedirme de ti, Auxerre —susurró Aalis.

—Despidámonos entonces. Ven, déjame decirte adiós. Pero te juro que mañana volveremos a encontrarnos. —Auxerre atrajo a la joven contra sí. Aalis se dejó mecer unos instantes por la noche y el silencio. Auxerre buscó sus labios, primero acariciando su frente, luego besando las mejillas cubiertas de lágrimas. Hasta mucho rato después Aalis no se apartó, y en ese gesto tuvo que invertir todas sus entrañas, pues le costaba tanto como separar un brazo de su tronco, o arrancarse los ojos de las cuencas.

—No lo hagas más difícil —suplicó.

Auxerre murmuró:

—Es lo único que no me puedes pedir.

Y volvió a retenerla a su lado, como dos estatuas más de la columnata, enlazadas y resplandecientes, tal que esculpidas en mármol. Aalis quería morirse en esos labios, y a la vez escapar hacia un lugar donde los sentimientos no fueran tan intensos que amenazaran con desbordar su pecho y convertirla en pura carne. Poco a poco, el manto de besos de Auxerre apagó sus dudas, anegándola en una locura cálida, hecha de lágrimas y del perfume de las flores de Saint-Étienne.

Gauthier esperó hasta que una de las dos figuras se levantó sigilosamente y ascendió por la escalinata hasta los corredores de palacio. La escena que acababa de presenciar seguía impresa en su retina, y alteraba su pulso. Había salido de su alcoba, harto de la noche, ansioso por que llegara la mañana, y el balcón que sobrevolaba la colegiata era un lugar tan bueno como otro para soñar con la caída de todos sus enemigos. Unos ruidos inopinados atrajeron su atención y, al descubrir la identidad de los amantes, se debatió entre ir a por su espada y caer sobre ambos, o quedarse oculto en la sombra y observar. No le costó mucho abandonarse al placer de ver sin ser visto, de gozar a su manera de la piel que compartían los dos cuerpos. Había olvidado que,

además de por su herencia, Richer había deseado casarse con Aalis porque era apetecible y su piel blanca competía con el armiño más suave. Se encogió más y más, hasta acabar arrodillado y con las manos aferradas a la baranda, conteniendo su aliento y la sangre martilleándole todo el cuerpo. Cuando por fin Aalis llegó al corredor y estuvo a su altura, tendió el brazo y apretó el cuello de la joven con una garra de hierro.

—Debería matarte aquí mismo —susurró.

—¡Apártate, bestia! —acertó a proferir Aalis.

—Tú eres la que has estado retozando como un animal. —Gauthier acercó su rostro al de Aalis, y husmeó su cuello. La joven se debatió, desesperada. La faz de Gauthier estaba enrojecida y sus manos huesudas seguían atenazándola. Prosiguió, haciendo un esfuerzo por controlarse—: Pero no es eso lo que quiero. Óyeme bien: olvídate de Sainte-Noire. Si alguna vez vuelves por allí, o reclamas esas tierras, te juro que no te olvidarás de mí mientras vivas...

Sonrió, separando los dientes como las hienas antes de atacar. Se inclinó sobre ella, y una de sus manos se deslizó por la cintura de la chica, rozándole los pechos. Gauthier exhaló un ligero gemido. Aalis le escupió, al tiempo que lo arañó hincándole las uñas con ferocidad. El hombre se llevó una mano a la cara; cuatro pálidos surcos de color rosado aparecieron cruzándole la mejilla, sangrando ligeramente. Antes de que pudiera reaccionar, Aalis juntó las manos en un puño y le dio un golpe con todas sus fuerzas en el bajo abdomen. El de Souillers cayó de rodillas, con la faz contorsionada de dolor.

—¡No vuelvas a amenazarme, maldito! —dijo Aalis. Con su cinturón de cuerda rodeó el cuello de Gauthier y apretó hasta que sus nudillos quedaron blancos. El otro abrió la boca en busca de aire; su lengua se tornaba oscura por momentos. Sin embargo, logró ponerse en pie, y Aalis no podía seguir conteniéndolo por mucho tiempo. Al fin tuvo que soltarlo, y Gauthier se dejó caer en el suelo hecho un ovillo. Aalis echó a correr y, hasta que se hubo tendido en el camastro, al lado de los de Hazim y Louis, no se dio cuenta de que estaba temblando.

Capítulo dieciocho

Ningún rastro quedaba de la espléndida fiesta del día anterior. Un ejército de criados había recorrido la sala principal del palacio al amanecer, cuando los más rezagados aún dormían sobre las alfombras, en sus dedos aún sujetas las preciadas copas de cristal. Los restos de la comida yacían ahora en los cuencos de los mastines, en la cocina, o bien esperaban a ser reutilizados en algún caldo. Las alfombras reposaban en los arcones, y de las guirnaldas de flores que habían convertido la estancia en un jardín de ensueño nadie se acordaba. Los muros volvían a presentar su faz más gris y taciturna, como era preceptivo para las solemnes ceremonias públicas y privadas que allí se celebraban. Tal vez la única señal de que la noche había sido larga eran los rostros preocupados y las ojeras que asomaban aquí y allá. Sin ir más lejos, el propio conde había pedido a los sirvientes que se colgasen cortinas de hilo frente a los ventanales, para evitar el fuerte sol que hería sus ojos, gesto que tanto Walter Map como el abad de Mont-Froid agradecieron. Ninguno de los dos había podido conciliar el sueño, y al sonar la prima ya estaban dispuestos, pese a que aún faltaban tres horas para la audiencia que el conde había convocado. Habían empleado ese tiempo en incesantes paseos fuera y dentro de la celda, sin cruzar palabra. Por su parte, Guillermo de las Blancas Manos, haciendo uso de sus privilegios de hermano del conde, ocupaba su lugar en una butaca a la diestra de éste, en la tarima elevada. Los demás permanecían de pie, ambos bandos claramente distanciados: Gauthier y Jeanne a un lado, y Aalis, flanqueada por Auxerre y L'Archevêque, en el otro.

—Señores, os agradezco vuestra presencia —empezó el conde—. Esta audiencia se ha convocado para esclarecer el estado del feudo de Sainte-Noire. Todos los presentes tenéis parte y derecho a intervenir en los parlamentos. Os conmino a hacerlo con palabras justas y sabedores de que os corresponderé del mismo modo.

—Si me permitís, *sire*, no veo cuál es el objeto de esta reunión —declaró Gauthier—. Mi señor Rotrou du Perche recibió mi vasallaje y el de mi esposa por esas tierras, y ese asunto está cerrado.

Al decir esto, empujó a su mujer con brusquedad, y ésta ejecutó una torpe reverencia. Antes de que nadie pudiera intervenir, Aalis dijo sin apartar la vista del suelo:

—Podéis quedaros con Sainte-Noire si así os place.

El conde enarcó una ceja, y cruzó una mirada con el abad de Mont-Froid. Hughes

de Marcy apretó los labios y trató de dominar el nudo de angustia que se estaba formando en la boca de su estómago. Se confirmaba la derrota, inapelable y sin posibilidades. Aunque era consciente de que aquel desenlace era el más previsible desde el principio, el último resquicio de su ser que aún confiaba en la Providencia divina había mantenido viva la llama. Ahora, las palabras tajantes de Aalis eran un jarro de agua fría que todo lo sentenciaba. No se sentía con fuerzas para intervenir; no, después de ver la determinación de la joven. Observó a Walter Map. El clérigo no daba muestras de verse afectado por el desarrollo de los acontecimientos. Al fin y al cabo, Walter estaba ya acostumbrado a recibir negativas y a oír malos augurios en sus misiones, pues en tanto que emisario del rey Enrique no pocos señores se habían mofado de sus propuestas, y otros lo habían arrojado de sus tierras sin más miramientos, y hasta con peligro para su pescuezo. Sin embargo, tenía una espina que llevaría consigo durante largo tiempo: haber tenido al alcance de su mano la llave de la paz, sin saberlo.

Aalis permanecía cabizbaja. Como nadie más hablara, Enrique de Champagne se levantó, y declaró con voz átona:

—Mi corazón se regocija al ver un acuerdo tan veloz. Partid, pues, con Dios. Os deseo a todos un pacífico regreso a vuestros hogares.

Gauthier parpadeó. En unos instantes, había logrado imponerse a la voluntad de todos los allí presentes —pues estaba casi seguro de que el conde Enrique tampoco estaba satisfecho con el resultado, a pesar de su declaración—. Se cumplía su venganza, obtenía lo que tantas penurias le había costado. Se había resarcido de todas sus humillaciones. Observó al abad mientras se acercaba a Aalis y a Auxerre, y una punzada de odio le sacudió el cuerpo. Todos partirían, en efecto, tal como había dicho el conde; y la endemoniada muchacha Sainte-Noire también. Se había quedado con sus tierras, y la mujer que estaba a su lado había pertenecido a su padre. Pero aquella maldita había logrado escapar, en definitiva, del destino que tendría que haberse cumplido para ella: una boda con Souillers. Se iría, libre de toda carga, con su amante Auxerre, y cada risa que saliera de su garganta, Gauthier estaba seguro, resonaría por toda Francia y llegaría hasta él, recluido en el recinto de su odio, reconcomiéndole las entrañas. Empezó a sudar pensando en el cuerpo joven de Aalis, y en las muchas horas de goce que lo esperaban, mientras que él estaría condenado para siempre, hurtando caricias de las criadas y emborrachándose para poder pasar la noche con Jeanne e imaginarla otra. No tenía por qué ser así. Tenía la garganta seca, pero atinó a pronunciar la frase que se había formado en su cerebro. ¿Acaso le negarían algo, ahora que la Fortuna le sonreía y lo acogía con los brazos abiertos?

—Esperad.

Si alguien preveía que pudiera producirse una interrupción o una protesta, sin duda nadie hubiera predicho que su origen sería Gauthier. Éste trató de imprimir un tono afable a su voz, pero sólo consiguió hablar con un fallido falsete:

—Sí queda algo por dirimir. La feliz noticia de que mi hijastra —se volvió a

mirar a Aalis, que no pudo evitar estremecerse— está viva plantea la cuestión de quién ha de custodiarla hasta que tome esposo. Para esa tarea me ofrezco, así como mi muy querida Jeanne.

—No es posible que habléis en serio —exclamó Auxerre—. Jamás.

—Dudo de que podáis hablar en nombre de vuestra amante —escupió Gauthier—. A pesar de que os hayáis revolcado juntos en el fango, sigue estando fuera de vuestro alcance.

Auxerre se lanzó sin vacilar contra Gauthier, desenvainando su espada.

—¡En nombre de Dios! —se interpuso el abad de Mont-Froid—. Teneos, Auxerre. Recordad dónde estamos. En cuanto a vos, Gauthier, no acierto a entender cuál es vuestro propósito. Desde el momento en que Aalis de Sainte-Noire renuncia a su herencia, vuestros asuntos con ella terminan.

—No todos. —Gauthier disfrutaba de cada palabra, sentía renacer el poder en sus venas. La partida no había terminado, no acabaría hasta que aplastara a la insolente joven. Tenía que volver a sentir su miedo, como si fuera un vino delicioso sin el cual sus días no tendrían sabor.

—¿Qué pretendéis? —preguntó Aalis, acercándose hasta situarse frente a frente con Gauthier—. Os he cedido mis tierras. ¡Dejadme en paz!

Gauthier sonrió. La proximidad de la muchacha era embriagadora. Se volvió hacia el conde y dijo en voz alta:

—Sólo exijo que se compense el perjuicio que hemos sufrido en Souillers a causa del incumplimiento del pacto. Propongo un pago adecuado. —Dio unos pasos por la sala, como si reflexionara profundamente. Cuando levantó la cabeza, lanzó el guante—: Digamos que cien libras. Eso, o el derecho a gestionar su matrimonio. De esa forma, su futuro y sin duda desgraciado esposo tendría que abonarme el coste de los esponsales a mí.

Un silencio incrédulo acogió su propuesta. El abad de Mont-Froid intervino una vez más:

—Gauthier, vuestro pleito no se sustenta. Cualquier tribunal dictaminará que al haber tomado posesión de la herencia de Aalis está satisfecha la deuda, si tal hubiera.

—Quizá. Pero en el ínterin solicitaré la custodia de la muchacha. No quiero perderla de vista ni un minuto —dijo Gauthier, acercándose al trono donde seguía sentado el conde de Champagne. Enrique se removi6, inc6modo, en su butaca. Conocía bien los intrincados vericuetos de las cortes y tribunales como para desechar sin más la reclamación de Gauthier de Souillers. Por descabellada que fuera, si invertía suficiente oro en los funcionarios adecuados, podían pasar años antes de que el asunto se diera por terminado. Al conde no le gustaba la maniobra, pero Gauthier no había sido secretario de un arzobispo en balde. Podía ser cobarde y rastrero, pero en esos momentos conocía el terreno que pisaba, y manejaba la corrupción y la manipulación como espadas de doble filo. El señor de Souillers seguía hablando—: Imaginad que huye. No sería la primera vez, y yo me quedaría desprovisto de

cualquier posibilidad de lavar mi honor.

—Tú no tienes honor —dijo Aalis, serenamente. Hubo algo en su actitud que hizo que todos se volviesen a mirarla. Su voz era más profunda, como si a través de ella hablara toda una estirpe, encarnándose los sucesivos dueños de una misma tierra en su persona—. Y tampoco tienes derecho a pisar Sainte-Noire como su señor. —Hizo una genuflexión frente al conde de Champagne y continuó—: Solicito vuestra protección en este pleito, y reclamo mis derechos como dueña de Sainte-Noire y única heredera legítima del señor del castillo. —Elevó la mano hasta mostrar el anillo en su dedo índice, una simple banda de metal. Con un movimiento, le dio la vuelta y descubrió la parte que había quedado oculta de la joya. Era el sello de Sainte-Noire, la torre tallada en la plata—. Aquí tengo el sello de nuestra familia, que mi padre me entregó en su lecho de muerte, el único válido para confirmar actas de vasallaje. No sé qué pergamino habréis conformado, *sire*, pero dudo de que vuestro honor os permita dotar de legalidad un documento sin base.

El conde de Champagne se levantó y se inclinó para estudiar el anillo. Observó largamente la faz seria de Aalis, que esperaba pacientemente su veredicto, y recorrió la sala con una mirada. El abad de Mont-Froid y Walter Map estaban inmóviles, pero una tensión controlada recorría sus semblantes, como si no se atrevieran ni a respirar por temor a romper el frágil hilo que aún podía conducirlos al resultado anhelado. Auxerre y L'Archevêque se habían arrodillado dos pasos por detrás de Aalis, en un mudo gesto de respaldo. Por su parte, Gauthier guardaba silencio, y solamente un ligero fruncimiento en su frente denotaba su disgusto, y también su sorpresa. Creía firmemente que Aalis jamás tendría el valor de enfrentarse a él. Aún no estaba preocupado, a pesar de que si el conde de Champagne se decantaba por ayudarla, su partida sería mucho más ardua. Enrique habló por fin, y se dirigió a la persona que aún no había dicho nada:

—*Dame* Jeanne, vuestro esposo insiste en defender vuestros derechos. Permitidme oír de vuestra boca que efectivamente os oponéis a la reclamación de Aalis de Sainte-Noire.

Gauthier sonrió, satisfecho. El escollo más importante, que Jeanne fuera tenida en cuenta en la línea de sucesión de Philippe a pesar de sus orígenes humildes, quedaría atrás fácilmente. Esperó la respuesta de Jeanne, pero ésta no decía nada. Tomó su mano y la besó, animándola con el gesto. *Dame* Jeanne lo miró, y sus ojos estaban vacíos de todo sentimiento. Gauthier se estremeció de asco. Lo primero que dijo Jeanne le heló la sangre:

—¿Por qué habéis solicitado la custodia de esa mocosa?

—Esposa mía, los perjuicios que nos ha causado su conducta... —empezó Gauthier.

—Dejaos de palabrería —atajó Jeanne. Sus pupilas brillaron de repente como si una antorcha se hubiera prendido dentro. Había tenido que guardar silencio durante demasiado tiempo. Como una moneda había pasado de mano en mano, de Rotrou a

Gauthier, sin posibilidad de escoger, todo por Sainte-Noire y sus grises murallas. Ya le pesaba el castillo, esa familia, y todo lo relacionado con Aalis, como una losa al cuello. Hasta su hijo había cambiado de padre, según dictaban los vientos de la conveniencia, y Jeanne tenía pesadillas en las que la criatura recién nacida tenía tres rostros deformados, los de Philippe, Rotrou y Gauthier unidos en una masa repugnante de narices, ojos y bocas. Lo había soportado todo: las humillaciones de Gauthier, que sólo gozaba hiriéndola, y el helado desprecio de Rotrou. Y ahora, cuando estaban a punto de triunfar, cuando casi tocaba lo que sólo había podido imaginar, una vida tranquila, salpicada de lujos y visitas a la corte, aunque fuera con Gauthier a su lado, aquel imbécil lo había estropeado todo al solicitar la custodia de la chica. Jeanne había creído perder el conocimiento al oír su petición. Ante ella desfiló su futuro, hecho de días y días de pesadilla, con Aalis presente en el castillo, como el fantasma de su madre y de su padre, mezclándose en la fantasía tan deseada que Jeanne se había ganado a base de ahínco y desaires. Repitió su pregunta. Las aletas de su nariz se abrían como si fueran a expulsar fuego—. ¿Para qué queréis tenerla allí? ¿Vigilaréis su alcoba por las noches, como un buen padre? ¡Depravado! ¡Maldito bastardo!

La sonora bofetada que Jeanne le propinó al de Souillers recorrió todos los rincones de la estancia, casi como un eco. La sangre acudió a la mejilla de Gauthier, que levantó un brazo con intención de devolverle el golpe. El conde de Champagne se adelantó:

—¡Os prohíbo que toquéis a esa mujer! —Se acercó a *dame* Jeanne y preguntó—: ¿Entendéis la pregunta que os he hecho? Debéis darme una respuesta, señora.

Jeanne no contestó. En lugar de eso, se aproximó a donde estaba Aalis, y contempló a la muchacha con expresión desafiante. Se inclinó para susurrar algo en su oído, inaudible para el resto. Luego, se volvió hacia el conde y, con una inclinación, dijo:

—Abandono toda reclamación sobre Sainte-Noire.

—¡Maldita desagradecida! ¡Te mataré! —gritó Gauthier, blanco de ira. Se hubiera abalanzado sobre Jeanne si a una seña del conde dos guardias de palacio no lo hubieran reducido. Aún pataleaba como un poseso cuando lo arrastraron fuera de la sala.

—Llevadlo a su alcoba y custodiadlo hasta que recupere el buen sentido —ordenó el conde. Miró a su hermano Guillermo, y dijo—: En cuanto a nosotros, tenemos trabajo. Debemos levantar un acta de vasallaje. Sainte-Noire estará bajo mi protección y dominio. Ya veremos cómo le doy la noticia a Rotrou.

Estaba de buen humor. Al fin y al cabo, no era frecuente que un día que empezaba con negras perspectivas terminara con tan grato resultado: nuevas tierras que extenderían su influencia hacia el norte; y no le producía menor satisfacción la ocasión de ver la expresión de Rotrou du Perche cuando descubriera que se había quedado sin su preciado botín de la noche a la mañana. Se volvió para contemplar al

abad de Mont-Froid. Hughes de Marcy se apresuraba a salir de la estancia, en pos de Aalis y los dos soldados. Enrique sonrió para sus adentros. El abad no perdía un minuto en ceremonias. El emisario inglés seguía frente a él, en silencio. El conde de Champagne tomó asiento en su butaca, al lado de su hermano Guillermo.

—Ahora, maese Map, sí podemos hablar de paz.

Walter inclinó la cabeza.

Dame Jeanne se quedó frente a la puerta de la recámara de Gauthier. Oía sus gritos camuflados por los esfuerzos de los guardias, y adivinaba que de su boca pútrida saldrían hilillos de babas rabiosas, y que sus labios estarían hinchados de sangre hirviente. No podía regresar a su lado: había quemado todos sus puentes. A pesar de eso, no sentía remordimientos, ni siquiera preocupación por el hijo que esperaba. Demasiado tiempo había aguantado, siempre dependiendo de unos u otros. Con Philippe, había sido distinto, porque era un hombre gentil. Pero desde su muerte, sólo había conocido lascivia y ni un ápice de respeto, y la suciedad que sentía en su alma no se limpiaba como el barro de los vestidos. Borraría las muecas repugnantes de Gauthier cuando resoplaba encima de ella, y el sutil desprecio de Rotrou que le negaba siempre un sitio digno a su lado. La corte de Champagne le había abierto los ojos: todo un mundo esperaba ahí fuera, hombres incautos y mujeres estúpidas. Ella se burlaría de todos, tomaría lo que era suyo y también lo que no lo era. Haría su fortuna al lado de quien se le antojara. Y dejaría atrás Sainte-Noire y sus mil sueños desvanecidos de riqueza y poder. No debía de ser tan difícil conocer hombres adinerados y con buenas maneras en aquel lugar y, cuando viniera el niño, ya se encargaría de darle un nuevo padre. Se encogió de hombros, y sonrió con un punto de amargura, satisfecha de su decisión. Al darse la vuelta, se dio de bruces con una figura oronda. El caballero empezó a deshacerse en excusas. *Dame Jeanne* lo estudió discretamente; una panza bien llena garantizaba unos ingresos aceptables, y aunque desde luego no pertenecía a la orden de la caballería, pues no portaba espada, las cuidadas manos del desconocido competían con las suyas propias. El manto que lo cubría era de buen paño, y Jeanne creyó oír un halagüeño tintineo colgando de su cintura. Con su semblante más dulce, se inclinó generosamente en una reverencia. El suspiro de su interlocutor ante la vista desplegada para su beneficio fue prácticamente audible.

—Decidme, señor, ¿vuestro nombre?

—Ferrat para serviros —se apresuró a responder el otro. Y añadió galante—: El vuestro, sin duda, tiene que ser Angélica.

—¡Qué maravilla! Es un prodigio, señor, vuestra agudeza, pues habéis acertado —repuso Jeanne riendo complacida—. Precisamente así me llamo.

—¿Qué pensáis hacer ahora? —preguntó Hughes.

En el patio del castillo, Hazim ajustaba las bolsas del abad a la mula. Tres caballos de las cuadras del conde esperaban, pertrechados con todo lo necesario para partir. El joven árabe y Walter Map se acercaron para escuchar la respuesta de Aalis.

—Dejaré a alguien a cargo de Sainte-Noire. No quiero volver allí, al menos por el momento. —Aalis jugueteaba con el anillo de su padre.

—Entiendo —dijo Hughes—. Bien, confío en vuestro juicio.

—¿De veras, abad? —replicó Aalis con ironía—. Sería la primera vez.

—Confieso que he errado, incrédulo como santo Tomás —dijo plácidamente el abad—. Pero reconozco mi falta, y os prometo que no volverá a suceder. Mi monasterio siempre será vuestro hogar cuando lo necesitéis. —Y añadió, poniendo una mano en el hombro de la joven—: Creo que vuestro padre estaría orgulloso de vos.

—Gracias —dijo Aalis de corazón.

Walter se acercó, y el abad se retiró a un lado.

—Dejé a mi amigo Sylva solo en la catedral, y de ese bosque abandonado nació una mariposa deslumbrante. —El clérigo bajó la cabeza—. Lamento que no pudiéramos despedirnos entonces, pero sin duda nos habéis demostrado que sabéis cuidaros sola. Gracias a vos se ha disipado la nube de guerra que acechaba nuestras naciones.

—Me ayudasteis cuando no sabía qué hacer ni a quién recurrir, Walter, y tendré una deuda de gratitud con vos hasta el fin de mis días —dijo Aalis, abrazando al clérigo.

—Y yo me preciaré de tener el honor de contar con la amistad de una castellana del reino de Francia, verdadera extravagancia entre mis colegas normandos —respondió Walter con una sonrisa—. Cuando queráis ver tierras inglesas, escribidme y haré que el rey Enrique os rinda el homenaje debido en persona, y no solamente a través de mi humilde voz.

Los caballos relincharon inquietos, como si presintieran que el momento de los adioses había terminado, y que el silencio de los jinetes era señal de que se aprestaban a partir. Uno y otro subieron en sus monturas, y las figuras del abad de Mont-Froid y Walter Map se perdieron tras las puertas del castillo condal de Troyes, saludados por los estandartes ondeantes de las armas plata y azul de Champagne. Louis y Hazim se habían recostado sobre un barril, apurando la última jarra de vino de Beauvais mientras repartían unas tajadas de carne de cerdo curada procedente de la generosa despensa de los condes.

—No has respondido a la pregunta del abad —dijo Auxerre.

—Le he dicho que no regresaría a Sainte-Noire —repuso Aalis. Entrelazó las manos, como si reflexionara, y dijo abruptamente—: La condesa María me ha

ofrecido un estipendio si me quedo un tiempo en su corte.

—Entiendo. —Auxerre alzó la cabeza, contemplando las telas plateadas mecidas por los aires del valle de Champagne—. ¿Y piensas aceptar?

—¿Por qué no? No me desagradaría esta vida —dijo Aalis, enarcando las cejas y plantándose frente a él, desafiante. Llevaba un *bliaut* de seda verde, ribeteado de plata, que realzaba el fuego de sus ojos y ceñía su cintura con un fino cordón de hilos trenzados, también de plata y verde. Su hermosa cabellera negra había vuelto a crecer hasta rozar sus hombros, y hacía resplandecer aún más intensamente la blanca piel de su cuello, que Auxerre había cubierto de besos la noche anterior. El mero recuerdo le dolió como una cuchillada en el estómago. Había cruzado media Francia para encontrar y proteger a Aalis, y en el ínterin había descubierto hasta qué punto era inútil negarse a sí mismo que adoraba a la muchacha que había visto crecer; y que seguiría amándola hasta que expulsara el último aliento de vida de su cuerpo. Al verla allí de pie, erguida y orgullosa, aún la amaba más. Ya no era una joven asustada. Ahora era una dama, la dueña de un castillo y de su propio destino, educada para la vida en la corte. En una vida donde no habría lugar para él.

—Desde luego, debes hacer lo que te plazca —dijo él, volviéndose hacia su caballo, mientras aseguraba cinchas y riendas—. Te has ganado ese derecho con creces.

—Sin duda —asintió Aalis, siguiéndolo—. Aunque no hubiera podido hacerlo sin ti.

—Te dije una vez que no quería tu agradecimiento —replicó Auxerre, volviéndose hacia ella, furioso consigo mismo—. Guárdalo para Louis, o para Hazim. ¿Y qué piensas hacer con Sainte-Noire? Alguien debería velar por esas tierras por ti, o el primero que pase se hará con el castillo y te despojará de tu propiedad.

—Tal vez tú quieras ese puesto —le respondió Aalis, la mirada llameante—. Fuiste el hombre de confianza de mi padre, y no hay nadie en el mundo en quien más confíe yo.

—Busca a otro —espetó Auxerre, atándose la espada al cinto—. Alguien dócil, a quien puedas dar órdenes a tu antojo.

—¿Por qué? ¿Adonde piensas ir tú? —preguntó la muchacha, haciendo caso omiso del ceño fruncido del capitán, de sus hombros tensos y de su cortante respuesta.

—¡Al Infierno! —exclamó él, perdiendo los estribos—. Después de todo, allí van las almas condenadas, y no hay peor penitencia que sentirme tan imbécil. —Se acercó a Aalis hasta que sus rostros sólo estuvieron a un palmo y, sin tocarla, puso sus dedos encima de los labios de ella y dijo en voz baja—: Ayer pensé que había conocido el paraíso.

Se apartó, como si se hubiera quemado en algún fuego invisible, y empezaba a subirse a su silla cuando Aalis lo detuvo, posando la mano en su hombro:

—Hazim tiene intención de ir en busca de su familia a los reinos mozárabes —

dijo Aalis—. Al sur.

—Le deseo suerte —dijo entre dientes Auxerre—. ¡Espléndido destino!

—Había pensado en hacer parte del camino con él, pero no es necesario que vengas si no quieres —dijo Aalis y, mientras tanto, Auxerre daba ya grandes zancadas, enfadado y absorto.

—Una tierra infestada de cátaros, ni más ni menos, y de milicias furibundas que queman y asuelan pueblos a la menor señal de herejía. ¿O tal vez quieres ir más al sur aún, hasta las costas de Al-Andalus, donde se destripan diariamente cientos de moros y cristianos? ¡Vamos! ¿Y por qué no a Jerusalén? Se dice que ese Saladino está reuniendo tropas en Egipto y que cualquier día caerá sobre la Ciudad Santa. ¡Será divertido verlo, sin duda!

Hazim y Louis observaban a la pareja a una distancia prudente, el primero de brazos cruzados y el segundo cómodamente recostado en las ancas traseras de uno de los caballos. Se miraron sin decir nada, y como un solo hombre intervinieron:

—Todo gente de lo más atrayente —exclamó Louis, festivo.

—Y al menos contáis con un buen intérprete para lidiar con los que quieran cortaros la lengua —intervino Hazim.

—Pero tendrás que perdonarme, *campaign*, porque yo no pienso ser tu niñera —dijo L'Archevêque, arreglándose los puños de la camisa—. Me han ofrecido un espléndido puesto: senescal de un castillo de ensueño, una pequeña joya rodeada de bosques y riachuelos. La dueña no quiere quedarse, pero tampoco desea perder sus tierras. Y claro, nadie mejor que yo para administrar una herencia. Mi honestidad proverbial es bien conocida, especialmente en las parroquias de Padua...

El capitán se volvió hacia los dos y clavó su furibunda mirada en ambos. Ni uno ni otro se inmutaron, y empezaron a reírse a carcajadas. Hazim se daba palmadas en el muslo, tratando de conservar el equilibrio, mientras Louis señalaba a Auxerre con el dedo y se retorció de risa, hasta doblarse cuan largo era. Auxerre inspiró profundamente, y se volvió hacia Aalis. Su semblante estaba más calmado; una ligera sonrisa apuntaba en las comisuras de su boca. Se miró los pies y, cuando levantó la cabeza, dijo:

—¿He de entender que vas a poner tus bienes en manos de ese loco?

—Sí. —Aalis sonreía abiertamente—. Me pareció que tenía más inclinación que tú a la vida contemplativa.

—¡Eh! ¿A quién llamáis loco? —intervino Louis, fingiéndose ofendido.

—Y si no entiendo mal —prosiguió Auxerre como si nada hubiera oído—, ¿me estás pidiendo que te acompañe?

—Así es. Quiero tratar de encontrar a mi madre, si es cierto que aún vive —repuso Aalis. Y añadió, resplandeciente, lanzándose en sus brazos—: Y te será difícil hacerme olvidar que, por un instante, lo has dudado.

EPÍLOGO

El rey Enrique tenía apetito, como siempre que se disponía a dictar cartas, y pidió que le trajeran otro pollo más. Bebió un largo trago de vino para remojarse la garganta. Se había pasado toda la mañana con Walter, discutiendo la mejor manera de proceder ante el espléndido giro que habían dado los acontecimientos. De nuevo, volvía a sentir que Dios estaba de su lado. O que, de no ser así, al menos no disponía nada en su contra. Sobre todo, disfrutaba de nuevo del poder: no solamente del que procedía de la conquista de los territorios, sino del más sutil y, preciso era confesarlo, más reposado, de las misivas que saldrían al amanecer desde su improvisado campamento de Gisors, en tres direcciones distintas. Tenía que medir bien sus palabras, para que cada destinatario supiera que la partida había acabado, y cómo. Un enorme peso cayó sobre sus hombros de repente, como si sobre él descendiera el recuerdo de Leonor y de sus hijos rebeldes. ¿Había ganado, realmente?

—*Sire.*

Walter tosió discretamente, y Enrique de Plantagenet se dejó caer en su butaca y empezó a dictar:

—Al conde Rotrou du Perche, al abad de Mont-Froid y al rey Luis VII. — Después de una corta reflexión, prosiguió—: Mi corazón rebosa de gozo al confirmaros que la paz reina de nuevo entre los hermanos y el padre, y que el León vuelve a ser uno.



CLAUDIA CASANOVA (nacida en Barcelona 1974) Licenciada en Económicas y en Traducción.

Entre sus aficiones se encuentra la historia, a la que ha dedicado años de estudio de la edad media europea, en especial su cultura y sus tradiciones.

Desde hace quince años está vinculada al mundo del libro como editora, traductora y lectora profesional. Ha sido editora y posteriormente directora editorial, y ha impartido clases en el Máster de Edición de EL PAÍS-Santillana. Es fundadora de Ático de los Libros y Principal de los Libros, e imparte clases en el Curso de Edición Profesional de Taller de los Libros.

Comenzó como traductora de textos del siglo XII francés, el que como escritora la tiene también enganchada.

Ha publicado dos novelas históricas: la primera, La dama y el león (2006), que transcurre en la Francia medieval y que ha sido traducida a varios idiomas. En 2009 publicó La tierra de Dios, centrada en la España de las tres culturas.

Es miembro de la American Historical Association y colabora con medios digitales y revistas de divulgación histórica, tanto en España como en el extranjero.